



CORAZÓN

Indómito

Yo era cenizas, tú me tocaste y volví a arder

LILY PEROZO

CORAZÓN
INDÓMITO

LILY PEROZO

Copyright © 2019 Lily Perozo
Todos los derechos reservados.
Diseño de portada por: Lily Perozo
Primera Edición: enero 2019

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio sin

permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

AGRADECIMIENTOS

A los *Mustangs*, por inspirarme a crear esta historia y, a todas las organizaciones que se encargan de protegerlos y hacer valer sus derechos.

Agradezco a Connor Mackenzie, porque como amante de los animales, también pude alzar mi voz a través de él y repudiar cualquier maltrato hacia los seres más nobles del planeta.

A Jessica Fermín Murray, por siempre estar ahí, por ser parte del proceso y mejorarlo con sus correcciones, porque gracias a ella, puedo mostrar una cara más bonita y profesional de las historias que cuento.

Y como siempre, a ti, que estás a punto de sumergirte en el mágico mundo que he creado en la fascinante cordillera Teton entre caballos salvajes y música country.

Contenido

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)
[26](#)
[27](#)
[28](#)
[29](#)
[30](#)
[31](#)
[32](#)
[33](#)
[34](#)
[35](#)
[36](#)

37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50

Yo era cenizas, tú me tocaste y volví arder.

Alejandro Jodorowsky

Nunca me digas que no puedo hacerlo

A mí, que he sido hielo, fuego y viento

Que he abrazado a la tristeza sin miedo

Y he llorado sonrisas

A mí, no me digas

Que soy capaz de algo y de todo.

Eva López Martínez.

Connor Mackenzie empezó a montar mucho antes de caminar, nació y creció a los pies de las montañas rocosas que conforman la cordillera Teton, en Wyoming, rodeado de caballos, vacas, ovejas, búfalos y muchos animales más; desde muy pequeño se acostumbró al trabajo duro, que le demandaba el rancho de más de ciento cincuenta acres de tierras, que había pasado por varias generaciones de su familia.

Los Mackenzie, al nacer, tenían una misión ineludible en su vida y, era, prepararse para mantener el gran rancho; sobre todo, los hombres, a los que se les imponía la responsabilidad de administrar y mantener el patrimonio.

Connor, siempre tuvo muy clara su vocación de seguir con la tradición, nada le apasionaba más que los caballos; prácticamente, se crio entre ellos, por lo que, los conocía mejor que a sí mismo. Más que pastorear, cazar bisontes o ciervos, adoraba domar caballos, porque cada uno representaba un gran reto.

Contaba con una docena de ejemplares que la oficina de administración de tierras le había dado en adopción, después de que le llevara meses domarlos e integrarlos a la manada de equinos del rancho.

Al principio, fue bastante difícil comprobar ante el Estado que podía ser un dueño capacitado para estos animales generosos y espirituales, no era como que pudiera llevárselos antes de tiempo y terminar con el proceso de doma en su rancho, porque estaban protegidos por las leyes de protección federal y; trasladarlos sin la documentación correspondiente, era considerado un delito.

Después de siete años como domador y de toda la experiencia demostrada, había conseguido trabajo extra con algunas organizaciones que tenían como propósito encontrarles a los equinos un hogar permanente, por medio de la adopción.

Mientras el Estado usaba a los reclusos para que alimentaran y proporcionaran el extenso entrenamiento a los caballos. Eso les ayudaba para

solicitar la reducción de su condena y les daba una experiencia laboral, que podrían aprovechar en cuanto obtuviesen su libertad.

El Rancho Mackenzie y los caballos eran su vida, las tradiciones del campo y la música *country* su pasión. En sus planes no estaba cambiar lo que tenía ni para lo que había nacido; incluso, nunca se interesó por estudiar, y alcanzó a terminar la secundaria debido a las súplicas de su madre.

Esos años encerrado en salones, perdiendo horas importantes de sus labores en el rancho, fue suficiente para darse cuenta de que no quería una vida en ninguna metrópolis, no le interesaba trabajar para alguien más en una empresa donde debía vestir de traje o conducir un auto de lujo, como un requisito primordial para ser aceptado en la sociedad; no necesitaba más que sus vaqueros, camisas, botas y su vieja Chevrolet 100, que tenía muchos más años que él, porque había sido primero de su abuelo, luego de su padre y, ahora que estaba en sus manos, la mantenía como nueva.

Su madre murió antes de que pudiera convencerlo de entrar a la universidad, a seguir perdiendo tiempo con el único fin de obtener solo un papel que certificara que podía ser un buen administrador para el rancho, cuando la práctica de toda una vida le había dado la experiencia necesaria para llevar, perfectamente, las riendas del negocio familiar.

Sabía que asistir a la universidad significaba abandonar el rancho por largos meses, como lo hacían sus adoradas hermanas y, definitivamente, él no podría hacerlo, mucho menos ahora que su padre estaba tan enfermo y él debía estar al pendiente de todo; principalmente, para poder saldar algunas deudas que había dejado la larga enfermedad de su madre y una peste bovina que, lamentablemente, se llevó gran parte del ganado.

Connor debía dar el cien por ciento de sí, para poder estabilizar el rancho, si no quería que el banco terminara quitárselo y rematándolo al mejor postor. No iba a permitir que tantos años de herencia terminaran en manos de cualquiera.

Con el paisaje espléndido de las rocosas montañas con sus picos nevados, en el horizonte, y el valle verde, salpicado por el colorido de las flores silvestres, la primavera hacía parecer el lugar como una maravillosa postal.

Entretanto, Connor mantenía su mirada puesta en las cuatro patas del animal al que estaba domando, su oído se acoplaba al ritmo descontrolado del galope; la bestia ya estaba cansada, y él también, pero no la soltaría y menos la dejaría descansar hasta que por fin se rindiera ante su amo.

El trabajo era duro y los días largos; sin embargo, no había mejor lugar para trabajar que los escenarios naturales y el aire libre de Wyoming.

Llevaba puestos unos vaqueros bastante desgastados por los años y el uso, no porque hubiese comprado los Levi's roídos, unas botas de montar y los guantes de cuero para poder sostener firmemente la soga entre sus manos, intentando demostrarle al caballo, quien era el amo, cada vez que tensaba las riendas, buscando que no tirara para los lados y siguiera las señales que él le hacía para que terminara el círculo.

Estaba trabajándolo al redondo, debía culminar ese día con diez vueltas a la derecha y diez a la izquierda, lo primordial era conseguir que se dejara montar; ya después de que sintiera su peso, sería más fácil ensillarlo; domarlo era un proceso, y amansarlo era otro, que también requería de mucha dedicación y paciencia.

Debía conseguir domar y amansar en menos de cuatro meses a tres caballos, si deseaba ganar la competencia nacional de domadores; además, del título y la medalla, obtendría un cheque por cien mil dólares, que, definitivamente, le sería de gran ayuda.

Estaba en medio del corral redondo con las botas pesadas y manchadas por el oscuro barro, donde sus pies se enterraban, e intentaba que el semental galopara entorno a las cerca de listones de madera. Llevaba tres días domándolo a puro lazo, misma razón por lo que, en un segundo de descuido, el semental, el primer día lo arrastró, haciéndolo comer barro. A pesar de ese pequeño infortunio estaba bastante satisfecho con los resultados obtenidos.

De repente, el caballo detuvo su trote y se levantó en sus dos patas, mientras tiraba con fuerza de la soga, para soltarse. Connor no podía soltarlo porque se echaría a correr sin control y, seguramente, terminaría arremetiendo contra él, por lo que tuvo que emplear todas sus fuerzas para retenerlo; en medio de la lucha, su sombrero terminó en el lodo, mientras él maldecía el ruido del auto que entraba a su propiedad y asustó al animal.

—Tranquilo, tranquilo —hablaba, empleando toda su energía al sostenerlo, porque esa bestia tenía demasiada fuerza.

—Connor, te busca el señor Rawson. —Le informó Charlie, uno de los hombres que ayudaba, en parte, con la gran responsabilidad que implicaba mantener el rancho. Estaba sobre un caballo, Connor podía verlo por encima de la cerca.

—¿Rawson? —preguntó con los dientes apretados, sorprendido con la importante visita.

Prescott Rawson era uno de los hombres más influyentes y adinerados de Wyoming, estaba metido en todo tipo de negocios; algunos rumores indicaban que hasta en los ilícitos, pero solo eran eso, rumores, puesto nunca habían demostrado nada en contra del poderoso empresario.

A pesar de que los Mackenzie y los Rawson eran casi vecinos, habían coincidido en muy pocas oportunidades, la cuales, redujeron considerablemente, después de que él, tuviera que ir a tocarle la puerta para exigirle que controlarla a su excesivamente mimada y caprichosa hija, quien parecía tener un problema de superioridad y lo reflejaba con sus hermanas, a las que constantemente molestaba y humillaba en la secundaria.

Incluso, le aconsejó al hombre que le diera unas cuantas nalgadas que la enseñaran a respetar a sus iguales; de lo contrario, se encargaría él mismo de hacerlo. El señor Rawson, educadamente, se disculpó y prometió que un incidente como ese no volvería a pasar; no obstante, pareció que la reprimenda no surgió efecto, porque la endiablada chiquilla volvió a la secundaria recargada y en compañía de sus «amigas», quienes no eran más que unas lameculos, que atacaron a su pequeña hermana Hannah.

La situación no pasó de unos tirones de pelo, porque él llegó a tiempo e intervino; debía admitir que, en medio de la molestia y la turbación, fue algo violento con el empujón que le dio, y de su grave amenaza, al decirle que la degollaría como a un cerdo, si volvía a meterse con sus hermanas.

Eso pareció ser lo que necesitaba la engreída jovencita de pelo cobrizo para que bajara sus ínfulas. No volvió a meterse con sus hermanas, y en el par de ocasiones que volvió a topársela en la secundaria, cuando iba buscar a sus hermanas, huía casi despavorida.

Sus hermanas terminaron la secundaria y lo último que supo de ella fue que el señor Rawson la había enviado a Europa a cursar estudios universitarios, de eso ya habían pasado ocho años.

—Sí, el mismísimo Prescott Rawson —enfaticó la importancia del empresario en el nombre.

—¿Te dijo qué quería? —Casi calmaba al caballo que ya no tiraba con fuerza de la soga, y podía relajar el agarre.

—Solo que necesita hablar contigo y; la verdad, no quise decirle que no podías atenderlo... Imagino que debe ser algo importante como para que haya venido él mismo a buscarte.

—Está bien, pero te tocará hacerte cargo de Parca.

—Lo haré sin problemas. —Desmontó de su caballo, apoyó un pie en uno

de los listones de madera, donde tomó impulso y escaló la cerca; de un saltó sigiloso, enterró sus botas en el barro y recibió la soga que Connor le ofrecía.

—No te aseguro que no te dé problemas. —Sonrió Connor, recogiendo del barro su sombrero de horma Marlboro. Estaba hecho mierda, definitivamente, no podría usarlo, así que lo dejó en la estaca donde estaba su camisa a cuadros, la cual se puso pero no se abotonó, porque estaba bastante sudado.

Apoyó el pie derecho en la barra de madera y salió del corral sin hacer el mínimo esfuerzo y, con un ágil movimiento, subió al caballo, sujetó las riendas y con sus talones lo echó a galopar por las verdes llanuras de su propiedad. Se sentía tan libre y enérgico como el viento que lo refrescaba; sin embargo, lo tenía pensativo la visita que lo esperaba en casa.

Instó al animal a que cabalgara más de prisa, apenas se asomó a su vista la casa estilo *country* que lo vio nacer. Era una residencia con techos asimétricos de dos y cuatro aguas, con la típica fachada americana de ladrillos, piedras y grandes ventanas de madera y cristal, que le brindaban al interior de su hogar la luz natural necesaria.

Desmontó en la parte trasera de la casa y, en la terraza posterior, se quitó los guantes, se cambió las botas de trabajo atestadas de barro, por las que usaba para no estropear los pisos de madera que tanto cuidaba su nana, una nativa Cheyenne, a la que había querido siempre como si fuese sangre de su sangre. Para él, era esa abuela que no llegó a conocer.

Cambiarse de botas era una costumbre que había adquirido en medio de los porrazos que la mujer le había dado con el palo de la escoba, cada vez que olvidó hacerlo.

Entró por la cocina mientras se abotonaba la camisa y el olor a café lo antojó de la caliente bebida.

—Yoomie, ¿sabes si todavía me espera el señor Rawson? —Le preguntó a la nieta de su nana.

—Sí, te espera en la sala —comentó con esa sonrisa que le marcaba los hoyuelos de sus mejillas y le hacía brillar los ojos negros, como si fuesen dos luceros.

—¿Dijo para qué me quería? —siguió preguntando mientras veía cómo ella servía café.

—No, solo nos informó que necesitaba hablar contigo.

—¿Eso es para él?

—Sí, ¿te llevo uno?

—Por favor. —Le pidió con una sonrisa mientras jugueteaba ligeramente con la larga trenza ébano, y después, se fue hacia la sala.

El hombre, que estaba sentado en el sofá, se levantó al verlo y agarró una bandeja circular con una tapa transparente.

—Buenos días, Connor... Mi esposa te envía esta tarta de frutos rojos, que ha preparado ella misma —comentó con una amabilidad que a Connor le tomó por sorpresa.

Él, verdaderamente, dudaba que la elegante mujer de Prescott Rawson, osara, por lo menos, entrar a una cocina, pero recibió el presente.

—Gracias, señor Rawson, su esposa no debió molestarse. —Con un gesto de mano le pidió que volviera a sentarse y, en ese momento, llegaba Yoomee con el servicio de café—. Siento haberlo hecho esperar, estaba trabajando en uno de los corrales.

—No te preocupes —habló el hombre mientras admiraba a Yoomee y le asintió en señal de agradecimiento, por haberle servido el café—. Debí avisar... y quise hacerlo, pero me di cuenta de que no tengo sus números de teléfonos.

—Gracias. —Connor le sonrió a la joven nativa, que como su nombre significaba, parecía una estrella—. ¿Puedes llevar esto a la cocina? —Le ofreció la tarta.

—Por supuesto —dijo ella y agarró la bandeja—. Con permiso. —Se retiró tras la ligera reverencia de los hombres.

—Ciertamente. —Connor retomó la conversación y carraspeó—. No recuerdo que alguna vez hayamos intercambiado números.

—Me gustaría, esta vez, poder llevarme algún número al cual pueda contactarte, claro, si estás de acuerdo.

—No tengo problemas.

Prescott miró en derredor, como si estuviese preparándose para seguir con la conversación. Posó su mirada en la imponente cabeza de un ciervo con su llamativa cornamenta, que adornaba la sala.

—Un hermoso ejemplar, ¿ese trofeo ecológico es tuyo o de tu padre?

—Mío, el de mi padre es el antílope —respondió, mirando por encima de su hombro, donde el visitante tenía la mirada puesta.

—Por cierto, ¿cómo sigue tu padre? Me enteré de que ha estado muy enfermo.

—Sigue con su tratamiento, en este momento lo están dializando en la clínica, debe llegar en un par de horas... Imagino que desea hablar con él y no

conmigo —comentó, mientras a su memoria acudían las escenas del pasado de sus encuentros para nada agradables con la hija del hombre. Esa joven caprichosa, vanidosa, malcriada, engreída, sobre todo; que había hecho sufrir a su hermana.

—En realidad, he venido aquí por ti —habló al tiempo que agarraba su taza de café.

—Usted dirá señor. —Connor se mostró interesado en la conversación, aunque, realmente, estaba bastante aturdido.

—No es un secreto para nadie en todo Wyoming, que eres uno de los mejores domadores de caballos.

Connor parpadeó ligeramente como muestra de su sorpresa, sabía que era bueno en lo que hacía, pero no tanto como para que todo el estado lo supiera.

—Gracias, ya llevo siete años domando.

—Aun así, al compararte con hombres que llevan más de veinte años en esto, eres bastante reconocido, lo explica lo hábil que eres...Y solo eres un muchacho. No ha pasado mucho tiempo desde que veía a tu madre trayéndote en brazos...

—De eso hace ya veintisiete años, señor —comentó, tratando de analizar la situación y también ansioso por saber, de una vez por todas, cuál era el motivo de la visita de su vecino—. Solo sé lo necesario —acotó para que no siguiera inútilmente vanagloriándolo—. Señor Rawson, me gustaría saber qué es exactamente lo que lo trae a mi rancho... No quiero parecer grosero, pero como seguramente ya le informaron, estoy algo ocupado.

—Sí, comprendo... Disculpa, iré directo al grano. —Rawson inhaló y suspiró apenas separando los labios, le dio un sorbo a su café y regresó la taza a la mesa—. Necesito de tus servicios como domador, estoy teniendo problemas con un ejemplar... Se muestra muy arisco...

—Señor Rawson, verdaderamente, me gustaría poder ayudarlo, pero tengo algunos compromisos pendientes y no quiero comprometerme —intervino Connor con total sinceridad—. Pero si desea, puede traérmelo la próxima semana, estudiaré su comportamiento... Espero que no sea tan complicado, quizá en unos cinco días podría adaptarlo para que se deje montar.

—Es que existe un pequeño problema, el animal se deja montar... —El hombre buscaba las palabras para proseguir con la conversación. Al ver que Connor levantó las cejas en señal de incompreensión, continuó—: Pero no deja hacerlo, precisamente, de su dueña..., mi hija —explicó y pudo ver cómo el

semblante del domador cambió, él recordaba muy bien que su adorada pero caprichosa niña no había sabido comportarse con los Mackenzie, y solo Dios era su testigo de cuánto tuvo que doblegar su orgullo para estar ahí, casi suplicando por sus servicios—. Le regalé el ejemplar de bienvenida, y ella está empeñada en montarlo, pero no hay manera de que Jennifer pueda acercársele... No sé mucho de entrenamientos, pero creo que es necesario que ella esté presente... No sé si me estoy dando a entender —hablaba mirando a los ojos azules de Connor, quien permanecía en silencio y con gran tensión en sus amplios hombros.

—Estoy tratando de entenderlo, pero si el problema es con su hija —hablaba lento mientras pensaba muy bien qué palabras utilizar para no herir el orgullo de padre del hombre—, ¿por qué no busca otro caballo que sienta empatía hacia ella?... Uno con el que pueda crear conexión.

Connor estaba completamente seguro de que no iba a entrenar al animal para la caprichosa de los Rawson, si, antes, sin salir de Wyoming era insoportable, no quería imaginar cómo había llegado, después de estudiar quién sabe por cuánto tiempo en algún país de Europa.

—Lo haría, Connor..., créeme, buscaría otro caballo, pero Jennifer quiere el que le regalé; en serio, ¿no crees poder ir a enseñarle cómo tratar al caballo para que se deje montar por ella? Solo serán unas pocas horas al día. —El hombre casi suplicó, y Connor juraba que le veía los ojos vidriosos por las lágrimas contenidas.

Ese motivo era mucho más poderoso para no ir, jamás pisaría el rancho de los Rawson y convertirse en el sirviente de esa mocosa voluble.

—Lo siento, señor, pero no puedo movilizarme, aún tengo otro caballo que entrenar; pensaba domarlos a los dos al mismo tiempo..., ya sabe, en mi espacio... Será mejor que busque otro caballo.

—No será fácil encontrar otro caballo que se adapte a los gustos de mi hija, me costó mucho traerlo hasta aquí... Puedo pagarte muy bien por tus servicios..., mucho más de lo que te paga la fundación.

—Señor, con lo que me pagaría, podría comprar unos cuantos ejemplares. —Seguía negándose a la idea de tener que ser un esclavo para Jennifer Rawson, aunque le diera bastante pena el hombre, no podía creer cómo una simple mocosa, prácticamente, dominaba a su propio padre.

—No, créeme que no, te hablo de un Akhal-Teke, que mandé a traer desde Turkmenistán. El caballo me salió por una fortuna, y mucho más costoso fue todo el proceso de traerlo.

Connor, inevitablemente, se sorprendió ante la raza del ejemplar; sin duda, sería un sueño poder verlo personalmente, poder tocar su piel color champán, la idea de conocer a un equino tan precioso, le seducía con infinita fuerza.

—No tendría sentido haber gastado tanto y haberlo traído desde tan lejos para dejarlo encerrado en los establos... Sé que tu prioridad es la doma de los caballos salvajes, pero no tengo inconvenientes en trasladar hasta mi rancho el ejemplar en el que trabajas para que puedas hacerlo allá... Los corrales y establos están en óptimas condiciones, y hay espacio suficiente para unos cuantos caballos extra —hablaba Prescott, le había prometido a Jennifer encontrar al entrenador esa misma semana, ya había visitado a tres, pero al saber que era para su hija, sencillamente, se negaban. Connor, definitivamente, había sido su última opción y no dejaría de insistir hasta que accediera—. El pago que te ofrezco es bastante generoso, si quieres, tú mismo lo puedes estimar... Adicionalmente, puedo poner a tu disposición una de las cabañas, por si decides descansar en medio del entrenamiento o decides que es muy tarde para regresar y quieres pasar la noche en mi rancho.

Prescott Rawson estaba poniéndolo entre la espada y la pared, el pobre hombre estaba a punto de llorar y no sabía cómo negarse, hasta sentía compasión al imaginar la situación en la que se encontraba.

—Señor Rawson, no quiero comprometerme con algo que no estoy seguro de poder cumplir. —Connor dudaba, pero la desesperación del hombre y los beneficios monetarios que podría obtener hicieron que no rechazara de inmediato la oferta—. Déjeme pensarlo, también necesito hablarlo con mi padre..., no quiero ni puedo dejarlo solo por mucho tiempo.

Prescott sintió que el aire condensado en sus pulmones podía dejar de quemarle y lo soltó lentamente, no era seguro, pero se abrazaría a la posibilidad de que el joven aceptara.

—Entiendo perfectamente la situación con tu padre, pero puedes disponer del tiempo como lo deseas... Jennifer está de vacaciones y podrá adaptarse a tus horarios. —En silencio, suplicaba para que así fuera y que su hija no terminara haciéndole alguna grosería—. Piénsalo muy bien, por favor.

—Créame, lo haré. —Connor se levantó, y Rawson comprendió claramente que esa era una señal de despedida, por lo que también se puso de pie y le ofreció la mano.

—Gracias por atenderme, por favor, anota mi número para que llames en cuanto tengas una respuesta.

Connor sacó su teléfono del bolsillo de sus vaqueros y lo grabó.

—Lo tengo —dijo una vez que lo había agendado.

—Muchas gracias, debo marcharme; pero, ante cualquier duda, llámame.

—Apretó su mano entorno a la fuerte el joven rubio, sintiendo la energía de su juventud en el agarre.

—Lo haré... Siempre será bienvenido.

Prescott Rawson se marchó y Connor volvió a sus labores, pero con sus pensamientos atormentándolo; quizá si ofrecía una suma lo bastante alta por sus servicios, el hombre terminaría rechazándolo y evitaría que él mismo lo hiciera, pero si, igualmente, aceptaba, ese pago tenía que ser lo equivalente al gran sacrificio que significaría soportar a Jennifer Rawson, y debía alcanzarle para comprar ganado.

Eliot Mackenzie se encontraba bastante taciturno, como pasaba siempre que regresaba de sus sesiones de hemodiálisis, las cuales lo dejaban agotado física y emocionalmente, sin apetito ni ánimos para conversar ni siquiera con su propio hijo; incluso, en muchas oportunidades, había deseado que todo terminara, así librar a Connor de la carga que él estaba representando.

—¡Yo puedo solo! —gritó, frustrado, cuando su hijo intentaba ayudarlo a quitarse las botas, pero no podía evitarlo, era una situación que a él lo rebasaba.

—Está bien, hazlo tú —dijo en son de paz y retrocedió un paso—. Solo pretendía ayudar.

—Lo siento, Connor. —Suspiró arrepentido de su explosivo comportamiento—. No quise gritarte, sé que solo quieres ayudarme, pero me haces sentir más inútil de lo que ya me siento... No puedo con la culpa, no deberías estar aquí, tendrías que estar en la ciudad, llevando al cine a alguna chica o divirtiéndote con tus amigos, no lidiando con un moribundo.

—Papá, quiero estar aquí, contigo...; y no eres ningún moribundo.

—Eres joven y estás desperdiciando tu juventud cuidando de mí... Deberías hacer tu vida, como lo han hecho tus hermanas —hablaba con un remolino de lágrimas haciendo estragos en su garganta.

—Mi vida es aquí, este rancho, no quiero estar en la ciudad ni en ningún otro lugar. No puedes pedirme que haga cosas que no quiero hacer.

—No te quiero confinado en estas tierras, tienes que salir al mundo, hacer cosas distintas, no pasar tus días metido en los corrales; o terminarás casado con una yegua... Debes conocer chicas, los animales solo son buenos para estrenarse sexualmente, pero no para casarse, mucho menos para tener descendencia.

Connor sonrió ante la acotación de su padre, sintiendo que, tras la broma, la tensión en el ambiente empezaba a disiparse, aunque la impotencia y tristeza siguiera marcando las facciones del rostro de Eliot Mackenzie.

Jamás le haría ese tipo de cosas a ningún animal, y su padre lo sabía, pero también sabía que sí existían algunos enfermos que solían llevar a cabo

ese tipo de prácticas, solo que, hasta la fecha, no se había topado con ninguno, porque de ser así, muy probablemente, él actuaría mucho antes de que lo hiciera protección animal.

—Las yeguas suelen ser más fieles. —Le siguió el juego, con la única intención de hacerlo sentir mejor.

—Pero las mujeres más complacientes. —Apenas tuvo fuerza para guiñarle un ojo.

—Hablando de mujeres... —Cambió el tema para entrar en ese que le preocupaba—. Hoy nos visitó Prescott Rawson...

—¿Rawson? —Eliot se mostró tan sorprendido como Connor, porque el hombre los había visitado contadas veces, una de ellas fue para el funeral de Danielle, su mujer.

—Sí, quiere que le entrene un caballo para que su hija pueda montarlo..., pero no estoy seguro de aceptar su oferta, porque no quiero tener que ir todos los días hasta su rancho.

—Si te va a pagar, no deberías rechazarlo... Y ni si te ocurra pensar que no podrás hacerlo por mí, porque sé cuidarme perfectamente.

—No es por tus cuidados, papá..., es por la hija de Prescott; recuerda lo caprichosa que es y cuántas veces humilló e hizo llorar a Hannah, no quiero hacerle ningún favor.

—No le harás un favor, harás un trabajo. Sé que la chiquilla es bastante mimada, común cuando se trata de hijos únicos.

—Esta noche lo consultaré con la almohada, a ver si es más sensata que tú.

—Piensa más en los beneficios económicos que en el orgullo, lo que pasaba entre la hija de los Rawson y tus hermanas eran cosas de chicas, problemas comunes entre adolescentes —aconsejó—. Ser rencoroso no te llevará a ningún lado y, a pesar de todo, Prescott se ha portado bien con nosotros, ha sido el vecino ideal, solo ha molestado lo necesario y ha estado para nosotros en los momentos en que más lo hemos necesitado.

—De aceptar ese trabajo, lo haría solo por él. —Dejó claro y buscó en la esquina de la entrada las pantuflas para que su padre se las pusiera—. Porque se mostraba bastante atormentado, pero no por esa mocosa caprichosa... Ahora, vamos a cenar, que se enfría la comida. —Retuvo las ganas de ofrecerle ayuda para ponerlo en pie, porque no quería volver a hacerlo sentir inservible, pero sí esperó a que lo hiciera por sus propios medios, caminó a su lado y se acopló al lento andar.

—Ya estaba por hacer el tercer llamado —comentó Chenoa, con su rostro ajado por las arrugas, pero sonriente.

—Disculpa a este viejo lento, que solo puede dar un paso cada minuto —comentó Eliot, agradecido con esa mujer que lo había ayudado tanto.

—No pasa nada, la comida siempre puede calentarse —respondió, destapando el estofado. Yoomee se acercó a ayudarle a su abuela.

Las nativas eran consideradas parte de la familia, por lo que, apenas terminaban de servir, también ocupaban sus puestos en el comedor. Ellas preparaban los alimentos regidos por la dieta que Eliot debía seguir. Al principio, para todos fue bastante difícil erradicar la sal y muchos alimentos más, que contribuían a la retención de líquidos, pero con el paso del tiempo, se adaptaron a ese estilo de vida.

Yoomee trataba de mirar lo menos posible a Connor, porque siempre la ponía muy nerviosa; desde muy pequeña, se descubrió fascinada por él, por su atractivo físico y su actitud; para ella, él era como un lobo, porque lo consideraba magnífico, protector, buen cazador, sabio, independiente, con valor, pero también, misterioso.

Esa fascinación no disminuyó con los años; por el contrario, se hizo cada vez más intensa, hasta se colaba en sus sueños donde se casaban, para después unirse física y espiritualmente, pero era consciente de que él la veía cómo a una hermana, no podía esperar a más con tan solo dieciséis años.

Siempre la había protegido, le enseñó a montar, a pescar y hasta a cazar, pero nunca había percibido nada romántico hacia ella, y empezaba a dudar que en algún momento existiera; sin embargo, no iba a perder la esperanza, porque debía hacerle caso a sus sueños, que eran una ventana a su destino, solo debía ser paciente.

Quería mantener su atención lejos de Connor, no mirarlo para que él no se diera cuenta de cuán nerviosa la ponía, pero una vez que pronunciaba alguna palabra, sus ojos iban directo a ese rubio de ojos azules, porte fornido y piel bronceada a causa de los días que pasaba al sol.

—Tengo que ir por la mañana a la ciudad, ya llegó el cargamento de las vacunas reproductivas —comentó, casual, antes de llevarse un generoso bocado de puré de papas a la boca, que apenas saboreó y tragó.

—¿Hablaste con el veterinario? —preguntó Eliot, muy interesado.

—Sí, de regreso pasaré por él —respondió y miró a Yoomee, que, casualmente, estaba mirándolo—. Mañana puedo llevarte a la prepa, espero que no te avergüence, como pasaba con Hannah y Loren. — Yoomee le

respondió con una tímida sonrisa, seguramente, le incomodaría su ofrecimiento, pero era consciente del gran trayecto que todas las mañanas ella debía hacer—. Prometo que te dejaré una calle antes.

Connor no se forjaba la mínima idea de que nada la hacía más feliz que compartir con él, aunque fuera un segundo; que se ofreciera a llevarla a la preparatoria al día siguiente, solo había conseguido que esa noche no pudiera dormir.

—Está bien, pero no quiero que juegues con mis trenzas.

—Uhhh, es difícil no tocar tu pelo, pero lo intentaré. —Dio su palabra, desde siempre había jugado con el pelo azabache de Yoomee, usaba sus trenzas como bigote, corbata y muchas cosas más, porque sentía cierta fascinación por la larga y brillante melena.

Chenoa no tenía cómo agradecerle a los Mackenzie, que financiaran los estudios de su querida nieta y que la aceptaran como a un miembro más de la familia, después de que sus padres se fueran a Canadá, en busca de un mejor porvenir.

Siguieron conversando por largo rato, en algunos momentos rememorando anécdotas de cuando la señora Danielle vivía y sus hijos apenas eran unos niños. Connor, desde muy pequeño, demostró que su pasión serían los animales, sobre todo los caballos.

Al terminar de cenar, Connor debía cumplir con su deber de sacar a pasear a Sasha, su hermosa y gran Collie marrón y blanco, se armó con su rifle por si algún lobo invadía en sus tierras y buscara lastimar a su perra. Sabía que estaba prohibido cazar lobos, pero con darle un susto y un par de disparos al aire sería suficiente para ahuyentarlos.

Sasha corría y le sacaba gran ventaja, mientras que él pensaba en la propuesta de Prescott Rawson, casi cuarenta minutos después, regresó a la casa sin tener una decisión.

A la mañana siguiente, seguía con el mismo dilema, pero no iba a seguir atormentándose; subió a su Chevrolet 100 azul, encendió el motor y el reproductor de sonido mientras esperaba por Yoomee; que, como toda adolescente, tardaba casi una eternidad arreglándose.

Cuando la vio salir de casa, puso la camioneta en marcha a muy poca velocidad, acercándose a ella para que no tuviera que caminar tanto.

—Disculpe, señorita, la vi caminando —canturreó el tema de Alan Jackson, y ella sonrió al escucharlo, se acercó a la puerta y se quedó sin subir—. Di la vuelta, no soy un acosador... ¿A dónde vas? Tal vez pueda ayudarte.

—Estiró el brazo y tiró de la manilla de la puerta del copiloto, mientras el contagioso ritmo de la música *country* invadía el lugar—. Mi depósito está lleno, me veo obligado a llevarte, porque soy un chico de campo, tengo un 4x4, sube al asiento, te llevaré a dar una vuelta. —Yoomee subió, sonriente, aferrada a su mochila y con las mejillas arreboladas—. De las calles de la ciudad a los caminos rurales. —Se puso en marcha y salió de la propiedad en medio de una nube de polvo—. Puedo llevarte a donde necesites —cantaba con gran entusiasmo y una poderosa sonrisa—. Yoomee, sé que te sabes la canción, no me dejarás cantando solo... —comentó durante una pausa.

—Porque soy un chico de campo —entonaron al unísono, como tantas canciones que habían cantado juntos—. Debes lucir bien, sentada en el asiento derecho, abróchate el cinturón, iré a cinco velocidades, podemos parar o reducir la velocidad en el bosque o en la parte alta de la ciudad, porque soy un chico de campo y tengo un 4x4...

Entre canciones y risas siguieron el camino hacia la ciudad, Connor la dejó frente a la escuela, se despidió de ella con un beso en la coronilla, dejándola más enamorada que la noche anterior, y se marchó a buscar las vacunas para el ganado; aprovechó y también llevó varios sacos de alimentos.

Todo lo cargó en la parte trasera de la camioneta y, antes de pasar por el veterinario, decidió llegar hasta un lugar que visitaba frecuentemente, donde tenía buenas amigas que lo hacían pasarla muy bien.

De vuelta al rancho, caminó con Lowell hasta el corral donde ya lo esperaban una veintena de vacas, descansadas y preparadas para su segunda vacuna del año.

El corral techado y con divisiones de madera era utilizado, exclusivamente, para ese proceso; lo mantenían esterilizado para evitar cualquier tipo de infección en el momento de la vacunación.

Connor dejó la cava que mantenía refrigeradas las vacunas sobre la mesa de acero inoxidable y se fue a relajar a la primera vaca que recibiría su tratamiento, mientras que el veterinario preparaba las vacunas y calibraba las pistolas automáticas.

—Mírame, hermosa —susurraba, acariciándole con una mano desde la frente hasta el puente de la nariz y, con la otra, lo hacía detrás de la oreja derecha, mientras perdía su mirada en esos hermosos ojazos negros y vidriosos—. Sé que eres buena chica y muy valiente. —Seguía atrapando la atención del animal que estaba bastante familiarizada con él, mientras Lowell la vacunó subcutáneamente en el cuello.

—Fue sencillo —dijo el hombre, que ya llevaba más de quince años ofreciendo sus servicios para los Mackenzie.

Connor adoraba a esos seres y se entregaba en cuerpo y alma a ellos, desde su nacimiento hasta el momento en que eran llevados al matadero, esa era la parte que más odiaba y no podía hacer nada para cambiarlo, porque de eso dependía el rancho, a eso se dedicaban los Mackenzie. Recordaba que, de niño, cuando supo lo que pasaba con esos animales que se llevaban del rancho, dejó de comer carne por varios meses, pero era imposible resistirse al encanto de un jugoso churrasco.

Aprendió a agradecerles, les daba todo el cariño y cuidado mientras estaban en su poder y; cuando le tocaba comer carne, agradecía a ese animal sacrificado por saciar su apetito.

Tras siete horas de vacunas, fue a la casa con Lowell, quien había sido invitado para cenar, y disfrutaron de unas deliciosas chuletas de cordero, mientras ponían al tanto a Eliot de lo que habían hecho.

Connor despidió a Lowell y aprovechó para pasear a Sasha y, disfrutar del aire frío y del cielo estrellado; estaba seguro de que jamás se cansaría de ver ese paisaje de picos nevados que por las noches destellaba.

Decidió que no seguiría posponiendo la respuesta que Prescott Rawson esperaba, por lo que se sacó el teléfono de uno de los bolsillos de sus vaqueros y marcó su número. Casi de manera inmediata, le contestó.

—Buenas noches, señor Rawson. Le habla Connor Mackenzie, lamento llamar tan tarde, espero no haberlo molestado.

—Hola, Connor, no..., no es molestia, he estado esperando tu llamada, ¿hablaste con tu padre?

—Sí, tuvimos una seria conversación acerca del asunto..., él está de acuerdo en que acepte su propuesta, pero me preocupa mucho su salud.

—Lo entiendo, dime ¿qué puedo hacer por ti?

—Podría pagar diez mil por el tiempo que me tomará crear una conexión entre su hija y el ejemplar... Sé que es una cantidad bastante irrisoria, pero quiero contratar a una enfermera que cuide de mi padre mientras yo esté en su rancho, porque mis hermanas viven en Arizona, por la universidad, y no podrán venir a cuidarlo. —Connor seguía hablando, pero estaba seguro de que le diría que no, entonces lo libraría del rechazo.

Prescott se quedó en silencio por casi un minuto, quizá estaba meditando sobre la situación, pensaría que era un abusador, pero ese era el precio por el sacrificio que pensaba hacer.

—Está bien —dijo al fin—. Sé que necesitas ayuda con tu padre y una enfermera es lo más adecuado —comentó, aunque le seguía pareciendo demasiado caro el servicio, ya estaba cansado de buscar a alguien—. Dime cuándo puedes empezar e iré a buscarte.

—No se preocupe, señor, yo puedo ir sin problemas, ¿mañana a primera hora le parece bien?

—Sí, como te dije, tú puedes elegir las horas que más te convengan.

—Está bien, entonces hasta mañana, señor.

—Hasta mañana, Connor. Muchas gracias.

Connor terminó la llamada y exhaló ruidosamente, su plan no había dado resultados, no tenía más opción que sacrificarse, pero por lo menos tendría a fin de mes lo suficiente para invertir más en el rancho.

—Sasha. —Silbó a la collie que estaba corriendo como loca—. Es hora de volver, ven.

La perra se echó a correr hacia Connor y, al alcanzarlo, ambos corrieron hasta la casa donde llegaron sin aliento y jadeando por un poco de oxígeno.

3

Connor estaba acostumbrado a levantarse a la cinco de la mañana, por más que quisiera pasar más tiempo durmiendo, su reloj biológico no se lo permitía, así que salió de la cama, se puso ropa deportiva y abandonó su hogar; en medio de la espesa neblina, del frío y la oscuridad corrió hasta el galpón donde, poco a poco, había acondicionado un gimnasio y; como todos los días, dio inicio a su rutina que lo hacía entrar en calor y mantenerse en forma, era necesario estar en óptimas condiciones ante las exigencias de trabajo.

De regreso a casa, ya lo esperaba un desayuno bastante sustancioso, huevos, tocino, panqueques de avena y una generosa taza de café, la cantidad era como para dos personas, pero la suficiente para dejarlo satisfecho.

—¿Ya despertó Yoomee? —Le preguntó a su nana, cuando recogía los platos en los que no había dejado ni migajas.

—No lo creo..., anoche se durmió tarde, hablando con las amigas de la escuela por el bendito aparato ese..., el WhatsApp.

—Espero que sea con las amigas y no con algún enamorado. —Se levantó de la mesa de la cocina donde había desayunado.

—Eso tendremos que averiguarlo, ya sabes que yo no sé de esas cosas, pero voy a pedirle prestado ese aparato y me ayudarás a investigar —dijo la abuela, sintiéndose preocupada súbitamente. No era que pretendiera que su niña consentida se quedara solterona, sino que quería estar segura de que entregara su corazón y cuerpo al hombre indicado y; de ser posible, en un par de años más, no tan prematuro, porque bien sabía el poder que tenían sobre el cuerpo los deseos, a esa edad.

—Cuenta conmigo, si existe un chico se las tendrá que ver conmigo —amenazó todo protector, porque Yoomee también era su niña consentida—. Ahora voy a ducharme, tengo que ir al rancho de los Rawson.

—¿Acepaste el trabajo?

—Yo lo llamaría «sacrificio». Sí, lo acepté, pero me aseguré de que valga la pena.

—No olvides pedir por adelantado el cincuenta por ciento —aconsejo la sabia anciana.

—Eso haré. —Le sonrió y se fue, subió las escaleras de dos en dos, se

detuvo frente a la puerta de la habitación de Yoomee y tocó—. Despierta, bella durmiente, que se te hará tarde para ir a la prepa. —No pensaba molestar más de la cuenta, porque no quería que la chica terminara odiándolo por inoportuno, solo tocó rítmicamente una vez más y se marchó a ducharse.

Casi una hora después, volvía a salir de la casa, vistiendo unos vaqueros, botas, camiseta, chaqueta de *jeans* y un sombrero negro. La neblina seguía sobre el verde valle como si las nubes acariciaran la hierba, pero en lo alto, un sol inmenso y naranja filtraba con sus rayos, creando un espectáculo a la vista totalmente en bronce.

—Cualquier cosa, marcas a mi teléfono. —Le dijo a Chenoa, que salió a despedirlo.

—Lo haré, ve tranquilo que yo me encargo de todo —dijo la mujer para que Connor se relajara un poco, debía dejar de lado tanta responsabilidad que, algunas veces, lo hacían actuar como un viejo de cincuenta años.

Subió a su Chevrolet, encendió el motor y como era infaltable la música en cada viaje, encendió el reproductor; nunca había sentido vergüenza por cantar a todo pulmón mientras conducía, incluso, durante la adolescencia contempló ser cantante, pero como eso significaría tener que dejar el rancho por largos periodos, la balanza se inclinó hacia lo que más le apasionaba.

—Te veo ahí, observando tu bebida, mirando cómo se hunde el hielo, sola esta noche... y lo más probable es que estés sentada en este bar porque él no va a tratarte bien —cantaba con el mismo sentimiento de Keith Urban, mientras pisaba el acelerador por el camino de tierra y dejaba una estela de polvo—. Bueno, probablemente esté fuera de lugar, pero voy a decirlo de todos modos, parece ser que tú no has sentido un poco de calor, no has tenido un poco de diversión... Hace poco tiempo. —Alzó más la voz, entregándose por entero a la canción—. El azul se ve bien en el cielo, se ve bien en ese neón en la pared... pero, querida, no se ve bien en tus ojos... —Los quince minutos que le tomaba llegar hasta la entrada del rancho vecino, lo hizo cantando.

—Buenos días. —Se anunció en el portón de la entrada, a través del intercomunicador—. Soy Connor Mackenzie, vengo por petición del señor Prescott Rawson.

—Puede pasar. —Fue la respuesta, y el portón empezó a abrirse.

Connor soltó el botón del intercomunicador y volvió a tomar el volante con ambas manos, poniéndose en marcha, hasta la entrada del rancho. Inevitablemente, recordó la última vez que había estado en aquel lugar, cuando

vino a acusar a la chiquilla con el padre; desde entonces, la fachada de la casa había sufrido algunas modificaciones, como la gran fuente en el frente, el cambio de las ventanas y pintura.

Estacionó a la sombra de un gran árbol y bajó, inhalaba profundamente con un paso y, exhalaba con el otro, hasta que llegó al porche del lujoso rancho. Los Rawson, no escatimaban en demostrar que podían proveerse cualquier lujo.

Un solo llamado al timbre fue suficiente para que una mujer robusta, morena y de cara amigable lo recibiera.

—Buenos días. —Le dio la bienvenida con una simpática sonrisa, que hacía lucir sus pómulos más llenos y sonrosados.

—Buenos días, soy Connor Mackenzie, vengo a ver al señor Rawson.

—Pase, por favor, sea bienvenido. —Hizo un ademán al tiempo que se hacía a un lado, permitiéndole el acceso.

Era primera vez que Connor entraba a ese lugar, porque cuando había venido, no pasó del porche; a pesar de que el señor Rawson lo invitó, para que se calmara, pero estaba tan molesto que no pudo permanecer más de unos pocos minutos.

—Gracias. —Miró en derredor, tratando de ser discreto, admirando cuánto lujos había en esa gran sala.

—Enseguida le aviso al señor que ha llegado. ¿Desea algo de tomar?, ¿agua, café, chocolate caliente, té?

—Café, por favor —pidió, poniendo su mirada azul en la amable mujer. No sabía por qué, pero sentía un extraño vacío en el estómago que lo incomodaba.

—Ya se lo traigo. —La mujer caminó por la sala de concepto abierto y la vio pasar tras la isla de mármol blanco, donde había una joven, picando algunos vegetales.

Secretaron un poco, la más joven pasó como alma en pena, casi pegada a la pared y con la cabeza gacha, subió las escaleras con peldaños de madera y pasamanos de cristal, para después perderse en el segundo piso.

En menos de un minuto, el aroma del café llegaba hasta él, quien miraba una gran pintura con originales trazos abstractos e, intentaba comprenderla, pero por más que se concentraba, no lograba definir nada.

—Aquí tiene... ¿Desea crema?

—No, gracias, así está bien.

—Si desea algo, solo me lo deja saber.

—Está bien. —Plegó los labios en una sonrisa de gentileza y agradecimiento.

La mujer hizo una sutil reverencia y regresó a la cocina, donde se puso a terminar de picar los vegetales que la tímida joven había dejado a la mitad.

Casi terminaba su café cuando la joven retraída apareció y se acercó a él.

—Disculpe, el señor Rawson le manda a decir que en cinco minutos está con usted —informó con la mirada esquiva.

—Gracias.

A pesar de que fue afable con su gratitud, la jovencita asintió nerviosa y casi huyó de vuelta a la cocina; él siguió concentrado en algún punto de ese lugar; esta vez, sus pupilas danzaban al ritmo de las llamas de la chimenea eléctrica que daba calidez y distinción a la sala.

Esquivó la mirada un par de veces a la cocina y se pilló a la chica mirándolo; ella, inmediatamente, rehuía la mirada; y él simulaba que no se había dado cuenta de que era de su interés.

Los cinco minutos se convirtieron en diez y, empezó a sospechar que había venido demasiado temprano y estaba siendo inoportuno, porque muy probablemente, los Rawson estarían durmiendo cuando apareció, aunque, si no recordaba mal, él le había dicho que a primera hora. Entonces, se preguntaba qué significaba: «a primera hora», para Prescott Rawson.

Estaba estudiando la posibilidad de marcharse y regresar más tarde cuando el hombre por fin apareció, vistiendo como si fuese a Jackson y no para llevarlo a los establos.

—Hola, Connor, muy buenos días, me disculpo por la demora.

—No se preocupe, señor. —Se levantó y le ofreció la mano. Se saludaron con un apretón.

Prescott era consciente de que el chico había estado esperando por casi media hora, suponía que debía estar ansioso por empezar, el único inconveniente era que Jennifer todavía estaba dormida y; si su mujer lograba sacarla de la cama, tardaría por lo menos hora y media en estar lista.

—¿Estás preparado para conocer a Castiel? —preguntó de buena gana, tratando de ganar tiempo.

—Por supuesto. —No pudo ocultar su entusiasmo, se mentiría si no admitiera que estaba ansioso por ver al animal; incluso, olvidó que su misión era lograr que el caballo aceptara ser cabalgado por su dueña, a la que, en realidad, no le interesaba en absoluto verla; ella podía esperar.

—Entonces, no perdamos tiempo, ya has esperado mucho —mencionó, haciendo un ademán para que lo siguiera—. Ven conmigo.

Connor caminó al lado del hombre que lo llevó a otra sala que, sin duda, era de entretenimientos porque tenía un televisor pantalla plana de considerables pulgadas, varios sofás, mesa de billar y un bar con barra incluida, la amplia sala poseía una iluminación natural envidiable, debido a los grandes ventanales que daban vista al valle y a las montañas rocosas.

Salieron a una terraza con plataforma de madera, donde había un desayunador de roble con cojines blancos; la brisa fría le hizo ser consciente de lo cálida que era el interior de la casa, mientras apenas contenía la ansiedad por conocer a Castiel.

Pensó que el señor Rawson le estaba tomando el pelo cuando lo invitó a subir a un carro de golf, incluso, dudó por casi un minuto mientras miraba el aparato y pensaba que ese era el colmo de la holgazanería, si desde ahí podían ver los establos sobre la colina; bien podrían ir caminando, pero no se atrevió a decir lo que pensaba y subió al carrito que lo hacía sentir algo estúpido.

El señor Rawson parloteaba acerca del clima y, de repente, saltaba a los animales y de ahí a la economía, mientras él trataba de seguirle el ritmo en las opiniones, porque el hombre hablaba sin parar y lo tenía algo mareado.

Los establos estaban en óptimas condiciones, todo muy limpio, ordenado, ventilado y los animales contaban con buen espacio.

—Connor, te presento a Bob, Curtis y Hudson. —Señaló con ademanes hacia los jóvenes—. Parte del personal que se encarga de mantener a los caballos bien cuidados; por ahora, Castiel está aquí, pero él tiene su propio establo, se le da tratamiento especial —seguía parloteando el hombre.

Connor se presentó ante ellos con apretones de manos, imaginaba que el hombre debía tener por lo menos un centenar de personas a su cargo, como para que pudiera dormir tranquilo hasta tan tarde.

—¿Dónde está Castiel? —preguntó el hombre, poniendo su mirada específicamente en Curtis.

—En el corral trasero, señor —contestó, quitándose el sombrero y haciendo un ademán hacia la entrada al otro extremo del establo.

La emoción a Connor le subió a la garganta y sentía los latidos como un caballo salvaje ante la expectativa, solo él sabía cuánto deseaba poder tener ante sus ojos un ejemplar de los pocos más de mil que había en el mundo.

—Vamos. —Prescott le palmeó ligeramente el hombro, instándolo a que lo siguiera.

Ahí, en medio del corral de madera pintado de negro, estaba el caballo más magnífico que pudiera existir, con un brillo único en su corto pelaje, que lo hacía parecer metálico, de un dorado reluciente. Necesitaba llegar cuanto antes y crear conexión con él, así que hizo sus zancadas más largas.

—¿Estás seguro de entrar? —Le preguntó Prescott, con precaución.

—Sí, los Akhal-Teke suelen ser bastante dóciles.

—¿Habías visto uno antes? —preguntó el hombre con orgullo, abriendo la portezuela del corral para Connor.

—No, pero he estudiado todas las razas..., y; esta, en particular, es fácil de domesticar y entrenar. —Con cautela se acercó al animal, estirando su mano para que primero se familiarizara con su olor—. Hola, muchacho, tienes unos ojos hermosos. —Elogió al animal que estaba a punto de dejarse tocar, ignorando totalmente al señor Rawson—. Buen muchacho, qué obediente eres. —Era tan suave que apenas podía creer que lo estaba tocando; alto y estilizado, con muy buenos músculos y un color champán impresionante; sin dudas, su antiguo dueño le había dado el mejor de los cuidados. Le echó un vistazo por encima del hombro al hombre que lo acompañaba—. Son hermosos, elegantes, aguerridos... Tiene un muy buen caballo, muy bueno. —Estaba tan emocionado que apenas podía contener su perorata—. Por algo esta raza en particular fue la elegida por Carlomagno, Marco Polo..., entre otros personajes importantes de la historia.

—Veo que sabes bastante de historia, me has impresionado.

—Sé todo sobre caballos —aclaró, pasando su mano por el puente de la nariz del majestuoso e imponente caballo, que se mostraba a gusto ante el toque—. Me parece bastante extraño que rechace a su hija.

—Mi hija es un tanto impaciente y suele perder los estribos bastante rápido, pero sé que aprenderá a crear conexión con Castiel... Ella nunca se ha interesado por los animales del rancho, no le gusta nada de esto... y, me extrañó que quedará enamorada de Castiel, por eso estoy haciendo todo lo que está en mis manos para que aproveche la oportunidad de sentir amor hacia estos magníficos seres... —Le acarició la brillante crin dorada—. Porque, en algún momento, le tocará hacerse cargo de todo esto, y me gustaría que mantuviera el rancho aun después de mi muerte.

—Sé que soy bueno en lo que hago, pero el noventa por ciento dependerá de ella, la única manera de que pueda ayudarla es que me deje hacer mi trabajo, tanto con Castiel como con su hija... Sobre todo, si a ella hay que educarla para que comprenda al mejor amigo que podrá tener.

—Tienes mi permiso, haz lo que tengas que hacer...; yo prometo no tomar en cuenta los berrinches de Jennifer.

Connor asintió como si hiciera un pacto con el hombre; segundos después, no pudo seguir conteniendo sus deseos.

—¿Puedo montarlo? —Casi suplicó.

—Por supuesto, ya le digo a uno de los chicos que te lo ensillen.

—Muchacho, ¿me das permiso? —Connor le preguntó al animal, acercándosele al oído; solo él sabía interpretar la aceptación de un equino, por lo que, sin titubear, con una mano se aferró de la crin y la otra la puso sobre la cruz muscular que se forma justo donde empezaba el lomo; se impulsó y, en un parpadeo, saltó a pelo sobre el caballo.

—Es mejor que lo haga sin ensillar, así me tendrá más confianza —dijo ante un estupefacto Rawson, no por la manera en que Connor montó al caballo, eso lo veía constantemente, sino por la facilidad con que había conseguido ganarse a Castiel. No tuvo dudas de que era el hombre adecuado para enseñarle a su hija a dominar el arte de cabalgar.

El caballo relinchó, y Connor se dedicó a acariciarle los costados del cuello; sabía que el animal estaba ansioso por salir de ese corral.

—¿Puedo sacarlo?

—Sí, pero creo que es mejor que le pongas las riendas, por lo menos —aconsejó.

—No se preocupe, señor Rawson... Castiel es un buen muchacho.

—Está bien, pero ten cuidado, por favor, no quiero que tengas algún accidente o, tu padre, con la próxima cabeza que adornará su sala será con la mía... y; recuerda, ese caballo cuesta una fortuna.

—Puede estar tranquilo. —Le dijo y salió del corral.

—Regresa en media hora, que todavía tengo que llevarte a la cabaña en la que vas a instalarte. —Le dijo, alzando la voz, pero le pareció que ya iba demasiado lejos y no lo había escuchado.

Connor se encontraba sentado en la cama de la lujosa cabaña a la que lo había llevado el señor Rawson, y de la que él podría disponer durante el tiempo que le llevara el trabajo, que esperaba fuera muy poco.

Todavía le parecía que no había bajado del cielo, que fue donde se sintió cuando Castiel lo llevó hasta los límites de la propiedad; el animal era veloz y con un carácter dominante que lo cautivó totalmente, hasta pensó en ofertar por él, pero bien sabía que en la posición económica que se encontraba, no podía permitirse ese capricho, su prioridad era reponer las reses que el servicio de inspección sanitaria se llevó y sacrificó para evitar que la contaminación se propagara; por otra parte, debía cubrir el tratamiento de su padre.

Por mucho que se hubiese enamorado a primera vista de ese ejemplar, debía hacerse a la idea de que compartiría pocas semanas con él.

La cabaña era un poco más amplia que su habitación, tenía una chimenea lo suficientemente grande para calentar todo el lugar, pisos de madera pulidos, con muebles y sofás bastante cómodos. Lo que no le agradaba mucho era la pared de cristal, eso le brindaba muy poca intimidad, aunque estuviera tan apartada de la casa principal y solo rodeada por altos y frondosos árboles, le daba la sensación de que podía ser observado.

Se levantó de la cama y caminó por la alfombra blanca con sus pies enfundados en los calcetines, entró al baño para lavarse la cara y las manos, pero quedó sorprendido con tantas cosas para un lugar en el que solo debía darse una ducha y regresar al establo.

Tenía hasta un baño turco, algo completamente inútil para él, ya que jamás perdería su tiempo sentado en medio del vapor, cuando tenía tantas cosas que hacer.

No le gustaba husmear, lo consideraba una total falta de respeto, así que se tomó el tiempo justo para asearse la cara y un poco los brazos, no pretendía entrar a la tina para quitarse el olor a establo, eso lo haría en la comodidad de su baño.

Salió y volvió a la cama, donde se sentó a ponerse las botas, el lugar era un tipo *loft*, porque no tenía divisiones, desde la cama se podía ver la sala de estar, comedor y la cocina.

Después de admirar por varios minutos, llegó a la conclusión de que ese espacio tan lujoso y, al que le habían puesto tanto empeño, con esa decoración blanca y el marrón de las maderas, no podría ser para alguno de los trabajadores, mucho menos para un domador de bestias.

Era muy moderno y hasta romántico, quizá era el nido de amor donde los esposos Rawson se daban sus escapadas para revivir la llama de la pasión.

En cuanto su imaginación le dio vida a una apasionada entrega de la pareja en esa cama, se levantó inmediatamente y se quedó mirando el lecho, pero río, sintiéndose estúpido y anticuado, era lógico que hubiesen cambiado las sábanas.

—Como sea, tampoco pienso dormir aquí. —Se dijo, rascándose la nuca.

Aceptó que Prescott Rawson lo llevara debido a la insistencia para que se sintiera cómodo y tuviera un lugar para cambiarse y ducharse si lo deseaba, pero dormir; jamás, no iba a pasar una sola noche lejos de su padre.

Volvió a sentarse al borde de la cama para terminar de ponerse la bota que le hizo falta antes de que saltara despavorido por imaginar a los Rawson, cogiendo en ese lugar.

Estaba listo, ya no necesitaba pasar más tiempo holgazaneando, era hora de volver y poner manos a la obra, solo esperaba que la caprichosa de los Rawson, ya estuviese lista, tener que interactuar con ella era lo que menos le agradaba de todo eso, pero aceptó las condiciones y tenía que soportarla.

Agarró la chaqueta que había dejado sobre el sofá de cuero marrón algo envejecido, se la puso de camino a la salida, después subió al caballo que le había prestado Prescott para que regresara hasta el corral de Castiel.

Cabalgó por las verdes llanuras sin poder evitar sentirse preocupado, porque si la chiquilla seguía siendo tan insoportable como en su época de secundaria, no se lo iba a poner fácil, y no estaba seguro de que pudiera tragarse sus intentos estúpidos de humillaciones.

Cuando llegó, la niña seguía sin aparecer; quizá, hacerse esperar era su mayor habilidad, pero él no podía perder todo el día con los Rawson, debía volver a su rancho y ocuparse de sus obligaciones; por lo menos, le había dejado muy claro a Prescott, que solo dispondría de pocas horas al día, así que, si se marchaba antes de ver a una de las partes interesadas, no habría problemas.

Esperaría media hora, ni un minuto más, por lo que apenas desmontó del caballo, puso la alarma en su reloj de pulso, y para que el tiempo se le pasara mucho más rápido y no ganarse una úlcera por la molestia, decidió llevar al

animal a las puertas del establo; uno de los chicos se encargaba de quitarle la montura y cepillarlo, pero necesitaba desesperadamente entretenerse con algo y, qué mejor manera que hacer lo que le apasionaba.

Entró al establo y le solicitó a Hudson los utensilios que manipularía para limpiar al equino, y de esa manera, agradecerle por haberlo traído desde la cabaña.

Antes de empezar, se quitó la chaqueta y la camiseta; si la llevaba repleta de pelos, Chenoa se molestaría mucho y, para evitar que su cabeza fuese blanco de lo que tuviera en la mano a la hora de revisar su ropa antes de lavar, prefería quitarse las prendas.

Le quitó la pesada montura, pero tanto las bestias como él ya estaban acostumbrados a los quince kilos aproximados de la silla; la dejó sobre la valla de madera sin ningún esfuerzo y, a menos de un metro de donde había dejado su camiseta y chaqueta.

Agarró la rasqueta y empezó a frotar con carácter, de manera circular, la piel del animal, sintiendo cómo la energía de ambos se conectaba, esa fuerza y esencia que poseían se hacía más poderosa; en pocos minutos, antes de que pudiera terminar de rasquetear y empezar a cepillar, ya estaba sudando, pero a eso estaba también muy acostumbrado y no le molestaba en absoluto.

Cepillaba con infinita devoción la larga y espesa crin de un marrón rojizo y se sentía orgulloso de ver cómo el pelaje del animal brillaba más con cada cepillada que le daba.

—Estás casi listo, muchacho, casi listo... —hablaba con el animal, preparándose para levantar una de sus patas, sostenerla por el menudillo y pasarle el limpiacasco para quitar el barro, la tierra o cualquier otro residuo que pudiera incomodarle a la hora de caminar o causarle alguna infección.

El doble pitido de su reloj de pulso le avisó que la media hora había pasado, así que terminaría con la última pata y se largaría a su hogar.

—Esa no es la apariencia más apropiada para hacer el trabajo por el que se te ha pagado.

La voz de la joven a su espalda lo tomó por sorpresa, soltó con cuidado la pata del animal y se volvió a mirarla. Sin dudar, ya no era la chiquilla que había conocido, había crecido unos cuantos centímetros, pero no lo suficiente como para alcanzar su estatura; entre ambos, debía existir una diferencia de por lo menos veinticinco centímetros.

Su pelo no era tan rojo como lo recordaba, ahora era más cobrizo y más corto, lo tenía justo debajo de los hombros; hace unos ocho años llevaba una

coleta que caía hasta su cintura, con la misma espesura y casi color que la cola del animal que acaba de cepillar.

No era muy nítida la imagen que tenía de ella, pero sus rasgos habían cambiado, debía admitir que, para mejor, al igual que los contornos de su cuerpo, que eran mucho más evidentes y sugerentes, pero; al parecer, seguía siendo tan presumida y, eso, definitivamente, le traería problemas.

—Esto no será fácil —susurró y soltó un suspiro casi disimulado, mientras pensaba qué palabras usar para no ser más bestia que el caballo a su lado—. Si hubieses llegado hace unas tres horas, me habrías conseguido más presentable. —Apenas se echó un vistazo a su abdomen perlado por el sudor y, cuando subió la mirada, ella también había puesto la atención a su torso—. Pero, como no me gusta perder mi tiempo, tuve que invertirlo en otras cosas.

Ella se cruzó de brazos y apoyó su peso en una de sus piernas, en un gesto, evidentemente, desafiante.

—Como sea. —Evadió el tema alzando con displicencia una ceja—. Antes de empezar, tengo que aclararte unos cuantos puntos.

Connor la dejó hablar solo para escuchar cuántas estupideces soltaría, mientras no le daba toda la atención que deseaba; prefirió seguir cepillando distraídamente el lomo rojizo del caballo.

—Primero, no tienes permiso para tutearme, porque no somos iguales. Las cosas se harán como yo diga y en los horarios que estipule y; por tu bien, será mejor que no menciones a tus hermanas, porque recuerdo, perfectamente, que por ellas me comparaste con un cerdo —farfulló, resentida—. Será mejor que ni hables, no quiero escuchar tu voz, a menos que yo lo pida, y quiero que hagas el trabajo rápido, sin rodeos, haz que el maldito animal me obedezca.

Connor carraspeó al suponer que había terminado y miró a los ojos grises de ella, que estaban brillantes por la soberbia. Decidió que, desde ese momento, le tomaría la palabra al señor Rawson, para evitar malos entendidos.

—Te hablaré como me dé la gana, porque no eres más que una chiquilla mimada, a la que no le debo ningún respeto... El trato lo hice con tu padre, no contigo, pero por si él no te lo informó, el horario de tus prácticas, se hará acorde a mi disponibilidad... Y, créeme, contigo es con quien menos quiero hablar de mis hermanas, porque, hacerlo, me llevará a cumplir mi promesa de degollarte como a un cerdo. —La vio balbucear, posiblemente con ganas de interrumpirlo, pero quizá no llegó a crear una frase completa con qué atacarlo—. Y que Castiel te obedezca, dependerá, exclusivamente, de ti. —Dejó el

cepillo y se fue hasta la cerca donde había dejado su camiseta y chaqueta, ella lo siguió con la mirada, hasta se volvió para poder seguir observándolo—. Mientras yo esté presente, tendrás que tratar al animal con respeto... Preferiblemente, llamarlo por su nombre —continuó, mientras se ponía una de las prendas.

—Lo llamaré como quiera porque es mío, me pertenece y haré con él lo que me dé la gana, hasta sacrificarlo, si me place —dijo muy decidida y tratando de desviar la mirada de cómo la camiseta gris se pegaba al torso del hombre, sorprendiéndose al aceptar que se veía mucho mejor sin la prenda.

—Las cosas se harán como yo diga o no se harán —sentenció él, quien se puso también la chaqueta—. Tú decides.

—Pues, no se harán —contestó con la barbilla en alto y, con la fusta que tenía en la mano, se daba golpecitos desafiantes en una de las botas de equitación.

—Perfecto. —Se quitó el sombrero y se lo llevó al pecho como una reverencia burlona—. En serio, me has quitado un gran peso de encima, porque estar aquí, perdiendo mi tiempo contigo, es un sacrificio que estaba haciendo únicamente por tu padre. Gracias por rechazar mis servicios, me has librado del cargo de conciencia —confesó aliviado, caminó pasando por su lado y la tropezó intencionalmente con el brazo, pero siguió su camino, dejándola sonrojada por la molestia contenida.

Jennifer quedó pasmada, sintiéndose estúpida por no haber podido atacar a Connor Mackenzie, él siempre lograba salirse con la suya al insultarla y amenazarla, pero no iba a quedarse parada sin hacer nada, ya no era una niña a la que podía maltratar solo por salir en defensa de sus tontas hermanas.

No solo recordaba la amenaza que le había hecho, sino también el empujón que le dio. Su padre no tenía orgullo, ya había olvidado lo que Connor Mackenzie le había hecho; pero ella no, ella jamás olvidaría las agresiones de ese hombre. Una vez, llorando frente al espejo, se juró así misma que se las pagaría, y estaba segura de que lo haría.

Ahora lo había dejado sin trabajo, su padre le había dicho que eligió a Connor porque necesitaba del dinero para costear el tratamiento del viejo Mackenzie. Bien, ahora tendría que besar el suelo que ella pisara, si quería su trabajo de vuelta.

Resopló su furia y dejó que se marchara, sin nada más que hacer, regresó al rancho, con la firme convicción de cambiarse de ropa e ir a Jackson, de compras o a hacer cualquier cosa que no fuese estar encerrada en ese lugar en

medio de la nada. Deseaba que sus vacaciones terminaran cuanto antes, para poder regresar a Cambridge y continuar con sus estudios de medicina.

—Jennifer, ¿qué haces aquí?, ¿tan pronto conseguiste montar a Castiel?
—preguntó el padre, que justo en ese momento salía de su habitación y se la pilló subiendo las escaleras.

—No, pero estoy avanzando, pude tocarlo —mintió y siguió su camino—.
—Voy a cambiarme.

—¿En serio lo has tocado? —preguntó con total desconfianza.

—Sí —respondió escuetamente.

—Le preguntaré a Connor.

—No te dirá nada, ya se había ido cuando llegué.

—No puede ser —soltó con incredulidad, pero como conocía muy bien a su hija, prefirió encararla de una vez por todas—. Connor dijo que te esperaría.

—Pues no lo hizo —resopló, fastidiada, poniendo los ojos en blanco—.
Se largó.

—¿Qué te dije, Jennifer? —reprendió, molesto.

—Papá, él no quiere enseñarme... Es un grosero, parece un animal; incluso, es más bestia que cualquiera de los caballos de este rancho.

—Grosero, bestia o no, es quién te va a enseñar cómo acercarte a Castiel.

—Ya me di por vencida con ese animal, ya no lo quiero, puedes venderlo o sacrificarlo, me da igual.

—Bueno, señorita, ya me cansé de tus indecisiones y tus niñerías, vas a aprender a acercarte a Castiel, aunque no lo quieras, porque no voy a perder todo el dinero que he invertido en él; no será un capricho más que desecharás... Tú lo querías, tú lo cuidas y lo montas.

—Véndelo, papá. Así recuperas el dinero que invertiste. Pensé que sería un buen animal.

—Es un magnífico ejemplar.

—No me importa.

—Pues, te va a importar, porque si mañana en la mañana no estás con Connor en el corral... y; cuando digo «en la mañana», es a las ocho, a más tardar, no seguiré pagando por tus estudios ni tus viajes ni tu costosa ropa... Así que, puedes quedarte en tu habitación, porque no harás nada en Jackson. Ahora mismo llamo al banco para bloquearte tus tarjetas.

—¡Papá! ¡No puedes hacer eso! —protestó.

—Tú decides, Jennifer. —Le advirtió con gran determinación.

Connor seguía con la doma de Parca, uno de los caballos salvajes que estaba entrenando y en el que se concentró después de llegar del rancho de los Rawson; el estúpido comportamiento de la mujer, no podía seguir llamándola chiquilla, porque, indudablemente, ya no lo era, no le afectó en absoluto.

Parca estaba bastante inquieto, necesitaba presentárselo a otros caballos, pero no se dejaba guiar, tiraba de la soga con fuerza y relinchaba con furia, como muy pocas veces. Connor tuvo que solicitar la ayuda de Chace, uno de los jóvenes que trabajaba en su rancho y que siempre estaba cerca, porque cuando se trataba de un *Mustang*, se tenía que ser bastante precavido.

Entre los dos, trataban de calmar al caballo, pero tiraba de las sogas con una fuerza impresionante y se levantaba sobre sus dos patas, tratando de aplastar todo a su paso; después de dos horas, lograron su cometido.

—Esta noche vamos a Bin22 a tomarnos unas cervezas, ¿quieres venir? —invitó Chace, quien estaba profusamente sudado y con el pecho agitado, debido a todo el trabajo.

—No sé, todo depende de cómo esté el ánimo de mi padre.

—Cuando llegué, esta mañana, se veía bastante bien; estaba en el huerto, cantándole «bluegrass», a las plantas —comentó de buena gana, caminando al lado de Connor, quien era más alto que él y más fornido.

Connor sonrió con sus ojos celestes brillando por el sol, el cual, por lo menos, los calentaba, y por eso no sentían con tanto ímpetu la brisa fría que se arremolinaba a las faldas de las impetuosas montañas rocosas cubiertas de nieve, que amenazaba con arrancarle los sombreros y hacerlos volar.

Despidió a Chace y después entró a la casa por la puerta de la cocina, como era su costumbre, donde Chenoa lo recibió con un café, mientras Yoomie estaba sentada en la mesa haciendo sus tareas.

—¿Qué te tiene tan concentrada? —preguntó, sentándose a su lado, observando cómo la adolescente movía los dedos con agilidad sobre la tabla electrónica y, después, escribía una ecuación numérica en el cuaderno.

—Hago mis tareas de matemáticas —respondió con la mirada en la pantalla, tratando de olvidar que tenía al lado a Connor porque no quería que se diera de cuenta de cómo alteraba sus nervios.

—¿Con eso? —preguntó, señalando la tableta—. Gracias, nana. —Le

dijo a Chenoa, que le ponía la taza de café en frente, como premio recibió un generoso apretón en el hombro.

—Sí, esta aplicación me ayuda a entender de una manera más fácil — explicó mostrándole lo que estaba haciendo.

—¡Vaya! —Silbó, sorprendido—. Esas cosas no existían cuando estuve en la prepa... Quizá me hubiese ahorrado unos cuantos porrazos de los que me dio Chenoa.

—Pero así aprendiste mejor, sin nada de esa tecnología inútil — argumentó la mujer, que estaba preparando unas salchichas de pato.

—Entonces, podrías ayudarme —propuso Yoomee, con la única intención de retenerlo un poco más.

—Claro, déjame ver. —Deslizó el cuaderno por la mesa de madera rústica y miró por casi un minuto todo ese arsenal de números que, para él, no tenían ningún sentido; sí, sabía que eran ecuaciones, pero no tenía la más remota idea de cómo solucionarlas—. Ya olvidé cómo se hacen —confesó, arrancándole una carcajada a Yoomee.

—Tranquilo, el aplicativo me ayudará. —Siguió riendo, hasta que vio cómo su abuela le pegaba en la cabeza a Connor con una cuchara de madera, tuvo que llevarse una mano a la boca para no estallar en carcajadas.

—Lo sabía, tanto estudiar para nada. —Lo reprendió.

—¡Auch! —Connor se quejó y se sobó la mollera donde le habían dado por ignorante—. Es que estas cosas han cambiado. —Se excusó conteniendo la risa.

—Eso no cambia, la matemática moderna se ha mantenido por siglos, desde el trabajo revolucionario de Friedrich Gauss, que, al parecer, hizo todo su esfuerzo en vano... —Chenoa no era una mujer que hubiese tenido la oportunidad de estudiar de pequeña, aprendió a leer a los veinte años y de ahí se esforzó por ser una mujer culta, una mujer que había aprendido un poco, siempre desde la cocina o cuidando niños, donde había pasado toda su vida—. Mejor ve a la sala, que tu padre está reunido con el señor Rawson.

—¿Otra vez? No. —Resopló, imaginaba cuál era el motivo de la visita, ya pensaba que se había librado. Le dio un sorbo a su café para que le diera energía para afrontar el momento—. Termina las tareas. —Le dijo a Yoomee, después se levantó y caminó hacia la sala; pero antes de marcharse, se giró—. Yoomee, esta noche vamos a Bin22, ¿quieres venir?

Ella asintió con demasiado entusiasmo, si por ella fuera pasara cada segundo de sus días al lado de Connor.

—Solo si terminas tus tareas —condicionó Chenoa.

—Ya me falta poco —comentó, entusiasmada.

Connor sonrió y siguió con su camino, al llegar, saludó a los hombres que conversaban animadamente de los buenos tiempos en su juventud, porque habían sido vecinos desde que nacieron.

—Hijo, ven..., estábamos esperándote. —Lo llamó Eliot, con un ademán.

—Buenas tardes, Connor —saludó Prescott, ofreciéndole la mano con energía, aunque su mirada lucía un tanto perturbada.

—Buenas tardes, señor —correspondió y se sentó en el sofá con las piernas bastante separadas.

—Estoy aquí para ofrecerte una disculpa... —empezó el hombre sin rodeos, creía que era lo mejor—. Ya hablé con tu padre acerca del asunto, y estoy muy avergonzando por el comportamiento de mi hija.

—Bueno, en realidad pensé que sería más altanera —confesó, sin ánimos de darle importancia a la actitud de una joven caprichosa—. Pero no tengo tiempo para perderlo en tontas discusiones, el carácter de su hija es bastante fuerte... y; verdaderamente, ya tengo suficiente con las bestias salvajes, como para soportar el de una jovencita mimada. —Fue sincero y no le importaba en absoluto si con eso se ganaba el odio del hombre.

—Lo sé, te entiendo, pero ya he hablado con ella, prometió que iba a comportarse; incluso, dijo que mañana estaría lista a primera hora... Te lo aseguro, Connor —prometió, mirándolo a los ojos.

El chico rubio miró a su padre para que lo apoyara, pero su padre era un blandengue y en sus ojos estaba claro que estaba de acuerdo en que le diera una segunda oportunidad; sabía que no le importaba la chica a la que ni siquiera conocía, sino que lo hacía por toda una vida conociendo a Prescott Rawson.

—Está bien, volveré a intentarlo. —Suspiró y se levantó, estaba agotado y apestoso a establo, lo único que quería era darse una ducha.

—Te lo agradezco, Connor.

—Mañana a primera hora. —Casi hizo de eso una exigencia.

—Así será.

—Con su permiso, me restiro.

—Bien puedes —dijo el hombre.

Connor pasó al lado de su padre y le palmeó ligeramente un hombro, después siguió hasta su habitación.

Unas cuantas horas después de un merecido descanso, salió, listo para ir

a pasar una noche de entretenimiento en Jackson, cuando bajó, Yoomee ya lo esperaba en un sillón junto a la chimenea.

—¿Lista? —preguntó, sorprendido, al verla con el pelo suelto; muy pocas veces lo usaba así y, se le veía hermoso, como un brillante manto azabache.

Yoomee se levantó con una sonrisa contenida, obligándose a no exponer sus emociones. Se había puesto su mejor vestido de primavera. Le llegaba a los tobillos, de mangas largas y tela ligera, algo transparente con estampados florales rosados y verdes, en un lindo fondo marrón.

—¡Vaya! Luces muy linda —dijo, sonriente; pero de repente, frunció el ceño—. Espero no tener problemas con algunos chicos por tu culpa.

—No lo creo —comentó con timidez, con Connor era difícil expresarse y, a medida que su sentimiento crecía, se hacía más complicado; muchas veces quería devolver el tiempo, hasta antes de que descubriera la intensidad de sus sentimientos por él, cuando solo lo veía como a un hermano; deseaba ese tiempo en que se montaba a su espalda y para ella era un simple juego, cuando corrían por el campo o montaban a caballo y ella no tenía ese hueco en su estómago, donde las cosquillas la torturaban. Quería que volviera a ser su hermano y no el amante que ella imaginaba a solas en su habitación.

—¿Ya se van? —preguntó Eliot, apareciendo en la sala—. Pensé que cenarían primero.

—Sí, o se nos hará tarde... Vamos a cenar en Bin22.

—Está bien, conduce con cuidado y regresen temprano, que la niña tiene clases y tú que ir al rancho de los Rawson.

—Ni me lo recuerdes... Tendré cuidado, te lo prometo —dio su palabra y miró a Chenoa, que también llegaba en ese momento—. Cualquier cosa, me llamas, que se tome el medicamento a la hora exacta. —Le recordó, echándole un vistazo a su padre.

—Lo haré, vayan con cuidado y cuida mucho a Yoomee... Nada de licor para ella.

—Eso haré —prometió, pasándole un brazo por encima de los hombros—. Adiós. —Se despidió y, abrazando a la chica, salió de la casa.

Connor le abrió la puerta del copiloto para que Yoomee subiera, después se ubicó en el puesto del conductor y puso en marcha la Chevrolet, como un ritual puso música y empezó a cantar con entusiasmo, mientras la chica lo miraba sonriente y él la instaba hasta que lo acompañara.

El restaurante, con su típica fachada de madera y la montaña de fondo,

les daba la bienvenida. Connor dejó la camioneta en el estacionamiento y fueron al interior del local, donde ya lo esperaban los chicos, algunos de ellos en compañía de sus novias.

Juntaron un par de mesas para poder estar todos juntos, y en poco tiempo, cervezas, jugos y comidas iban y venían, mientras mantenían una algarabía que captaba la atención de los lugareños y turistas que estaban en el lugar.

Terminaron de cenar y la noche era joven como para volver a sus casas, por lo que, decidieron ir a otro sitio a seguir pasándolo bien, todos estuvieron de acuerdo en que el bar Million Dollar Cowboy, era lo mejor, solo esperaban que no apareciera esa noche ninguna autoridad, que se diera cuenta de que una menor los acompañaba.

Entraron al local, donde predominaba el estilo vaquero; incluso, las sillas de la barra eran monturas de caballo, la decoración iba desde cabezas de ciervos, bisontes y afiches de vaqueros en las paredes, un imponente oso disecado y preservado dentro de un cubículo de cristal hasta música *country* en vivo, interpretada por un grupo bastante reconocido en el estado.

Caminaron por el suelo cubierto por la legendaria alfombra granate, hasta unos de los reservados, desde donde se podía ver muy bien la tarima.

Casi de inmediato, llegó un joven con las cartas, mientras Yoomee solo miraba al grupo que cantaba, para no ser tan consciente de que estaba pegada al cuerpo caliente y fuerte de Connor.

Pidieron diferentes tipos de cervezas, Teton Amber, Snake River, Melvin Hubbert, Million Dollar, todas completamente locales, mientras que, Yoomee, solicitó una limonada Yellowstone, sin alcohol.

No paraban de hablar, incluso, la chica se sentía bastante integrada al grupo, porque a tres de los chicos los conocía, ya que trabajaban en el rancho.

Solo bastó el instrumental de uno de los temas más famosos de la banda para que la mayoría del grupo casi saltara de sus puestos y corriera a la pista de baile.

Connor tomó la mano de Yoomee y la llevó con él, el ritmo se bailaba en pareja, pero al mismo tiempo, separados, donde predominaba la destreza de sus pies; el grupo de bailarines creaba con el taconeado de sus botas, un sonido perfectamente sincronizado.

—*Take me back to the muddy water, Where the bull and the cow don't bother*—coreaba todo el grupo mientras se movían por la pista en medio de taconeos en el suelo y otros a sus manos, ya que subían sus talones y golpeaban al ritmo de la canción. Las sonrisas de los bailarines eran

constantes y los espectadores los animaban con las palmas y también los acompañaban a cantar—. *Pick up a girl I know won't holler. Head out of town, watch the sun go down, Maybe later we'll call some friends, Tell 'em meet us where the pavement ends...*

Cuando terminó la canción, todos quedaron en la pista con los pechos agitados, sonrientes y aplaudiendo; permanecieron ahí para la siguiente canción que, por ser más suave, solo cantaron a todo pulmón, creando un coro que llevó a uno de los integrantes del grupo musical a grabarlos con su teléfono y compartirlo en las redes sociales.

Connor y sus amigos regresaron a la mesa, totalmente sedientos; se pidieron más cervezas y siguieron pasándolo muy bien, hasta que se dio cuenta de que casi eran las dos de la madrugada; él se hubiese quedado hasta amanecer, pero debía llevar a Yoomee, ella tenía que descansar, así que se despidió y se fue con ella, llevándola abrazada.

—Creo que nos hemos metido en problemas, seguro que Chenoa nos estará esperando con la escopeta —bromeó.

—Quizá contemos con suerte y se haya quedado dormida —habló, percatándose de que estaba bastante ronca.

—¿En serio crees que se quedó dormida? Porque yo estoy seguro de que no. —Se quitó la chaqueta de cuero y se la puso sobre los hombros, porque no quería que el frío afectara más la garganta de Yoomee.

Llegaron a la camioneta y Connor le abrió la puerta, antes de que la chica subiera, la retuvo por un brazo y le dio un beso en la sien; se sentía culpable por el regaño que, sin dudas, iban a ganarse.

A Yoomee el corazón estuvo a punto de reventarle el pecho y caer latiendo desahogado sobre las botas de Connor, pero él cortó ese momento íntimo al pedirle que subiera.

—Te dije que no cantaras con tanta pasión. —Siguió bromeando, una vez que subió a su puesto.

—No me dijiste nada. —Sonrió, todavía acalorada, así fue cómo la dejó ese casto beso.

Estaba segura de que él solo la veía como a una hermana, que su cariño solo era fraternal y protector, y eso empezaba a lastimarle.

—Bueno, no voy a poner música para que no cantes y no empeore tu garganta.

—Puedes ponerla, prometo no cantar... ¿Te parece si seguimos con el mismo entusiasmo?, ¿un poco más de Little Big Town?

—Solo si no cantas.

—Lo prometo —dijo y fue ella la encargada de poner la música.

—Definitivamente, empezó en la mejor. —Él le dedicó una amplia sonrisa y empezó a tamborilear con las yemas de sus dedos sobre el volante, sin dejar de conducir. Sí, había bebido unas cuantas cervezas, pero no las suficientes como para no tener el control—. Bienvenido a la familia... —canturreó y miró de soslayo a la chica a su lado, esperando que cumpliera su promesa—. De verdad espero que tengas una buena vida con mi hermana pequeña, sí, ella va a ser la mejor esposa... —seguía sonriendo con guasa mientras cantaba, esperando el momento para hacerle una pequeña broma a Yoomee—. Espero que tengan muchos niños, espero que tengas un buen trabajo, espero que no te moleste la compañía porque vamos a ser muchos, y hermano, te daré un consejo fraternal, si sabes lo que es bueno para ti la tratarás bien, porque el abuelo es el *sheriff* local, sí, él es juez y jurado también, y el tío Bill, es de la funeraria, hijo..., él cavará un agujero para ti. El primo Jesse está loco, luchará contigo solo por diversión, mamá tiene muy mal genio, y papá tiene una escopeta... —Pausó en esa estrofa y la miró, ella le dedicaba una expresión entre divertida y confundida—. Yoomee, ¿cuándo vas a tener novio? Es que me muero por cantarle esta canción.

La chica sonrió y negó con la cabeza.

—Creo que te vas a quedar con las ganas, en mis planes no está tener novio..., no por ahora —aclaró.

—Eso lo dices hoy, pero seguro que existe algún chico que te guste.

—No, no lo hay. —Mintió, porque ese que le robaba el aliento y se colaba en sus sueños, lo tenía justo al lado, pero estaba segura de que jamás se lo diría, ni él correspondería.

—Vas a conocerlo, solo espero que sea bueno para ti, porque eres una chica hermosa y valerosa. —Estiró su mano y le acarició la cabeza.

Al llegar a la casa, no se libraron del regaño susurrado que les dio Chenoa, para no despertar a Eliot. Connor, como siempre, terminó echándose toda la culpa; después, todos se fueron a dormir.

6

Por primera vez en mucho tiempo, a Connor se le pegaron las sábanas y no despertó sino hasta que escuchó las voces de los paramédicos que habían venido por su padre. Pensó que no sería nada, ya que estaba seguro de que, Jennifer Rawson, no lo esperaría lista tan temprano. Se levantó antes de que pudieran llevárselo y salió con el pijama sin lavarse, al menos, la cara; no podía perder tiempo.

—¡Mira esa cara de resaca! —comentó de muy buen ánimo, a pesar de que estaba en la silla de ruedas.

Connor sonrió, acercándose para darle un beso en la mejilla; todavía no lograba acostumbrarse a que tuviera que dejar la casa cada dos días para ir a un hospital a que le hicieran diálisis; inevitablemente, eso le daba vida a su peor miedo, que era que no volviera.

—¿Cuántas cervezas te tomaste? —preguntó con su sonrisa cansada.

—No lo sé, perdí la cuenta —respondió, mirando a los ojos azules de su padre con una sonrisa—. ¿Estarás bien?

—Muy bien, te lo prometo —confesó, seguro de los miedos de Connor, uno de sus pensamientos constantes era que su hijo no hacía su propia vida por estar cuidando de él y del rancho; en muchas oportunidades, se había cruzado por su cabeza el deseo de que todo terminara pronto, que pudiera marcharse en paz y llevarse consigo la carga que había puesto sobre los hombros de su hijo—. ¿No tenías compromiso a primera hora?

—Sí... —Se rascó la cabeza, debido al sacrificio que tenía en puerta.

—Esa primera hora ya pasó hace rato.

—Lo sé, pero no quiero ir a perder mi tiempo; los Rawson despiertan bastante tarde..., incluso, el señor Prescott.

—Entiendo, pero no pierdas el valor de tu palabra por los demás, si dijiste a primera hora, a primera hora debes estar, sin importar si los demás cumplen o no. —Lo reprendió.

—Está bien, papá —masculló, como muy pocas veces lo hacía, pero era que en realidad no deseaba ese trabajo—. En unos minutos me iré.

—Sé que lo harás bien.

—Yo también, por lo menos con el caballo.

—No le prestes atención a la jovencita, lo tuyo es el caballo.

—Es bastante difícil no prestarle atención.

—Imagino, seguro que, con los años, se ha vuelto una mujer hermosa, si es que se parece a su madre.

—No lo digo por su belleza, sino por su carácter.

—Hijo, tus días se van domando caballos salvajes, no me digas que no podrás ponerle carácter a una mujer.

—Papá, será mejor que te vayas —dijo, riendo ante las ocurrencias de Eliot Mackenzie.

—Mano fuerte con la jovencita. —También sonrió. En ese momento, el paramédico puso en marcha la silla; igualmente, sonriendo por las ocurrencias de los hombres. Ellos sabían perfectamente de quién hablaban, porque todos en Jackson se conocían, eran como una gran familia.

Connor se quedó en la puerta, mirando cómo se llevaban a su padre y; al perder de vista la ambulancia, suspiró y se fue a su habitación, ya resignado a que debía cumplir con ese tormentoso deber.

Después de una larga ducha que renovó su cuerpo y energías, entró a la cocina al tiempo que marcaba al teléfono de Chace, quien, al tercer tono, le respondió.

—Hola, Chace, ¿ya estás en las caballerizas?

—Hace un par de horas. —Se podía sentir la falta de aliento en su voz.

—No podré ayudarte esta mañana, tengo que ir al rancho de los Rawson para seguir con el entrenamiento del Akhal-Teke. Imagino que eso me tomará un tiempo, pero te he preparado un plan de actividades que he dejado en cada una de las caballerizas, para que sepas lo que tienes que hacer —explicaba y miraba el succulento desayuno que Chenoa la servía. Huevos, tocino, salchichas, pan tostado, patatas, cebollas grillé y el infaltable café.

—Está bien, ahora lo reviso.

—Si necesitas algo, solo me llamas.

—Lo haré; ahora, déjame trabajar —comentó con toda la confianza que le tenía a su amigo.

Connor terminó la llamada y se dispuso a comer todo eso que tenía en frente y que le había hecho agua la boca.

—¿Yoomee ya se fue a la escuela? —preguntó mientras picaba una salchicha.

—Casi dormida, pero fue. Espero que sea la última vez que regresen tan tarde —siguió con su reprimenda, como si no hubiese sido suficiente por la

madrugada.

—Prometo que no volverá a pasar, solo nos pusimos a bailar y no nos percatamos del tiempo —hablaba mientras comía con infinitas ganas, a pesar de que la noche anterior había comido más de la cuenta, amaneció hambriento.

—Date prisa, que ya vas muy retrasado.

—Ni me lo recuerdes, que hago mala digestión —masculló, antes de llevarse un trozo de tocino a la boca y comerlo con ganas.

—Si tanto te desagrada el trabajo, te hubieses negado.

—Lo habría hecho, pero necesitamos el dinero; además, mi padre respeta a Prescott Rawson... Solo espero terminarlo cuanto antes.

—Para que eso suceda, tienes que ir más temprano y darte prisa con la comida.

—Eso intento hacer —habló con la boca llena y a medio masticar. Tragó grueso y siguió comiendo, apresurándose como le aconsejó Chenoa.

Cuando llegó al rancho de los Rawson, fue atendido por uno de los empleados, Ismael, quien se ofreció a llevarlo en el carrito de golf. Pero él no volvería a montarse en eso, por muy demorado que estuviera; prefería caminar y no recurrir a algo que era meramente utilizado por holgazanes.

—No se preocupe, sé llegar..., recuerdo el camino.

Ismael no insistió, así que él se echó a caminar hasta el establo, donde, supuestamente, lo estaría esperando la «señorita Jennifer».

A pesar de que estaba bastante acostumbrado a caminar largos trayectos, durante casi todo el día en esas montañas; esa mañana se quedaba sin aliento en algunos momentos, por lo que se detuvo a respirar a poco de llegar al establo.

Jennifer maldecía hasta el aire que respiraba, estaba tan furiosa que, si no hubiese sido porque el inútil de Ismael se llevó el carrito a la casa, ella se habría ido, y poco le importaba si su padre la desheredaba. Pero no le quedaba más que seguir esperando, sentada en aquella piedra que, prácticamente, le tenía el culo congelado.

Se levantó enérgica en cuanto vio que Connor Mackenzie se acercaba, muriéndose por correr hasta él y golpearlo con la fusta que temblaba en su mano.

—¿Estás lista? —Fue lo único que preguntó sin siquiera saludar o por lo menos disculparse por su demora.

—¿Que si estoy lista?, ¿en serio te atreves a preguntarme semejante estupidez?, cuando llegas dos malditas horas tarde... —Jennifer soltaba su

alharaca, sonrojada por la molestia, mientras apretaba con fuerza la fusta.

—Ayer tú me hiciste esperar por más de seis, y no te recibí con ningún tipo de reclamo, mucho menos con este espectáculo tan decadente...—La interrumpió él, con una postura imperturbable y fuerte.

—Entonces, esta es tu venganza, ¿es eso?... Pues, déjame informarte que aquí eres mi empleado y puedo llegar a la hora que me dé la gana.

—Empezamos mal, otra vez, porque quien me contrató fue tu padre y, por el respeto que le tengo, fue que acepté; de haber sido por ti, jamás disfrutarías de ninguno de mis servicios. No me interesa ser protocolar contigo y bien sabes que no me agradas en absoluto; no eres más que una jovencita malcriada con ínfulas de diosa, pero no te equivoques conmigo, no voy a aceptar tus niñerías, no soportaré tus berrinches porque no soy tu padre. —Le dejó claro.

Connor la vio resoplar como si fuese un mismísimo bisonte, su cara estaba muy roja, quizá conteniendo miles de insultos, y él estaba esperándolos. En realidad, se descubrió deseando la excusa perfecta para marcharse.

Jennifer, en ese momento, estaba poniendo en una balanza tener que soportar eso o decirle adiós a su carrera de medicina, sus viajes y lujos; y estaba ganando quedarse encerrada de por vida en ese pueblo de mierda, pero bien sabía que, después, se arrepentiría.

Su padre la estaba sometiendo a la peor de las humillaciones, se preguntaba, una y otra vez, ¿por qué no buscó a alguien más?, ¿por qué, precisamente, tuvo que ser Connor Mackenzie? Ese hombre al que no soportaba y que, como él mismo había declarado, tampoco la soportaba a ella. Estaba segura de que eso no funcionaría, debía acercarse cuanto antes a Castiel o, Connor y ella terminarían matándose.

—¿Por qué sigues perdiendo tiempo? —reclamó sin nada más que decir, odiándose por haber tenido que contenerse y soportar todo lo que le dijo—. Se te está pagando para que me ayudes con Castiel, no para que te quedés mirándome...

—Cállate, por favor. —Se volvió y caminó en dirección al establo—. Voy por el caballo, espera aquí.

Malditos fueran sus ojos que se escaparon a mirarle el culo a Connor en aquel Levi's, miró al cielo y resopló toda la furia que la consumía, preparándose mentalmente para seguir soportando aquella degradación.

Connor regresó con Castiel ya con la montura puesta, el majestuoso animal brillaba intensamente con el sol; definitivamente, era de un dorado claro impresionante.

Jennifer decidió caminar para estar más cerca, esperando que el equino dejara de comportarse como una bestia, cada vez que la veía; quizá, si esta vez se comportaba, no se ganaría sus buenos azotes.

Castiel, al ver a su dueña, reaccionó violentamente y salió como alma que lleva el diablo. A Connor no le dio tiempo de sostenerlo y ante el fuerte tirón, casi lo llevó al suelo; sintió sus manos arder por el quemón que le causó la soga y, a pesar de haber trastabillado, no comió hierba.

—Estúpido animal —refunfuñó Jennifer, observando cómo el caballo se escapaba a todo galope.

Connor se quedó pasmado y adolorido, mirando cómo el caballo se alejaba; quiso correr detrás del maravilloso ejemplar, pero sabía que sería imposible alcanzarlo; en cambio, solo se volvió a mirar a Jennifer, seguro de que ella había sido la causante de esa reacción de pánico en Castiel.

Su mirada se clavó en ella con rabia poco disimulada, observándola vestida con el pantalón de equitación gris, chaqueta roja, un pequeño sombrero negro y, en su mano traía una fusta, la cual golpeaba distraídamente contra una de sus botas.

—Por hoy, no te necesito más... Puedes volver a tu casa y quitarte tu fino traje de equitación.

—Espera..., solo ve por el maldito caballo y haz que se deje montar... Es lo único que tienes que hacer.

—No se dejará montar por alguien que lo maltrata, ahora entiendo...

—¿De qué estás hablando? —Se hizo la sorprendida.

—¡Sabes perfectamente de qué hablo! —Casi le gritó, estaba muy molesto, porque si algo le enfurecía era que lastimaran a los animales, y; evidentemente, eso era lo que estaba haciendo Jennifer con el pobre de Castiel —. No tienes la más remota idea del poder y valor de ese caballo, para ti solo es un capricho... Definitivamente, no lo mereces. Cuando regrese, no te quiero ver aquí. Vete a tu casa.

Corrió a la caballeriza, le puso la montura al caballo que había usado el día anterior y galopó casi con desesperación para dar cuanto antes con Castiel.

Jennifer, como una experta en el arte de la vanidad, admiraba su perfecto rostro en el espejo, perdiéndose en sus ojos grises; estaba satisfecha con el resultado de su maquillaje, uno sencillo en tonos bronce, pero que resaltaba sus extraordinarias facciones, y combinaba con el color de su cabello.

Eligió de su joyero unos pequeños pendientes de oro blanco, con forma de un árbol de la vida; estaba poniéndose el segundo cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —mandó a pasar, segura de que su padre quería llevarla ya a las caballerizas. Obligarla a estar ahí tan temprano era algo estúpido e inútil, porque Connor Mackenzie llegaba a la hora que le daba la gana. Sin duda, sus vacaciones se habían convertido en un infierno; debió olvidar el capricho del caballo y haberse largado a Ibiza.

Por un momento, se imaginó a la orilla de Es Cavallet, recibiendo los cálidos rayos del sol sobre su cuerpo desnudo, y no ese frío que le erizaba la piel.

—Buenos días, señorita. —Se anunció Lucía, una de las chicas que se encargaban de las tareas domésticas del rancho—. Su padre la espera en la sala, desea hablar con usted cuanto antes —repitió las palabras del señor.

Jennifer se alejó del gran espejo y caminó hacia su cama, donde se sentó.

—Dile que bajo en unos minutos. —Fue lo único que pronunció, mientras se quitaba sus acolchadas y calientes pantuflas para ponerse las botas de equitación—. Ya puedes irte —masculló al ver que la chica todavía estaba ahí.

En cuanto la mujer salió y ella terminó de ponerse las botas de muy mala gana, se levantó y caminó por la habitación, admirándose en el espejo mientras pensaba para qué la quería su padre tan temprano; habían acordado que, a las siete de la mañana, y para eso faltaba casi media hora.

No estaba segura de poder soportar eso, quizá debía llamar a alguno de sus amigos en Cambridge para que le prestaran dinero, independizarse y buscar un trabajo, ya le faltaba muy poco para terminar su carrera, bien podría conseguir algo que hacer y que le resultara rentable.

Sabía que el sueño de sus padres era que se quedara confinada en ese maldito rancho en medio de la nada, pero ella era una mujer demasiado cosmopolita, le gustaban las ciudades con rascacielos, tiendas de las mejores marcas, un tráfico infernal y muchos lugares donde ir a divertirse, también con clínicas y hospitales de prestigio; no se había quemado las pestañas para terminar trabajando dobles turnos en el hospital en Jackson.

Eso se lo había dicho cientos de veces a sus padres, pero ambos parecían hacer oídos sordos; aparentemente, a ellos no les interesaba lo que ella deseaba, como si hubiesen predestinado su futuro antes de nacer, imponiéndole lo que debía o no hacer.

Salió de su habitación para encontrarse con su padre, pero al mismo tiempo, pensaba a cuál de sus amigos recurrir por ayuda, el nombre de Asher fue el primero que trajo su memoria; él era sobrino del dueño de una de las marcas de automóviles más reconocidas y costosa a nivel mundial, seguro le ayudaría; pero recordó que ya no eran tan buenos amigos, las cosas no terminaron bien, después de varias semanas de sexo. No, definitivamente, Asher no le ayudaría.

Brendan, económicamente era perfecto, también había tenido sexo con él, pero fue tan mediocre, que no soportaría repetir la triste experiencia a cambio de dinero.

Se paseó por un considerado repertorio de posibles benefactores, pero con todos se había acostado y no había tenido buenos resultados, de casi la mayoría se había cansado y dejado saber que eran malos amantes; sabía que los hería fuertemente en su orgullo, pero no era del tipo de mujer que se quedaba callada si algo no le satisfacía, ella era cruelmente sincera; sin embargo, sabía que debía haber alguno dispuesto a ayudarla.

Su sorpresa fue mayúscula y bastante desagradable cuando llegó a la sala y su padre estaba en compañía de Connor Mackenzie; inmediatamente, un líquido amargo y caliente subió por su garganta, y tuvo que volver a tragarlo.

—Papá, no dijiste que también ibas a invitarlo a desayunar. —El desdén vibró en sus palabras.

—Jennifer, ven aquí. —La llamó con el ceño profundamente fruncido, ella se acercó hasta él, evitando mirar al rubio que invadía su hogar con olor a establo—. ¿Acaso tanto esfuerzo y dinero invertido en tu educación no han servido de nada? —preguntó, muy serio.

Jennifer se contuvo de resoplar, no podía creer que su padre se pusiera en esa actitud, ¿es que no habían sido suficientes de humillaciones? Empezaba

a creer que él no la extrañaba en absoluto y que, tenerla ahí, de vacaciones, era una tortura. Pues, que se enterara de que para ella también lo era.

—Saluda —exigió.

—Buenos días, papá —masculló con ganas de arrancarle la barba a su padre, quien le hizo un movimiento de ojos hacia donde estaba el invitado, así que no le quedó más que mirar a Connor—. Buenos días. —Frunció la nariz, para que se diera cuenta de que eso era una obligación, y volvió la mirada hacia su padre—. Tengo hambre, ¿puedo retirarme al comedor? —solicitó.

—Primero tenemos que hablar, siéntate —dijo, haciendo un ademán a su lado.

Jennifer se relamió los labios y suspiró, en un gesto de impaciencia y molestia, que no pasó desapercibido para los hombres.

—¿Qué le has hecho a Castiel? —preguntó sin rodeos, porque la molestia no le permitía ser compasivo con su hija.

—No le he hecho nada, ni siquiera deja que me le acerque. —Clavó sus ojos acusadores en Connor, quería fulminarlo, hacerlo polvo, sacarle esos bonitos ojos azules y pisotearlos, arrancarle la lengua de raíz para que dejara de ser tan boca floja.

—¿Estás segura? Te estoy dando una oportunidad para que me expliques.

—No le he hecho nada, no importa lo que te haya dicho este cavernícola. —Señaló a Connor con ahínco—. Cualquier cosa que haya sido, es mentira.

—No tengo por qué mentir, no gano nada con eso.

—Porque me odias, siempre lo has hecho —discutió y ver cómo él plegaba los labios en una sonrisa de suficiencia y miraba a otro lado, provocó que su ira aumentara.

—Aquí no estamos hablando de sus problemas —intervino Prescott, antes de que su hija se saliera de control y le hiciera pasar vergüenza delante de Connor—. Te estoy preguntando por qué has lastimado a Castiel.

—Ya te dije que no le he hecho nada —protestó.

—Jennifer Rawson, he revisado las grabaciones de las caballerizas y he visto lo que le has hecho... —Vio a su hija boquear, estaba seguro de que ni siquiera estaba enterada de que en el establo tenía cámaras—. Nunca me has visto ser cruel con algún animal, nunca los he maltratado, por lo que no entiendo por qué lo haces... ¿Qué demonios te lleva a hacerlo?

—Tan solo lo he azotado un par de veces —explicó sin atreverse a mirar a Connor, porque iba a saltarle encima y arrancarle la lengua, su odio hacia él ya se había extralimitado—, porque no me obedece. Pensé que, dejándole

claro quién manda, permitiría mi acercamiento..., pero ya no quiero a ese tonto animal. Voy a regresar a Cambridge, para mí, las vacaciones han terminado.

—No creo que mi presencia sea necesaria en esta conversación — interrumpió Connor, poniéndose de pie.

Jennifer tuvo que levantar la cabeza para poder mirarlo tan alto como era, con sus párpados entornados por el odio. Ahora sí iba a largarse y dejarla a ella con el problema a su padre.

—No es necesario, puedes quedarte — comentó Prescott.

—Mejor esperaré en el corral, sacaré a Castiel para que relaje los músculos. —Se puso su sombrero y se marchó. Sí, él le había dicho al señor Rawson lo que su consentida le había estado haciendo al pobre animal, porque no toleraba ningún tipo de maltrato. En vez de mirarlo con odio, debería estar agradecida de que no la denunció con el servicio de protección animal.

—Jennifer, ¿qué has hecho con los valores que te hemos inculcado? — retomó la conversación el hombre, una vez que Connor se marchó—. Creo que haberte mandado lejos de casa ha sido un terrible error, te hemos dado tanto, que hemos terminado dañándote.

—Papá, lo siento, sí... —Sabía cómo tenía que hablarle a su padre, porque si se alteraba, solo empeoraría su situación—. Me dejé llevar por la impaciencia, por eso creo que es mejor que ya no me quede con el caballo, lo estuve pensando muy bien y, a fin de cuentas, no es prudente para él ni para mí que creemos un lazo, porque tengo que volver a clases y nos extrañaremos...

—No será así, vas a cuidar de ese caballo, lo vas a proteger y serás su amiga.

—Papá... —Iba a protestar.

—Papá, nada, ve a desayunar y después irás al corral... Connor dice que puedes ganarte la confianza de Castiel, aún estás a tiempo. Así que, no desperdicies la única oportunidad que tienes. —Se levantó y se marchó a su oficina.

Jennifer se quedó sumida en su ira, la que provocó que un par de lágrimas corrieran por sus mejillas pero que rápidamente se limpió y se tragó todas las demás.

El apetito se le había ido a la mierda, pero apareció su madre, posiblemente enviada por su padre para que, prácticamente, la obligara a comer. Solo por no seguir batallando inútilmente, comió un poco de fruta; al terminar, decidió ir caminando al establo, porque necesitaba pensar, solo que,

con cada paso que daba, deseaba fervientemente perderse, que ante ella se presentara un denso bosque y se la tragara.

Se sentía inútil e impotente por tener que depender de sus padres con veintidós años; definitivamente, debía encontrar una manera de independizarse económicamente, porque si no, seguirían chantajeándola cada vez que les diera la gana.

—Por la tarde iré a Jackson, voy a sacar todo el efectivo que pueda de las tarjetas, me compraré un pasaje de avión y me largaré a donde no puedan rastrearne... —platicaba con ella misma, tratando de encontrar una solución eficiente a su situación.

Connor sacó a Castiel del corral y lo caminó por varios minutos, hasta permitió que lo acariciara, era tan manso e inteligente que lo tenía realmente maravillado; en serio, deseaba mucho poder convertirse en su dueño.

En ese momento, vio la figura estilizada de Jennifer, subiendo la pequeña colina; inevitablemente, apreció la belleza de ese cuerpo y ese cabello cobrizo que se batía con el viento, creando un contraste hipnótico con el intenso verde del prado, era caprichosa, infantil, hasta cruel, pero él, la había descubierto una mujer hermosa y deseable. Ya no era la chiquilla que estudiaba con sus hermanas, de esa adolescente no habían quedado ni las manchas de acné en su rostro.

Sin embargo, su debilidad masculina se evaporó cuando Castiel volvió a tensarse; él sostuvo fuertemente las riendas para que no escapara.

—Tranquilo, tranquilo, muchacho... No pasa nada. —De manera inevitable, una idea maligna o quizá demasiado infantil surgió—. Castiel, ¿qué te parece si nos vengamos? Anda, vamos a hacerlo —propuso, acariciándole el cuello—. Sé que será difícil para ti, pero tienes que vencer tus miedos o nunca vas a superar lo que esa malcriada te ha hecho.

Connor sabía que era peligroso, pero no pensó en las consecuencias, solo le dio una palmada al caballo en la grupa y le soltó las riendas; inmediatamente, el animal salió disparado y sin control. Lo que pasaría a partir de ese momento, solo dependía de la joven, mientras él disfrutaría del espectáculo.

Jennifer llevaba puesto el pantalón de equitación negro, la chaqueta blanca, una bufanda negra, en una de sus manos llevaba el casco y en la otra la fusta, mientras sus cabellos se agitaban ante el viento y su energía al caminar.

Estaba por llegar, cuando vio que Castiel se acercaba a ella desbocado, por lo que abrió los ojos casi desorbitados; su corazón se instaló en su

garganta, palpitando descontroladamente, todo su cuerpo se volvió un cúmulo de temblores y; como temía ser arrastrada por el animal, se llenó de pánico y no hizo más que darse media vuelta y correr con todas sus fuerzas, correr por su vida.

Connor, al ver a Jennifer corriendo despavorida, soltó una carcajada, mientras que el caballo la seguía muy de cerca.

—¡Papá! ¡Auxilio! ¡Papi! —gritaba desesperada en medio de la carrera—. ¡Ayúdenme!... ¡Auxilio! —Seguía corriendo y gritando aterrorizada, pero nadie parecía escucharla y podía sentir el resoplido del caballo en su nuca; sabía que la iba a pisotear, que la aplastaría brutalmente.

El aliento le quemaba la garganta, estaba cansada de correr y las piernas parecían ya no soportar más; en un arrebatado instinto de supervivencia y, antes de que Castiel se la llevara por delante, decidió lanzarse a un lado. La caída fue aparatosa y rodo por la hierba, golpeándose fuertemente un pómulo; se quedó muy quieta en el suelo, con la cara enterrada en la hierba mientras recuperaba el aliento.

La adrenalina bajó de golpe, por lo que el dolor se apoderó de su cuerpo y los temblores no cesaban; los sollozos no se hicieron esperar. En medio de los espasmos de su cuerpo se sentó y pudo ver cómo el animal corría sin detenerse. Se pasó las manos por la cara para quitarse las lágrimas y calmarse, pero al verse una de sus palmas manchadas de sangre, la desesperación le ganó y empezó a llorar con fuerza.

Connor, al verla tirada, fue plenamente consciente de que se había pasado un poco con su broma; la sonrisa de satisfacción desapareció y empezó a temer que se hubiese lastimado de verdad. El remordimiento empezó a hacer mella en él, y lo obligó a correr hasta donde la joven seguía sentada en la hierba, despeinada, con la ropa manchada del verde del prado y mirándose las manos.

Al ver la sangre, se llenó de nervios; inmediatamente, se acuclilló frente a ella, con la única intención de brindarle su ayuda. Era lo menos que podía hacer, después de haber sido el causante de esa situación.

—Déjame ayudarte, parece que te has lastimado... Necesito ver. —Le sujetó la barbilla y le elevó el rostro, para verificar cuán grave era la herida.

Jennifer estaba toda temblorosa y con la respiración demasiado agitada, en realidad, estaba tan perturbada que ni siquiera era plenamente consciente de que quien estaba con ella, era Connor Mackenzie; no lo estuvo hasta que él se quitó la camisa a cuadros y quedó frente a ella con un torso cincelado de

piel bronceada; a pesar de estar en las frías montañas de Wyoming, no tenía idea de cómo conseguía tener ese color tan seductor y ese abdomen de acero.

Connor vio que sangraba profusamente del labio inferior, necesitaba limpiarlo para saber si era grave o no; probablemente, tendría que llevarla al hospital y; aunque ella le preocupaba, también le mortificaba el paradero de Castiel.

Con su camisa trató de limpiar con cuidado el labio, ella se quejó y apretó los ojos con fuerza, pero él siguió con minuciosos toqueteos, manchando su camisa con la sangre de Jennifer.

—Déjame tranquila. —Ella reaccionó repentinamente e intentó levantarse, pero le dolía todo el cuerpo. Connor adivinó su intención y le ayudó a levantarse, pero Jennifer le dio un empujón—. No me toques con tus sucias manos..., eres un animal... —Le decía, llena de ira—. Ese maldito caballo casi me mata por tu culpa, dices ser domador, pero no puedes controlarlo... Aléjate, le diré a mi padre lo que has hecho —exigió y empezó a caminar sin importar cuánto dolor podía sentir, se fue cojeando.

—No es mi culpa que el caballo enloquezca en cuanto te ve... Has probado una dosis de tu propia medicina. ¿Acaso crees que Castiel no sufre cuando lo azotas? Por hoy, tampoco podrás hacer nada, ya se asustó. Pobre animal, seguro va a encarnar a uno de los caballos del apocalipsis y, está pagando antes, el destino que le toca. —Le expuso, sin tratar de esconder esa sonrisa que revoloteaba en su boca.

Jennifer estaba en perfectas condiciones, quizá un poco adolorida, pero nada de lo que en realidad debiera preocuparse.

—¡Eres insoportable, Connor Mackenzie! —resopló, molesta, y siguió con su camino, mientras él le miraba el culo manchado por el prado y sonreía por el resultado de su fechoría.

Connor regresó a las caballerizas por un caballo para ir en busca de Castiel, le tranquilizó encontrarlo bastante sereno, bebiendo agua en el lago, la imagen del animal era casi mística, parecía salido de alguna película de fantasía; todo él, resplandecía por los rayos del sol que se posaban sobre su dorada piel.

Se detuvo a una distancia prudente y desmontó, caminó con precaución para no asustarlo, por si todavía estaba algo nervioso; fue acercándose hasta que posó lentamente una de sus manos en el lomo y empezó a acariciarlo.

—Hola, muchacho, veo que tienes mucha sed —comentó al ver que el equino ni se inmutó con su presencia, solo seguía bebiendo—. Has hecho un gran trabajo, estoy seguro de que Jennifer sintió tanto miedo como lo sientes tú, cada vez que se te acerca —hablaba con el animal, mientras le brindaba su energía a través de sus palmas.

Una vez que sació su sed, sacudió la cabeza y resopló, provocando que Connor sonriera y le rascara detrás de las orejas.

—Creo que es hora de volver, vamos. Te llevaré al corral para que comas un poco; debes estar hambriento después de semejante carrera.

De un ágil salto, lo montó y lo guio hasta donde estaba el otro caballo para tomar las riendas de este y llevarlos de vuelta al corral.

—¿La viste correr espantada? —Le preguntó, conteniendo una carcajada mientras acariciaba los costados del cuello del hermoso ejemplar—. Sé que también lo disfrutaste... —siguió parloteando con Castiel, hasta que lo dejó en el corral, seguro y tranquilo.

Volvió a montar el otro caballo y, al galope, se dirigió a la casa para ver lo que había pasado con Jennifer; inevitablemente, los nervios se apoderaron de él, al ver una ambulancia en la entrada, por lo que desmontó rápidamente y corrió.

—¿Cómo está Jennifer? —preguntó a la jovencita del servicio que siempre se sonrojaba cuando lo veía.

—No..., no lo sé —tartamudeó, mirándolo a través de sus pestañas—. Los paramédicos están en su habitación.

—¿Y el señor Rawson?

—Sus padres están con ella.

Connor no sabía si marcharse o quedarse, no tenía ni puta idea de qué debía ser lo apropiado en ese momento.

—¿Deseas algo de tomar? —interrumpió la joven en su disyuntiva.

—No, gracias —comentó y decidió sentarse a esperar a tener noticias de la joven, porque si se marchaba, podía prestarse a malos entendidos. Estaba dispuesto a enfrentar la situación, no era un chiquillo para salir corriendo a esconderse.

En medio de los nervios, apretaba el ala de su sombrero Marlboro; alguna parte de su cerebro le pedía que se tranquilizara, que no debió ser nada grave porque, de ser así, se la hubiesen llevado al hospital y; para reforzar esa razón, a su memoria llegaba el momento en que limpiaba con su camisa la sangre en su labio, dándose cuenta de que más allá de lo despeinada y de los nervios, la condenada mujer era muy atractiva y sensual.

Sacudió ligeramente la cabeza porque estaba actuando como un animal, dejándose llevar simplemente por su instinto masculino al desear el físico y olvidar el terrible carácter altanero de ella, un carácter totalmente insoportable e infantil.

Se levantó con energía al ver al señor Rawson bajar las escaleras en compañía de los paramédicos, no pudo intervenir, se quedó de pie junto al sofá, viendo cómo el hombre despedía a los técnicos.

—Señor Rawson, lo siento. —Lo interceptó en cuanto el hombre cerró la puerta y se volvió hacia él—. El caballo se me soltó y salió descontrolado... —hablaba, pero Prescott solo lo miraba—. ¿Cómo está Jennifer?

—Adolorida, pero bien... Nada de qué preocuparnos.

—Intenté retener a Castiel, estoy seguro de que él no tenía intenciones de atacarla, no es la naturaleza de los caballos. —En cierta parte, estaba mintiendo, pero era algo que no podía controlar, solo quería librarse de culpa.

—Entiendo. —Apenas dijo esa palabra, a Connor le extrañó lo poco comunicativo que estaba, aunque sabía que Jennifer debió darle su versión.

—No llegué a tiempo para apartarla del camino, es mi culpa —afrontó, mirándolo a los ojos, recurriendo a su valor.

—No, no ha sido culpa de nadie... Fue un accidente.

Eso, sin duda, tranquilizó a Connor, y sus nervios dieron un considerable bajón.

—¿Ella cómo se siente? ¿Qué han dicho los paramédicos?

—Ella dice que está a punto de morir y no para de llorar, pero los paramédicos dicen que está bien, solo tendrá que lidiar con algunos moretones

y la partidura del labio, que, en realidad, es mínima. Sé que tengo una hija bastante dramática. —Sonrió levemente—. Pero la amo por encima de todas las cosas y le permitiré los tres días de descanso que recomendaron los doctores... Puedes aprovechar esos días para dedicárselos al caballo que estás domando.

—Entiendo, señor... De verdad me preocupa la situación.

—No, no te preocupes, muchacho... Ve tranquilo a tu rancho y sigue con tu trabajo, sé que tienes mucho por hacer, puedes venir el sábado por la mañana; en caso de que Jennifer no esté apta para continuar, te llamaré antes para hacértelo saber.

Connor asintió con contundencia, sabía que ya no tenía nada que hacer ahí, por lo que salió de la casa y subió a su Chevrolet; condujo en silencio, sin prestarle atención a la música que lo acompañaba.

A su padre le extrañó verlo llegar tan pronto, como no quería preocuparlo, le mintió al decirle que la hija de los Rawson amaneció enferma y que no podría estar dispuesta en los próximos tres días.

—Parece que no está muy interesada en acercarse al animal... Suena como excusa —comentó Eliot, tras el cuento de su hijo.

—En realidad, no lo está en absoluto... Que pueda tener una conexión especial con Castiel, es un mero capricho de su padre, y está forzando a ambas partes, pero no seré yo quien intente hacerle entender que lo que pretende hacer es casi inútil.

—Tienes razón, eso no es asunto tuyo... Por cierto, Hannah llamó hace poco, me preguntó por ti, pero no quise decirle que estás trabajando para Jennifer Rawson.

—Ni se lo digas, no creo que lo tome de la mejor manera, y no quiero convertirme en un traidor para mi hermana solo porque «mi padre» —Hizo ahínco en la última palabra, mirándolo a los ojos con reproche fingido—, le tiene respeto y cierto afecto al padre de la jovencita caprichosa que le hizo la vida una mierda mientras estuvo en la prepa.

—Hannah entenderá, deben dejar de lado estúpidos rencores de adolescentes y madurar.

—Papá, adolescente o no, Jennifer Rawson molestaba a tus hijas.

—Porque ellas se lo permitieron, debieron mostrarse fuertes, decididas y evitar que la niña se sintiera superior... Hannah y Loren deben ser fuertes, porque chiquillas caprichosas como Jennifer Rawson y hasta peores, encontrarán a lo largo de sus vidas en muchas oportunidades, y tú no estarás

todo el tiempo para defenderlas, tienen que aprender a valerse por sí mismas y superar esos obstáculos.

—Eran unas niñas... —protestó, porque adoraba a sus hermanas y las protegería con su propia vida de ser necesario, siempre había sido su guardián, desde que nacieron, desde el primer día que las vio llegar tan pequeñas a casa, les prometió que las cuidaría y no dejaría de serlo precisamente ahora.

—El carácter debe forjarse desde niños, tú siempre has sido fuerte, independiente..., no has necesitado que nadie te defienda; ellas deben aprender a ser igual..., y no me vengas con la tontería de que son mujeres, porque el género nada tiene que ver con la fortaleza, tanto hombres como mujeres podemos afrontar con la misma entereza todos los obstáculos que la vida nos ponga.

—Creo que hoy estás más cascarrabias que nunca —argumentó.

—Lo que tengo es hambre —refunfuñó, todavía no se acostumbraba a la maldita dieta y todo el tiempo estaba hambriento.

Connor soltó una carcajada, aunque en el fondo le dolía la situación de su padre, tener que cambiar totalmente su estilo de vida debía ser demasiado difícil.

—Puedo ir a la cocina y robarme algo para ti. —Sabía que estaba mal hecho, pero quería consentirlo un poco.

—Una botella de *whiskey* y un churrasco que tenga buena sal y pimienta...

—No me pidas imposibles.

—Entonces, algo que no sea fruta.

—Está bien. —Se fue a la cocina, donde estaba la guardiana pendiente de todos los alimentos, sabía que robarse algo para llevarle a su padre sería difícil, pero no imposible.

Se fue a la alacena y buscó el recipiente donde Chenoa guardaba las galletas, agarró varias y empezó a comer una; en unos pocos segundos de descuido de ella, se guardó dos en el bolsillo de los pantalones, quizá se las entregaría trituradas, pero lo que valía era la intención.

Su padre odiaba la avena y sabía que daba lo que fuera por un vaso de leche, pero no podía arriesgarse a tanto, así que sirvió una generosa taza de café, para que Chenoa no sospechara que era para los dos.

Pudo disfrutar de los trozos de galleta con su padre y el café en la misma taza, esos momentos le hacían recordar cuando apenas era un niño, y Eliot se

convertía en su cómplice, al robarse las galletas porque la alacena era demasiado alta, también cuando, a escondidas, le daba más helado, después de que su madre dijera: «ya no más».

—Bueno, ahora me voy a trabajar —dijo, sacudiéndose las migas de galletas que estaban sobre su pantalón. Se levantó y se acercó a su padre, le dio un beso en la cabeza y le sacudió un pedazo de miga de la comisura—. Si sigues así, no podrás ocultar por mucho tiempo que te estás robando las galletas.

—Ya, largo de aquí. —Le dijo, sonriente.

—Yo también te quiero, papá. —Salió por la cocina, tras una mirada sospechosa de Chenoa.

Trabajar en las caballerizas era agotador, era algo de todos los días, a pesar de que habían perdido casi el setenta por ciento del ganado, tenían mucho por hacer, y él debía supervisar que todos los establos estuvieran en perfecto funcionamiento, que cumplieran con sus labores, desde los ordeñadores, arreadores, cocineras, técnicos, inseminadores, detectores de celo y todos los demás.

Sabía que para que un rancho se encaminara al éxito, era necesaria la participación de un gran equipo, un equipo, por lo que, en la mayoría de los casos, él trabajaba hombro a hombro con ellos, a través de su ejemplo los motivaba para que trabajaran con la misma pasión que él.

Cuando estuvo seguro de que el trabajo se estaba haciendo correctamente, decidió ir a cumplir con su parte favorita del día; él disfrutaba tener el control, ver cómo seres tan poderosos como los caballos salvajes, terminaban siguiendo sus órdenes y se volvían sumisos a su toque o su voz.

Parca, era de un carácter bastante fuerte, seguía haciendo lo que le daba la gana; en los días que llevaba tratando de domarlo, apenas había conseguido meterlo a la pesebrera, pero, prácticamente, había acabado con la portezuela de su cubículo, a mordidas y patadas.

En el corral circular intentaba que completara el círculo, pero el muy maldito llegaba a la mitad y se devolvía con tirones violentos y se levantaba en sus dos patas para intimidarlo, otro en su lugar se hubiese rendido, pero no Connor Mackenzie; él no iba a desistir por muy adoloridas que tuviera las manos y los hombros.

Se prometió no dejarlo descansar hasta que no completara el círculo, así fue como después de mucho tiempo, llegando el ocaso, consiguió que el animal diera un par de vueltas.

—Ahora sí estamos entendiéndonos. —Sonrió, exhausto, casi sin aliento; sus brazos estaban tan adoloridos que ya no los sentía, pero ver a Parca tan agotado y dándose por vencido, era su mayor premio—. Una más, una más. — Le pidió con un par de chasquidos de labios, mientras guiaba la sogá en redondo—. Eso, eso... Está bien por hoy, muy bien.

Terminó el entrenamiento y lo llevó al establo, le regaló varias caricias en el puente de la nariz, aunque el rebelde tiró varias mordidas al aire.

—Sé que estás resentido conmigo, estás muy molesto porque estoy cuarteando tu naturaleza, pero aprenderás a amarme, lo sé..., lo sé.

No importaba cuántas palabras bonitas le dijera, lo cierto era que Parca tenía muy mal genio, debió llamarlo: Eliot. Salió del establo y estaba tan cansado que, en ese momento, deseó el carrito de golf que tenían los Rawson, ese que tanto criticaba, así se ahorraría por lo menos unos veinte minutos de caminata entre las montañas.

A poco de llegar a casa vio en el aire acercarse un boomerang y en segundos aparecía Sasha correteando el juguete, se apresuró y de un salto lo atajó, inmediatamente la gran Collie le puso las patas en el pecho, intentando quitarle su juguete.

—Espera, no seas ansiosa —hablaba, manteniendo en alto el boomerang mientras le frotaba la cabeza y ella lo babeaba—. Voy a lanzarlo. —Hizo el ademán y la perra se puso alerta, lo lanzó con fuerza y Sasha se disparó a correr, él lo hizo detrás de ella.

Cuando quiso volver a ver a Sasha, ya estaba entregándole el boomerang a Yoomee, para que se lo lanzara una vez más, ella lo miró y sonrió, en ese momento la perra terminó tumbándola, inevitablemente él se atacó de risa, pero corrió a ayudarla porque Sasha iba a matarla.

Cuando llegó, Yoomee también reía y le ponía resistencia a la perra, que tiraba con fuerza del boomerang.

—Estoy seguro de que Sasha te ganará —dijo riendo y, en ese momento, las fuerzas de la chica se fueron al lodo, de inmediato la perra se aprovechó y le arrancó el juguete, el cual le dio a Connor—. Te lo dije —comentó agitando el boomerang y lo lanzó con fuerza. Después ayudó a Yoomee a ponerse en pie y le quitó la hierba que tenía en el pelo.

—Si tú no hubieses llegado no lo habría hecho —protestó sonrojada por el esfuerzo y por la presencia de Connor.

Ambos se quedaron jugando un rato con Sasha, hasta que Connor decidió entrar a la casa, porque necesitaba una ducha que renovara sus fuerzas.

Yoomie se quedó mirándolo embobada con el boomerang en la mano y Sasha la trajo de vuelta a la realidad cuando volvió a estrellarla contra el suelo.

Jennifer había cumplido los tres días de reposo, fue revitalizante pasar tanto tiempo en cama, conversando por teléfono con sus amigas, revisando las redes sociales y siendo plenamente consentida, aunque se moría de envidia al ver a todos de vacaciones en las mejores playas y los lugares nocturnos más exclusivos, mientras ella estaba en medio de la nada, en ese maldito pueblo.

Estaba revisando el teléfono sin la mínima intención de levantarse, solo esperando que le trajeran el desayuno a la cama, cuando escuchó que tocaban a su puerta; con gran agilidad, dejó el teléfono sobre la mesa y se cubrió con las sábanas, como si todavía estuviese durmiendo.

El sonido volvió a repetirse y ella continuó sin contestar; escuchó al otro lado la voz de sus padres, entonces, se esforzó por seguir con su teatro y cerró los ojos cuando vio que la puerta se abría.

—Jennifer, Jenny... —Prescott entró a la habitación, viendo a su hija todavía envuelta en sábanas—. Levántate, hija.

—Papi, me siento mal —mintió con voz ronca e hizo un puchero—. Todavía me duele todo el cuerpo.

—Pero si el doctor dijo que estabas bien —comentó, sentándose al borde del colchón.

—Ese doctor no sabe nada, para él es fácil decirlo, porque claro, él no estuvo a microsegundos de morir.

—No seas exagerada cariño. Te veo muy bien... —En ese momento la pantalla del teléfono de su hija se iluminó y pudo ver la notificación de la conversación que mantenía, descubriendo que no había estado dormida.

—Pero no lo estoy, papi —chilló de forma dramatizada.

No era la primera vez que Jennifer le mentía ni que actuaba de esa manera, sabía que con solo decirle «papi», lo derretía, pero ya su hija no era una niña de diez años, era toda una mujer, que debía dejar de ser tan chantajista.

—Está bien, cariño. —Le acarició la frente, apartándole un poco el flequillo cobrizo—. Puedes quedarte en cama, me doy por vencido; evidentemente, no vas a esforzarte porque Castiel sea tu mascota, y no te obligaré; sin embargo, es un gran caballo que no merece quedarse encerrado en un establo, sería inhumano de mi parte. —Se levantó de la cama y caminó a

la salida—. En este momento, Connor está en el establo con Castiel, iré a pedirle que se lo lleve. Sé que le dará la atención que merece.

—¿Cómo? —preguntó sin querer entender lo que su padre estaba insinuando.

—Le daré el caballo a Connor... Él está encantado con Castiel, lo cuidará muy bien.

—¡No! —Se incorporó violentamente—. ¡No! Es mi caballo, papá.

—Pero no lo quieres, ni siquiera puedes montarlo porque todavía te duele todo el cuerpo; además, ese caballo es un peligro para ti.

—No, papi... Yo lo quiero. —Salió de la cama—. Voy enseguida al establo y te prometo que hoy lo montaré, te lo juro. Haré mi mayor esfuerzo.

—Pero si te sientes mal.

—Ya me siento mejor, mucho mejor.

—Bueno, está bien —dijo con una caída de párpados, pero bien sabía que su táctica había dado resultado, era muy fácil sacar a flote las mentiras de su hija—. Pero en caso de que no lo quieras o que no puedas montarlo, se lo obsequiaré a Connor.

—No será necesario, papi, yo lo quiero, es mi caballo, mi hermoso caballo.

—Bueno, entonces te dejo para que te cambies y vayas por él.

—Enseguida —dijo y corrió al baño.

Prescott negó con la cabeza y salió de la habitación sonriendo, para encontrarse con su mujer en el pasillo.

—Te lo dije. —Le guiñó un ojo y siguió al comedor, donde estaban esperándolos para servir el desayuno.

Jennifer bajó lista con uno de los tantos trajes de equitación que había comprado por en Europa, se había hecho una coleta pegada a la base de la nuca, para poder ponerse el casco, puesto que iba decidida a demostrarle a su padre que podría subirse a Castiel; haría lo que fuera con tal de que no se lo dieran a Connor Mackenzie.

Desayunó y se marchó, realmente muy entusiasma, porque estaba segura de que había sido Connor, quien le había pedido el caballo a su padre, pues bien, se quedaría con las ganas.

Al acercarse, vio que ni Castiel ni el domador estaban en el corral, por lo que imaginó que estaban dentro del exclusivo establo de su caballo, porque así lo pidió, para no tener que toparse con alguno de los trabajadores del rancho. No le gustaban en absoluto, no confiaba en esos hombres.

Desde la entrada pudo verlo, estaba cepillando y hablándole a Castiel como si fuese suyo, lo tenía amarrado a la columna central del establo.

—Qué estúpido hablarle a un animal... —habló sin detener sus pasos, y él la miró por encima del hombro—. Claro, imagino que entre bestias se entienden. —Se burló, observando cómo Castiel se elevaba con energía sobre sus patas, eso la hizo ponerse nerviosa; sobre todo, al recordar lo que había pasado hacía tres días. Pero no se amilanó, no iba a salir corriendo porque necesitaba avanzar con su objetivo.

—Tranquilo, Castiel... —hablaba Connor, tratando de serenarlo y siendo cuidadoso, para que no pusiera sus poderosas patas sobre él—, no le hagas caso..., shhh... Buen muchacho. —El potro se dejó caer pesadamente sobre sus patas, y Connor pudo sentir cómo la tierra cubierta de paja seca vibró ante el golpe.

Sin embargo, Castiel seguía intranquilo y relinchaba casi con desespero, sin mostrar calma ante las caricias y suaves palmadas de Connor.

Jennifer miraba cómo Connor trataba de calmar al caballo, pero no conseguía hacerlo del todo, porque los relinchidos del animal la tenían bastante perturbada. De manera ineludible, sus pupilas viajaron por la espalda desnuda del domador, apreciando de buena manera los músculos perlados; aprovechó la distracción de Connor para seguir estudiándolo como si fuese el espécimen más fascinante sobre la tierra; se interesó particularmente en la parte baja de esa fuerte espalda, donde sus vaqueros dejaban a la vista un poco de piel de la redondez del glúteo. De repente, sacudió su cabeza y se recriminó por lo lejos que la habían llevado sus pensamientos.

—Creo que solo estás perdiendo el tiempo para que mi padre te pague más, tienes varios días aquí y no has hecho tu trabajo... —continuó hablando para que le prestara atención, ya que él estaba más concentrado en calmar al animal—. Sé por qué no lo haces, intentas quedarte con él, pero déjame decirte que hasta yo podría domar a este estúpido caballo.

—Sí, claro —dijo despreocupadamente—, por eso mismo estoy aquí, porque puedes domarlo —comentó, tratando de contener la molestia que le causaba que llamara estúpido a Castiel.

—Claro que puedo. —Se paseó hasta el otro lado, dejando en medio al caballo—. Solo mira y aprende —solicitó, al tiempo que levantó la fusta y la estrelló con fuerza contra el costado del animal, el cual relinchó desesperado y, nuevamente, se levantó en sus dos patas. Entonces, ella retrocedió por temor a ser aplastada, pero no desistió—. ¡Castiel, cálmate! —Le gritó y volvió a

azotarlo para que bajara sus peligrosas patas.

Connor no pudo evitar que lo lastimara, ella se había escudado detrás del caballo, pero la ira que sintió estallar en su interior lo hizo reaccionar sin importar nada más, soltó la rienda porque por retenerlo también le estaba causando daño.

—¡No, déjalo..., deja de maltratarlo! —rugió, furioso, pero ella solo reía y seguía golpeándolo. El animal quería echarse a correr, pero no podía—. ¡Que lo dejes te estoy diciendo, caprichosa estúpida! —gritó, sonrojado por la furia y; violentamente, le arrebató la fusta de las manos, se quedó mirándola con la ira latiendo desbocada y pareciendo un mismo animal por los resoplidos.

—Solo es un caballo, tiene que estar acostumbrado a que lo azoten... —Expuso ella, también con rabia, por la osadía de él al quitarle el látigo—. No siente, eso tiene que ser normal para él, su piel es gruesa.

—¡No!..., ¡no es normal!—bramó al tiempo que estrelló un par de veces el látigo contra su trasero. Ella gritó ante el ardor que le dejó—. ¿Es esto normal, Jennifer? No, ¿verdad? ¿Verdad que te duele?... ¡A Castiel también! —Le hizo saber, mirando sus ojos arder por las lágrimas retenidas.

—¡Animal!... —exclamó, arrastrando las palabras y su rostro temblaba ante la rabia, elevó una de sus manos para darle una bofetada, pero Connor se la atrapó con fuerza. Ella utilizó su mano libre para empujarlo, pero él le cerró la cintura con su otro brazo, adhiriéndola a su cuerpo con fuerza, ambos se miraron a los ojos por escasos segundos, sintiendo una descarga de adrenalina recorrer sus cuerpos; ambos creyeron que se debía a la furia del momento.

—¿Qué es lo que soy? —Le preguntó, haciendo más fuerte su agarre y cerca del rostro sonrojado; ella dejó libre un jadeo ante el dolor, activando terminaciones nerviosas en Connor, que no podían ser activas, no con ella, no en ese momento.

—Una bestia maloliente. —Lo insultó con los dientes apretados y mirándolo a los ojos, mientras que los de ella se derramaban algunas lágrimas.

Connor la sujetó con fuerza por las muñecas, se volvió y con movimientos forzados debido a la resistencia que ella le ponía, logró sentarse en uno de los bancos y se la puso sobre las rodillas, sin pensarlo, porque se la tenía jurada desde hacía ocho años. Le soltó una tremenda nalgada, seguida de otra y otra.

Ella gritó, pidió auxilio, bramó, pero en medio de la nada, no podría ser escuchada; en ese momento, Jennifer pensó que fue muy mala idea pedirle a su

padre que construyera un establo exclusivo para Castiel, en un lugar donde no tuviera que mezclarse con los otros animales del rancho, porque nadie podría escucharla y venir en su ayuda.

Si nadie iba a salvarla de esa paliza, entonces no quería seguir mostrando debilidad, por lo que apretó los dientes con fuerza y cerró los ojos, sintiendo cada palmazo en su culo y sin poder contener los jadeos de dolor y las lagrimas que se le arremolinaban en la garganta; intentó un par de veces morderle una pierna, pero le era imposible alcanzarlo, solo sentía su pobre culo arder.

Los azotes pararon, y como, si fuese una muñeca de trapo, volvió a ponerla en pie. Ella tenía el pecho agitado, estaba dolorida y furiosa; a pesar de ello, no pudo evitar fijarse en que él estaba sudado y el influjo de sus perfectos pectorales era contundente; antes de que pudiera reaccionar, sus pupilas fueron haladas por hilos invisibles al evidente bulto que se había formado en sus vaqueros; indudablemente, estaba excitado, en verdad muy excitado. ¡Un total perverso!

Eso solo la motivó a reaccionar y lo atacó con una fuerte bofetada, una que le dejó la mano ardiendo y a él, aturdido; maldita fueran su debilidad y sus ganas, jamás había podido contener su deseo sexual y, cuando se despertaba, era una triste marioneta.

Le soltó otra bofetada y le llevó ambas manos al cuello, lanzándose contra él. Sus bocas se estrellaron en un beso ardiente y lleno de furia, un beso que los lastimaba y los dejaba sin respiración.

La excitación nubló totalmente la razón de Connor y se dejó llevar por el fervor más animal; correspondió al beso con lamidas, chupadas y mordiscos; con su lengua, trataba de castigar la de ella, porque la tenía bien venenosa.

En el momento en que ella, con manos desesperadas y sin dejar de corresponder a sus besos, empezó a desabrocharle el cinturón, supo que no habría vuelta atrás; entonces, él, desabotonó con maestría su pantalón de equitación y lo bajó de un tirón.

Las manos tibias de ella abrazaron su erección, y él gruñó de placer, se apartó bruscamente del beso y se miraron a los ojos solo por segundos mientras recobraban el aliento; seguidamente, con violencia, producto de la rabia que Connor sentía, la giró y la tumbó contra las pacas de heno; el jadeo de ella fue una clara invitación a penetrarla, así que se sujetó el pene y buscó la entrada en la cual se empotró de un golpe seco y bombeó como loco.

Entró y salió de ella cuantas veces lo deseó, tantas, como su apetito se lo

pedía; con una mano la sostenía por el cuello, y con la otra por la coleta, ensartándola en su erección sin compasión alguna.

Jennifer jadeaba ruidosamente y se movía contra él, en busca de su propio placer; estaba viviendo plenamente el instante, disfrutando del sexo, no de quien se lo proporcionaba; gozando de las emociones y sensaciones que serpenteaban alocadas por todo su cuerpo.

Todo su ser se tensó por segundos para después ser azotado por incontables temblores que hacían flaquear sus piernas, el aliento se le quedó condensado en los pulmones y su vientre se le contraía con fiereza; enterraba las uñas en el heno para poder encontrar equilibrio. Experimentó un orgasmo que casi la hizo perder el conocimiento, dejándola totalmente indefensa.

Su cuerpo quería desfallecer y caer sobre las pajas, pero Connor la sujetó con fuerza por las caderas, manteniéndola a la altura que él necesitaba, y no se detenía, él todavía no había llegado al punto donde esa locura que estaba cometiendo valiera la pena.

Jennifer intentó quitarle las manos de las caderas, por segundos, quiso librarse porque estaba satisfecha, pero Connor no la soltaba y no dejaba de penetrarla con rapidez y contundencia; quiso gritarle que parara, pero la resolución le duró muy poco, porque cada roce y golpe en su interior hizo que las ganas resurgieran, que volviera a desearlo con total intensidad.

Connor empezó a apretarle con fuerza las nalgas, que se encontraban considerablemente rojas por la paliza que le había dado; las acarició en redondo y volvió a soltarle otro azote, en cambio, ella jadeó, alborotando todos sus sentidos. Sus embestidas se desbocaron, sus gruñidos y resoplidos llenaron el ambiente, el orgasmo en él, fue eneguedor, y terminó venciendo sobre el cuerpo de ella, que cayó sobre las pajas de heno; con cada descarga, penetraba lenta y profundamente, sintiendo cómo se derramaba en ella y le jadeaba roncamente en el oído.

Ambos estaban exhaustos y con los corazones a punto de estallar; mientras disfrutaron del explosivo encuentro ninguno dijo nada, ambos se abusaban y disfrutaban, sus cuerpos habían sido un medio de desahogo sexual; absolutamente nada los unía en ese momento.

Connor no recuperaba el aliento todavía cuando se percató de la cámara que estaba en la viga del techo; como si un rayo lo impactara se levantó, abandonando el cálido y húmedo lugar donde se sentía tan bien, para subirse los pantalones con urgencia; con gran desespero, miró la cámara al otro lado.

El terror se apoderó de todo su ser al imaginar que Prescott Rawson tenía una escandalosa grabación desde diferentes ángulos, donde él no solo le había dado una paliza a su consentida, si no que se la había cogido con ganas incontrolables.

¡Estoy jodido! —pensó. Se imaginó que el hombre podría llegar de un momento a otro con escopeta en mano y sin preguntarle le dispararía directamente a las pelotas.

Castiel, que había sido su único testigo, estaba más calmado, quizá imaginaba que como él había sometido a Jennifer, ya no significaba una amenaza, por lo menos por el momento.

Jennifer se levantó rápidamente y se vistió el pantalón; de la coleta que se había hecho quedaba muy poco.

—Esto..., esto no ha pasado; quiero que olvides lo que acaba de pasar —tartamudeaba, nerviosa, tratando de abotonarse el maldito pantalón—. Y ni sueños que va a repetirse, ha sido un error, el mayor y más sucio error que he cometido en mi vida... En un momento he echado todo a perder, en un estúpido momento de no saber controlarme. —Se recriminaba en voz alta.

Connor no podía hablar, estaba nervioso y muy molesto consigo mismo; ni siquiera se reconocía, no podía identificar esa parte de él tan vulnerable, esa que cedió a la excitación como cuando era un adolescente. Ni siquiera podía creer que había cogido con Jennifer Rawson, a quien siempre vio como una niña malcriada, una niña... ¿Cuántos podía tener?, ¿veinte quizá veintiuno?

—Si en realidad quieres que hagamos como que nada pasó...

—¡Es que nada pasó! —gritó, sonrojada, porque también estaba furiosa con ella por ser tan débil y permitir que la lujuria le ganara—. Nada pasó ¡Por Dios!

—Estás arrepentida; créeme, también lo estoy. Si pudiera retroceder el tiempo y evitarlo, lo haría... No eres precisamente la mujer con la que me gusta tener sexo... Por lo menos, estamos de acuerdo en que esto no debió pasar y, si quieres que se mantenga de esa forma, lo más recomendable será que borres la grabación... —Hizo una seña con los ojos hacia las cámaras.

Jennifer las miró, se cubrió la cara con ambas manos y resopló, desesperada; lo hizo hasta que el pánico la abandonó y salió corriendo.

Connor sabía que lo más sensato sería largarse cuanto antes, olvidar la estupidez que había cometido y no volver, pero no podía comportarse como un cobarde, así que corrió tras ella.

—¿A dónde vas? —preguntó.

—¿Acaso no es evidente? —dijo, deteniéndose y volviéndose para mirarlo—. A borrar las grabaciones. Mi padre debe estar leyendo el periódico y en pocos minutos se encerrará en su oficina a ver lo que hemos estado haciendo... Sé que sigue muy de cerca mis avances con Castiel.

—¡Ay, mierda! —gritó Connor.

Él corrió de vuelta al establo, ella siguió con su carrera hacia su casa. Nunca había maldecido tanto la distancia.

Connor solo pensó en llegar cuanto antes y evitar que Prescott Rawson viera las grabaciones, así que, sin pensarlo mucho, se puso la camisa, agarró las riendas de Castiel y se las puso; de un ágil salto, lo montó y lo sacó a galope.

En menos de un minuto alcanzó a Jennifer, quien despavorida se hizo a un lado, quizá rememorando lo que había pasado tres días atrás, cuando el caballo casi se la llevaba por delante.

Castiel se tensó al verla, estaba bastante inquieto, pero Connor lo mantenía controlado por las riendas.

—Sube. —Le pidió él, extendiendo un pie y ofreciéndole una mano para que le sirviera de apoyo.

—¿Estás loco? El caballo no quiere.

—Sube o no llegarás a tiempo.

—Va a tirarnos a los dos.

—No lo hará.

—Sí lo hará...

—¡Sube de una maldita vez, Jennifer! —gritó con sus extremidades extendidas.

Ella se sobresaltó, pero ese grito le dio el valor que le hacía falta, por lo que, elevó su pie izquierdo hasta el de él y se aferró con fuerza a su mano. Maldita fuera su mente que solo pudo recordar cómo le apretaron el culo.

Cuando logró subir tras él, lo abrazó por la cintura y entrelazó sus manos en medio de su abdomen. No se había acomodado bien cuando Castiel se levantó sobre sus patas, y ella soltó un grito de terror.

—Tranquilo, Castiel, tranquilo —pidió Connor, tratando de calmarlo con palabras y caricias en su cuello, mientras sentía el cuerpo de Jennifer temblar. De repente, el equino cayó pesadamente sobre sus cuatro patas—. Buen muchacho, tranquilo; todo está bien, Castiel. —Giró el rostro hacia un lado para enfocarse en Jennifer—. ¿Estás bien?

Ella solo asintió mientras intentaba tragarse los latidos desaforados de su corazón, a pesar de estar nerviosa, se sentía bastante segura contra el cuerpo de Connor. Él aflojó las riendas y golpeó suavemente con sus talones los costados del corcel, que se echó a trotar.

Jennifer podía sentir la firmeza de su abdomen y la dureza de su ancha espalda mientras sus manos y pechos lo rozaban con cada paso que daban, también sentía su agitada respiración; que, inevitablemente, despertaban su excitación, por lo que cerró los ojos y se recriminó por sus sensaciones tan viscerales.

De manera incontrolable, el corazón de Connor se instaló con palpitations furiosas en su garganta cuando, varios metros antes de llegar a la casa, pudo ver al señor Prescott, sentado en el comedor de la terraza con el periódico en una mano y una taza en la otra.

—Tienes que entretenerlo mientras yo me encargo de borrar las grabaciones.

—¿Yo?, ¿y yo por qué? —Lo menos que deseaba en ese momento era mirarle la cara al hombre, porque el cargo de conciencia solía ser bastante poderoso y podía dejarlo en evidencia.

—Porque es a ti a quien más le conviene que esas grabaciones sean borradas, porque cuando él las veas, bien podría alegar que abusaste de mí... y; créeme, puede sucederte algo terrible.

—Sabes que no fue así, tú me besaste.

—Tú me diste una paliza y me lanzaste contra las pacas.

—Pero no te resististe...

—Como sea, debes entretenerlo —comentó sin ganas de discutir, muchos menos de recordar su estúpida debilidad.

Prescott, al ver llegar a su hija sobre el caballo, no pudo evitar emocionarse; dejó de lado el periódico y se puso de pie.

—¡Por fin! —Su emoción fue bastante evidente debido a la gran sonrisa.

Connor se tiró del caballo y la ayudó a bajar, Jennifer retrocedió varios pasos, alejándose de Castiel.

—Ya casi —comentó muy nerviosa mientras se acercaba a su padre, sin saber qué más decir—. Con permiso, voy por agua. —Casi corrió al interior de la casa.

—Cuéntame, ¿cómo lo has logrado? —Le preguntó a Connor, quien no podía mirar al hombre a los ojos.

—Todavía falta, Castiel aún está bastante reacio al contacto con

Jennifer... —Intentaba pensar en algo, dar una explicación que se escuchara coherente, pero le era imposible—. Pero ya permitió que yo la subiera... ¿Podría regalarme un poco de agua? —pidió con el ceño ligeramente fruncido.

—Sí, claro. Siéntate. —Ofreció, haciendo un ademán hacia una de las sillas—. ¿Deseas algo más?

—Café —pidió y juraba que el hombre en cualquier momento se daría cuenta del sudor en su frente y el corazón saltándole en la garganta.

No temía que se enterara que se había cogido a su hija, al fin y al cabo, ambos eran adultos y podían hacer con sus cuerpos lo que les diera la gana; si no, por la manera en la que podría enterarse.

Jennifer corrió a la oficina de su padre, solo esperaba que Connor lo entretuviera el tiempo suficiente para que ella pudiera borrar las grabaciones; sabía que poner seguro a la puerta solo la haría lucir más sospechosa, por lo que solo la cerró. Se acuclilló detrás del escritorio, frente al monitor.

—¡Demonios! ¡Maldita sea! —exclamó, frustrada al encontrarse con que debía poner una clave de acceso—. Cálmate, Jennifer. —Se susurró a sí misma, inhaló y exhaló—. Piensa, piensa... Si tú fueras Prescott Rawson, ¿qué contraseña utilizarías? Debe ser una cifra que jamás podría olvidar... Su cumpleaños. —Marcó uno a uno los dígitos de la fecha de cumpleaños de su padre, pero fue incorrecto; sus nervios se alteraron más y las manos le temblaban—. Mi cumpleaños, sí... Nunca lo olvidaría. —Esta vez contó con suerte—. Gracias papá, gracias por amarme y hacerme esto más fácil —murmuraba mientras entraba al programa—. ¡Oh, mierda! —Había decenas de cámaras, ahora le tocaba mirar una por una a ver cuál era la que pertenecía al establo de Castiel.

Le tomó por los menos tres minutos dar con la indicada, no entendía mucho el programa, pero intentaba hacer lo mejor, eligió la cámara y retrocedió unas cuatro horas, nada, no había nada, pero sí veía a Castiel, después vio entrar a Connor, cómo se quitaba la camisa y la dejaba colgada en un gancho.

Adelantó otro poco, hasta donde ella apareció, puso en cámara rápida y vio todo lo que había pasado, juraba que si su padre veía eso moriría de un ataque al corazón; inevitablemente, su morbo fue más poderoso y lo puso en reproducción normal, justo cuando estaba empotrándola con fiereza.

No podía negar que el muy maldito se veía excitante en ese combate salvaje, apenas podía creer que ella fuera la receptora de tanta intensidad y que disfrutó poderosamente cada embestida. No quería olvidarse de eso, no

deseaba deshacerse de esa imagen tan perfecta; sin pensarlo, sacó su teléfono y grabó casi un minuto de la ardiente escena, para poder revivir el momento las veces que deseara, pero sería su secreto mejor guardado.

Regresó a donde ella entraba al establo y a partir de ahí eliminó la grabación, exhaló aliviada al tiempo que cerraba el programa y salió de la oficina de su padre, encontrándose de frente a su madre; estuvo segura de que todos los colores de su cara se le fueron de golpe.

—¿Qué hacías en la oficina de tu padre?

—Nada, solo que pensé que había dejado ahí el cargador de mi teléfono —respondió y huyó, salió corriendo escaleras arriba. Ahora que estaba más aliviada, necesitaba ducharse para quitarse de su cuerpo las huellas de un encuentro sexual casi salvaje.

Connor ya no sabía de qué hablar con Prescott Rawson y Jennifer no aparecía para informarle, aunque fuera a través de señas, si había podido resolver; la muy maldita lo había dejado metido en el momento más incómodo de su vida.

En ese instante, su teléfono empezó a vibrar en su bolsillo, rescatándolo de inventar algo más, que mantuviera la atención del señor Rawson.

—Permiso —pidió, sacando el aparato y viendo el nombre de su empleado—. Dime, Chace.

—Connor, ¿estás muy ocupado en este momento?

—No mucho, ¿qué pasó?

—Es Parca, se escapó de la pista, viejo; simplemente, se la saltó ¡Está loco ese animal!

—¿Por qué no lo encierran?

—Lo hemos intentado, pero es imposible; no quiero seguir instándolo porque puede irse lejos.

—Está bien, voy para allá. —Terminó la llamada y miró al hombre—. Disculpe, señor Rawson, tengo que irme, uno de los caballos que estoy domando se escapó.

—Está bien.

—Regresaré a Castiel a su establo...

—No, no te preocupes, ahora llamo para que vengan a buscarlo; ve a solucionar tus problemas.

—Gracias, con permiso.

—Adelante.

Connor corrió hasta donde siempre dejaba estacionada su Chevrolet, subió y arrancó, pensando que más allá del inconveniente con Parca, había sido salvado de seguir inventándole historias a su vecino, a quien le acababa de coger a su pequeña consentida.

A medida que su sistema nervioso se enfriaba, su arrepentimiento aumentaba, porque estaba seguro de que sus hermanas no le perdonarían lo que había hecho, eso era una traición inaceptable, todo por dejarse llevar de su naturaleza casi animal.

Se animaba a sí mismo a no darle importancia, solo había sido un

encuentro que jamás se repetiría, no volvería a caer en las redes de su debilidad; antes que ceder, prefería satisfacer sus necesidades por sus propios medios.

Llegó a su casa y, aunque tenía ganas de asearse, tuvo que correr a traer de vuelta a Parca, porque por encima de todo, estaba su reputación como domador y no podía perderla por dejar escapar a un caballo.

Se encontró en las caballerizas con Chace, quien le explicó cómo, de un momento a otro, el animal venció todos los obstáculos que le impedían salir y se fue al galope; que él salió tras este, pero lo perdió de vista.

—Está bien, iré a buscarlo. —Le palmeó un hombro y con largas zancadas se alejó.

Su caballo y mejor amigo, Theo, uno de raza árabe, con una inteligencia sobresaliente, carácter fuerte y mucha resistencia, estaba en el corral junto a otros respirando aire libre.

Connor silbó como siempre lo llamaba; el animal, apenas lo escuchó levantó la cabeza y movió las orejas, ante un segundo silbido, se echó a trotar hasta el borde de la barrera, donde esperó a que llegara su dueño.

—Hola, amigo. —Lo saludó, sonriendo, mientras el caballo le acariciaba con los belfos la cara, mostrándose feliz de verlo.

Connor lo acariciaba con energía y le besó la nariz en varias oportunidades al hermoso ejemplar chocolate con cola y crin negra.

Fue en busca de la montura y Theo lo llamaba con relinchidos, la conexión que existía entre ambos era extraordinaria. Connor adoraba a su caballo y estaba seguro de que el equino también a él.

De regreso, le puso la montura, además de llevar una soga traer a Parca, el impetuoso caballo salvaje de un negro intenso; estaba convencido de que no sería una tarea fácil traerlo de vuelta, pero estaba decidido.

Salió al galope, con la mirada muy atenta, tratando de evitar no acercarse a este de forma intempestiva, para que no se asustara y terminara alejándose todavía más.

Lo vio pasteando cerca de los límites de sus tierras con la de los Rawson, desmontó a Theo y, con el lazo preparado, se acercó sigilosamente; iba agazapado, como si fuese un cangrejo; calculando muy bien cada paso que daba. Poco a poco fue soltando la soga, lo hizo lo suficiente hasta que movió el lazo en el aire y, al tiempo que lo lanzaba, se puso de pie. Fue perfectamente certero y consiguió enlazarlo por el cuello; sin embargo, como era de esperarse, la naturaleza de un *Mustang* era luchar ante cualquier indicio

de peligro.

Parca se encabritó y empezó a saltar, contoneándose con gran energía, una que sobrepasaba las fuerzas de Connor.

—¡Tranquilo! Bueno, bueno, tranquilo muchacho. —Agitaba la soga para tratar de calmarlo, pero el caballo seguía dando saltos y relinchando—. Parca, tranquilo, tranquilo... Está bien, no pasa nada..., no pasa nada. —Él ponía toda su fuerza, pero el caballo seguía corcoveándose, hasta se fue contra él, porque lo veía como una clara amenaza.

Connor retrocedió varios pasos y debía admitir que bastante nervioso, porque si llegaba a patearlo podría matarlo, pero no podía rendirse y dejarlo ahí, tampoco podía ser violento con este, porque no deseaba perder todo el trabajo que había logrado, solo por no tener paciencia; bien sabía que, en minutos, se podía perder todo el esfuerzo de semanas de doma.

El caballo seguía portándose violentamente y lo acorralaba contra la valla de madera que dividía las propiedades de los Rawson con las suyas; no importaba cuántas señas o sonidos tranquilizadores le hiciera, estaba fuera de control, y a él lo tenía agotado y adolorido.

Después de varios minutos pareció cansarse, el influjo acelerado de su respiración era totalmente evidente en sus costados y en los resoplidos de sus ollares.

Connor no debía darle tregua, aunque él mismo estuviese sin aliento, por lo que con gran cautela empezó a acortar la soga y estudiaba cada paso corto que daba.

Inhaló y exhaló lentamente, tratando de calmar sus latidos, hasta que por fin llegó hasta el animal y le tocó la frente, extendió su caricia hasta el puente de la nariz; pero justo al llegar ahí, el caballo volvió a descontrolarse y levantó sus patas delanteras con toda la intención de aplastarlo; no obstante, los reflejos de Connor fueron bastante eficientes y retrocedió con agilidad, para luego acorralado contra la valla, una vez más.

—Tranquilo, muchacho, tranquilo. —Prácticamente le suplicaba con el pecho agitado y el corazón a millón—. Tranquilo, no pasa nada... Shhh..., shhh... —El caballo volvió al ataque y tuvo que interponer una de sus piernas para cubrirse y no terminar con las patas del caballo en el pecho—. Bueno, tranquilo..., Parca. —No quería ser violento, porque ese no era su estilo, solo conseguiría que, tanto él como el caballo, terminaran lesionados.

Había perdido el sentido del tiempo, pero estaba seguro de que llevaba unas cuantas horas, puesto que la temperatura había bajado bastante y la brisa

fría empezaba a ser muy molesta. Se estaba amargando, ya casi perdía la paciencia, pero sabía que solo era cuestión de tiempo y que la solución existía.

Fue un segundo, cuando el cansancio le obligó a bajar la guardia, Parca se aprovechó de eso y salió al galope en medio de corcoveos. Connor no lo soltó y terminó siendo arrastrado por la fuerza y rapidez del caballo; la soga le quemaba las manos, sin importar que llevara puestos los guantes y, el suelo lo estaba golpeando con fuerza; aun así, no se soltó; le tomó casi un minuto poder volver a tener el control y refrenar al caballo, aunque se sentía como si le hubiese pasado un tren por encima.

No le quedó más remedio que volver a empezar, tratar de tranquilizarlo para poder llevarlo de vuelta a las caballerizas. Él solo se concentraba en Parca y su objetivo, en absoluto en sus dolores.

Pasó mucho tiempo en una constante lucha hasta que consiguió relajarlo y poder montarlo a pelo; solo esperaba que no tuviera las mismas ideas de corcovear con él encima, casi se acostó encima del animal y empezó a acariciar los lugares exactos donde sabía que lo relajaban, porque si se pasaba un milímetro, terminaría haciéndolo volar.

Estaba seguro de que tenía que montarlo o Parca llegaría a la conclusión de que le tenía miedo, ni siquiera podía esperar otro momento, porque si lo dejaba, lo tomaría como costumbre y, cada vez que él quisiera acercársele, actuaría de la misma manera y sería imposible salir de ese círculo.

Llegó totalmente exhausto y casi arrastrando los pies a su casa, se dio cuenta de que era entrada la madrugada cuando Chenoa lo recibió con una taza de té caliente y una reprimenda, por no haber informado que tardaría tanto.

—Estuve a punto de salir a buscarte, de haberlo hecho, te hubiese dado una paliza. —Esa era su manera de decirle cuánto lo quería y lo preocupada que estaba—. Mira nada más, ese animal casi te mata —parloteaba, quitándole el barro de la cara con un trapo de cocina, mojado.

—No es más fuerte que yo —comentó, sonriente, aunque hasta ese gesto le dolía.

—¿Eso crees? Cambiarás de opinión en cuanto te veas al espejo.

—Estoy aquí y Parca en las caballerizas, lo que quiere decir que, solo existe un vencedor. Aquí me tienes y muy hambriento.

—Eres un caso perdido, Connor Mackenzie, lávate las manos mientras te sirvo.

Todo su cuerpo estaba resentido y pudo sentirlo al levantarse de la silla

para ir a lavar sus manos, se reservó toda expresión de dolor para que Chenoa no siguiera reprendiéndolo.

Se devoró hasta las migajas; incluso, estuvo a punto de pasarle la lengua al plato, como lo hacía de niño, pero no quería que su amiga, la cuchara de madera, terminara estrellándose en su cabeza, una vez más; así que se puso de pie y se fue a ducharse para sacarse todo el barro de encima; después, se tumbó en la cama y quedó totalmente rendido.

Jennifer se levantó más temprano de lo habitual, aunque se quedó dormida casi entrada la madrugada por estar conversando en el grupo de WhatsApp con sus amigas y, también, porque no había podido evitar ver el video en varias ocasiones. Suponía que no tenía por qué sentir nada al verlo, pero lo cierto era que mariposas aleteaban por todo su cuerpo y despertaban su excitación; terminó recriminándose unas cuantas veces y hasta estuvo a punto de borrarlo, pero no tuvo el valor, solo se obligó a dejar de mirarlo.

Salió de la cama con más anergia de lo habitual, cuando bajó al comedor, sus padres y hasta las mujeres del servicio se sorprendieron de verla; era de esperarse, si ella no aparecía sin que antes tuvieran que ir a despertarla.

—Parece que te emocionó poder montar a Castiel —comentó Prescott, mientras untaba de mermelada una tostada.

—Solo no quiero perder lo que he avanzado —comentó, ubicándose en su puesto y miró a su madre—. Buenos días, mami.

—Buenos días, princesa. —Le sonrió con amor.

—Cuéntame, ¿cómo lo logaron? —El padre siguió con la conversación.

Jennifer no sabía qué responder, porque no tenía la más remota idea de lo que Mackenzie le había contado, y lo que menos deseaba era meter la pata al dar una versión completamente distinta.

—No fue fácil —respondió, sirviéndose un poco de fruta—. Y todavía falta mucho. ¿Ya llegó Connor? —preguntó, mostrándose desinteresada.

—No, aunque es raro porque siempre llega temprano —comentó Alana, la madre de Jennifer.

—Quizá no debe tardar —intervino Prescott.

Jennifer sintió un subidón de adrenalina en el estómago, pero supo controlarlo muy bien; se propuso concentrarse en su comida y no en sus pensamientos.

Cuando todos terminaron de comer, Connor seguía sin llegar; ella decidió ir a esperarlo al establo, suponía que así, sus padres no se darían cuenta de su

extraña ansiedad; odiaba aceptarlo, pero quería ver a Connor, era tanto su deseo, que se molestaba con ella misma, porque ni que fuera el único hombre con el que haya tenido buen sexo.

Esperaba y esperaba sin acercarse mucho a Castiel, estaba sentada en las pacas donde el día anterior se había corrido en dos oportunidades, trataba de entretenerse al jugar con el teléfono, pero no lo conseguía del todo; ya casi a mediodía, supo que Connor no llegaría, por lo que, muy molesta, regresó a su casa, se duchó para quitarse el terrible olor a establo, se cambió el traje de quitación por ropa casual y se fue de compras a Jackson, era justo lo que necesitaba para poder llevar sus pensamientos a otra parte que no fuesen maldiciones para Connor, quien había resultado ser un gran cobarde.

Regresó al rancho casi entrada la noche y cargada de bolsas, ya mucho más relajada y con otra perspectiva, subía las escaleras cuando la voz de su padre la detuvo.

—Jennifer, ¿de dónde vienes?

—Papá, creo que es evidente —dijo alzando las bolsas por si no las había visto.

—Pensé que estabas en las caballerizas con Castiel...

—Pues no, tú te marchaste a hacer tus cosas y; al parecer, no te enteraste de que tu empleado favorito me dejó plantada; lo esperé hasta mediodía y no llegó, me fui a Jackson aproximadamente a las dos de la tarde y seguía sin aparecer.

—Qué extraño... —El hombre se quitó el sombrero y se rascó la cabeza —. No me avisó que no vendría.

—Es un irresponsable, eso es lo que es.

—Quizá tuvo problemas en el rancho, ayer cuando estábamos hablando, lo llamaron y tuvo que irse... Lo noté bastante preocupado, hasta algo nervioso.

—Como sea, sigue siendo un irresponsable —dijo, segura de que no se le había presentado ninguna emergencia, sino que huyó para no tener que pasar mucho tiempo con su padre. Definitivamente, era un cobarde—. Bueno, papi, voy a mi habitación a dejar esto... Pídele a alguien que suba a ayudarme, por favor.

—¿Por qué no dejas eso para mañana?, ya es casi hora de la cena.

—Está bien. —Resopló y puso los ojos en blanco, dio media vuelta y continuó con su camino.

—No tardes —pidió su padre, sonriente; sabía que esos gestos de su hija

eran de pura malcriadez, pero él los adoraba, solo que no se lo decía.
—No lo haré —canturreó.

Connor miraba atentamente al gran ciervo que pastaba a varios metros de él, pero que, través de la mira telescópica del fusil de precisión que mantenía en sus manos, era cómo tenerlo a un palmo de distancia.

Estaba tendido bocabajo en la fría hierba, vestido de negro y con el pulso totalmente controlado; inhaló lentamente y, exhaló, al tiempo que tiró del percutor, inmediatamente la munición salió con la exactitud, la velocidad y la fuerza necesaria para incrustarse en el costado izquierdo del animal, eso acabó con su vida de forma inmediata, asegurándole a su asesino que el impacto no le provocó ningún sufrimiento.

—Buen tiro, hijo —celebró Eliot, palmeándole con entusiasmo la espalda.

—Gracias. —Se levantó con una gran sonrisa de triunfo y ayudó a su padre a ponerse en pie.

Cazar era una de las cosas que hacían juntos y de las que no cambiaría por nada, jamás desaprovecharía la oportunidad de internarse con su padre en las montañas, porque eran momentos que atesoraría toda la vida; sobre todo, cuando él ya no estuviera a su lado.

Desde los once años, había ido de caza con su abuelo, padre y tíos, toda una tradición familiar que lo conectaba totalmente con sus raíces; incluso, algunas mujeres de su familia se defendían muy bien con la caza, entre ellas, Loren, porque Hannah nunca fue partidaria del deporte; según la niña, solo asesinaban a esos pobres e indefensos animales, pero bien que se comía su filete.

Con linternas en mano se acercaron al gran ciervo, que los alimentaría por una semana, no solo a ellos, sino también a los trabajadores del rancho.

Connor se acuclilló al lado del ciervo, dejó el rifle en el suelo y agarró la soga.

—Déjame ayudarte, te alumbraré. —Le quitó la linterna para encargarse él de la iluminación, mientras su hijo amarraba las patas delanteras del animal.

Connor también ató las patas traseras, estaba seguro de que el animal estaba rondando los doscientos kilos y que sería imposible que él lo cargara y lo llevara hasta la Chevrolet, así que usó el radio para pedir ayuda a sus tíos, quienes estaban cazando hacia el norte.

Les dio las coordenadas y se quedó sentado en el suelo junto a su padre, envueltos en una manta, a la espera de que llegaran a auxiliarlos.

Los hermanos de su madre llegaron casi una hora después, felicitaron a Connor por la caza y revisaron al ciervo; entre dos, hombres lo llevaron a la cabina de la cuatro por cuatro y continuaron con su noche de caza; se habían adentrado a las montañas a tempranas horas de la tarde y tenían planeado volver antes de que el sol los sorprendiera.

Connor todavía estaba bastante adolorido del revolcón que le dio Parca. Cuando despertó, pasada las diez de la mañana, decidió no ir al rancho de los Rawson, porque verdaderamente estaba agotado. No quiso decirle a su padre para no preocuparlo; le mintió al decirle que tenía mucho que organizar para la noche de caza.

Retornaron al rancho con la luz del alba y con un gran premio de dos ciervos y cinco liebres; sus tíos se quedaron para ayudar a quitarles las pieles y dejarlos ya listos, por piezas, para guardarlos en los refrigeradores del sótano.

Mientras se duchaba para quitarse el olor de los animales, pensaba seriamente si debía ir al rancho al rancho vecino o dormir por lo menos un par de horas, pero no quería arriesgarse y pasarse de tiempo, no pretendía que el hombre creyera que estaba abusando de la confianza que le había dado; tanto, como para faltar a sus labores, las veces que le diera la gana, así que, salió del baño y se puso ropa para ir a trabajar.

Estaba muerto de sueño; aun así, se dedicaba en cuerpo y alma a Castiel, casi terminaba el proceso de relajación y estaba sentado en el suelo, permitiendo que el caballo descansara una de las patas sobre su rodilla flexionada, esa era una clara muestra de confianza hacia él.

—Eres un cobarde, Connor Mackenzie.

Connor escuchó el reproche de Jennifer, quien aparecía en la entrada del establo, vistiendo tan elegante como siempre, como si fuese a una distinguida competencia de equitación; llevaba puesto un pantalón blanco muy ajustado, botas de equitación rojas, de charol, que le llegaban justo debajo de las rodillas, chaqueta de terciopelo roja, de un solo botón al frente y una camisa cuello alto, con vuelos de encaje blanco.

—Cuando tuviste la mínima oportunidad, huiste —continuó con su perorata entrando al lugar, por lo menos, esta vez, no traía la fusta que ponía tan nervioso a Castiel.

—Tuve una emergencia y... —Se detuvo abruptamente—. Espera, no

tengo por qué darte explicaciones; mucho menos cuando te largaste y no volviste a aparecer —discutió él, poniéndose de pie.

—A mí me tocó la parte difícil del trabajo, ¿qué esperabas! —Se excusó con altanería—. Igualmente, sigues siendo un cobarde porque no tuviste el valor para venir ayer, me dejaste plantada... ¿Acaso te incomoda o excita mirarme, después de lo que pasó? —comentó con suficiencia, obligando a sus ojos a que no se clavaran en el torso perfecto y desnudo del hombre.

Connor se acercó a ella muy cerca, con una clara intención de seducirla.

—¿Y qué fue lo que pasó? Porque yo no lo recuerdo —murmuró, apegándose a su petición de hacer como que nada había sucedido entre ellos.

Jennifer tuvo que levantar la cabeza para poder mirarlo a la cara y boqueó, sintiéndose estúpida al no saber qué decir; odiaba no tener armas para atacar, y también le molestaba que él se apegara tanto a la regla.

—Nada —dijo y tragó en seco—, y ya deja de perder tiempo, que mi padre te paga para que me ayudes con Castiel, no para que me mires. —Estaba segura de que su piel se había sonrojado, porque estaba conteniendo el aliento para ocultar su deseo de volver a besar esa boca fuerte; no podía negar que quería esos dientes apretando sus labios.

Él le dio la espalda para regresar con Castiel, y ella aprovechó para cerrar los ojos y suspirar lentamente, como una mezcla de alivio y frustración.

Connor estaba seguro de que el carácter de Jennifer era bastante fuerte; incluso, se parecía al mismo de las yeguas, pero hasta ahora, ninguna yegua se había resistido a sus habilidades de doma, todas le entregaban su confianza y caían rendidas ante unas palabras de cariño y suaves caricias en el lomo. Inevitablemente, su mirada se posó con disimulo en el redondo y respingón culo de Jennifer; por lo menos, la jovencita tenía muy buen lomo y, eso, ya lo había comprobado.

—¿Crees estar lista para montar? —Le preguntó.

—Sí, estoy preparada.

—Entonces, ¿estás lista? —repitió porque no quería arrepentimientos.

—Ya te dije que sí, ¿acaso tienes algún problema de entendimiento?, que tengo que repetirte las cosas... Oh, sí, claro; recuerdo que apenas terminaste la secundaria. —Trataba de humillarlo, solo para quitarle lo verdaderamente atractivo que le parecía esa mañana, aunque lo odiara y ella misma se odiara por eso.

—Entonces, lo montarás —decretó él, sin molestarse un ápice por las estúpidas intenciones de Jennifer Rawson. Sí, no había querido seguir

estudiando, pero esa era su decisión y no estaba en absoluto arrepentido, porque lo que hubiese querido estudiar era veterinaria o administración agropecuaria, y sabía todo de eso desde que tenía quince años; ir a una universidad para que le dieran un papel que lo certificara era una pérdida de tiempo.

—Por supuesto. —Alzó una ceja con suficiencia y se mostró ansiosa, sobre todo porque Castiel estaba bastante tranquilo.

—Espera un minuto, no quiero que te lastimes y después corras llorando donde tu «papi» a decirle que fue mi culpa —comentó y caminó hasta donde estaban las pacas de heno, donde el día anterior habían tenido sexo y que servían para alimentar a Castiel.

—Solo espero que no sea una más de tus tonterías. —Aprovechó que estaba de espaldas para mirarle con total descaro la espalda y el trasero, que, en esos Wrangler, se veía perfecto.

Connor cargó una paca de heno en cada mano, la puso al lado de Castiel y con una navaja cortó la cuerda que la mantenía unida y empezó a esparcir el heno alrededor del caballo; esa acción la repitió con cuatro pacas más, mientras ella lo observaba en silencio y no comprendía para qué hacía todo eso.

—No creo que pueda ir a algún lugar si Castiel permanece atado —ironizó, mirando la soga que mantenía al caballo seguro al pilar de madera.

—Soltarlo no es una opción para ti, si lo hago, podrías terminar terriblemente pisoteada y; créeme, una patada, por mínima que sea, duele como si te atropellara un auto. —Volvió a acercarse a ella, tenía el pecho agitado y perlado debido al sudor producto del esfuerzo de esparcir todo ese heno entorno al animal—. Quiero que...

—Un momento. —Lo interrumpió ella, ante el tono de mando que empezaba a usar—. A mí no me das órdenes.

—Solo intentaba hacerte una puta sugerencia —amonestó las altanerías de ella—. Tú verás si la tomas o la dejas. Quiero que por fin subas a ese caballo. —Señaló a Castiel, que aguardaba a pocos pasos de ambos, mientras la miraba directamente a los ojos—, y dejes de hacer berrinches, porque no sé tú, pero yo quiero terminar con esto cuanto antes; tengo cosas más importantes que estar perdiendo tiempo aquí contigo.

—Tampoco me agrada en absoluto tener que verte todos los días, eres lo más desagradable que me ha pasado al volver a casa... Así que, date prisa.

—Estamos claros en que no nos soportamos, entonces, sigue mis

instrucciones. —Esta vez, sí lo dijo con gran connotación de mando; ella frunció el ceño, molesta, pero no dijo nada—. Camina muy despacio, deja que yo te guíe —pidió, estudiando con cautela cada paso que daba y miraba de soslayo que ella lo siguiera; notó sus intenciones de hablar y, antes de que lo hiciera, él intervino—. Te agradezco que no abras la boca.

Jennifer la cerró con frustración y se quedó un paso por detrás de él, viendo cómo Connor le acariciaba el largo cuello a Castiel y luego se lo palmeó con suavidad.

—Hola, muchacho... tranquilo, tranquilo, ssshhh... —susurraba sin dejar de acariciarlo.

Jennifer no pudo evitar poner los ojos en blanco ante lo ridículo que se veía Connor hablándole al animal, empezó a mofarse de él en silencio, sintiéndose fastidiada e impaciente.

—Sabes que no te haré daño, porque eres un buen, buen chico. —Él seguía hablándole, y Jennifer se percató de cómo Castiel movía sus orejas, captando lo que Connor le decía, mientras se dejaba, mansamente, acariciar los costados.

Connor la tomó por la muñeca, halándola hacia su cuerpo con cuidado, despertando en ella una extraña sensación que la recorrió por entero y que era mucho más fuerte que la aversión que sentía por él.

La detuvo frente a él, dejándola en medio del caballo y su cuerpo; le quitó el bonito y carísimo guante de cuero rojo y lo metió en uno de los bolsillos traseros de sus vaqueros. Con su mano, cubrió la de ella, percatándose de la gran diferencia en sus tamaños y que la de ella era bastante suave.

El corazón de Jennifer se aceleró ante la cercanía y el agarre de Connor, intentó concentrarse en cómo él guiaba su mano por todo el costado del animal; era primera vez que Castiel permitía que lo tocara y, era realmente suave. Empezó a moverla como si ella lo acariciara, y el animal se sacudió ligeramente, provocando que se asustara; quiso quitar la mano, pero Connor no se lo permitió; por el contrario, escuchó cómo una carcajada se ahogaba en su oído.

—Tranquila, no te hará daño. —Le susurró con el pecho pegado a su espalda y; más abajo, su miembro volvía a desear el roce de ese culo.

Jennifer solo quería controlar los temblores que el aliento caliente de Connor despertó en ella, esa sensación y el sonido de su respiración revivían recuerdos que, por muy placenteros que fueran, debía enterrar y olvidar.

—Tienes que ser un poco cariñosa con él, no te pide más. —Cada palabra que salía de la boca de Connor la sumergía en una especie de sopor realmente placentero, uno que no había experimentado nunca, pero algo dentro de ella la alertó, por lo que, con un movimiento brusco, trató de alejar la mano del pelaje del animal, y prefirió no haberlo hecho, porque Connor cerró su cintura con fuerza, adhiriéndola más a su cuerpo e hizo la prisión de su mano más posesiva. Ella cerró los ojos ante la sensación que recorría la parte baja de su espalda, estaba sintiendo a Connor Mackenzie como un hombre y; le agradaba, que era lo peor—. Háblale. —Volvió a susurrarle a escasos centímetros de su oído.

—No tiene caso —murmuró con voz ahogada y temblorosa, se recriminó porque se mostró muy débil—. Es estúpido hablarle a un animal. —Sentía que toda ella temblaba y, por más que lo intentara, no lograba evitarlo.

—No, no es estúpido; dile su nombre, pero con cariño. A veces a los animales nos gusta que sean cariñosas... —Lo dijo con doble intención. Ella podía sentir los labios de él rozar su oreja—. Dile: Castiel, lo siento... —La instó, rozándose contra ella, sintiendo que no podía estar mucho tiempo así, porque los latidos en su miembro aumentarían. Jennifer tragó en seco al ser consciente de la erección que se levantaba contra su trasero—. Dilo.

—Cas... Ya, suéltame. —Le pidió en un susurro, porque por la fuerza no podía. Connor la tenía sometida y; sabía que, si alzaba la voz, el caballo se asustaría y terminaría pisoteándola. Se sentía en un bucle de miedo y excitación, que le hacían complicado respirar—. Suéltame —exigió con los dientes apretados, pero su cuerpo batallaba contra su voz; una parte de este quería que se alejara y, la otra, luchaba por seguir sintiéndolo así, todo latidos, todo caliente contra ella.

—Solo háblale. —Le repitió, rozando con sus labios la mejilla de Jennifer; la sentía temblar y se enorgullecía de tener tanto control sobre la jovencita en tan poco tiempo. Llevado por su vanidad, se apoderó con la palma de la mano del plano y caliente vientre femenino; la doblegaría hasta que consiguiera disculparse con el caballo—. Repite: Castiel, lo siento.

Jennifer no estaba segura de hacerlo, le parecía realmente inútil hablarle a un animal, eso no tendría ningún efecto que cambiara la percepción que Castiel se había hecho de ella; más allá de la petición de Connor, estaba todo lo que provocaba con su aliento, sus disimuladas caricias y su fuerte cuerpo, estaba librando una ardua batalla interna entre parar todo eso o dejarse llevar, una vez más, mientras se sentía en una maldita cuerda floja.

—Repite lo que te dije. —Rozó con su barba naciente la suave mejilla de Jennifer.

—Cas... Castiel, lo siento —susurró, dándose por vencida, acariciándolo y descubriendo que no era tan difícil; observó cómo movía sus orejas, atento a su voz; entonces, no pudo evitar sonreír tímidamente, porque le parecía extraordinario; pero no se lo haría saber a Connor.

—Prometo no volver a lastimarte. —Le instó Connor, con la voz ronca por la excitación.

—Prometo no volver a lastimarte... —repitió, sintiendo en las palmas de sus manos cómo Castiel se relajaba; ya Connor no tenía que guiarla con las caricias porque ella quería hacerlo—. Sé que me he portado muy mal contigo, pero no lo haré más. —Le dio su palabra y Castiel dejó libre un resoplido. Ella no pudo evitar sonreír al sentir la energía del animal—. Estoy hablando en serio..., lo prometo.

—¿Ves, que no es rencoroso? —comentó Connor, poniendo un poco de distancia—. Ahora, pídele que te deje montarlo.

Jennifer se sintió realmente desorientada sin el cuerpo de Connor pegado al suyo y, una ráfaga de frío la envolvió; estaba a punto de desesperar, porque quería sentirlo nuevamente.

—Es absurdo, no seas iluso —dijo con rabia, pero era porque él la había soltado de ese abrazo tan fascinante, así, de repente, sin previo aviso; haciéndola sentir huérfana.

—No lo soy, si no lo haces, no te dejaré montarlo —explico él, algo aturdido por las sensaciones que recorrían su cuerpo.

Ella parecía no sospechar que tuvo que alejarse porque si no, terminaría derribándola sobre el heno, una vez más.

—Castiel, ¿me dejas montarte? —preguntó, poniendo los ojos en blanco con evidente fastidio; sin esperar a que el caballo le diera el consentimiento colocó su pie en el estribo y subió con total maestría.

Los ojos de Connor admiraban a Jennifer encima del caballo y exhaló, aliviado, ante el gran progreso; en serio, deseaba terminar cuanto antes con su trabajo en ese rancho.

—Te lo dije, chico de campo —dijo con petulancia y mirándolo con total superioridad.

Connor odió que Jennifer retomara su actitud de niña estúpida y caprichosa, de esa que creía tener el mundo en las manos y darle las vueltas que a ella le diera la gana. Inevitablemente, volvió a llenarse de aversión

hacia ella; cualquier emoción de afinidad con ella que pudo albergar, se esfumó.

—Vamos a salir, Castiel. Sabía que tarde o temprano te iba a domar... Suéltalo, ¿qué esperas? —Le ordenó a Connor, quien tenía el ceño intrincadamente fruncido.

—No vayas a trotarlo, no te tiene suficiente confianza —aconsejó, entregándole las riendas.

—Te crees el amo y señor de los caballos, no eres un sabelotodo... Anda, no seas estúpido y suéltalo —exigió, sintiéndose totalmente confiada sobre el caballo.

Ante la altanería de Jennifer, Connor decidió dejar que ella obtuviera su merecido; sabía que no era prudente que sacara a Castiel, apenas estaba aceptándola y, sacarlo, era bastante peligroso para ambos, cualquiera de los dos podría salir lesionado.

—Como tú digas —masculló, molesto; empezó a desamarrarlo del pilar de madera para que pudiera salir, cuando, sin previo aviso, se sacudió con energía y se levantó; lanzando a Jennifer por los aires.

Ella gritó, aterrada, y Connor sintió que la respiración se le atascaba en el pecho, junto con los latidos del corazón, justo cuando la vio estrellarse abruptamente sobre el heno seco, quiso correr a auxiliarla, pero su prioridad era evitar que Castiel la pisoteara, por lo que lo tomó por las riendas y, con fuerza, intentó calmarlo, mientras todo él temblaba.

De repente, la vio sentaba y, aparentemente, estaba bien; tenía el pelo alborotado y lleno de paja; seguro de que no se había lastimado, decidió no dejarle ver lo preocupado que estuvo por segundos, al fin y al cabo, ella había obtenido una generosa cucharada de obediencia; solo por molestarla empezó a carcajearse, como muestra de una clara burla.

—Te lo dije, pero como yo soy el sabelotodo —comentó entre risas, mientras terminaba de atar a Castiel, asegurándolo muy bien en su lugar.

Jennifer se levantó, sintiéndose algo adolorida, pero realmente furiosa por las burlas del campesino; odiaba no poder ganarle en nada, él siempre dejaba claro que tenía la razón, que era quien verdaderamente sabía de caballos; los conocía muy bien y eso la enfurecía.

No podía y no quería ser el bufón que hacía atacar de la risa a Connor Mackenzie, por lo que, sin avisarle, caminó hasta el bebedero de Castiel, agarró el balde y, con rapidez, se lo lanzó al joven a la cara, haciéndolo tragar agua sucia.

—Sigue burlándote, animal —rugió con tanta rabia que sentía las lágrimas al filo de sus párpados, pero se echó a reír estrepitosamente, para que él supiera lo que se sentía ser el centro de entretenimiento.

Connor quedó pasmado por casi un minuto entre el asombro y el asco de tener la certeza de que había tragado agua sucia; incluso, sintió las arcadas subir a su garganta, pero las controló y se concentró más en la molestia que se propagó como pólvora encendida por todo su cuerpo.

Sin ser plenamente consciente de sus impulsos, corrió hacia Jennifer, con clara intención de cobrarse lo que le había hecho, pero ella no iba a quedarse a esperar la reacción y huyó tan rápido como pudo, solo que no contaba con que las zancadas de Connor eran mucho más largas y su resistencia estaba mucho más acostumbrada a correr por esas montañas.

—¡Papá! ¡Auxilio! —gritó Jennifer, pero nadie iba a salvarla.

Connor la alcanzó, tomándola por la cintura; ella parecía una yegua encabritada, dando la pelea, pero él era mucho más fuerte y se le daba muy bien domar a yeguas salvajes, así que con mínimo esfuerzo, se la llevó sobre un hombro y se abrazó con fuerza a las piernas femeninas.

—Suéltame, bájame... Si me pones un dedo encima se lo diré a mi papá —gritaba mientras le golpeaba la espalda y empezaba a sentirse mareada porque toda la sangre de su cuerpo se le estaba concentrando en la cabeza. Necesitaba liberarse y, con premeditada saña, le enterró las uñas en la espalda y las deslizó hacia arriba, en medio de un grito de guerra.

Connor sufrió el ardor del largo y potente aruñazo, pero no se acobardó, mucho menos la soltó, siguió caminando con largas zancadas y hacía oídos sordos; cuando ella volvió a enterrarle las uñas, le soltó un sonoro y, estaba seguro que, doloroso azote.

—¡Imbécil! ¡Troglodita! Se lo voy a decir a mi papá y te vas a arrepentir; eres un bruto por golpearme... —Hablabla con las lágrimas inundando su garganta—. ¿Acaso no has escuchado que a una mujer no se le pega ni con el pétalo de una rosa? —proseguía mientras sentía la nalga arder ante el azote; seguramente, le saldría un moretón, otro que se confundiría con los que ya tenía.

Connor seguía en silencio caminando con energía, el azote fue la acción necesaria para que dejara de lastimarlo.

Jennifer escuchó el eco de la madera bajo las botas de Connor y miró hacia abajo, reconociendo inmediatamente a dónde la había llevado.

—No..., no —Casi le suplicaba, segura de que estaban en el muelle del

lago y reconociendo inmediatamente sus intenciones—. No me lances..., no sé nadar —imploró, envuelta en pánico.

—Sí, claro. —Fue lo único que dijo, muy seguro de que le estaba mintiendo para librarse de lo que se merecía por haberle hecho tragar agua sucia.

—Te juro que no sé nadar..., no sé..., no lo... —Estaba por decir algo más, cuando un grito salió de su boca al sentir que salía disparada y su cuerpo se estrellaba aparatosamente contra el agua helada.

Jennifer chapoteaba ferozmente, haciendo todo el intento por mantenerse en la superficie, pero las botas se le llenaron de agua y le fue imposible seguir luchando; presa del pánico, intentaba no hundirse, pero se fue al fondo del lago.

Connor, desde el muelle, observaba cómo ella mantenía su actuación de que no saber nadar, hasta sintió admiración por lo bien que lo hacía; sin embargo, desde que chapoteó y se hundió, ya había pasado casi un minuto y no sabía si era que podía retener la respiración por tanto tiempo o era cierto que no sabía nadar.

Como fuera, no iba a arriesgarse a que algo malo le pasara; suponía que con el agua fría había sido suficiente para aprender la lección, así que se lanzó al agua, nadó a la profundidad, pero no la encontró; subió solo para llenar sus pulmones de una intensa bocanada y bajó una vez más, la encontró inconsciente y eso sí que llevó su preocupación a niveles extremadamente altos.

La sujetó por la cintura, llevándola con él a la superficie, la sacó y la recostó en el muelle, mientras él tiritaba por el frío que se hacía cada vez más intenso por estar mojado, y la brisa solo hacía todo más inclemente.

Le palmeó las mejillas, pero Jennifer seguía sin responder; él sabía de primeros auxilios y era momento de ponerlos en práctica, si no deseaba que su pequeña broma se convirtiera en una desgracia.

Con manos temblorosas, abrió la chaqueta y blusa de Jennifer, dejándola expuesta solo con el brasier de encaje, que por estar mojado, le mostraba claramente los rosados pezones; sin embargo, no pudo más que echar un ligero vistazo, porque primero debía asegurarse de que podría salvarla.

Puso sus manos una encima de la otra y, entrelazadas sobre el esternón, dio inicio a las compresiones con rapidez y fuerza.

—Uno, dos, tres, cuatro... —Contaba con prisa y ya no sabía si temblaba por el frío o por miedo a que no respondiera.

Levantó la barbilla de la joven con dos de sus dedos y le inclinó la cabeza hacia atrás, empujando la frente hacia abajo con la otra mano, puso el oído cerca de la nariz y boca de Jennifer, pero no estaba respirando.

Cubrió con su boca firmemente la de ella y le cerró la nariz, apretándola con sus dedos, dio dos insuflaciones seguidas, hasta que el pecho de ella se levantó; estaba seguro de que lo hacía correctamente, pero Jennifer seguía inconsciente.

Lo repitió unas cuatro veces y, cuando estaba a punto de ser atrapado por un ataque de pánico, ella empezó a toser y a expulsar agua; de inmediato, la puso de lado para que echara toda el agua. Estaba a punto de ponerse a llorar porque la adrenalina le bajó de golpe.

—Todo está bien, tranquila..., respira lentamente. —Él hablaba y le acariciaba la espalda mientras ambos tiritaban.

Jennifer le tiró un manotazo para que se alejara, sentía la garganta arder y los ojos llenos de lágrimas; poco a poco era consciente de dónde estaba y lo que había pasado.

—Aléjate de mí —exigió con la voz ronca y se puso a chillar.

—Lo siento, Jennifer, en serio... No creí que no supieras nadar —dijo, cayendo sentado en el suelo y se llevó las manos a la cabeza.

—Te lo dije, nunca aprendí...

—¿Por qué no? —curioseó.

—No es tu problema. —Se sentó, sintiéndose menos débil; respiró profundo, llenando de aire frío sus adoloridos pulmones.

—Te llevaré a casa.

—No me llevarás a ningún lado, quiero que te largues, no quiero volver a verte. —Se limpió las lágrimas porque odiaba que la vieran llorar—. Y si quieres, puedes llevarte el maldito caballo, porque sé que estás haciendo todo mal para que mi padre te lo dé... Pues, me rindo, es tuyo, llévatelo.

—No sé de qué estás hablando, creo que te entró mucha agua en la cabeza —comentó sin ofenderse por sus palabras ni por sus justificables deseos de no verlo más.

La miraba y no recordaba haber visto su nariz respingada salpicada de pecas cobrizas, un poco más claras que su pelo; y le parecieron fascinantes.

—No te hagas el tonto, que no te va. —Apenas se echó un vistazo y fue consciente de que estaba con la blusa y la chaqueta abierta, exponiendo sus pechos a través del encaje.

El gesto de Jennifer provocó que las pupilas de Connor volvieran a

clavarse en los erectos pezones; como buen hombre con un instinto sexual bastante imponente, fantaseó con chuparlos y morderlos; tanto, que tuvo que saborearse para aliviar la intensidad de su deseo.

Ella fue consciente de esa mirada lasciva y de su lengua paseándose por sus labios, esa reacción se conectó con una sensación de cosquilleo en sus pezones, era como si los muy irreverentes estuviesen atendiendo la invitación que esa boca hacía, pero ni loca permitiría que la debilidad la manipulara, por lo que, rápidamente, empezó a abotonarse la blusa; se levantó y caminó con rapidez, tratando de alejarse de la tentación encarnada.

Connor la siguió muy de cerca y sin hablar, pero cuando adivinó su intención de seguir hacia la casa y no llegar al establo, la tomó por la mano.

—Será mejor que te calientes primero o podrías enfermarte.

—Como si te importara mi salud. —Miró con desdén el agarre y tiró para soltarse, pero no lo consiguió.

—En realidad, no me importa, pero necesito que estés bien para poder terminar con mi trabajo aquí.

—Ya te dije que no me interesa continuar, puedes quedarte con Castiel —masculló, mirándolo a los ojos, sintiéndose molesta.

—No seas tonta. —Trató de hacer las paces al ver que los ojos de ella se enrojecían. Estaba seguro de que quería al caballo, solo que no tenía ni puta idea de cómo lidiar con una mascota—. No quiero al caballo... —Ella le dedicó una mirada penetrante—. Bueno, sí..., me encantaría llevármelo, pero es tuyo. —Sin que se diera cuenta, ya la estaba llevando consigo al establo y; sabía, que era bastante peligroso, porque la jovencita estaba muy provocativa así mojada; era casi imposible resistirse a volver a probar de algo cuando le había gustado tanto.

La temperatura en el establo era bastante agradable, debido al sistema de calefacción que tenía el lugar para evitar que Castiel sufriera los cambios del inclemente clima de Wyoming; sin embargo, la ropa mojada en ambos no permitía que se calentaran y podían enfermar.

Connor agarró su camisa a cuadros que estaba colgada del gancho en la pared y se la ofreció.

—Será mejor que te quites la ropa mojada.

—No es necesario, es tuya... y ni siquiera llevas nada —comentó con los labios tiritando, admirando el torso largo y marcado del hombre con los pezones erectos y pequeños por el frío, sus ojos también se fueron a las gruesas piernas donde la tela del vaquero estaba pegada por estar mojada.

—Si te quedas con eso, te enfermarás; que no lleve nada me hace sentir menos frío y no es tan peligroso.

—No, no puedo quitarte lo único que tienes para cubrirte.

—En serio, empiezas a preocuparme... Creo que algo te pasó en el fondo del lago.

—¿Por qué lo dices? —preguntó con la mirada en la camisa.

—¿Desde cuándo te preocupas por alguien que no seas tú misma?

—Eres imbécil, Connor Mackenzie. —Tomó la prenda.

Él sonrió ligeramente, apenas elevando una de las comisuras de sus labios, porque más allá de su sorpresa por la extraña actitud de Jennifer, le agradó que su forma de presión diera resultado.

—Póntela. —La instó con ambas manos.

—Lo haré, pero no mires..., voltéate.

—Está bien, eso haré, niña virginal. —Se mofó, elevando las manos en señal de rendición, y se volvió.

Jennifer se dio la espalda, puso la camisa de Connor sobre la valla que dividía la pesebrera de Castiel, donde él se veía muy cómodo acostado. Estaba toda temblorosa por el frío y se le hacía bastante difícil deshojar los botones de su blusa.

Connor no pudo evitar mirar por encima de su hombro, estaría muerto si no lo intentaba, así que, de reojo, la vio quitarse la chaqueta y después la

blusa. El cabello cobrizo, que se veía más oscuro mojado, caía sobre su espalda, pero ella lo hizo a un lado y lo exprimió para quitarle el exceso de agua, dejando al descubierto la nivea espalda, pero al igual que su nariz, tenía los hombros salpicados de pecas rosadas que lo tentaron.

Las ganas por volverse y caminar hasta ella lo torturaban, pero no podía dejarse llevar por el momento, debía recordar dónde estaban. Apretó los puños, los dientes y apartó la mirada para no seguir haciendo el papel de masoquista.

—Ya puedes voltearte.

La voz de ella provocó que abriera los ojos y se girara, llevaba solo la camisa de él, porque se había quitado hasta los pantalones, y los había dejado junto a las otras prendas, sobre la valla; por lo menos, su camisa le llegaba casi a las rodillas.

—Vamos a esperar siquiera una hora a que se seque un poco...

—No se secará nada.

—En todo caso que entremos en calor. —Caminó hasta donde estaba la manta estribera de Castiel y se la puso por encima de los hombros para calentarse un poco o terminaría con hipotermia.

—Dijiste que no tenías frío —reprochó ella.

—Claro que tengo, pero sabía que, si lo hacía, no usarías mi camisa, y dudo mucho que te pongas esta cosa encima.

—Eso apesta.

—Así es, pero ya estoy acostumbrado. —Siguió con su camino y entró a la pesebrera donde estaba Castiel totalmente relajado, se sentó sobre el aserrín y dejó su espalda descansar contra el caliente vientre del caballo—. Puedes venir aquí, así entrarás en calor..., está calentito. —Le dijo.

—No, gracias, si se despierta me podría aplastar.

—No lo hará, pero si le tienes miedo, puedes sentarte contra la valla.

Jennifer entró con precaución a la pesebrera, se sentó frente a Connor y su espalda contra la valla de madera; se quedó mirando la imagen frente a sus ojos, sin duda, Connor era casi un salvaje, pero uno muy atractivo; no tenía caso que se lo negara.

—¿No te intimida tener esa cosota tan cerca? —escudriñó, poniendo los ojos en el gran pene del caballo.

—¿Qué «cosota»? ¿la vaina? —preguntó, sonriendo por las curiosidades de Jennifer, y ella asintió—. Tremenda verga que tiene, pero no, no me preocupa porque no está en celo. En mi otra vida, me pido ser un caballo.

Ella negó con la cabeza y, sonriente, bajó la mirada, porque Connor, al parecer, no era consciente de lo que poseía; él no era un caballo, pero para su estatura y peso, estaba muy por encima de lo considerado normal, aunque no sería ella quien se encargara de levantarle la autoestima.

Recogió las piernas y se las pegó al pecho, para después abrazarse, mientras solo dejaban que el tiempo pasara.

—Está soñando —susurró Connor al ver en Castiel movimientos oculares rápidos.

—Los animales no sueñan.

—Sí lo hacen, estudios lo han comprobado, solo que la imposibilidad de establecer una comunicación verbal con ellos, hace que el contenido de sus sueños sea un enigma.

—¿Cómo sabes tanto de caballos, si nunca fuiste a la universidad? No has estudiado sobre ellos.

—No necesito ir a una universidad para estudiarlos.

Jennifer volvió a quedarse sin palabras, apoyó la barbilla en sus rodillas y fue consciente, en ese momento, de un leve aroma a perfume masculino; con disimulo, pasó su nariz por las mangas de la camisa, percatándose de que era el perfume de Connor, y no pudo guardarse su opinión.

—Huele bien, pensé que solo hallaría olor a establo.

—Es mi perfume.

—Pensé que no usabas.

—A veces, porque a los animales no les gusta —confesó.

—Pero a las mujeres sí.

—Paso el mayor tiempo entre animales, quizá cuando tenga una mujer use perfume más seguido, gracias por el consejo.

—¿No tienes mujer? —preguntó y una extraña e intensa cosquilla se apoderó de su estómago.

—¿Una fija?

—Una especial.

—No..., no de momento.

—Lo pensaste, quiere decir que hay alguien. —Sonrió sutilmente.

—Quizá —susurró y la miró fijamente—. Y tú, ¿alguien te espera en Europa?

—¿En Cambridge? No lo creo..., tengo problemas con eso.

—No entiendo. —Sonrió, confundido.

—Con encontrar hombres especiales.

—¿Y mujeres? —bromeó Connor.

—Menos, las mujeres somos más emocionales, por eso terminamos arruinando todo.

—Entonces, ¿no hay nadie especial en ningún lado?

—Probablemente en algún rincón del planeta —comentó y no pudo sostenerle la mirada.

—¿Qué estudias? —siguió curioseando, porque no quería dejar la conversación precisamente en el plano amoroso.

—Medicina.

Connor silbó, asombrado.

—Esperaba cualquier cosa menos eso, quizá leyes.

—¿Por qué?

—Porque no tienes ni una pizca de altruista... Te defiendes mejor discutiendo y llevándole la contraria a todo el mundo.

—Aunque no lo creas, amo mi carrera... —Se levantó, tratando de no darle a Connor un vistazo de sus partes íntimas—. Ya es hora de que regrese a casa.

—Está bien. —Él no iba a negarse, porque también quería ir a su rancho a cambiarse y ponerse a hacer sus cosas—. Mañana podremos continuar, hoy por lo menos lograste montarlo, pero te queda mucho por aprender.

—Entiendo. —Salió de la pesebrera, agarró sus pantalones de la valla y se los puso de espalda a Connor, empezó a desabotonarse la camisa para ponerse su blusa, cuando sintió las manos grandes y cálidas de él, cerrando sus muñecas, justo cuando desojaba el botón del pecho.

—Quédatela. —Le susurró al oído.

—Es... es tuya —tartamudeó y tragó en seco.

—Tu ropa todavía está muy mojada. —Le puso las manos sobre los hombros—. Yo puedo volver con la manta de Castiel, la traeré mañana.

—Está bien —musitó y avanzó un paso, huyendo del toque caliente de él, cuando en realidad, se moría por volverse y comérsele la boca, pero no cedió a sus tentaciones.

Se puso sus botas y esperó a que Connor preparara a Castiel para que los llevara en menos tiempo a la casa, porque caminar con la ropa mojada no era una opción.

Al salir del establo, el frío los golpeó con fuerza, y Jennifer tembló ante el escalofrío, contra el cuerpo de Connor.

—Si quieres puedo prestarte la manta —dijo en su oído mientras guiaba

a Castiel.

—No, eso apesta, prefiero morir de hipotermia.

—En serio, se nota que no has pasado por situaciones difíciles — comentó.

—Que no decida abrigarme con esa cosa, no quiere decir que no haya enfrentado grandes retos —masculló, tratando de concentrarse en el camino y no en el hombre caliente que estaba pegado a su espalda.

—Me gustaría saber cuáles... ¿Quizá, tener que elegir entre el labial rojo granate o el burdeos?

—Intentaré olvidar ese comentario tan machista.

Él sonrió y alentó a Castiel a ir más de prisa, el resto del viaje lo hicieron en silencio; al llegar a la casa, él bajó primero y le ayudó a descender.

Connor tenía ganas de marcharse, pero sabía que no era de hombres irse sin antes dar una explicación de lo que había pasado; debía hacerse responsable por sus infantiles actos, así que la acompañó al interior de la casa; quizá, si contaba con suerte, el señor y la señora Rawson no estarían.

Entraron por la terraza donde casi siempre Prescott Rawson se sentaba a leer las noticias mientras se fumaba un cigarrillo y admiraba el paisaje de las montañas rocosas, pero ya había pasado, por mucho, la hora de ese momento de relajación, por lo que, siguieron de largo sin tener que dar explicaciones; sin embargo, la suerte no les duró mucho, porque el hombre estaba en la cocina, tratando de picar un poco de la comida que, con tanto empeño, estaba preparando su mujer, para el almuerzo.

—¿Qué pasó?! —preguntaron sus padres, sorprendidos, al verla en el estado que llegaba. El señor Rawson clavó en Connor una mirada de desconfianza y recelo, sin mencionar que el joven había traído a su cocina un potente olor a establo.

—Señor, yo... —Connor trataba de explicar, pero Jennifer intervino.

—Me caí en el lago, pero Connor llegó a tiempo y me ayudó a salir — dijo, echándole un vistazo a él, quien le mostraba una mirada de total incompreensión.

—¿Qué?, ¿cómo sucedió? ¿Estás bien, cariño? —El hombre se acercó y le acunó las mejillas, para asegurarse de que estaba bien.

—Sí, papá, gracias a Connor. —Hizo un ademán al hombre a su lado, y Prescott cambió su mirada de recelo por una de agradecimiento.

—Pequeña, estás empapada, debes estar muerta de frío —intervino su

madre, acercándose a ella.

—Gracias, Connor —dijo el hombre.

—Señor, no tiene por qué... —Él ni siquiera sabía qué decir, lo que menos esperaba era que Jennifer no lo culpara por lo que había hecho.

—Sí, claro. Si no hubieses estado, mi niña no sabe nadar... ¿Te dijo que le tiene pánico a ese lago?

—No. —Negó con la cabeza y miró a Jennifer.

—Papá, por favor. —Le pidió, con esas simples palabras, que no fuese a contar la historia, pero este hizo caso omiso.

—Cuando tenía cinco años también cayó al lago y casi la perdemos. Desde ese momento, no quiso saber nada de lagos, ríos, piscinas... Si va a la playa es solo para asolearse —explicó, totalmente agradecido con Connor.

Connor la miró, tratando de disculparse; de haberlo sabido, no la habría lanzado, quizá solo le hubiese dado un par de nalgadas más, para que aprendiera a respetarlo, pero no exponerla a ese punto.

—Pero ya pasó, papá..., estoy bien.

—Sí, cariño, un gran alivio. —Le besó la frente—. Sera mejor que subas a quitarte ese pantalón mojado y te duches con agua caliente. —Después miró a Connor—. Tú también, muchacho. Por favor, será mejor que te duches... Déjame sacar esta manta estribera —comentó, algo aturdido por el olor.

—No, le agradezco mucho..., pero prefiero ir a mi casa y volver más tarde, si lo desea.

—No, de ninguna manera, estás mojado y así no sales de aquí... —Miró a su mujer—. Amor, busca algo de mi ropa para Connor.

—Prescott tiene razón, Connor. Quédate, te cambias de ropa y comes con nosotros; debes probar mis costillas de cerdo a la Barbacoa.

—No quiero molestar.

—Por favor, no es molestia —dijo el hombre y le quitó la manta.

Tanto Jennifer como su madre no pudieron evitar mirar el torso desnudo de Connor, las venas marcadas en sus musculosos brazos, los pectorales perfectos cubiertos por una fina y atrayente capa de vellos castaños, y un abdomen plano y trabajado.

Alana acompañó a su hija a la habitación para que se duchara y después fue a su recámara por ropa para Connor, sabía que todo lo que eligiera le quedaría un tanto grande, por los evidentes kilos de diferencia que había entre el joven y su marido, pero no podía permitir que estuviese con sus vaqueros mojados y su perfecto torso desnudo, paseándose por la casa, pues terminaría

enloqueciendo a todas las chicas del personal de servicio.

Al verlo, no pudo evitar recordar las primaveras doradas de su esposo, cuando se veía igual, pero los años y el sedentarismo ya le habían pasado factura y, de ese hombre musculoso, sexi y apuesto quedaba poco; igual seguía amándolo con locura, porque de aquella chica de provocativas curvas y senos paraditos tampoco quedaba mucho, y él así seguía demostrándole que la amaba.

—Creo que esto te quedará bien —dijo, entregándole la ropa y agradeciendo al cielo que su marido ya se había deshecho de la apestosa manta.

—Gracias, señora.

—Ven conmigo —pidió Prescott, que lo llevó a la habitación de invitados en el segundo piso—. Aquí tienes todo lo que necesitas, siéntete como en tu casa.

—Gracias, señor Rawson. —Estaba un tanto avergonzado con toda la situación, sobre todo, porque había sido su culpa. Pero una vez solo y bajo el agua caliente, agradeció estar ahí, porque necesitaba sacarse ese frío que se le había metido hasta en los huesos, además del mal olor de la manta.

No quería abusar, pero tampoco podía salir del agua, necesitaba ese tiempo de relajación, después de tantas emociones y de contener tanta excitación; no podía negarlo, esa jovencita lo ponía violento; estaba como una locomotora.

Cuando estuvo lo suficiente relajado salió del baño, se secó y se puso la ropa; tuvo que usar su cinturón para poder ajustarse los vaqueros, y decidió meterse la camisa por dentro para que no se le viera tan grande.

Salió de la habitación y, cuando bajó a la sala, Jennifer estaba ahí, vistiendo un bonito y corto vestido de lunares blancos en fondo negro, con una chaqueta de cuero.

Ella se quedó mirándolo con las ganas de carcajearse totalmente visibles en su semblante, pero miró a otro lado. Sabía que se veía anticuado con esa ropa ancha, pero sin duda, era mejor que estar con sus vaqueros mojados.

—¿Mejor? —preguntó Prescott con una gentil sonrisa.

—Sí, mucho —confesó.

—Pasemos al comedor, ya Alana nos espera. —Hizo un ademán hacia la cocina.

Connor lo siguió sin decir nada, y Jennifer se quedó un par de pasos detrás de su padre para ponerse al lado de Connor.

—Te ves... —comentó con una risita.

—Ridículo, lo sé —murmuró con la mirada la frente—, pero no te atrevas a burlarte.

Ella le mostró una gran sonrisa y apresuró el paso, acercándose a su padre para colgarse de su brazo y después mirar por encima de su hombro a Connor, con ese gesto de malicia que provocaba en él, darle unos cuantos azotes o; ¿por qué no?, penetrarla sin piedad; quizá ambas a la vez.

En serio, esas costillas de cerdo estaban deliciosas. Connor no se cohibió en decírselo a la señora Alana, ni en felicitarla en un par de oportunidades, mientras conversaban de los avances que había tenido Jennifer con Castiel.

—Le hablé y, ¿puedes creer que empezó a mover las orejas? —Le comentaba a su padre, muy animada, mientras él la miraba totalmente enamorado, sin que a nadie le quedara duda de que esa jovencita era la luz de sus ojos.

Connor pensó que Jennifer no había prestado atención a los gestos de Castiel, pero resulta que sí lo había hecho y muy bien; definitivamente, cuando estaba con sus padres, era una Jennifer completamente distinta, que no parecía caprichosa ni malcriada.

—Señor, disculpe, ya tengo que irme —intervino Connor, que debía ir a cumplir con sus obligaciones y ver si su padre había despertado, porque después de la noche de caza, seguiría agotado; sabía que ya no estaba para esas andanzas, pero él no tenía la voluntad de pedirle que se quedara en casa —. Tengo mucho por hacer en el rancho.

—Lo entiendo. —El hombre se levantó—. Déjame acompañarte.

—No se preocupe, termine su café; me sé el camino.

—Gracias por todo, Connor. —Le apretó la mano a Jennifer—. Gracias por lo que hiciste por mi niña.

Connor solo asintió con la cabeza y se despidió de todos con el debido respeto que se merecían.

Jennifer sintió una extraña sensación en su estómago, que quiso ahogar con un gran trago de agua.

—Jenny, ¿Connor no te parece atractivo? —preguntó Prescott, sorprendiéndola.

Jennifer empezó a toser, no tenía ni la más mínima idea de qué quería su padre con esa pregunta.

—En absoluto. —Fue lo único que dijo—. ¿Por qué lo preguntas? —Se

moría por saber si su padre había visto algo, si a ella se le había pasado borrar algo de las grabaciones.

—Es que sería bastante beneficioso que terminaran enamorados, podríamos unir nuestras tierras y...

—Papá, ni se te ocurra..., ya esa época de compromisos y dotes pasó hace siglos; es absurdo lo que dices, solo porque estás pensando en negocios —reprochó.

—Solo fue una idea que pasó por mi mente, nada más... Connor es un buen hombre, dedicado en cuerpo y alma a su rancho, a su gente... Pero lo que más me importa es tu felicidad...

—Deja que las ideas de un buen marido surjan en mí... En algún momento, en unos diez años, tal vez —comentó, levantándose y yéndose de la mesa. Bien sabía que su padre quería que ella terminara confinada en ese pueblo, y pensaba que, si se enamoraba de ese pueblerino, lo conseguiría. Lo que él no entendía era que ella no deseaba estar ahí, idealizaba su vida en una gran ciudad, no en ese rancho, en medio de la nada.

A Connor le gustaban mucho los días largos del año, porque no solo le daba tiempo para hacer todas sus labores en el rancho, sino que también podía pasar más tiempo con las personas que quería.

Apenas Yoomee regresó de la preparatoria, ella le propuso divertirse un rato, hacer una competencia con sus caballos; estaría loco si se negaba, por lo que, preparó todo para ir a lugar donde siempre daban rienda suelta a la adrenalina; incluso, se llevó a los jueces, que eran su padre y Chenoa.

—¿Estás preparada? —Le preguntó, removiéndose encima de Theo, buscando más comodidad y preparándose para emprender la carrera.

Lo bueno de competir con la chica era que a ella no tenía que dejarla ganar, porque Yoomee era una jinete extraordinaria, a la que ni loco le daría ventaja.

—No lo preguntes —dijo, sonriente, sobre su yegua blanca con la crin y la cola negra.

Ella, al igual que él, aprendió a montar mucho antes de caminar; recordaba que cuando él tenía once años, y ella apenas era una bebé, se la llevaba a cabalgar; muchas veces, terminó lleno de vómito a consecuencia de esas aventuras.

—Veo que están listos —comentó Eliot, parado en medio de los equinos, con un pañuelo blanco en la mano—. A la cuenta de tres..., dos, uno —dijo y bajó el pañuelo con energía.

Los caballos salieron disparados, siendo azuzados por sus jinetes, el fuerte galope levantaba hierba a su paso y cortaba el aire frío que entraba por las fosas nasales de Connor y Yoomee, quienes iban bastante parejos, apenas se echaban uno que otro vistazo, porque ninguno quería perder la concentración, cada quien tenía una sola misión, ganar.

—Vamos, vamos, Theo —animaba Connor a su caballo, sintiéndose desesperado porque ya Yoomee le estaba sacando una cabeza.

Ella se carcajeaba y seguía avanzando, dándole a Connor una hermosa vista de su largo pelo liso y azabache, que se agitaba furiosamente con el viento. Todavía no podía creer que ya fuese una señorita, se llenaba de un extraño sentimiento de nostalgia, que ni siquiera experimentó con sus hermanas, pero no por eso la dejaría ganar, así que instó a Theo a ir más

deprisa.

En poco tiempo, la alcanzó y fue su turno para reírse, pero no conseguía pasar. Lluvia, la yegua, era bastante ágil; él imaginaba que también el ligero peso de Yoomee la ayudaba.

En ningún momento consiguió pasarla, solo igualarla y; como era de esperarse, Yoomee fue la vencedora; lo celebró bajo una lluvia de pétalos de Pincel Indio, que Eliot le regalaba mientras Connor miraba sonriente, él era buen perdedor y no iba a exponer ninguna excusa para desmerecer el triunfo de la chica.

—Felicidades —dijo, entregándole una flor.

—Gracias. —Le sonrió y se la puso en el pelo. El detalle naranja destacaba hermosamente en el azabache de su cabellera.

Se sentaron a tomar chocolate caliente y a observar cómo Sasha jugaba con Theo y Lluvia; la collie corría como loca en torno a los caballos, instándolos a correr con ella, pero los equinos estaban bastante cansados, después de la competencia.

En momentos como ese, Connor recordaba su niñez, cuando hacían ese tipo de actividades, cuando su madre y Skah, el marido de Chenoa, estaban vivos. Skah fue como un abuelo para él, le agradecía infinitamente todo lo que le enseñó acerca de las leyes, costumbres y ritos de los indios.

Chenoa y Yoomee volvieron a la casa para ir preparando la cena, Eliot decidió quedarse un poco más, admirando la grandeza del paisaje, y Connor quiso acompañarlo, no quería que se sintiera solo, mucho menos que se dejara golpear por la nostalgia; además, quería atesorar todos los recuerdos que pudiera con su padre; de alguna manera, ya se había hecho a la idea de que le quedaba poco tiempo a su lado, pero todavía no conseguía resignarse y, siempre trataba de mostrarse fuerte delante de él, pero por dentro, era un hombre temeroso; le temía tanto a que llegara el día en que su viejo tuviera que partir, que la mayoría del tiempo ni siquiera deseaba pensarlo.

Connor agarró una botella de Wyoming Whiskey, la destapó y bebió directo; necesitaba algo que le calentara el cuerpo y el corazón.

Eliot empezó a chasquear sus dedos y a silbar, con la mirada en el hermoso paisaje frente a él, que era bañado por los rayos crepusculares. Estaba agradecido con la vida que le había tocado, porque había sido muy buena, tuvo una esposa hermosa, unos hijos maravillosos, un rancho que nunca le dio grandes preocupaciones, además de estar ubicado en el mismísimo paraíso; para él, no había nada mejor que eso, absolutamente nada se le

compararía.

—Cuando la noche ha llegado. —Empezó a cantar, como tanto le gustaba, lo que había heredado Connor de él—. Y la tierra está oscura, y la luna es lo único que veremos. No, yo no tendré miedo..., no voy a tener miedo.

Connor, como siempre, lo acompañó, aunque sintiera que le estaban extirpando el corazón y la garganta se le ahogaba en lágrimas y alcohol.

—Siempre y cuando te quedes, quédate a mi lado, así que, querido, querido, quédate junto a mí. —Connor se unió a la voz de su padre, pero la de él, estaba bastante ronca por las emociones que trataba de contener para no derrumbarse; no quería ponerse a llorar porque no deseaba que su padre se sintiera mal—. Oh, ahora quédate a mi lado, quédate..., quédate a mi lado, si el cielo que vemos por encima, se voltea y cae, o si las montañas se desploman en el mar, no voy a llorar, no voy a llorar, no voy a derramar una lágrima... —No pudo seguir acompañando a su padre, le dio otro gran trago a la botella para pasar las lágrimas y se limpió una caprichosa que se escapó.

Eliot sabía la marea de emociones que golpeaban a su hijo, él también las estaba viviendo; no tenía miedo a morir, saber que le quedaba poco tiempo de vida lo había obligado a aceptarlo, pero sí le dolía tener que dejar a su hijo con tantas responsabilidades, dejar al que siempre fue su talón de Aquiles, pero también su escudo.

Sabía muy bien que Connor sería quien más iba sufrir su partida, porque Loren y Hannah, de cierta manera, podían pasar meses sin verlo, pero no Connor, su muchacho jamás pasó un día lejos de él.

Le llevó una mano a la nuca y trató de reconfortarlo, pero solo se tensó. Connor quería aparentar ser fuerte, pero era muy sensible, con un corazón invaluable. Con un poco de fuerza, Eliot lo atrajo hacia él, y dejó que descansara la mitad del cuerpo sobre sus piernas, como cuando apenas era un chiquillo.

Connor se refugió en las piernas de su padre y, sin poder más, se echó a llorar, trataba de ahogar sus sollozos en una de sus manos, pero le era imposible no evidenciar lo mal que estaba, porque las sacudidas de su cuerpo lo dejaban en evidencia.

—Quédate ahora, quédate a mi lado —siguió cantando Eliot, mientras le acariciaba la espalda para consolarlo.

Se quedó con su hijo hasta que se calmó, quería decirle que todo iba a estar bien, aun cuando él ya no estuviera, pero no podía engañarlo; él había perdido bastantes seres queridos y, sabía que, junto a ellos, se había ido un

pedazo de su corazón. Lo mejor era aprovechar el tiempo que les quedaba.

Agarró la botella de whisky y se la dio a su hijo.

—Toma, puedes beber más..., pero no te emborraches —bromeó, palmeándole con la mano libre la espalda—, que tienes que cenar y no quiero limpiar vómitos, ya suficiente lo hice cuando estabas pequeño, hasta toda esa mierda, tal parecía que comías bisonte y no leche materna.

Connor sonrió, limpiándose las lágrimas y sorbiendo los mocos; tomó la botella y le dio un gran trago; se esforzó por dejar de lado la nostalgia y aprovechar ese momento sin tristezas.

—Todavía no me has contado por qué llegaste con la ropa de Prescott.

—Por un inconveniente que tuve con la chiquilla caprichosa de su hija.

—Explícate, porque mi imaginación es muy amplia y podría pensar en muchas cosas.

—Nada que ver con sexo, si es lo que piensas... Tuvimos un altercado, por el cual terminé lanzándola al lago, pero yo no tenía ni puta idea de que no sabía nadar, entonces me tocó sacarla.

—Parecen perros y gatos, ¿crees que conseguirás hacer el trabajo sin que alguno de los dos termine muerto?

—No lo sé, no puedo asegurar nada cuando se trata de esa jovencita... Por su comportamiento, parece una yegua salvaje, pero en su mirada, algunas veces también noto la pureza y fortaleza de una loba.

—Eres buen domador..., sé que puedas con ella, no dejes que te gane.

—Solo quiero terminar pronto, porque estoy descuidando muchas cosas aquí; no debí aceptar esa oferta —dijo, arrepentido.

—Sí, debiste.

—Será mejor que regresemos a casa, me rugen las tripas. —Se levantó y ayudó a su padre.

Recogió las cosas y las guardó en la cesta, ambos subieron a los caballos y emprendieron el camino hasta las caballerizas; de ahí, continuarían a pie hasta la casa.

A Connor no le hacía falta un reloj que lo despertara, el canto de los pájaros y gallos, muy común en la primavera, lo hacía de la mejor manera. A pesar de que se había dormido bastante tarde, esa mañana se levantó con mucha energía, salió de la cama y se fue a la ducha; justo se pasaba el cepillo por la espalda cuando se lastimó los rasguños que Jennifer le hizo el día anterior.

—¡Demonios! —Lo había olvidado. Su curiosidad lo dominó e hizo que saliera escurriendo agua; desnudo, se paró de espaldas al espejo y se miró los tres arañazos en línea que tenía.

—Maldita mujer —farfulló, molesto, resopló su actual estado de ánimo y volvió a la ducha, donde continuó, evitando volver a lastimarse.

Al bajar por su desayuno, se encontró a Yoomee como si fuese un tornado, extrañándose de que estuviera ahí a esa hora.

—Adiós, nos vemos por la tarde —dijo, agitando su mano a modo de despedida.

—Ve rápido, seguro no llegarás a tiempo. —La reprendía Chenoa.

—¿Qué pasó? —preguntó Connor.

—Se quedó dormida, llegará tarde a clases.

—La llevaré —dijo, caminando para alcanzar a la joven.

—¿Y tu desayuno?

Él agarró un pedazo de pan y un trozo de queso de la mesa del comedor de la cocina.

—Con esto será suficiente.

—Espera, por lo menos llévate un chocolate. —Le sirvió en un vaso térmico y se lo ofreció.

—Gracias. —Le plantó un beso en la mejilla, se fue a la Chevrolet y la puso en marcha.

Yoomee caminaba muy apresurada por la senda de arena, de unos cuantos kilómetros, que la llevaba a la carretera principal, donde pasaba a buscarla el transporte escolar, pero por la hora, ya debía haberla dejado.

Ella, sin dejar de caminar, miró por encima de su hombro al escuchar el ruido de la camioneta, el corazón se le subió a la garganta y las mariposas hicieron fiesta en su cuerpo al ver que Connor se acercaba.

—Sube, que te llevo —dijo, deteniendo la Chevrolet. La chica sonrió, aliviada, y subió al puesto del copiloto.

—Gracias, puedes dejarme en la parada de autobuses.

—Te llevo, seguro que ya el autobús pasó hace mucho rato.

—Ese podría ser mi premio por haberte vencido ayer. —Se acomodó la mochila al frente, abrazándose para ver si las cosquillas en su estómago menguaban.

—Bueno, ya que eso es lo que crees que mereces como premio, por mí está bien, aunque tenía pensado llevarte al cine.

Yoomee sintió que las mariposas traspasarían sus tripas y la mochila, y

empezarían a revolotear por toda la Chevrolet, dejándola en evidencia, eso era lo más cercano a una cita que podía tener con Connor; bueno, muchas veces habían ido a bailar, pero siempre acompañados, esperaba que la ida al cine fuese ellos solos.

—Olvida lo que dije, prefiero el cine... ¿Puedo elegir la peli?

—Es tu premio —dijo, sonriente.

—Ya te diré cuál.

Siguieron parloteando, mientras Connor le daba enérgicos mordiscos al pan y al queso que había llevado para desayunar, sin dejar de conducir, se detuvo frente a la prepa y se despidió de Yoomie con un choque de sus manos.

Resignado condujo al rancho de los Rawson para seguir con su trabajo, solo esperaba ese día tener algún avance.

La hierba del camino amortiguaba el sonido de sus botas, y el sombrero aminoraba la intensidad del sol sobre su rostro, mientras avanzaba al establo de Castiel, donde ya lo esperaba Jennifer.

—En serio, prometo no volver a lastimarte, pero tienes que ser bueno conmigo... —Connor escuchó la voz de la joven, seguro de que le hablaba a Castiel. No tenía la mínima intención de interrumpir el momento, por lo que, decidió quedarse junto a la puerta, donde podía seguir enterándose de lo que le decía, sin ser visto—. Sé que hemos empezado mal, no he sabido entenderte, pero es que parece tonto que tú puedas comprenderme; justo en este momento me siento tan ridícula...

—No es así como Castiel te ve, ni yo tampoco. —Connor se hizo notar y entró.

Jennifer, inmediatamente, alejó la mano de la frente del caballo y retrocedió un paso, mostrándose incómodamente sorprendida.

—¿Cuánto has escuchado? —preguntó con el corazón a punto de estallarle, se moriría de la vergüenza si Connor había escuchado toda la conversación, sobre todo, donde halagaba lo bueno que era con los caballos.

—Lo suficiente para darme cuenta de que vas por buen camino. —Se quitó el sombrero en su camino hacia el gancho de acero donde siempre lo dejaba, y empezó a desabotonarse la camisa—. Imagino que estás preparada para empezar.

—¿Por... por qué siempre tienes que andar exhibiéndote? —Le reprochó al ver que colgaba la prenda en el gancho y dejaba al descubierto ese torso que tanto la perturbaba.

—No me exhibo, así trabajo... —Jamás le diría que era porque lo reprimirían si llevaba a casa la camisa llena de pelos, aunque así había aprendido a andar.

—No sé cómo puede ser cómodo para ti, sobre todo con la temperatura como está.

—Soy de sangre caliente... Chenoa dice que tengo sangre de lobo —explicó sin mucho énfasis—. Entonces, ¿estás preparada? —preguntó, cambiando de tema.

—Supongo, llevo horas esperándote —comentó, aunque se moría por

preguntarle quién era Chenoa, pero era evidente que él no quería hablar sobre eso.

—No tenemos un horario fijo.

—Pero normalmente vienes temprano.

—No tenemos horario fijo —repitió—. Tenía cosas importantes que hacer. —Dio una explicación, aunque no le agradara hacerlo. Abrió la portezuela de la pesebrera y entró para ponerle las riendas.

—Entiendo. —Estaba tratando de ser comprensiva, pero no le agradaba en absoluto la actitud de Connor—. Pero, por lo menos, ¿podrías avisar a qué hora llegarás? Sé que tu padre está muy enfermo, escuché a papá decirlo esta mañana e imagino que eso debe ocuparte...

—Jennifer, no hables de mi padre como si te interesara. —La interrumpió, mientras sacaba a Castiel de la pesebrera—. Mejor empecemos con lo que tenemos que hacer.

—Tienes razón, tu padre no me interesa, pero mi tiempo sí. —Le fue imposible no molestarse con él, de nada le servía intentar ser amable con un animal—. Y desde hoy vamos a fijar un horario...

—¿Estás segura de cumplirlo?

—No es tu problema si lo cumplo o no.

—Mi tiempo también es valioso, mucho más que el tuyo, eso puedo asegurarlo.

Ella se quedó sin argumentos y eso le molestaba más que cualquier cosa, apretó sus labios con fuerza y entrecerró los ojos, conteniendo su furia. No quería que él se diera cuenta de que podía descontrolarla; definitivamente, su padre le había echado una maldición con eso.

Decidió que era mejor volver a tratarlo con distancia, después de todo, no era más que un empleado al cual no se le podía dar confianza; sin embargo, sus pupilas viajaron a su espalda, percatándose de los arañños que le había hecho, sin duda, habían sido profundos y; por una fracción de segundos, pensó en disculparse, pero enseguida recordó lo que sucedió después.

Lo veía moverse con energía por el lugar, le puso la montura a Castiel, lo tomó por la soga para llevarlo afuera; pero antes, agarró su sombrero blanco y se lo puso.

—¿Te quedarás ahí parada todo el día? —preguntó cuando pasaba el dintel de la entrada.

—Tal vez, si fueses más comunicativo. —Empezó a caminar con energía detrás de él—. No tienes que ser tan irónico, bien puedes decirme qué hacer, y

no esperar a que yo entienda tus señas; aunque te comportes como un animal, por lo menos tienes la habilidad de expresarte con las palabras, así que, úsalas.

—¿Nunca te cansas de hablar? —preguntó, mostrándose algo irritado.

—Lo siento, no sé comunicarme por señas, mucho menos entenderte a través del olfato —comentó, mordaz.

Connor se giró, llevándose las manos a las caderas y se quedó mirándola de arriba abajo, ignorando totalmente los comentarios sarcásticos de la joven.

—Necesitarás unas espuelas —comentó y se acuclilló para quitarse las de él. Apoyó una rodilla en el suelo para quedar arrodillado con una sola pierna.

—¿Ahora qué?, ¿vas a pedirme matrimonio? —preguntó tratando de molestarlo, no sabía por qué, pero le gustaba verlo furioso—, porque mi respuesta es: no.

Connor siguió ignorándola, solamente le tomó uno de los pies y se lo puso sobre su pierna.

—Tampoco es necesario que me beses los pies...

—En serio, no paras de decir estupideces —comentó, poniéndole una de las espuelas.

Jennifer le quitó el sombrero y se lo puso ella, le quedaba grande, pero se ganó una mirada intensa de esos ojos azules, mientras él le ponía la otra espuela.

—¿Qué se supone que haré con eso?

—No me digas que no lo sabes. —No podía creer que no supiera para qué eran.

—No. —Se mofó, negando con la cabeza.

—Eres una vergüenza para tu padre, que digo para tu padre, para todo Wyoming.

—¡Ah, discúlpeme, señor! Entonces tengo que ser una vaquera ordinaria e inculta para ser el orgullo del Estado... Pues, te quedarás con las ganas. Explícame de una vez por todas para qué es eso, porque quedamos en que no volvería a lastimar a Castiel...

—Las espuelas no son para hacerle daño, sino para ayudarte con movimientos de precisión y enviarle una señal sutil, en vez de patearlo; si las usas de forma adecuada, puedes hacer el trabajo más fácil, mejorarás la comunicación, la respuesta y su desempeño —explicó.

—¿Y cómo se supone que tengo que usarlas para no lastimarlo?

—Debes dar toques breves, precisos y conscientes. ¿Entiendes? Apenas tienes que tocarlo y solo por segundos.

—Entiendo.

—Bien. —Se levantó, le quitó su sombrero y volvió a ponérselo él—. ¿Preparada? —preguntó.

—Lo estoy —asintió con determinación.

—Entonces, móntalo, pero no olvides pedirle permiso.

Jennifer puso los ojos en blanco, a pesar de que ya se le hacía más cómodo hablar con Castiel, todavía no delante de Connor.

—Hola, pequeño. —Se acercó al caballo y, temerosa, empezó a acariciarle el cuello; le daba miedo que, en un descuido, terminara mordiéndola, sin duda debía ser doloroso—. Voy a montarte, ¿me lo permites?

—Espera. —aconsejó Connor.

—Deja que te monte, por favor. —Le habló con el mismo tono que usaba para convencer a su padre de cualquier cosa, mientras seguía acariciándole el cuello, hasta que lo vio mover las orejas.

—Ahora, sí.

Jennifer siguió su consejo y subió, se acomodó y se quedó muy quieta porque, esta vez, no había heno que amortiguara el golpe, si caía.

—Quieto, bonito. —Connor se acercó y le habló, tratando de distraerlo del peso que llevaba encima—. Vamos a dar un paseo. —Le dijo, sujetándolo por el cabestro—. Ni se te ocurra golpearlo con las espuelas —advirtió.

—¿Y para qué me las pusiste?

—Deja de ser tan impaciente, llegará el momento —dijo, mientras caminaba llevando a Castiel.

Jennifer estaba emocionada de ver que, por primera vez, andaba en su caballo, pero intentaba ocultarlo, solo sostenía las riendas sin darle ninguna utilidad, mientras era Connor quien, prácticamente, los guiaba.

Después de varios minutos andando, Jennifer deseaba saber cuánto había escuchado Connor, de lo que estaba hablando con Castiel cuando él irrumpió en el lugar.

—Anoche soñé contigo —comentó con la mirada al hermoso paisaje que tenía en el horizonte.

—¿Qué soñaste? —preguntó, sintiéndose muy curioso.

—No lo sé, no lo recuerdo —respondió sin atreverse a mirarlo, porque sentía que se estaba sonrojando.

—¿Bueno o malo?

—Ya dije que no lo recuerdo, solo sé que estabas en mis sueños.

—Fue bueno, ¿cierto?... Muy bueno —aseguró, sonriente, seguro de que la jovencita había tenido un sueño erótico, y él lo había protagonizado.

—Tiene que haber sido malo para que no lo recuerde.

—O quieres que yo crea que no lo recuerdas..., pero, tranquila, no pienso incomodarte con eso; eres libre, en tus sueños, de hacerme lo que quieras.

—¿Asesinate?, por ejemplo. —Entrecerró los ojos, muy arrepentida de haber nombrado algo sobre el estúpido sueño.

—Lo que quieras —repitió él, con toda la intención de hacerla enfadar—. Es momento de que sigas sola.

—No, ¿y si se pone nervioso?

—Solo déjalo caminar, no hagas nada.

—Pero quédate cerca.

—Estaré justo detrás de ti. —Le dijo para que estuviera tranquila, porque si se ponía nerviosa, Castiel lo sentiría y, quizá, no respondería de la mejor manera.

Casi quince minutos después, Jennifer consiguió que Castiel trotara un poco. Connor estaba satisfecho con el resultado, ya el trabajo estaba casi listo, un par de días más y sería totalmente seguro para ambos poder salir al galope.

Connor vio una gran virga, formándose sobre las montañas, lo que significaba que, inminentemente, llovería; antes de que la gran nube con forma de medusa se hiciera más grande y empezaran los truenos, que pondrían muy nervioso a Castiel, prefirió terminar el paseo.

—¡Jennifer, regresa! —La llamó e hizo un ademán con su mano para que se acercara.

—¿Por qué? Si se está portando muy bien —protestó ella.

—Mira esa virga que se ha formado. —Señaló las montañas—. En cualquier momento empezarán los truenos, y no querrás estar sobre Castiel cuando eso pase.

—Está bien, al parecer, hasta el clima está en mi contra. —Resopló, molesta, e instó a Castiel para que diera la vuelta y regresara hasta donde estaba Connor; pero antes de que pudiera llegar, gruesas gotas empezaron a precipitarse.

—Tenemos que darnos prisa, debes volver a casa —dijo Connor, sujetando el cabestro del caballo—. Por hoy, hemos terminado. ¿Puedes llamar para que vengan a buscarte?

—No traje mi teléfono, papá dice que no estaré concentrada en lo que tengo que hacer.

—Está bien, usa el mío. —Se sacó el teléfono del bolsillo y se lo ofreció, pero ella no lo recibió.

—No tiene caso, no me sé de memoria ningún número.

—Yo tengo el de tu padre, deja y lo llamo.

—¿Por qué mejor no me llevas? —preguntó, todavía aferrada a las riendas, mirándolo desde su privilegiada ubicación encima del caballo.

—Puede ser peligroso, si llega a tronar, Castiel se pondrá nervioso y nos tirará al suelo.

—Puedes ir rápido, sé que puedes hacerlo.

Connor chasqueó la lengua, dándose por vencido.

—Está bien, acomódate un poco. —Le pidió y, con un ágil movimiento, subió detrás de ella.

Jennifer cerró los ojos y, disimuladamente, se mordió el labio inferior, al sentir su fuerte cuerpo contra el suyo; inevitablemente, su mente fue bombardeada por las imágenes de ese ardiente sueño que tuvo con él. No podía negar que el hombre, a pesar de ser un bruto, era apuesto y muy bueno cogiendo, pero bien sabía que debía contener sus deseos, porque no iba a tener sexo con él, una vez más. Ese placentero error no podía volver a cometerlo; sin embargo, disfrutó ir pegada a él.

—Llevaré a Castiel al establo —dijo, una vez que la ayudó a bajar muy cerca de su casa, y la suave llovizna se hacía más intensa—. Ya estás a salvo —dijo e hizo volver a Castiel, le tocó con los talones y lo echó a galopar.

Jennifer no tuvo tiempo para despedirse, solo lo vio alejarse al galope, y le impresionó ver lo rápido que era Castiel y lo bien que se veía Connor.

La lluvia empezó a caer de verdad y tuvo que correr hacia dentro de la casa, antes de terminar empapada. Se extrañó al desear que, durante el camino de Connor al establo, no tronara.

Jennifer, al entrar, se encontró con su padre bajando las escaleras, mientras se acomodaba los puños de la camisa e; inmediatamente, recordó que ese día tenían una cena de negocios muy importante en Cheyenne.

—¿Ya se van? —preguntó ante lo evidente.

—Sí, cariño. Son casi siete horas de viaje y, con este tiempo, nos tomará un poco más... ¿Estás segura de que no quieres acompañarnos? —preguntó, acercándose a ella y le acariciaba con el pulgar la mejilla.

—No, papá, sabes que ese tipo de reuniones, donde solo beben whisky y fuman habanos no es lo mío... No quiero arruinar tu noche.

—Está bien, Doreen y Anna Mey cuidarán de ti.

—Sé cuidarme sola, ¿ya se te olvidó que llevo muchos años viviendo sola?

—De todas maneras, señorita, si necesitas algo, solo se lo solicitas a Doreen, ya ella tiene el menú para tus comidas.

—Está bien, las comidas las acepto. —En ese momento, su madre apareció con un elegante traje negro que hacía resaltar sus ojos azules y su pelo rubio.

—Tenemos que irnos o no llegaremos a tiempo —dijo Alana, tomando cariñosamente a su hija por la barbilla—. Por cierto, ¿Connor ya se fue?

—¿El ignorante pueblerino? —comentó, mordaz; no sabía por qué, pero quería mostrar desprecio hacia Connor, delante de sus padres—. Supongo que no, fue a llevar a Castiel al establo.

—Jennifer, sé más respetuosa —reprochó Alana.

—Pero si es verdad, apenas terminó la secundaria.

—Basta, Jennifer —intervino Prescott con el ceño profundamente fruncido—. No te burles de Connor. No me gusta tu actitud, un poco de conocimiento no te hace mejor que los demás —reprendió.

—Lo siento. —Puso los ojos en blanco y retrocedió un paso, para alejarse del toque de su madre, en un acto de malcriadez—. Voy a ducharme.

—¿Y así te despides de nosotros? —Se quejó Alana.

Jennifer suspiró con fastidio y después se acercó a ellos, plantándole a cada uno un beso en la mejilla.

—Cuídate.

—Ustedes cuídense mucho, conduzcan con calma bajo esta tormenta; en cuanto a mí, no creo que me pase nada, encerrada aquí, en medio de la nada.

Después de una deliciosa ducha caliente, decidió ponerse un camisón largo de seda, con un escote en V y terminaciones en encaje, color champán, que hacía resaltar el tono de su piel y pelo.

Como no tenía apetito, no bajó a comer; en cambio, se metió a la cama y prendió el televisor, pero estaba más pendiente de su teléfono que a la programación. No podía evitar sentir envidia de sus amistades, al verlos disfrutando de la playa, el sol, las discotecas y; ella, en cama, sola en medio de una fría tormenta.

El teléfono le avisó que su carga estaba en diez por ciento, por lo que se levantó a buscar el cargador y conectarlo; justo en el momento que lo buscaba en su vestidor, donde lo había dejado la noche anterior, un potente trueno la hizo sobresaltarse, y enseguida el lugar quedó a oscuras.

—¡Demonios! ¡No puede ser! —Caminó y vio el televisor apagado—. ¡Maldito pueblo de mierda! —exclamó, muy molesta, solo en un lugar como ese, el servicio eléctrico fallaba a consecuencia de una tormenta.

Escuchó que llamaban a su puerta y, con energía, caminó a abrir.

—Señorita, ya está lista la cena.

—Ahora no tengo apetito, Doreen. ¿Sabes si esto solo ha sido un apagón o llevará tiempo? —preguntó en medio de la penumbra, a pesar de que todavía era de día, estaba intensamente nublado por la tormenta.

—No lo sé, señorita, posiblemente solo dure unos minutos —comentó la mujer sin saber exactamente qué decir.

—Está bien, puedes volver a tus cosas... Mejor, tráeme una lámpara led; necesito entretenerme en algo, y un poco de lectura quizá me ayude.

—Enseguida se la traigo, señorita. —La mujer hizo una reverencia y se marchó.

Minutos después, regresó con lo que Jennifer le había solicitado, además de un chocolate caliente.

—Aquí tiene, me tomé el atrevimiento de traerle este chocolate, porque la calefacción, sin luz, no funciona y; aunque ya encendimos la chimenea, empezará a enfriar. —Lo dejó sobre la mesita de noche.

—Gracias. —Agarró el libro que había elegido de su antigua biblioteca, de ese tiempo en que estaba bastante obsesionada con vivir en esas historias de ficción. Ahora solo leía libros de anatomía, farmacología, bioquímica y un sinfín más de medicina.

—Si necesita algo más, solo me lo hace saber.

—Está bien... Ahora sí puedes seguir con tus ocupaciones.

Doreen salió de la habitación y ella abrió el libro que la atrapó en sus primeras páginas, había olvidado lo maravilloso que era leer por placer; sí, le emocionaba cada aprendizaje que obtenía de sus libros de medicina, pero no con la misma intensidad con que lo hacían los libros con historias por contar.

Tenía entre sus manos Caballo de Batalla, había sido uno de los tantos regalos que su padre le había dado el día que cumplió sus quince años, pero que nunca había leído porque no le llamaba la atención; con cada página que pasaba, se arrepentía de no haberlo hecho antes, porque estaba enamorada del caballo Joey. La historia era contada desde su punto de vista, pero a diferencia de lo que comúnmente pasaba en otras historias narradas por animales, la de Joey no caía en la típica humanización.

Podía ver a Joey a través de sus palabras, pero su voz no engañaba. Era un caballo de principio a fin, sin trucos y; por eso, la trama resultaba tan creíble y fascinante.

A pesar de estar sumergida en la historia, leer con la lámpara le cansaba la vista; pensó que lo más recomendable sería descansar unos minutos, dejó el libro a un lado y se metió bajo las sábanas, pues empezaba a sentirse el frío.

Solo pensaba en tonterías mientras miraba al techo y escuchaba las fuertes gotas estrellarse contra las ventanas, un nuevo trueno provocó que se abrazara a sus piernas en posición fetal y se quedara así; quizá si su teléfono estuviese con carga podría ponerse a escuchar música, pero ni eso. Le pareció buena idea apagar la lámpara, para poder alargar lo más posible la carga.

Empezó a sentir los párpados pesados y no se resistió a las ganas de dormir, porque así pasaría el tiempo más rápido y; si contaba con suerte, al despertar, el servicio eléctrico se habría restablecido.

De repente, ya no estaba en su cama, estaba afuera con Castiel; el sol era intenso, aunque estaban a la orilla del lago, bajo los frondosos árboles, disfrutando del canto de los pájaros.

Ella gozaba del suave pelaje de su caballo mientras conversaba, y él podía entenderle; incluso, juraba que podía escucharlo hablarle, era como la voz de Joey en su cabeza.

Jennifer le pedía perdón por todo el daño que le había causado, porque se había comportado tan despiadadamente con él, como el asqueroso padre de Albert.

Castiel no movía su boca, pero ella escuchaba sus pensamientos mientras

miraba a esos ojos celestes casi blancos, aceptaba sus disculpas solo si prometía que serían buenos amigos.

—Te lo prometo —dijo, acercándose y besándole en el hocico con mucha ternura—. De ahora en adelante te cuidaré.

No obstante, en ese momento y de la nada rugió con potencia un trueno que hizo que Castiel se levantara sobre sus patas y; ella, asustada, retrocedió algunos pasos.

—Tranquilo, Castiel, no es nada, solo es un trueno, no es nada... —Le hablaba para apaciguarlo, pero el caballo solo cayó sobre sus patas delanteras para salir a todo galope, dirigiéndose directamente al lago; de inmediato, Jennifer se llenó de angustia al ver que Castiel no sabía nadar, chapoteaba, pero no lograba mantenerse a flote y relinchaba desesperado.

Todo su cuerpo temblaba, la garganta se le había cerrado y el corazón iba a estallarle, quería lanzarse para rescatarlo, pero sus miedos la mantenían al borde del agua; corrió hacia el muelle y se acostó estirando sus manos para poder tomar una de las patas de su caballo, pero era imposible alcanzarlo.

—Castiel, por favor, trata de acercarte, ven a mí, ven. —Lloraba en medio de la desesperación y estiraba todo lo que podía la mano, ya con casi medio cuerpo fuera del muelle.

Su caballo terminó dándose por vencido, se hundió y ella se resbaló, cayendo también al fríasimo lago; de inmediato, se fue al fondo y pudo verlo inconsciente, hundiéndose cada vez más, mientras ella intentaba luchar por su vida, pero era imposible porque no lograba emerger.

Una profunda bocanada la trajo de vuelta a la realidad, movió con energía las sábanas, saliendo de ellas, porque la hacían sentir como si siguiera en el fondo del lago.

Respiró desesperadamente y se llevó una mano a su doloroso pecho para calmar sus latidos desbocados, miró a todos lados y seguía en medio de la penumbra; con manos temblorosas, prendió la lámpara, y las lágrimas se le desbordaron.

Con ambas manos se apartó el pelo de la cara, repitiéndose así misma que solo había sido una pesadilla; tratando de convérsese de que estaba bien, agarró el libro que estaba entre las sábanas y lo miró, consciente de que la lectura, sin duda, la había sugestionado y por eso tuvo ese mal sueño.

Sin embargo, una poderosa necesidad por saber si Castiel estaba bien la invadió, salió de la cama y el piso de madera estaba realmente frío, se fue al baño, pero como no había luz, tampoco funcionaba el calentador de agua; esto

no le importó, se llenó las manos de agua y se las llevó a la cara, para después mirar en el espejo, entre la penumbra, su reflejo aturdido.

Sabía que no iba a tranquilizarse hasta que se asegurara de que Castiel estaba bien. No sabía si era debido a Connor o al libro que empezaba a sentir demasiada empatía hacia su caballo, comenzaba a amarlo, como nunca lo había hecho con otra mascota.

Se secó las manos y se fue al vestidor, sin pensarlo mucho se puso unas botas de goma y ese horrible impermeable amarillo que tanto le hacía recordar al personaje de uno de sus peores miedos de niña.

Sabía que con el frío que estaba haciendo no era prudente salir tan solo con ese camión de seda, por lo que agarró una cobija y se la puso por encima de los hombros y por debajo del impermeable, agarró la lámpara y salió.

Pensó que si hubiese servicio eléctrico, bastaría con ir a la oficina de su padre y mirar las cámaras para ver si estaba bien, pero su única opción se limitaba a ir al establo.

Cuando salió, todavía estaba lloviendo, el frío caló en sus huesos y quemó sus fosas nasales, pero ya no regresaría; siguió avanzando, caminó tiritando por la resbalosa hierba mojada, con las interminables gotas salpicando sobre el plástico de la gabardina amarilla, solo la guiaba la luz de la lámpara que llevaba en la mano.

Llegó casi sin aliento y con los labios morados, empujó la pesada puerta del establo y fue realmente agradable encontrarlo caliente. Al parecer, Connor, antes de irse, encendió la chimenea, que tenía una reja protectora y estaba lo bastante alejada del caballo, para evitar algún tipo de accidente.

Se asomó a la pesebrera y lo vio dormitando, fue casi increíble el alivio que sintió al verlo respirar; ella, todavía temerosa, no se atrevía a entrar, se arrodilló del otro lado de la portezuela, puso la lámpara en el suelo, se quitó el impermeable que seguía chorreando agua y metió su brazo entre los barrotes, estirándolo lo suficiente para poder tocar la frente y puente de la nariz del animal; con el que sentía más conexión y quizá más comprensión después de haber leído unos cuantos capítulos de Caballo de Batalla. Era estúpido lo que sentía, pero no podía evitarlo.

—Hola, bonito, veo que estás muy bien. —Le hablaba sin dejar de acariciarlo—. Fue horrible sentir que te perdía y sin saber qué hacer; me sentí tan impotente por no poder salvarte, pero solo fue una pesadilla; qué alivio que solo fue eso... Veo que estás muy bien, incluso, mejor que yo, pues no estás empapado y con tanto frío. —Sonrió con las lágrimas subiendo por su

garganta, en realidad, estaba muy sensible, y todo por culpa de un maldito libro.

—Parece que últimamente sueñas mucho. —Se escuchó la voz de Connor, proveniente de algún lugar del establo.

Jennifer, inmediatamente, se levantó, tomó la lámpara y miró a todos lados.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —preguntó, para asegurarse de que no estaba delirando.

—Intento dormir.

Volvió a escuchar la voz, entonces la siguió; caminó hasta donde estaba la reserva de heno, solo que no podía verlo porque media pared lo ocultaba.

Al llegar, lo vio acostado, tan largo como era, con una pierna estirada y la otra flexionada, la camisa a cuadros la usaba como sábana sobre su torso y tenía la cara cubierta con el sombrero.

—¿Ahora no tienes casa? —investigó, quitándole el sombrero de la cara.

—Sí, tengo y, créeme, preferiría estar en mi casa y no aquí, pero la lluvia no me dio tiempo a marcharme. —Abrió sus brillantes ojos azules claros hacia ella, que lo iluminaba con la lámpara.

—Comprendo que no te diera tiempo, pero eso no te da derecho a estar escuchando conversaciones ajenas.

—Resulta que ahora conversas con Castiel. —Soltó una corta carcajada, más que de burla, era de asombro.

—Ese no es tu problema.

—No lo fuera, si no hablaras tan alto; no tienes que gritarle, él te escucha aun si le susurras... —Le quitó el sombrero y volvió a ponérselo en la cara—. Ahora, ¿puedes seguir en lo que estabas y dejar que yo duerma un poco?

—Pues, hablaré tan alto como me dé la gana porque, si no te has dado cuenta, estás en mi establo.

Connor chasqueó la lengua con fastidio.

—Sé dónde estoy, pero no me molestes, ve a hacer lo que te dé la gana.

—Justo en este momento, me dan ganas de que bebas un poco más del agua de Castiel —comentó, molesta por su indiferencia.

—No te atrevas, Jennifer, porque justo ahora el lago está mucho más frío que la última vez, y estoy seguro de que no vas a querer un chapuzón.

—No te atreverías.

—Ponme a prueba —sentenció con la misma apatía que había mantenido.

Ya ella se había asegurado de que Castiel estaba bien, entonces, no tenía

ningún caso seguir ahí, así que se alejó de donde estaba Connor y regresó hasta la pesebrera; volvió a acariciarle la frente al animal, despidiéndose; se puso el impermeable y salió, dejando ambas puertas abiertas, para que Connor sintiera el frío al que a ella le tocaba enfrentarse, simplemente, porque él la había echado de su propio establo.

Connor resopló molesto, al sentir el escalofrío que lo recorrió por la corriente de aire extremadamente frío que se coló en el lugar, con lo que le había costado entrar en calor. Sin poder evitarlo, se quitó la camisa y el sombrero, se levantó y saltó la media pared, caminó con largas zancadas a cerrar las malditas puertas, para regresar a su sitio y tratar de olvidar el incidente, pero él no era de los que se quedaba tranquilo y ponía la otra mejilla; si se las hacían, se las pagaban.

Así que, sin importarle la lluvia ni lo helado que estuviera, corrió tras Jennifer; la alcanzó y de varios tirones le quitó el impermeable. Ella intentó resistirse, pero jamás podría con la fuerza de un hombre que estaba acostumbrado a la potencia de los *Mustangs*, no solo le arrancó la gabardina de plástico, sino también la manta que llevaba para soportar el frío.

—Estúpido, animal. —Jennifer tiritaba y le dio unos cuantos empujones.

—Aprende de una buena vez a respetar. —Hizo un nudo la manta y el impermeable, y se los llevó con él—. No creas que soy Hannah, a quien hacías llorar fácilmente con tus estupideces. —Le dijo, dando largas zancadas hacia el establo.

En pocos segundos, ella estaba empapada, sintiendo como si alfileres entraran sin piedad en su piel, mientras Connor se hacía cada vez más borroso, debido a la inclemente lluvia y a sus lágrimas de furia. No tenía opciones, debía ir sí o sí al establo, porque emprender un camino hacia su casa la mataría de hipotermia; aunque se dejaría morir por el simple hecho de que culparan a Connor y lo encerraran de por vida. Pero su instinto de supervivencia era más poderoso que su deseo de venganza.

Corrió y llegó justo cuando él cerraba la puerta, la empujó con ambas manos, pero él no la dejaba ceder.

—Connor, déjame entrar o se lo diré a mi padre.

—Ve a decírselo, anda.

—Maldito, animal ¿no ves que me estoy congelando? —rugió muy molesta e impotente—. Este es mi establo, estás en mi rancho...

—No me interesa, que se te congele el culo, para que aprendas de una vez por todas los modales que tu padre no te enseñó. —Él seguía evitando que

ella entrara, quizá era una inconsciencia de su parte, pero estaba harto de las niñerías de Jennifer Rawson.

—Por favor. —Se dobló porque ya le dolían los huesos—. Por favor, Connor..., déjame entrar.

—Así es como debe ser —comentó él y le dio acceso.

Ella corrió hasta la chimenea y se puso en frente, para entrar en calor, aunque deseaba poder meterse y sentarse sobre las brasas ardientes.

Los mechones de su pelo parecían cobrizas colas de ratas, y no podía contener las lágrimas que limpiaba con rabia; saber que, de momento, había perdido contra Connor, la enfurecía y por eso lloraba.

Connor cerró muy bien las puertas, caminó para tomar la manta y el impermeable, siguió hasta donde estaba Jennifer, sentada sobre sus talones frente a la chimenea y; sin decir nada, le lanzó la manta a un lado y se acuclilló frente al fuego, también en busca de un poco de calor, fijando la mirada en las llamas y los leños que crepitaban.

Jennifer se pegó a su orgullo y, aunque se estaba muriendo de frío no, agarró la manta; apenas la miró y volvió la mirada gris al fuego.

—Esto..., esto no se quedará así, Connor Mackenzie, se lo voy a decir a mi padre y estoy segura de que te arrepentirás —dijo, poniendo su mirada cargada de furia en él.

—Puedes decírselo cuando quieras, no me asustan tus tontas amenazas. Si quieres, te presto mi teléfono para que lo llames y le digas que venga por ti. —Desvió la mirada hasta ella y no pudo evitar que su instinto puramente masculino llevara sus pupilas hasta los senos, perfectamente transparentados a través de la seda y los duros pezones por el frío, atrajeron totalmente su atención y sus ganas.

—Lo haría —dijo, apretando los dientes y fijándose en donde estaba dirigida la mirada de Connor—. Pero en este momento no está en casa; sin embargo, se lo diré en cuanto llegue.

Tuvo ganas de agarrar la cobija y cubrirse para no permitirle el placer de apreciar cuán perfecta era, pero estaba bien si lo torturaba un poco.

—Muerdo porque lo hagas, ya quiero ver la cara de tu padre —azuzó sin una pizca de temor, pero todo su cuerpo latía lenta e intensamente; debía alejarse de la tentación porque se había jurado no tropezar con la misma piedra; si volvía a cometer el mismo error, solo sería por estúpido e incontrolable.

Y ella quería ver la cara de él, estaba a punto de jugar conscientemente

con fuego, pero como buena mujer, sabía perfectamente cómo apoderarse de la situación y dejarlo bastante aturdido; muy metódicamente, se pasó con suavidad las manos por los senos y se frotó los pezones con los pulgares, en medio de una falsa inocencia que lo enloquecería.

Ahí dentro solo se escuchaba el crepitar de los leños quemándose y la respiración forzada de Connor, quien le mantenía la mirada, como si fuese un ser impasible, pero Jennifer bien sabía que no lo sería por mucho tiempo.

Acarició sus hombros con sensualidad y, mientras apretaba entre sus dientes el labio inferior, empezó a bajarse el fino tiro de su camisón, él desvió la mirada y tragó en seco, lo que ella aprovechó para bajar ambos tiros y que la prenda quedara en su cintura, dejando al descubierto sus pechos hinchados por el deseo que no podía negarse también sentía, pero era buena teniendo el control, e iba a contenerse.

—¿Por qué no miras, Connor? —preguntó con tono provocativo, apretándose ligeramente los pezones—. No imaginé que fueses tan tímido.

—No voy a caer en tu maldito juego de niña caprichosa. —Se levantó para largarse de ahí, volvería a su rincón tras la pared.

—Vamos, Connor, puedes mirar, ¿o es que solo estás acostumbrado a las yeguas? —También se levantó y la bata cayó a sus pies, dejándola completamente desnuda delante de él.

—Estás loca, ¿lo sabías? Estás malditamente loca —rugió, furioso por tener que contener las ganas que le causaba la forma en que ella lo incitaba con su perfecta desnudez; verla así, tan blanca y limpia, tan suave a la vista, era la más puta definición de demencia.

—¿Y no quieres enloquecer conmigo?, ¿no deseas cometer algunas locuras? —Se relamió los labios.

Se iba a ir al infierno, de eso estaba seguro, pero prefería quemarse a tener que soportar su pene cargado y latente contra sus vaqueros; sobre todo, si ella seguía mirando, tan atrevidamente, a su erección.

Empezó a caminar hacia ella con lentitud, estudiando cada paso, justo como lo hacía a la hora de acercarse a un caballo salvaje acorralado, solo que, a Jennifer, la miraba con otros ojos, unos más devoradores y; ella, con la altanería de un *Mustang*, se mantenía altiva, instándolo al mirarlo con descaro mientras se acariciaba.

Connor se relamió los labios, saboreando el momento con el pecho agitado, antes de pegar su cuerpo al cuerpo de ella; con ambas manos, la tomó por las caderas y la estrelló contra el suyo.

—No tienes ni la más remota idea de lo que estás haciendo, chiquilla — susurró, mirándola a los ojos y calentándole los labios con su aliento—. Te crees muy astuta, pero no conoces mis caminos, no sabes por dónde puedo llevarte. —Buscó la boca de Jennifer, pero ella la alejó, antes de que pudiera siquiera rozarla. Connor sonrió de medio lado, solo levantando una de sus comisuras y juntando ligeramente las cejas; entonces, elevó una de sus manos y la sostuvo por la mandíbula para que no volviera a rechazarlo—. Sabía que ibas a hacer eso, así solo haces que sea más difícil de ignorar, porque mi naturaleza es tener el control —dijo, convencido, con sus pupilas puestas en esos labios que, seguramente, estaban impregnados de veneno, pero no le importó, se estrelló contra ellos y los succionó con famélica intensidad, los mordisqueó y los besos; saboreó con su lengua hasta que ella le correspondió. Le soltó la barbilla y llevó ambas manos a su respingón culo, apretándolo con fuerza y deleitándose de sentirla contra él.

Jennifer cedió deliberadamente a los ardientes besos de Connor, gemía con total intensidad en su boca, todo como parte de su plan, que estaba dando excelentes resultados; llevó sus manos al cinturón de los vaqueros mojados que, en varias ocasiones, ya habían hecho que le diera escalofríos, y empezó a desabrocharlos.

No estuvo satisfecha hasta que en medio de los ardientes besos lo desnudó para ella, sintiendo la amenazante y caliente erección más arriba de su ombligo, donde dejaba una húmeda huella.

Se alejó un paso para admirarlo, sus piernas eran gruesas, cubiertas por una capa de vellos rubios oscuros; el pene, con proporciones delirantes, que mantenía muy buena circulación; todo eso hacía armonía con el torso que ya tantas veces había apreciado.

Connor volvió a acercarse, pero ella le llevó ambas manos al pecho, deteniéndolo, justo al notarlo más ansioso.

—¿En serio crees que voy a tener sexo contigo?

—Sí —aseguró él, tomándola por las muñecas.

—Pues no, ni lo pienses, Connor Mackenzie —dijo con suficiencia—. ¿Ves cómo puedo ponerte a comer en la palma de mi mano si me da la gana? —Sonrió con malicia, pero no podía soltarse del agarre.

Connor estaba seguro de que sería al revés, porque más de una yegua salvaje comía de su mano todos los días.

—¿Por cuánto tiempo quieres que te deje creer que tienes la razón? No más de un minuto, porque estoy ansiando probarte... En serio, quiero saber

qué sabores encuentra mi lengua entre tus pliegues. —Con sus pulgares le brindaba caricias, pero seguía sujetándola con firmeza, mientras se pasaba la punta de la lengua por sus labios.

Jennifer tragó en seco y parpadeó lentamente, no esperaba que esas simples palabras abrieran un abismo en su estómago; con miedo de sus propios impulsos, tironeó para soltarse, pero le fue imposible.

—No, Connor. —Fue determinante con sus palabras, pero su tono fue ronco, totalmente vetado por la excitación—. No quiero.

—Yo sé que sí. —De un tirón, volvió a llevarla hasta su cuerpo y la giró de espaldas.

Jennifer se rehusaba, trataba de liberarse de ese abrazo, pero le era imposible; lo sentía latente en su espalda, y sus fuerzas casi se desplomaron cuando sintió el dedo medio de Connor, aventurarse entre sus pliegues y serpentear con lentitud enloquecedora, hasta que consiguió arrancarle un gemido.

—Conozco tus juegos, Jennifer —susurró, moviendo el dedo en forma circular, justo sobre el clítoris, disfrutando de domarla de esa manera—. Tu estrategia era seducirme, ponerme muy caliente... Bien, te felicito porque lo has logrado; solo que mi táctica es llevar a cabo todo lo necesario para cumplir con la parte de tu estrategia que más me conviene. —Empezó a besarle el cuello, se lo lamió y chupó con delicadeza, mientras serpenteaba más fuerte con sus dedos, sintiendo cómo su respiración se agitaba cada vez más, por estar a las puertas del orgasmo—. Llegaré hasta donde a mí me dé la gana. ¿Hasta dónde quieres tú que yo llegue? —Detuvo su dedo y lo retiró antes de que Jennifer alcanzara la cumbre del placer.

—Dije que no —chilló, temblorosa y molesta por haberla dejado a medias, pero todavía apegada a su orgullo.

Connor siguió besándola, haciendo arder cada poro en ella; estaba seguro de que ahora estaba más caliente que la hoguera que los acompañaba; volvió a tentarla, la acarició hasta casi hacerla estallar, pero volvió a dejarla sobre la cuerda floja, le daba vida al placer y se lo quitaba de golpe.

Esta vez no se lo preguntó con palabras, solo tomó los hilos del autocontrol de Jennifer e hizo que se pusiera a gatas; así era mucho mejor que de rodillas, porque no solo le ofrecía rendición, sino que así también podría tomar lo que quisiera.

Connor también se puso a gatas detrás de ella y empezó a lamerla con lentitud, provocando que Jennifer se sacudiera ante los escalofríos que le

provocaba con cada pasada de su lengua; hurgó y jugueteó hasta que los gemidos empezaron a convertirse en jadeos ruidosos; entonces, reemplazó su lengua por dos dedos, con los que penetraba con perfecta sincronía.

—¿Quieres que los saque? —preguntó, agitado por el placer que él mismo sentía de verla tan mojada y desecha ante el gozo.

—No..., no —Jadeó, dándose por vencida. ¿Qué más daba? Él lo había dicho, llegaría hasta donde le diera la gana y, en ese momento, ella deseaba que así fuera, que la llevara hasta donde quisiera.

—Así me gusta. —Sacó sus dedos y le dio un par de mansas nalgadas para premiarla, como hacía con las yeguas cuando se portaban bien—. Ahora ¿quieres voltearte y demostrarme que quieres que siga adelante?

Jennifer, sin voluntad alguna, porque no tenía ni puta idea de adónde se le había ido, obedeció y se volvió, gateando. Para encontrarse a Connor sentado sobre sus talones mientras se masturbaba lentamente. Ella miró la íntima caricia y después lo vio a los ojos; de inmediato, él le regaló una caída de párpados, dirigiendo sus pupilas a su erección, en una clara petición que no necesitó de palabras.

Jennifer se mentiría si se dijera que la misma idea no cruzó por su cabeza en cuanto lo vio, por lo que, sin dudarle, se acercó a él y le quitó el control sobre el pene; tenía bastante experiencia con eso, se lo demostraría, ahora ella tenía todo el poder.

Se relamió los labios, ansiosa, mientras miraba a esos ojos azules de pupilas dilatadas; ya no tenía voluntad para seguir negándose lo que deseaba, simplemente, dejó de pensar y empezó a sentir, dejándose llevar por sus emociones.

Se lo llevó a la boca, se sintió satisfecha al hacerlo gruñir y rugir, tomando la venganza en sus manos cuando estuvo a punto de acabar y ella lo trajo a la realidad de golpe, deteniendo sus chupadas y lamidas, dejándolo completamente desamparado del calor y humedad de su boca.

Connor no se perdió ni por un segundo la visión casi celestial que era ver a Jennifer Rawson, dándole una mamada gloriosa; cuando ella se detuvo, él no había dado por terminado eso, aprovecharía lo que restaba de noche, sobre todo, al tener la certeza de que, sin luz, las cámaras no funcionaban y podía hacer con ella lo que quisiera.

Con uno de sus fuertes brazos le cerró la cintura y, con el otro, volvió a tomarla por la mandíbula y estrelló su boca contra la de ella; la besó con arrebató al tiempo que la tumbaba sobre el suelo y se acostó encima de ese

cuerpo caliente y curvilíneo.

La penetró profundamente y se movió con intensidad y rapidez, arrancándole jadeos que casi rayaban en gritos, tomó una de sus piernas y se la puso encima del hombro, en busca de mejor alcance y más goce, uno, dos, tres, cuatro, diez, quince bombeos fuertes y contundentes, para después volverla de cara al suelo y, desde ahí, iniciar nuevamente sus salvajes embestidas.

Ahora sí que habían entrado en calor, ambos sudaban y estaban casi sin aliento, pero continuaban vencidos al goce.

Jennifer se tensó por entera, estalló en delirio, mientras que Connor seguía entrando y saliendo de su cuerpo, rozando un sinnúmero de terminaciones que la cegaban; gritó ahogadamente su nombre y elogió su magnífico desempeño, su extraordinaria resistencia y su constancia interminable.

Tenía todos los adoquines prácticamente tatuados en el cuerpo, pero nada de eso importaba cuando se sentía flotar en una densa nube de lujuria, nada tenía sentido para ella, lo único que le interesaba en ese instante era que Connor no se detuviera.

En medio de esa bruma que la tenía tan perturbada, la volteó y, ella, sin fuerzas colaboró con él; se acomodaba a todas las posiciones que él deseaba, sin excusa alguna.

Apenas trataba de recuperar el aliento cuando Connor atacó nuevamente con su boca entre sus piernas; lo sostuvo por la cabeza y apoyó sus pies sobre los fuertes hombros, mientras se mecía contra esa poderosa lengua, hasta que, una vez más, un grito ahogado de placer le quemó la garganta e hizo eco en el establo.

Connor empezó a repartirle besos sobre su monte de Venus, y fue subiendo entre lamidas y chupones por su cuerpo; se instaló en los pechos, haciéndola delirar con cada roce de la lengua y tirones de sus pezones; después, siguió con su húmedo camino hasta llegar a su boca, donde ella lo recibió, metiendo toda su lengua en él; ahí, ambas se rozaron sexualmente, en medio de la espesa saliva.

—Ayúdame. —Le pidió tomándole una mano y llevándola hasta su pene—. Así, sí..., un poco más rápido —dijo con la voz ronca, mirándola a los ojos y casi rozándole con sus labios entreabiertos los suyos—. Así... sí —Jadeó largamente, y ella sintió cómo la descarga caliente cayó sobre su pubis; después, otra mojó sus labios vaginales, y otra más casi en el mismo lugar.

Se quedó encima del cuerpo latente de Jennifer, mientras trataba de

recuperar el aliento; eso había estado malditamente bueno. No podía negárselo, por lo que sonrió y escondió su rostro sudado en el hueco del cuello de ella, donde el aroma a sudor y lluvia se hacía más intenso.

Rodó y se acostó en el suelo al lado de ella, para dejarla respirar, mientras su pecho seguía agitado y se recordaba a sí mismo no sonreír; debía mantenerse impassible o ella terminaría aprovechándose de eso para recordarle que era bastante buena cogiendo.

Se quedaron en silencio todo el tiempo que les llevó reponerse, incluso, hasta que él, de tanto mirarla y pensar en lo que acababa de pasar, tuvo una nueva erección. Sus ganas de volver a la carga iban a enloquecerlo, pero fue Jennifer quien actuó primero y se le subió encima; ahí, con su pene muy dentro, se convirtió en una perfecta e intensa amazonas.

Por mucho que lo estuviera gozando, él no podía dejar que ella lo sometiera; así que, la tomó por la cintura y volvió a ponerla contra el suelo; esta vez, las dos piernas de Jennifer reposaron sobre sus hombros, y él volvió a desbocarse sin control, hasta acabar jadeantes y satisfechos, dejándola completamente inundada por su semen.

Después de eso, siguieron en silencio, solo mirándose y descubriendo cuán perfecto lucía uno, a los ojos del otro, después de ese extraordinario maratón.

Connor la encontró mucho más hermosa sin ese maquillaje que le ocultaba las diminutas y claras pecas cobrizas de su respingada nariz, ni las intensas y abundantes que salpicaban sus hombros; era como un perfecto cielo estrellado; sus labios voluptuosos, más hinchados por todas las cosas que ella hizo con su boca y todas las que él le hizo también; los ojos grises, habían reducido el tamaño de sus pupilas, y las llamas de la hoguera se reflejaban en ellos o; quizá, era el propio fuego interno de la jovencita.

Jennifer se sentía liviana, era casi casi como estar drogada, y ya eso lo había probado, como para poder hacer una exacta comparación. Connor causaba en ella el mismo efecto que el LSD; al principio, fue un estallido de ansiedad, esa desesperación que despertó con sus intensos besos; luego, esa subida que la misma droga le provocaba. Ante sus ojos resplandecía, era todo psicodélico y fascinante; había sido la mejor alucinación de todas, el tiempo dejó de tener sentido alguno, estalló en el mejor e indescriptible de los placeres; al igual que la droga, debía experimentarla para poder saber a ciencia cierta lo que pasaba con su organismo y cómo todos sus sentidos de vieron alterados.

Ahora, justo en la bajada, se sentía como si estuviese sobre una pluma, quizá sobre una alfombra voladora; el tiempo volvía a tener sentido, podía hablar, sí, podía hacerlo, pero no quería arruinar ese momento con palabras.

Se miraron cada mínimo detalle en sus cuerpos, se escudriñaron el alma a través de los ojos y; sin darse cuenta, terminaron rendidos, junto a un fuego casi extinto y con la lluvia todavía cayendo afuera.

Los rayos de sol que se colaban por el tragaluz del establo y el intenso canto de los pájaros se encargaron de despertar a Jennifer, quien antes de poder abrir los ojos, fue consciente del intenso dolor que atravesaba cada músculo de su cuerpo; se removió con mucho cuidado en medio de quejidos, pero cuando su primera visión fue su ropa tendida frente a la chimenea, todo indicio de dolor y de sueño se fue al carajo; se levantó como un rayo y la manta que la cubría se arremolinó en su regazo.

—¡Oh, por Dios! ¿Qué hora es? —Con desesperación, miró en derredor y se encontraba sola, fijó sus ojos en el techo, donde el tragaluz le dejaba claro que el sol era bastante intenso.

Hizo a un lado la manta y se levantó, mientras que los latidos de su corazón iban en aumento, a medida que su mente se aclaraba y se hacía a la idea de que sus padres, seguramente, ya estaban en casa.

Se puso con rapidez la bata, corrió por el establo sin saber qué hacer o a dónde dirigirse, porque estaba totalmente aturdida.

—Maldito Connor, se fue y me dejó dormida, ¿acaso le costaba tanto despertarme? —reprochaba mientras se calzaba las botas; después trató de acomodarse el pelo enmarañado, pero era un caso perdido, así que se hizo un moño con el propio enredo.

Se cubrió con la cobija y se aseguró de recoger cualquier asomo que dejara en evidencia lo que había pasado en ese establo la noche anterior.

—Solo espero que mi apariencia no me delate y muestre lo recién cogida que estoy —murmuró con el corazón en la garganta. Caminó hasta donde estaba Castiel, para ver si estaba bien y luego despedirse; sin embargo, antes de llegar, se encontró colgado de una de las vigas de la portezuela un hermoso atrapasueños, decorado con cintas, plumas blancas, marrones y turquesas, algunas perlas de colores en su red blanca y, en su centro, un dije de una herradura, que era atravesado por un rayo de sol de los que se colaban por el tragaluz.

Justo debajo, un trozo de papel algo arrugado y muy mal cortado; parecía haber sido arrancado de alguna libreta, sin el mínimo cuidado; estaba sostenido por un clavo, que quitó de un tirón para leerlo.

Los malos sueños son atrapados en el tejido y mueren con el primer rayo de luz del alba.

Ponlo en la ventana de tu habitación.

Era una letra bien fea, pero entendible; así que no pudo evitar sonreír como tonta y sentir que ese detalle era bastante especial; toda la rabia que había sentía porque la dejara ahí botada sin despertarla se fue de golpe.

Desamarró la cinta del atrapasueños y se lo llevó con ella, hubiese querido volver en Castiel, eso le haría el viaje más rápido, pero no sabía cómo ensillarlo y temía que no reaccionara tan manso como lo había hecho la última vez; no se atrevía a montarlo sin la supervisión de Connor.

Al salir un hermoso espectáculo de la naturaleza la recibió, el sol le sacaba destellos al rocío que estaba sobre la hierba, dando la impresión de ser una interminable alfombra verde, cubierta por diamantes. Se ajustó más la manta y emprendió un paso agitado, puesto que necesitaba llegar cuanto antes. Si otras fueran las circunstancias, se quedaría a admirar el paisaje.

Casi corría, pero debía tener cuidado porque era un camino bastante resbaloso; cuando por fin llegó, entró por la terraza donde desayunaba su padre; ese era, sin lugar a dudas, su espacio favorito.

Rezaba muy pocas veces, solo lo hacía cuando tenía mucho miedo o cuando necesitaba que cualquier fuerza celestial le tendiera una mano, y esta era una de esas ocasiones, por lo que, iba con el Credo en la boca. Al pasar por la sala, se topó con Doreen, quien se mostró bastante sorprendida de verla llegar con ese aspecto. Con la poca valentía que disponía, de momento, apenas la miró de soslayo y siguió apresurada y cabizbaja hacia las escaleras, la cuales subió corriendo. En cuanto entró en su habitación se encerró, soltó todo el aire de golpe y dejó caer la cobija a sus pies, junto con el atrapasueños.

Solo pensaba en qué le diría a Doreen para que no le contara nada a sus padres, justo al entrar al baño, se dio cuenta de que todavía no reestablecían el servicio eléctrico; estaba ansiosa por ducharse, pero debía esperar, solo se aseó un poco con toallas húmedas, y volvió a su recámara.

Recogió la manta y la puso sobre un sillón, después agarró el atrapasueños, se fue con él y se sentó en la cama a admirarlo; sin duda, era muy bonito, el tejido era perfecto. Se preguntaba si era comprado o él mismo lo había hecho, si había sido fabricado por él, sería mucho más especial.

Después de admirarlo por un largo rato, recordando la intensa noche que había tenido y lo perfecto que se veía Connor mientras le daba placer, se

levantó y caminó hasta su ventana, lo colgó del cerrojo para seguir admirándolo como una tonta, hasta que las luces de su habitación se encendieron.

—¡Ya era hora! —Suspiró, aliviada; casi corrió al baño, donde se convenció de que tenía muy merecido un buen rato en el jacuzzi.

Estaba segura de que sus padres todavía no regresaban, por lo que, fue a buscar su teléfono y lo puso a cargar en el baño, junto a ella; quizá ellos habían estado tratando de comunicarse.

Se desnudó y se metió a la burbujeante agua tibia, esperaba que su cuerpo abatido por el placer se renovara totalmente; no obstante, se descubrió deseando muchas noches más como la que había tenido y, por supuesto, que fueran con Connor.

Connor recibió esa misma noche un mensaje de Laura Leigh, presidente de la fundación «Educación de Caballos Salvajes», de la que él formaba parte, ella lo necesitaba en Nevada al día siguiente, no tenía idea de para qué, pero sabía que debía ser importante, si lo solicitaba con tanta urgencia.

Como su respuesta fue afirmativa, casi de inmediato recibió un correo con su pase de abordar, así que, después de la noche con Jennifer, durmió no más de una hora y se fue a su rancho para dejar todo listo por los días que estaría en Nevada.

En ese momento y en medio de la turbación que dejaba una faena de buen sexo, se venció ante la debilidad de hacer algo especial para esa mujer que le ofreció su cuerpo. En su rancho encontró todo lo necesario para crear ese atrap sueños y obsequiárselo porque tuvo muy presente la angustia que se sintió en la voz de la jovencita, cuando fue a hablar con Castiel; además, desde muy pequeño, Chenoa le enseñó cómo hacerlos y el significado que tenían.

Preparó su mochila, se despidió de sus seres queridos y se fue con la advertencia de su padre, que no apareciera con otro caballo salvaje para domar, porque hacerlo requería de tiempo, dedicación y dinero.

No se fue directo al aeropuerto, sino que hizo una parada en el rancho vecino; fue al establo, esperando encontrarlo solo, pero Jennifer seguía rendida. Se acercó a ella con la clara convicción de despertarla; sin embargo, no pudo hacerlo, la arropó y antes de marcharse le dejó el obsequio en la

portezuela de la pesebrera de Castiel, y la nota que había escrito por el camino.

Al llegar al aeropuerto, le envió un mensaje a Chace, para que fuera con alguien a buscar la Chevrolet. Aprovechó las tres horas de vuelo para dormir otro poco. Laura lo esperaba en el aeropuerto de Nevada, no le agradó la cara de la mujer; al verla, estuvo seguro de que no le tenía buenas noticias.

—Mira. —Agarró un sobre manila que estaba en el tablero de la Ford Ranger y se lo ofreció, mientras seguía atenta al camino.

—¿Qué es? —preguntó, frunciendo el ceño ante la confusión.

—Descúbrelo por ti mismo. —Lo instó.

Abrió el sobre, encontrando varias fotos que seguían una sucesión, un lote de *Mustang* era descargado y llevado a un matadero.

—¿Esto qué significa? —interrogó con miedo de comprender lo que estaba claro ante sus ojos—. ¿Dónde es? —Sentía que la rabia casi incontrolable germinaba en su pecho y se entendía por todo su cuerpo.

—En Coahuila, las fotos son parte de nuestras pruebas.

—Donde está la fundación que los está adoptando —concluyó, todavía rehusándose a creer en ese acto de crueldad.

—Fue lo que nos dijeron, pero ya ves lo que realmente son. Están vendido la carne de los caballos en México.

—Entonces, ¿de qué sirven todos los malditos requisitos que solicitan los federales para asegurarse de que vayan a un buen lugar, si están terminando en un matadero? —cuestionó, muy molesto, con la mirada fija en la mujer—. Se supone que ellos deberían estar al tanto de esto, ¿acaso no funciona el seguimiento que hacen?

—Parece que no terminaste de ver las fotos o no las miraste bien... —dijo Laura.

Connor volvió a revisarlas una a una, mirando con detenimiento, hasta que se encontró con una cara familiar.

—Este es Coleman. —Señaló con el dedo a uno de los agentes federales.

—No tenemos que ser muy inteligentes para saber lo que está pasando.

—Malditos..., tenemos que hacer algo. —Ver esa matanza le partía el alma, era como si le exprimieran el corazón.

—Lo vamos a hacer, vamos a demandar a los federales; estoy dispuesta a ir a la Corte Suprema de Justicia si es preciso. Mis abogados están trabajando en eso, pero tenemos que seguir recaudando pruebas, por eso necesito tu ayuda.

—Cuenta conmigo para lo que sea —dijo, determinante—. Solo dime lo que tengo que hacer.

—Ahora mismo vamos al refugio de la prisión, necesito que grabes conversaciones con los domadores, que te cuenten en qué condiciones llegan los caballos... No solo están vendiéndolos a los mataderos en México, también están torturándolos, esos reclusos te conocen, ellos te contarán lo que está pasando.

—Lo haré..., no puedo creer que se esté repitiendo la historia; primero el degenerado de Tom Davis, ahora los mismos federales —comentó lo sucedido en 2016, muy sonrojado por la rabia. Davis era un ranchero bastante conocido y poderoso, vendió mil setecientos animales a un matadero en México, ignorando deliberadamente la ley que les prohíbe a los compradores sacrificar los animales adquiridos de la reserva de que la matanza por parte de los compradores de animales de las reservas. Connor jamás se creyó ese cuento de que el gobierno no estuvo al tanto de la situación; de ser así, el maldito de Davis, debía estar tras reja y no, simplemente, vetarle la venta de los caballos de miles a cientos y, con un seguimiento, que podía jurar ni siquiera le estaban dando.

—Sabía que podía contar contigo —dijo, convencida.

—Es inaudito, se están pasando la ley de 1971 por el culo..., no importa cuántos problemas den los *Mustangs*, nada justifica lo que hacen; se supone que se iban a encargar de ellos de forma decente —hablaba, todavía sin poder creerlo; le era imposible no sentirse impotente.

—Haremos que lo paguen, sé cómo te sientes en este momento, pasé por la misma situación.

—No quiero ser pesimista, pero será bastante difícil llevar el caso a la Corte Suprema. Aunque pudiéramos, no creo que fallen a favor de los caballos, para el Estado, no representan más que un problema.

—El mayor problema lo pone el Estado, no voy a darme por vencida hasta que los den en adopción de forma gratuita y sin tanto papeleo, hay mucha gente que los necesita, pero no dispone del dinero ni consigue hacer todo el trámite legal que exige el gobierno.

—Sería lo ideal, sé de personas que verdaderamente los necesitan.

A pesar que la situación, a todos los miembros de la organización los sobrepasaba, por el simple hecho de ser amantes de esas magníficas criaturas; debían mantener en secreto los planes que estaban trazando en contra de los federales, por lo menos hasta que contaran con las pruebas suficientes para

poder entablar la demanda.

Laura cambió de tema y le preguntó a Connor por su familia, especialmente por su padre, también le pidió disculpas por hacerlo venir, sabiendo que su situación era un tanto complicada.

Connor le restó importancia a sus propias obligaciones y preocupaciones, en ese momento no podía pensar en otra cosa que no fuesen los caballos.

—¿Crees que podemos pasar primero por la granja que administra el Estado? —preguntó él, retomando la conversación del motivo que lo había llevado hasta ahí.

—Por supuesto. —Laura condujo hasta uno de los ranchos pertenecientes al Estado, donde sabía que los caballos no solo pasaban años encerrados, sino que lo hacían en condiciones extremadamente crueles; los corrales no contaban con nada que los refugiara de la intemperie y, los indefensos, pasaban de temperaturas por debajo de los cero grados, hasta las más altas.

Connor sabía que debía controlarse, solo ir a mirar a los caballos, ver sus condiciones y prepararse para hacer algo por ellos, por mínimo que fuera; de lo que sí estaba seguro era que no se quedaría de brazos cruzados, odiaba las injusticias, sobre todo, con seres que tanto lo apasionaban.

Al llegar, Laura mostró las credenciales de la organización, por lo que, de inmediato, les dieron el acceso; condujo por la carretera de tierra y, desde ahí, pudieron ver cómo bajaban a los caballos, persiguiéndolos con helicópteros; inevitablemente, eso hacía hervir la sangre de Connor, porque sabía que los *Mustangs* debían estar aterrados. Era extremadamente cruel lo que estaban haciendo, solo por ahorrarse tiempo y no arrearlos hasta los corrales con caballos y perros.

—Necesitamos registrar esto —dijo él, con el pecho agitado por la furia, pero se controlaba por el fin de la organización.

—Agarra la cámara, pero ten cuidado —dijo Laura, una mujer que llevaba veinte años de su vida entregada al bienestar y protección de los derechos de los caballos salvajes.

Connor agarró la cámara y empezó a hacer un vídeo de la barbarie que estaba presenciando, mientras luchaba con un intrincado nudo de lágrimas en su garganta, al ver cómo los caballos corrían despavoridos en la misma dirección, tratando de huir del taladrante sonido y amenaza de los helicópteros, y terminaban estrellándose brutalmente contra las barreras, en las que, muy probablemente, algunos se desnucarían.

Laura redujo la velocidad para que Connor pudiera capturar mucho mejor la escena. Cuando estuvieron bastante cerca de los corrales, pudieron ver mejor cómo se agolpaban los caballos que se veían asustados otros reculaban al ver el vehículo que llegaba; algunos más rebeldes y quizá más enérgicos se encabritaban.

En cuanto Laura estacionó, Connor guardó la cámara y bajó de la camioneta, se acercó hasta el agente de la oficina de la administración de tierras que los recibía. La nube de polvo que levantaban los helicópteros los envolvió y el sonido era bastante molesto.

—Laura, qué gusto verte. —Sonrió el hombre, tendiéndole la mano—. ¿Qué te trae por aquí?

—Hola, Petterson..., nada especial, solo una visita de rutina —dijo la mujer, mostrándose amable.

—Connor.

—Petterson. —Se saludaron con un apretón de manos.

—Veo que están reclutando —dijo, sin poder contener su opinión.

—Sí. —Suspiró el agente, echándole un vistazo a los helicópteros—. Bueno, toca hacerlo, cada vez son más..., y ya sabes qué gran problema.

—¿Qué pasó con el programa de esterilización?

—Funciona a medias, el gobierno ya donó los cincuenta millones de este año, no dará más... Los *Mustangs*, cada vez son más costosos.

—Lamentablemente, para el gobierno siempre serán costosos, porque no son prioridad nacional... Se queja porque da cincuenta millones para los caballos, que son animales que no le hacen mal a nadie, pero sigue manteniendo a cientos de violadores, asesinos, terrorista y más degenerados en cadena perpetua. Pero siempre es mejor sacrificar a los caballos que al maldito cáncer de la sociedad.

—¿Qué no le hacen mal a nadie?, no es lo mismo que opinan los ganaderos de la zona... y; lo otro, ya sería un problema bien grave, que atentaría contra los derechos humanos. Pero aquí entre nosotros, también apoyo la idea de recortar el presupuesto nacional acabando con esas lacras.

—También soy ganadero, Petterson... Sé perfectamente los daños que pueden ocasionar los caballos en nuestros terrenos, si no se les controla, pero no lo suficiente como para exigir estas medidas.

—Ojalá todos pensaran como tú, seguro nos ahorraríamos un sinnúmero de preocupaciones, pero ya ves que no, y no tenemos más opción que actuar.

Connor quiso decirle que podían actuar, pero no de la manera en que lo

estaban haciendo, porque lo que hacían era una barbarie, pero no quiso comprometer a Laura.

—Tienes razón, imagino que están maniatados ante semejante situación... Iré a los corrales —avisó y, en su camino, le palmeó un hombro al agente.

Connor llegó a los corrales y, como siempre que los visitaba, lo golpeaba con contundente fuerza la impotencia; los *Mustangs* eran almas libres e indomables, no tenían por qué encerrarlos de esa manera, en lugares donde no tenían espacio ni para moverse; incluso, algunos tenían que pasar por encima de otros para hacerse un poco de plaza.

La rabia e imposibilidad de no poder hacer nada por ellos lo llenaba de unas ganas casi incontrolables de querer hacer polvo esas barreras, sobre todo, al ver los notables maltratos físicos en la gran mayoría.

Con extrema cautela se fue acercando, no quería ponerlos más nerviosos de lo que ya estaban, le preocupaba infinitamente verlos sangrar tanto, necesitaba cerciorarse de qué tan profundas y grandes eran las heridas que, muy probablemente, se habían hecho con los alambres de púas.

—Ssshhh, ssshhh. —Los tranquilizaba, pero ellos reculaban y relinchaban, desesperados—. No estoy aquí para hacerles daño, solo quiero ser su amigo, tranquilos, tranquilos... —hablaba de una forma conciliadora, apenas reteniendo las lágrimas en sus pestañas.

Se quedó ahí hasta que los caballos se fueron acostumbrando a su presencia y se aseguraban de que él no era una amenaza para ellos; incluso, a través de los barrotes de hierro, pudo tocar la frente de varios y enjuagar la sangre que él terminaba limpiándose en sus Wrangler.

Aprovechó y con su teléfono tomó todas las fotografías posibles, mostrando las condiciones en las que quedaban los caballos después de su brutal captura.

Laura pidió el permiso para estar en el proceso del traslado de los *Mustangs* a las caballerizas y la correspondiente numeración, mientras a Connor le surgió una idea imposible de eludir.

El traslado fue bastante estresante para todos, sobre todo para los caballos, y como si no hubiesen tenido suficiente por ese día, pusieron alrededor de sus cuellos la cinta con el número que correspondía a cada uno; no era más que su matrícula de recluso, porque a partir de ese momento se convertían en prisioneros del Estado, y pasarían años en esas caballerizas, a la intemperie, donde destrozarían sus espíritus y quebrarían sus fuerzas;

entretanto, esperaban que algún domador pusiera en ellos la dedicación que requerían para entrenarlos o ver si contaban con la suerte de que alguien verdaderamente bondadoso y por mil quinientos dólares los tomara en adopción.

—Laura —comentó Connor, apenas salían de las instalaciones, mientras un cúmulo de emociones lo mantenía cautivo—, quiero llevarme cinco, puedo domarlos...

—Connor, sabes que después no podrás darlos en adopción, que si son para ti, son para ti.

—Serán para mí, los quiero... Si pudiera y tuviera más tierras me llevara por lo menos unos cien.

—Entiendo tu pasión y sé lo mal que te sientes con todo esto, pero es mucho dinero.

—Ahora tengo para comprar cinco y trasladarlos. —Sabía que muchos pensarían que era una locura, pero estaba decidido a usar la paga de Prescott Rawson, para tomar en adopción a cinco de ellos. Ya tenía ese dinero predestinado para otras cosas, pero si el destino quería que estuviese ahí y viera lo que estaba pasando era por algo; no podía simplemente marcharse con las manos vacías y el corazón destrozado.

—No será fácil, a menos que pidas de los domados.

—No, quiero de los que capturaron hoy..., yo me encargaré de la doma, pero no puedo quedarme aquí para hacerlo...

—Será complicado que te los den en adopción sin estar domados, pero veré qué puedo hacer. Dame un minuto —pidió y agarró su teléfono.

Laura hizo un par de llamadas, solicitando los caballos que Connor quería, ella tenía muy buenas referencias de él y las mandaría a quien fuese necesario para que le concedieran la adopción.

Al terminar, no tenía nada seguro, pero tampoco habían rechazado su oferta; solo que, si Connor quería llevárselos él mismo, tendría que quedarse por unos días más en Nevada.

De camino al rancho del Estado que quedaba junto al centro penitenciario, llegaron a un restaurante para comer algo y seguir con el trabajo de investigación que estaban llevando con gran cautela, mientras el teléfono de Laura no paraba de sonar; ella estaba moviendo a todos los miembros de la organización en todos los condados para hacer cuanto antes la demanda.

Connor se fue directo a los corrales, donde por lo menos quince reclusos se encargaban del programa de adiestramiento de los caballos, e iba

preparado con una grabadora de voz, escondida, mientras Laura conversaba con los vigilantes del centro penitenciario.

No era primera vez que Connor estaba ahí, incluso, contaba con amigos, entre ellos, Noah, quien fue encarcelado por posesión de marihuana, y ya llevaba dos años en ese lugar, donde aprendió a ser domador, después de ofrecerse voluntariamente al programa.

A pesar de todo, en ese lugar, el panorama era completamente distinto, los caballos estaban en mejores condiciones, pero evidenciando claramente los años que padecieron un sinnúmero de torturas, de que, prácticamente, los sacaran de forma violenta del hábitat donde llevan siglos.

—¡Ey, vaquero! —saludó con una amable sonrisa a Noah, quien le estaba dando una vuelta en redondo al caballo que adiestraba.

—Connor, amigo, ¿qué haces por aquí? —Se mostró feliz de verlo, pero sin descuidar a su caballo, con el que había creado un gran vínculo.

—De visita, ¿cómo va todo?, ¿cómo se llama este muchacho? —preguntó, apoyando un pie en la barra de acero y le tocó la frente al caballo que Noah acercó hasta él.

—Todo igual que siempre... Este grandulón se llama Lippe. —Le acarició el cuello con energía—. Ya tiene dos meses conmigo.

—Va bastante avanzado, lo que quiere decir que estás perfeccionándote como domador.

—Ya soy todo un experto, cuando salga de aquí iré a Wyoming, a darte la pelea.

—Cuando salgas de aquí, en mi rancho tienes trabajo —dijo, completamente convencido de Noah era un buen hombre, que lamentablemente había caído en prisión por vender unos cuantos gramos de hierba, para poder mantener a su mujer y tres hijas.

—Gracias, Connor, lo aprecio. —Fue completamente sincero.

—Así que deja de estar pensando en hacerme la competencia, porque será mucho mejor si formamos un equipo. Pero cuéntame, ¿cómo llegó Lippe?, ¿estaba en buenas condiciones?

—Sí, bueno..., no tanto, estaba bastante descuidado, pero nada que un buen cepillado y dedicación no solucionaran. Lippe es un maldito suertudo, porque he visto otros que llegan hecho mierda, con más cicatrices que Chuky, el muñeco asesino. —Se rio, dejando en evidencia el diente que le faltaba, producto de su primera noche en el centro penitenciario, donde le dieron tremenda paliza—. Otros llegan bastante desnutridos, pero te prometo que aquí

los tratamos bien.

—Te entiendo, estuve hace poco en uno de los ranchos, y el estado de los que se encuentran allí es deplorable.

—Hermano, todos hablan de los problemas que causan los *Mustangs*, de la sobrepoblación y de que la única solución es sacrificarlos, pero no dicen lo buenos que son..., que domados pueden servir de mucho. Solo la semana pasada se dieron en adopción a dos mil, aunque el dinero parece que se va a otro lado, menos a mejorar la calidad de vida de los que quedan.

—No te preocupes, que nosotros no nos vamos a dar por vencidos, no permitiremos que se sacrifiquen más caballos... —Se detuvo al ver cómo Noah le hacía una ligera seña con la mirada y supo inmediatamente que alguien se acercaba y debía cambiar de tema—. Se ve bastante bien, ¿hace cuánto se dejó poner la montura?

—Apenas la semana pasada —respondió Noah.

En ese momento, Connor vi de soslayo cómo llegó a su lado un oficial, entonces, siguió con una conversación estrictamente de doma, porque le había prometido a Laura ser muy cauteloso y no exponer sus planes.

Jennifer esperó en el establo toda la tarde a que Connor apareciera, pero fue en vano, una vez que su teléfono se descargó y sin nada más en qué entretenerse, decidió volver a la casa, tratando de no poner atención a las emociones que tanto la confundían.

No quería darle tanta importancia, no pensar en él, pero por más que quisiera, no podía evitar pensar que solo era un grandísimo cobarde, segunda vez que tenían sexo y desaparecía.

Llegó a su casa y fue a encerrarse en su habitación, al ver en la ventana el atrapasueños, la asaltaron unas ganas casi incontenibles de arrancarlo y tirarlo a la basura, pero algo más fuerte que su convicción no permitía que lo hiciera.

A la hora de la cena, su padre estaba muy ocupado, no paraba de hablar por teléfono y, su madre, en su mundo, ya se había acostumbrado a la vida atareada que llevaba Prescott Rawson.

—¿Cómo te fue hoy, pequeña? —preguntó Alana, porque había notado a su hija bastante aburrida durante la cena—. ¿Has mejorado tu vínculo con Castiel?

—No, hoy no pude hacer nada porque el empleado de papá no apareció;

una vez más, me dejó esperando, como si mi tiempo no le interesara en absoluto —dijo, tratando de asesinar a un trozo de zanahoria.

—¿Connor no vino? —preguntó Prescott, interrumpiendo su conversación por teléfono.

—No, no vino —dijo, mordaz.

—Smith, te llamo en un rato, sí..., en diez minutos. —Terminó la llamada y se dirigió a su hija—. ¿Tienes alguna idea de por qué no vino?

—No le hice ni dije nada malo, si es lo que estás pensando. —Se puso a la defensiva, al notar cierto deje de acusación en el tono de voz de su padre—. Por lo que veo, ni siquiera tuvo la decencia de comunicarte nada.

—Es extraño —dijo, un tanto aturdido, imaginando que algo malo pudo haber pasado.

—Es la segunda vez que te lo hace, no sé qué es lo que te extraña, simplemente, no le da la gana de venir... Papá, no está dándole importancia al trabajo, yo que tú, le pido que te devuelva el dinero y que deje las cosas así. —Como estaba tan molesta con Connor, deseaba poder cobrarse de alguna manera su falta de hombría.

—No puedo hacer eso, porque está haciendo el trabajo, tú misma me has dicho que has conseguido montar sola en Castiel... —hablaba mientras buscaba en sus contactos el número de Connor.

—Buenas noches —saludó Connor, quien ya estaba cenando una hamburguesa en la habitación del hotel.

—Buenas noches, Connor, ¿interrumpo algo? —preguntó, porque fue evidente que habló con la boca llena.

—No, señor. —Dejó de masticar y trago grueso, después le dio un largo trago a la Coca Cola—. Solo estoy cenando.

—Disculpa, no quise interrumpir tu comida... Solo te llamo porque mi hija me comentó que no viniste hoy, ¿está todo bien?

—Sí, todo bien... Disculpe que no le haya informado antes que no podría ir. —Se rascó la cabeza mientras miraba la hamburguesa con ganas de darle otro mordisco, pues estaba muy hambriento—. Tuve que viajar hoy por la mañana, estoy en Nevada.

—Entiendo...

—Son cosas de trabajo, estoy con la fundación, sé que tengo un compromiso con usted, pero no podía eludir mi responsabilidad con Laura.

—Tranquilo, muchacho, tómate el tiempo que necesites.

—Sí, supongo que serán unos días, pero Jennifer puede ir fortaleciendo

la conexión con Castiel, dígale que lo visite...

—Espera —interrumpió el hombre—, mejor te la paso para que le expliques lo que tiene que hacer. —Le dijo y, sin esperar una respuesta, le tendió el teléfono a su hija—. Connor quiere hablar contigo.

Jennifer miró a su padre con los ojos a punto de saltarle de las órbitas, y el corazón se le subió a la garganta. Negó con la cabeza porque no quería que sus nervios la expusieran.

—Vamos, Jennifer. —La alentó el padre—, va a explicarte lo que tienes que hacer.

—¿Y eso por qué?

—Está en Nevada.

Connor escuchaba claramente al otro lado de la línea y sabía que Jennifer no quería hablar con él, entonces, decidió que era mejor terminar la llamada y decir después que se había cortado o cualquier otra estúpida excusa.

—Hola... —Escuchó la voz de la joven antes de que pudiera colgar y no pudo evitar sentirse extraño en el instante en que sus latidos se hicieron más intensos—. Habla Jennifer.

—Sé quién eres, reconozco tu voz —ironizó, queriendo restarle importancia a sus emociones—. Voy a explicarte lo que vas a hacer...

—¿En serio estás en Nevada o simplemente me estás evadiendo? —habló Jennifer, quien había escapado del comedor y se fue a la terraza, ante las desconcertadas miradas de sus padres.

—Estoy en Nevada, por trabajo —explicó, sin saber por qué lo hacía con tanta facilidad.

—Es irónico, ¿no crees?

—No sé de lo que hablas.

—No te hagas el estúpido, Connor —farfullaba, sin poder contener la molestia—. No entiendo por qué cada vez que tenemos sexo, desapareces ¿Acaso eres tan cobarde como para no darle la cara a las mujeres con las que te acuestas?

—No se trata de eso, y no entiendo el porqué de tus reclamos... ¿Será que te importa tanto lo que pasó anoche?

Jennifer resopló y soltó una corta carcajada, restándole importancia.

—En absoluto, lo único que me importa es que no cumples con tu trabajo.

—Cuando hablé con tu padre le dejé muy claro que tenía otras ocupaciones; aun así, él aceptó... Supongo que debió habértelo dicho.

—Pues no me lo dijo, y tú tampoco le informaste de que te irías a

«Nevada» —ironizó porque no se creía ese cuento. Seguro que estaba encerrado en su rancho.

—Las razones de por qué no lo hice ya se las expliqué a él... Ahora, escucha lo que tienes que hacer con Castiel.

—Connor, no me expliques nada, porque no haré nada con el caballo, a ti te pagaron para que estuvieras aquí, nadie habló de clases telefónicas.

—Bien, como quieras. —Le colgó.

—¡Ay! Me cortó, el muy maldito me cortó —balbuceó sin poder creerlo. Sin pensarlo ni por un segundo, le remarcó.

—¿Qué quieres, Jennifer? —preguntó al contestarle—. ¿Por qué no vas a hacerle la vida imposible a alguien más?

—¿Cuándo regresas? Necesito que estés aquí, tengo que avanzar con Castiel.

—¿En serio? ¿Quieres que vaya porque necesitas que te ayude con Castiel o con otra cosa? Puedes decir con toda confianza si me necesitas, imagino que deseas distraerte un rato, algo así como lo hicimos anoche. —No iba a permitir que Jennifer intentara molestarlo, antes prefería intimidarla para que dejara el tema.

—¿Por... por qué tienes que hablar sobre eso? —masculló, sintiendo que el calor se apoderaba de sus mejillas.

—Ah, ¿no quieres que lo hablemos? Porque a mí me gustaría recordarlo, quizá repetirlo.

Toda la piel de Jennifer se erizó y un abismo se abrió en su estómago.

—Te quedarás con las ganas, no se repetirá, pero gracias por dejarme saber que me deseas, aunque estoy bastante acostumbrada a causar sensación a donde vaya, era de esperarse que terminarás cautivado. Solo espero que tengas la madurez suficiente para que no te conviertas en un problema... —hablaba y escuchó una gran carcajada, que reverberó por todo su cuerpo e, insólitamente, también la hizo sonreír.

—Jennifer, no me conoces, no tienes idea de las cosas que puedo instarte a hacer... Si me diera la gana, en este preciso momento podría hacer que te masturbases enfrente de tus padres y que gritases mi nombre, justo como lo hiciste anoche.

A Jennifer casi le cayó la quijada al suelo, tuvo que sacudir su cabeza para alejar todas esas palabras que revolucionaron sus sentidos.

—Si en realidad tuviera tiempo, te pediría que lo intentaras, porque de verdad, me encantaría ver cómo se cae la venda que tu autoestima ha formado

y que no te deja ver que no eres tan apoteósico como crees. —Su mejor manera de huir de ese momento fue terminar la llamada.

Connor no volvió a llamarla y, maldita fuera, deseaba que lo hiciera, que siguiera con ese juego que tanto la calentaba, pero pasado un minuto, supo que sus anhelos no se harían realidad, y no le quedó más que regresar al comedor e intentar terminar su cena.

Dos días le tomó a Laura conseguir toda la documentación necesaria para que Connor pudiera llevarse los cinco caballos que deseaba, tuvo que hacerlo a través de la fundación, de otra manera, se hubiese llevado por lo menos un par de semanas en conseguir los títulos de adopción.

Connor hizo el pago al Departamento de Bienes Nacionales, y alquiló un todoterreno con remolques, para poder llevarse él mismo a sus caballos. Por ahora, sus cinco nuevos amigos estaban clasificados por números, pero en cuanto llegaran a su hogar, les pondría nombres. Seguro que Yoomee le ayudaría con eso, ella era muy buena eligiendo los nombres con tan solo mirarlos.

Se despidió de Laura en medio de un fuerte abrazo y le prometió que iría a los refugios en Wyoming, e investigaría acerca de la situación de los *Mustangs* en ese lugar. Aunque sabía que lo mismo de Nevada se repetía en cada estado.

—Quiero fotos de estos chicos cuando estén domados —dijo, mirando los contenedores.

No fue fácil meterlos ahí porque los pobres animales estaban bastante estresados y muy lastimados, pues Connor decidió llevarse a los que el alambre y las barreras les habían hecho más daño, para brindarle los cuidados necesarios y salvarles la vida.

—Seguro que las tendrás.

—Trata de comunicarte conmigo durante el camino... ¿Llevas a mano toda la documentación? —Le preguntó porque sabía que los controles de seguridad en la carretera le exigirían que demostrara la obtención legal de los caballos.

—Sí, los llevo... Ya sabes, si me necesitas, solo tienes que enviar un mensaje.

—Eso haré, quizá la próxima vez que nos veamos sea en la Corte... Claro, si estás dispuesto a dar tu testimonio.

—¿Dar mi testimonio? Quiero ir es patear culos de federales.

—Eso harás —dijo, sonriente ante las ocurrencias de Connor.

—Prepararé mis mejores botas. —Sonrió ampliamente y sus ojos azules brillaron con malicia—. Ahora sí, me largo porque me esperan muchas horas

de carretera.

—Ve con cuidado, y no lo digo por ti, sino por los chicos.

Connor soltó una carcajada, y Laura le acompañó; a pesar de la diferencia de edad entre ambos, hacían un gran equipo. Por eso él se dedicaba en cuerpo y alma a la organización.

Subió al todoterreno y, cuando lo puso en marcha, los caballos volvieron a ponerse nerviosos; él podía sentir cómo pateaban contra las paredes del contenedor, en busca de liberarse. En realidad, Connor prefería poder llevarlos y soltarlos para que lograran galopar libremente y que regresaran con sus manadas. Él no quería tener que cambiarles la vida por medio de la doma, pero sabía que, si los soltaba, tarde o temprano volverían a ser capturados, y no terminarían en las manos de alguien que los amara y los cuidara, sino que, muy probablemente, los llevarían a algún matadero.

Por lo menos unos quince minutos de viaje les tomó a los caballos acostumbrarse al movimiento del remolque y se fueron calmando paulatinamente, fue entonces que decidió poner música. Le dio un largo trago a la bebida energizante que llevaba, mientras las fuertes notas musicales llenaban el ambiente, luego soltó la lata para empezar a cantar.

—¡Ey!, en su corazón hay un agujero, hay una marca negra en su alma; en sus manos está mi corazón, y ella no se irá hasta que esté cicatrizado — cantaba a viva voz la canción de Bryce Fox, porque sabía apreciar otros géneros musicales, no todo lo que escuchaba era música *country*—. Trato de respirar, pero no puedo, porque el aire con el que me alimenta está jodido, tiene un toque como una espina, porque la chica, ella está escondiendo sus cuernos. —No supo por qué, en ese momento, mientras le ponía atención a la letra, Jennifer se instaló en su mente—. Ella tiene sangre fría como el hielo y un corazón hecho de piedra, pero ella me mantiene vivo, ella es la bestia en mis huesos, ella obtiene todo lo que quiere, cuando me tiene solo como si nada, tiene dos pequeños cuernos y me atraen un poco... —Golpeaba el volante mientras seguía muy entusiasmado con la letra y conducía a gran velocidad, pero manteniendo la precaución necesaria para la seguridad de los caballos.

Cuando sus tripas rugieron, pasó por el autoservicio de Five Guys, y se pidió la hamburguesa presidencial con una Coca Cola grande y aros de cebolla, para después, continuar con el viaje mientras comía.

Casi cuatro horas después, su próxima parada fue en una famosa tienda de café, donde compró uno bien cargado, para que lo ayudara a mantenerse

atento al camino.

Su plan había sido conducir directamente hasta Wyoming, pero el cansancio terminó venciénolo y se quedó en un motel de carretera, sabía que los caballos estaban bien, porque se había asegurado de que tuvieran el espacio, comida y agua suficiente para que les durara durante todo el viaje y un poco más.

A pesar de que estaba agotado, solo durmió poco más de cinco horas, y no perdió tiempo para seguir con su largo trayecto. Después de muchas horas y de estar completamente agotado, su energía se vio revitalizada cuando las hermosas e imponentes rocosas le daban la bienvenida a Wyoming.

Se detuvo ante el último control de seguridad vial que, verdaderamente, habían sido tan molestos como un grano en el culo; pues no solo le habían verificado las documentaciones, sino que también revisaban a los caballos y; cada vez que abrían las puertas, los animales se ponían extremadamente nerviosos, y les tomaba su tiempo volver a calmarse.

—¡Hemos llegado a casa, muchachos! —emitió un grito de júbilo—. ¡Yei! —Detuvo el todoterreno frente al gran portón y habló por el intercomunicador—. Peter, abre por favor. —Le pidió, porque el hombre probablemente no lo reconocería en ese vehículo.

Connor condujo por el sendero y trató de acercarse lo más posible a los establos para poder descargar a sus nuevos amigos, su sorpresa fue mayúscula cuando vio a su padre hablando con Chace.

—¡Lo sabía, lo sabía! ¿Qué fue lo que te dije, Connor? —reclamó Eliot, al ver llegar a su hijo con el contenedor; a pesar de su advertencia, estaba seguro de que su hijo haría oídos sordos, porque siempre que iba a verse con los de la organización, terminaba trayendo nuevos caballos.

—Papá. —Se acercó, le sujetó la cara y le plantó un beso en la mejilla—. Si ya sabes que soy así, no ganas nada con molestarte... Me hace feliz verte.

—¿Hasta cuándo, Connor? —preguntó, negando con la cabeza.

—Muy factiblemente hasta que muera, sabes que no puedo pasar de ellos, me necesitan... Nos necesitan, si no los traigo, terminarán en un matadero.

—Bueno, ve pensando muy bien cómo harás para conseguir más tierras, porque en unos años, ya no tendrás espacio, sin contar con que el ganado no tendrá dónde pastar, y recuerda que de eso es que vivimos.

—Tranquilo, viejo, sabré cómo arreglármelas.

—Sí, para todo tienes una solución... No sé de quién heredaste ese

corazón tan débil...

—Fuerte, padre, mi corazón es muy fuerte..., porque tengo el coraje para hacerme cargo de lo que la administración de este gobierno no puede o, mejor dicho, no quiere.

Eliot negó con la cabeza, definitivamente, Connor no tenía remedio, ese amor por los caballos era tan desmedido que empezaba a rayar en la obsesión.

—Mejor regreso a casa.

—Te acompaño.

—Puedo ir solo, mejor encárgate de tu problema.

—No es un problema. No entiendo por qué todos los ven como un problema, ¿acaso soy el único que puedo ver el potencial que tienen? ¿Qué dices, Chace? —Le preguntó a su amigo, quien solo se alzó de hombros, para no llevarle la contraria a Connor ni a su padre.

Eliot, que iba ya de camino a la casa, alzó el brazo en un gesto de despedida, sin darle más vida a la locura de su hijo.

—Llama a tres de los chicos, diles que tenemos trabajo —pidió Connor a Chace.

Después, se fue a abrir las puertas del contenedor e; inevitablemente, los caballos se pusieron nerviosos.

—Tranquilos, muchachos, no se exciten... Todo saldrá bien, pronto podrán descansar, porque sé que el viaje es una mierda. —Le habló, seguro de que los curaría y los dejaría descansar un par de días, antes de empezar con la doma, la cual llevaría poco a poco y con mucha paciencia.

Los chicos llegaron con sogas en mano, no era primera vez que les tocaba descargar caballos salvajes y llevarlos al establo, estaban bastante familiarizados, puesto que Connor ya les había llevado más de una docena.

Sabían cuán difícil era trasladarlos, cuánta fuerza y cautela emplear, sobre todo, el tiempo que les llevaría, porque a Connor no le gustaba maltratarlos, aunque fuese un tanto necesario, porque los animales no razonaban y no comprendían que solo querían ayudarlos; para ellos, era un enemigo más.

Connor se puso los guantes que Chace le ofreció, y el arduo trabajo empezó. Al principio nunca era fácil, pero él estaba comprometido con sus caballos.

Les tomó horas dejar a los caballos en los establos, ellos terminaron sudados, con los brazos adoloridos y los pechos agitados ante la falta de aliento, pero satisfechos de haber conseguido el cometido.

Casi abatido por el cansancio, Connor emprendió el camino hacia la casa. Su parte favorita era el momento que entraba por la cocina y que Chenoa lo esperaba con un gran tazón de estofado Chuckwagon Chili y tortas fritas de maíz.

—¡Las botas! —Le recordó la anciana al verlo entrar, llenándole de barro la cocina.

—Ay, nana, estoy agotado.

—No te vas a morir por quitártelas, así que, a la terraza, o tu estofado se lo comerá Sasha.

Connor resopló y dejó caer los hombros en señal de derrota, no le quedó más que volverse e ir a quitarse las botas y dejarlas en la terraza.

Volvió con las pantuflas puestas, y lo cierto era que se sentía bastante aliviado de haberse quitado el peso de las botas atestadas de barro.

—Ahora sí, a comer. —Connor se fue directo a la mesa e iba a sentarse—. Primero lávate las manos, no puede ser que a un hombre con casi treinta años tenga que estarle recordando lo que debe hacer —parloteaba la mujer.

Él, mansamente, arrastró los pies hasta el lavadero y se lavó hasta los antebrazos.

—¿Ahora sí dejarás de torturarme? —Suspiró como un niño malcriado.

Chenoa, con una brillante sonrisa, le puso en frente el gran tazón del picante estofado y las tortas fritas.

Connor empezó a devorar todo, adoraba el sazón de Chenoa, no había mejor en el mundo.

—Gracias, esto está muy bueno. —Apenas masticaba un par de veces y tragaba—. Todos estos días estuve en una dieta estricta de hamburguesas, no quiero comer otra en por lo menos un año.

—Cuidado, puedes atragantarte, que ya no tienes cinco años y no podrás ponerte de cabeza —comentó, al tiempo que le quitaba el sombrero y le dio un beso en la mollera—. Apesta a caballo salvaje.

—En un rato me ducho, ahora tengo que comer... Imagino que ya papá te contó lo que hice.

—Llegó discutiendo con él mismo, decía que era su culpa por inculcarte el amor por los caballos..., que ahora estaba arrepentido, que vas a llenar el rancho de caballos salvajes y que hasta terminarás metiendo uno en su habitación. No tuvo que decirme que habías llegado con más, su monólogo me hizo deducirlo.

—Sé que es un poco abrumador para él, pero los caballos me necesitan.

—No puedes salvarlos a todos, Connor; debes aprender a dejar ir las cosas que no están en tus posibilidades.

—No a todos, solo a los *Mustangs*; por lo menos, a los que pueda. Si no lo hago, mi conciencia no dejará de atormentarme.

—Te entiendo. —Le acarició la cabeza con ternura—. Ahora, come tranquilo.

Connor asintió y siguió devorándose el estofado, mientras Chona seguía haciendo sus cosas en la cocina o; mejor dicho, su santuario, porque de ahí no salía.

La anciana, en cuanto vio que Connor terminó, se acercó a la mesa a recoger los platos.

—Deja que te ayude, yo puedo llevarlos. —Le pidió, aferrado al tazón.

—No, suelta eso. —Le pegó en las manos—. Mejor ve a ducharte, que me estás mareando con esa peste.

—Está bien, pero ¿me puedes dar otra tortica? —Casi suplicó, eran su debilidad.

—Una, nada más. —No podía negarle nada.

Connor se levantó, fue hasta donde Chenoa y le plantó un sonoro beso en la ajada mejilla al tiempo que tomaba la tortilla.

—Ya..., ya, cómete eso y ve a quitarte esa pestilencia. —Lo regañó, pero sin poder contener la sonrisa que le provocaba sentirse mimada por él.

Pasó buen tiempo bajo el agua caliente, estaba agotado y quería dormir, pero prefería soportar un poco más y descansar más tarde, para no descontrolar sus horarios; no podía permitirse la holgazanería de despertar después de la cinco de la mañana. Así que se secó, se vistió y bajó de nuevo a la cocina por una generosa taza de café.

—No, Yoomee, déjalo descansar..., seguro ya está dormido —cuchicheaba Chenoa con su nieta—. Mañana lo ves.

Connor caminó cuidadosamente y se paró justo detrás de Yoomee.

—¿Para qué esperar hasta mañana? —dijo al tiempo que le puso las manos sobre los hombros y la chica se sobresaltó ante la sorpresa.

—¡Connor! —Se volvió y en un impulso de felicidad lo abrazó, pero rápidamente se apartó, pues no quería terminar temblando entre sus brazos—. Qué bueno que llegaste, abuela me dijo que trajiste más caballos.

—Así es, cinco más... —De repente, echó la cabeza hacia atrás, extrañado ante lo que veía—. Me voy unos días y cambias... Ahora te maquillas —comentó al verla con el rostro bastante pintado, lo que le

aumentaba un par de años—. ¿Será que tienes novio?...

—¡No! —Ella se sonrojó y se puso un mechón de pelo tras la oreja, le agradaba mucho que Connor se hubiese percatado del maquillaje.

—Espero que no me estés mintiendo. —Entrecerró los párpados, tratando de escudriñar en los ojos negros de la chica—. Porque si tienes novio, seguro es de la prepa... Papá y yo te llevaremos mañana para que nos lo presentes, quizá, después de ahí, podríamos irnos de caza...

—No tengo. —Apenas sonrió por la timidez—. Así que no tienes que engrasar el rifle.

Connor soltó un suspiro de alivio y se llevó una mano al pecho.

—Pensaba que a primera hora me tocaría ir a corretear al afortunado que se gane tu corazón —comentó, agarrándole un mechón de pelo, sin sospechar en absoluto que, con sus comentarios y actitudes, solo alimentaba la ilusión de la chica—. Entonces, ¿por qué el maquillaje?

—Le serví de modelo a Sarah, está emprendiendo como youtubera de tutoriales de maquillajes, y necesita practicar para perfeccionarse.

—Ahora todas las niñas quieren hacer eso, hacerse famosas con maquillaje; deberían buscar otras habilidades, algo como la acrobacia ecuestre, eso es mucho más admirable.

—Lamentablemente, la acrobacia ecuestre no es tan admirada como el maquillaje.

—Entiendo, creo que con esta generación morirán muchas costumbres, a la mierda años y años de tradiciones, y bienvenida sea la era de las apariencias —ironizó.

Yoomee solo se alzó de hombros y levantó las cejas, ella no podía hacer nada al respecto.

—¿Vamos a ver a los caballos sí o no? —preguntó, poniendo las manos en jarra.

—Sí, está bien, vamos —dijo Connor y se adelantó.

—No se tarden, Yoomee tiene que hacer las tareas.

—Sí, enseguida vuelvo, abuela.

Sasha, al verlos salir, se les pegó atrás y caminaba enérgica mientras el viento movía su espeso y largo pelaje.

—Sasha, espera aquí. —Le pidió Connor, afuera de los establos, porque sabía que su presencia pondría mucho más nerviosos a los caballos—. Sentada. —Hizo un ademán, señalando el suelo y, la perra, inmediatamente, obedeció, pero no dejaba de mover el rabo.

Desde el instante en que entraron, los *Mustangs* empezaron a relinchar, demostrando que no les agradaba para nada la visita; en cuanto los vieron, las patadas contra las pesebreras se hicieron presentes, reculaban y se levantaban sobre sus patas.

—Tranquilos, tranquilos, bonitos —hablaba Yoomee, acercándose a la portezuela de uno de los caballos—. ¿Son todos machos? —Le preguntó a Connor.

—Sí..., ten cuidado. —Le advirtió al verla acercarse demasiado.

—Pobrecito, están muy maltratados. —La chica hizo un puchero al ver las heridas que los alambres habían provocado—. Hiciste bien en rescatarlos.

—Por fin alguien está de acuerdo conmigo y no piensa que lo que hice fue una locura. —Sonrió, pacífico, mirando cómo los animales bajaban un tanto la guardia, porque comprendían que ellos no eran una amenaza.

—No creo que el señor Eliot piense que has enloquecido, solo le preocupa que después no tengas cómo mantenerlos.

—Siempre habrá espacio para un caballo más.

—Lo mismo dijiste con el último que trajiste. —Lo miró, elevando una ceja y sonriéndole—. Ahora se sumaron cinco.

—Siempre son buenos para el trabajo.

—¿Cuándo empezarás la doma? —Se acercaba más y el caballo reculaba, tratando de alejarse más de Yoomee.

—En un par de días, los dejaré descansar un poco, no quiero abrumarlos más de lo que ya están.

—Creo que mejor podrían ser tres. —Al decir eso, el caballo dio un paso hacia ella y la miraba atentamente—. ¿Verdad que estás de acuerdo, bonito? —Le habló, manteniendo la distancia, para no invadir el espacio ni la poca confianza que le estaba brindando—. Me está mirando —susurró, emocionada, al verse reflejada en esas dos esferas negras.

—Parece que lo has cautivado —murmuró Connor, viendo cómo el caballo estaba bastante tranquilo, a pesar de que los otros seguían moviéndose nerviosos, en las pesebreras—. ¿Lo quieres?

—¿En serio? —Despegó sus ojos del caballo para ponerlos en Connor—. Solo si me prometes que lo cuidarás.

—Pero ya me regalaste a Lluvia.

—Entonces, no puedes cuidarlo.

—Sí, claro que puedo cuidarlo... ¡Ay, Connor! —Se lanzó a los brazos del joven e inmediatamente el *Mustang* se levantó sobre sus patas y se dejó

caer con fuerza sobre las barreras de la portezuela, provocando que ellos se apartaran abruptamente.

—Creo que se ha puesto celoso. —Sonrió Connor, al tiempo que ambos retrocedían un paso.

—Gracias, Connor, prometo que lo cuidaré muy bien... Iré pensando en su nombre para cuando nos toque bautizarlo.

—¿Te gusta? —preguntó, admirando la felicidad reflejada en el rostro de Yoomee.

—Me encanta, estoy segura de que seremos muy buenos amigos. Gracias por este regalo tan lindo.

—¿Cómo no consentir a mi hermanita?

De manera inevitable, los ojos de Yoomee dejaron de brillar ante ese comentario, porque Connor le recordaba, una vez más, lo que ella significaba para él, y la pesadumbre se apoderaba de su ser.

—Gracias. —Alcanzó a decir y tragó ese sinsabor que tenía en la boca —. Creo que debemos volver, tengo que hacer las tareas.

—De acuerdo, vamos.

—Connor, ¿podré hacer parte de la doma? Así podrá ir conociéndome — comentó, caminando hacia la salida.

—Sí, pero en unos días, cuando ya no esté tan rebelde.

—Está bien.

Salieron del establo para volver a la casa, Connor aprovechó una varita de madera y la lanzó para que Sasha fuera por ella, mientras avanzaban.

Connor estacionó la Chevrolet en el lugar de siempre, justo a la sombra del frondoso árbol frente a la casa de los Rawson; al bajar, no pudo evitar que su mirada se posara en la fachada e, inevitablemente, sintió gran satisfacción cuando vio, a través del cristal de una de las ventanas, el atrap sueños que le había regalado a Jennifer, lo que le hacía suponer que esa era su habitación.

Lo recibió Anna Mey, la robusta mujer de piel oscura, sonrisa afable y pómulos sonrosados.

—Buenos días —saludó, sonriente.

—Buen día, joven... ¿Desea su café? —ofreció, porque estaba segura de que era la bebida predilecta de Connor Mackenzie.

—Por favor —confirmó, tomando asiento ante el ademán de la amable mujer, quien de inmediato se marchó a preparar el café.

Se quitó el sombrero y lo puso sobre su rodilla, para después mirar en derredor; no podía evitar sentirse expectante por ver a Jennifer, ni siquiera sabía si iba a controlarse de arrancarle la ropa y volver a gozar de su cuerpo.

Sacudió ligeramente la cabeza para apartar esas ideas estúpidas, no podía creer que estuviese de esa manera solo por sexo, si bien podía ir a Jackson y pasarlo muy bien con sus amigas.

—Lo había extrañado estos días, pensé que había terminado de ayudar a la niña —comentó Anna Mey, entregándole la taza de café.

—Falta poquito para dar por terminado el entrenamiento, Jennifer ha avanzado bastante. —Connor hablaba sin saber que Jennifer lo estaba escuchando desde el pasillo en el segundo piso, donde se quedó a husmear en cuanto escuchó su voz—. No pude venir los días pasados porque estaba en Nevada —explicaba tranquilamente porque le agradaba hablar con la mujer, algo en ella le invitaba a que lo hiciera—. Formo parte de una organización que defiende los derechos de los *Mustangs*.

De inmediato, una tierna sonrisa se formó en la mujer, y su mirada se convirtió en un gran gesto de admiración.

—¡Qué bonita labor!

—Para los amantes de lo caballos como yo, sí..., lo es.

—¿Cómo va ese plan para que los regresen a la libertad? —Se interesó mucho Anna Mey.

—Es un tanto difícil, por ahora nos conformamos con que no los sacrifiquen, pero seguimos trabajando arduamente para que los que están en cautiverio, algún día sean puestos en libertad, y controlar de manera segura y sana la sobrepoblación.

A Jennifer no le sorprendía en absoluto que Connor fuese bondadoso con los animales, sobre todo, con los caballos, porque ya se lo había demostrado con Castiel; no obstante, comprobaba que sí estuvo en Nevada, o eso le hacía creer en ese momento.

Inspiró hondo para calmar todas esas sensaciones contradictorias que se despertaron al escuchar su voz; estiró su chaqueta color ciruela y se miró en el espejo del pasillo, una vez más, tanteándose el pelo, verificando que ninguna hebra se hubiese escapado del prolijo moño.

En silencio, bajó las escaleras, evitando por todos los medios poner su mirada en Connor; aunque, él sí la veía desde el momento en que escuchó el primer paso de las botas de equitación en el peldaño, pero después, se obligó a regresar la mirada hasta Anna Mey. Y como no tenía en ese momento nada que decirle, prefirió darle un sorbo a su café.

—Buenos días —saludó Jennifer.

—Buenos días —correspondió Connor.

—Buen día, mi niña..., ya está listo el desayuno.

—No, nana, no voy a comer, mejor me preparas un batido de proteínas.

—Enseguida —dijo y salió a la cocina.

En ese momento, Connor le hizo un ademán para invitarla a sentarse frente a él, sin dejar de mirarla con mucho interés, sobre todo, danzando con sus pupilas en la estrecha cintura y las piernas que se veían muy bien con ese ajustado pantalón beige. Se pregunta si todavía en su piel permanecían las marcas de sus apretones y chupones.

—Así que no habías venido porque estabas trabajando... —comentó al tiempo que se cruzaba de piernas.

—Ya te lo dije —susurró, gesticulando exageradamente; puso sobre la mesita la taza vacía y se levantó—. Iré preparando a Castiel, puedes tomar tu batido sin apuros.

—¡Qué considerado! —exclamó, satírica, y lo siguió con la mirada, contemplando lo bonito que se le veía el culo con esos Wranglers. Se maldijo e intentó disimular cuando volvió la mirada a la cocina y su nana se había percatado de que había mirado a Connor con bastante interés.

Decidió no dar ninguna explicación porque consideraba que, si lo hacía,

se pondría en evidencia. Solo se levantó y fue a tomarse su batido.

Cuando llegó al corral, ya Castiel estaba con la montura puesta y, Connor, solo con una camiseta; admitía que le agradaba verlo más con el torso desnudo, pero esa mañana estaba algo fría, a pesar de que a la primavera le quedaban pocas semanas.

—¿Estás preparada? —preguntó él, mientras le acariciaba el cuello a Castiel.

—Por eso estoy aquí.

—Bien. —Se hizo a un lado para darle espacio, pero al verla caminar para subir al caballo, intervino—. Recuerda saludarlo primero, no creas que porque lo has montado una vez ya tienes su total confianza.

Jennifer meneó la cabeza en un gesto de molestia y burla, no era que no quisiera hablar con Castiel, lo había hecho muchas veces, solo que hacerlo delante de Connor, le incomodaba, le hacía sentir ridícula; pero como no quería discutir, cedió.

—Hola, Castiel. —Se acercó y le acarició la crin, mientras miraba esos ojos celestes—. ¿Cómo estás hoy? Sé que bien, muy bien —hablaba, entretanto, Connor, con los brazos cruzados sobre el pecho, la admiraba—. Vamos a pasear, ¿quieres?

—Ya puedes subir. —Le anunció Connor.

Jennifer subió y se acomodó sobre el animal, quien empezó a mostrarse nervioso, movía sus patas en el mismo lugar y echaba las orejas hacia atrás.

—Relájate, Jennifer. —Connor se acercó a ella y al caballo para tratar de tranquilizarlo—. Relájate o te tirará.

—Estoy relajada, lo estoy —dijo, removiéndose en el asiento y aferrada a las riendas.

—No, no lo estás... Inhala y exhala, porque en este momento está siendo muy incómodo para él, soportar tu peso, y se debe a que estás nerviosa... ¿Es por mi culpa?

—No seas ridículo. —Entrecerró los ojos, a pesar de que el muy maldito sabía lo que le pasaba.

—Entonces, tranquilízate. —Le acarició la zona lumbar, lo que hizo que se tensara todavía más.

—Deja de tocarme de esa manera —pidió, mirando por encima de su hombro la gran mano pasearse por su coxis, provocando que sus poros se erizaran.

—Te doy cinco segundos para que te relajes o tendrás que bajarte,

porque para Castiel, pesas demasiado, casi una tonelada.

—¿Estás tratando de decirme que estoy gorda?, ¿quieres que vomite el batido que acabo de tomarme? —protestó, disgustada.

—No estoy diciendo que estás gorda, digo que estás tensa... Será mejor que bajes, déjalo descansar.

—Puedo sacarlo, seguro me relajaré una vez que no tenga que ver tu desagradable rostro.

—Está bien, puedes pasearlo, pero si noto que sigues siendo un gran peso y no me haces caso, te bajaré yo mismo.

—¿Me estás amenazando? —preguntó un tanto burlona.

—Sí —aseguró, mirándola a los ojos.

Jennifer hizo un gesto de mofa e instó a Castiel a que emprendiera el paso; cuando estuvo segura de que Connor no le vería la cara, resopló para liberar la tensión y la excitación que la torturaba, solo a él se le ocurría tocarle el culo sabiendo que nada podía pasar.

Odiaba darle la razón, pero a medida que se sentía más tranquila, aflojaba las piernas entorno al caballo; el andar se hizo más fácil, Castiel dejó de recular o de quedarse estancado y, solo avanzaba, así que siguió por las llanuras, dejando sus pensamientos volar, que se fueran a donde a ellos les diese la gana, pero los muy ingratos, solo volvían al establo, donde había pasado ardientes momentos junto a Connor.

Sin darse cuenta, se había alejado bastante y llevaba un buen tiempo solo disfrutando de la naturaleza, estaba como en un laberinto de árboles por el que nunca había pasado o, por lo menos, no lo recordaba; empezó a temer haber salido de su propiedad sin darse cuenta y encontrarse con algún animal que asustara a Castiel.

Tiró ligeramente de las riendas hacia la derecha para dar la vuelta, entonces empezó a escuchar un galope; poco después, vio que Connor aparecía sobre un caballo.

—Te has alejado demasiado, parece que mis consejos en realidad no te interesan. —Bajó el ritmo del caballo hasta el trote y empezó a hacer círculo en torno a Castiel, pero con la mirada en Jennifer.

—Ya estaba por volver...

—No es que vuelvas, es que te alejas demasiado. Cualquier cosa puede asustar a un caballo, por si no lo sabes.

Ella no iba a admitir que, prácticamente, se había perdido.

—Sí, lo sé, pero creo que ya puedo controlar a Castiel.

—No lo harás si se asusta. Ni yo podría... Será mejor que regresemos.

—Está bien, sabelotodo.

Connor ignoró totalmente las niñerías de Jennifer, solo instó a su caballo a andar para que ella lo siguiera.

—¿Qué esperas? —preguntó al no escuchar a Castiel detrás de él.

Jennifer suspiró después de casi comerse la espalda del hombre y lo siguió por varios minutos en silencio.

—Entonces, ¿fuiste a Nevada por trabajo? —preguntó con ganas de entablar una conversación y no una contienda.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—¿Qué fuiste a hacer?

Connor detuvo el caballo y la miró por encima del hombro, sin poder creer que ella en realidad estuviera interesada en algo de él.

—Nada importante, cosas de trabajo, que tienen que ver con los caballos.

—Con los *Mustangs*, ¿cierto?

—Sí.

—Pero ¿para qué ir tan lejos, si aquí también los hay?

—Porque la organización para la que trabajo tiene su sede allá.

—¿Quieres contarme cómo te fue? —Ella pudo alcanzar a Connor, y ahora andaban uno al lado del otro.

—¿No prefieres hablar de otra cosa? Porque sé que no te importa en absoluto lo que hago, mucho menos los caballos.

—Quizá si me lo cuentas podría interesarme —habló, mirando el perfil de Connor, quien tenía la mirada puesta en el horizonte.

—En serio, no quiero aburrirte.

—Si lo haces, seguro que te lo diré. Pero si no quieres contarme no importa, tampoco voy a suplicarte.

—No puedo contarte todo porque parte de mi trabajo es confidencial.

—Además de domar a los caballos, también los confiesas...

Connor no pudo evitar soltar una corta carcajada ante el estúpido chiste de Jennifer.

—No los confieso, pero sí les sé uno que otro secreto...; sin embargo, no hablo de eso, no tiene que ver con los caballos, sino con la gente con la que trabajo. Lo único que puedo decirte es que tengo cinco caballos más que domar, lo que significa mucho tiempo y dedicación... Así que, en este momento, si logras trotar con Castiel, sin que surja ningún inconveniente,

terminaremos el entrenamiento. El resto quedará de tu parte.

—¿Cómo que terminarlo? —Jennifer preguntó, sin poder creer lo que estaba escuchando, pensando que quizá al día siguiente no volvería a verlo—. Todavía no estoy preparada..., no lo estamos.

—Sí lo están, ya tienes su confianza y, sé, que podrás mantenerla.

—No lo creo...

—Anda, ponlo a trotar. —Le pidió, interrumpiéndola.

—No quiero..., podría tumbarme, no quiero tener un accidente — balbuceó con un extraño nudo en su garganta.

—Ahora no quieres, pero si hace un rato dijiste que podías... —Dejó de hablar al ver que ella bajaba del caballo—. ¿Qué haces? —preguntó, desconcertado y con el ceño profundamente fruncido.

—No quiero seguir con esto —refunfuñó y empezó a caminar con energía para volver a la casa.

En ese momento, Connor también bajó del caballo, sin poder comprender la actitud infantil de Jennifer. ¿A dónde demonios creía que iba?

—¿No quieres seguir con qué? —preguntó mientras Jennifer seguía avanzando.

En vista de que ella no iba a volver, sujetó a los caballos y caminó con uno a cada lado.

—¿Tienes idea de lo lejos que está tu casa? —Siguió interrogando mientras avanzaban, solo que Jennifer le llevaba como unos cinco metros de ventaja.

—No lo sé y no me importa —respondió. De repente, se volteó y corrió hasta Connor.

Estaba mandando a la mierda el orgullo y se estaba tragando todas las cosas que dijo acerca del hombre, le atraía desmedidamente; sobre todo, su manera de coger, eso más que cualquier cosa, y no quería pasar las pocas semanas de vacaciones con la tibia compañía de sus dedos, ya que ni un miserable vibrador pudo meter en su maleta, pues conocía muy bien la manía de su madre por revisarle las cosas y; de encontrárselo, le daría un ataque al corazón.

No quería dejar de verlo porque necesitaba de sexo, si no quería enloquecer por estar confinada en ese pueblo; lo único que verdaderamente le había hecho un tanto entretenida la estancia eran las discusiones y las cogidas que había tenido con él.

Estrelló su cuerpo contra el fuerte de Connor, se colgó del grueso cuello

y le estampó un beso arrebatador, al que él rápidamente correspondió.

Él soltó los caballos para, inmediatamente, apretarle con fuerza el culo, pegándola más a él; maldito fuera porque no podía controlarse, pero prefería arrepentirse después de haber gozado, que hacerlo por ni siquiera haberlo intentado.

En medio del desesperado y apasionado beso, él la tumbó en la grama, donde Castiel y el otro caballo fueron testigos de cómo volvían a dejarse llevar por la lujuria, a medio vestir.

Los jadeos y gruñidos no se hicieron esperar, el choque de las pieles lo llenaba todo, ambos se susurraban sus nombres y se pedían más, sin dejar de hacer derroche.

—Sé que no es el momento —habló Connor con el pecho agitado mientras se acomodaba su miembro desfallecido dentro de los pantalones—. Pero me preocupa que hemos cogido sin cuidarnos.

—Si yo no lo hiciera, jamás me habrías puesto una mano encima. — Jennifer se abotonaba la blusa y se daba cuenta de que le faltaban botones, bien sabía que los había perdido en medio de los tirones que Connor le dio, pero podía disimular muy bien la prenda arruinada, con la chaqueta.

—Ve pensando qué vas a decir cuando te vean cómo estás —dijo al mirarle el moño casi deshecho y el pantalón manchado por la hierba.

—No tengo que dar explicaciones.

—¿Ni a tu padre?

—Si llego a toparme con él, le diré que jugué un rato con Castiel...

—Tendrás que ser convincente. —Le advirtió él, con una sonrisa burlona.

—Mañana podremos repetirlo —comentó, dedicándole una mirada cargada de seducción, con toda la intención de hacerlo volver al día siguiente y que no diera por terminado el entrenamiento.

—Mañana no vendré, ya estás preparada para hacerte cargo de Castiel. Y yo tengo mucho trabajo pendiente, pero si me tienes tantas ganas, puedes ir a buscarme cuando gustes..., me encontrarás dispuesto. —Se acunó con cierta vulgaridad el miembro, por encima de sus vaqueros.

—No eres tan bueno cogiendo, Connor Mackenzie, no como para que vaya a tu rancho a hacerte visitas.

Connor se acercó a ella, con una mano le apretó una nalga y, con la otra, una teta; metió su lengua en la boca hinchada y sonrosada de ella y le dio varias lamidas, sin dejar de mirarla directamente a las pupilas.

—Tú te lo pierdes —susurró y se alejó—. Debemos volver. —Subió de un ágil movimiento a su caballo y la dejó toda temblorosa y muy pensativa—. Por cierto, no me has dicho si te gustó el atrapasueños. Aunque lo vi en la ventana de tu habitación —comentó, sacándola del trance en el que había quedado.

Jennifer se obligó a mostrar entereza, no podía permitir que ese bestia la pusiera a comer de la palma de su mano. Así que, subió a Castiel, como si nada hubiese pasado.

—Lo he puesto a ver si funciona. —En ese momento instó a Castiel a trotar, para dejarlo atrás, pero en segundos, Connor la alcanzó.

Prescott Rawson casi no podía creer lo que estaba viendo. Cuando le recomendaron a Connor como uno de los mejores entrenadores, en realidad, no le dio mucho crédito, porque creía más en esos domadores de la vieja escuela, esos que llevaban muchos más años con la práctica tradicional, no con la que usaba el hijo de Eliot Mackenzie; que, según el joven, su doma se basaba en la comunicación, entrega, con la menor violencia posible y la mayor paciencia, solo trataba de ponerse en el lugar del animal y pensar en cómo le gustaría que lo trataran, si pudiera cambiar su naturaleza.

Pero ahora que veía a su hija cabalgando a Castiel con tanta desenvoltura, no podía más que agradecer esa técnica que Connor usaba.

—En realidad, pensé que tomaría más tiempo y que te daría muchos más problemas. —Le comentó el hombre a Connor, que estaba a su lado, también observando cómo Jennifer cabalgaba por la pradera.

Connor quiso preguntarle si se refería al caballo o a la casi indomable de su hija, pero prefirió ser bastante ambiguo con su respuesta.

—También lo pensé.

—¿Crees que sea seguro para Jennifer? Temo que Castiel tenga una reacción inesperada y termine lastimándola.

—Es seguro, ya son buenos amigos, aunque su hija no quiera admitirlo. Solo debe seguir mis consejos y ser buena con él, para que puedan conectarse mejor; ella debe comprender que los caballos son animales sumamente sensoriales y, donde perciben peligro, no se acercan; pero si le dan confianza, estarán a su lado. Es algo ya comprobado científicamente, por algo hay tantas terapias con equinos. De todas maneras, si existe algún inconveniente, si nota que Castiel se vuelve arisco nuevamente solo me avisa y con gusto vendré a ver qué sucede.

—Está bien, eso me deja mucho más tranquilo... Has hecho un buen trabajo, de verdad me has sorprendido. No creas que no he notado que además de entrenar a Castiel, también lo has hecho con mi hija. Te pido disculpas en su nombre si te dio algunos dolores de cabeza.

—No se preocupe, hago lo que me gusta y por eso no existirán grandes problemas.

—¿Cómo te fue en Nevada?, ¿estabas con los de la fundación? — preguntó Prescott, muy interesado, pero con la mirada puesta en su hija y el pecho hinchado de orgullo porque por primera vez la veía andar con tantas desenvoltura y rapidez sobre un caballo.

—Sí, hemos tenidos algunos problemas.

—Imagino que por la matanza silenciosa de los *Mustangs*..., que no es secreto para nadie.

—Sí, algo como eso. —Sabía que tenía que reservarse muchas cosas, pero si llegaba a contar con el apoyo de Prescott Rawson, sería extraordinario, por lo que decidió contarle un poco más de la situación—. Aunque no es solo la matanza, también la tortura, la venta y exportación ilegal en los frigoríficos hacia México y Canadá. —Todos sabían que recurrían a venderlos en esos países porque en Estados Unidos seguía prohibida la venta de la carne de caballos, debido a que los químicos que utilizan en las vacunas no eran permitidos para el consumo humano.

—¿Qué ha pasado con la ley para evitar la exportación a esos países? — interrogó, porque Connor debía estar más empapado que él, de todo ese asunto; pues lo poco que sabía de los *Mustangs*, era por lo que salía en las noticias, y muy pocas veces eran detalladas.

—Sigue en el congreso, solo falta que sea votada. Los últimos meses los hemos dedicado a recoger firmas para ver si por fin conseguimos que los legisladores la aprueben, pero no es fácil.

—Es lamentable toda esa situación, yo como ganadero me he visto afectado por los *Mustangs*, se beben el agua de las vacas, han tumbado parte de la cerca en muchas oportunidades. Sé que representan un gran problema para todos, pero también creo que debe haber opciones más seguras y humanas, que lo que están haciendo ahora.

—Existen buenos programas, pero carecen de financiamiento por parte del gobierno.

—Ya sabemos que para el gobierno siempre existirán otras prioridades... Pero cambiando el tema, cuéntame, ¿para cuándo es el festival de domadores?

—En un par de meses, ya presenté mis tres caballos al jurado, han estado monitoreando los avances, hasta ahora, solo he tenido tiempo para encargarme de uno.

—Lo siento, sé que has tenido que reducir tus horas de doma para el concurso, por dedicárselos a Castiel.

—Fue un placer trabajar con Castiel, es un gran caballo, con espíritu inquebrantable, pero muy moldeable y verdaderamente inteligente... Después de todo, no todos los días se tiene la oportunidad de conocer y trabajar con razas tan finas, no puedo estancarme solo en el carácter de los *Mustangs*. — Fue completamente sincero.

En ese momento, Jennifer estuvo de regreso, se veía sonrojada, sonriente y despeinada. Connor le ofreció la mano a Prescott.

—Ahora sí, me despido. Tengo muchas cosas por hacer. —Le dijo y le echó un ligero vistazo a la chica que bajaba del caballo.

—Gracias por todo.

—Por nada.

—Jennifer, despídete de Connor y agrádecele. —Prescott, todavía tenía que estarle enseñando modales a su hija.

—Adiós, gracias por todo —dijo, parada junto al caballo, apenas elevando la mano a modo de despedida.

—Adiós... —Le dijo Connor y después miró al animal—. Adiós Castiel, espero algún día volver a visitarte.

Jennifer no podía creer que la despedida de Castiel fue más expresiva y emotiva que la que le había dado, como si hubiese sido el caballo quien se lo hubiese hecho pasar bien en tres oportunidades; definitivamente, Connor Mackenzie era un imbécil, y lo peor de todo era que ella tenía que estar luchando con un extraño nudo en su garganta.

Decidió que desde ese instante no lo vería más, olvidaría lo pasado y; para entretenerse en los días que le restaban allí, empezaría a escribirle a sus antiguas amigas de la preparatoria, para que la invitaran a salir, ya que debían estar más al tanto de la movida en Jackson que ella.

Connor se marchó y ella lo siguió con la mirada, pero supo disimularla muy bien en el momento que su padre se la pilló.

—Llevaré a Castiel al establo, pídele a alguien que vaya quitarle la montura y a cepillarlo —pidió Jennifer, subiendo de nuevo sobre el caballo.

—Eso haré, ten cuidado, princesa...

—Tranquilo, sé que Castiel no me hará daño —dijo, acariciándole los costados del cuello y le sonrió a su padre.

—En algún momento aprenderás a quitarle la montura y cepillarlo tú misma, eso te unirá más a él. —Prescott le acarició la frente al hermoso ejemplar de ojos celestes.

—¿Me enseñará Connor? —preguntó con evidente entusiasmo, del que

no fue consciente a tiempo, pero después carraspeó—. Porque dijo que estará muy ocupado.

—Así es, tiene que domar tres caballos si desea participar en el festival de doma y entrenamiento de este año... Así que, le diré a uno de los chicos que te enseñe o; si prefieres, este viejo puede hacerlo.

—¿En serio lo harías? —preguntó, emocionada, porque tenía muchísimos años que no hacía nada junto a su padre.

—Por supuesto, mañana por la mañana podemos cabalgar juntos... ¿Te parece?

Jennifer asintió con mucho entusiasmo y una gran sonrisa.

—Me has dado tu palabra.

—Pasaremos una linda mañana, ya lo verás. Bueno, ya ve a llevar a Castiel, que tu madre quiere que la acompañemos a Jackson.

—Está bien, enseguida vuelvo —dijo e hizo girar al caballo para después salir al trote.

Connor le había dedicado cinco días por completo a Parca, y había valido la pena tanto esfuerzo, pasión y dedicación, porque había avanzado a pasos agigantados, ya captaba todas sus señales y las seguía; incluso, por primera vez, el herrero pudo ponerle las herraduras, y él le trenzó la cola y la crin. De eso, normalmente, se encargaba Yoomee, ese trabajo le fascinaba, pero no era prudente que lo hiciera con Parca, todavía podía guardarse sus mañas y lanzar inesperadamente alguna patada.

—Ahora estás mucho más presentable, ya no pareces una bestia... Mira que bonito has quedado —hablaba, rascándole detrás de las orejas y, como premio por haberse dejado poner bien guapo, le daba alimento con su otra mano, pero Parca era bastante glotón y trataba de meter el hocico en el saco que colgaba del arnés de su cintura—. Ya..., ya, sé que adoras el Muesli, pero no quiero que tengas cólicos, solo un poco..., un poco más —hablaba y le ponía la mano debajo del hocico, para que comiera solo la ración que él le estaba dando.

Connor estaba completamente seguro de que Parca ya clasificaba como doma, esa noche editaría el último vídeo y fotos, y le mandaría el material al jurado de la competencia, para que fueran evaluando su proceso.

Si se lo aceptaban, empezaría con el número 4896, uno de los cinco que

se había traído desde Nevada, porque era el que se mostraba menos arisco; a pesar de que los visitaba todos los días y los dejaba andar por el corral techado, para no seguir aumentando su trauma de estar encerrados, les habían dado más de un dolor de cabeza, porque se odiaban entre sí; en varias oportunidades se habían peleado, y no era fácil tratar de calmar a cinco *Mustangs* salvajes.

No le había quedado más que sacarlos de dos en dos y dejarlos en corrales separados; aun así, se saltaban las vallas para ir en busca de pelea, y eso que no había yegua por la cual luchar.

—Es hora de volver, sé que no te gusta la pesebrera, pero has pasado todo el día relajado y pastando... Y yo todavía tengo mucho trabajo por delante.

Lo instó a caminar a su lado, pero de vez en cuando el caballo intentaba meter el hocico en el saco.

—Quieto, Parca. —Le decía, sonriente y alejándolo. A pesar de que le había tomado bastante tiempo, ya tenía la confianza del animal; se habían hecho muy buenos amigos, quizá porque ambos eran de fuerte temperamento.

Lo llevó a la pesebrera y lo dejó ahí, ya listo para pasar la noche, aunque todavía la claridad de los días de primavera a él el favorecieran.

Se montó en Theo, que se mostraba algo arisco, pero bien sabía que solo eran celos de ese consentido, intentaba levantarse en sus patas, como si quisiera tirarlo, con la única intención de asustarlo, pero ya le conocía muy bien el truco.

—Vamos, tranquilo, bonito, tranquilo... —Chasqueaba los labios mientras le acariciaba los costados del cuello, y el caballo reculaba—. Anda, Theo, deja los celos, que nos están esperando. Si te portas bien te daré un premio. —Su día a día se la pasaba hablando con sus caballos, ellos no necesitaban seguirlo con palabras, porque con sus mañas y gestos era suficiente para que Connor los entendiera—. Adivina, te tengo unas cuantas zanahorias, pero solo puedo dártelas después de que regresemos de arrear. —En ese momento el caballo se relajó y Connor lo hizo andar—. Sinvergüenza. —Sonrió por la astucia de Theo.

Connor galopó hasta el punto de encuentro de todos los días, donde ya lo esperaban Chace, Abel y Nick, para ir a arrear el ganado de vuelta a los corrales.

Abel le entregó la bandera que Connor llevaba como si de un estandarte se tratara, no usaban látigos para movilizar a las reses porque Connor sabía

que eso solo las estresaba, tampoco las apuraba, ellos las arreaban al ritmo que el ganado les dictaba.

Como mucho, uno que otro silbido para comunicarse entre ellos, porque tampoco permitía que les gritaran. Todos sabían que, como supervisor y administrador del Rancho Mackenzie, Connor era bastante exigente y delicado con el trato hacia sus animales, él no se apegaba para nada a lo convencional, prefería hacer las cosas a su manera, con paciencia y comprensión absoluta hacia sus animales.

No había vuelto a tener noticias de los Rawson, lo que le hacía suponer que Castiel y Jennifer se estaban llevando bien, era lo que verdaderamente deseaba, porque el pobre caballo ya tenía suficiente con tener a esa mujercita de carácter indomable como dueña.

Se admitía que en algunos momentos extrañaba verla, más que verla, en realidad, extrañaba el sexo que habían compartido, escuchar su forma sensual y bajita de jadear en su oído, o sus manos aferrándosele a la espalda; también anhelaba volver a sentir lo bien que era apretar su culo o sus senos, pero él no era un hombre al que pudieran enlazar con sexo, ese podía conseguirlo por unos cuantos dólares la hora en Jackson, aunque odiara los gritos exagerados y fingidos de las prostitutas, por eso en muchas oportunidades prefería taparles la boca; a él, verdaderamente, le ponía una mujer sincera a la hora de recibir placer, no necesitaba de alaracas para saber si lo estaba haciendo bien o no. Más que los gritos, eran los temblores los que no mentían; esas piernas apenas contenidas a la hora del orgasmo no podían ser producto de ningún engaño.

A la mañana siguiente, Connor salió en su Chevrolet, tras la ambulancia que llevaba a su padre a dializarse, mientras él iría a comprar unos cuantos sacos de alimentos para los caballos.

Al entrar a la tienda de alimentos, había una joven a la que no había visto antes, suponía que debía ser familiar del dueño, ya que a la esposa la conocía.

—Buenos días, ¿está Bob? —preguntó, acercándose al mostrador.

—Buenos días —saludó ella, mirándolo con bastante interés—. No, no se encuentra.

—¿Tardará en llegar? Es que le hice un pedido. —Sacó una hoja doblada de uno de sus bolsillos y la puso sobre el mostrador.

—Hoy no vendrá, nace su tercer hijo —explicó, muy amable.

—Que buena noticia, ¿eres su hermana?

—No, su cuñada —respondió la mujer de pelo negro y atractivos ojos esmeralda.

—Lo felicitas de mi parte, de Connor...

—Mackenzie —completó ella, su cuñado ya le había dicho que pasaría por la tienda, pero no había tenido la oportunidad de conocer al apuesto hijo de Eliot Mackenzie.

—Así es —respondió con una sonrisa de medio lado bastante seductora, mientras se obligaba a no mirar el escote de sugerentes senos.

Ella agarró la hoja y verificó con la que le había dejado su cuñado.

—Hay un pequeño problema —comentó ella, poniendo los ojos una vez más en el rubio.

—¿Faltó algo? —preguntó, elevando ambas cejas.

—No, está todo, solo que el chico que ayuda a Bob, tampoco vino; al parecer, está resfriado, y yo no puedo con los sacos —explicó, frunciendo ligeramente el ceño ante el inconveniente.

—Eso no es problema. —Sonrió—, yo puedo cargarlos, claro, si permites que entre a la bodega.

—Por supuesto. —Se apresuró y caminó fuera del mostrador—. Sígueme, por favor.

Connor no pudo evitar que sus ojos se clavaran en las anchas y tentadoras caderas de la mujer, era bastante atractiva, no se lo negaba.

El lugar tenía buena ventilación y estaba repleto de estantes que contenían los productos que la tienda distribuía, ella lo llevó hasta el pasillo donde estaba el alimento para caballos, y se detuvo frente a la marca que él había solicitado.

—Es esta, ¿cierto?

—La misma —dijo él—. ¿Puedo? —preguntó, señalando uno de los sacos.

—Es todo tuyo —respondió, sonriente.

Connor, sin ningún esfuerzo, agarró el saco y lo llevó hasta su Chevrolet; cuando regresó a la bodega, fue sorprendido por la chica, quien prácticamente se le lanzó encima. Para él fue imposible rechazar ese extraordinario ofrecimiento, la mujer le parecía bastante atractiva, así que correspondió con bastante entusiasmo al beso.

Mientras su lengua se aventura en la boca de la famélica mujer, le apretaba el culo, bajando hasta los muslos para cargarla; ella, inmediatamente, se le aferró con las piernas a la cintura y, con los brazos, al cuello.

En medio de devoradores besos la pegó contra uno de los grandes estantes de alimentos, aprovechándose del momento y de las premisas que ella

le daba, metió sus manos debajo de la falda floreada que llevaba puesta y empezó a tirar con fuerza de las bragas, sus oídos fueron llenados con jadeos.

—¿Quieres hacerlo? —Hizo la estúpida pregunta con la voz ahogada por sus latidos.

Ella, como respuesta, volvió a besarlo con mucha intensidad, se desabotonó la blusa, se bajó las tiras del sostén y expuso sus senos hinchados. Connor los miró con las pupilas dilatadas y brillantes.

Atacó inmediatamente a chupones y lamidas los pezones, mientras seguía tirando de las bragas de ella, que le daban la batalla; en la posición que estaban, era bastante difícil deshacerse de la prenda, aunque no imposible.

En medio de movimientos desesperados y temblorosos, él se bajó los vaqueros, quedando en sus rodillas.

—Oh, mierda —murmuró, apurado, tuvo que bajar a la mujer para poder buscar en su cartera un preservativo.

Ella se lo permitió, pero segundo a segundo lo besaba y, de pronto, le dio un tirón a la camisa de cuadros, reventando varios botones; le dio otro tirón e hizo volar un par más, él aprovechó y se quitó la camisa, arrastrando también la chaqueta.

Connor abrió el condón y lanzó el paquete al suelo, se lo puso con la ayuda de la ansiosa mujer que lo excitaba un poco más con las lamidas que le daba en el cuello.

En ese momento, no había cabida para pensamientos coherentes, Connor solo se dejaba llevar por la exaltación y la oportunidad de tener sexo con una mujer bastante atractiva y fogosa.

Apenas se vieron entre ellos saltaron chispas; sin embargo, él agradeció que ella diera el primer paso, porque él no habría insinuado nada, solo por respeto a la hermana de la mujer de Bob, a quien conocía y tenía aprecio.

Volvió a cargarla, y ella se enganchó a sus caderas, dejándole un profundo jadeo en el oído cuando la penetró; desde el mismo instante en que sintió los calientes y húmedos músculos vaginales cerrándose en torno a su erección, empezó a arremeter con insistencia; ella no paraba de besarlo y chuparlo, entonces Connor la sujetó con una mano por el cuello y la pegó contra uno de los sacos de alimento, la miró a los ojos esmeraldas que destellaban y acometió una vez más contra esa boca tentadora, sin dejar que el vaivén de sus caderas se detuviera.

Justo en el momento que él se estremeció de placer, el sonido del timbre en el mostrador interrumpió sus miradas y besos cansados, dando paso a los

nervios en la mujer.

Connor la bajó y, ella, con manos temblorosas y movimientos torpes, empezó a acomodarse el sostén para después abotonarse la blusa.

—Necesito atender, puedes terminar de llevarte tu pedido —hablaba mientras se acomodaba el pelo, después se pasó la mano por la boca porque sabía que su lápiz labial debía estar totalmente regado, pero el recién llegado seguía insistiendo.

Connor se quitó el condón, no sabía qué demonios hacer con él, hasta que vio un bote de basura, lo lanzó y se acomodó lo que pudo su ropa, disimulando los botones que le faltaban a su camisa al cerrar el zíper de su chaqueta de cuero, se pasó las mano por el pelo, respiró profundo para calmar sus nervios y se llevó un saco de alimento al hombro.

Cuando salió, miró de soslayo a la joven que atendía al inoportuno cliente, dejó el saco en la camioneta y volvió por otro, así, uno a uno fue llevando su compra, pero la mujer seguía ocupada y no se dignaba a mirarlo por mucho tiempo, quizá para no levantar sospechas.

—He terminado, muchas gracias... Tengo que irme —dijo, sin acercarse mucho al mostrador, para que el cliente no sacara la correcta conclusión de lo que había pasado.

—De nada, un placer atenderlo.

—Saluda a Bob, espero que todo salga bien con el niño... Hasta luego.
—Se despidió, elevando la mano y la mujer correspondió.

En los últimos días, Jennifer había compartido con su padre como no lo había hecho en mucho tiempo; en realidad, no recordaba claramente la última vez que pasó con él tan bonitos momentos, lo que sí recordaba muy bien era que, de niña, todo el tiempo estaba sola. Él siempre estaba muy ocupado con su trabajo en el rancho, y su madre se pasaba todo el día en Jackson, como jueza del tribunal de menores siempre se mantenía muy ocupada.

Por eso odiaba ese lugar, lo odiaba tanto porque le recordaba su soledad, le recordaba que prácticamente se crio por sus propios medios entre esas paredes, con sirvientes en los que no confiaba, sobre todo en los hombres.

Habían pasado muchos años desde que aquel maldito jardinero aprovechó para tocarla indebidamente mientras le ensañaba las flores, pero lo recordaba muy bien, por eso odiaba cualquier especie floral, pues con ellas revivía aquellos recuerdos infernales.

Cuando una noche, antes de dormir, su padre le preguntó por qué siempre tenía alguna flor sobre su mesita de noche, ella, en medio de la inocencia, le dijo que Will se las regalaba como premio. Su padre le preguntó que por qué la premiaba, ella le respondió que porque se quedaba muy quieta cuando él metía su mano en sus bragas y le acariciaba su «cosita», que era como en ese entonces llamaba a su vulva. Aunque a veces le doliera y no le gustaba sentir sus dedos moverse dentro, sí le encantaban las flores que le regalaba.

No recordaba muy bien qué edad tenía, siete, quizá ocho, pero pudo comprender que lo que Will hacía no era bueno, por el gesto que puso su padre y por la forma en que la abrazó y le pidió perdón. En realidad, no entendía por qué lo hacía, si él no había hecho nada malo, solo que nunca estaba en casa.

Reafirmó que todo era grave cuando lo vio salir de su habitación y después escuchó algunos gritos, salió de la cama, corrió, apartó con rapidez los peluches y cojines que estaban sobre el mueble debajo de su ventana y se arrodilló encima para ver al jardín, vio salir a su padre con rifle en mano hacia la casita donde dormía el jardinero y, desde ese entonces, nunca más supo de Will, nadie más supo de él.

Después de eso, veía a su padre llorar todo el tiempo y sabía que era por su culpa, no podía evitar sentirse mal por eso que había hecho, quizá si no le hubiese contado no se hubiese puesto tan triste, pero su madre, después de que

la llevó al médico y que también revisó su «cosita», empezó a consentirla mucho, hasta permitió que por un tiempo durmiera con ellos, a veces despertaba durante la noche para ir al baño y se encontraba a sus padres mirándola mientras lloraban.

No fue sino cuando empezó a entrar en la adolescencia que comprendió el peso de los abusos de Will, tuvo conciencia de lo terrible del asunto y los estigmas reaparecieron en ese momento, justo como si los estuviese experimentando todo por primera vez, pero con la crueldad de lo que realmente significaba.

Pasó días llorando en la soledad de su habitación, sintiéndose culpable por no haber dicho que no, por no detenerlo, por permitir que hiciera eso con su cuerpo y su espíritu.

Lo afrontó sola, no quiso contárselo a sus padres para no seguir sintiéndose responsable por la culpa de ellos, prefirió acercarse a la consejera de la escuela y le dijo que eso le había pasado a una amiga, que solo deseaba que le dijera cómo podía ayudarla.

A pesar de que estaba segura de que la consejera sabía que esa amiga era ella misma, le ayudó mucho a superar esa situación, pero a partir de ese momento empezó a ser bastante apática con todo lo que la rodeaba y cruel en casi todo momento; creía que con humillar o maltratar a alguien o algo la mostraría fuerte, que ese escudo no permitiría que nada ni nadie llegara a donde estaba esa inocente niña que fue abusada. Todo era como una rabia contenida la que siempre la respaldaba.

Llegó completamente exhausta a esa habitación que con los años fue cambiando de decoración, a una acorde a su edad, ya no era aquella en tonos rosa y beige que tenía en su niñez, ahora era blanca, gris y ciruela, con muebles sobrios.

Se quitó toda la ropa y se lanzó solo con ropa interior sobre la cama, para descansar un rato antes de ducharse y quitarse el olor de Castiel, a quien ya cepillaba bajo la supervisión de su padre; inevitablemente, se estaba encariñando demasiado con el bendito animal, cosa que no quería, porque cuando tuviera que regresar a Inglaterra, despedirse de él le sería muy difícil.

Agarró su teléfono para revisar las fotos que le había tomado su padre ese día y darles un retoque antes de subirlas a sus redes; pero antes, se puso los auriculares con toda la intención de escuchar música, así que puso a reproducir una de sus listas favoritas y se aisló del mundo.

Cantaba bajito mientras se dedicaba con paciencia a las fotografías,

todas habían quedado muy lindas y estaba bastante indecisa entre cuáles compartir.

Casi media hora después, optó por las tres que a su opinión eran las mejores, las publicó y se quedó mirándolas un poco más, pero también esperando las primeras reacciones, adoraba cómo se le veían los ojos a Castiel en ese primer plano, donde ella posaba su nariz sobre el hocico del caballo.

Se giró en la cama y se puso bocabajo con los codos apoyados en el colchón para estar más cómoda, mientras meneaba la cabeza de un lado al otro al ritmo de la música.

—Miro la luna, miro la luna cuando tú solo miras el sol, no soy tonta, no soy tonta..., no soy tonta. No, ya no engañas a nadie, pero cuando te vas, cuando te vas..., oh, cariño, todas las luces se apagan, pienso cariño que estaba equivocada... —coreaba el tema de Dua Lipa, y justo en el momento en que miró a su ventana y vio el atrapasueños, Connor se metió abruptamente en su cabeza, replegando por todo su ser una sensación de nostalgia, pero también abrumadora excitación.

La música seguía andando y cada palabra que llegaba a sus oídos solo hacía el recuerdo de Connor más fuerte; totalmente perturbada se quitó los auriculares y empezó a negar con la cabeza, porque ella no podía estar extrañándolo.

Necesitaba sacarlo de sus pensamientos, así que se levantó rápidamente, casi corrió hasta su ventana y, con gran decisión, arrancó el atrapasueños; lo guardó en el mueble que estaba debajo, ese cajón en el que ella se arrodillaba de pequeña para poder mirar al jardín, y que guardaba algunos libros y recuerdos de su adolescencia,

Lo dejó ahí dentro, pues consideraba que justo ahí debía quedarse Connor Mackenzie, en los recuerdos de cómo se habían conocido, de esa vez que la amenazó y la empujó por defender a sus hermanas.

La naturaleza de los *Mustangs* solía ser mucho más salvaje que la de cualquier caballo común, intentar domarlos era bastante peligroso, pero Connor estaba completamente comprometido con su noble causa, sin importar cuán difícil pudiera resultar esa misión.

Empezó a las cinco de la mañana con la doma del 4896, su número

colgaba del cuello del ejemplar moteado con los colores blanco, marrón, negro y amarillo. De los cinco equinos que había adoptado, era el más accesible, pero también estaba bastante traumatado; sin dudas, el miedo y la desconfianza lo dominaban, y por el momento no se dejaría tocar.

Sabía que era un caballo bastante arisco, pero conocía muchas formas de ganarse su confianza. Sería difícil hacerle ver que no todos eran el enemigo, pero no imposible y, para empezar, lo había sacado de la pesebrera y llevado a uno de los corrales exteriores, porque tenerlo encerrado iba totalmente en contra de la naturaleza del animal.

Con pasos realmente cuidadosos y llevando el saco de alimento colgado de la cintura se acercó lo más que pudo al animal, en su mano enfundada por un guante le ofreció un puñado de comida; el caballo, inmediatamente reculó, pero olfateaba con bastante curiosidad, entonces, Connor avanzó un paso más.

—Tranquilo, bonito, tranquilo —susurraba mientras su corazón martillaba lenta e intensamente contra su pecho, producto de pura emoción contenida, tratando de evitar que el caballo se asustara, porque si llegaba a tenerle miedo, sería fin del cuento.

Sonrió, nervioso, al ver cómo el caballo empezaba a comer de su mano. Connor sabía que no había puñado de alimento que un caballo rechazara, le dio hasta que vio cómo el animal le daba confianza.

Mientras comía, intentaba tocarlo, rozarle el hocico para que se acostumbrara a su contacto. Empezó a caminar hacia atrás, y el caballo adelantaba, en busca de más alimento.

—Muy bien, muchacho, muy bien —hablaba bajito.

Siguió dándole pequeños puñados de comida con una mano, y con la otra consiguió tocarle la frente. Era momento de dar un paso más en la doma, así que chasqueó la lengua y se movió a la derecha para que identificara ese sonido y lo siguiera, le asombró bastante que lo hiciera casi de manera instantánea, ya que eso solía tomarle semanas conseguirlo.

—Qué inteligente eres, muy sabio, muy sabio... —siguió chasqueando la lengua y retrocedía varios pasos, al ver que seguía tras él, decidió volverse e ir más rápido, e igual lo hizo el caballo.

Connor, cada vez que este hacía algo bien, lo premiaba con un poco de alimento y una caricia, para que entendiera que eso eran muestras de cariño por lo que estaba haciendo.

De repente, se echó a trotar, y el caballo también lo hizo, siguiendo sus pasos.

—Sshh —dijo Connor y se detuvo echando una mano hacia atrás, de inmediato, el caballo se detuvo—. ¡Lo has entendido! ¡Así es!... Creo que vamos a avanzar muy rápido. ¡Qué belleza! —hablaba, emocionado, porque verdaderamente estaba muy sorprendido, quizá porque era casi un potro; pensaba que, en definitiva, no era un líder de manada, apenas estaría desprendiéndose del refugio de la madre cuando los federales lo acorralaron contra aquellos corrales, y necesitaba a alguien más que lo guiara.

Pasó unas cinco horas con él, lo hizo caminar por todo el corral, le puso la soga y se la dejó suelta para que aprendiera a crear reflejos condicionados, que le ayudarían a ir comprendiendo cómo sería el proceso al momento que le tocara la montura. El caballo reaccionó bastante bien; sin embargo, en algunos momentos volvía a mostrarse arisco y con intenciones de lanzar patadas, quizá instantes en los que se fastidiaba por tanta atención.

Al final de la semana, ya el animal había avanzado más de lo esperado, y Connor aprovechó que Yoomee no tenía clases para que estuviera presente en la doma, para que así el caballo fuera identificándola como alguien muy cercano. Cuando ella entró al corral, el animal pareció reconocerla desde la primera vez que la había visto, y caminó hasta ella; sin duda, había una conexión muy fuerte entre ambos.

—Hola, pequeño. —Lo saludó Yoomee, tendiéndole una mano al ver que el caballo se había detenido justo frente a ella y estaba bastante quieto, mirándola con esos ojazos color café—. ¿Cómo has estado? —preguntó, poniendo su mano para que la olfateara y después empezó a acariciarle el hocico—. Me sorprende lo manso que es. —Le dijo a Connor, que estaba a una distancia prudente para no intervenir.

—Es muy inteligente..., demasiado astuto —hablaba mientras lo sostenía por el cabestro y le ofreció la soga a Yoomee—. Puedes pasearlo un poco.

—Gracias —dijo, aferrándose a la soga—. ¿Has logrado montarlo?

—Todavía no, apenas pongo un poco de peso sobre su lomo, pero eso lo pone muy nervioso, tengo que ir paso a paso.

Yoomee afirmó con la cabeza y caminó para pasear al caballo, que la siguió muy diligentemente, mientras Connor se quedó en el mismo lugar, observando el comportamiento de ambos, y no le sorprendía ver que se llevaban muy bien.

Estaba seguro de que Yoomee, si se lo proponía, podría llegar a ser una buena domadora, porque comprendía muy bien a los caballos, y ellos confiaban fácilmente en ella.

—Ya se cuál será su nombre —dijo cuando estuvo de regreso—. Podemos hacerlo mañana, no quiero seguir llamándolo: «caballo»

—Está bien, será mejor hacerlo cuanto antes, para que se acostumbre.

Yoomee pasó toda la mañana con su nuevo caballo, tratando de familiarizarse con él lo más posible y que este se acostumbrara a ella; era tan bonito, que quería abrazarlo en todo momento, pero solo lo hacía de vez en cuando, pues tampoco quería ponerlo nervioso.

—¿Podrás quedarte sola con él? Tengo que ir a ver si ya alimentaron a los de la caballeriza D.

—Claro, ve tranquilo.

—Ten cuidado. —Se acercó y le dio un beso en la mollera, alterando los nervios de Yoomee, pero también lo hizo con los del caballo, que relinchó y se levantó en sus patas, tirando con fuerza de la soga que ella sostenía, provocándole un quemón—. Ey, tranquilo, tranquilo... —De inmediato, Connor se interpuso entre el animal y la chica—. ¿Estás bien? —preguntó, echándole un vistazo por encima del hombro.

—Sí, creo que solo se ha puesto celoso —comentó la joven, aguantando el ardor del quemón, no quería preocupar a Connor.

Él logró calmar al animal, pero ya no estaba muy seguro de dejar a Yoomee sola con un *Mustang* que apenas estaba iniciando el proceso de doma, porque sabía que solían ser traicioneros por naturaleza.

—Será mejor que lo llevemos dentro...

—No, no te preocupes, Connor, estaré bien... Este muchacho sabrá comportarse —dijo, tocándole una vez más el hocico—. Confía en mí.

—Está bien, pero ten cuidado; si lo notas nervioso, te sales del corral.

—Lo haré, ve tranquilo.

Connor se marchó un tanto preocupado, aunque sabía que Yoomee podría controlar la situación.

Ella se quedó mirando cómo Connor se alejaba, estaba fascinada y enternecida por la manera en que la había protegido del caballo, él representaba perfectamente a su tótem, «el lobo», y cada vez era más evidente que estaba completamente conectado con su animal de poder. Siempre estaba dispuesto a dar amor y protección a quien lo necesitara, aunque fuese bastante independiente, también estaba muy conectado a su familia; y muestra de ello era que sus días los pasaba pendiente de su padre y hermanas, era todo un protector.

Al día siguiente, cinco minutos antes de que el reloj biológico de Connor se activara y lo despertara, se le adelantó Yoomee, quien empezó a tocarle la puerta.

—Hola, Connor..., ya es hora —hablaba al otro lado de la puerta—. Ya está todo listo.

Él se levantó de la cama todavía arropado por la pereza, caminó arrastrando los pies hasta la puerta y, cuando la abrió, se encontró a la joven sonriente y con una energía desbordante.

—Mi caballo nos espera —dijo con una amplia sonrisa.

—Parece que no has dormido —comentó, rascándose la nuca y con el pelo en total desorden.

—En realidad, no mucho. La emoción no me dejó.

—Todavía es muy temprano, primero vamos a desayunar. Si quieres, puedes ir adelantando, ya sabes que como mucho más rápido que tú.

—Está bien, pero no tardes... ¡Estoy ansiosa! —Dio un par de saltitos y aplaudió.

—Por poco ni lo noto. —Sonrió con sus ojos todavía hinchados por estar recién despierto.

Yoomee se marchó y él se fue al baño, encendió la luz, abrió la llave de la ducha para que el agua tomar temperatura, mientras se quitaba el pijama.

El agua cayendo por su cuerpo lo fue llenando de energía al llevarse todo rastro de sueño y cansancio, admitía que pasaba mucho tiempo duchándose porque era un momento solo para él y sus pensamientos, pero esa mañana en particular no podía quedarse por mucho bajo el agua o a Yoomee le daría un ataque de ansiedad, si no bajaba a tiempo.

Connor, prácticamente, se atragantó con el desayuno al ver que Yoomee caminaba de un lado a otro en la cocina, terminando los pormenores de la pintura que Chenoa le estaba ayudando a preparar, con bayas, raíces y corteza de árboles, todos hechos de materias primas, como era su costumbre.

—¿Listo? —preguntó al ver que se comía la última migaja del plato.

—Casi, dame un minuto..., voy a cepillarme los dientes.

—No demores, recuerda que tiene que ser con la luz del alba.

—Lo sé, todavía falta —dijo, sonriente mientras salía de la cocina.

—Pero no mucho, ya casi amanece.

Connor negó con la cabeza y siguió con su camino, se fue al baño de su

habitación, se limpió los dientes y, antes de salir, agarró uno de sus tantos sombreros, los guantes y unas chaparreras de cuero que se pondría ya cuando le tocara montar.

—Listo, vamos. —Le hizo un ademán a Yoomee, quien llevaba el pelo recogido en una cola alta.

Ella lo siguió como si fuese su sombra, y también lo hizo Sasha.

—Debemos darnos prisa —dijo la chica, dando largas y apresuradas zancadas.

—¿Segura de que llevas todo? —preguntó Connor—. Déjame ayudarte. —Le quitó el recipiente en el que había metido todo lo que utilizaría para el ritual de nombramiento del nuevo caballo.

—Sí, pintura, cintas, pluma... Espera. —Lo retuvo por un brazo y miró una vez más dentro del recipiente—. Oh no, olvidé la pluma, no podemos hacer nada sin ella.

—Voy a buscarla... —Se ofreció Connor.

—No, yo puedo ir más rápido, si quieres ve andando.

—Te esperaré aquí, todavía tenemos tiempo.

—Está bien, no tardo —avisó y se echó a correr.

Connor se quedó con Sasha, a la espera de que Yoomee volviera, aprovechó para jugar con su hermosa Collie, que tenía junto a él siete años; aún recordaba lo linda que era de pequeña y que le gustaba dormir en su cama, pero Chenoa no descansó hasta quitarle la costumbre y que aprendiera a dormir en la sala, junto a la chimenea.

Yoomee regresó jadeando por la falta de aliento y traía en la mano la pluma de águila dorada.

—Aquí está —dijo silbante y la metió en el recipiente.

Siguieron con su camino hasta la caballeriza, donde estaba el caballo con el número colgando del cuello, el que dentro de muy poco le arrancarían y le pondrían un nombre.

—Espérame aquí, voy a buscarlo, ve preparando todo.

La chica asintió enérgica y vio a Connor entrar a la caballeriza, mientras en ella aumentaba la emoción, no era primera vez que hacía eso, pero igual lo disfrutaba como si así fuese.

Cuando Connor salió con el caballo, un débil resplandor del amanecer se avistaba detrás de las montañas; el animal aligeró el paso al ver a Yoomee, sin duda, bastante atraído por ella. Él le soltó la cuerda y se la puso por encima del lomo para evitar que la pisara y sintiera la molesta tensión.

El caballo fue al trote hasta Yoomee, que entre risas y caricias lo recibió, Connor estaba bastante impresionado, quizá pensaba que las almas de ambos se reconocían, almas viejas que se reencontraban.

—Hola, muchacho —saludó la joven y le dio un beso en el hocico mientras le escarbaba con los dedos en la mandíbula—. Buenos días, ¿cómo amaneciste?

—¿Segura que has pensado muy bien en su nombre? —preguntó Connor, llegando hasta ellos y le dio una queda caricia al lomo del animal.

—Sí, sé perfectamente cómo se llamará.

—¿Y estás preparada? —curioseó.

—Sí. —Ella se acuclilló y agarró uno de los potecitos de pintura, se mojó de blanco los dedos índice y medio de una de sus manos, y se los pasó a lo largo del tabique del animal, desde la frente hasta el hocico.

Mientras Connor empezó a desamarrar el nudo de la soga que sostenía el número con el cual lo habían identificado.

Yoomee pintó un círculo rojo alrededor del ojo izquierdo del animal, sin dejar de sonreír y con el pecho latiendo a mil por la emoción.

—Porque eres hermoso —habló mirando al equino, y con su dedo índice ponía puntitos blancos, rojos y azules por el lomo y los costados—. Poderoso, misterioso... —Miró a Connor, quien sonreía, mientras ella seguía pintando asteriscos y también esferas; intentando descifrar qué nombre le pondría Yoomee al caballo—, inteligente, bondadoso... Porque en tus ojos hay luz y fuego, porque sé que representas un gran desafío. —Metió sus manos en la bandeja con pintura y las plantó en los flancos; entretanto, el caballo, movía la cola de un lado a otro, como un péndulo—, porque eres pura energía —agarró la pluma del águila real y la metió entre las hebras de la crin negra, y la amarró con una cinta roja—. Te llamaré: «Universe».

En ese momento, Connor dejó caer el número que llevó por varias semanas, afortunadamente, había sido por poco tiempo, pues bien sabía que muchos lo llevaban por años.

—Bienvenido, Universe... ¿Te gusta el nombre? —Le preguntó, tocándole el cuello.

—Claro que le gusta, ¿verdad, Universe? ¿Verdad que te gusta tu nombre? —hablaba, admirando lo lindo que había quedado su caballo tras el ritual.

—Creo que le queda muy bien.

—¿Lo crees? Le queda perfecto..., voy a montarlo.

—Todavía no, Yoomee, no está listo.

—Muero por pasear con él —suplicó.

—Dame una semana más, no he puesto peso en su lomo, y no creo que se quede tranquilo si lo hacemos en este momento... Podemos pasear caminando a su lado. —Agarró la brida del cabestro y se la entregó.

—Está bien. —Con media sonrisa por tener que dejar sus deseos para después, recibió la brida e instó a caminar a Universe, que empezó a seguirla.

Connor caminó al otro lado del caballo y, tras ellos, Sasha trataba de mordisquearle la cola al caballo.

—Sasha, ven aquí... Ey, ven aquí. —La llamó Connor, y la perra obedeció—. ¿Acaso quieres que te manden a casa de una patada? —Le preguntó, agitando el espeso y largo pelaje.

Pasearon por un buen rato, parándose para que Universe pastara, hasta que el sol se dejó ver inmenso e intenso tras las montañas, por lo que decidieron volver.

Jennifer bajó las escaleras casi corriendo, provocando que sonara por toda la casa el repiqueteo de sus botas de tacón mediano, que le llegaban por debajo de las rodillas y que hacían juego con su vestido bastante corto, floreado y de tela ligera.

—¿Segura que quieres ir sola? Porque Ismael puede llevarte —comentó Prescott al ver a su preciosa hija con el pelo cobrizo suelto y armado con suaves ondas.

—Sí, papá, sé conducir muy bien, por si no lo recuerdas —comento, poniéndose la chaqueta *jeans*—. No necesito de guardaespaldas, sé cuidarme.

—Es lo que quiero que hagas, que te cuides.

—Lo haré. —Se acercó y le plantó un beso en la mejilla—. Te quiero.

—Yo también, mi niña, me alegra mucho que estés divirtiéndote.

—Divertirme a lo grande no lo estoy haciendo, no hay nada que me sorprenda en el pueblo, pero algo tengo que hacer, si no quiero enloquecer antes de que terminen las vacaciones.

—Sé que prefieres estar en cualquier sitio menos aquí, no sé qué mal hicimos para que no quieras estar con tu familia —susurró, melancólico.

—Papá, ¿qué te acabo de decir? —preguntó al acercarse y abrazarlo por el cuello, mientras miraba sus lindos ojos azules.

—Que estar con tus padres está a punto de volverte loca.

—No, acabo de decir que te quiero... Te amo, papi, en serio lo hago; lo que no me gusta es esto. —Miró en derredor—. Nada de esto, todo sería perfecto si se fueran conmigo a Gran Bretaña...

—Imposible, lo mío es el ganado, estas tierras... No sé hacer otra cosa... Aquí, en Wyoming, soy Prescott Rawson, un hombre respetable, con poder, pero en Europa no soy nadie.

—Puedes ser ganadero en Europa, y no solo sabes de ganado, también sabes de whisky... Papá, tienes suficiente dinero y conocimientos como para ser reconocido a donde vayas —hablaba, tratando de convencer a su padre de que se fueran al viejo continente, como tantas veces lo había intentado.

—No, cariño, no podría vivir en otro lugar que no fuera este, aquí he vivido toda mi vida y aquí quiero morir, y quiero que me entierren en nuestro

cementerio, al lado de mis padres, mis abuelos y mi hermana... Fuera de este rancho, para mí, no existe nada más. Lamento profundamente que no tengamos los mismos deseos...

—No te obligaré, papá, tampoco quiero tener esta conversación ahora — comentó, derrotada, sabía que su padre jamás cambiaría de parecer—. Mejor me voy a intentar pasarlo bien en la feria, quizá consiga distraerme. —Le dio otro beso en el pómulo.

Prescott también le besó la frente.

—Cuídate, luz de mis ojos. Llámame para saber que estás bien.

—Lo haré —prometió, rompió el abrazo con su padre y, antes de salir, agarró las llaves de su Mercedes M6.

En el exterior, el frío se sintió con intensidad, a pesar de que estaban en primavera, el clima estaba bastante descontrolado, otra de las cosas que odiaba de ese lugar; se acomodó la bufanda marrón para no sentir la inclemencia en el cuello, y corrió hasta el auto; apenas subió, encendió el motor y la calefacción.

En cuanto salió del rancho pisó el acelerador a fondo por la carretera de tierra, en medio de la oscuridad, tan solo era guiada por los faroles del auto que dejaba una estala de polvo; sin embargo, ella iba bastante cómoda, cantando en voz bastante alta la canción de Galantis: *In my head*.

—... Ahora estás en mi cabeza y esto está fuera de control, cuando estás en mis pensamientos no quiero mentir... —Movía su cuerpo llevada por la emoción que la melodía le provocaba.

Después de esa canción, le siguió: «*Runaway*», del mismo grupo, mientras avanzaba en medio de la nube de polvo que la llevaba hasta la vía principal que la adentraría al pueblo.

Las calles en Jackson estaban algo transitadas porque quizá la gran mayoría de los habitantes estaban en la feria. Buscó dónde estacionarse y, desde la comodidad y calor del interior de su auto, llamó a dos de sus amigas, con quienes había quedado de encontrarse ahí en la feria para distraerse un poco.

Weiss le dio un punto de encuentro, así que apagó el auto y bajó, empezó a caminar entre las personas que iban o venían de la feria, había olvidado cómo era todo eso, pues llevaba casi siete años sin asistir a una; inevitablemente, le hizo sentirse nuevamente como una adolescente.

Miraba a todos lados las calles llenas de luces, las carpas de comidas que llenaban con su aroma todo el lugar, también había carpas de juegos,

como: tiro al blanco, tiro con herradura, pulsómetro y muchos más. Los gritos que quizá provenían del rodeo o de algún aparato del parque de diversiones, música *country* por todos lados aumentaban la excitación en todos los que habían asistido, excepto en ella, que se sentía completamente extraña.

En su camino, algunos vendedores le ofrecían de sus carritos algodón de azúcar, palomitas de maíz o gomitas; a todo ella se negaba, porque prefería algo más sustancioso.

Connor y Yoomee estaban contra la barrera, observando con bastante entusiasmo el rodeo, mientras animaban a Chace, para que se llevara la medalla y el cheque esa noche.

—¿Quieres algo de comer? —Le preguntó Connor.

—Todavía no, esperemos a Chace para que nos acompañe.

—Supongo que tardará, ¿no se te antoja ni soda?

—Quizá, y unas palomitas —dijo, sonriente. Aprovechaba que estaba lejos de su abuela para comer ese tipo de cosas.

—Está bien, voy a comprarlo... ¿Cómo las prefieres?, ¿con mantequilla?, ¿dulces o saladas?

—Yo puedo ir. Sigue mirando, que sé que esto te apasiona; no voy a frustrarme por perderme unos minutos, pero tú sí.

—No exageres, Yoomee, no exageres. —Sonriente, se sacó la billetera del bolsillo trasero, pero ella lo detuvo.

—Tengo dinero.

—Pero si yo te estoy invitando —insistió.

—No seas aguafiestas, Connor.

—Está bien, me traes una soda —pidió.

Yoomee asintió y se fue a uno de los puestos, pero al llegar, había una considerable fila de personas esperando a ser atendidas, por lo que se fue a otro que estaba un poco más lejos, pero igual estaba lleno; decidió alejarse otros metros más, porque sabía que, a mayor distancia, habría menos personas.

Llegó a uno frente a las carpas de juegos y se puso en la fila, mientras miraba atenta a los jugadores, quienes mostraban qué tan buena puntería tenían o cuánta fuerza poseían.

Connor estaba pendiente del espectáculo de Jack sobre el caballo bronco, que lo sacudía como si fuera un muñeco de trapo, pero el maldito aguantaba con fuerza y destreza, llevándose la admiración y vítores del público; sin embargo, solo soportó cinco segundos sobre el encabritado

espécimen.

Antes de que saliera otro al ruedo miró por encima de su hombro, Yoomee seguía sin aparecer; empezó a preocuparse porque ya llevaba buen rato de haberse ido.

Un nuevo participante salió, y Connor volvió a poner su atención en la presentación; al terminar, miró una vez más, se volvió para ver si la veía venir entre la gente, pero no había ni rastro de ella; entonces sí empezó a preocuparse de verdad y fue a buscarla.

Caminó entre las personas, mirando a todos lados mientras marcaba a su teléfono, pero ella no le contestaba, aumentando su inquietud, se paseó por varias carpas de ventas de comida y la buscó entre las personas que hacían fila, pero seguía sin hallarla.

Cuando por fin la vio a lo lejos en una fila, sintió que el alma le regresaba al cuerpo, en verdad volvió a respirar, solo hasta ese instante se daba cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

Antes de que él pudiera llegar hasta ella, vio cómo se le acercó un joven, cargando un ciervo de peluche, se saludaron con un beso en la mejilla, y conversaban; ella se notaba algo nerviosa, pero sonreía con timidez.

En cuanto lo vio llegar, todos los colores de su rostro desaparecieron y sus ojos estaban a punto de saltar de sus órbitas.

—Buenas noches —saludó sin poder evitar poner su mirada en el joven que aparentaba unos diecisiete años, si no recordaba mal, era el hijo menor de Donald Weber, aunque no podía estar plenamente seguro, ya que tenía bastante tiempo sin verlo.

—Connor..., yo..., este..., hay mucha... —Yoomee tartamudeaba, nerviosa.

—Veo que hay mucha gente —habló, sonriente, y miró al joven.

—Te presento a Vicent Weber, es mi compañero en la prepa.

—Eres el hijo de Donald —aseguró ofreciéndole la mano.

El joven sostuvo el gran ciervo de peluche con una mano y saludó a Connor con la otra, mostrándose entre nervioso y decepcionado.

—Sí, un placer.

—Quizá no me recuerdas, eras un niño la última vez que te vi. Sí que has crecido —dijo, siendo bastante amable—. Soy Connor, hermano de Yoomee.

—¿Hermano? —preguntó, un poco confundido, porque la diferencia física era abismal; además, no recordaba que ella le hubiese comentado acerca de algún hermano.

—Bueno, no de sangre, pero sí de corazón... —Connor le pasó un brazo por los hombros y la pegó a su costado—. Mi hermanita menor, es mi consentida. —Le plantó un beso en la mollera—. ¿Y de qué hablaban?

—Solo de la escuela. —Se apresuró a decir Yoomee, sintiéndose bastante nerviosa.

—Sí, de la escuela..., pero ya debo irme —comentó el rubio, mirando por encima del hombro, pero su hermano debía estar en algún puesto de bebidas alcohólicas—. Toma, es para ti. —Le ofreció el peluche que se había ganado.

—No, gracias, Vicent. —Volvía a negarse.

Connor casi le arrebató el peluche de la mano y se lo puso contra el pecho a Yoomee.

—Seguro se verá muy bonito en tu habitación —dijo, con la mirada puesta en el jovencito de ojos grises—. Gracias, Vicent, a ella le encantan estas cosas.

—Gracias —dijo la chica, sujetando el ciervo, pues no le quedó de otra—. Es muy bonito.

—Bueno. —Se rascó la nuca—, ya tengo que irme, nos vemos luego —comentó, mostrándose algo nervioso.

—Sí, nos vemos en la prepa —comentó Yoomee.

—Me saludas a tu padre —pidió Connor.

—Eso haré..., hasta luego.

El joven, antes de marcharse, se quedó mirando a la chica, pensando si debía arriesgarse y darle otro beso en la mejilla como despedida, pero no encontró el valor para hacerlo, así que se marchó.

—No digas nada —masculló Yoomee, al ver la mirada y sonrisa que Connor le dedicaba, justo en ese momento era su turno para comprar, lo que la libraba de la burla del hombre.

Connor le recomendó comprar una soda grande para compartirla, al igual que las palomitas.

—Debemos darnos prisas o no veremos a Chace, y si no estamos ahí para alentarlos, no nos lo perdonará —dijo Yoomee, apresurando el paso y cargando al gran peluche.

—¿Sabes que le gustas? —preguntó, sonriente, y se llevó un puñado de palomitas a la boca mientras avanzaban.

—Imaginaba que ibas a empezar con el tema. —Puso los ojos en blanco—, por eso no quería recibir este ciervo.

—No se trata solo del peluche, si no de cómo te mira... Te hago un favor diciéndote que lo traes loco...

—Él no me gusta...

—¿Por qué no? Es atractivo... Si yo fuese chica, seguro que me fijaría en él —dijo, sonriente, en ese momento pasó por encima de los hombros de Yoomee su brazo.

—Pues, serías una chica con muy malos gustos —argumentó, tratando de lidiar con las mariposas en su estómago, que se despertaban con la cercanía de Connor.

Él soltó una carcajada y le dio un beso en los cabellos.

—Es un chico adorable.

Esta fue la oportunidad de Yoomee para sonreír.

—A ver, ¿dónde quedó toda esa fanfarronería de amenazas para el chico que se me acercara?

—Eso vendrá después, cuando ya lo aceptes como novio, ahora no quiero espantarlo, suficiente tiene con los nervios que tú le provocas.

—Creo que estás diciendo muchas tonterías. —Ella negó con la cabeza ¿Cómo era posible que Connor pudiera darse cuenta de los supuestos nervios que ella provocaba en Vicent, y no notara los que él provocaba en ella?, cada vez que se le acercaba o con tan solo una mirada.

Jennifer vio pasar a Connor muy cerca de ella, pero él no se percató de su presencia porque iba acompañado de una chica, se notaba que estaban bastante compenetrados e, inevitablemente, fue atacada por emociones bastante desagradables; no tenía idea de quién era esa jovencita, pero la odió inmediatamente, y lo peor era que no sabía por qué. Se suponía que ver a Connor con otra mujer no debía molestarle en absoluto, pero se sentía molesta, tan molesta, que, si no hubiese sido porque Weiss prácticamente exigió su atención, se hubiese ido tras él para enfrentarlo.

—Mira, Jenn..., ese chico no para de mirarte —susurró tomándola por el brazo—. Nos ha estado siguiendo, parece que le interesas y mucho.

Jennifer a pesar de estar todavía perturbada por la visión de Connor con otra chica, no pudo evitar mirar disimuladamente al hombre que Weiss decía la seguía. Era un pelirrojo intensamente pecoso con los ojos verdes, no podía negar que tenía un aspecto de chico malo bastante llamativo y atractivo, pero no lo suficiente como para apartar de su interés a Connor.

—¿Qué te parece? Es apuesto, ¿cierto?

—Sí, ¿lo conoces? —Le susurró su pregunta.

—No, es primera vez que lo veo..., parece turista.

—Quizá lo sea, pero no vine en busca de conquista..., solo quiero entretenerme un rato. —Volvió la mirada para ver a Connor, pero ya no había rastro de él.

—Los hombres suelen ser muy buenos para entretenernos —comentó, pícara.

—No es el tipo de entretenimiento que quiero ahora... Mejor vamos a comer —dijo queriendo olvidarse de Connor, era momento de pasar la página, aunque una hoguera torturara su estómago y sabía que no se debía al hambre.

Llegaron a un restaurante donde se encontraron con Maggie, la otra chica con la que pasarían el rato. Se pidieron diferentes cortes de carnes a la parrilla y ensalada, mientras conversaban sin parar. Jennifer les hablaba de lo maravilloso que era vivir en Europa, de la libertad e independencia que contaba, hasta las invitó a pasar un fin de semana con ella, porque admitía que a veces extrañaba a esas amigas de la infancia.

Maggie dijo que sospechaba que su novio, el mismo que había tenido desde la secundaria, quería proponerle matrimonio, se mostraba bastante ilusionada con la idea.

Jennifer la felicitaba, pero en realidad pensaba que no sabía cómo Maggie podía haber pasado tanto tiempo con un solo chico y todavía desearlo con tanto entusiasmo, porque ella lo máximo que había pasado con un hombre eran cuatro meses, quizá menos.

Empezaba a preguntarse si la del problema era ella o solo se había topado con puros imbéciles, que al mes de estar saliendo con ellos empezaban a cambiar y se mostraban demasiado autoritarios y posesivos para su gusto, no era del tipo de mujer que se amoldaba a los gustos de los demás, las cosas se hacían a su manera o sencillamente no se hacían.

Probablemente era su carácter el que no le ayudaba a conseguir algún hombre que valiera la pena, pero si dependía de eso, iba a morir solterona, porque no pensaba cambiar, después de todo, no necesitaba a un hombre fijo en su vida, con tener a uno que otro de vez en cuando para follar todo estaba bien.

Le dio un último sorbo al cabernet Sauvignon con el que acompañaba su carne, aunque en realidad hubiese preferido un buen tinto Barolo, pero no se podía pedir mucho del lugar donde estaban cenando.

Mientras seguía muy entusiasmada conversando con sus amigas, tratando de ponerse al día de todas esas cosas que no hacían a través de internet, el

mesonero se acercó a su mesa sin ser llamado, con botella de vino en mano y empezó a rellenar su copa.

—Disculpa, pero no te he pedido más —dijo Jennifer, mirando algo confundida al hombre, sin dejar que terminara de llenar la copa.

—El señor que está en la mesa del frente me pidió que llenara su copa.

—Está bien, pero déjalo así, no más... Gracias —solicitó, alargando su mirada hacia el pelirrojo y extremadamente pecoso chico.

—Con permiso —pidió el mesonero con una servil reverencia.

—Adelante. —Hizo un vago gesto con la mano para que se retirara y levantó su copa hacia el hombre que le había invitado, en señal de agradecimiento.

Weiss miró disimuladamente por encima del hombro para ver al galante que había enviado vino a la mesa o, mejor dicho, a Jennifer.

—Te lo dije, lo has flechado —murmuró con una risita, mirando a Jennifer—. Es guapo.

—Sí, lo es..., pero no lo suficiente como para irme a la cama con él.

—¿Por qué piensas que eso es lo que quiere? —intervino Maggie, con cierto reproche en el tono de su voz.

—¿Por qué otra razón un hombre le regala alcohol a una mujer?

—Probablemente solo quiere ser amable y conocerte..., y esa es su manera de acercarse.

—Sigues siendo demasiado ingenua, Maggie. —Negó ligeramente con la cabeza y con una sonrisa de suficiencia porque, sin duda, ella tenía más experiencia con los hombres que su amiga.

El desconocido se levantó de su mesa con la clara intención de acercarse a donde estaba Jennifer.

—Ahí viene. —Weiss soltó una risita y se cubrió la boca con la mano, sus cejas rubias se levantaron en un gesto pícaro.

—Cálmate —susurró Jennifer, no quería que el hombre pensara que la tenía deslumbrada; bueno, a Weiss, evidentemente, sí, pero la comprendía porque la pobre apenas había salido de ese pueblo en unas pocas oportunidades y no conocía tipos verdaderamente apuestos.

—Hola, buenas noches —saludó con un tono bastante seductor y sus ojos color fuego puestos en Jennifer.

Tenía toda la pinta de ser una estrella de rock, pelo rojizo algo largo, pero recogido en un enmarañado moño en lo alto, el rostro completamente salpicado de pecas y una barba cerrada y espesa también rojiza.

—Hola —respondieron Weiss y Maggie, al unísono.

—Buenas noches —dijo Jennifer.

—Soy Kane, estoy de visita en Jackson.

—Hola, me llamo Weiss —saludó ofreciéndole la mano y una tonta sonrisa.

—Maggie, es un placer... Bienvenido, espero que disfrutes de Jackson.

—Es un pueblo muy lindo —hablaba, pero estaba pendiente de la chica de pelo cobrizo que no se había presentado y quien tenía su total interés.

—¿De dónde eres? —preguntó Weiss, derretida con el turista y segurísimas de que no era norteamericano, por el acento.

—Irlanda.

—¿Y por cuánto tiempo planeas quedarte? ¿Ya fuiste al parque Yellowstone o al Grand Teton? Hay mucho por visitar en Wyoming —parloteaba Maggie.

—No sé por cuánto tiempo, supongo que el que me lleve conocer los sitios de interés. Ya fui a Yellowstone, es impresionante... Pienso visitar el lago mañana.

—¿Y estás solo?

—Sí, sería bueno poder ir con alguien que conozca el lugar...

—Si deseas... —Weiss estaba a punto de ofrecerse, pero Jennifer le dio una patada por debajo de la mesa, en cuanto la miró, ella le abrió los ojos en un gesto de reproche.

—Weiss, ¿puedes acompañarme al baño? —solicitó Jennifer y siguió mirándola con los ojos muy abiertos.

—Sí..., sí, claro, enseguida regresamos.

—Está bien, sigan —dijo Kane con un gesto amable.

Jennifer tomó a Weiss por el codo y casi la arrastró hasta el baño.

—¿Estás loca? —Le reprochó en un susurro en medio del atestado baño—. ¿Cómo es que osas siquiera pensar en ofrecerte a acompañar a un completo desconocido a las montañas?...

—Dijo que al lago...

—Como sea, pretendes irte con un desconocido a un lugar apartado del mundo.

—No exageres... —intervino—. Además, a ti no te gusta, aunque él no te quita la mirada de encima, es evidente que eres tú la que le atrae.

—No entiendes que puede ser un psicópata, que podría torturarte cruelmente hasta matarte en el lago y hacer desaparecer tu cuerpo...

—Estás viendo muchos programas de investigación policial y esas cosas.
—Se mofó y se fue al lavamanos, se miró al espejo y se acomodó un poco el cabello—. O la gran ciudad te ha vuelto bastante paranoica.

—No, tú eres muy confiada, no tienes idea de quién es ese tipo.

—Es solo un apuesto turista que necesita de nuestra ayuda.

Jennifer negó con la cabeza mientras se lavaba las manos y la miraba a través del espejo, sabía que seguir insistiéndole a su amiga era una causa perdida.

—¿Podemos volver? —preguntó Weiss, después de retocarse el labial.

La sorpresa de Jennifer fue mayúscula cuando regresaron a la mesa y el hombre estaba cómodamente instalado hablando con Maggie, no podía negar que lucía bastante apuesto, su belleza era totalmente exótica y varonil, pero no por eso debían darle tanta confianza.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Jennifer con toda la acidez que la caracterizaba.

—Lo invité a la mesa —respondió Maggie, muy sonriente.

—Disculpen, sé que estoy incomodándolas, mejor me voy. —Iba a levantarse, pero Weiss lo retuvo por el hombro.

—No, quédate, por favor. Nos gustaría mucho que nos contaras sobre tus viajes. —Se volvió a hacia sus amigas—. ¿Verdad, chicas? —preguntó con dientes apretados, sonriente y mirando fijamente a Jennifer.

A la joven del pelo cobrizo no le quedó más que aceptar, era eso o largarse a su casa a seguir mirando el techo de su habitación.

—Está bien, sí..., puedes quedarte —aceptó y se sentó frente al hombre, mientras que Weiss aprovechó para sentarse al lado de él.

—Kane me contaba de su viaje, está recorriendo el mundo... Es muy interesante todo lo que dice —explicó Maggie, bastante entusiasmada.

—¿Y vives en Irlanda? ¿Dublín? —preguntó Jennifer, como si fuese una detective, más que por interés.

—Soy de la Provincia Munster, pero llevo unos doce años sin visitarla.

—¿Y dónde has estado todo ese tiempo?, ¿viajando? —interrogó con ironía.

Su sarcasmo fue completamente apreciado por el hombre que sonrió vagamente, pero estaba totalmente fascinado con la mordacidad de ella. Era preciosa, pero esa actitud la hacía perfecta.

—En Gran Bretaña, estudiando.

—¿En serio? —preguntó una emocionada Weiss, queriendo obtener la atención del hombre, quien evidentemente, estaba fascinado con su amiga, pero ella no lo quería, entonces no iba a desperdiciar la oportunidad—. Jennifer también estudia allí.

—¿En serio? Es una grandiosa coincidencia..., estudié en Middlesex, me

gradué este año, ¿y tú?

—Todavía no termino, estoy en Cambridge —respondió Jennifer.

El hombre silbó, encantado, porque sin dudas, la jovencita era una caja de pandora. Estaba en una de las mejores universidades del mundo, entonces tenía que ser brillante, además de hermosa y satírica.

—¿Qué estudiaste?

—Estrategia empresarial. Y tú, ¿qué estudias?

—Medicina.

—No tienes apariencia de que estudies medicina, pareces más una mujer de armas tomar, te desenvolverías mejor en Leyes.

—Eso me han dicho —masculló, sin poder evitar recordar que Connor le había dicho lo mismo—. Pero amo mi carrera.

En ese momento Kane le hizo señas al mesonero para que se acercara a la mesa.

—¿Desean algo? —preguntó mirando a las chicas.

—Depende, ¿tú que quieres? —intervino Weiss.

—Quiero probar cerveza artesanal, dicen que son muy buenas... ¿Me recomiendan alguna?

—Definitivamente, una Melvin —respondió Maggie, porque parte de su familia estaba asociada con la marca.

—Está bien, una Melvin para mí... ¿Y ustedes?

—Yo también quiero una —comentó Weiss, con su imborrable sonrisa.

—Otra para mí. —Maggie afirmó con la cabeza y, después, todos pusieron sus ojos en Jennifer, esperando a que se decidiera.

—Agua.

—¡En serio! —protestó Weiss—. No seas aguafiestas, Jemm.

—Está bien, otra para mí —bufó, poniendo los ojos en blanco.

Minutos después, las cervezas llegaron, hicieron un insignificante brindis y empezaron a beber mientras conversaban de trivialidades; aun así, Jennifer empezaba a descubrir que Kane, además de atractivo, también era bastante elocuente e inteligente, por supuesto, que seguía con su plan de conquista, pero era lo bastante sutil como para empezar a despertar verdadero interés en ella.

Hablaba de los lugares que había visitado hasta el momento y no se mostraba en absoluto fanfarrón, porque no hablaba de lo bien que lo había pasado ni cuántas cosas había hecho, sino de la cultura de cada sitio, con una naturalidad y ánimo que invitaba a seguir escuchándolo con ávidas ganas.

Sin darse cuenta, ya cada uno se había tomado tres cervezas y en el

restaurante quedaban pocas personas.

—¿Has bailado música *country*? —preguntó Weiss, dispuesta a seguir pasando más tiempo con el turista.

—No, apenas lo he visto en películas —respondió, jocoso.

—Bueno, de Jackson no te vas sin por lo menos haber hecho el intento.

—Con el fin de pasar más tiempo con ustedes, estoy dispuesto a hacer el ridículo.

—¿En este momento? —preguntó Maggie, con una sonrisa bobalicona, estaba fascinada con Kane, pero no de la misma manera que Weiss, porque ella, verdaderamente, estaba enamorada de su novio.

—Enseguida —dijo con el pecho hinchado de valor y decisión.

—Entonces, paga tu cuenta que nos vamos a otro lugar.

Ninguna se opuso a la idea de Weiss, si querían pasarlo bien, la mejor manera era hacerlo bailando.

Kane llamó al mesonero y pagó toda la cuenta, incluyendo las de ellas. Antes de marcharse, se bebieron de un solo trago la poca cerveza que quedaba en sus vasos.

Parloteaban mientras caminaban entre la marea de personas que disfrutaban de la feria. Weiss, se esmeraba por mostrarle y explicarle lo más mínimo, aunque él estuviese más pendiente de las veces que Jennifer parpadeaba.

Mucho antes de llegar a una gran carpa que había sido instalada para la feria, se podía escuchar la música y la algarabía de los que estaban dentro.

Estaba bastante lleno, hasta cierto punto era abrumador, pero la alegría y energía que se respiraba en el ambiente le hizo quedarse, caminaron tropezando con varias personas hasta ubicarse cerca de la gran pista, bañada por luces de varios colores y el piso cubierto ligeramente por paja seca; encontraron un puesto, era un barril de madera que fungía como mesa y tenía cuatro puestos altos.

Había banderines, herraduras y algunos atrapasueños colgando del techo, cortinas de luces que titilaban, mientras la música *country* mantenía el ambiente festivo.

Kane se mostraba fascinado, mirando todo lo que le rodeaba, sobre todo a quienes demostraban lo diestros que eran al bailar; estaba seguro de que jamás conseguiría llevar ese ritmo en sus pies, pero por pasar un rato más con Jennifer, lo intentaría.

Se pidieron más cervezas y seguían conversando muy animados, pero era

hora de bailar, porque a eso habían ido; las tres sacaron al turista y le hicieron rueda, ellas reían divertidas al ver los inútiles y muy oxidados intentos de él por imitar sus movimientos. Kane, no se sentía intimidado, con gusto seguiría haciendo el ridículo, si con eso conseguía que Jennifer siguiera riendo de esa manera.

Ella estaba mucho más relajada, ya no era tan mordaz y estaba disfrutando del momento, parecía ser otra, una más confiada y divertida, esta faceta también le gustaba mucho, probablemente, era el efecto de las cervezas que se había tomado.

Sudados y con los pechos agitados regresaron a la mesa, bebieron más para refrescarse mientras sonreían.

—A pesar de todo, no lo haces tan mal —dijo Jennifer, sonrojada.

—En realidad lo haces muy bien —elogió Weiss, que parecía no encontrar defectos en el hombre.

—La danza irlandesa es parecida, solo que se enfoca más en la rapidez de las piernas y los movimientos de los pies; el cuerpo y los brazos deben mantenerse estáticos.

—¿Podemos ver? —preguntó Maggie.

—No. —Suspiró, sonriente—, no me hagan bailar eso ahora. —Casi suplicó, sonrojado, más de lo que ya era.

—Por favor —pidió Weiss—, nos encantaría verte.

—¿Quieres ver cómo lo hago? —Le preguntó a Jennifer, aunque las otras chicas fuesen bastante agradables, toda su fascinación estaba puesta en la mujer de pelo cobrizo.

Jennifer asintió, sonriente, recordaba haber visto una presentación de danza irlandesa en el Riverdance, pero quería comprobar qué tan buen bailarín podía ser Kane.

El hombre se levantó y retrocedió varios pasos, para tener el espacio necesario para poder mover sus pies con libertad, mientras pedía al cielo hacerlo bien, no deseaba quedar como un bufón delante de la mujer que ansiaba conquistar. Intentaba llevar en su mente el compás vibrante del Bodhrán, siendo golpeado rítmicamente por las baquetas, y empezó a zapatear con la cadencia que llevaba en su cabeza y que desentonaba totalmente con la que se escuchaba en el lugar; sin embargo, se esforzó por dar una buena presentación, mientras miraba sonriente a Jennifer, casi un minuto de demostración fue suficiente, y ellas le aplaudieron.

Inhaló profundamente y después suspiró para calmar los latidos de su

corazón, que estaban descontrolados, más que por el baile, por cómo lo miraba Jennifer.

—Lo haces genial —dijo Weiss, muy emocionada mientras aplaudía, aunque ella no tuviese la más remota idea de cómo se bailaba eso, pero le había gustado mucho lo que hizo el chico.

Él agarró su jarra de cerveza del barril y se la empujó casi hasta el fondo, para después volver a sentarse, justo en ese momento, Maggie revisaba su teléfono con un mensaje entrante.

—Chicos, lo siento, pero tengo que irme, mi novio viene a buscarme —comentó—. Ya terminó el rodeo.

—¿Tu novio está aquí? Puedes invitarlo —pidió Kane.

—Vendrá por mí, pero no creo que se quede... Tenemos otros planes —comentó, sin poder ocultar el sonrojo casi virginal en sus pómulos.

—Entiendo —dijeron los demás, al unísono, con picardía, como si se hubiesen puesto de acuerdo para hacerlo, fue tan natural que no pudieron evitar reír.

—No es lo que están pensando. —Sonrió, nerviosa.

—Será mejor que no digas nada más —comentó Jennifer, muy sonriente.

—¿Tu novio estaba compitiendo? —preguntó Kane, muy interesado y cambiando el tema de conversación para no incomodar a Maggie.

—No, solo estaba de espectador, anda con sus amigos... Solemos darnos tiempo con los amigos, así no nos asfixiamos.

—Me parece genial que lo hagan, porque a pesar de ser pareja, cada uno lleva su vida independiente —comentó Kane, quien era amante de la libertad, aunque también deseaba tener a una buena y complaciente mujer a su lado. Eso era justo lo que necesitaba, alguien que lo comprendiera.

En ese momento una horda de hombres y mujeres, sonriendo y conversando entraron a la gran carpa, cargando a un hombre que traía en alto un trofeo, lo recibieron en medio de una algarabía y, entre la confusión del momento, llegó el novio de Maggie, un joven de pelo negro y ojos azules, se hicieron algunas presentaciones, pero no iban a quedarse, así que se despidieron.

Weiss, Jennifer y Kane miraban al grupo de personas que había entrado, se apostaron en varias mesas y pidieron cervezas, indudablemente, para celebrar al ganador del rodeo.

La sonrisa tonta de Jennifer se congeló al ver entre las personas que celebraban a Connor Mackenzie, seguía acompañado por la jovencita nativa,

de manera inevitable, su respiración se aceleró al igual que sus latidos, deseaba dejar de mirarlo, pero sus emociones la dominaban y no podía imponerse por encima de sus acciones; sencillamente, no conseguía apartar la mirada de la pareja.

Le molestaba infinitamente verlo con esa chica, verlo reír destruía cualquier capacidad de ser objetiva, en ese instante, solo deseaba ser visceral, quizá levantarse de la mesa y enfrentarlo, hacerle saber que también estaba ahí, solo por el mero capricho de ver si provocaba algún tipo de alteración en él, pero como no conseguía moverse, no le quedaba más que soportar esa ira pasiva que estaba consumiéndosela.

Necesitaba pasar esa estúpida sensación que la perturbaba y le dio un gran trago a su cerveza, seguido de otro, mientras que Kane y Weiss parloteaban acerca del ganador.

Jennifer terminó con su cerveza de un segundo trago y se pidió otra, estaba segura de que después se arrepentiría por todas esas cervezas que se estaba tomando, que seguiría maldiciendo a Connor Mackenzie a la mañana siguiente, cuando tuviera que correr por una hora, para desintoxicarse un poco del mal que se estaba ocasionando.

Sabía que estaba bastante dispersa, pero intentaba parecer muy entretenida frente a sus acompañantes, para que no se enteraran de que un vaquero maloliente la tenía alterada. Definitivamente, tenía que sacarse a Connor Mackenzie de la cabeza, olvidar el terrible error que había cometido al tener sexo con él y seguir adelante.

Era inaudito que ni siquiera lograra escuchar con claridad, era como estar bajo el agua, todo era un eco bastante lejano, ni siquiera fue plenamente consciente de cuando Weiss abandonó la mesa.

—¿Y Weiss? —preguntó en medio de un claro de lucidez.

—Fue al baño —respondió Kane, sonriente, mostrándose confundido por esa pregunta, porque ella misma le había pedido que no tardara—. No me has dicho cuándo piensas volver a Cambridge —siguió con la conversación y se juntó más a ella, para hacer más íntima su conversación.

—En cuanto tenga que hacerlo, todavía me quedan algunas semanas de vacaciones... —Lo miró a la cara, sobre todo a esos ojos color fuego—. ¿Quieres venir conmigo?

—¿A Cambridge? —interrogó entre emocionado y fascinado.

—No, a otro lugar, ahora —dijo muy decidida, segura de cuáles eran los deseos de Kane. Ella necesitaba reencontrar su seguridad, porque odiaba

depender de las egoístas emociones de celos que despertaba Connor en ella.

—Está bien. —Sonrió casi incrédulo—. A donde quieras.

Jennifer se levantó y tomó la mano de Kane, prácticamente, lo arrastró fuera de la carpa, aunque verdaderamente deseaba plantarlo en frente de Connor para que lo viera, porque quería que se sintiera igual que ella, pero no lo hizo.

Caminaron entre las personas que se divertían en la feria, se hacían espacio y avanzaban hasta que la afluencia de gente empezaba a bajar; en poco tiempo, estaban rodeados por autos de todo tipo, sobre todo rústicos.

—¿No quieres darme un adelanto de a dónde me llevas? ¿Segura de que no eres una psicópata? —preguntaba, sonriente, y vio cómo ella buscó en su bolso de cuero con flecos las llaves y desactivó la alarma de un lujoso BMW del año.

—Sube. —Le pidió, soltándole la mano.

—Jennifer...

—Sube, Kane. —Casi exigió al tiempo que abría la puerta del conductor.

Él no dijo nada, esperó varios segundos, hasta que escuchó el motor encendido y subió, agradeció el calor que lo recibió dentro del reconfortarle deportivo.

Jennifer puso en marcha el auto, dejando una polvareda en el estacionamiento, inevitablemente, se convirtió en el centro de atención de varias personas que llegaban al estacionamiento para dejar ya la feria y regresar a sus hogares.

Kane no podía evitar sentirse nervioso por la endemoniada manera en que Jennifer conducía, sobre todo, porque rápidamente se adentraron a un solitario camino donde más allá de las luces de los faros del auto, no había nada más que iluminara la carretera de tierra.

De repente, ella dio un frenazo que él, por instinto de supervivencia, llevó ambas manos al tablero, para no terminar estampado contra el vidrio, aunque llevara puesto el cinturón de seguridad.

—¡Estás loca! —dijo, sintiendo las pelotas en la garganta, la vio quitarse el cinturón de seguridad y después introdujo sus manos por su vestido y se sacó las bragas—. Sí, estás loca —aseguró, pero esta vez más emocionado que asustado.

Ella, rápidamente, se mudó al asiento de él, se puso ahorcadas y le desabrochó el cinturón; no obstante, Kane seguía pasmado e intentaba asimilar lo que estaba sucediendo.

Jennifer lo atacó con un beso voraz al que él correspondió, sin perder tiempo, llevó ambas manos y le apretó el culo, no iba a hacer preguntas estúpidas, solo aprovecharía la oportunidad que llevaba deseando desde el instante en que la vio.

Sin dejar de besarlo, ella le desabrochó el cinturón y el pantalón, buscó el pene y empezó a masturbarlo lentamente, estimulándolo para que la erección que deseaba cobrara vida cuanto antes.

Kane le gruñía en la boca y mordía con cuidado los labios de ella, también introducía su lengua en busca de más.

—Estaba deseando esto, no voy a mentirte —murmuraba él, dejando su aliento caliente sobre los labios mojados de ella.

—Lo sé, sé lo que quieres..., lo supe desde el momento en que mandaste al mesonero a que me llevara el vino, no existe otra intención cuando un hombre ofrece una bebida —musitó ella, casi sin aliento, sintiendo el pene engrosar entre sus manos.

—Me gustas, Jennifer, eres hermosa..., estás demasiado deseable —hablaba, apretándole con fuerza una nalga, y con los dedos de su otra mano se paseaba por los labios vaginales, en busca de ese botón de placer.

Ella jadeó en su boca y se meció contra los dedos, lo hacía con intensidad para experimentar esas sensaciones avasalladoras que el sexo le prodigaba.

—Demuéstrame cuánto me deseas, necesito que seas intenso... Quiero que te comportes a la altura de tus palabras, hazme gritar tu nombre, Kane —murmuró y con una mano rebuscó en su cartera, hasta que encontró la cajita de condones, sin perder tiempo, sacó uno y se lo puso a su objeto de deseo.

—Eso haré. —Jadeó roncamente cuando sintió que ella se sentaba tragándose su erección, era bastante incómodo destacarse en un espacio tan reducido y a medio vestir, pero iba a dar lo mejor de sí para disfrutarla y para hacerla gozar.

Jennifer empezó a mover su pelvis con intensidad, sintiendo que oleadas de placer la envolvían, mientras él empezaba a desabotonar su vestido, aun por encima de la tela de su sostén empezó a chuparle las tetas.

Ella vivió el orgasmo, uno que solo provocó que la cara de Connor contraída por el placer asaltara a su memoria, siguió danzando con rapidez y temblores sobre Kane, lo besaba con intensidad para sacar al vaquero de su memoria, pero una vez que la nube del frenesí se disipó y terminó exhausta, se pasó a su asiento, dejándose caer pesadamente con el pecho agitado, se

acomodó un poco el pelo alborotado y empezó a abotonarse el vestido.

Kane se quitó el condón, con una sonrisa de satisfacción indeleble y empezaba a acomodarse los pantalones cuando la petición de Jennifer lo perturbó.

—Bájate —dijo ella.

—¿Me estás jodiendo? —preguntó, incrédulo y sonriente.

—Bájate.

—Jennifer..., estamos en medio de la nada.

—Ahora...

—Pues no, no me bajo, a menos que me lleves de vuelta al pueblo.

Ella sacó de su cartera una Tásler y la apuntó hacia él.

—Si no quieres llevarte una buena descarga, será mejor que te bajes en este instante.

A Kane no le quedó más remedio que bajarse en medio de la nada, en la total oscuridad y con un frío que le calaba los huesos.

—¡Estás putamente loca! —Le gritó azotando la puerta, pero no sin antes tirarle el condón usado por la cara.

—Maldito infeliz —murmuró ella, quitándose los restos de semen que le habían caído en la mejilla y pecho; agarró el pedazo de silicón con la punta de los dedos, bajó la ventanilla y lo tiró.

Puso en marcha el auto mientras miraba por el retrovisor, para después cambiar la dirección del BMW, y lo puso en retroceso; pisó el acelerador y, justo cuando estuvo a punto de llevárselo por delante, frenó, segura de que le había dado un buen susto al infeliz.

Volvió a cambiar la dirección del auto y partió rumbo a su casa, mientras se limpiaba con una servilleta las huellas que había dejado tener sexo con Kane.

Jennifer dejó su auto en su plaza, bajó y cerró de un portazo, no podía evitar sentirse furiosa, y lo peor era que no sabía si lo estaba con Kane o con ella misma, todo por dejarse llevar por ese demonio interno que cada vez que podía hacía con ella lo que le daba la gana, la gobernaba sin poder evitarlo, aunque llevara años luchando con eso, siempre terminaba venciéndola.

Entró de puntillas para que sus padres no se percataran de su hora de llegada; sin embargo, estuvo a punto de un colapso nervioso cuando la luz de una de las lámparas junto al sofá se encendió y vio a su padre con el pijama puesto.

—¡Papá, casi me matas del susto! —exclamó, llevándose una mano al pecho.

—¿Cómo te fue? —preguntó, cruzándose elegantemente de piernas.

—Bien..., bien, todo bien —tartamudeó, sin querer entrar en detalles.

—¿Cómo estuvo la feria?

—Igual que siempre... Ahora quiero ir a dormir, estoy muy cansada —hablaba cuando lo vio levantarse y caminar hasta ella.

—Creo que estuvo mejor que siempre, porque ya casi amanece. —Estiró su mano para tomar la de su hija, pero ella lo esquivó—. ¿Segura de que todo está bien?

—Sí, papá..., solo estoy cansada. Creo que ya no estoy para este tipo de cosas —retrocedió un paso, no quería que su padre le tomara las manos, porque las tenía sucia del pene de Kane.

—Bueno, ve a descansar... Por la tarde podríamos llevar a Castiel a pastear.

—Es buena idea. —Sonrió y permitió que le acariciara el pelo; sin embargo, volvió a esquivarlo cuando iba a dejarle un beso en la mejilla, justo donde el maldito irlandés la había llenado de semen. Jamás permitiría que su padre tuviera que poner sus labios y todo su amor paternal sobre algo tan depravado—. No vemos en unas horas, papá. Ve a descansar.

Escapó y corrió escaleras arriba, en el momento justo que cerró la puerta de su habitación, liberó un pesado suspiro que no consiguió apaciguar ni un poquito esa sensación indefinida que la invadía y con la que ya estaba tan familiarizada, no sabía si se trataba de rabia, arrepentimiento, nostalgia,

impotencia, repugnancia, probablemente era una gran mezcla de todo eso.

En una situación como esa, tirar todo al suelo, estrellar cualquier objeto que se atravesara en su camino era la única salida para no explotar, para que eso que la ahogaba no la asfixiara, pero sabía que no podía hacerlo porque alertaría a sus padres, una vez más, deseaba estar lejos de ellos, estar en la soledad de su apartamento, donde podría gritar y lanzar todo contra las paredes hasta quedar agotada.

Apretó fuertemente los puños hasta que sentía que sus propias uñas le lastimaban las palmas, igualmente, oprimió con fiereza sus párpados y labios, para retener en su interior toda su furia.

Respiró profundo en varias oportunidades, pero no consiguió sentirse mejor, tampoco quería quedarse toda la noche contra la puerta; en medio de tirones se quitó la bufanda y la dejó caer en el suelo, después, con bruscos tirones haló de las presillas de su vestido, reventando uno a uno los botones, buscando drenar esas emociones que la incineraban.

En medio de bruscos movimientos, terminó de desvestirse y quitarse las botas, dejando un montón de prendas; se metió en la bañera y abrió los grifos, sin darle tiempo a que el agua tomara una temperatura agradable; sin embargo, estaba tan ahogada por su ira que el agua que le erizó la piel no pudo sentirla helada.

Su mirada se perdía en cómo el chorro de agua llenaba la bañera, necesitaba irse, perder el sentido de dónde estaba y de lo que estaba sintiendo; no obstante, su mirada empezó a empañarse por las lágrimas que la impotencia le obligaba a derramar.

Vertió casi todo el jabón líquido en el agua, agarró la esponja y empezó a restregarse con furia, quería borrar de su piel las huellas de sus malas decisiones, de esas que cometía comúnmente y de las que la mayoría del tiempo se arrepentía; nunca conseguía pararse a tiempo, no podía evitar darles a los hombres lo que querían de ella, y eso era con lo que llevaba mucho tiempo luchando, porque prefería dárselos a que terminaran arrebatándoselo con falsas promesas y estúpidos obsequios, como había hecho Will.

Odiaba que los hombres trataran de disfrazar sus verdaderas intenciones o que pretendieran premiarla por algo, por esa razón, prefería ser ella quien diera siempre el primer paso, para no dejarles opción a nada más y, de alguna manera, ser quien siempre llevara el control de su vida y su cuerpo.

A pesar de que llevaba mucho tiempo en la bañera no quería salir, porque sentía que el agua caliente le brindaba ese consuelo que necesitaba,

que en ese baño podía dejar que sus demonios tomaran fuerza pero que no la lastimaran, ahí podía llorar en libertad, ser sincera con sus propios sentimientos, dejarlos fluir hasta que encontrara la fuerza para volver a ser esa mujer inquebrantable e insoportable a la que todo el mundo odiaba, sí, sabía que no era del agrado de la mayoría de las personas, pero actuaba adrede porque no le interesaba agradarle a nadie, así no les daría el poder para que la lastimaran o robaran su confianza, como una vez lo hizo aquel maldito jardinero con su inocencia.

Pegó sus piernas al pecho y se abrazó a sí misma, tratando de consolarse como siempre lo había hecho, siguió llorando perdida en su propia tortura hasta que vio el alba a través del gran ventanal que estaba sobre la bañera; el halo de luz naranja le brindó el regocijo que necesitaba para sentirse mejor, fue entonces que salió escurriendo agua, se secó y se fue a la cama, donde abrazada a una almohada se quedó dormida.

Connor había pasado gran parte de la mañana, pegado al teléfono y tecleando desde su Mac, mientras era objeto de la mirada curiosa de su padre.

Eliot no tenía dudas de que para Connor el tema con los *Mustangs* se había convertido en una obsesión, su hijo anhelaba tanto proteger a los caballos que, si por él fuera, se hiciera cargo de todos, sí, de los más de cincuenta mil equinos que habitaban en los diez estados del oeste del país.

Ahí lo tenía discutiendo con Laura, porque por lo que podía entender, encontraron una cantidad considerable de *Mustangs* envenenados, exigía justicia al punto de que las venas de su frente no dejaban de latir y ser visibles debido a la molestia e impotencia que lo azotaba.

—Es pura mierda... No, Laura..., es pura mierda, pura excusa barata, es basura, claro que saben perfectamente quién lo hizo, ¿por qué carajos no abren una investigación? Tuvo que ser alguno de los ganaderos dueño de los ranchos cercanos, pero claro, los caballos no les interesan, para ellos no es más que un alivio, menos trabajo... ¿Por lo menos te han dado respuesta del programa anticonceptivo? —cuestiono e inhaló profundamente mientras Laura lo ponía al tanto.

—No, todavía no lo aprueban, siguen objetando que es muy difícil aplicar el dardo, que salen al galope cada vez que pretenden acercarse y que la aplicación de anticonceptivos se vuelve poco menos que una herramienta de

uso muy limitado.

Connor negaba con la cabeza al escucharla, sin poder creer que siguieran sin estimar prepuesto para los *Mustangs* o, por lo menos, no el adecuado, había muchas soluciones, pero para ellos solo era viable el sacrificio.

—Hemos visto cómo los acorralan, cómo hacen que se estrellen contra las vallas, ¿y siguen diciendo que no pueden acercarse lo suficiente? Es inaudito. —Resopló y se masajeó el cuello porque toda esa conversación lo tenía bastante tenso.

—Todo eso lo sabemos, Connor, ellos también lo saben, pero no hacen nada, no saben más que mentir; sin embargo, vamos a exponer sus mentiras y encontraremos una solución digna para los caballos. Todas las organizaciones estamos uniéndonos y haciendo fuerza para ganar esta batalla. Ayer hablé con la gerente de «Return to Freedom», y junto con «American Wild Horse Campaign» se consiguió que esta semana el senador Feinstein llamara al servicio forestal para detener la captura o venta de los caballos y burros que están en El Jardín de los Demonios, en California. Ha quedado prohibido hasta que no se haga una exhaustiva investigación sobre los sacrificios, por ese lado contamos con tiempo y tenemos las pruebas suficientes para demostrar que nuestras denuncias son reales... Nunca me he cansado de nadar contra la corriente, e imagino que tú tampoco.

—Sabes que no, que siempre haré lo que esté en mis manos por el bienestar de los caballos —habló un poco más calmado y sintió cómo su padre le puso una mano sobre el hombro, por lo que desvió su mirada hacia él.

—Ya está bien, tómate un descanso, es hora de comer. —Le dijo en voz baja, dándole un reconfortante apretón en el hombro.

Laura escuchó al señor y le ayudó a que fuese más fácil para Connor dejar la conversación.

—Ahora voy a reunirme con mis abogados, te mantendré al tanto.

—Te lo agradezco, por cierto, ya uno de los que me traje ha avanzado mucho, Yoomee lo llamó: Universe.

—Hermoso nombre, estoy segura de que le queda perfecto, cuando puedas me pasas fotos. Saluda a Eliot de mi parte.

—Está bien. —Miró a su padre—. Laura te manda saludos.

—Igualmente, pregúntale cuándo viene a comerse las mejores costillas de cerdos a la barbacoa de todo Estados Unidos.

—Mi padre te está invitando a comer costillas de cerdo.

Laura rio, agradecida, sobre todo porque le tenía gran aprecio a Eliot

Mackenzie.

—En poco tiempo estaré por allá.

Terminaron la llamada y Connor inhaló con fuerza, así mismo suspiró.

—Chenoa, ya el señor terminó de trabajar, ahora sí puedes servir la comida —habló Eliot en voz alta, a la mujer que solo habitaba en la cocina. Cerró la computadora y la puso al otro extremo de la mesa, donde su hijo no pudiera alcanzarla—. Entra otra llamada y tendrás que comprarte otro teléfono. Ya está bien por hoy, necesitas un descanso.

Connor solo se dio por vencido, tenía hambre y sabía que su padre tenía razón. A pesar de que al principio esa llamada lo había atormentado, al finalizar lo había dejado más tranquilo porque tenía la certeza de que las fundaciones no bajarían los brazos y no dejarían de luchar por los caballos, y que también contaban con el apoyo de algunos miembros del senado.

Sabía que tenía que reponer fuerzas, puesto que en una hora tendría que llevar a pastar a Parca, y también avanzar con la doma de Universe.

Para después ir a arrear el ganado y traerlo de vuelta a los corrales, sus días parecían no tener fin, ni siquiera le quedaba tiempo para pensar en otra cosa que no fueran las ocupaciones del rancho, y eso que contaba con la ayuda de más de treinta empleados, de no ser así, muy probablemente terminaría enloqueciendo.

Apenas terminaba de comer cuando el teléfono vibró, dejando un zumbido sobre la mesa del comedor, de inmediato, Eliot puso la mirada en el aparato.

—No creo que quieras estrellarlo —dijo Connor, viendo que era de Loren, una de sus hermanas gemelas.

—Contéstale, ¿qué esperas? —Hizo un ademán de preocupación hacia su hijo—. Puede ser que Hannah haya empeorado.

—Hola, pequeña, ¿cómo va todo? —saludó a su hermana.

—Hola, hermano, todo bien, solo llamaba para saludar e informarte cómo sigue Hannah, ¿estás ocupado?

—En realidad estoy pensando pedirle a Chenoa otro plato de comida.

—No me extraña. —Se rio—. ¿Qué hizo de comida?

—Antes de que te lamente por estar tan lejos y no poder comer la comida de la nana, cuéntame ¿cómo sigue Hannah?

—Bastante mejor, le han recomendado solo antigripales.

—¿La estás cuidando bien?

—Por supuesto, aunque ahora mismo estoy saliendo de clases.

—¿Te parece si voy unos días a cuidarla? Así podrás asistir a clases tranquila.

—No es necesario, Connor, solo tiene un simple resfrío y se le está pasando... No morirá solo porque se quede sola por las mañanas... Dile a papi que estamos bien.

—Se lo diré.

—Ahora sí, dime qué hizo la nana.

—Si te lo digo vas a sufrir. —Sonrió, miró a su padre y a Chenoa, que estaba a su lado.

—¡Dilo! —exigió en broma.

—Tu comida favorita.

—Filete de salmón y arroz rojo. —Se quejó casi sin voz y con ganas de llorar.

—Exactamente, y está delicioso, exquisito, el salmón estaba tan jugoso como te gusta...

—¡Ya! No me tortures más —suplicó casi con ganas de hacer pataletas.

Connor soltó una carcajada por haber hecho sufrir a su hermana, que solo vivían de comida rápida e inmersas en el sedentarismo de la universidad y, gracias a eso, habían ganado unos diez kilos, pero solo esperaba que tuvieran las vacaciones porque las pondría a trabajar con él, estaba seguro de que Loren no pondría peros, pero Hannah no pararía de quejarse.

—Pásame a papi —pidió, extrañaba la voz de su padre, aunque lo escuchara todos los días.

—Como mande la señorita. Te quiero. —Le dijo a modo de despedida.

—Yo también y te extraño demasiado... ¿Me estás cuidando a Cielo?

—Todos los días, me encargo de sacarla a pastear y la cepillo —explicó de la potra lusitana de su hermana Loren.

Cielo y Tierra eran de los más preciados del rancho, ambas potrancas gemelas, a las que afortunadamente el veterinario y Connor le siguieron muy de cerca y con muchos cuidados el embarazo, porque además de ser una rareza en el mundo equino, si se daba era bastante peligroso porque la yegua corría un gran porcentaje de muerte; sin embargo, favorablemente, lograron salvar a la madre y a sus crias, de las que automáticamente se adueñaron sus hermanas.

Hannah y Loren cuando se fueron a la universidad lloraron más por dejar a las potras que por dejar a su padre y hermano, incluso, los primeros meses Connor tenía que hacer videollamadas con las potrancas para que vieran que estaban bien.

—Debe estar muy grande, cuando vaya no me va a reconocer —chilló algo triste.

—Seguro que te reconoce, tienen buena memoria. Ahora te paso a tu padre, que voy a servirte más.

—Glotón, te odio porque te estás comiendo lo que me tocaba a mí.

—No lo dejaré perder —comentó sonriente y le ofreció el teléfono a su padre.

Eliot agarró el teléfono y se sumergió en una tierna conversación con su hija, mientras Connor se servía más comida para deleitarse con la extraordinaria sazón de Chenoa, que parecía solo mejorar con los años.

Jennifer despertó muy pasada la hora de la comida y con un terrible dolor de cabeza, se hundió más en el colchón y se reacomodó las sábanas, con la única intención de seguir durmiendo, porque en días como esos, cuando sus secretos amenazaban con torturarla, prefería sumirse en la inconsciencia. Cerró los ojos, pero por más que lo deseaba no podía volver a dormir, el ardor y vacío en su estómago no se lo permitían.

Se quedó en el capullo que había creado con sus sábanas, tratando de llevar sus pensamientos muy lejos de los errores que cometía y de sus arrepentimientos, pero su tortura personal era bastante insistente, así que apartó las sábanas y en medio de la impotencia y frustración las pateó, resopló furiosa con ella misma, no iba a quedarse ahí para darle poder a sus temores, porque era más fuerte que eso, jamás se rendiría ante sus propias debilidades, no iba a permitir que la consumieran, por lo que salió de la cama y se fue al baño.

Cuando bajó no había rastro de sus padres, imaginaba que debían estar para el pueblo, quizá supusieron que ella no despertaría en todo el día y no quisieron molestarla para que enfureciera.

Necesitaba con extrema urgencia comer algo, por lo que se fue directamente a la cocina y le pidió a Anna Mey que le preparara algo para comer y que fuese rápido porque estaba famélica.

La mujer le ofreció con rapidez un sándwich Elvis Presley, sabía que su niña adoraba la combinación de la manquilla de maní, banana y tocino.

—Nana, está riquísimo. —Elogió a la única persona del servicio en su casa a la que le tenía sincero cariño.

—¿Quieres otro? —Le preguntó, sonriente.

—No, con esto está bien... No quiero abusar con las cantidades.

—Está bien, mi pequeña. Por cierto, esta mañana llegó el correo y dejó unas cajas para ti.

—¿Puedes traerlas?, por favor —dijo antes de darle otro mordisco al emparedado—. No puedo esperar para ver si lo que llegó es tan bonito como se veía en la página.

—Enseguida voy..., come tranquila. —Le sonrió y se fue a buscar las cajas que estaban en la sala.

Cuando Anna Mey regresó, ya Jennifer estaba terminando de masticar el último bocado de su comida.

—Gracias —dijo una vez que la mujer de piel oscura y pómulos sonrojados puso la caja encima del desayunador. Jennifer inmediatamente abrió el empaque y sacó uno de los tres cabestros con cristales de Swarovski, que había comprado para Castiel—. Es preciosos —dijo, emocionada—. ¿No crees que Castiel se verá hermoso con esto?

—Sí, mucho. Le irá mejor el azul, porque pega más con sus ojos —aconsejó la mujer.

—Entonces hoy le pondré el azul, no puedo esperar para ver cómo le queda. —Bajó del taburete, mientras le daba un gran trago al agua que su nana le había servido—. Voy rápido a lavarme los dientes —dejó el cabestro de cadena y brillantes sobre el desayunador, y salió corriendo a su habitación.

No quería perder tiempo, por lo que después de lavarse los dientes no se cambió por uno de sus ostentosos trajes de equitación, sino que se dejó unos vaqueros, la blusa a cuadros azul, negro y rojo, con las botas tejanas que le llegaban por encima de los tobillos, solo se puso unos lentes estilo aviador, porque por su ventana se había dado cuenta de que el sol brillaba con intensidad y se recogió el pelo en una coleta alta.

Agarró su teléfono y se lo guardó en su pequeña cartera de cuero, estilo bandolera, y bajó; pasó por la cocina solo para agarrar el cabestro, guardarlo en su cartera y despedirse de su nana.

—Mi niña, ten mucho cuidado, hubiese sido mejor que esperaras a tu padre... Sabes que a él no le gusta que te acerques sola a las caballerizas —aconsejó, bien sabía de la desconfianza que sentía Prescott hacia los trabajadores, cuando se trataba de su mayor tesoro. No había sido un secreto para ella lo que había sucedido con su ángel y aquel infeliz de Will. Agradeció al cielo que el señor Rawson se deshizo de él, porque si no, ella misma lo hubiese matado con sus propias manos.

—Nana, solo voy al establo de Castiel, ya puedo ensillarlo sola. De todas maneras, llevo mi teléfono.

—Está bien, ve con Dios.

—Gracias, nana, nos vemos luego. —Le dio un beso en la regordeta mejilla y salió corriendo.

Era imposible correr todo el trayecto, a pesar de que estaba ansiosa por llegar, ver cómo se le veía a Castiel su nuevo cabestro de brillantes, y presumirlo con extraordinarias fotos en sus redes sociales, con el único

propósito de despertar admiración en sus seguidores. Tuvo que caminar para volver a tomar aliento.

Con gran fuerza empujó la puerta del establo e, inmediatamente, Castiel se asomó por su pesebrera, como si estuviera solo esperando por ella, eso le provocó una sensación bastante agradable en el corazón y no pudo evitar sonreír. Se quitó los lentes y se los colgó en donde terminaba la línea de botones de su blusa.

—Hola, hermoso. ¿Te sientes solo? —preguntó, acercándose a él; apenas abrió la portezuela, el caballo empezó a caminar hacia ella, quien inevitablemente empezó a sentir temor, porque un animal de ese tamaño siempre intimidaba—. Tranquilo, quieto. —Le puso la mano en la frente y empezó a acariciarlo, pero estaba bastante nerviosa, porque todavía no tenía la suficiente confianza.

Retrocedió varios pasos y el gran caballo dorado seguía acorralándola, dando pasos lentos hacia adelante. Jennifer estaba pensando seriamente en huir, pero no sabía qué tan rápido podría actuar, recordó que Connor le recomendó no mostrarle temor y, rasgando en su interior, se mantuvo estoica, pero seguía retrocediendo, hasta que sintió tras sus piernas que uno de los bebederos de su mascota le impediría seguir avanzando, por lo que no le quedó más que tragar en seco.

—Tranquilo, no pasa nada..., por favor, detente —susurró con los latidos lentos y dolorosos haciendo eco en su pecho.

El caballo empezó a olisquearla, provocando con sus resoplidos cosquillas en su oreja, no lo sentía como una amenaza; sin embargo, no podía controlar sus nervios, sonrió, bastante angustiada cuando Castiel le agarró un mechón de pelo y empezó a masticarlo.

—¡Ay, Dios! —susurró, temiendo que le arrancara ese mechón o, peor aún, que de un mordisco le extirpara una oreja—. Quietos, quietos, Castiel, vas a destruir mi pelo. —Le suplicó y con sus manos temblorosas le tanteó la quijada y hasta el cuello donde empezó a acariciarlo, fue entonces cuando le soltó el pelo y siguió ronzándole con sus belfos la mejilla, llenándola de baba.

Jennifer se sintió más segura cuando dejó de masticarle el pelo, así que siguió con su caricia lenta y suave, muy suave; probablemente, si fuera Connor, supiera interpretar lo que le pasaba a Castiel, pero no tenía ni la mínima idea de lo que le sucedía, y no sabía qué hacer.

—¿Acaso te has sentido solo? —curioseó en un susurró, sin dejar de tocarlo; de repente, el caballo le puso la barba sobre el hombro y la deslizó

por su espalda, acorralándola todavía más, hasta que la obligó a quedar entre el largo mentón y el pecho, eso era lo más parecido a un abrazo que podía darle un animal de ese tamaño, ella se sentía mínima y muy nerviosa; aun así, estiró sus brazos y los cerró en torno al largo cuello de su caballo.

—¿Necesitas de un abrazo? —preguntó, cerrando los ojos, aunque fuese ella quien empezara a sentirse bastante reconfortada con ese gesto increíble del equino.

Se sentía bastante agradable el calor y la energía que él le ofrecía, inevitablemente, pensó que justamente algo como eso era lo que necesitaba por la madrugada, cuando sintió que sus emociones, una vez más, estuvieron a punto de sobrepasarla.

—Gracias —murmuró—. No sé cómo, pero creo que sabes cuánto lo necesitaba... Gracias por no ser rencoroso conmigo, aunque no merezco este gesto, soy una persona bastante desagradable; sé que soy una maldita, que no merece nada bueno. Podrías pisotearme y sería apropiado, tendrías que odiarme, Castiel, como tiene que hacerlo todo el mundo, porque soy mala, solo incito a que cosas malas me sucedan —hablaba, recordando algunas de las palabras aisladas de Will, que todavía vagaban en su memoria.

Recordaba muy vívidamente que él la reprendió cuando arrancó unas flores porque verdaderamente las veía muy bonitas y quería hacerse una corona; desde ese momento, fue su desgracia, porque en medio de los sollozos ella le prometió que jamás volvería a portarse mal, que no volvería a arrancar las flores; a cambio, él se aprovechó para meter sus asquerosos dedos en su pueril vagina, alegando que de esa manera podía ganarse todas las flores que quisiera sin ser regañada.

Esa intromisión que, poquito a poco y con los días fue avanzando cada vez más adentro y tornándose más doloroso, ese dolor sí que lo recordaba muy bien, también tenía muy presente cuando él se introducía los dedos a la boca y se los chupaba con gran lascivia, después instaba a que ella también lo hiciera, siempre le pareció asqueroso, pero jamás quiso que volviera a regañarla, porque lo respetaba mucho y no quería decepcionarlo, cuando a esa edad, ni siquiera sabía el significado de esa maldita palabra.

—Eres demasiado bueno, Castiel..., Connor tenía razón, no te merezco —murmuraba con la garganta inundada, abrazada al cuello de su caballo, que movió la gran cabeza, como si estuviese negando; de manera inevitable. eso la hizo sonreír, pero también que las lágrimas se le derramaran—. Pero no quiero parecer tonta. —Sorbió los mocos y restregó la cara contra el suave pelaje

dorado para enjugarse las lágrimas—. Quiero mostrarte algo hermoso que te he traído. —Le dio un beso y como si el caballo comprendiera que era momento de romper el abrazo, se apartó.

Jennifer retrocedió un par de pasos y sacó el cabestro de brillantes de su bandolera, sabía que tenía que tener cuidado porque Castiel podía asustarse, a pesar de todas las peleas que tuvo con Connor, escuchó muy bien sus consejos y, aunque en el momento se mostró bastante apática y antipática, sí los tomó en cuenta solo, que sin hacérselo saber.

—Voy a ponértelo, estoy segura de que se te verá hermoso —comentó muy emocionada, ya su padre le había enseñado cómo poner cada parte de la montura a su caballo, así que con mucho ánimo y cuidado lo dejó listo para montar.

Una vez preparado, miró con gran admiración a su magnífico Castiel, en serio, parecía un arcángel, como su mismo nombre significaba; las cadenas de brillantes color cielo atravesaban su frente y puente de la nariz.

—En serio, luces muy elegante, extraordinario... ¿Te parece si salimos a dar un paseo? El día está espléndido.

Tiró con suavidad de las riendas y lo llevó afuera, fue ahí que lo montó, salió al trote con toda la intención de perderse en las llanuras rocosas que pertenecían a su padre, necesitaba estar a solas para desprenderse de esa sensación amarga que la embargaba desde la madrugada y que no había conseguido erradicar del todo con las horas de sueño.

Connor seguía con sus intentos de enseñarle modales a Parca, había conseguido ponerle la manta estribera, se había mostrado tranquilo con el peso ligero y la textura, sabía que con la montura sería distinto, pero lo que tenía para ese caballo era paciencia, así que iba poco a poco, no tenía la mínima intención de romper su espíritu; en lugar de eso, solo deseaba que le tuviera confianza, pero eso era algo que los *Mustangs* no daban con facilidad, para eso se necesitaban meses y meses de acercamiento y adiestramiento.

Lo sostenía por el lazo que tenía alrededor del cuello, parado en su punto ciego, mientras el gran caballo pastaba; tenía que estar siempre vigilante porque el muy rufián, cuando tenía la mínima oportunidad se echaba a correr. Connor estaba seguro de que Parca había sido el líder de alguna manada, por eso su rebeldía, solo quería buscar la manera de volver con los suyos, solo que era imposible, porque no sabía a qué manada de los diez estados pertenecía.

—Me encantaría poder llevarte con los tuyos, supongo que hasta dejaste algunos potrancos, y es eso lo que más extrañas, pero es imposible para mí concederte ese deseo... Solo puedo garantizarte seguridad y bienestar aquí, conmigo —hablaba, rozando con sus dedos la espesa crin negra.

De repente, el sonido de un galope puso alerta a Parca, que levantó la cabeza y echó las orejas hacia atrás; Connor se volvió para mirar a ver quién se acercaba, pero en un abrir y cerrar de ojos el *Mustang* salió disparado a una velocidad que le fue imposible para Connor igualar; sin embargo, corrió prácticamente halado por la soga que llevaba Parca en el cuello, pero terminó trastabillando y cayó aparatosamente contra el barro, el caballo, con su fuera, lo arrastró un metro o probablemente dos; decidió soltarlo antes de que pudiera lamentarlo de verdad.

Se levantó adolorido, maldiciendo y limpiándose los ojos para quitarse el barro, le fue imposible no reconocer la maldita carcajada chillona y burlona de Jennifer Rawson.

Se sacudió la nariz con fuerza para sacarse el barro mientras la adrenalina le daba un considerable bajón, pero se replegaba, dándole paso a la rabia.

—El gran domador de caballos siendo tristemente humillado. —Reía Jennifer, sobre Castiel, al otro lado de la barrera.

Connor se pasó el dorso de la mano por la boca para limpiársela, se miró los pantalones y la camisa totalmente empapados del negro y frío barro, mientras trataba de canalizar sus emociones y no portarse como una bestia con esa mujer. Se recordaba una mil veces que Jennifer, a pesar de ser tan insoportable, era una mujer, y estaba en considerable desventaja con él.

—Parece que no llevas las de ganar con ese ejemplar. —Seguía ella parloteando.

Connor inhaló profundamente y emprendió el paso hacia la valla para estar más cerca de ella, con toda la intención de mostrarse imperturbable.

—Son gajes del oficio —comentó muy tranquilo, alzándose de hombros, fingiendo que no le había dado la mínima importancia a sus ridiculeces. Sabía que en vez de estar cayendo en el tonto juego de Jennifer Rawson, debía ir a buscar a Parca, pero ahí estaba, con las latentes ganas de discutir con ella.

Jennifer se tensó cuando lo vio caminar hacia la valla tan alto como era, tan imponente que la ponía nerviosa, pero no iba a huir, solo se apretó con fuerza a las riendas de cuero, para contener sus impulsos de correr, porque Connor Mackenzie, todo cubierto de barro, solo gritaba peligro.

Aunque ella estuviese sobre el caballo y de momento fuese más alta, Mackenzie se notaba más poderoso y amenazador, pero prefería morir antes que amilanarse ante él.

—¿Se puede saber qué haces tan lejos de casa? ¿Acaso has venido a buscarme? —preguntó, apoyando una de sus botas atestadas de barro en uno de los listones de madera que formaban la barrera entre ambas propiedades.

—¡Ja! —exclamó, aflojando las riendas—. Ya quisieras, lamento mucho... —Se llevó dramáticamente una mano al pecho—, romper tus anheladas ilusiones, pero ya mi cuota de malas decisiones del año las cumplí todas; por lo menos, tú fuiste quien formó parte de la mayoría.

—Eso dices ahora, pero sé que recuerdas muy bien lo que hicimos.

—En serio, tienes que superarlo, pero claro..., comprendo que estés fascinado, un chico de campo tiene poca probabilidad de estar con una mujer de verdad, imagino que, antes de mí, solo conocías a las yeguas.

—Tienes una mentalidad bastante perturbada, pero yeguas o no. —Apoyó las manos en el listón de madera superior—, bien que temblabas con mis besos... Incluso, hubo momentos en que dijiste que había sido tu mejor hombre, probablemente, la densa nube de placer en la que te hacía perder no te permitía ser consciente de todas las verdades que lograba sacarte.

—Sabes que solo dices mentiras para tratar de consolar a ese orgullo de macho cavernícola que llevas dentro..., pero como en realidad siento lástima por ti, permitiré que lo sigas creyendo.

—Y yo dejaré que sigas creyendo en las estúpidas excusas que le das a tu conciencia... —En ese momento, Castiel sacudió la cabeza, captando toda su atención—. Y opino que estás afeminando más de la cuenta al caballo, no necesita de esas cosas tan vanidosas. —A pesar de todo, le alegraba ver al hermoso ejemplar, también le tranquilizaba y llenaba de orgullo ver que había hecho muy bien su trabajo, porque ella se estaba entendiendo con el equino.

Jennifer, con un movimiento grácil y elegante, desmontó en un acto de valor y soberbia, sobre todo porque, ¿quién se creía Connor Mackenzie para decirle qué o no ponerle a su caballo?

Caminó con pasos estudiados, tratando inútilmente de que sus botas no se llenaran de barro, pero avanzaba ante la atenta mirada azul del hombre.

—Imagino que esperas que mi caballo esté maloliente, con su hermoso pelaje lleno de nudos y pulgas. —Se quedó a casi un metro de distancia de la barrera—. Creo que no te has dado cuenta de que es un buen caballo, de una raza extraordinaria, no un *Mustang* salvaje, como a los que estás

acostumbrado... Bueno, es comprensible. —Se echó un vistazo a su propia apariencia, haciendo un ademán de señalarse a sí misma—. Dicen que toda mascota se parece a su dueño... ¿Te has bañado con insecticida hoy? —preguntó con petulancia.

En ese momento, Connor apoyó el pie que tenía en el listón de madera y se impulsó con sus manos, en un abrir y cerrar de ojos saltó la barrera; inevitablemente, todo el valor de Jennifer desapareció y se echó a correr para subir a Castiel y huir, pero como siempre, Connor era mucho más rápido y le cerró la cintura con uno de sus brazos; y ella empezó a patallar.

—Suéltame, por favor... No lo dije en serio, estaba bromeando. ¡Vamos, Connor! No te tomes las cosas de manera tan literal —hablaba, tratando de soltarse de su agarre, pero sus pies estaban en el aire y la aprisionaba con fuerza por la cintura, casi que no la dejaba respirar. Estaba segura de que iba a pagar las consecuencias, no sabía qué haría el vaquero, pero seguramente no iba a gustarle—. ¡Connor, me estás llenando de barro!... —Apenas terminó de decir eso cuando sintió que su cuerpo se estrelló contra el suelo, no solo contra el suelo, sino que se hundió en el frío barro. No pudo evitar jadear y arquear la espalda ante el choque de temperatura.

Con impresionante rapidez él se puso ahorcadas sobre ella y le sujetó las muñecas, dejándolas inmóvil contra el suelo, mientras sus rodillas se enterraban en el barro.

Jennifer tiraba con fuerza de sus manos, queriendo darle la pelea, mientras sus ojos destellaban por la furia, y los de Connor resplandecían más por tener la cara oscurecida por todo ese barro seco pegado a su cutis y barba, que lo hacía lucir como un vikingo en plena batalla.

—¿Contento? —preguntó con los dientes apretados y rindiéndose ante la fuerza de él—. ¿Ahora sí estás satisfecho con tu infantil numerito?

Él le peló los dientes con una sonrisa relajada, al tiempo que movía las manos de ella por encima de su cabeza y las sostuvo con una sola de las de él. Con la mano que tenía libre agarró un puñado de barro y se lo estampó en la frente, para después deslizarlo hacia abajo por el pelo cobrizo.

—¿En serio crees que consigues molestarme con tus comentarios? Si de verdad quieres sacarme de mis cabales tendrás que esforzarte mucho más, no cualquiera consigue hacer que me moleste —habló, agarró otro puñado de barro, se lo puso en el pecho y lo esparció por hombros y cuello—. En cambio, yo, sé exactamente cómo hacer para que enfurezcas, porque eres bastante explosiva, pierdes muy rápido los estribos. —Sentía contra la palma

de su mano el influjo intenso de la respiración de la chica, que sin duda estaba furiosa por lo que le estaba haciendo.

Un putito trueno resonó en el lugar e inevitablemente Castiel se espantó y salió al galope.

—¡Castiel, espera!... ¡Suéltame, animal! —Se removi6 con energía, pero era imposible liberarse de la fuerza y el peso de Connor—. ¡Se fue! ¿Acaso no ves que se fue? Suéltame, se perderá y es tu culpa...

—Primero te pierdes tú que él, sabrá arreglárselas muy bien para llegar a su establo.

—Ya, Connor, en serio..., me lastimas —dijo, tirando de las manos—. Estoy muy lejos de casa, me tomará horas llegar caminando y todo por tu culpa, maldito cavernícola. —Sentía tanta rabia que estaba a punto de ponerse a llorar, pero no lo haría.

—Pensándolo bien, que camines un buen rato podría hacerte bien, probablemente aumentes esa cuota de humildad que tanto necesitas.

—Y yo, pensándolo bien, podría escupirte un ojo —siseó.

—Sí, me gustaría que me escupieras, pero mejor en otro lugar... —Se echó un ligero vistazo a donde verdaderamente le gustaría sentir la saliva de Jennifer escurrirse.

—Eres un asqueroso —rugió, pero esa propuesta alteró sus terminaciones nerviosas, se mentiría a sí misma si no se lo admitía—. Suéltame, si no me sueltas juro que te mataré, Connor Mackenzie... Lo juro, te sacaré el corazón con mis manos —amenazó sin dejar de removerse.

—¿En serio quieres mi corazón? ¿Por qué no me lo pides por las buenas? Quizá considere dártelo o mejor sería que te lo ganaras —comentó con la total intención de incomodarla con el doble sentido de sus palabras.

—Qué cosas tan absurdas dices, campesino. Para lo único que lo quiero es para pisotearlo... No te hagas el interesante conmigo porque solo harás el ridículo; además, si lo que pretendes decir es que estás enamorado de mí, déjame informarte que el corazón nada tiene que ver, el enamoramiento es una función exclusiva del cerebro, solo estúpidos poetas han involucrado al órgano equivocado...

—Está bien, entendí, me has demostrado que no vas a la universidad solo a lucir tu ropa costosa y maquillaje, pero quién habla de enamoramiento aquí...

—Tú acabas de hacerlo.

—Dije que podías ganarte mi corazón, no que estuviera enamorado...

Mujeres, siempre pensando en el cuento de hadas. Si quieres ganarte mi corazón para pisotearlo tendrás que derribarme.

—¿Sabes qué?, ya no voy a seguir con tu tonto juego, si quieres tenerme aquí todo el tiempo que quieras, así será, en algún momento te cansarás.

—Eso crees, puedo pasar horas o días con tal de enseñarte cómo debes tratar a un hombre.

—¿Un hombre? —bufó—. Pues ¿dónde está? No lo veo. —Movi6 su cabeza mirando a ambos lados.

—Tengo mucha paciencia y perseverancia, Jennifer Rawson.

—Yo también soy persistente, terca...

—Lo sé —interrumpió, silbando, admirado—. Como una mula.

Ella apretó los dientes y rugió muy molesta por el simple hecho de que la comparara con ese animal.

—En algún momento mi padre vendrá por mí, entonces te arrepentirás de esto...

—Me pondré cómodo a esperarlo. —Se dejó caer sentado sobre la pelvis de Jennifer.

—No seas bruto, ¿acaso no eres consciente de tu peso?

—Un metro ochenta y cinco de buena masa muscular...

—Aparte de todo, vanidoso.

Connor desvió la mirada al horizonte y empezó a tararear la canción: En el infierno estaré en buena compañía, de The Dead South. Preparado para castigarla por el tiempo que le diera la gana.

Ambos habían perdido el sentido del tiempo, podían llevar ahí dos horas o apenas unos minutos; de lo que estaban seguros era de que ninguno daría su brazo a torcer, admitir darse por vencido sería una terrible muestra de debilidad, por lo que seguían soportando la incomodidad del momento.

Los labios de Jennifer en algunos momentos tiritaban sin que ella pudiese contenerlo, pero era que ya la espalda le dolía porque el frío del barro se le estaba metiendo en los huesos; también veía que los labios de Connor se tornaban un tanto morados porque la temperatura había descendido algunos grados, mientras que el viento arreciaba con fuerza y creaba remolinos a su alrededor.

Connor sintió las primeras gotas de lluvia estrellarse en su espalda, sabía que era momento de soltarla y dejarla ir, para que llegara a su casa antes de que empezara a llover con fuerza, pero su orgullo no le permitía aflojar sus amarras.

Las gotas empezaron a ser más constantes hasta que de él escurrían hilillos de agua de barro y caían sobre Jennifer, quien volvió la cara y cerró los ojos.

Ella estaba temblando de frío, pero no abriría la boca para suplicarle, una vez más, que la soltara, le daba igual si se moría de hipotermia.

La lucha entre ellos se llevaba en medio de espasmos, productos de la fría lluvia que verdaderamente empezaba a sentirse. Connor deseaba domarla, pero ella ponía toda su resistencia porque no iba a dejarse doblegar, su escudo era lo bastante fuerte como para que cualquiera pudiera atravesarlo.

Un relámpago iluminó el cielo e inmediatamente el estruendoso trueno provocó que ambos se sobresaltaran, pero no abandonaron sus posturas, aunque sus corazones estuviesen en constante galope.

Casi un minuto después y a menos de dos metros de ellos un potente rayo impactó con fuerza contra un gran árbol, de inmediato, decenas de peligrosas astillas de madera volaron por todos lados.

—¡Oh, mierda! —gritó Connor, abalanzándose contra Jennifer, para protegerla.

Ella soltó un grito, despavorida, escondiendo el rostro en el pecho de Connor, con todo su cuerpo tembloroso, todavía podía sentir cómo la tierra vibró ante el impacto del rayo.

Definitivamente, la naturaleza quería que dejaran sus orgullos de lado; más allá de las ganas de Connor por enseñarle un poco de humildad, estaba su sentido de protección y, sabía que seguir ahí era la mayor de las imprudencias, por lo que una vez que los latidos de su corazón redujeron la contundencia, la liberó. Ella se quedó pasmada por algunos segundos, pero después se levantó y sentía su pelo bastante pesado por el barro.

Se miró y toda ella era un completo desastre, sin embargo, sabía que la intensa lluvia se llevaría todo ese lodo que la hacía sentir tan pesada. Vio a Connor caminar de regreso a la valla de madera, sin siquiera decir una puta palabra, la rabia provocó que el influjo de su respiración casi le reventara el pecho y hasta dejara de sentir frío.

—¿Piensas dejarme aquí? ¡En medio de esta tormenta y con los malditos rayos! —gritó, enfurecida con el agua resbalando a raudales por su cara.

Connor se volvió, pero sin acercarse.

—¿Qué quieres que haga? No puedo cambiar el clima...

—No se trata de eso, hiciste que Castiel escapara, sabes bien que estoy lejos de casa.

—Empieza a caminar. —Hizo un ademán, moviendo sus dedos como si fuesen dos piernas andando.

Jennifer sentía unas ganas casi irrefrenables por saltarle encima y sacarle los ojos, solo ese maldito despertaba en ella esos deseos asesinos, pero debía hacerlos a un lado y humillarse por su propio bienestar.

—No sé muy bien cómo llegar a casa... Con Castiel era más fácil —farfulló.

Él permaneció impasible y se alzó de hombros de forma despreocupada, evidenciando que no le interesaba en absoluto lo que acababa de decirle.

Jennifer no seguiría humillándose ante un salvaje como Connor, así que se dio media vuelta y emprendió el camino, esperando contar con la suerte suficiente para llegar a su casa antes de morir por hipotermia, le quedaba completamente claro que él no era más que un ser extremadamente machista, e iba maldiciéndolo con cada paso que daba.

Recordó que en su cartera llevaba su teléfono, necesitaba llamar a su padre para que viniera por ella, lo buscó en la bandolera y lo sacó, pero estaba apagado, a pesar de varios intentos por encenderlo seguía sin funcionar,

suponía que se había quedado sin batería o en el peor de los casos, se había dañado, eso solo aumentaba su molestia, por lo que no pudo evitar lanzarlo con fuerza.

—¡Maldita cosa! —gritó toda temblorosa por el frío y siguió avanzando con largas zancadas. Necesitaba encontrar un lugar donde poder calentarse, aunque fuera una de las caballerizas a las que tenía prohibido entrar.

—Debes controlar ese carácter. —La voz de Connor la sorprendió, en realidad no lo había escuchado acercarse y aunque lo odiaba debía admitir que tenerlo a su lado la llenaba de alivio—. ¿Qué culpa tiene el pobre teléfono? —Salió corriendo a donde lo había lanzado y lo recogió, para después volver a su lado, aunque Jennifer seguía sin detenerse.

—No te me acerques —dijo, obviando el teléfono en la mano de Connor, no tenía sentido arrebatarle algo que ya no servía.

—¿Quieres que te lleve a casa sí o no? —preguntó, y ella vio el hilillo de agua que le escurría del mentón—. Estoy esperando una respuesta.

—Sabes que sí, ¿en serio te da tanto placer humillarme? —farfulló, apretando sus puños.

—Jamás he intentado humillarte, solo hacerte agradecida, respetuosa y menos mimada.

—Y tu mejor método es usando la fuerza... ¡Brillante!

—Tu actitud hace que en algunos momentos las cosas se salgan de control..., pero tengo otras formas.

—¿Sabes lo que puedes hacer con todas tus formas?

—No, no haré eso que con tanto fervor deseas, porque no desistiré hasta que aprendas a tratar a las personas.

—Pues, te quedarás con las ganas, porque después de hoy no tengo la mínima intención de volver a verte —hablaba, caminando a su lado.

—Ojalá así sea —confesó con la mirada puesta en el horizonte y se mantuvieron en silencio por varios minutos, mientras el frío seguía calándole en los huesos.

Jennifer se moría por preguntarle quién era esa nativa con la que había ido a la feria, pero sabía que hacer esa pregunta era afrontar que de alguna manera le importaba. Prefería quedarse con la duda y seguir adelante.

—¿Estás seguro de que sabes llegar a mi casa? —preguntó Jennifer, cuando vio que transitaban por un camino lleno de árboles, y realmente no recordaba haber pasado por ahí.

—Sí, conozco muy bien estas montañas.

—El camino que seguí no tenía árboles —dijo mirando cómo las frondosas ramas la cobijaban como si fuese un techo.

—Lo sé, pero por aquí es más cerca y evitaremos un poco la lluvia.

—Espero que lo sea, porque en serio, tengo mucho frío. —Tiritó abrazándose a sí misma—. Odio este maldito clima, odio estar aquí... Necesito un poco de sol, calor, mar... Deseo un poco del Caribe... —parloteaba, mientras Connor la miraba de vez en cuando de reojo.

—No entiendo qué es lo que no te gusta de este lugar, ¿acaso no puedes ver lo que tienes ante tus ojos? Mira el paisaje que nos rodea, es hermoso aún bajo la lluvia.

—Eso lo dices porque jamás has salido de estas miserables montañas.

—Si salir de ellas significa que me volveré tan inconforme como tú, prefiero no hacerlo jamás... Con lo poco que tengo y conozco soy plenamente feliz; en cambio, tú, con tu vida llena de excesos eres infeliz, amargada... Debe ser muy triste que tengas todo en la vida y que nada te llene realmente..., que nada te sea suficiente.

—Soy feliz, fuera de aquí —masculló con sus emociones negativas buscando la manera de doblegarla, le había dolido cada palabra de Connor, porque muy en el fondo, aunque le costara admitirlo, sabía que tenía razón. Su felicidad siempre había sido bastante efímera, ella era más de ira y apatía.

—¿Por qué?

—No te interesa.

—Pues me interesaría saberlo, supongo que algo malo te pasó para que odies este lugar... ¿Fue lo del lago?

—No es tu problema..., no trates de psicoanalizarme, sigue mejor intentando entender a los caballos.

—Bueno, sí..., supongo que con ellos es más fácil.

Siguieron caminando otro rato en silencio, Connor decidió no seguir inmiscuyéndose en la vida de Jennifer, porque no había manera de intentar ser amable con ella sin salir mal parado de la situación.

—Espera, espera. —Lo retuvo por un brazo—. Este lugar lo conozco, de niña solía sentarme sobre esa piedra. —Mostraba una gran roca en medio de tres árboles que formaban un triángulo. Casi corrió y tocó la piedra, que servía como un eje central, porque de ahí partían varios caminos enmarcados por más árboles, miró hacia la derecha y, a lo lejos, entre los troncos, pudo divisar la cabaña—. Sí, estamos salvados de este frío.

—Espera, por ahí no es el camino a tu casa —dijo Connor, unos cuantos

pasos detrás de ella.

—Lo sé, pero allí está la cabaña de caza de mi papá. —Estiró la mano hacia donde estaba la edificación—. Y sé que para llegar a la casa queda mucho, no sé tú, pero yo no soporto el frío. —Apenas dijo y corrió con las pocas fuerzas que el inclemente clima le había dejado.

Connor la vio alejarse y estudió seriamente la posibilidad de volver a su rancho, pero por más valiente que quisiera parecer, era de carne y hueso, no estaba hecho para soportar tanto, mucho menos cuando existía a pocos metros la oportunidad de entrar en calor.

Él sí no tenía problemas con hacer a un lado el orgullo cuando era en fin de su propio beneficio, así que corrió y se encontró a Jennifer de puntillas frente a la puerta, tratando de alcanzar el dintel.

—¿Qué se supone que haces? —preguntó en el porche de la cabaña. A la que ya anteriormente lo había traído Prescott, pero no tenía ni puta idea de por qué no había pensado antes en ese lugar para refugiarse de la lluvia.

—Intento alcanzar la llave, sé que papá la esconde por aquí —hablaba lo más estirada posible y apenas rozaba con las yemas de sus dedos el dintel.

Connor avanzó un par de pasos y se paró justo detrás de ella, apenas se esforzó por levantar el brazo, recorrió tanteando con sus dedos la ranura, paseándose a lo largo del dintel, hasta que consiguió la llave.

—¿Es esta? —preguntó, enseñándosela.

—Sí, gracias. —Las manos temblorosas de ella prácticamente le arrancaron la llave, con un poco de dificultad consiguió meterla en el cerrojo y abrir, el crujido de la pesada puerta de madera fue música para sus oídos.

Jennifer jadeó de emoción al entrar al lugar y encender las luces, a su memoria regresaron momentos de su niñez en ese lugar, cuando junto con sus padres pasaban fines de semanas ahí, aunque, ciertamente, había cambiado mucho, solo se mantenían muy pocos muebles originales y la chimenea. No sabía en qué momento su padre le había hecho tantas remodelaciones, evidentemente, en todos esos años que ella no había vuelto.

Recordó que una de las navidades más bonita fue en esa cabaña, cuando le regalaron su primera mascota, un cachorro Newfoundland, que parecía un oso bebé, todo marrón y peludo, pero como siempre, había sido una irresponsable, no supo cuidarlo bien y por su culpa, que olvidó una noche cerrar la puerta, su pequeño quiso salir a pasear y fue la presa de un puma.

—Voy a encender la chimenea. —La voz de Connor la trajo de vuelta.

Caminó hacia los leños mientras calentaba sus manos con el aliento,

metió varios pedazos de tronco, algunos grandes y otras simples astillas, usó las pastillas de encendido y se acuclilló para meter las cerrillas.

Apenas el fuego empezó a avivarse, Connor se quitó la camisa y la puso en uno de los percheros, también se deshizo de las botas y los calcetines, esperando no tener mal olor en los pies, lo que menos deseaba era que Jennifer saliera corriendo y prefiriera que la partiera un rayo a estar en algún lugar apestoso, pero al ver que ella no tuvo la mínima reacción, puso los pies en la mullida alfombra y disfrutó de la relajante sensación.

—Será mejor que te quites la ropa mojada —aconsejó, porque sabía que ella debía estar muerta de frío—. ¿Puedo preparar algo caliente? —preguntó, pero Jennifer estaba inusualmente callada.

—Puedes hacer lo que quieras —respondió y se fue al baño.

Connor se alzó de hombros, no tenía ganas de discutir, solo deseaba que dejara de llover y que su temperatura corporal se normalizara un poco para poder volver a su rancho y dejar a Jennifer con su incompresible estado de ánimo.

Rebuscó en la alacena algo que le sirviera para preparar un té, al parecer, el señor Rawson la había abastecido recientemente porque había de todo, entonces cambió de opción, dejó de lado el té y se puso a preparar chocolate caliente con malvaviscos.

Dejó todos los ingredientes sobre la encimera, pero no podía dejar de pensar en que Jennifer estaría desnuda en el baño; intentaba fervientemente sacarla de sus pensamientos y concentrarse en el maldito chocolate, pero su imaginación era más poderosa que su voluntad, incluso, su deseo lo tenía todo tembloroso y con el pecho agitado.

Connor luchaba contra la caprichosa naturaleza y la incomodidad que suponía una erección producida en momentos inconvenientes.

Apretó los puños sobre la encimera y cerró los ojos con fuerza, tratando de canalizar su respiración y mandar al diablo esa excitación que lo estaba calcinando, no sabía por qué justamente Jennifer lo ponía de esa manera, sin duda, debía ser su castigo por odiarla.

Seguir luchando contra eso era casi imposible, por lo que rugió molesto, abrió los ojos y se dejó llevar por sus instintos, caminó con largas zancadas hacia el baño, abrió la puerta sin tocar; bien sabía que era un abuso, pero en ese momento hasta su propia naturaleza estaba abusando de él.

Todo el lugar estaba envuelto en vapor, se le era bastante difícil poder visualizarla, solo escuchaba el sonido del agua caer, cerró la puerta y caminó

hasta la mampara de la ducha, abrió la puerta y, sin quitarse los pantalones entró, sorprendiéndola al tomarla por las caderas y pegarla contra su cuerpo.

—¿Qué haces aquí? —Ella lo miró por encima del hombro para comprobar que no era una fantasía—. Lárgate ahora mis... —Su exigencia fue interrumpida cuando él estampó la boca contra la suya y de inmediato la invadió con su lengua.

Tan débil ella, que su reacción fue corresponder, aunque su subconsciente le gritara que pusiera resistencia y que no siguiera dándole a Connor Mackenzie más poder.

Él la besó por largo rato, deslizando una y otra vez su lengua dentro de la boca de ella, mientras sus manos le acariciaban de todas las maneras posibles sus hinchados senos.

Connor abandonó la boca para empezar a repartir besos demandantes por mejilla, cuello y hombros.

—No, no, Connor, por favor, no lo hagas. —Gemía, restregándose contra el fuerte cuerpo de él y con los ojos cerrados, sintiéndose en una densa nube de placer, tan densa como el vapor que los envolvía.

—Si no quieres que lo haga, no me lo digas, solo detenme —pidió él, dándole la vuelta, le apretó con fuerza las nalgas y la estrelló contra su dolorosa erección, que luchaba por salir de sus pantalones.

Pegó su frente y su nariz a la de ella, mientras la miraba directamente a los ojos.

—Detenme —susurró, sacando la punta de su lengua y acarició el labio superior y tembloroso de Jennifer, a quien tenía con la espalda arqueada para poder equilibrar con su estatura, sintiéndola menuda y provocativa entre sus brazos.

Jennifer sentía contra sus pezones erectos y adoloridos los vellos del pecho de Connor haciéndole cosquillas, ya no sabía si lo que corría entre sus muslos era agua de la regadera o producto de su excitación.

Él la atravesaba con su mirada, asesinándole cualquier resquicio de raciocinio, necesitaba escapar de esos ojos, por lo que cerró los párpados y sintió cómo los labios de él se posaron firmes sobre los de ella, para después cerrarlos sobre el suyo inferior y los chupó con delicadeza en una, dos, tres oportunidades, que provocaron que un cosquilleo y una serie de sensaciones placenteras que parecían casi irrefrenables la llevaran casi a punto de una combustión.

Las manos de Connor no se detenían, se paseaban por toda su espalda,

apretando con pertenencia cada espacio, manteniendo una sincronización perfecta con sus besos que, lentos, creaban un camino por la mejilla, hasta llegar a la oreja.

—Si no me detienes, yo no lo haré —murmuró, llevando sus manos a la cabeza de Jennifer y empuñó su pelo mojado, tirando con suavidad para que levantara el rostro y poder besarla todo lo que deseaba.

Ella terminó sometándose a él, si ya habían tenido sexo varias veces y en todas lo había disfrutado, por qué no hacerlo una vez más, si cada vez que Connor la besaba y la penetraba, le aseguraba orgasmos extraordinarios, lo único que le hacía dudar era que le daba tanto gozo y placer, que podría hacerla adicta a él, a quien tanto odiaba, pero con el que cogía como con ningún otro.

—No te detengas —murmuró colgándose de su cuello—. No te pares, quiero que me dejes los azulejos tatuados en la espalda... —Lo sujetó con fuerza por la mandíbula, obligándolo a que la mirara a los ojos—. ¿Sabes lo que significa?

—Sé lo que quieres, y te lo voy a dar. —La soltó y empezó a desabrocharse los vaqueros mojados, fue bastante difícil poder quitárselos y dejarlos arremolinados en el suelo.

Jennifer se le colgó una vez más del cuello y se impulsó, Connor adivinó sus deseos y la sujetó por los muslos, de un solo embiste entró en ella y la pegó casi violentamente contra la pared, ahora el agua caía en la espalda de él.

Cada vez que Connor se empotraba en ella con fuerza, le arrancaba sonoros jadeos y un golpe seco a la pared de la ducha.

Jennifer enterraba sus uñas en los poderosos hombros de Connor, y cuando no estaba gimiendo se le comía la boca, besándolo con esa furia que llevaba por dentro, esa que era el motor de sus días; en ese instante, se daba cuenta de que con él se gastaba toda esa energía y después de toda esa locura sexual no se sentía miserable ni a punto de estallar, se sentía plena, liviana.

Tener sexo con Connor era como una válvula de escape a sus frustraciones, odiarlo tanto la dejaba tan exhausta que no había cabida para nada más.

Sus piernas temblaron casi incontenibles en las manos de Connor, toda ella se estremeció con furia entre la pared y el cuerpo fuerte de ese hombre, la respiración se le atascó en el pecho y se abrazó con más fuerza a sus hombros, hasta casi perder el conocimiento, para regresar a la realidad, y todavía seguía

siendo atravesada por la potente fuerza de un despiadado pero, a fin de cuentas, era lo que quería, lo que necesitaba.

Connor la sujetó por el cuello, pegándola más a la pared.

—No te sueltes. —Le ordenó con un gruñido para que siguiera aferrada a sus hombros, mientras se movía con contundencia dentro de ella, mirándola fijamente a los ojos, ahogándose en las pupilas dilatadas de esa mujer.

Jennifer sintió que la mirada de Connor se la tragaba, que la capturaba en una tempestad de placer y descontrol, verlo con el ceño fruncido, mordiéndose el labio y mirándola con tanta intensidad solo le aseguraba que estaba completa y totalmente concentrado en ella y en cada acometida que le daba.

Lo sintió potente y caliente derramarse en ella, como todo un amante perfecto cerró ese momento con un beso tan sexual y demandante como el encuentro que acababan de tener, sin dejar de enredarse en su lengua la bajó, y Jennifer sintió sus piernas tan débiles que estuvo a punto de caer, pero fue lo suficientemente atento para sostenerla por la cintura a tiempo.

Una vez que estuvo seguro de que no iba a desfallecer subió con sus manos hasta los senos, los agarró a su gusto, los apretó con firmeza y después le dio paso a su boca, con la que devoró cada pecho de forma famélica, siguió con chupones en ellos y el cuello, antes de regresar a la boca ya hinchada, mientras sus manos seguían jugueteando con los pezones.

Después de eso no había mucho qué decir entre dos personas que se odiaban, entre dos personas que cuando no tenían sexo solo sabían reñir.

Connor, un poco más lúcido, no sabía si quedarse ahí o largarse y regresar después para ducharse, no quería incomodarla, tampoco que terminaran peleando, pero mucho menos que se sintiera como un objeto con el cual había desahogado sus ganas.

—¿Alguna vez fuiste a cazar con tu padre? —preguntó, intentando entablar un tema de conversación, que esperaba no terminara en discusión.

Ella lo miró, confundida, muy probablemente no sabía a qué se debía esa pregunta, pero él no sabía hablar de otra cosa que no fueran animales o caza, o lo que fuera con su día a día; era un bruto en cuestiones sentimentales y lo sabía, lo más sensato era decirle que lo había disfrutado, que tener sexo con ella era extraordinario y que se sentía de puta madre, pero con ese tipo de cosas no era para nada expresivo.

—Bueno, no... —Jennifer no sabía qué responder, esa pregunta la tomó fuera de lugar, en serio, era el comentario postsexo más extraño que le habían hecho en su vida. No hubo un: «estuvo rico» o, «¿repetimos?» «Eres

extraordinaria». Qué podía pensar ella en ese momento sobre caza. Mientras pensaba qué responder, agarró la esponja y le vertió jabón—. No, nunca fui de caza con él, pero sí veníamos muchos fines de semanas a esta cabaña — explicaba y empezó a frotarse un hombro con la esponja, mientras él miraba cómo ella se enjabonaba—. ¿Y tú? Supongo que sí sabes cazar.

—Sí, siempre que hay temporada voy con mi padre y mis tíos — respondió, algo le gritaba que no fuera tan adusto—. ¿Te ayudo? —Le preguntó, pero sin esperar respuesta le quitó la esponja; ella se quedó mirándolo bastante sorprendida pero no se negó al gesto y se volvió para que le tallara la espalda.

Connor empezó a frotar de manera circular la esponja por los omóplatos, muy concentrado en mirar las pecas; de pronto, la vio sonreír.

—Hazlo más suave, por favor, que no estás rasqueteando a una yegua.

—Lo siento, no sabía que estaba siendo un bruto. —Ralentizó sus frotadas y las hizo menos intensas, mientras sonreía—. ¿Mejor así?

—Mucho mejor. —Gimió, complacida. Jennifer quería mantener una conversación decente con él, pero no sabía qué decir, lo pensó por casi un minuto, tiempo en el que reinó el silencio, entretanto, él solo se dedicaba a frotarle la espalda—. ¿Cuál fue tu última caza?

—Un gran ciervo de unos doscientos kilos —dijo con orgullo.

Ella asintió y sonrió, pero su cerebro iba a mil, rebuscando una idea que le ayudara a mantener la conversación amable. Se volvió y le quitó la esponja.

—¿Lo estoy haciendo muy fuerte otra vez? —preguntó, preocupado.

—No —dijo ella, vertiendo más jabón sobre la esponja y empezó a frotar el pecho de Connor. Él se tensó terriblemente, y ella estuvo segura de que la última vez que le habían cincelado el cuerpo, todavía estaba en pañales —. Escuché que trabajas para una fundación que ayuda a los *Mustangs* — comentó distraídamente, solo para que él se relajara.

—Así es —respondió mirando algo nervioso cómo ella con una mano sostenía la esponja y le frotaba el abdomen, aprovechaba la espuma que escurría y con la otra se apoderó de su pene y lo lavaba con delicadeza. Nunca una mujer lo había bañado y eso era incómodamente placentero. En realidad, nunca se quedó con una mujer más que unos pocos minutos después de tener sexo, porque admitía que era como un caballo, que montaba, descargaba y se largaba.

—¿Qué se supone que haces? —interrogó sin dejar de lado su tarea.

—Bue..., bueno —habló, ahogado con un jadeo que se le había

atravesado en la garganta—. Me encargo de... la doma... de los caballos que son dados en adopción... —Inhaló profundo para calmar sus latidos, y ella terminó en ese momento de lavar sus partes íntimas—. Pensé que lo sabrías.

—Sí, pero de algo tenemos que hablar, ¿o no? —Vertió más jabón en la esponja y caminó detrás de él, para seguir brindándose el placer de esculpir cada musculo de ese alto y fuerte cuerpo.

—Sí, tienes razón... Ahora mismo estamos tratando de evitar que los capturen, los sacrifiquen o que los vendan a los mataderos en México. —La miraba por encima del hombro con su perfecta desnudez casi pegada a su cuerpo. Imaginaba que la estaba aburriendo con su conversación, bien sabía que a ella no le interesaba eso—. ¿Quieres tomar chocolate con malvaviscos?

—Pensé que prepararías té.

—Puedo hacer té si lo prefieres.

—Me gusta más el chocolate.

—Está bien, te haré chocolate —dijo y se acuclilló a recoger sus pantalones.

—Déjalos sobre el inodoro, los llevaré a la secadora.

—Bien —dijo al tiempo que agarraba una toalla.

—En el mueble derecho, arriba hay batas, puedes usar una, si lo deseas.

Connor caminó hasta el mueble que Jennifer le había indicado, sacó un albornoz y se lo puso, después se frotó el pelo y la barba con la toalla y la dejó colgada en el perchero.

—Espero que te quede rico el chocolate, en un minuto te alcanzo.

—Tómame el tiempo que quieras, sé que las mujeres necesitan hacer cosas íntimas —habló y salió del baño.

Jennifer no pudo evitar sonreír ante lo ignorante que era Connor para expresarse; era un semental a la hora del sexo, pero en cuanto a la relación personal, era un fallo total.

Jennifer saboreaba el espeso chocolate caliente, mientras perdía su mirada en las llamas que resplandecían en el lugar, el único sonido que los acompañaba era el crepitar de los leños.

Estaba sentada en el sofá, acunaba entre sus manos la taza caliente que la reconfortaba, y tenía un pie apoyado en el asiento, pegado a su pecho, dejando expuesta la suave piel de su pierna, que se escapaba por la abertura de la bata.

Connor estaba sentado en el otro sofá, frente a ella, también mirando el fuego, probablemente perdido en sus pensamientos; le había echado más de un disimulado vistazo y se admitía a sí misma que lucía extremadamente sexi con el albornoz. Del vaquero rudo no quedaba nada en ese momento, era un rubio bastante seductor, realmente fascinante lo que quedaba si se quitaba el sombrero y las camisas de cuadros.

Alto y fornido, frente a ella era el pecado materializado, nunca se había fijado en él como hombre, sino como un enemigo, como ese insolente que la maltrató y humilló delante de todos en la preparatoria, en su ser solo había existido rencor hacia Connor Mackenzie.

Muchos años después, ahí estaba con su enemigo, tras haber tenido buen sexo, compartiendo silencio, chocolate y una chimenea, mientras se devanaba los sesos en busca de un tema interesante de conversación, para olvidar que estaba nuevamente excitada y que lo deseaba con tanta intensidad que sentía que la hoguera que avivaba en su vientre era más poderosa que la que tenía enfrente.

—Me has dicho más de una vez que sabes todo sobre caballos —habló por fin, dirigiendo su mirada a Connor.

—Así es, ¿necesitas algún consejo?

—No precisamente, me gustaría saber cómo se aparean.

Connor la miró un tanto perturbado y hasta podía jurar que se había sonrojado con su petición.

—De... de todo lo fascinante que son los caballos, ¿quieres saber cómo se aparean? —comentó, incrédulo.

—Sí..., es decir, saber cómo se acercan, cómo saben cuál es la yegua indicada.

—Bueno, todo depende de las yeguas. —Se rascó la cabeza ante el

nervosismo, una cosa era saberlo y verlo todo el tiempo, otra muy distinta era explicárselo precisamente a una mujer—. Cuando ellas están en celo, que normalmente es entre los meses de marzo a septiembre, y entran en celo cada tres semanas... Por eso ahora mismo BML, la oficina de administración de tierras, está haciendo capturas todas las semanas de los *Munstags*, para evitar que las yeguas en celo queden preñadas, y controlar un poco la sobrepoblación... —Comprendió que se estaba yendo por otro lado, le pasaba muy a menudo cuando hablaba sobre caballos, se explayaba más de la cuenta —. Son precisamente los días primaverales, cuando la luz del sol dura más, los perfectos para que el apetito sexual de las yeguas se despierte —retomó el tema, intentado explicar de la manera más profesional posible.

—¿Y cómo sabe el caballo que la yegua está en celo? Se lo relincha... —Fue bastante irónica.

—No. —Sonrió ligeramente y miró la abertura de la bata entre los pechos de ella—. Todo macho, tanto en el género animal como el humano sabe reconocer perfectamente cuándo una mujer está en celo... Excitada, por decirlo en otras palabras... En el caso de las yeguas, se destaca el hinchamiento de la zona de la vulva y la aparición de flujo, al igual que la secreción de las feromonas en la orina. Como con los humanos, esta hormona es la que hace que el macho se acerque... Él reacciona de varias maneras, hace como una especie de seducción, la olfatea, estira el cuello para parecer más alto y fuerte... Es el caballo el que relincha, los hace continuos, prolongados, graves y enérgicos... El caballo se pasea alrededor de la yegua, mostrando todo lo que tiene... Es como si fuese un baile, se pasea entorno a la yegua levantando mucho las patas y moviendo el cuello...

—Me encantaría verlo.

—Es todo un espectáculo, puedes decirle a tu padre que te lleve a verlo, esta semana es de apareamientos.

—¿Tienes idea de la cara que pondría Prescott Rawson si le digo que me lleve a ver cómo se aparean los caballos?

—A ver... El apareamiento de los caballos es un espectáculo... Estás teniendo una visión errada del proceso.

—No sé cómo lo ves tú, pero para mí, sería como un porno equino.

Connor no pudo evitar reír, reír de verdad, por lo que terminó contagiándola también.

—Lo veo como mi trabajo, no existe nada pervertido en supervisar el apareamiento.

—Para mí sí lo sería, independientemente de que sean animales o no, son dos seres teniendo sexo..., pero sigue contándome.

—Ya no sé ni por dónde iba... —confesó porque lo había perturbado todavía más.

—El caballo rodea a la yegua levantando sus patas y relinchando... Supongo que hace todo eso para impresionarla y que se deje follar.

—En eso estás equivocada, porque todo ese espectáculo del caballo es más un conflicto interior, que se debate entre la atracción hacia la yegua y el temor al rechazo...

—No es cierto —dijo, bastante interesada en la conversación, tanto, que se puso más cómoda en el sofá al sentarse en forma de Buda. A pesar de haber sido criada en un rancho donde sobaban los caballos, no sabía nada de eso, pero ciertamente, era porque nunca había mostrado interés por aprender.

—Sí, algunas hembras provocan de forma constante al caballo que pretende montarlas, para después, en el momento cumbre, rechazarlos...

—¡Qué hijas de puta! —Soltó una risotada, sintiéndose entre divertida e incrédula—. Me estás jodiendo, Connor, ¿en serio hacen eso? —preguntó y se percató de cómo él la miraba ávidamente.

—Te estoy siendo completamente sincero... A ver, las yeguas suelen rechazar más que todo a los primerizos, porque, aunque estén ansiosos, suelen ponerse muy nerviosos; ellas prefieren sementales expertos.

—Bueno, en eso les doy la razón...

—Estás llevando todo esto al plano humano, ¿cierto? —interrogó, seguro de que Jennifer estaba dándole un doble sentido a esa conversación y, él, todo emocionado, contando sobre lo que tanto le apasionaba.

—Es imposible para mí no hacerlo, todo esto es nuevo, pero estoy poniendo toda mi atención —confesó—. Y ¿eso es todo? Es decir, ¿solo ese bailecito y ya?

—Hay más, pero no sé si contártelo, porque estás tergiversando las cosas.

—Cuéntame. —Levantó su mano derecha en señal de juramento—. Prometo que dejaré de ver todo esto como meramente sexo entre caballos, y lo haré más como un espectáculo... ¿Qué pasa si la yegua astuta acepta al semental experto?

Connor la miró frunciendo el ceño, pero decidió continuar su explicación.

—El caballo le acaricia el cuello con su hocico, le mordisquea con

suavidad la crin y se frota contra ella. Poco a poco, el semental se va retirando por el flanco y, con cuidado, olfatea las partes traseras de la yegua, las lame y mordisquea la grupa, la cola...

—Ah. —Sonrió, pícara—, le hace toda la previa, como tiene que ser; posiblemente, eso solo lo hace el semental experto.

—La erección del caballo se ve aumentada cuanto más guiña la vulva la yegua. El semental se excita completamente cuando la hembra aparta por fin la cola y deja el paso libre, lo que significa que la sumisión es total..., que ya se la ha ganado.

—¡Uy! —silbó, admirada—. Es interesante, espero escaparme a verlos, porque ni loca le pido a mi padre que me lleve.

Connor pensó en ofrecerse a llevarla, pero no quería seguir creando lazos con Jennifer Rawson, todo lo que había pasado entre ellos ya era demasiado.

La vio poner la taza vacía en la mesa de centro, se levantó y con pasos estudiados y mirada ardiente se le acercaba; de inmediato, él se tensó y tragó en seco, porque adivinaba sus intenciones.

Ella llegó hasta él y, sin permiso, se sentó ahorcajadas sobre su pelvis, le quitó la taza de chocolate e igualmente la puso en la mesa de centro, para después entrelazar sus dedos entre los cabellos rubios de Connor, que la miraba con sus ojos brillantes por el deseo naciente.

—Tengo otra pregunta —dijo mirándolo directamente a los ojos y se acercó para acariciar con su nariz la de Connor.

—Dime —susurró, sujetándole la diminuta cintura con las manos y se dejaba llevar por el lento movimiento de las caderas de ella; sin duda, estaba cayendo rendido ante ese vaivén.

—¿En algún momento la yegua puede tomar la iniciativa? O solo es trabajo del caballo seducir.

—En algunos casos es la yegua quien inicia, los sementales expertos suelen ser bastante aceptados, razón por la cual el caballo puede copular tres veces al día, eso es suficiente para estar agotado, pero si una yegua ya lo conoce y sabe que es bueno, es ella quien se acerca y lame con avidez su prepucio, por muy cansado que esté, las tecinas de las yeguas siempre dan resultados positivos y logran copular con el semental que ellas elijan —explicó mirándola a los ojos, pero sentía cómo Jennifer desamarraba la cinta del albornoz.

Él le soltó la cintura para aferrarse a la cara con vehemencia y la besó

ardientemente. Acababa de decirse a sí mismo que no quería seguir creando lazos con Jennifer, pero ahí estaba, aferrándose a ella en un intrincado nudo.

Jennifer fue bajando la intensidad del beso, hizo retirada de su lengua y solo usaba sus labios, sonrió satisfecha por verlo buscar su boca con evidentes ansias, pero ella se alejó en un gesto bastante provocador; sin que se lo esperara, se mudó al cuello de él y empezó a besarlo y darle suaves lamidas, sintiendo que los gruñidos que Connor le regalaba avivaban sus ganas.

Con lentitud, empezó a abrir la bata, y su boca se mudó a ese pecho fuerte con respiración agitada, lamió lentamente el pectoral izquierdo, sin dejar de dedicarle miradas a esos ojos azules que se habían vuelto terriblemente oscuros.

—Espero que mi técnica dé buenos resultados —murmuró, sonriendo sagaz, y con una caricia de su barbilla bajó a la semierección que se presentaba ante ella.

Se relamió los labios en un cruel gesto de seducción, porque deseaba poner a Connor a sus pies, quería terminar domando al domador, robarle la cordura y hacer con él lo que le diera la gana.

Empezó a masturbarlo muy despacio, mientras miraba cómo su respiración se hacía más rápida y ruidosa; aprovechó el momento indicado para chuparle el glande sin prisas, degustándolo a conciencia, se paseó con su lengua por el bien proporcionado pilar, jugueteó con los testículos y acarició su ingle, entretanto, le daba dedicadas miradas cargadas de deseo.

Mentiría si se negaba que no empezaba a adorar esa sonrisa de medio lado y la mirada taladrante que él a veces le regalaba, aprobando lo que ella estaba haciendo; en algunos momentos, se le salía lo bruto y la impaciencia, al empujar con su pelvis para ir más a su garganta, a pesar de eso, lo tenía controlado.

Estuvo bien excitado en muy poco tiempo, pero siguió dándole placer con su boca, lo hizo hasta que empezó a dolerle la mandíbula y decidió dejarlo un rato; subió con besos y lamidas por ese torso y pecho agitado, arrastrando los sabores de él, hasta que metió su lengua en esa boca caliente y espesa que la esperaba con ansias.

—Por muy cansado que esté —murmuró él, tomándola por la cintura y se la sentó encima, encajándola a la primera en su erección—. La técnica de la yegua siempre da buenos resultados —repitió y en un movimiento rápido se levantó con ella y la puso contra el sofá.

Jennifer dio inicio a un intenso vaivén de sus caderas, succionándolo, mientras él la embestía con arrebatos y prácticamente le arrancaba el albornoz, e hizo lo mismo con el suyo. Totalmente desnudo, Connor se subió por completo al sofá, sentándose sobre sus talones encontró el impulso para seguir deslizándose con intensidad, sintiendo que ella lo llevaba al mismísimo cielo cada vez que lo succionaba con el movimiento de sus caderas.

Ambos empezaron a ser bastante ruidosos y presurosos por llegar, por alcanzar el momento del estallido, pero Connor se apegó a todo su autocontrol y paró, se abalanzó sobre ella para comérsela a besos, besos descontrolados.

—Connor..., Connor —murmuró ella, tratando de corresponder a los besos desesperados de él, que no dejaban de caer sobre sus labios, mientras le sostenía la cabeza—. No te pares, no lo hagas —dijo, mirándolo a los ojos, y toda ella temblaba, sintiéndose renacer con esa lenta y suave penetración que le ofrecía, entonces, con sus piernas, se abrazó fuertemente a las caderas de él y siguió meciéndose.

—No me detendré, no lo haré en horas... Incluso, no pararé en días, si es lo que quieres. —Siguió besándola y entrando en ella con movimientos constantes y lentos, para alargar el momento, llenándose las manos con sus senos y la boca con sus labios.

Jennifer empezaba a tener la certeza de que con Connor disfrutaba verdaderamente del sexo, porque se entregaba en cada beso, a cada caricia y mirada, con él no había apuros; por el contrario, no quería que toda esa compenetración que sentía con él encima y dentro de ella se desvaneciera. Si pudiera quedarse colgada a esas emociones y sensaciones para la eternidad, no lo dudaría ni un segundo.

Connor, con la fuerza y resistencia que había adquirido al tener que luchar todos los días con bestias indomables de más de setecientos kilos, la tomó en sus brazos con increíble facilidad y, ella, como si lo conociera de toda la vida y estuviera acostumbrada a esos inesperados movimientos, se aferró a él.

En medio de interminables besos la llevó a la cama, primera vez que sus cuerpos unidos sentían la comodidad de un colchón. Jennifer sabía que, si en situaciones poco cómodas había gozado con él, entre sábanas eso iba a ser celestial.

Ella logró escapar de esos fuertes brazos, rodó en la cama y se puso a gatas, totalmente preparada para una satisfactoria invasión; él, ni loco rechazaría esa oportunidad, con clara decisión se acopló a ella,

posicionándose encima, como si fuese su propia sombra; con una mano se apoyaba en el colchón, y con la otra guiaba su erección, rozando y tanteando la entrada.

—Estás tocando la puerta equivocaba, vaquero... —dijo ella, sonriente, sintiendo cómo el glande de Connor toqueteaba su ano.

Él sonrió con gran picardía y guio su pene un poco más abajo.

—Pero puedes equivocarte, si quieres, solo que entra con cuidado.

—Ni vas a sentirme.

—No me jodas, que esa no es la idea... Quiero sentirte, solo no seas bruto, que no quiero terminar maldiciéndote.

—Lo haré tan bien que me alabarás. —Y regresó al apretado ano de Jennifer.

Que alguno de los dos pudiera describir lo que pasó y se dijo en las siguientes horas sería una completa insolencia, solo les bastaba saber que habían terminado exhaustos, luego de abusar de sus cuerpos de todas las formas posibles a las que el placer los llevó.

Muy probablemente, en los días siguientes, los ardores y dolores les haría recordar todo lo vivido en aquella cabaña que los resguardó de la lluvia y les ofreció la oportunidad de compenetrarse en su totalidad, y de conocerse un poco más, porque en cada intervalo de su extenuante rutina conversaban de animales; sin duda, antes de que Jennifer pudiera terminar rendida había aprendido de caballos más de lo que lo había hecho en toda su vida.

Y, Connor, antes de terminar rendido con Jennifer entre sus brazos, supo un poco más de la ciudad universitaria inglesa, del río Cam y de las villas y pueblos que la rodeaban; que según Jennifer, él podría estar muy a gusto ahí; sin embargo, cada vez que intentaban hablar de ella en Wyoming, no había nada, solo evadía el tema o discutía, era completamente evidente que no le gustaba estar en su pueblo natal, aunque manifestara sentirse extraordinaria en ese momento.

Connor sabía que algo había hecho que Jennifer odiara su vida en el rancho, algo que vetó esos dulces recuerdos de su niñez y los volvió amargos, pero no se lo contaría precisamente a él.

Jennifer despertó bastante resentida por el dolor, sentía que cada músculo en su cuerpo dolía, también estaba sedienta, pero, sobre todo, muy satisfecha; ese dolor solo le recordaba que había tenido el maratón sexual más largo e intenso en su vida. Empezaba a sospechar que sería imposible encontrar a alguien que le brindara todas las atenciones e ímpetu que le había

dado Connor, quien, por cierto, no estaba a su lado.

Desnuda, salió de la cama y se fue hasta la cocina, no había mucho espacio por recorrer, por lo que en muy poco tiempo se dio cuenta de que Connor no estaba, una vez más, no le había avisado que se marcharía y la dejaba sola.

Encima de la barra desayunador de la cocina había una gran taza de té, todavía humeante, lo que quería decir que llevaba muy poco tiempo de haberse marchado; no puso por qué, solo se dejó llevar por sus instintos, se olvidó de razón, de dolores y corrió a la cama, haló una sábana y se envolvió con ella.

Al abrir la puerta de la cabaña, se encontró a Castiel amarrado a uno de los pilares de madera, había dejado de llover; sin embargo, el frío seguía siendo intenso, pero no le importó; descalza, corrió por la hierba todavía mojada, arrastrando gran parte de la sabana y manchándola.

—¡Connor! —Lo llamó mientras miraba a todas partes, pero no lo veía —. ¡Connor!

Siguió sin obtener respuesta y el frío la hizo volver a la calidez de la cabaña, una estúpida nostalgia la golpeaba con fuerza, pero no iba a dejar que la dominara. Debía recordarse a sí misma que lo que tenía con ese hombre solo era sexo.

Agarró la taza de té y se sentó en el taburete, pero sus zonas íntimas bastante sensibles la obligaron a levantarse y tomarse el té de pie; caminó hasta la chimenea y se quedó un buen rato con la mirada perdida en el fuego. De repente, el zumbido de su teléfono sobre la mesa de centro la alertó.

El remitente hizo estallar la burbuja en la que se encontraba e, inevitablemente, empezó a sentirse muy nerviosa; no sabía si contestar o no, incluso, no recordaba que Connor hubiese dejado su teléfono ahí. Mientras se decidía dejó de sonar, y pudo ver que era la número catorce que se sumaba a esa lista de llamadas sin contestar.

Dejó la taza ya vacía sobre la mesa y agarró el teléfono, tragó grueso cuando vio la cantidad de notificaciones e, inmediatamente, empezó a temblar cuando su padre volvía a llamarla. Seguramente estaba muy preocupado, así que por encima de sus nervios decidió contestar.

—Hola...

—Gracias al cielo, hija ¿estás bien? —Prescott sintió que el alma le regresaba solo con ese simple «hola», de su niña—. Jennifer, ¿dónde estás?

—Estoy bien, papá... Papá, déjame hablar, estoy bien...

—Pero ¿dónde estás, cariño? Te he estado llamando ¡Por Dios! Tu

madre y yo estamos muy preocupados. —Le hizo saber su lamento.

—Ya voy a casa, solo que salí a cabalgar y empezó a llover muy fuerte...

—Pero ¿dónde estás? Porque te hemos buscado por todas las caballerizas, estaba por llamar a la policía e ir al rancho de los Mackenzie...

—Estoy bien, papi, me refugié en tu cabaña de caza, recordé dónde escondes la llave.

—Iré a buscarte enseguida... No debes ir tan lejos, cariño... ¿Por qué no contestabas mis llamadas?

—Me quedé dormida —respondió, nerviosa, mientras miraba el caos que había en el lugar, donde a simple vista se podía ver que dos personas habían tenido sexo, mucho sexo—. No vengas, ya mismo voy saliendo para la casa, Castiel está conmigo.

—Mejor voy a buscarte, seguro no recuerdas el camino...

—Papá...

—Yo iré, te buscaré, espérame ahí.

—No, papá, espera..., yo voy.

—Jennifer, espérame ahí. No te muevas. —Fue determinante. Terminó la llamada y apresuró a su caballo para ir a buscar a su hija. Estaba en compañía del administrador del rancho y de otro par de trabajadores.

Jennifer resopló e hizo una pataleta con su adolorido cuerpo, sin más opciones, tuvo que correr al baño, se duchó a medias, buscó su ropa que había dejado en la secadora, se vistió mientras miraba nerviosa el desastre que era el lugar, no sabía por dónde empezar a poner orden o por lo menos ocultar que Connor había estado ahí.

Lo principal eran las sábanas revueltas y manchadas, por lo que las quitó y las llevó al cuarto de lavado, puso unas nuevas, pero como era un desastre tendiéndolas, las dejó a medias, total, le había dicho a su padre que se había quedado dormida.

Ella no lo percibía, pero sabía que el olor a sexo debía danzar en el ambiente, por lo que corrió de vuelta al cuarto de lavado y buscó en el mueble el ambientador, roció por todo el lugar, lo hizo hasta casi vaciarlo y ella quedar ahogada con la tos.

Acomodó los cojines en el sofá y suspiró un tanto satisfecha mientras se ponía detrás de las orejas el pelo, que sabía debía tenerlo de recién cogida, pero ya nada podía hacer con eso, era mejor no pensarlo porque solo lo haría evidente, así que negó agitadamente para sacar de su cabeza esos pensamientos.

Insistentes toques en la puerta la hicieron sobresaltarse, inhaló profundamente y se giró, estaba segura de que era su padre, caminó con rapidez y le abrió, él, inmediatamente la abordó con un fuerte abrazo.

—Gracias a Dios estás bien, me has dado un gran susto... —Se apartó del abrazo y le acunó la cara—. ¿Estás bien?

—Sí, papá, estoy bien —respondió, esquivando la mirada—. Lamento haberte preocupado, pero no escuché el teléfono...

—Debiste llamar, informar que estabas bien, por lo menos un mensaje.

—Lo siento, es que mi teléfono se apagó, no sé si fue el frío o fue que se mojó con la lluvia..., pero te juro que antes de quedarme dormida estaba apagado.

—¿Cómo llegaste aquí? Si no sabes venir sola.

—No sé. —Se alejó de su padre, era muy difícil mentirle teniéndolo tan cerca—. Simplemente, llegué..., empecé a reconocer el camino y, cuando me di cuenta, ya estaba aquí... Lo importante es que estoy bien, ¿no es así?

—Sí, sí —dijo, mirando en derredor, todo estaba en orden hasta que vio las tres tazas en la mesa de centro—. ¿Llegaste sola?

—Sí, bueno..., con Castiel.

Él caminó hasta donde estaban las tazas y agarró una, irremediadamente Jennifer tragó grueso.

—No sabía que habías aprendido a preparar chocolate.

—Son los beneficios de vivir sola, me ha tocado apañármelas sola... Hasta me tomé dos tazas porque me estaba congelando... Será mejor volver.

—Sí, vamos a casa, que tu madre está muy preocupada.

Antes de salir, Jennifer agarró su teléfono y le dio un último vistazo a aquel lugar donde lo había pasado tan bien, sin duda, se estaba llevando muy buenos recuerdos de ese lugar.

—Todo bien, regresemos —anunció Prescott a los hombres que lo acompañaban y que se habían quedado esperando encima de sus caballos. Cerró la puerta y ayudó a su hija a subir al caballo.

Jennifer tuvo que soportar estoicamente la incomodidad que le provocó sentarse ahorrajadas en Castiel, su cuerpo estaba terriblemente resentido por tanto sexo, pero por nada del mundo su padre podía sospechar que estaba sufriendo en ese instante.

Sin vacilación, la Chevrolet clásica era la favorita de Connor, pero no era el único medio de transporte con el que contaba la familia, a la vieja consentida se le sumaba un par más, y mucho más actuales, entre ellas una SUV Toyota RAV4 gris, del año pasado.

Era en la que en ese momento se transportaban hasta la reserva india en Wind River, ubicada en el Valle de los Vientos Cálidos, donde Yoomee tenía una presentación en una de las asambleas de las tribus nativas, en el círculo y danza de la amistad, que hacían todos los años para la misma fecha.

Connor iba conduciendo, Eliot de copiloto, mientras que Yoomee y Chenoa ocupaban el asiento trasero; la joven se preparaba todo el año para ese evento, practicaba sus bailes los fines de semanas y mantenía su vestuario intacto.

Chenoa la había levantado por la madrugada para poder peinarla y ponerle todas esas cintas coloridas en sus trenzas, y ayudarle con su llamativo vestuario decorado con plumas y pieles.

Antes que ella, su madre y padre habían sido parte de ese círculo y, mucho antes que ellos, Chenoa y Skah también lo fueron, porque esas asambleas les ayudaban a mantener y fortalecer sus costumbres; era satisfactorio para ellos encontrarse con miembros de otras tribus y compartir anécdotas que se habían pasado de generación en generación.

Como desde siempre también habían pertenecido a la familia Mackenzie, ellos los apoyaban, la amistad se había forjado desde tiempo memorables, por lo que la estima y el respeto siempre han sido un aliado para todos.

James Mackenzie, el tatarabuelo de Connor, había sido un coronel comprometido con la causa de los indios, como pocos lo fueron en su época, por lo que siempre le enseñó a sus hijos e hijos de sus hijos la protección y respeto hacia los nativos.

Por lo que para Connor, era fascinante poder estar en esos círculos donde ya se había hecho buenos amigos, y le emocionaba poder verlos y compartir con ellos esa tarde.

Tras casi tres horas de viaje, habían llegado a la reserva donde el sonido del gran tambor tocado por ocho nativos retumbaba. Eliot también se mostraba muy feliz de estar ahí, abrazó y besó con infinita ternura la frente de Yoomee, a

quien adoraba como si fuese una hija, y ella lo quería con la misma fuerza que se quiere a un padre.

—Lo harás muy bien. —Le dijo Eliot, acunándole el rostro.

—Pero estoy nerviosa.

—Es lo mismo de todos los años —intervino Connor, posándole una mano en el hombro—. Lo harás bien, como siempre; además, has practicado lo suficiente.

—Bueno, andando —dijo Chenoa y miró a Connor—. No olvides las bandejas.

—Enseguida las llevo. —Caminó a la parte trasera del auto y sacó del maletero las bandejas con comida que Chenoa había pasado dos días cocinando, las cargó y llevó hasta las mesas donde recibían los alimentos.

Saludó a varias de las mujeres que ahí estaban y que ya lo conocían, incluso, desde que era un niño. Si algo le gustaba a Connor era ver todo ese despliegue de vestuario, todos tan coloridos, plumas, flecos, pieles de animales, rostros pintados y abundante buena energía.

Había nativos de todas las edades, desde los más viejos, inclusive más viejos que Chenoa, hasta bebés a los que empezaban a inculcarle la nobleza de esa cultura.

Connor se reunió con su padre en las tribunas para observar la presentación de todos, aunque en realidad esperaban muy ansiosos a Yoomee, que en cuanto salió, él aprovechó para hacer vídeos y tomarle muchas fotos, se sentía orgulloso de ella, de lo bien que lo hacía y de la pasión que le ponía al baile.

—Se ve hermosa mi niña. —Eliot dijo con el pecho hinchado de orgullo—. Mira lo bien que lo hace, es la mejor... Mira, Connor —parloteaba, señalando hacia donde estaba Yoomee.

—Papá, la estoy viendo, aun a través de la pantalla, pero estás arruinando todos los videos porque no paras de hablar... —Le comentó.

—Lo siento, estoy emocionado —dijo, sonriente—. Trataré de no hablar, sigue grabando.

Cuando Yoomee terminó la presentación, bajaron a comer y conversar, hasta que llegó la hora de hacer el círculo en el cual todos participaban, se tomaban de las manos y giraban en torno a los participantes, que uno a uno, pasaba al centro a hacer una corta repetición de su acto.

Jennifer se había quedado dormida cuando el sol estuvo a punto de despuntar, tanta adrenalina desbocada por su cuerpo y los pensamientos bastantes eróticos no le permitieron que el sueño la venciera antes.

No supo por cuánto tiempo durmió, pero apenas estuvo de nuevo consciente, su cuerpo todavía resentido, le traía de vuelta a Connor a la cabeza y a todos esos lugares de su cuerpo en los que habitó. Era primera vez que eso el pasaba, que un hombre ocupara sus últimos pensamientos antes de dormir y también se apoderara de ellos al despertar.

Se quedó en la cama, deseando que al levantar las sábanas pudiera encontrarse a Connor ahí, pero sabía que eso era imposible y le tocaba solo conformarse con sus recuerdos, los cuales fueron interrumpidos por sus tripas, que hicieron un extraño sonido.

Salió de la cama, pero no se fue directamente al baño, sino que caminó hasta la ventana y buscó en el cajón que estaba debajo el atrapasueños que Connor le había regalado, lo miró sonriente y volvió a colgarlo.

Después de ducharse y vestirse, bajó por algo de comida, pues estaba famélica. Anna Mey le tenía un delicioso plato guardado, solo tuvo que calentarlo unos minutos. Ella devoró la comida, pero sin poder sacarse a Connor de la cabeza, y las ganas por volver a verlo no paraban de torturarla, solo pensaba en una excusa lo bastante convincente para ir en su búsqueda.

No quería que él pensara que estaba muriendo por sus huesos, solo era un crudo y puro deseo sexual, nada más. De Connor Mackenzie solo le atraía su manera de hacerle ver las estrellas, era lamentable que el hombre al que odiaba tuviese la habilidad de cogérsela como nadie. No, no, no era lamentable, era una maldita desgracia.

¿Por qué tenía que ser Connor Mackenzie con el que tuviese una extraordinaria conexión a la hora de tener sexo?, ¿por qué él? De los millones y millones de hombres que habitan en la tierra, tuvo que ser precisamente el hombre más irritable y detestable que conocía.

Resopló porque sus pensamientos, que la llevaban de un lado a otro, la tenían agotada.

—¿Sucede algo, mi niña? —preguntó Anna Mey.

—No, nada..., nada, nana. —Hizo a un lado el plato.

—¿No te gustó la comida?

—¿Crees que si no me hubiese gustado habría dejado el plato de esa manera? —Sonrió, mostrándole el envase.

—¿Quieres más?, ¿o prefieres un postre?

—No, gracias, nana, estoy bien.

—¿Seguro que estás bien? Es que te noto algo distraída. ¿Será que te has resfriado? —preguntó, acercándose a ella y le tocó la frente.

—Estoy bien. —Agarró las manos arrugadas y oscuras de su nana y las besó—. En serio, estoy bien.

—Bueno. —Le dio un beso en la frente.

Jennifer se levantó y salió, pero a mitad de la sala se devolvió, porque si existía alguien sabio en esa casa era Anna Mey.

—Nana, ¿puedo hacerte una pregunta? —interrumpió a la mujer que estaba preparando mermelada.

—Claro, cariño.

—Cuando deseas algo, ¿vas por ello o esperas a que el universo te lo conceda? Es decir, que te lo ponga en frente la casualidad.

Aunque Anna Mey no comprendió qué tenía que ver su pregunta con ella, después de pensarlo por un minuto decidió responder.

—Bueno, mi niña, todo depende de con cuánta intensidad lo desees. Si no quieres esperar, puedes ir y buscarlo tú misma... Muchas veces es mejor luchar fervientemente por lo que uno quiere a dejarlo todo en manos de señales que, a fin de cuentas, puede que no sepamos interpretar...

No había terminado de dar su explicación cuando vio que Jennifer pasó como un vendaval a su lado, corriendo hacia la puerta que daba al patio.

—Mi niña, ¿a dónde vas? —preguntó casi corriendo detrás de ella.

—¡No quiero esperar las señales, nana! —gritó y siguió corriendo, llevaba puesto unos vaqueros blancos, una blusa celeste con rayas blancas y un cárdigan de lana color hueso, que le llegaba a las rodillas.

Prácticamente, sin aliento, llegó hasta Castiel, lo sacó de su pesebrera, a la que ya le hacía falta que le cambiaran el aserrín, pues el olor era verdaderamente intenso; lo ensilló como su padre le había enseñado, le habló un poco, como le había dicho Connor que hiciera, y subió a este.

No pudo evitar quejarse por sus resentidas zonas íntimas, pero ahí iba, al galope, una vez más, como la peor de las masoquistas, a que Connor la hiciera jadear hasta dejarla sin aliento y perdida en el más extraordinario placer. No podía evitarlo porque todo era nuevo para ella, toda esa intensidad que le hacía vibrar cada molécula de su ser apenas lo recién descubría; con muchos otros había tenido sexo, con muy pocos algo considerado bueno, pero con Connor, era milagroso y; lo mejor de todo, con él no quedaba vacía, no sentía

arrepentimientos, no de esos que la dejaban batallando con horribles emociones. Con Connor no buscaba sexo como una salida a la depresión, estrés, ansiedad o soledad, con él solo quería tenerlo de verdad, lo quería para premiarse y también para premiarlo a él.

Galopó, tratando de mantenerse elevada en el asiento para evitar el golpeteo de la silla, llevó a Castiel hasta la valla que limitaba las propiedades de los Rawson y Mackenzie, siguió la cerca con la mirada puesta en las llanuras, sin ver a nadie; estuvo segura de que recorrió la mayor parte sin ningún resultado.

Se emocionó cuando por fin vio a unos vaqueros arreando un considerable número de reses, pero ninguno era Connor; tras varias horas deambulando se dio por vencida y; segura de que no lo vería, decidió regresar a su casa.

Al parecer, buscar fervientemente lo que se deseaba tampoco era tan fácil de hallar, suponía que debía esforzarse un poco más. Regresó, tomó una ducha, se cambió de ropa y se quedó en su habitación, viendo una serie, hasta que fue llamada para bajar a cenar.

—Hola, cariño, ¿cómo fue tu día? —preguntó Alana, sujetando la mano de su hija para darle un beso.

—Bien, mami, salí con Castiel un rato y ahora estoy viendo House of Cards. —Se sentó al lado de ella.

—Ahora podemos ver juntos el siguiente capítulo —comentó su padre.

—Papá, seguro que ya vas mucho más adelantado, porque sé que nos haces trampa —dijo, convencida de que Prescott estaba bien enganchado a la serie y antes de dormir siempre se veía más de un capítulo.

—No me importa verlos repetidos. —Le sonrió con ternura.

—Está bien, veremos un capítulo después de la cena. —Estuvo de acuerdo Jennifer, mientras Doreen le servía su ensalada de pollo, lechugas, almendras y manzana verde—. Pero no podrás decir nada.

Él hizo un ademán de que cerraba la boca y, en ese momento, su teléfono vibró sobre la mesa, pero lo ignoró porque no le gustaba interrumpir sus comidas; sin embargo, los ojos de Jennifer destellaron al ver el teléfono de su padre y recordar en ese momento que ahí, en ese pequeño aparato estaba el teléfono de Connor, lo que significaba su posibilidad de comunicarse con él y acordar volver a verse, eso era mucho más efectivo que cualquier casualidad. Pero ¿cómo sacar el número de ahí sin que su padre sospechara de su interés por el vaquero? Eso estaba bastante complicado.

Casi se atragantaba con su ensalada mientras pensaba en las posibilidades de hacerse con el teléfono, pero era bastante difícil porque siempre lo tenía encima y, ella, simplemente, no podía quitarle la vista.

Hasta que una idea surgió como su salvadora, no sabía si iba a dar resultados, pero nada perdía con intentarlo.

—Papi, ¿me prestas tu teléfono? Quiero calcular cuántas calorías he comido, para ver si puedo servirme otro plato —pidió con una sonrisa nerviosa.

—Cariño, come otro poco y olvídate de las benditas calorías. Si quieres más, adelante.

—Sabes que si no lo hago... Ay, papi, por favor.

—Está bien. —Suspiró y le entregó el aparato.

Ella casi se lo arrancó de las manos, pero enseguida se lo devolvió.

—Está bloqueado —pidió con una sonrisa encantadora y una batida de pestañas.

Prescott estiró su mano y puso la huella de su pulgar.

—Listo —dijo al ver que la pantalla se encendía.

—Gracias, te quiero, papi. —Sus ojos volaron a la pantalla, calculó solo por mostrar que eso era lo que deseaba hacer; sin embargo, con dedos rápidos buscó en el directorio y tecleó las primeras tres letras del apellido de Connor, y ahí estaba; sintió un subidón de cosquillas en el estómago.

Miró el número e intentó memorizarlo, repitiendo los dígitos para no olvidarlos.

—Gracias. —Se lo devolvió mientras seguía repitiendo los números en su cabeza.

—¿Y?, ¿puedes comer? —preguntó Prescott.

—Sí, Doreen, sírveme un poco más, por favor. —Le pidió a la chica que estaba parada en una esquina de la mesa, atenta a cualquier petición de la familia.

Ella sentía que se le iban a olvidar, por lo que se levantó de la mesa.

—Lo siento, ya regreso.

—¿A dónde vas?

—Tengo que hacer algo urgente. —Salió corriendo del comedor y se fue a su habitación, dejando a sus padres con miradas desconcertadas.

—¿Crees que haya ido a vomitar? —preguntó Prescott a su mujer—. Me preocupa esa obsesión que tiene con las calorías y la comida sana.

—La he visto comer todas sus comidas, pero voy a ver qué le pasa. —Se

levantó Alana y se encaminó a la habitación de su hija.

Jennifer agarró su teléfono de la cama e ingresó el número de Connor, estaba casi segura de que no había olvidado ningún número; corrió de regreso a la salida mientras se guardaba el teléfono en uno de los bolsillos traseros de sus pantalones, y casi que se estampa de nariz contra su madre.

—Cariño, ¿estás bien? —Su preocupación era totalmente evidente.

—Sí, mami, ¿por qué lo preguntas?

—Es que abandonaste el comedor tan de prisa... ¿Has ido al baño?

—No, solo vine a hacer unas anotaciones, temía olvidar algo.

—Jennifer, me preocupa que te obsesiones con las calorías...

—No tienes por qué hacerlo. —Buscó su teléfono en su bolsillo y entró a la aplicación donde no solo podía llevar el cálculo de las calorías diarias que consumía, sino también los pasos que daba—. Necesitaba ingresar los datos aquí, antes de que pasara el tiempo, porque después se descontrola todo... Mira, estoy llevando una dieta de mil quinientas calorías... Es sano, puedes averiguarlo.

—Te creo, Jenny, pero si tienes problemas, sabes que puedes contármelos.

—Alimenticios, no... Te juro que no tengo problemas con la comida... Mejor vamos, no quiero que papá cene solo. —Guió a su madre de vuelta al comedor.

Cuando llegaron, Alana le dedicó una mirada tranquilizadora a su marido, y Jennifer volvió a ubicarse en su puesto para poder seguir con la ensalada.

Jennifer volvió a sentirse como una niña al estar en medio de sus padres entre las mantas calentitas del lecho de la habitación principal, donde disfrutaron de un par de capítulos de la serie que traía a su padre loco. Él se la había recomendado un par de meses atrás, cuando ella todavía estaba en Cambridge, y lo cierto era que se había pegado tanto a la trama que consiguió verse unas cuantas temporadas en muy poco tiempo.

Casi a medianoche se despidió de sus padres en medio de mimos, ellos aprovechaban que la tenían ahí para consentirla de todas las maneras posibles, porque en pocas semanas tendrían que conformarse con verla a través de una pantalla.

En realidad, Jennifer no pudo concentrarse en los episodios, solo estaba reuniendo el valor para poder marcarle a Connor y no parecer desesperada por sexo, necesitaba mostrarse casual. Ni siquiera eso, porque no sabía qué impresión dar. Suponía que llamarlo era aceptar que ya no era su enemigo, y tenía miedo de que no le gustara como amigo, que por las buenas dejara de parecerle tan interesante, que lo único que la excitaba de él, eran sus discusiones.

Dio un par de vueltas en su habitación con el teléfono en la mano, todavía dudando si debía marcar o no; inhaló profundamente, dejó de pensar y actuó, simplemente, eligió llamarlo.

Connor había acostumbrado a dejar por las noches su teléfono en sonido, porque no se perdonaría que se presentara una emergencia y él no pudiera atenderla por estar dormido.

Más dormido que despierto estiró la mano, tanteó en su mesa de noche y agarró su teléfono, apenas abrió un ojo se dio cuenta de que era un número desconocido y que pasaba la medianoche, pero igualmente contestó.

—Hola —saludó con voz ronca por las casi dos horas que llevaba rendido.

—Definitivamente, eres un experto en coger y después desaparecer.

—¿Jennifer? —preguntó, aturdido.

—Sí, idiota... A menos que vayas por ahí, dejando mujeres dormidas, desaparezcas y luego no recuerdes sus nombres.

—¿Por qué me llamas a esta hora? —Se frotó los ojos y se sentó—. Ya es más de medianoche.

—Sé exactamente qué hora es.

—¿Y llamas para discutir? —cuestionó, rascándose la cabeza, esa mujer iba a enloquecerlo—. Jennifer, quizá no lo has notado, pero estaba dormido... ¿Te parece si me llamas mañana en un horario más adecuado?

—¿En serio duermes tan temprano?

—No es temprano para quien tiene que levantarse todos los días a las cuatro de la mañana... Ahora entiendo por qué siempre llegabas tarde a los entrenamientos.

—Como sea, todavía no me has dicho por qué te fuiste sin avisarme.

—No quise despertarte.

—¿Por qué no?

—Porque tenía que volver a mi rancho y si te despertaba seguramente no lo haría... ¿Cómo es que tienes mi número?, ¿por fin se lo pediste a tu padre? —Aprovechó para salir de la cama e ir al baño.

—No, se lo robé... Solo te preocupaste por volver a tu rancho, pero no te has preguntado cómo hice para regresar a mi casa, pude haberme perdido.

—Te dejé a Castiel, estaba seguro de que él te llevaría... ¿Ahora eres una vil bandida que le roba información a su padre?

—Tuve que hacerlo, no tenía otra manera de comunicarme contigo...

—Pudiste pedírmelo a mí.

—¿Cómo lo haría, genio?

—Bueno, no sé... ¿Sabes que también tengo Instagram? Pudiste buscarme por las redes sociales.

—Bueno, no lo pensé... ¿Qué haces? —preguntó al escuchar el particular sonido de un chorro.

—Estoy meando, ¿ahora tengo que decirte todo lo que hago?

—¿Podrías usar otro vocabulario? Estás hablando con una dama.

—Disculpa, pero no pienso cambiar por ti. Es como me expreso... ¿Por qué necesitabas comunicarte conmigo?

—Ya no sé si deba decírtelo, intuyo que estás de mal humor.

—Me has despertado, no esperes que esté feliz... —Enseguida la comunicación se cortó. Sin duda, Jennifer le había terminado la llamada; entonces, él remarcó al número, pero por más que repicó, no contestó.

Regresó a la cama, pero el sueño se le había ido al diablo, lo cierto era que no podía volver a dormir sin saber qué era eso que Jennifer deseaba

decirle, así que le marcó una vez más, pero siguió sin responder; no obstante, no desistió, siguió todas las veces que fueron necesarias hasta que ella le atendió.

—¿Qué quieres? —preguntó, tajante.

—¿Qué ibas a decirme?

—No creo que te interese.

—Si te estoy llamando con tanta insistencia es porque me interesa.

—Probablemente para ti sea una tontería.

—Probablemente —argumentó él—, pero no lo sabré si no me lo dices.

—¿Quieres llevarme a ver el apareamiento de los caballos? No tengo el valor para pedírselo a mi padre.

—¿En serio quieres verlo? —preguntó, algo turbado.

—Sí, de otra forma no te lo pediría.

—Está bien, te veo mañana por la tarde... A las cinco, en el mismo lugar donde nos encontramos hace un par de días.

—¿Dónde te arrastró el caballo? —preguntó, sonriendo con malicia.

—Donde te doblegué en el barro.

—Lo siento, pero eso no pasó... —Esta vez fue Connor quien terminó la llamada sin dejarle terminar. Quiso volver a llamarlo, pero no quería ser tan molesta, sintió empatía por él, imaginando que debía estar muy cansado.

Dejó su teléfono sobre la mesita de noche y se fue al baño a lavarse los dientes, la cara y aplicarse su crema de hidratación nocturna, ya el pijama se lo había puesto antes de ir a la habitación de sus padres.

Se metió en la cama, agarró el teléfono y desde la aplicación apagó las luces de su habitación y las del pasillo. Ya era una mala costumbre que antes de dormir tenía que revisar sus redes sociales y, cuando entró a Instagram, se encontró con una solicitud de Connor Mackenzie; inevitablemente, sintió que un hueco se le abría en el estómago. Empezaba a reconocer que el chico de campo era el causante de que su cerebro se estuviese inundando con dopamina.

Su curiosidad fue más fuerte que el miedo a lo que podría pensar Connor de que lo aceptara y que también lo siguiera, porque el muy maldito tenía la cuenta privada.

En cuestión de segundos él la aceptó, y ella sonrió como una tonta; al percatarse, se puso seria como si tuviese al mismísimo Connor en frente, pero no pudo evitar entrar en su cuenta.

Como era de esperarse, su cuenta estaba inundada de imágenes y videos

de caballos, en casi todas él estaba junto a los caballos; en otros, estaban solo los animales. No podía negar que era fotogénico el condenado, incluso, se veía más atractivo en fotos que en persona, con esa sonrisa franca y sus ojos azules intensos y llamativos.

Se quedó prendada en sus fotos, revisándolas minuciosamente, hasta que vio una donde estaba con la jovencita nativa. Los nervios se sintieron intensos en su estómago y hasta tenía miedo de mirar la descripción de la imagen, porque no quería encontrar algo que le arruinara la madrugada.

Inhaló profundamente para llenarse de valor y salir de dudas, de una vez por todas. En realidad, la chica se veía bastante joven, estaba segura de que no llegaba a la mayoría de edad, pero bien sabía que eso no era un impedimento para la atracción.

—¿Su hermanita? —Se preguntó, más confundida aún—. ¿Será que Eliot Mackenzie tuvo hijos por fuera del matrimonio? No..., no, es obvio que es nativa al cien por ciento, no tiene nada de los Mackenzie... Quizá mi papá sepa quién es —hablaba con ella misma, pero más tranquila al ver varias fotos donde aparecía con la jovencita en situaciones bastante familiares y, en todas, la etiquetaba como su «hermanita».

Estaba muy entretenida inmiscuyéndose en la vida de Connor, empezaba a admirar ese amor que sentía hacia los caballos y a la Collie que también aparecía en casi todas sus fotos. Se emocionó al punto de chillar cuando vio que había un par de imágenes de Castiel, una era una graciosa autofoto, donde ambos tenían los dientes pelados.

«Con mi buen amigo, Castiel». Era la descripción de la foto, acompañada de algunas etiquetas, como: la raza de su caballo, entrenamiento, nombres de algunas organizaciones e, imaginaba, que para una de esas era que él trabajaba.

—¡Qué estúpida! —Se lamentó, muerta de la vergüenza porque, sin querer, se había puesto en evidencia al darle me gusta a la foto. Resopló, pensando en quitarle su reacción, pero igualmente a Connor le llegaría la notificación. Sabía que no podía hacer nada, así que decidió afrontar su error con entereza y escribió.

«Por supuesto, lo único atractivo de la foto es mi caballo».

Haber cometido ese error era una buena razón para dejar de mirar las fotos e irse a dormir, eso era lo que pensaba, pero seguía mirándolas, hasta que se encontró una donde él aparecía con las gemelas.

—¡Oh, por Dios! ¡Están gordísimas! —Se carcajeó burlonamente, de

cierta manera, alegrándose de que las chicas hubiesen perdido aquel escultural cuerpo por el que suspiraban todos los de la prepa.

La foto era de la Navidad pasada, no hacía más de cinco meses y, sin duda, debían tener unos doce kilos de más. Loren se había teñido el pelo de castaño, y eso la hacía lucir mayor. Estaban etiquetadas en la foto, se vio tentada a entrar a las cuentas de ellas para averiguar más de sus vidas, pero temió meter la pata de nuevo y decidió solo quedarse viendo las fotos de Connor.

Lo miró hasta que los ojos empezaron a arderle, dejó el teléfono casi sin carga sobre la mesita de noche y se metió bajo las sábanas; como era de esperarse, el subconsciente hizo de las suya, trayendo a Connor a sus sueños.

Eliot estaba en el porche trasero de su rancho, inmerso de nuevo en la apasionante historia del doctor Starks y Rumpelstilskin: «Jaque al Psicoanalista», de John Katzenbach. Había esperado demasiado por esa continuación, por lo que, esa misma mañana que la recibió, empezó a devorárselo; nada había conseguido que despegara su atención de las páginas, ni siquiera su comida.

—¿Sigues leyendo? Recuerda descansar la vista. —Lo sorprendió Connor, llegando a deshoras de sus obligaciones.

Eliot le echó un vistazo a su reloj de pulsera y eran las tres treinta de la tarde; comúnmente, su hijo regresaba a las ocho o más.

—¿Has terminado? —preguntó, mirándolo por encima de los lentes de lectura.

—No, todavía, solo vine por algo —dijo, quitándose las botas y se puso las pantuflas, como Chenoa, a punta de coscorrones, le enseñó.

—Está bien. —Regresó la mirada al libro sin interesarse mucho, Katzenbach lo tenía atrapado en la telaraña y sus constantes giros.

Más de una hora después, Connor regresó, duchado, con un cambio de ropa y, extrañamente, perfumado; eso sí que le pareció insólito, porque en los veintisiete años de su hijo, era primera vez que actuaba de esa manera. Connor, jamás dejaba a medias el trabajo para ducharse y mucho menos ponerse perfume.

—¿Seguro que vas a trabajar? —preguntó, mirándolo con suspicacia por encima de los lentes.

—Sí. —Se sentó a ponerse las botas—. Voy a sacar a Theo y a Lluvia a pastar, después acompañaré a los chicos a arrear... También sacaré a Indiana para aparearla... ¿Con el Morgan o el Andaluz? —Le pidió sugerencia de con cuál raza cruzar a la yegua Pura Sangre, que era uno de los tesoros más preciados del rancho, y tenía una gran lista de compradores interesados en ella, solo que Connor quería primero sacarle cria.

—El Andaluz... ¿Y te has perfumado para aparear a Indiana? Al parecer, es un evento muy importante para ti.

—Sabes que es un momento muy importante para mí, y necesitaba una ducha, ya el calor empieza a sentirse.

—¿En serio? —No se lo creía porque él había pasado gran parte de la mañana con frío o quizá ya no podía fiarse de su temperatura corporal, pues el tratamiento tenía todo su organismo descontrolado.

—Así es. —Se levantó y le palmeó un omóplato—. Sigue con tu lectura, espero tu opinión para ver si me animo a leerlo, en algún momento, cuando tenga tiempo.

—Olvidalo, no lo leerás, porque si lo dejas para cuando tengas tiempo, eso será nunca... Si en realidad quieres leerlo, debes darle prioridad.

—Dependiendo de tu opinión podré darle prioridad... Ahora me voy, que se me hace tarde.

—Más que a trabajar parece que fueras a una cita.

Connor sonrió abiertamente con mucha picardía, pero no dijo nada, solo le dio un beso en la frente a su padre y se marchó.

—¡Cuidado con las cocineras! —Le gritó.

—¡Ya se fueron hace rato! —Y se carcajeó por la forma en que su padre lo molestaba, pues bien sabía que todas pasaban los cincuenta, con maridos e hijos.

Chenoa salió de la cocina limpiándose las manos en el delantal mientras miraba a Connor alejarse.

—¿Lo has notado extraño? —Le preguntó a Eliot.

—Mucho, no es normal que venga a ducharse a mitad de la jornada, siempre que ha necesitado refrescarse, lo hace en los corrales con las mangueras.

—Tendremos que averiguar qué es lo que esconde.

—Ya nos lo dirá... Vamos a dejarlo a ver por cuánto tiempo puede guardar el secreto.

—Lleva días algo distraído, no sé si lo has notado.

—Eso no me lo habías contado —dijo Eliot, girándose en la silla para mirar a la anciana.

—Pensé que habías reparado en ello. —Se alzó de hombros—. Mejor regreso a mi cocina, no quiero que después piensen que soy lengua floja. —Se marchó arrastrando los pies.

Eliot sonrió e intentó volver a poner toda su atención en la lectura, ya su hijo le contaría lo que le estaba pasando. Sabía que Connor era un hombre extremadamente responsable y el mejor hijo que la vida le pudo dar, no merecía que le tendiera una emboscada para sacarle algún tipo de información que saciara su curiosidad, era mejor dejarlo tranquilo y que viviera su momento con plena tranquilidad.

Cuando el reloj de Connor marcó las cinco en punto de la tarde, vio a Jennifer acercarse galopando en Castiel, por primera vez, ambos cumplían con el horario acordado, debía admitir que se veía imponente sobre el equino y con el cabello siendo agitado por el viento.

Él la esperaba con las manos en las caderas, en una postura aparentemente serena, pero su pecho se hinchó cuando llenó totalmente sus pulmones; después suspiró, en un intento por calmar esas ganas que la expectativa de verla había creado.

—Llegué a tiempo. —No fue una pregunta, porque se había esforzado lo suficiente para estar ahí a la hora acordada.

—Sí, sorprendentemente, sí —hablaba con su mirada puesta en las piernas torneadas de la joven, que quedaban expuestas debido al vestido corto, floreado, que llevaba puesto.

Jennifer se concentró en desmontar a Castiel, evitando que el viento le levantara el vestido, empezaba a tener la certeza de que había sido muy mala idea usarlo, en lugar de unos vaqueros, pero más pudo su deseo de sentirse extremadamente femenina para Connor.

—Asegúrate de amarrarlo bien. —Le sugirió, cruzándose de brazos y manteniéndose en sus tierras, como a un metro de distancia de la valla—, si quieres encontrarlo cuando regreses.

—Listo. —Lo sujetó bien a uno de los listones de madera de la valla, le acarició el cuello en forma de despedida—. Ahora vuelvo, no tardo. —Le susurró porque todavía le avergonzaba hablarle delante de Connor.

Lo que no sabía era que a él, esa era la faceta que más le gustaba de ella, darse cuenta de que empezaba a creer en la maravillosa conexión que existía entre un caballo y un humano. Jennifer volvió la mirada a Connor, al otro lado de la valla.

—¿Ahora qué hago? —preguntó, agarrando aliento y se llevó las manos a la cintura, justo donde terminaba su chaqueta de cuero marrón envejecida y de estilo aviador.

—Es tu turno de saltar la barrera.

—No creo poder hacerlo. —Se apartó el pelo de la cara porque una

ráfaga de viento se lo puso de máscara.

—Claro que puedes..., solo tienes que intentarlo.

—Lo haré, pero acércate para que me ayudes. —Jamás se había comportado de esa manera, empezaba a sentirse nuevamente como una adolescente y cometía todas las locuras que no hizo en ese entonces.

—No actúes como una doncella en peligro, que puedes hacerlo..., tampoco es tan alta.

—Solo acércate, Connor —dijo con tono de exigencia, sin poder deshacerse de sus malos modales.

—En cuanto vea que empieces a subir la valla.

Jennifer resopló y caminó a la división de madera, inhaló profundamente, infundiéndose valor; apoyó un pie en el primer listón, y ambas manos en uno más arriba, escaló tres travesaños, y en ese momento otra ráfaga de viento le subió el vestido, brindándole a Connor una generosa vista de su ropa interior. En cuanto llegó al límite, toda temblorosa, pasó con cuidado una pierna del otro lado, se sentó ahorrajada y después pasó la otra pierna, ahí se le complicó la situación porque temía darse la vuelta para bajar.

Fue entonces que, Connor, de un par de zancadas estuvo con ella, llevó las manos a su cintura y, sin esfuerzo alguno, la cargó y la puso de pie en el suelo.

—Estoy segura de que te mostré todo —dijo volviendo a apartarse el pelo de la cara y sintiéndose realmente nerviosa, juraba que él pudo sentirla temblar.

—No me molesta —confesó, con ganas de comerle la boca en ese momento, pero no sabía si era correcto, no por ella, si no por él. Porque no era conveniente para sí mismo seguir avanzando con Jennifer, mucho menos darle más poder a las emociones que ella le despertaba.

Así que con su resolución en el punto más alto, encontró el valor para soltarle la cintura y retrocedió un paso, poniéndose a salvo de sus propias debilidades.

—Ese es tu caballo, lo reconozco, es Theo... Tienes muchas fotos con él —dijo, avanzando hasta donde estaba el imponente semental árabe.

—Entonces, no dormiste por estar inmiscuyéndote en mi vida.

—Ya quisieras —bufó en defensa, se acercó al caballo para tocarlo, pero este le tiró un mordisco; ella gritó y alejó la mano al ponerse bastante nerviosa.

—¡Theo!, tranquilo, ¿qué modales son esos? —Lo regañó Connor,

imponiéndose por encima de su caballo—. ¿Acaso te he enseñado a morder? —continuó reprendiéndolo para después mirar a Jennifer—. Disculpa, es que suele ser bastante celoso de mí, pero no es agresivo; de hecho, es bastante manso.

—¿Celos? —ironizó, mirando al caballo—. Eso lo esperaría de una yegua, quizá.

Connor se alzó de hombro y frunció los labios, formando media luna.

—Supongo que lo consiento más de la cuenta. —Le acarició la frente, apartándole la crin.

—Eso puedo notarlo, no ha pasado un minuto desde que lo reprendiste y ahora lo estás mimando. —Tenía ganas de tocarlo, pero ni loca lo haría, deseaba mantener sus dedos completos.

—Si no lo hago, se dará cuenta de que lo que acaba de hacer es malo y podrá usarlo como un mal hábito. Este muchacho es muy inteligente... —Le acariciaba con energía el cuello—. Si no lo trato como es debido, me hará la vida imposible, hasta podría llegar a perderme la confianza, porque esta raza en particular no tolera ningún tipo de abusos.

—Es decir, te tiene en sus manos.

—Patatas —aclaró, sonriente—. Me toca bailar al son que él quiera, pero sí, sabe muy bien quién es el que manda aquí. Soy permisivo, más no dejo que se crea superior; yo soy su dueño, no él el mío..., y lo tiene muy claro. —En ese momento el caballo levantó la cabeza y empezó a acariciarle el rostro con los ollares—. Sí, lo sabes..., lo sabes, Theo —habló, cariñoso con el caballo, mientras Jennifer lo miraba embelesada—. ¿Estás lista?

—¿Para... para qué? —tartamudeó, saliendo de su estado de estupidez.

—A lo que has venido.

Ese: «a lo que has venido», la llevó en pensamientos a una posible serie de eventos bastante entretenidos. Sacudió la cabeza para alejar todas esas ideas absurdas y después asintió con energía.

—Sí —reafirmó—, por supuesto.

—Entonces, no perdamos tiempo. —Subió al caballo con esa agilidad que maravillaba y después le tendió la mano a ella—. Sube.

—Espero que no le dé un ataque de celos y decida corcovear. —Se aferró a la fuerte mano de Connor, quien la ayudó, halándola.

—No lo hará —dijo al tiempo que Jennifer se abrazaba a su cintura—. ¿Lista?

—Sí. —confirmó, estrechó el fuerte torso de Connor y pegó sus pechos a

esa espalda firme, fue imposible que pasara desapercibido para ella el aroma de su perfume, y no pudo evitar sonreír—. ¿A dónde vamos?

—A uno de los corrales —alentó a Theo para que se echara a andar.

—¿Habrá más gente? —preguntó, sintiendo que se llenaba de nervios.

—¿Te avergüenza que te vean conmigo? —interrogó, mirándola por encima del hombro, sin molestarse en absoluto.

—No es eso, solo que no quiero que mi padre se entere... Él no sabe que ahora somos amigos.

—¿Y somos amigos? —siguió con sus preguntas.

—No lo sé, Connor... ¿Cómo le llamarías a esta relación que tenemos? —ironizó con cierta molestia.

—Es complicado definirla, es más lo que discutimos y cogemos que lo que somos amigables...

—Entiendo, solo nos toleramos por el buen sexo...

—Yo no dije lo de bueno, pero es halagador que lo admitas... Tú también eres buena —concedió, porque para qué reservarse lo que era evidente, si apenas podía contenerse las ganas de arrancarle el maldito vestidito que llevaba puesto.

—Como sea, no quiero que mi padre se entere de lo que hacemos.

—¿Se le cae la virgen del altar?

—Algo así, supongo.

—Entonces, puedes estar tranquila, no habrá nadie en ese corral, me aseguré de asignar los trabajos lejos de esta zona.

—¿Con qué intención lo hiciste? —preguntó, divertida.

—Con la intención de que tu padre no se entere de que coges con el vecino, al que no toleras y tratas de animal e inculto.

Ella quiso disculparse por todas las veces que probablemente lo hizo sentir mal con sus adjetivos, pero si había algo que sabía, era que no había poder en el universo, mucho menos internamente que hiciera cambiar las cosas, una vez que pasaban; tampoco se podían deshacer las palabras dichas, así que no tenía sentido disculparse por cosas que en su momento sí quiso expresar.

—Estás equivocado, lo cierto es que con las ganas que tiene de que me interese y me quede en el rancho, que, si se entera de que estamos cogiendo, es muy probable que nos obligue a casarnos y así cumplir su sueño de unir las tierras y ser más influyente de lo que ya es.

—¿Y tú quieres casarte conmigo? —preguntó, burlón.

—Ni loca, en serio... Te lo digo muy en serio, por mucho que mi padre lo desee, no lo haría, no quiero quedarme en este pueblo.

—Y yo ni muerto lo haría, porque jamás abandonaría mi rancho... Entonces, aclarado ese punto, si tu padre se entera no podrá haber boda obligada, si ninguno de los dos lo quiere.

—Conociendo a mi padre, te llevará al altar a punta de escopeta.

—Bueno, te tocaría a ti salvarnos... Una buena táctica sería que huyeras antes de entrar a la iglesia, cuando tu padre esté apuntándome en el altar.

—Hasta divertido sería.

—Pero tranquila, no llegaremos a eso... No le daremos de qué hablar a la gente de Jackson.

Connor se concentró más en seguir llevando las riendas de Theo, y Jennifer en mirar el paisaje, hasta que llegaron al gran corral redondo con pista de tierra.

Detuvo el caballo y le pidió a Jennifer que tuviera cuidado al desmontar, le ofreció el estribo para que se apoyara, y también la sostenía por un brazo.

Después, él bajó con mayor facilidad, sujetó a Theo por el cabestro y lo llevó con él.

—Espérame aquí, primero tengo que encerrar a Theo, antes de traer a la yegua, porque no será quien la montará.

—¿Ves, Theo?... —dijo Jennifer, mirando al caballo de grandes ollares—. Te quedarás sin coger por intentar morderme, ese es tu castigo.

Connor negó con la cabeza sin poder evitar sonreír ante las ocurrencias de Jennifer, que, últimamente, le divertían bastante; en realidad, le estaba agradando mucho conocerla.

Jennifer se quedó esperando por Connor, se perdió en una caballeriza pequeña, después salió y se fue a otra, de donde regresó con quien suponía era la yegua; admitía que era una belleza azabache con un gran rombo blanco en la frente.

—Te presento a Indiana, es una Purasangre... Este es mi segundo intento por sacarle cria, el anterior tuvo un aborto.

Jennifer se acercó hasta ella y le acarició la frente, aunque temerosa, porque su relación con los caballos era bastante prematura como para entregarse a ellos sin tenerles cierto temor.

—Pobre chica... ¿Y está en celo? —preguntó.

—Sí, de no ser así ni intentaría aparearla... Existen varias maneras, sobre todo, cuando se tiene una sola opción de cruce, como es el caso... Pero

yo siempre le dejo la libertad a la yegua, que ella se tome su tiempo —hablaba mientras la soltaba dentro del corral y en algún punto dentro de las caballerizas empezaron a escucharse algunos relinchidos—. Esos son los chicos, que ya la están olfateando... La dejaré suelta, algunos las sujetan a los pilares para que no empiecen a correr; incluso, hay quienes están un tanto ansiosos para terminar con el proceso de apareamiento, le amarran las patas traseras al cuello, para que no pueda patear al caballo, y también le amarran la cola... Eso nunca lo he hecho, tampoco permito que ninguno de mis empleados lo haga; quizá estoy demasiado involucrado con estos animales, pero para mí, hacerle eso a una yegua es como una violación... —explicaba y en ese momento Jennifer esquivó su mirada—. Lo siento, no debía dar tantos detalles, ya sabes que soy un tanto bruto.

—No pasa nada. —Su voz se tornó ronca y siguió sin mirarlo.

—Sé que te incomodé con mi comentario..., lo siento.

—Ya te disculpaste y te dije que no pasa nada —dijo incisiva e intentaba mantenerse centrada en esa línea de seguridad que había construido a su alrededor, ese límite invisible en el que se sentía a salvo; detrás estaba ella, tan frágil como era, como nadie la conocía y, al otro, se mostraba firme y malvada porque estaba segura de que así no podían herirlas. En ese momento trataba de poner más ladrillos a esa pared que deja fuera a todo el resto de la humanidad—. Y ya sé que eres un troglodita machista... Ve por el caballo.

Connor estaba segurísimo de que a Jennifer no le había agradado en absoluto que diera tantos detalles, debía recordarse más seguido que estaba en compañía de una mujer, y no con otros vaqueros; debía saber que ese tipo de comentarios herían la sensibilidad femenina.

Resopló y guardó silencio, sabía que si abría la boca terminaría empeorando la situación, entonces se fue por el caballo que estaba desesperado, relinchando.

No había nada más enérgico que un semental excitado, entró a la pesebrera y le puso el cabestro, después lo sacó e iba el andaluz levantando sus patas, contento porque iba a follar.

—Tranquilo, deja la ansiedad... —Lo llevaba tratando de controlarlo, pero entre más olfateaba, más crecía su erección y más desesperado se volvía.

—¡Vaya! Este está como actor porno, entra en escena ya erecto —comentó Jennifer, quien aprovechó su par de minutos a solas para recomponerse emocionalmente y no hacer mierda el momento con los recuerdos y secuelas de su oscuro secreto.

—Con el olor de la yegua es suficiente —dijo Connor, intentando controlarlo.

—Ahora entiendo por qué deseas ser un caballo en tu otra vida, tendrías mucha suerte si reencarno en una yegua.

—Y todavía le falta, su erección crecerá algo más cuando esté cerca de Indiana. —Connor por fin consiguió meterlo dentro del corral, cerró la portezuela y caminó hasta pararse al lado de Jennifer.

La yegua estaba bastante quieta, el caballo empezó a olisquearla y después levantaba el cuello, como si estuviese comparando el olor de la secreción con el del viento.

—Sigue creciendo... ¡Qué bárbaro!

—Te lo dije.

Jennifer admiró todo el ritual que hizo el caballo, tal y como Connor ya le había explicado, fue exactamente a como él consiguió que ella lo recreara en su imaginación. Sí que era todo un espectáculo, incluso, el caballo se tomaba su tiempo, podía decir que más que Connor. Esa comparación inevitablemente la hizo reír.

Justo en el momento en que el semental montó a la yegua y el coito estaba por darse, Connor le tapó los ojos, evitándole que viera el momento crucial.

—Déjame ver —dijo, divertida, agarrándole la mano; sin darse cuenta de que no se la soltaba, sino que la mantuvo entre las suyas. Entonces, él le pasó el brazo libre por encima de los hombros.

Jennifer vio cómo el caballo le dio unos cuantos empujones a la yegua, y quedó pasmada cuando en tan poco tiempo salió y el gran pene se sacudió todo flácido.

—¿Eso fue todo? —preguntó, girando y elevando la cabeza para mirar a Connor.

—Sí.

—¿Me estás jodiendo?

—No, eso fue todo.

—La pobre yegua quedaría a mitad de camino, ¿sí me entiendes? —dijo, toda desilusionada.

—No, ella obtiene el orgasmo apenas es penetrada —respondió, mirándola a los ojos, sin la mínima intención de recordarle que tenía su mano atrapada.

—¡Ay, no! Deseo reencarnar como mujer, prefiero sesiones de sexo más duraderas. Suelo gozar más el viaje que la llegada...

En ese momento, Connor le estampó un beso intenso, por supuesto, al que ella correspondió con bastante entusiasmo; en medio del roce de sus lenguas él movió su mano hasta entrelazar sus dedos.

Por más que lo intentó no pudo resistirse, no sabía qué era eso que tenía Jennifer que lo llevaba a perder el control, eso que empezaba a odiar y amar en partes igual, porque iba en contra de su esencia no poder someter sus emociones, odiaba tener que subyugarse ante eso que Jennifer provocaba, pero disfrutaba como nunca con todas las sensaciones que ese cuerpo pequeño y esa boca insinuante, eficaz y traviesa despertaban.

Ignorar a Jennifer era como nadar contra la puta corriente de un río casi congelado, no solo era difícil sino también doloroso; ante eso, prefería dejarse vencer y dejar todo en manos del tiempo. De todas maneras, ella se iría, y él retomaría su vida. Lo que era igual a que gozar de sexo gratis tenía sus días contados.

El relinchido de ambos equinos, quienes ya no podían estar en el mismo lugar, fue el detonante para que Connor parara el beso, porque si algo le pasaba a Indiana, su padre lo mataría.

Esa manera de ella terminar un beso, mordiéndose el labio iba a terminar con su cordura, tuvo que sujetarla por el cuello y darle otro rápido chupón.

—Tengo que llevar a los amantes a sus pesebreras o terminarán haciéndose daño, después de que cogen no se soportan —dijo, apenas apartándose de la boca de Jennifer para poder hablar.

—La historia me parece conocida. —Sonrió con sus pupilas vagando por los ojos azules de Connor. Fue ella, quien retrocedió un par de pasos; entonces, Connor entró al corral, fue primero por el caballo y se lo llevó.

Ella aprovechó para pasear y conocer una mínima parte del rancho de los Mackenzie, nada que no hubiera visto anteriormente en el de su padre; iba tan distraída que no se percató de que aplastó con una de sus botas estiércol de caballo.

—¡Oh, mierda! —dijo, asqueada, quitando el pie—. ¡Qué porquería! — En ese momento, deseaba poder quitarse la bota o, mejor dicho, quitarse la pierna; no pudo evitar llevarse una mano para taparse la nariz y boca, conteniendo una arcada.

—Es mierda. —Connor llegó sonriente hasta ella.

—Sé lo que es, qué puto asco.

—Vamos, que tampoco es tan desagradable..., te aseguro que la tuya es peor...

—¿Por qué tienes que hacer ese tipo de comentarios? —siguió sin poder ocultar su repulsión, mientras arrastraba la bota en la hierba para quitarse los restos.

—Porque esto solo es abono, déjame ayudarte. —Le pidió, levantándole la pierna y le sacó la bota texana que le llegaba por debajo de las rodillas, se la llevó con él hasta donde estaban los lavaderos y le pegó el potente chorro de agua—. Aquí la tienes. —Se la ofreció ya limpia.

Jennifer se aferró a uno de los brazos de Connor para tener apoyo y ponérsela; suspiró, aliviada de saber que no tenía restos de estiércol, y se recordó ser agradecida.

—Fue amable que hicieras eso.

—No fue nada.

—Creo que ya debo volver a mi casa o mi padre terminará llamando al sheriff, para reportar mi desaparición.

—Está bien..., voy por Theo.

Connor caminó hasta la pesebrera donde había guardado a su caballo y regresó con él, guiándolo por el cabestro.

—Te ayudo a subir. —Se ofreció

—¿Podemos caminar un poco?

—De acuerdo.

El crepúsculo estallaba en luces atrayentes sobre las grandes rocosas de los eternos picos nevados, donde se podía apreciar la luna como una mancha blanca, y para hacerlo todo más perfecto, el sonido relajante del caudal de algún río cercano también los acompañaba.

—¿Sabes que mi padre fue a buscarme a la cabaña? —comentó Jennifer para cortar el silencio que los cortejaba—. Llegó con un par de trabajadores, ni te imaginas todo lo que tuve que hacer para encubrir lo que había pasado en ese lugar... Me dejaste metida en graves problemas.

—Supongo que habría sido peor si me encontraba ahí... Tampoco es que hicimos desastre, apenas desacomodamos un poco las sábanas.

—No solo era cuestión de orden, debía cambiarlas, y por eso no me dio tiempo de lavar la taza donde tomaste chocolate... Tuve que mentir y decir que bebí dos veces.

—Espero que seas buena mintiendo.

—Estoy segura de que se creyó el cuento. —Inhaló ese aire casi prístino del lugar.

—O quiso hacerte creer que se lo había creído.

Caminaban uno al lado del otro, acompañados por Theo, que, a pasos, se quedaba para pastar, pero Connor lo instaba a seguir. Casi sin darse cuenta estaban a punto de llegar a la valla que podían divisar a través de los altos pinos de corteza blanca.

—Igual dio resultados, supe arreglármelas después de que desaparecieras.

—Estás empeñada en reclamarme que me haya marchado.

—Es lo que siempre haces, me dejas dormida y te largas.

—No es mi culpa que parezcas un oso hibernando, en serio, ¿cómo puedes dormir tanto?

—Descanso lo suficiente..., solo eso.

—¿Te gustaría que me quedara alguna vez?, ¿tanto deseas verme recién despierto?

Jennifer soltó una risotada bastante fingida, tanto, que Connor se dio cuenta de que la estaba forzando, lo que le dejaba claro que precisamente eso

era lo que quería.

—No sueñes, Mackenzie —dijo, todavía sonriendo—. Agradece tus días de suerte.

—¿Mis días de suerte? —interrogó, burlón, elevando una ceja con picardía—. ¿Se puede saber a qué te refieres con eso? —Se detuvo, y ella también lo hizo.

—Lo sabes —comentó, observando atentamente cómo él movía su regia anatomía y se paraba justo frente a ella.

—En serio, no lo sé... Anda, dímelo a la cara —pidió, haciendo un ademán, instándola.

—Bueno..., a todo lo que ha pasado entre nosotros. —Elevó la cabeza para poder mirarlo a los ojos, y debía admitir que se veía bastante atractivo con ese sombrero blanco.

—¿Crees que coger contigo ha sido cuestión de suerte?

—Para ti lo ha sido, ni en sueños pensaste en tener a una mujer como yo...

—¿Voluble, inmadura, exasperante, petulante...? —Negó con la cabeza y se llevó las manos a las caderas—. Definitivamente, no..., no ha sido cuestión de suerte; más bien, ha sido un cúmulo de malas decisiones. —La vio boquear, podía asegurar que se estaba preparando para insultarlo, y sucedería muy pronto; de lo contrario, podría suicidarse accidentalmente con todo ese veneno que tenía para él. Sin darle tiempo, la sujetó por la cintura, elevándola del suelo y la pegó contra el tronco de un gran pino que estaba lo bastante cerca de ellos—. Lo que no sabía era que me haría adicto a mis metidas de patas —murmuró, apretándole un muslo, al tiempo que le elevaba la pierna y le atacó el cuello a besos y chupones, provocando que el sombrero se le cayera—. Eres ese maldito error en el que reincido, Jennifer Rawson. —Le susurró en el oído—. Para mí no eres ni una mínima partícula de suerte, eres infortunio, caos..., eres una desgracia, pero no me importa... Prefiero ser desafortunado y hundirme muy dentro entre tus piernas.

Jennifer gimió bajito ante los besos de Connor repartidos por su cuello, cerró los ojos y se dejó llevar por las sensaciones y por sus palabras, que estimulaban todo su sistema nervioso, obligando a su cuerpo a servirse en bandeja de plata a los deseos de ese hombre.

Ella misma, sin la mínima resistencia se metió las manos bajo su vestido y empezó a bajarse las bragas; él percibió sus movimientos y le ayudó, de un tirón brusco le terminó de bajar la prenda de encaje, se la quitó y la dejó caer

en la hierba.

—Entonces, eres bienvenido a esta tragedia —dijo Jennifer, mirándolo a los ojos. Con desesperación empezó desabrocharle el pantalón y se lo bajó hasta los muslos, exponiendo la erección en todo su esplendor.

Connor la cargó, y ella se aferró con las piernas a sus perfiladas caderas, se sujetó a los fuertes hombros, reforzando su enganche, y empezó a jadear en la boca entreabierta de Connor, disfrutando de cada embestida.

—Sé lo que soy y todo lo que provoco, soy desastre, fatalidad... No soy más que desdicha, y te estoy arrastrando a todo eso... Pero tampoco me importa, si te daño no me importa —murmuraba, mirándolo a los ojos, abriéndole una pequeña rendija de su alma, para que viera cuán podrida estaba.

Él volvió a besarla con intensidad y no dejó de hacerlo hasta que todo su cuerpo se tensó, y ella tuvo que apartarse violentamente de la boca de Connor, para poder llenar sus pulmones, entretanto, temblaba intensamente de infinito placer.

Connor le dio tiempo, apenas contados segundos para que recuperara la noción del tiempo, y volvió a arremeter con intensas penetraciones mientras le besaba toda la cara casi con desasosiego; le acunó con fuerza la cabeza y pegó su frente y nariz a la de ella.

—Mírame —murmuró casi inentendible por el gruñido atravesado en su garganta—. Mírame, Jennifer.

Ella abrió los ojos para perderse en la intensa mirada azul de él, y la boca para beberse el cálido aliento; sentía que Connor le brindaba una poderosa energía que iba más allá de una simple mirada precorrida, de las que ya conocía muchas, ese gesto era más intenso porque despertaba en su interior una agitación abrumadora, algo que estaba a punto de llevarla a las lágrimas.

Connor jadeó y gruñó con cada empuje, perdido en esa mirada altiva que lo excitaba fieramente; se derramó abundante, tres propulsiones disparadas que le nublaron la vista y le debilitaron las piernas, dejándolo agotado y aliviado.

—Bájame —pidió Jennifer, esquivando el beso que él iba a darle.

Connor accedió a su petición, suponía que debía estar bastante incómoda contra ese tronco.

De inmediato, sintió el caliente y viscoso semen bajar entre sus piernas, por lo que agarró sus bragas de la hierba, la sacudió y se limpió; entretanto, Connor, empezaba a subirse los pantalones.

—Necesito irme ahora.

—Está bien, ya nos vamos, dame unos segundos. —Intentaba ajustarse el cinturón, pero ella miró a ambos lados, como dudando sobre su próxima acción, de repente, le tomó la mano y le puso las bragas mojadas con la mezcla de sus fluidos.

—Deshazte de esto. —Le pidió y caminó sin esperarlo, después se echó a correr.

—¡Jennifer! —La llamó, pero ella no se detuvo, miró donde estaba Theo, muy tranquilo, pastando, y no sabía qué hacer con las bragas en su mano; en realidad, estaba bastante aturdido ante la reacción de Jennifer, tanto, que no podía pensar con claridad—. Theo —silbó, este levantó la cabeza, dejando de lado su fascinante tarea de arrancar hierba.

Connor se metió las bragas en unos de los bolsillos de sus pantalones; lo que menos deseaba era que alguno de sus trabajadores se encontrara con la prenda ahí, tirada. Volvió a silbar y el caballo se acercó trotando, recogió su sombrero, se lo puso, montó con agilidad y lo echó a trotar, llegó justo en el momento en que Jennifer estaba pasándose la valla.

—¿Qué te pasa, Jennifer?, ¿hice algo malo? —preguntó, observándola en lo alto de la barrera, pasando una pierna al otro lado y; en ese instante, una ráfaga de viento le subió el vestido, exponiendo su desnudez.

—Maldito viento —murmuró, temblorosa por los nervios que le provocaba pasarse la barrera, por el temor a caer; sabía que no podía soltar una mano y evitar que la brisa jugara con su vestido y expusiera su culo hacia Connor, porque le preocupaba más resbalar y caer ensartada en el listón de madera, eso debía ser bastante doloroso—. ¡Solo tengo que irme! Y no te acerques, que el caballo me pone nerviosa, y no quiero tener un accidente en este momento.

—¿Fui muy violento? —preguntó, rascándose la nuca, no sabía por qué, pero le preocupaba su actitud—, ¿te hice daño?

—Deja de hacer preguntas estúpidas, Mackenzie... ¿Acaso hiciste algo distinto a lo que ya has hecho? Y no te creció el pene en las últimas horas, como para que me hicieras daño. —Saltó a tierra y se sintió aliviada, con ambas manos se apartó el pelo de la cara y se lo puso tras las orejas al tiempo que inspiraba profundamente—. Adiós. —Desamarró a Castiel y lo montó, acomodando el vestido para no poner su vulva en el cuero de la silla.

—¿No veremos otra vez?

—No lo sé. —Se alzó de hombro, hizo girar al caballo y lo puso al

galope, para alejarse lo más rápido posible de Connor; probablemente, con la distancia podría deshacerse de todo lo que le hacía sentir.

Las lágrimas se le desbordaron y se confundieron con una risa nerviosa, no sabía qué era eso que empezaba a experimentar, pero de lo único que estaba segura era que no le provocaba tristeza ni impotencia, mucho menos rabia. Era maravilloso, eso sí, le gustaba toda esa adrenalina desbocaba por su torrente sanguíneo y que iba a los rincones más recónditos de su organismo.

A pesar de que se había esforzado por acomodar su vestido para no quedar a piel contra la silla, el ritmo del galope y el viento levantaba su vestido; estaba segura de que la última visión que Connor había tenido de ella era de su culo, pero ya poco le importaba, solo quería llegar a su casa cuanto antes y ponerse a salvo de esas emociones, que aunque le gustaban, sabía que no eran buenas, no para ella, no para sus planes, bien sabía que tras todo lo bueno, siempre había algo malo, y lo que menos deseaba era sufrir por un vaquero.

Mucho antes de llegar a su casa decidió bajarse de Castiel y llevarlo andando, porque estaba completamente segura de que sus padres debían estar en la terraza, disfrutando del atardecer, como solían hacer.

Los vio sonreír en cuanto la divisaron, ella les correspondió con menos efusividad.

—¿Dónde andabas? —preguntó Prescott, con esa sonrisa bonachona que hacía brillar sus ojos azules y sonrojar sus pómulos.

—Paseando, admirando el atardecer —contestó, cuidando con una mano que su vestido se mantuviera en su lugar, para no exponerse ante sus padres, mientras que, con la otra, sujetaba a Castiel por el cabestro.

A Prescott le fascinaba ver a su hija mucho más apegada a Castiel y al rancho, deseaba tanto que por fin se enamorara de ese lugar que había pertenecido por tantas generaciones a su familia. No pretendía imponerle que se dedicara en cuerpo y alma a la ganadería, solo quería que cuando él muriera, ella no lo vendiera; estaba bien si no podía administrarlo, pero por lo menos, que lo conservara con un mínimo de amor.

Ya su hermano lo había rechazado, para él, su vejez era frente al mar en California, no deseaba tener nada que ver con el rancho; dejárselo a él, sería igualmente una venta segura de todos los sueños y esfuerzos de sus antepasados, no quería que terminaran rematando todo por lo que los Rawson habían luchado.

—Son incomparables, ¿cierto? —Le preguntó, observando cómo se

acercaba.

—Son lindos. —Quiso decirle que como en otras partes del mundo, pero no quería dañar las ilusiones de su padre, porque sabía lo que significaba para él un atardecer en ese lugar.

—Así es, nunca me cansaré de ver el Grand Teton, con ese halo naranja arropándolo —dijo, mirando el pico más alto de la cordillera rocosa.

—Ten cuidado, cariño —intervino Alana—. No es seguro que te alejes mucho, algunas veces los *Mustangs* rompen el alambrado, para beberse el agua del lago...

—Pero eso no es problema, ¿o sí? —preguntó Jennifer—. Hasta donde sé, no son agresivos.

—No lo son, cariño —siguió Alana—. El problema no serían los caballos, sino que no nos demos cuenta a tiempo y puede entrar algún oso —recomendó, ya les había pasado en varias oportunidades. No importaba qué tan monitoreado tuviese su marido el rancho, los animales buscaban la manera de burlar todo eso; para ellos, no existían barreras. Y, particularmente, en esa época del año, las osas salían de invernación con nuevas crías, y hambrientas.

—Tomaré tu consejo, mami. Aunque no creo llegar tan lejos, no sabría cómo volver —confesó.

—Ven, comparte con nosotros un rato, aquí tenemos limonada caliente con mantequilla. —Su madre le ofreció la mano e hizo un ademán para que se acercara.

—Me encantaría, mami, pero necesito una ducha para quitarme el olor de Castiel y entrar en calor... Nos vemos para cenar y después podremos ver otros capítulos de la serie; si es que papá no se nos adelantó de nuevo.

—No, prometí verlos con ustedes, y aunque me esté costando demasiado, pienso cumplir mi palabra.

—Eso espero... —Caminó por la terraza para entrar a la casa, pero antes de desaparecer en el interior se giró y miró a su padre—. Papi, ¿puedes pedirle a alguien que venga por Castiel?

—Sí, pequeña..., ve tranquila.

—Gracias. —Le regaló una ligera sonrisa y se fue a su habitación.

Entró y lo primero que hizo fue buscar en el bolsillo de su chaqueta su teléfono, lo sacó sin la mínima intención de entretenerse en las redes sociales, porque solo quería ducharse y quitarse esa sensación viscosa de entre sus piernas.

Activó el bluetooth para que la música se reprodujera en el altavoz; justo

en el momento que la melodía se expandió por toda la habitación dejó su móvil sobre la mesita de noche, se quitó la chaqueta, la tiró sobre la cama y se fue al baño.

En el instante en que cerró la puerta, tomó la decisión de que mejor sería sumergirse por un buen rato en la burbujeante agua caliente del jacuzzi, así que lo puso a llenar. Se quitó el vestido y el sostén mientras cantaba: «Sign of the Times», del único amor con el que llevaba más de ocho años, su adorado Harry Styles.

Vertió sales relajantes y varias gotitas de aceite esencial de azahar y benjuí, reguló la intensidad de la luz en el lugar y se paseó desnuda, en busca de toallas para dejarlas cerca.

Con una mano verificó la temperatura, no podía estar mejor, así que entró y suspiró complacida con la sensación que abrazó su cuerpo, se recostó y cerró los ojos, movía la cabeza de un lado al otro y tamborileaba con sus dedos en el borde la bañera mientras entonaba a viva voz: «Love On The Brain», de Rihanna.

—Y me tienes como ¡oh! ¿Qué quieres de mí? Intenté comprar tu bello corazón... —Seguía la letra y no pudo evitar que Connor asaltara no solo a su memoria, sino que empezó a imaginar lo que sería tenerlo ahí con ella, en esa bañera. Sin poder evitarlo, sus manos se convirtieron en las del vaquero y dejó de tamborilear para llevárselas a sus pechos, los cuales empezó a acariciar con suavidad, mientras sentía un latido lento y constante entre sus muslos, como si él todavía estuviese invadiendo ese lugar.

«Pero el precio era muy alto, cariño, me tienes como ¡oh! Sé que amas cuando caigo en pedazos» —continuó en su mente, mientras sus manos incendiaban su cuerpo, aún bajo el agua, al tiempo que repasaba sus labios con la lengua, intentando contrarrestar la temperatura que la calcinaba por dentro—. «Así que puedes reconstruirme y empujarme contra la pared, cariño. Me tienes como ¡ah! No pares de amarme» —jadeó cuando su dedo medio se deslizó entre sus pliegues y frotó con paciencia y conciencia su clítoris, despertándolo con delicadas caricias—. «No dejes de amarme, solo ámame... y, cariño, estoy peleando con fuego, solo para estar cerca de ti, ¿podemos quemar algo, cariño? Y correría millas solo para tener una probada. Debe ser amor en el cerebro lo que me hace sentir de esta manera...».

Sus caderas se movían en busca del placer y un par de dedos más se sumaron a su íntima caricia que subió de intensidad, mientras que la imaginación le traía a Connor, haciéndolo sentir tan real y, al mismo tiempo,

deseándolo con ferviente necesidad.

La respiración se le atascaba entre los latidos acelerados, entretanto, se daba un poco más y jugaba con su zona de placer, sintiendo como si fuese Connor, quien se adentraba a ese terreno peligroso.

Una vez más, el mundo se desdibujaba en gozo, y era el vaquero el único responsable. Abrió los ojos, sintiéndose otra vez en la bañera, después de haberse dado un emocionante paseo por el universo; su pecho todavía estaba agitado y una sonrisa de satisfacción florecía incontrolable.

En un resquicio de lucidez se daba cuenta de que eso se estaba volviendo un vicio, se estaba haciendo dependiente de Connor Mackenzie, y no era bueno; debía cortar de raíz con todo eso, porque si se involucraba más de la cuenta no iba a poder soportar la abstinencia; ella debía volver a Cambridge y cumplir sus sueños, que nada tenían que ver con tener sexo en todo momento con ese hombre. Su vida era en Europa, no en América, mucho menos en Wyoming.

Connor era del tipo de personas que apenas se acostaba y cerraba los ojos terminaba profundamente dormido, muy probablemente, se debía a que se levantaba muy temprano y pasaba todo el día cargado con interminables ocupaciones, pero esa noche en particular no había hecho más que dar vueltas en la cama, llevaba más de una hora intentando dormirse sin conseguirlo, porque no hacía más que pensar en Jennifer Rawson.

Esa mujer le había robado el descanso y la paz, intentaba sacársela de la cabeza al ponerse a pensar en todos los pendientes del día siguiente, solo conseguía concentrarse por algunos segundos, cuando la muy astuta lo llevaba de vuelta a su telaraña de sensualidad, despertando en él una ansiedad por tenerla cerca, aunque sería mucho mejor tenerla bajo su cuerpo, sintiéndose abrazado por sus piernas y torturado por sus uñas; con gusto daría sus horas de descanso para que Jennifer se aferrara con fuerza a su espalda y lo mirara deseosa; de solo imaginarlo, su cuerpo temblaba, expectante.

Volvió a dar vueltas, resopló, frustrado, seguro de que por más que lo intentara no conseguiría dormir, estiró la mano y prendió la luz de la mesita de noche.

Agarró el teléfono y empezó a revisarlo, aunque, deliberadamente, Jennifer lo llevó a su número de contacto; en realidad, empezaba a preocuparse, no sabía lo que le estaba sucediendo. No podía dejarse vencer por lo desconocido, así que volvió a poner el teléfono sobre la mesa y apagó la luz, se dio la vuelta, dándole la espalda a la provocación, e intentó dormir.

Diez minutos después, seguía en la misma situación, quizá solo necesitaba saber si había llegado bien a su casa, ella apenas conocía el camino de vuelta y sería muy posible que se perdiera; tampoco sabía controlar muy bien a Castiel, y si se llegaba a asustar con cualquier cosa, Jennifer estaría en verdadero peligro.

Encendió otra vez la luz y agarró el teléfono, se incorporó hasta quedar sentado y volvió a mirar el nombre de ella en su teléfono, tal y como lo había asignado después de que lo llamó, la noche anterior.

Exactamente en el instante que venció a la duda y estaba por marcarle, el nombre de Hannah se interpuso, con una llamada entrante; inevitablemente, el corazón se le subió a la garganta y el miedo estalló sin avisos, porque una

llamada de su hermana a esa hora solo podía significar una emergencia; al tiempo que contestaba, deseaba fervientemente que nada malo hubiese pasado.

—Hannah, ¿pasó algo? —preguntó sin siquiera saludar—. ¿Estás bien?

—Connor, disculpa que te llame a esta hora, pero no podía esperar a mañana...

—¿Loren está bien? —preguntó con los latidos de su corazón más alterados.

—Sí, está bien, en este momento está terminando un proyecto; no te llamo porque nos haya pasado algo malo, sino porque no puedo creer lo que acabo de ver... —Su comentario se iba tiñendo, sin duda alguna en un reclamo.

—¿Qué viste? Me preocupa que me estés llamando tan tarde...

—Más preocupada y molesta estoy yo.

—¿Molesta? —preguntó, confundido.

—Sí, muy molesta.

—Por favor, Hannah, ya Loren y tú son adultas, paren de pelear por tonterías —intervino Connor. Sabía que las gemelas eran expertas en encontrar la mínima razón para iniciar una riña.

—No es con Loren con quien estoy furiosa, es contigo... ¿En serio, Connor?, ¿ahora eres amigo de Jennifer Rawson?

—No..., no sé de lo que hablas. —Se defendió de la forma más cobarde, pero no esperaba que su hermana lo pusiera sin avisos contra la pared.

—¿Que no sabes de lo que hablo? Pues, justo en este momento estoy revisando tu Instagram y veo que Jennifer y tú se siguen, y ella hasta comenta tus fotos. ¿Me puedes explicar qué significa eso?

—Que tú te estás metiendo en mis asuntos. ¿Qué haces revisando mis cosas?, ¿con qué derecho? —preguntó a la defensiva.

—Con el de ser tu hermana y tenerte es mis seguidores... Pero si ahora prefieres a Jennifer, puedes estar tranquilo, dejaré de seguirte y te bloquearé... Pero en serio, no lo entiendo, Connor.

—Hannah, no sabes cómo son las cosas...

—Pues, sería justo que me las explicaras, no podría perdonarte que por lo menos le dirijas la palabra a esa mujer, después de todo lo que me dijo e hizo... ¿Acaso no lo recuerdas?

Connor suspiró y cerró los ojos, sí, lo recordaba; muchas fueron las veces que Hannah había llorado por culpa de Jennifer, y las que se juró odiarla. Golpeó su cabeza en dos oportunidades contra la cabecera de la cama.

—Puedes empezar a odiarme y bloquearme de todos lados, si quieres quitarme la palabra lo aceptaré, porque sí, he tenido que hablar muy seguido con ella, ya que he estado trabajando para su padre, entrenando un caballo para ella. Sí, ese que viste que comentó.

—¿Cómo puedes hacerlo, Connor?, ¿cómo pudiste aceptar trabajar para esa caprichosa? ¡Te estás humillando!

—No lo hice por ella, fue por su padre y porque papá me lo pidió.

—Entonces, papi también me ha traicionado —comentó, indignada.

—Es fácil decirlo de esa manera, Hannah, pero más allá de tus rencillas de infancia con Jennifer, están los años de amistad entre los Mackenzie y los Rawson. No porque un miembro de la familia sea intolerable se dejará de lado una tradición que lleva más de un siglo.

—No se trata de eso. No te pido que no le hagas favores al señor Prescott.

—¿Entonces, de qué se trata?

—De qué se los haces a ella... No tienes por qué seguirla en las redes sociales, ni ella tiene por qué comentar tus fotos. ¿Acaso no entiendes que nada le puede interesar de tu vida? Si no es para intentar hacerte daño con sus estúpidos comentarios, como lo hacía conmigo.

—Hannah, no soy tú, ningún comentario que haga Jennifer podrá afectarme, ella no tiene poder sobre mí. No es más que una chica mimada, que se cree muy astuta, eso lo tengo muy claro.

—No tienes que hacerle favores, si me apreciaras mínimamente, no harías nada en su beneficio.

—El favor se lo hice a Prescott, fue él quien vino a solicitar mis servicios para entrenar a Castiel. Que el caballo le pertenezca a su hija es lo que menos me interesa.

—Debiste contármelo —reprochó la joven.

—¿Para que hicieras este mismo espectáculo? —ironizó Connor.

—¿Crees que lo que hago es un espectáculo? —siguió, iracunda—. Está bien, no me hables más... No quiero saber nada más de ti, porque es evidente que prefieres a la tonta de Rawson. Si tanto la quieres de amiga, probablemente también la deseas como mujer... Puedes casarte con esa fácil, tener hijos y joderse todos. —Terminó la llamada.

Connor se quedó estupefacto, tenía ganas de remarcarle, pero sería mejor esperar a que se le pasara la rabieta, si seguían dando vueltas sobre el tema, los ánimos se caldearían y jamás había tenido fuertes discusiones con sus

hermanas. Y no quería que pasara justamente ahora y por culpa de Jennifer.

A pesar de todo, sabía que Hannah tenía razón, no podía seguir traicionándola, porque justamente eso era lo que significaba estar compenetrándose con Jennifer Rawson.

Nunca supo cuáles fueron los motivos que alimentaban las riñas entre ellas, tampoco le importaba, lo único que le interesaba era que él, como hermano mayor, debía proteger a su hermanita; y siempre, sin importar la causa del conflicto, ponerse del lado de su familia.

Siempre estuvo dispuesto a pelearse contra el mundo entero si con eso evitaba que sus hermanitas derramaran por lo menos una lágrima, iba a protegerlas con su vida, de ser necesario, porque fue un juramento que se hizo en el instante en que las vio por primera vez y que después le reafirmó a su madre, para que pudiera marcharse en paz.

No quería ser precisamente él, quien les causara algún tipo de descontento, era momento de hacer a un lado su instinto sexual y entrar de una vez por todas en razón. Lo primero que hizo fue eliminar el contacto de Jennifer de su teléfono, después se fue al Instagram y, antes de bloquearla buscó a su hermana, solo para encontrarse con que ella lo había bloqueado

Se sintió bastante desilusionado y también molesto, no imaginó que Hannah hiciera algo como eso. Ahora sí que no podía esperar a que su temperamento se calmara, era una necesidad llamarla para reclamarle, pero la simple acción hizo que se molestara más al comprobar que también le había restringido las llamadas.

Salió de la cama, dispuesto a llamarla desde el teléfono de la casa, e iba camino al pasillo donde estaba el inalámbrico, pero antes de que pudiera abrir la puerta, su teléfono volvió a repicar, por lo que regresó a la cama, donde lo había dejado, y vio que era Loren.

—¿Llamas para avisarme que también vas a sacarme de tu vida? —preguntó, bastante resentido.

—Parece que el drama va en aumento —dijo Loren, bastante tranquila, provocando que el estado de alerta en Connor mermara un ápice—. No, solo llamo para decirte que no le hagas caso a Hannah, ya sabes lo temperamental que es. Ahora está muy molesta, llorando y haciendo pataleas en su habitación, pero sé que se le pasará muy pronto y volverá a ser la misma... Seguro que te pedirá perdón por todas las tonterías que te dijo.

—¿La escuchaste? —interrogó un tanto más calmado.

—Sí, que estás trabajando con Jennifer Rawson, aunque cuando se dio

cuenta de que ustedes se seguían en Instagram se hizo toda una película con la situación y no pudo esperar a llamarte mañana, como le pedí, pues supuse que estabas durmiendo.

—Imagino que tú también estás molesta conmigo.

—¿Qué? No, para nada, a mí me da lo mismo Jennifer Rawson, no me interesa su vida ni lo que haga con ella, ni siquiera sabía que estaba en Jackson Hole... Si estás trabajando para los Rawson, sé perfectamente que lo haces porque lo necesitas, jamás te reprocharía nada, nos has demostrado que no solo eres un hombre duro, sino también bastante sensato. No necesita en tu vida rencores...

—No soy su amigo. —Se apresuró a explicar.

—A mí no me expliques nada, aunque te diré que me parece bastante extraño que no sean amigos y se sigan en las redes.

—Ella me envió la solicitud y acepté, imagino que deseaba ver las fotos de su caballo. Sería estúpido de mi parte...

—Está bien, Connor, puedes hacer con tu vida lo que quieras, seguir a quien desees... Admito que Jennifer no me agrada en absoluto, pero no por eso voy a querer que desaparezca del planeta o que no se relacione con mi gente. Era inevitable que regresara con sus padres y que en algún momento tuviéramos que volver a ver su rojiza cara llena de pecas y acné.

—Ya no tiene acné —comentó sin pensarlo.

—No puedo saberlo, no tengo idea de cómo luce y no creo saberlo, pues ni loca pienso seguirla... Imagina, Hannah nos declararía la guerra —rio, divertida.

Escuchar a Loren tan despreocupada con la situación le restaba intensidad a su molestia y angustia.

—Tú que la tienes al lado, no creo que te dé la oportunidad de avisarme, si es que tengo que ponerme a salvo. —Sonrió—. La verdad, no entiendo a Hannah, siempre la he defendido de lo que sea, sobre todo de Jennifer Rawson, lo hice sin siquiera saber cuáles eran los motivos por los que eran enemigas a muerte.

—Siempre te dije que era por tonterías, pero tú, cuando te molestas te ciegas, cual toro bravío, y vas por ahí, llevándote todo por delante.

—¿Vas a decirme cuáles son esas tonterías? ¿No me digas que fue por algún chico e hice el mayor de los ridículos?

—No me compete a mí decírtelo —rio, contenida.

—¿Era un chico?, ¿cierto? —intentó sonsacar, rascándose la nuca.

—No lo sé.

—Sé que lo sabes, Loren.

—Pero no puedo decírtelo... Por cierto, esta semana es la competencia de domadores, ¿ya estás listo? —preguntó, cambiando el tema.

—En tres días, algo nervioso, como siempre, solo que este año espero ganar, aunque todo depende de Parca, que hasta ahora es el más rebelde, y temo que me deje en ridículo, como un domador mediocre.

—Estoy segura de que vas a ganar. Cómo me gustaría estar ahí y poder alentarte... Si ganas, ¿qué piensas hacer con los cien mil dólares?

—Comprar la máquina de hemodiálisis y contratar a una enfermera para que papá no tenga que estar movilizándose al centro de salud, sé que el viaje lo pone bastante intranquilo, le dan náuseas y lo agota mucho más... Quiero que esté aquí, tranquilo.

—Gracias, Connor, me gustaría estar con ustedes y poder ayudarte con papi... De verdad, agradezco todo lo que haces por él, me siento como una mala hija y hermana, por no estar con ustedes cuando más me necesitan.

—Tú solo preocúpate por estudiar, que aquí estamos bien... Ya pronto podrán venir a pasarse unas semanas con nosotros.

—Sí, estoy a punto de enloquecer, necesito unas vacaciones urgentes, quiero que papi me consienta, y extraño tanto a Cielo. Confío en que las estás cuidando bien.

—Sabes que nadie lo haría mejor que yo.

—Bueno, hermano, voy a dejarte dormir, sé que madrugas.

—Bien, te quiero... Y no le digas nada a Hannah, deja que se le pase su drama.

—No le diré nada, y ni se te ocurra darle el gusto de dejar de seguir a Rawson, no hagas todo lo que ella te pide, solo te chantajea porque sabe que te tiene en sus manos.

—Confiaré en ti, así que tomaré tu palabra. Adiós.

—Adiós.

Loren se despidió, entonces él dejó el teléfono sobre la mesita de noche y se fue a la cocina por un vaso de leche, probablemente eso le ayudaría a conciliar el sueño.

Jennifer salió a correr a primera hora de la mañana, a pesar de que no

tenía ganas y se moría del sueño se obligó a levantarse, porque los últimos días se había sumido en el sedentarismo, y no podía permitir que su cuerpo se resintiera a causa de la pereza.

Tenía los latidos del corazón en el punto más alto y la música electrónica inundaba con potencia sus oídos, estimulando a su cerebro para que alentara a su cuerpo a ir por más.

Casi no sentía sus piernas y el pecho le dolía, pero no se detenía, seguía corriendo por el escarpado camino de tierra, llevando su resistencia al máximo.

Ya había controlado a sus pies en varias oportunidades, porque deseaban llevarla al rancho vecino, pero se había prometido alejarse de Connor; era momento de hacer a un lado sus debilidades y apetito sexual, para ser más razonable y terminar con esa locura, de una vez por todas.

A fin de cuentas, él tampoco mostraba interés alguno, habían pasado dos días desde que tuvieron sexo, y no la había llamado ni tampoco le había dado un puto «me gusta» a sus fotos; se había cansado de ser quien siempre diera el primer paso. Estaba irremediablemente segura de que no lo veía más que como un objeto sexual, con el cual mantener a raya su libido y le daba vida a la lascivia, pero era momento de dejar de mostrarle a Connor su deseo.

De repente, la música se detuvo ante una llamada entrante y fue el momento justo para detenerse, respirar y calmar sus pulmones y pecho adoloridos.

Se llevó las manos a las rodillas, inhalando profundamente; entretanto, unas cuantas gotas de sudor se estrellaban en la arena. No se apresuró por contestar ya que estaba jadeando por oxígeno, solo se quitó los auriculares para que el molesto sonido de la llamada dejara de atormentarla.

Por lo menos, un minuto le llevo recuperarse un poco, agarró su teléfono y miró la pantalla, la llamada perdida era de Weiss. No iba a contestarle porque la última vez que hablaron no quedaron en buenos términos por culpa del irlandés, del que ni el nombre recordaba.

Definitivamente, Weiss todavía era demasiado pueblerina y creía en las promesas vacías de turistas que solo llegaban para follar; debió ser más agradecida con ella, por librarla de ese patán.

No iba a contestarle porque recordaba perfectamente que en aquella acalorada discusión la había llamado «zorra», como si el tipo en algún momento se hubiese fijado en ella; su pobre e insegura amiga se hacía ilusiones demasiado rápido y veía flirteo en la mínima sonrisa o mirada

cordial de cualquier hombre.

Como Weiss no dejaba de insistir le restringió las llamadas, reanudó la música, sacudió las piernas, agarró aliento y siguió corriendo por el empinado camino, llegó a la cumbre de la colina, volvió a agarrar una bocanada de aire y se llenó la vista con el magnífico paisaje. Podía ver abajo el gran lago Jackson y el valle por el que deambulaban los alces, dejando su cornamenta como todos los años, las cuales, después, serían levantadas para subastar o adornar los arcos de la plaza central en el pueblo.

A pesar de que estaban en primavera, se le hacía difícil respirar por la altitud, se quitó los auriculares y decidió sentarse a meditar en ese lugar, en medio de la nada, pero al mismo tiempo, rodeada de todo lo extraordinario que le brindaba la naturaleza y que la hacía sentir tan pequeña.

Aunque odiaba estar ahí por todos los recuerdos que despertaba, no podía negar que era hermosa esa inmensidad, que las altísimas montañas rocosas muy por encima de ella, eran como esos gigantes que aparecían en los cuentos que leía de niña.

Sin embargo, aunque todo fuese muy mágico, no deseaba quedarse ahí por mucho tiempo, no estaba segura de poder soportar más de dos meses entre esas cordilleras, rodeada de animales silvestres y vaqueros ordinarios.

A pesar de que gozaba infinitamente del sexo con Connor, de que el condenado era apuesto y realmente varonil, le faltaba elegancia, ser un tanto más formal. Si se esforzaba lo suficiente por imaginarlo con un traje Hugo Boss, hecho a la medida, no tendría dudas de que sería un puto orgasmo visual.

Suspiró ruidosamente al tiempo que se recordaba que debía sacarlo de su cabeza, no podía permitir que su vida girara en torno a ese hombre. Se levantó, volvió a ponerse los Beats y se sacudió el culo para quitarse la tierra, se echó a correr, segura de que la bajada la haría más rápido y con menos esfuerzo.

—Soy torpe, mi cabeza en un desastre porque me haces crecer cada día más, somos gigantes en un mundo de hombres pequeños. Mi corazón está latiendo tan rápido que podría reventar. He intentado fuertemente no demostrarlo —canturreaba la canción de Wrabel, con los extraordinarios arreglos musicales de Afrojack, y como últimamente le pasaba, cada vez que escuchaba una canción, no podía sacarse a Connor Mackenzie de su cabeza. Su mente en ese momento era su peor enemiga y el origen de todos sus problemas.

Estaba completamente descontrolada haciendo cosas sin sentido y

llevándola una y otra vez, sobre todo en su contra, hacia el ordinario vaquero. Sacudió la cabeza y siguió cantando, solo se concentraría en la letra, en nada ni nadie más.

—Pero me haces sentir como si estuviera pisoteando edificios, autos y botes. Juro que podría tocar el cielo, estoy a diez pies de altura...

Ver la casa era como la línea de meta después de haber corrido un maratón, se apresuró por llegar porque estaba exhausta, sudada y llena de tierra, necesitaba urgentemente una ducha y desayunar.

Entró por la cocina y agarró una botella de agua, la cual destapó y le dio un gran trago. Le pidió a Anna Mey que le fuese preparando el desayuno.

—Tienes visita —Le dijo su nana, pasándole la mano por el pelo cobrizo para aplacárselo un poco, porque algunos mechones se habían escapado de la coleta.

—¿En serio? —preguntó e inevitablemente su corazón dio un vuelco y el estómago se le hizo cientos de mariposas, al imaginar que era Connor quien la buscaba. Estúpidas emociones que no podía controlar.

—Sí, lleva un buen rato esperando.

—¿Cómo estoy, nana? —pidió su opinión, pasándose la mano por el pelo.

—Hermosa, como siempre —contestó sonriente.

—¿Dónde está? —preguntó y trató de disimular el suspiro con el que buscaba calma.

—En la terraza, con tu padre.

—Gracias.

—Recuerda que tienes que desayunar.

—Estoy famélica, en cuanto me desocupe vengo.

Caminó sintiendo el corazón como un caballo desbocado, quería correr, pero era mejor ir despacio y dándose tiempo para la calma. Cuando llegó, todas sus frenéticas emociones se desplomaron al ver que su padre era acompañado por Weiss, no por Connor, como tanto se había ilusionado.

—Hola. —Weiss se levantó apenas la vio.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, tratando de ser lo menos déspota posible.

—Vine a visitarte, necesito hablar contigo... —comentó, toda nerviosa.

Sabía que Jennifer estaba molesta con ella y tenía toda la razón, porque, después de que se le pasó la furia, pudo darse cuenta de que estuvo en lo cierto.

La atención de Kane siempre se la llevó Jennifer, había sido a ella a quien le invitó la bebida, fue a quien miró todo el tiempo, pero la ilusión la cegó y no le dejó ver que no había sido una opción para el irlandés, incluso, hasta la había alentado para que le hiciera caso. Había sido una estúpida, que antepuso la atracción hacia un hombre por encima de la amistad.

—Pero yo no tengo nada de qué hablar...

—Jennifer —intervino Prescott—, ya Weiss me puso al tanto de la discusión que tuvieron, pero ella vino a pedirte perdón... Los mejores amigos siempre tienen discusiones. Pero, en nombre del aprecio que se tienen, dejan de lado el orgullo y dense otra oportunidad.

—Sé que fui injusta contigo, te prometo que no volverá a pasar... Lamento todo lo que dije, pero no fue de corazón, solo estaba molesta; por favor, Jennifer, discúlpame.

La chica cobriza cerró los ojos y suspiró, en busca del perdón para su amiga, pero le era imposible hacerlo solo porque estaba ahí, pidiéndoselo; si lo quería, tendría que ganárselo.

—Te pondré a prueba, por ahora no puedo perdonarte y volver a hacer como si nada. —Vio cómo su padre sonrió, pero eso no era suficiente para que ella se sintiera mejor.

—Está bien, para empezar, te invito al festival de domadores. Será mañana en el rodeo.

—Sabes que ese tipo de cosas no me agradan. —Sin duda, Weiss empezaba muy mal a buscar su perdón.

—Anímate, hija, yo puedo acompañarlas... Iré a ver si este año se lleva el título nuestro vecino —dijo, sonriente.

—Sí, Connor siempre es uno de los favoritos, ya se merece el premio —comentó Weiss.

—No sé... —dijo, pero una voz interna e impertinente le gritaba que fuera, que no se negara, que se moría de ganas por verlo—. Lo pensaré..., ahora tengo que subir a ducharme —comentó, manteniendo su orgullo, no se despediría con besos y abrazos de una supuesta amiga que la había llamado: «zorra».

—¿Me llamarás? —preguntó Weiss.

—Lo haré si me decido a ir, si no lo hago, no esperes que vaya.

Prescott negó con la cabeza y frunció la boca a media luna, definitivamente, no sabía por qué el carácter de su hija se había formado de esa manera.

Jennifer se fue a su habitación, dispuesta a ducharse para sacarse toda esa tierra de encima, aunque la insistente voz en su interior seguía torturándola.

El famoso Rodeo Jackson Hole, tenía todas las gradas llenas, a pesar de que la temperatura había descendido unos cuantos grados en la última hora y, muy posiblemente, seguiría bajando; sin embargo, eso no detenía la euforia ni los vítores de los asistentes que se habían dado cita en el lugar para ver quién se llevaría los cien mil dólares y el título como el domador del año.

Alentaban con silbidos y aplausos a una extraordinaria jinete que cabalgaba por la arena con temple y seguridad, bordeando el anillo oval y llevando como estandarte una gran bandera de los Estados Unidos, mientras que, en sentido contrario, un hombre ondeaba con gallardía sobre su caballo la bandera del gran bisonte americano blanco, que resaltaba en el fondo de un azul intenso, con bordes rojo y blanco.

Después de dar tres vueltas, cabalgaron al centro y se detuvieron frente a los jueces, mientras la voz de un hombre animaba por los altavoces, dando inicio a la ceremonia de competición.

En medio de aplausos fueron despedidos para dar paso a tres vaqueros que traían sus lazos, girándolos en lo alto, y con gran destreza conseguían mantenerlos a una velocidad que los hacía parecer casi invisibles, empezaron a bajar el círculo de fibra natural, y ellos se colaron dentro de su propio lazo, después lo saltaron y volvieron a elevarlo, hasta pasarla de un lado a otro; se entrelazaban, saltando el lazo del compañero.

De repente, los reflectores que iluminaban intensamente a los hábiles vaqueros, atenuaron sus luces, y el público enardeció en silbidos, gritos y aplausos cuando los lazos se prendieron en fuego, haciendo todo más extremo, llevando la adrenalina en todos al punto más alto.

El animador, con gran carisma, agradecía el fuego de la presentación, que, sin duda, los haría entrar en calor.

Los tres hombres ya bastante reconocidos en el Estado, por su destreza con los lazos, se despidieron en medio de un eufórico concierto de aplausos.

—Banderas de Estados Unidos que vienen flameando —anunciaba el animador desde su privilegiada vista, que podía observar cómo los veinte domadores entraban sobre caballos que habían domados, en dos filas, a la arena. Todos cargando la bandera del país—. Bienvenidos, domadores, hombres de gran coraje y espíritus inquebrantables. Hoy, en su día, el día del

domador, los Estados Unidos de América se enorgullece de su constante labor y les rinde tributo. ¡Bienvenidos!

A medida que entraban, el hombre fue presentándolos uno a uno y los calificaba con adjetivos, por los que algunos eran reconocidos y enaltecidos, pero también con otras cualidades que hacían estallar en risas al público.

—Ahora le damos la bienvenida al vaquero que tiene suspirando a mujeres casadas, solteras, divorciadas y viudas en todo Wyoming... Sí, sé que ya saben de quién les habló... Adelante, Connor Mackenzie —dijo, jocoso, mientras en el público se escuchaban las risas de las féminas—. Eliot no tendrá problemas en conseguirse una nuera, imagino que estarán haciendo fila a las puertas de su rancho. Solo que, por ahora, nuestro domador no ha conseguido a una mujer con el temple de una potranca salvaje, que le dé el trabajo necesario de domarla.

Connor estaba algo nervioso, porque de los tres caballos que presentó ante el jurado la semana pasada, habían elegido al temperamental Parca, y estaba más concentrado en mantener el ánimo del caballo tranquilo, para que no hiciera una de sus jugadas en plena presentación, que en lo que estaba diciendo Cohen.

Llevaba su mejor atuendo, botas, vaqueros, chaparreras, guantes, camisa con un patrón a cuadros pequeños en colores azul, marrón y blanco, de mangas largas y, por supuesto, el infaltable sombrero.

Mientras se daba la vuelta por la arena, a su lado iba Misha, muy concentrado en mantener firmes las riendas y la postura. No pudo evitar dirigir su mirada a donde sabía estaba su padre en compañía de Yoomee, Chenoa, algunos trabajadores y Laura, que viajó desde Nevada, para alentarle. Nada para hinchar su pecho de emoción, como ver el orgullo brillar en los ojos de su padre; le sonrió y se quitó el sombrero para hacerle una reverencia.

—¿Sabes? Empiezo a creer que Mackenzie es gay —murmuró Weiss a Jennifer, muy cerca del oído, para que el señor Rawson no la escuchara—. No puedo creer que todavía no se haya casado, a su edad ya debería tener por lo menos dos hijos.

—¿Y por eso crees que es gay? —preguntó Jennifer, apenas despegando su mirada del varonil porte que Connor poseía.

—Es lo que creo... No sé, es extraño que no tenga mujer, aunque dicen que ha tenido sexo con casi la mitad de la población femenina de Jackson, pero como no he tenido la fortuna, no lo defiendo.

Jennifer estuvo a punto de decirle que ella sí, y que dudaba infinitamente

que Connor fuese homosexual, porque al momento de tener sexo, demostraba bastante hambre por los atributos femeninos. Le fue imposible no sentir celos al imaginar que muchas de las mujeres que estaban en esas gradas lo conocían en la intimidad tanto como ella.

—Quizá es que no quiere ningún compromiso... Que sea soltero con casi treinta años no es sinónimo de que sea gay.

—Si tú lo dices —susurró y se levantó de hombro—. Aunque sería una verdadera desgracia, porque está tan bueno... Confieso que hasta ha sido el protagonista de algunos de mis sueños húmedos.

—Weiss... —reprochó, mirándola con el ceño profundamente fruncido. No sabía si gritarle que dejara de hablar de Connor o dejarla calva por lo que le estaba diciendo.

—Lo siento, sé que no lo soportas, y yo tampoco lo haría, después de ese empujón que te dio y esa horrible amenaza, solo por defender a la fácil de su hermana.

—¿Vinimos a ver la presentación o a hablar de Connor Mackenzie? —protestó para que cerrara la boca.

Weiss le sonrió tímidamente y volvió la mirada a la arena, donde los domadores cabalgaban bordeando las gradas.

Connor estaba totalmente concentrando en su caballo, porque era plenamente consciente de que trotar obedientemente en círculos solía ser muy frustrante para ciertos caballos, sobre todo para los *Mustangs*.

Las presentaciones ante los jueces y el público terminaron y, una vez más, se acomodaron en fila y salieron de la arena, de vuelta a las caballerizas, donde debían prepararse para las demostraciones.

Por lo menos, Connor era el número doce, lo que le daba tiempo para tranquilizar a Parca, que estaba algo nervioso por el bullicio de la gente. Fue mala idea no sacarlo antes o exponerlo a la ciudad, para que se fuese familiarizando poco a poco con los ruidos a los que se enfrentaría esa noche.

Lo acariciaba, hablaba y le daba puñaditos de comida como premio, para que se tranquilizara. Mientras escuchaba cuchichear a los demás competidores, todos se mostraban bastante seguros y listos para sus presentaciones. Probablemente, porque usaban la doma clásica, donde la violencia era la protagonista y sus pobres equinos estaban temerosos y harían lo que fuera que sus opresores indicaran, con tal de no ganarse unos fuertes latigazos.

En pocos minutos, pasó el primero a hacer su demostración. Connor no

quiso asomarse a mirar, prefirió seguir al lado de Parca, recordándole las razones de por qué esa noche debían ganar.

La tensión se hacía más intensa con los minutos, recibió una llamada de Laura, pidiéndole que mantuviera la calma, ella y toda la organización creían en él y, sabían que, fuese cual fuese el resultado, para ella, él era el mejor.

También recibió la llamada de Loren, quien le anunció que estaba pegada al televisor, viendo el festival; que lo había visto en la apertura y que se veía muy bien.

Antes de que pudiera terminar la llamada, lo sorprendió Hannah, quien tomó el teléfono para desearle suerte; aunque seguía bastante molesta con él, su anhelo era que ganara porque sabía que llevaba años luchando por ese título.

Con pocas palabras, debido al orgullo que no les permitía ser más expresivos, se despidieron; sin embargo, Connor, que se desvivía por sus hermanas, no pudo más que sentirse realmente feliz de que Hannah hiciera a un lado el rencor, eso solo le confirmaba que ella sabía cuán importante era para él ese momento.

Vio en el cronómetro que Misha ya estaba por terminar, indudablemente, era su turno.

—Necesito que seas bueno, que te portes muy bien... No te pido que seas sumiso, solo que formemos un equipo, ¿lo entiendes, Parca? —Le acariciaba detrás de las orejas y pegó su frente contra la del caballo, cerró sus ojos y le susurraba—. Estas serán las últimas palabras que me escucharás en los próximos minutos, sabes que no podré hablarte ni chasquearte los labios, como tanto te gusta escuchar, porque no queremos que nos penalicen, solo tienes que seguir mis indicaciones, las pocas que se me permiten darte... Sé buen muchacho, sé bueno. —Le besó el puente de la nariz, lo bordeó y con agilidad lo montó—. Ahora sí, vamos a ganar, tenemos que ganar porque, sin duda, has sido mi mayor reto; vamos, muchacho.

Connor inhaló profundamente, sabía perfectamente que no solo Parca sería juzgado, sino también él, debía estar perfectamente equilibrado y flexible alrededor de la cintura y caderas, la parte superior de su cuerpo relajada, entre más natural, sería mejor, debía lucir libre y erguido.

Tomó las riendas, en la posición exigida, las manos bajas y juntas, pero sin que se tocaran entre ellas, mucho menos tocar al caballo; pegó sus codos y brazos a su cuerpo, estiró y dejó firmes las piernas, e inició el trote para salir a la reja.

—En el lugar número doce tenemos a Connor Mackenzie, quien está completamente involucrado con organizaciones en apoyo de nuestros legendarios *Mustangs*. Nos ha demostrado en años anteriores que es un domador con buen estilo..., pero que también es reconocido por la pasión que levanta en las féminas con cada presentación... Connor, ¿no has pensado en audicionar para Hollywood? —preguntó con el buen ánimo de arrancar risas a los presentes.

Connor negó con la cabeza mientras sonreía, pero sin perder la concentración ni su postura. En el momento que el ayudante abrió la reja, él inhaló profundamente y soltó el aire con lentitud, para hacerlo totalmente imperceptible.

Salió apenas trotando a Parca, que tenía sus orejas alzadas y de vez en cuando las echaba ligeramente hacia atrás, eso era buena señal, demostraba que estaba tranquilo y alerta al mismo tiempo, no lo sentía en tensión ni ponía resistencia, obedecía de buena gana y sin titubeos el control que Connor ejercía sobre él.

El caballo se movía con ligereza en línea recta o en las curvas, mientras que las patas traseras seguían el mismo paso que las delanteras con total sincronía.

A Connor le satisfacía ver cómo Parca, con cada transición, hacía sus pasos fluidos, siguiendo de inmediato el ritmo que él le marcaba. Estaba totalmente orgulloso de su caballo porque había cumplido a cabalidad con los minutos exigidos por los jueces para que se familiarizara con el escenario.

En el momento que uno de los jueces tocó la campanilla, detuvo al caballo parado a escuadra, con la frente y la espalda lisa, y el cuerpo recto.

Su participación no era más que una demostración de todas las disciplinas tanto para Parca como para él como jinete, se dividía en tres fases, donde los jueces se encargarían de concluir la habilidad, obediencia, salto y resistencia del caballo.

Terminó su presentación en medio de aplausos y eufóricos gritos de las chicas. Para nadie era un secreto que era el favorito del público femenino, si fuera por opinión de ellas, resultaría ganador todos los años, pero no era el caso, y los jueces que se encargaban de dictaminar el desempeño y habilidad seguían sus rigurosas pautas.

No podía evitar estar nervioso, aunque creía que lo había hecho perfecto y que Parca había estado a la altura, muy probablemente, otros domadores podían superarlo, ya que contaban con más años de práctica y con un estilo

mucho más rígido.

Regresó a las caballerizas, desmontó y entonces sí se relajó, apenas se daba cuenta de lo nervioso que había estado en la arena. No pudo evitar agradecerle a Parca por haber hecho el trabajo por los dos, porque con lo tenso que estaba, otro caballo, en su lugar, no habría dado ni un paso.

Aprovechó para conversar con los otros domadores que ya se habían presentado y que esperaban la decisión final mientras entraban en calor con algún trago de whisky, al que, por supuesto, Connor no se negó.

Le pareció una eternidad desde su presentación hasta que volvieron a llamarlos a todos para clasificarlos; lo que harían en tres etapas, primero, elegirían a los diez mejores, después, a los cinco y, por último, a los tres mejores del año.

Los nervios se hicieron más notables cuando quedó entre los diez, no era primera vez que quedaba en esa ronda, pero igualmente era como si fuese por vez primera, todas esas emociones y nervios bullendo en su estómago eran incontrolables.

Tres vueltas por la arena de los diez para después detenerse frente a los jueces, el corazón de Connor era un tambor que resonaba por todo su cuerpo.

Dudó por varios segundos en dar un paso al frente cuando le hicieron saber que había quedado entre los cinco mejores; cuando lo nombraron, no pudo evitar mirar que la mayoría de las mujeres en las gradas se ponían de pie y lo aplaudían; en agradecimiento, se quitó el sombrero y se lo llevó al pecho.

Pero lo que más le emocionó fue ver a su familia alentándolo todos de pie y con la emoción marcando sus facciones, no cambiaría ese momento por nada en el mundo.

Y cuando quedó entre los tres mejores quiso bajarse de Parca y empezar a saltar, ese pequeño triunfo lo celebró con su caballo, le acarició los costados del cuello con infinito cariño, porque si no hubiese sido por el temperamento de ese animal, jamás habría estado en esa posición, ya le daba igual si ganaba o no, con estar entre los tres mejores era más de lo que había imaginado.

—¡Y el domador de este año es... ¡Connor Mackenzie! ¡Con el temperamental Parca! —gritó con júbilo el animador, que tenía en sus manos los resultados.

Para Connor asimilar que había ganado fue bastante confuso, solo veía a su familia celebrar, las mujeres saltar en las gradas, los jueces de pie, aplaudiéndolo, y él seguía estático; suponía que Parca también estaba tan

sorprendido como él, porque también estaba muy quieto.

Fueron sus compañeros quienes lo hicieron volver a la realidad, lo ayudaron a bajar del caballo y le entregaban un collar de flores blancas, que era para Parca.

—Lo hiciste bien, muy bien, Parca... ¡Felicidades! —dijo, riendo mientras le ponía el collar que resaltaba en el impenetrable pelaje negro.

Después, las madrinas de la ceremonia, un par de rubias hermosas, hijas del animador, se acercaron a él y le pusieron el gran collar en forma de herradura, hecho de flores.

Los jueces se acercaron con el gran cheque de los cien mil dólares, la medalla y el trofeo, lo felicitaron, se tomaron fotos y volvieron a felicitarlo. Después, un periodista lo haló hacia la cámara del canal local para que diera una rápida entrevista.

La familia de Connor pudo reunirse con él en la arena, porque el festejo no terminaba, todavía quedaba mucho por delante. Se entregó a ese fuerte abrazo que su padre le ofreció.

—Estoy tan orgulloso de ti, hijo, sumamente orgulloso, porque has alcanzado ese sueño que tanto has perseguido... Para mí, ya eras el mejor desde que con diez meses empezaste a demostrar amor por los caballos, pero sé que necesitabas esto para sentirte realizado.

—Gracias, papá, gracias, sin tus enseñanzas jamás lo habría logrado, sé que todo lo que soy y todo lo que tengo para dar solo te lo debo a ti.

Hablaba, tan emocionado, que tenía las lágrimas tiñéndole la voz; después, fue a los brazos de Chenoa, quien le palmeó la mejilla, mientras Connor se dedicó a limpiarle las lágrimas que bajaban por ese rostro ajado de arrugas.

—Lo hiciste bien, muy bien.

—Te lo dije, Chenoa, para lo único que soy bueno es para los caballos... ¿Ves? Sí lloras de emoción, viejita sin sentimientos. —Le plantó un beso en la frente.

Se quitó la medalla y se la puso a Yoomee, a quien después cargó, como si fuese una niña. Con ella estaba totalmente agradecido, porque en muchas oportunidades se quedaba cerca de él durante las domas, se encargaba de llevarle agua fresca y comida, pero sobre todo, creía en él.

—Este triunfo es de los dos.

—La emoción te hace decir muchas tonterías, ya bájame. —Soltó un gritito, alarmada, no tenía miedo de estar en los brazos de Connor, solo no

deseaba que sus sentimientos terminaran traicionándola y poniéndola en evidencia delante de todos.

Obedeció la petición de Yoomee y la puso en el suelo, para darle un fuerte abrazo a Laura, porque esa competencia no solo era de él, también para las organizaciones con las que trabajaba, porque gracias a ellos contaba con caballos para domar.

—Has hecho un excelente trabajo, en serio, casi ni puedo reconocer a Parca; no es ni la sombra de ese Mustang extremadamente rebelde que dejé en tu rancho. —La mujer estiró la mano y le acarició el puente de la nariz al caballo, que se mostraba bastante tranquilo—. Aunque no lo creas, ya he recibido unas cuantas ofertas, pero esperemos la subasta.

Solo en ese momento Connor asimilaba que esa noche no volvería con Parca a su rancho, tenía que despedirse e; inevitablemente, se le formó un intrincado nudo de lágrimas y angustia en la garganta. Tan solo si pudiera ofertar por él, lo haría sin dudarlo, pero las reglas de la competencia se lo impedían, tampoco podía hacerlo su familia, mucho menos Laura.

Romper ese lazo con el caballo negro no iba a ser fácil, porque él lo comprendía como nada ni nadie, se habían hecho buenos amigos y no quería decirle adiós, pero no tenía otra opción.

Su familia tuvo que hacerse a un lado, porque los asistentes al evento empezaban a bajar de las gradas y formaban filas para poder tomarse la tan esperada foto con Parca y él.

Connor mostraba la misma sonrisa perfecta para todas las fotos, las mujeres se postraban a su lado, mientras que los hombres lo hacían del lado de Parca, y a los niños él los cargaba y los montaba sobre el caballo.

Connor jamás pensó que a Parca le gustara tanto la atención de la gente, mucho menos que fuese tan pretencioso para las fotos, porque el muy pícaro hasta posaba.

La fila parecía interminable y estaba algo cansado, pero no se marcharía hasta la última foto. Fue el turno para una joven pelo negro y unos ojos esmeralda bastante atractivos, sin duda alguna era hermosa y con una apariencia de osada que lo cautivó, le pasó la mano para la cintura y la pegó a su costado para la foto, pero ella fue mucho más allá de sus suposiciones y, sin recato alguno, le apretó una nalga, estaba seguro de que en esa foto debió salir sorprendido.

—Felicidades, eres el mejor, sin duda alguna. —Le dijo con bastante sensualidad cuando se apartó, le dio un beso en la mejilla, y él igualmente le

correspondió. Era bajita, justo como le gustaban.

La jovencita, que no aparentaba más de veintidós años, le ofreció su mano y con bastante disimulo le dejó un papelito doblado. La curiosidad era más poderosa que cualquier cosa y antes de que pasara la próxima persona para tomarse fotos, tuvo que fijarse en lo que le había dejado.

No le extrañó ver el nombre de un hotel muy conocido en Jackson, el número de habitación y firmaba como: «Emma». Estaba seguro de que no era del pueblo, su acento le pareció como neoyorkino.

Volvió a doblar el papel y se lo guardó en uno de los bolsillos de sus vaqueros, parapetó una sonrisa para recibir a la señora Stevenson. Estaba seguro de que ella se había percatado de lo sucedido, aunque se esforzaba por disimularlo, lo cierto era que ella solía ser la voz confidencial del periódico local, muy probablemente, todo el pueblo se enteraría del flirteo que acababa de tener con la turista.

El apretón de nalga de la irreverente y provocativa turista le había sorprendido, pero eso jamás se compararía con el asombro que se llevó al ver que frente a él estaba Prescott Rawson, en compañía de Jennifer y, si su memoria no le fallaba, la otra chica era la hija de Walter Krieger.

—Connor, ¡muchas felicidades! De verdad, muy merecido el título. — Prescott le ofreció la mano y le dio un fuerte apretón, mientras lo miraba a los ojos y le sonreía—. Lo sabía, tenías que ganar, no tenía dudas porque el trabajo que hiciste con Castiel fue excepcional.

—Gracias, señor..., fue un placer trabajar con Castiel, es un gran caballo, se lo dije apenas lo vi.

—¿Ves, Jennifer? Debes sentirte muy orgullosa porque el mejor domador fue quien entrenó tu caballo... ¿No vas a felicitarlo? —preguntó el hombre, muy animado, echándole un vistazo a su hija, que como siempre, parecía olvidar los modales que con tanta dedicación le enseñaron en casa.

—Felicidades —dijo escueta y con un asentimiento, lo que menos deseaba era que su padre se diera cuenta de que estaba nerviosa.

—Párate a su lado para tomarte una foto —solicitó el padre, muy emocionado.

—Papá —masculló, no creía necesario llegar a eso. Después de todo, no le parecía la gran cosa, como para que trataran a Mackenzie como si fuese Jess Lockwood, el mejor jinete de toros del momento.

—Ve. —Volvió a pedirle Prescott.

Ella caminó hacia Connor y ambos compartieron una mirada, que alteraba mucho más sus nervios; sobre todo, porque sin saberlo ambos se habían propuesto terminar con esa relación, no estaba en los planes de ninguno volver a interactuar.

Connor lo hacía por Hannah, porque no se merecía que siguiera involucrándose con Jennifer Rawson, sin importar cuáles fuesen los motivos de su enemistad, él no podía traicionar a su hermana de esa manera.

Por su parte, Jennifer, no quería seguir creando vínculos con Connor, porque él empezaba a representar una necesidad; debía, cuanto antes, cortar esa relación que tenía con él, si era por sexo, bien podría buscarlo en cualquier otro hombre, quizá esa misma noche, con otro domador, en el

momento justo que su padre se descuidara.

Se detuvo al otro lado del caballo, sintiéndose un poco temerosa, porque sabía que el animal era de carácter fuerte; no pudo evitar dar un respingo cuando Parca bajó su cabeza.

—Tranquila, no te hará daño, no tienes por qué estar nerviosa —dijo Connor, acariciando el costado del largo cuello.

Jennifer suspiró y trató de calmarse, no esperaba ser la burla de las demás personas que hacían fila para tomarse fotos con los ganadores del festival. El caballo siguió acercándose, hasta que le acarició la mejilla con los ollares, ella trató de mantenerse estoica, pero tenía el corazón a punto de reventar.

—Solo quiere conectarse contigo, desea ser tu amigo —hablaba Connor, al ver que ella cerraba los ojos por el temor—. Tienes algo muy bien guardado de lo cual él quiere ser parte —aseguró, porque bien conocía las actitudes de los caballos, ellos buscaban acercarse a personas que verdaderamente los necesitaran. Por eso eran usados para terapias tanto físicas como psicológicas.

—Esta quedó muy linda —dijo Prescott, satisfecho con lo perfecta que era la imagen que acababa de capturar con su teléfono—. Cariño, ahora una al lado de Connor.

Jennifer, que no deseaba estar cerca de Connor, porque le alborotaba las hormonas, caminó lento, pensando en cada paso que daba, concentrándose en eso y no en lo que acababa decirle el vaquero; no sabía si lo hizo de manera intencional, para ponerla nerviosa y exponer ante su padre que estaban cogiendo o era referente a ese otro secreto que con tanto dolor guardaba, por temor a sentirse juzgada, a que la culparan, a que la catalogaran de provocadora, pero, sobre todo, por pánico a revivir todo aquello por lo que pasó, que no se trataba simplemente del abuso, sino también de tener que cargar en su conciencia el que su padre se hubiera convertido en asesino por su culpa.

—Apúrate, Jenn..., estoy esperando mi turno —comentó Weiss, quien no podía apartar su mirada de Connor Mackenzie, admirando lo bien que se veía con las chaparreras; se recordaba constantemente que no debía posar sus ojos en el bulto que hacía destacar esa prenda de cuero.

Jennifer le peló los dientes a Weiss, como si fuese un perro con rabia, le molestaba infinitamente que la pusieran en esa situación, solo lo hacía por su padre, por él haría cualquier cosa, como parecer una estúpida fanática de Connor Mackenzie.

Se paró junto a él, y el muy maldito le pasó el fuerte y largo brazo por la cintura, obligándola a que se recostara a su costado, no pudo evitar tensarse y tragar grueso.

—Sonríe, cariño —pidió Prescott.

—Date prisa, papá —dijo con los dientes apretados y pelados, a causa de su sonrisa fingida, entretanto, el corazón iba a reventarle el pecho—. Listo. —No esperó a que su padre le dijera si había tomado o no la maldita foto. Dio un paso al lado, alejándose de Connor, pero el muy hijo de la gran puta aprovechó para rozarle con la yema de los dedos la piel desnuda de su espalda, despertando con esa suave caricia los poros de todo su cuerpo.

Ya que llevaba puesta una camiseta que le llegaba por encima del ombligo, con el estampado del logo de la NASA, una chaqueta de cuero igualmente corta y una minifalda *jeans* a la cadera, que le estaba haciendo sentir la intensidad de la inesperada baja de temperatura.

Le dedicó una disimulada mirada acusadora y regresó al lado de su padre, fue el momento para que Weiss se refugiara en los brazos de Connor, como tanto deseaba, pero él solo le puso una mano encima del hombro y mantuvo algunos milímetros de distancia; naturalmente, eso le hizo sentir cierto alivio, aunque su insistente mirada no dejaba de alterar sus nervios. Intentaba esquivar la mirada, pero Connor Mackenzie se había convertido en un poderoso imán para sus pupilas.

—Papá, hay más personas que desean tomarse fotos con los ganadores. —Le recordó Jennifer.

Prescott se acercó nuevamente a Connor y volvió a ofrecerle la mano para despedirse.

—Te invito a comer a mi rancho... Esto debemos celebrarlo.

—Gracias, señor, pero hoy no puedo, ya tengo otros compromisos para esta noche.

—Cuando puedas, tú solo me dices el día y la hora, y Alana se encargará de preparar una comida deliciosa.

—Le avisaré cuando pueda. —No quiso rechazar la oferta en ese momento, pero no iría, por lo menos, no mientras Jennifer siguiera en el rancho; debía mantenerse firme en su decisión, y era mejor evitar tentaciones.

Connor siguió con la mirada a Jennifer, la vio alejarse con su padre y amiga, para después volver la vista hacia las próximas personas a tomarse fotos. Una familia con un niño de aproximadamente un año, que con gran entusiasmo se dejó cargar por él, quien lo subió sobre el caballo y lo ayudó a

mantenerse sentado.

A pesar del poco contacto que Connor tenía con niños, se le daba bastante fácil lidiar con ellos y que le entregaran su confianza, no diferenciaba mucho de las crías de los animales del rancho, solo debía ser cariñoso y cuidadoso.

Tras varias horas de lo que él creía una sesión interminable de fotos, la fila de personas terminó y por fin pudo tomarse un descanso.

Al llegar a las caballerizas le quitó la montura y le puso una manta para que el frío no fuese tan inclemente con él.

—Imagino que debes estar agotado, pero disfruta de toda la atención ahora. —Le hablaba mientras se paseaba por las caballerizas, fue por el recipiente donde estaba el alimento y lo llevó hasta Parca, le dio un puñado mientras lo miraba comer.

—¡Ey, Connor! —Entró uno de los asistentes—. En cinco minutos inicia la subasta.

—Ahí estaré —comentó sin apartar la mirada de Parca, que se comía el alimento.

—No tardes —dijo y salió, dejándolos una vez más solos.

—Ahora sí, ha llegado el momento de decirnos adiós... —La voz la tenía rota por las lágrimas que le anidaron en la garganta—. Espero que tengas un buen hogar y que te portes muy bien con tus nuevos dueños, nada de estar por ahí arrastrando a la gente... No, sé que no lo harás, eres un buen muchacho, rebelde pero también obediente. —Sin poder evitarlo, más las lágrimas se le derramaron y pegó su frente a la del caballo—. Voy a extrañarte mucho, amigo, jamás te olvidaré, te lo prometo... —Sorbió los mocos y se limpió las lágrimas con los nudillos—. Ojalá algún día vuelva a verte, espero que sí... Vamos. —Tiró del cabestro, pero Parca no quería moverse, reculaba y eso solo lo hacía todo más difícil—. Vamos, Parca..., es hora de que te libres de mí, por fin... Sé que lo deseabas. —Sonrió a través de nuevas lágrimas que se le desbordaron y que volvió a limpiarse.

Iba a ser imposible sacarlo, primero tenía que relajarlo un poco, así que se dedicó unos minutos a acariciarlo, hasta que volvió a entrar el asistente.

—Dame unos minutos, el caballo está agotado.

—Tres, no más... En tres minutos lo sacas, tenemos que seguir la logística del evento.

—Está bien.

Aprovechó que una vez más se quedó a solas con Parca, siguió

acariciándolo y dejó de hablarle, porque quizá era su voz teñida de llanto la que lo confundía.

Era realmente difícil compartir tanto con un caballo, se compenetraron por meses, se conocían uno al otro, ambos se adentraban a un proceso que los cambiaba a ambos, como para ahora tener que separarse.

Sobre todo, era difícil para Parca, porque él tendría que aprender a convivir con otras personas, conocer las mañas de sus nuevos dueños, que para él, sería como intentar conocer un nuevo mundo en muy poco tiempo.

Cuando por fin logró sacarlo, en el camino, Connor se pasó una mano por la cara para no evidenciar delante de todos que se había puesto bastante sentimental con el caballo.

Lo llevó al salón donde estaban las personas que ofertarían, por supuesto, lo que dieran por Parca era para la fundación de Laura. Le entregó las riendas a ella, que lo paseó por la tarima para regresarlo al lado del podio, donde iniciaría la subasta.

Connor se quedó parado a un lado, con la mirada puesta en el caballo, y se bajaba un tanto el sombrero, tratando de cubrirse sus ojos llorosos, no podía siquiera mirar a los ofertantes.

—Abrimos la subasta con tres mil, ¿quién da tres mil? Tres mil...

—¡Tres mil! —dijo un hombre de una prominente barba blanca y bastante panzón.

—Tres mil cien —dijo otro, que estaba en las mesas del fono.

—¿Quién da más?

—Tres mil quinientos —ofertó Meredith, una reconocida empresaria, dueña de varias tiendas de ropa.

—Cuatro mil —saltó otro hombre.

Connor, a pesar de que quería quedarse para ver quién sería la persona afortunada de llevarse a Parca, no pudo. Sentía que las lágrimas lo vencían, y no quería exponer sus sentimientos delante de todos, porque seguramente, nadie iba a entenderlo, así que sin decir nada salió del salón.

Buscó un lugar solitario para llorar y, cuando se sintió más calmado, fue por su familia para regresar al rancho e intentar descansar de un día colmado de intensas emociones.

Parca logró venderse por quince mil dólares y su nuevo dueño pidió que fuese entregado al día siguiente; tras eso, el evento culminó pasadas las diez de la noche.

Jennifer encontró la manera de convencer a su padre para que regresara

al rancho, ella se iría con Weiss a Trio, para cenar, sabía que las ensaladas de ese restaurante eran bastante aceptables.

—Weiss, conduce con cuidado —pidió Prescott, mirando a la joven y después clavó sus ojos en su hija—. Y tú, señorita, te quiero a más tardar a la una en casa.

—Prometo llegar antes.

—Nada de entrar de puntillas, porque te estaré esperando.

—Sí, papá —masculló—. Prometo estar antes de la una, solo vamos a comer y conversar un rato.

—Bueno. —Se acercó y le plantó un beso en la frente—, cuídense mucho, cualquier cosa me llamas.

—Está bien, ve con cuidado, papá. —Apenas dijo eso se volvió, dándole la espalda a su padre y, resopló, aliviada. Todavía no se acostumbraba a la desmedida atención de Prescott Rawson, sobre todo, porque pasaba meses siendo totalmente autónoma, se le hacía extraño volver con sus padres y tener que pedirles permiso hasta para respirar.

Subió de copiloto al auto de Weiss y se tomó el atrevimiento de poner música antes de que su amiga la sorprendiera con su pésimo gusto musical.

Y como cuando estaban en secundaria, se desplazaron a máxima velocidad mientras cantaban a viva voz y utilizaban cualquier cosa como micrófono.

El restaurante quedaba a muy pocas calles, por lo que el trayecto era bastante corto; como era de esperarse ese día, el lugar estaba colmado de todas las personas que venían del rodeo, pero por lo menos encontraron la última mesa vacía.

Jennifer se pidió una ensalada de rúcula y una copa de Sauvignon Blanc. Mientras que Weiss se decidió por muslos de pavo horneado con coles de Bruselas y cebolla caramelizada e, igualmente, acompañó su comida con vino.

A pesar de que Jennifer y Weiss, comúnmente, discutían porque no estaban de acuerdo en muchas cosas, siempre tenían temas de conversación y podían pasar horas y horas debatiendo, por muy irrelevante que fuese el argumento. Se dieron cuenta de que llevaban mucho tiempo en el lugar cuando vieron que pocas mesas eran ocupadas y que habían perdido la cuenta de las copas de vino que se habían tomado.

—Pide la cuenta —dijo Jennifer, levantándose—. Ya regreso, necesito ir al baño.

Weiss solo asintió sonriente y la vio marchar.

Lo que Jennifer verdaderamente odiaba de ese restaurante era que contaba con baños comunes, tanto para hombres como para mujeres. Suspiró, resignada a esperar, y se paró detrás de la tercera mujer que aguardaba su turno.

Frente a ella y en cuarto puesto había un hombre, no muy agraciado de rostro, pero con una buena contextura, algo en sus facciones se le hacía familiar, pero el efecto del vino en su organismo no le permitía recordar de dónde.

Soltó una risita al imaginar lo verdaderamente feo que debía ser sin que el efecto del alcohol no le estuviera afectando el juicio, se rascó la nuca y siguió mirándolo con disimulo; a pesar de su rostro, no era para nada despreciable y; en realidad, jamás le había puesto mucha atención si un hombre tenía pinta de modelo o no, con que pudiera darle placer era suficiente.

Fue muy probable que su gesto cautivara al hombre, que atravesó el pasillo y se detuvo a su lado.

—Me gustaría poder reírme contigo, ¿por qué no me cuentas qué es eso que te divierte tanto? —Le preguntó con una sonrisa ladina y mirándola con los ojos muy fijos en los de ella.

—No es nada..., nada que pueda interesarte —respondió con la seguridad de plantarse frente a un hombre sin mostrar un ápice de inocencia.

—Quizá de lo que te ríes no, pero tú sí... Me pareces bastante interesante —murmuró con el típico tono de seducción.

—Lo sé, por eso no dejas de mirarme.

—Además de hermosa, astuta.

Jennifer se alzó de hombros de manera despreocupada y miró los labios del hombre, a pesar de que no era tan agraciado, tenía una boca bastante provocativa.

—¿Qué mujer no lo es? —Le preguntó.

—Me gusta que seas tan sincera, muchas prefieren esconderse tras el falso velo de la modestia.

—No tengo motivos para ser falsamente modesta.

—Peter. —Se presentó, ofreciéndole la mano.

—Weiss. —No se tomó ni un segundo para pensarlo, estaría loca si le daba su nombre.

—Es un placer..., un verdadero placer.

Era el momento de Jennifer para entrar al baño, así que entró y dejó la

puerta entreabierta, era la más clara señal de que deseaba que él la siguiera.

Peter, que interpretó muy clara su señal, solo miró por encima de su hombro, al no ver a nadie, se escabulló con ligereza; al entrar, la vio parada frente al espejo con las manos apoyadas en el lavamanos.

Sonrió y cerró la puerta con seguro, sintiéndose tan ansioso como un lobo al acecho, de un par de zancadas llegó hasta ella y la sujetó por las caderas, con la maestría de quien había estado en esa situación en varias oportunidades, empezó a besarle el cuello.

Jennifer cerró los ojos y solo se dedicó a disfrutar de las atenciones del hombre, que despertaba cada poro de su piel con sus húmedos besos y su aliento caliente.

Él la hizo volver y, ella, mansamente, se dejó, permitió que la besara, que hurgara en su boca con desesperación, aprovechó para también tomar participación y corresponder a ese beso con la misma intensidad. Empezó a desabotonarle la camisa con urgencia, y como ya lo había imaginado, tenía unos pectorales fuertes y perfectos.

Peter la tomó por la cintura, de un fácil movimiento la cargó y la puso sobre la encimera de mármol del lavamanos, le abrió las piernas y se metió entre ellas.

Por un momento, Jennifer recordó lo miserable que se sentía después de esos arrebatos de placer con desconocidos, sí que gozaba los orgasmos, pero lo que venía después era devastador. Debía parar, no podía permitir que su voraz apetito sexual se la consumiera en ese momento, debía controlarse, necesitaba un poco, solo un poco de fuerza de voluntad.

Estaba llevando una fuerte lucha interna, se sentía como esas personas adictas a la comida o a las drogas, que no podían controlarse, solo que seguían adelante aun sabiendo las consecuencias de sus actos, no podía detenerse, seguía entregándose a los besos y caricias de ese hombre.

—Espera. —Logró decir al fin—. Peter, detente. —Le dijo, llevándole las manos al pecho y apartándolo.

—¿Qué sucede? Si lo estamos pasando bien. —Volvió a abalanzarse sobre ella.

—No, aléjate, por favor..., aléjate. —Casi le suplicó. Él debía poner distancia, porque la fuerza de voluntad de ella era demasiado frágil, solo Dios sabía lo difícil que estaba siendo ese momento para ella.

—Está bien, está bien. —Él retrocedió un par de pasos y levantó las manos en señal de rendición—. ¿Sucede algo? —preguntó al verla toda

temblorosa y podía jurar que también estaba sudando—. ¿Te sientes bien? — Avanzó un paso, sintiéndose preocupado.

—Sí, sí... No te acerques. —Le suplicó, apenas podía controlar el temblor de sus manos mientras se ponía el pelo detrás de las orejas.

Bajó de la encimera mientras él se abotonaba la camisa. Ella salió del baño, dejando la puerta abierta y casi corrió a la mesa donde la esperaba Weiss.

—Vámonos —pidió, tratando de contener su alterado estado.

—Sí, un segundo. —Ella se levantó y tomó otro poco de vino, antes de tomar su cartera.

Jennifer, al ver que Weiss no se daba prisa, la tomó por el brazo y casi la arrastró fuera del restaurante, no quería volver a encontrarse con Peter.

—Jenn, ¿te sientes bien? ¿Te pasó algo? —preguntó al notarla algo pálida apenas subieron al auto.

—Estoy bien... —Ya sintiéndose a salvo de sí misma, no pudo evitar sonreír de alivio, dejó descansar la cabeza en el asiento y respiró profundo. Sin duda, ese era el mayor acto de amor propio que se había profesado en mucho tiempo—. Creo que el vino se me subió a la cabeza —murmuró por el simple hecho de excusarse con Weiss.

Era consciente en ese momento de que las ganas de orinar la estaban torturando y no estaba segura si podría aguantarse hasta llegar a su casa, lo peor de todo era que ya en la carretera no había nada, ni siquiera una gasolinera con un apestoso y sucio baño público. Trató de concentrarse en la música y el camino para olvidar su necesidad fisiológica, pero lo cierto era que no podía, sentía que su vejiga reventaría.

—Weiss, necesito que pares.

—¿Ahora?, ¿en medio de la nada y la oscuridad? Podríamos toparnos con un lobo.

—No importa, es que no puedo soportar, necesito orinar —chilló con impaciencia.

Weiss orilló el auto en el camino de tierra, pero lo dejó encendido, puso las luces altas para evitar que algún animal se les acercara. Jennifer bajó casi con desesperación y, sin importarle que su amiga le viera el culo se bajó las bragas y se acuclilló al lado, sintió un gran alivio al poder liberar su necesidad, mientras buscaba las toallas húmedas en su cartera.

En ese momento, otras potentes luces iluminaban el solitario camino.

—Jenn, viene alguien, date prisa —pidió Weiss.

—Un momento, un segundo... No puedo simplemente detenerme.

—Está cerca, ¡ay, no! Es Connor Mackenzie —notificó, cuando las luces del auto le permitieron divisar al conductor.

—No puede ser, no puede ser —farfulló, tratando de esconderse cuando vio que Mackenzie detenía la Chevrolet junto a la ventana del auto de Weiss.

—¿Todo bien?, ¿necesitan ayuda? —preguntó, echándole un vistazo por la ventanilla, no solo vio a Weiss, también vio asomada la cabeza de pelo cobrizo.

—Estamos bien —dijo Weiss con una risita.

—¿Seguras? Deben tener cuidado, hay lobos por aquí... Seguramente no las atacarán, pero sí pueden darles un buen susto. ¿Qué se supone que haces, Rawson? —preguntó, estirando el cuello para poder mirarla mejor.

—Nada que te interese, Mackenzie..., ya lárgate —comentó, empuñando la toalla húmeda, molesta por su intromisión y porque la hierba le estaba picando en el culo.

—Está bien, solo tengan cuidado.

—Lo haremos, gracias por preocuparte —dijo Weiss, con su sonrisa nerviosa.

Connor puso en marcha la Chevrolet y siguió con su camino, rumbo al hotel donde planeaba encontrarse con su cita de esa noche.

Sin embargo, al llegar al vestíbulo y antes de preguntar por ella, desistió, había sido un día bastante emocional para él y las ganas de tener sexo no predominaban en el momento. Así que dio media vuelta, salió del hotel, subió a su camioneta y se fue directo a su rancho.

A Connor nada le había hecho más feliz en mucho tiempo que haber comprado la máquina de hemodiálisis para su padre, apenas depositó el cheque en su cuenta hizo todos los trámites para tener la máquina en su casa. A pesar de que su padre seguía insistiendo en que eso era un dinero muy mal invertido, hizo oídos sordos y siguió adelante con su plan.

También compró un sofá reclinable bastante cómodo para las largas sesiones de diálisis en su hogar y se aseguró con la trabajadora social del centro de salud al que había estado asistiendo su padre de adquirir los implementos, como: las agujas para diálisis de alto flujo, la solución para realizarla, entre otras cosas que ella le recomendó por si se presentaba alguna emergencia.

Todo estaba casi listo, solo faltaba la enfermera, que debía llegar en el transcurso de la mañana del día siguiente.

—Sigo pensando que todo esto es absurdo, bien puedo seguir yendo al hospital —comentó Eliot, admirando esa parte en el salón principal que Connor había mandado a acondicionar para su tratamiento, del que, afortunadamente, ese día descansaba—. Debiste invertir ese dinero en cosas más importantes.

—Papá, nada será más importante para mí que tú, así que ya deja de discutir.

—Insisto, si llevamos esa máquina te devuelven el dinero. No puede ser posible que no la quieran de vuelta.

—Ya esto lo hemos hablado.

—No, esto no lo hablamos, tú lo hiciste solo... Debiste informarme antes de aparecerte con esa cosa aquí.

—Bueno, en algún momento me lo agradecerás.

—Y te lo agradezco, de verdad agradezco todo esto que haces, pero esto me parece excesivo... Ese dinero pudiste invertirlo en tantas cosas...

—Decidí invertirlo en esto, sé perfectamente cómo tomar decisiones... Ahora tengo que volver a trabajar. —Caminó a la salida, se puso el sombrero, pero se giró y señaló hacia ese rincón donde deseaba tener a su padre lo más cómodo posible—. Ni se te ocurra incendiarlo.

Eliot negó con la cabeza, no porque estaba acatando la advertencia de su

hijo, sino porque ya no tenía opciones, había salido terco el muchacho, imaginaba que ese carácter solo lo había forjado entre los caballos, porque debía mantenerse firme en sus decisiones, sin importar si tenía o no la razón.

Connor salió y montó en Theo para regresar a las caballerizas, donde seguiría con sus labores, las cuales había interrumpido en cuanto le informaron que habían llegado los implementos médicos, y él mismo quiso venir a recibirlos, porque con el mal humor de su padre, muy probablemente, terminaría espantándolos.

Llegó a la caballeriza donde estaban las potrancas gemelas, Cielo y Tierra, para sacarlas a pastar y después cepillarlas, porque les había prometido a sus hermanas cuidar personalmente de ellas y; hasta ahora, no había roto ni una sola de sus promesas.

El aserrín de las pesebreras estaba recién cambiado y ellas tenían puesto los bozales, suponía que ya Chace había mandado a alguien para que lo hiciera, pero como él era tan exigente, fue hasta los bebederos a verificar si también les habían cambiado el agua, porque se había topado en varias oportunidades que no le cambiaban el agua, solo rellenaban los recipientes, y eso podría enfermarlas.

—Hola, señoritas, ¿están preparadas para un poco de sol? —Les hablaba, mientras abrí la reja de la pesebrera de Tierra, mientras Cielo se mostraba inquieta. Entró, le regaló unas cuantas palmadas y le puso el mosquetón para sacarla.

Lo que le maravillaba de las potrancas era que ambas tenían las personalidades muy parecidas a las de sus dueñas.

Tierra era tranquila, siempre aguardaba con paciencia y comía con lentitud, tal como era Hannah; en cambio, Cielo, era inquieta, se encabritaba en todo momento, apenas la sacaba a los corrales se echaba a galopar sin control, y devoraba su alimento en cuestión de segundos, justamente como Loren.

Mantuvo a Tierra por las riendas, y le abrió la reja a Cielo; inmediatamente, la potranca salió corcoveando, parecía una niña camino a un parque de diversiones.

—Cálmate, Cielo, un poco de calma. —Le pidió Connor, sonriente. Se paró delante de ella y le puso el mosquetón.

Sujetó a cada una por las sogas y las llevó al corral descubierto, les quitó el mosquetón y las dejó en libertad.

—Diviértanse un rato. —Les pidió y regresó a la caballeriza para buscar

la rasqueta y el limpiacascos.

Se quedó inmóvil ante la impresión de ver que Jennifer Rawson entraba al lugar, parpadeó al temer estar teniendo putas visiones de ella, pero parecía que era más real que el aire que respiraba.

Habían pasado cinco días desde que la había visto por última vez, meando tras el auto de la hija de Walter Krieger, no tenía la más mínima idea de cómo había llegado ahí y; peor aún, cómo podía saber que iba a estar justo en esa caballeriza, cuando el rancho contaba con veintidós.

—¿Qué haces aquí?, ¿cómo llegaste? —No tenía más que interrogantes ante esa situación.

Ella no dijo nada, solo avanzaba dando largas y enérgicas zancadas, que provocaban que su pelo cobrizo se agitara; de repente, se echó a correr, y a Connor no le quedaron dudas de que la mujer se le iba encima, soltó lo que tenía en las manos y se preparó en segundos para atajarla.

Jennifer encerró con sus piernas la perfilada cintura de Connor, uno de sus brazos lo pasó por detrás del cuello para poder mantenerse aferrada y de un tirón casi violento le quitó el sombrero y lo lanzó al suelo, sin perder tiempo tiró con fuerza del pelo rubio, obligándolo a elevar el rostro.

—Ey..., ey, ¿por qué tan agresiva? —inquirió, entre sorprendido, sonriente y excitado.

Ella siguió sin decir palabra, solo buscó la boca de él y lo besó con loca desesperación, con las ganas de llevar casi diez días de abstinencia. Se había vencido ante sus deseos, volvió a caer en la tentación, pero se juró que sería la última vez, una última vez y no más, no más.

Unos cuantos roces de la lengua de Jennifer fueron suficientes para convencerlo, de su cabeza se borró absolutamente todo; sobre todo, la promesa de mantenerse alejado de esa mujer, y como si fuese un hombre nuevo y primitivo, se dejó arrastrar por el arte de seducción de esa hechicera.

—¿Cómo es que estás aquí? —preguntó entre suaves mordidas a los hinchados labios de Jennifer.

—¿Acaso importa eso ahora? —murmuró, correspondiendo a los mordisqueos y movía su pelvis contra el duro abdomen de Connor, en busca de un poco de alivio.

—¿Por qué has venido? —murmuró, empuñándole con fuerza el pelo.

—No hagas preguntas estúpidas, Mackenzie... ¿No es evidente?

—Entonces, en este momento solo soy tu objeto sexual.

—Por lo menos eres algo. —Él sonrió con picardía, y ella correspondió

de la misma manera.

Connor estaba seguro de lo que iba a ocurrir, no se preocupó por dilatar más el momento; ella lo quería, él también, y mucho; entonces, caminó llevándola a una de las pesebreras, que, gracias al cielo, tenía el aserrín recién cambiado. La acostó ahí porque era el lugar más cómodo en esa caballeriza.

En medio de besos casi hirientes y apretadas caricias, él le levantó la minifalda floreada para darse cuenta de que no llevaba ropa interior.

—Sí que sabías a lo que venías —murmuró mientras llevaba sus dedos a la mágica aventura de encontrarse con el hinchado clítoris.

Jennifer arqueó su cuerpo para hacer que la intromisión tan deseada llegara mucho más rápido, mientras desabrochaba con grandes ansias el cinturón.

Dejó el caliente aliento que se escapó a través del jadeo sobre los labios entreabiertos y sonrojados de Connor, al sentir cómo movía con delicada agilidad sus dedos entre sus pliegues, entretanto, ella exponía la casi erección de su vaquero. Parpadeó rápidamente para sacar de su cabeza ese adjetivo posesivo hacia Connor Mackenzie, prefirió concentrarse en la acción. Con una combinación de caricias suaves, intensas y rápidas, que eran animadas por los sensuales gruñidos de él, logró llevar la erección al punto más alto.

Connor iba con toda la intención de penetrarla, pero ella fue más rápida y contundente, lo empujó por los hombros e hizo que fuese él quien se acostara sobre el aserrín, sin perder tiempo y porque su excitación estaba calcinándola se subió encima y tomó el miembro rígido para guiarlo a su abertura mientras se miraban a los ojos con total complicidad.

Jennifer se mordió provocativamente el labio mientras descendía con lentitud, sintiendo cómo Connor la invadía caliente, resbaladizo y poderoso. Ella fue abrazándolo con sus músculos, cerrándose en torno a la erección, apretando y succionando, cerciorándose de sentir cada vena, cada surco, todas las texturas y palpitos del pene en su interior.

Apoyó sus manos en el fuerte pecho y emprendió un lento y sensual movimiento de sus caderas, de adelante hacia atrás, adelante hacia atrás, muy consciente de la longitud y grosor de lo que disfrutaba.

Su placer la llevó a ir más rápido y ser más contundente con el vaivén de sus caderas, mientras todo el aliento se le condensaba en el pecho y su cuerpo era todo latido y calor. Las manos de Connor se paseaban de su cintura a las caderas y la miraba con una intensidad que solo hacía que su goce se

intensificara.

Los jadeos ahogados y disimulados de Jennifer se desparramaban por el lugar como música para los oídos de Connor, lo que lo impulsaba a mover sus caderas contra ella; nada le complacía más en ese momento que ser testigo y al mismo tiempo provocador de que los jadeos fuesen aumentando de intensidad, ella cerraba los ojos y le enterraba las uñas en el pecho, al tiempo que el cuerpo de él se tensionaba.

Poder disfrutar de esa visión era la gloria, no tenía sentido alguno negárselo; entonces, él también empezó a gruñir como motivación para que supiera que lo estaba haciendo malditamente bien.

—Connor. —La voz de Chace lo hizo ponerse alerta de inmediato, lo primero que hizo fue acallar los jadeos de Jennifer al taponarle la boca; la sujetó con una mano por la nuca y, con la otra, la amordazó.

Esperaba que ella se alertara tanto como él, que se detuviera, pero la voz de la intromisión solo fue como gasolina que intensificó el fuego que esa mujer llevaba en las caderas e hizo sus acoples más intensos, más contundentes y mucho más enloquecedores.

—Connor... —Chance siguió llamando, mirando en ese momento la rasqueta y el limpiacascos en el suelo—. ¿Dónde se habrá metido? —Se preguntó, rascándose la nuca.

En tanto, Connor suplicaba que a Chace no se le diera por acercarse a la pesebrera, e intentaba contener los resoplidos de la más clara expresión de placer que le estaba provocando Jennifer con sus movimientos, y lo exageradamente bien que la condenada contraía los músculos de su vagina.

Fue ella quien de un movimiento casi brusco y contundente le tapó la boca; al parecer, prefería silenciarlo que detenerse. Ambos, amordazados, siguieron el camino a la gloria, mientras Chace se quitó el sombrero y se rascaba la cabeza, pensando dónde demonios podría estar Connor. Sin su firma, no se haría el pedido del heno y, para colmo, ni siquiera le contestaba el teléfono.

En definitiva, en esa caballeriza tampoco estaba, así que decidió volver a sus labores, ya después solucionaría lo del heno.

El cuerpo tembloroso y apenas contenido de Jennifer, su respiración agitada, caliente y ruidosa como la de un poderoso animal que se estrellaba contra los dedos firmes de Connor, que le tapaban la boca; sus ojos en blanco y sus pestañas batiéndose vibrantes le hicieron saber a él que ella estaba deshaciéndose en placer, y eso lo instó mucho más, lo hizo sentirse invencible

y realmente afortunado.

Seguro de que Chace se había marchado le liberó la boca, y ella agarró una gran bocanada de aire, casi se dejó vencer, destapándole a él también la boca; apoyó las manos de nuevo en el fuerte pecho, entonces, fue el turno de Connor para tener el control, la agarró por la cintura y, de un movimiento casi violento, la estampó contra el aserrín, casi hundiéndola entre las mínimas partículas de madera, que estaba seguro debía tener hasta en el culo.

Desmerecer la habilidad de Jennifer para acoplarse instantáneamente a cualquier posición sería una estupidez, porque ya estaba sudorosa, sonriente y de piernas abiertas, esperándolo; tiempo que a él le llevó tomar un respiro.

Sin perder la oportunidad volvió a clavarse en ella, buscó de nuevo esa boca que se colaba en sus sueños y se hizo dueño de sus labios, mientras bombeaba con cadencia.

Agitado y sudoroso se derrumbó sobre ese cuerpo tan perfecto y, en un impulso desconocido, empezó a repartirle suaves y cansados besos por todo el rostro, mientras ella le acariciaba la espalda y el pelo.

—Estuvo bueno, muy bueno —dijo Connor, casi sin aliento y con el tono de voz como si estuviese pactando un secreto entre ambos.

—Juntos somos buenos —murmuró ella, mirando a las dilatadas pupilas.

Connor sonrió de medio lado y asintió, quería decirle muchas cosas, como que la había extrañado y no conseguía sacársela de la cabeza ni un puto día, pero él mismo se estaba dando la pelea porque sabía que no habían nacido para estar juntos, y era mejor dejar las cosas así.

—Me gustaría poder seguir siendo bueno contigo, pero creo que tengo ocupaciones importantes que atender. —Le plantó un sonoro beso en los labios hinchados y se levantó—. Por cierto, todavía no me has dicho cómo fue que me encontraste aquí —hablaba, levantándose el bóxer y los pantalones.

—Ese es un secreto que no pienso compartir contigo —comentó, tratando de limpiarse un poco con la minifalda, que, sin duda, terminaría algo manchada.

—Espera —dijo él, deteniéndole la mano, agarró su pañuelo, que usaba para taparse la cara del sol y el polvo cuando iba a arrear, y que estaba entre el aserrín, lo sacudió y se lo pasó con delicadeza por medio de sus piernas, asegurándose de que sus dedos se introdujeran entre los pliegues.

Ella le sonrió de una manera que no había visto, una sonrisa que a él le aceleró más el corazón de lo que lo había hecho el orgasmo que acababa de tener, ese gesto le provocó ternura y admiración. Si esa era su manera de

agradecer, estaría muy bien que lo hiciera más seguido.

Deseaba ignorar su teléfono vibrando en el bolsillo de sus vaqueros porque estaba seguro de que debía ser Chace.

—¡Oh, mierda! —En ese momento recordó que debía firmar el pedido del heno, si no lo hacía, tendrían que esperar hasta la próxima semana para que pudieran traérselo hasta el rancho; de lo contrario, le tocaría ir al pueblo y buscarlo él mismo—. Necesito contestar.

Jennifer le quitó el pañuelo y se levantó, su minifalda cayó cubriéndole los muslos, mientras ella se sacudía el pelo, el cual tenía lleno de aserrín.

Connor no pudo evitar preocuparse al ver que la llamada entrante no era de Chace, sino de su casa.

—Hola, Connor... ¿Puedes venir a casa? —preguntó Natalie, la mujer que se encargaba de limpiar la casa, puesto que Chenoa y Yoomee no podían con todo.

—¿Pasó algo? —Sus nervios se alteraron al sentirla preocupada y hasta un tanto alterada.

—Solo ven a casa cuanto antes.

—¿Qué pasó? —En ese punto ya su corazón estaba desaforado.

—Es tu papá, se ha desmayado, pero Chenoa está con él...

Connor no dejó que la mujer terminara de hablar, solo cortó la llamada y guardó el teléfono en el bolsillo.

—Tengo que irme.

—¿Qué pasó? —interrogó, perturbada al ver que él estaba bastante alterado.

—Solo tengo que irme.

—Connor, dime qué pasó.

—Algo con mi padre, no sé. —Se echó a correr al corral donde estaba Theo con las potrancas y, antes de llegar, le silbó.

El caballo atravesó el corral trotando para encontrarse con Connor, ya identificaba ese silbido muy bien.

Jennifer corrió detrás de él, pero le era imposible alcanzarlo porque el vaquero era bastante veloz; prácticamente, tuvo que atravesársele frente al caballo para que se detuviera.

—Voy contigo.

—No, Jennifer, mejor ve a tu casa.

—Entiende que si le pasó algo a tu padre podría ayudarte, por lo menos con los primeros auxilios.

Connor chasqueó los labios y le ofreció la mano, ella se aferró y subió detrás de él, se abrazó con fuerza, sintiendo contra las palmas de sus manos los latidos descontrolados del hombre, que sin duda, estaba demasiado asustado.

Connor le exigió a Theo como nunca, lo hizo galopar velozmente con el peso extra que llevaba, pero su temor de no llegar a tiempo no le permitía ser considerado en ese momento con su pobre caballo, que, al parecer, comprendía la situación.

Al llegar a la casa, ayudó a Jennifer a bajar, y él lo hizo tan desesperado que hasta se enredó con el estribo y cayó de bruces, pero se levantó con rapidez. Ambos corrieron al interior de la casa y las botas de él resonaban por el piso de madera.

Sintió que toda la fuerza se le iba del cuerpo, que su mundo se desmoronaba en ese instante cuando lo vio tendido en el suelo y con la cabeza apoyada en el regazo de Chenoa.

Ella trataba de mantenerse imperturbable, pero estaba muy temblorosa y apenas sí se percató de la jovencita que acompañaba a Connor.

—¿Qué le pasó? —Corrió hasta su padre y cayó de rodillas.

—No lo sé, solo se desmayó...

—¿Llamaron la ambulancia?

—Sí, ya viene en camino —informó Natalie, estrujando con nerviosismos el paño en sus manos.

—Permíteme. —Jennifer corrió y se apostó al lado del joven—. Dame permiso, Connor. —Casi le exigió, porque él, con su fibroso y gran cuerpo, no le brindaba espacio.

Ella lo primero que hizo fue tomarle el pulso al hombre, y se lo sintió bastante débil, le tocó la frente y estaba sudando frío.

—Es un ataque de hipotensión, no es grave... Vamos a ponerlo cómodo —dijo y en ese momento Connor lo cargó con un poco de esfuerzo—. Ven, déjalo en el sofá. —Ella apartó los cojines y, en cuanto él lo acostó, usó los cojines para ponerlos debajo de las piernas de Eliot, así la sangre llegaría más rápido al corazón—. ¿Tienes un tensiómetro?

—Sí. —Puso su mirada nerviosa en la mujer que ayudaba en la limpieza.

—Enseguida lo busco —dijo Natalie, que corrió a la habitación del señor.

Connor se acuclilló al lado de su padre mientras le tomaba la mano y solo Dios sabía cuánto estaba reteniendo su desesperación.

—Estará bien, no es grave. —Le repitió ella, aventurándose a apretarle una rodilla—. Es normal que esto pase si se está dializando.

—Nunca le había pasado, no le había pasado —aseguró, tragándose el nudo de lágrimas.

—Probablemente sí, pero no te lo ha dicho... Suele pasar mientras está en el procedimiento, pero eso lo atienden las enfermeras del centro... Suelen tener muchos síntomas, como mareos, calambres, náuseas, visión borrosa..., todo se debe a la pérdida de líquido... —Lo vio bajar la mirada sin poder ocultar lo turbado que estaba—. Ey... —Le posó la mano en la mejilla con una ternura que ella misma desconocía—. Ey... —Él la miró—. Si te digo esto no es para preocuparte, es para que sepas que cualquiera de esos síntomas es normal y no es cuestión de riesgo.

En ese momento llegó Natalie, toda agitada, le entregó el aparato, y Jennifer lo usó, confirmando sus sospechas; el hombre tenía la tensión baja, solo que le preocupaba lo tan baja que la tenía, eso sí podía ser peligroso, pero no quería preocupar más a Connor. Le ayudaría y después le aconsejaría que le hicieran pruebas médicas más a fondo, para descartar cualquier otro factor aparte de las diálisis que le pudiesen estar provocando la hipotensión.

Ella empezó a frotarle las palmas de las manos para ayudar con la circulación y, en pocos segundos, el hombre volvió en sí.

—Necesito algo dulce, alguna bebida dulce. —Le pidió, mirando a la mujer.

—Papá, papá ¿estás bien?

—Espera unos segundos, ahora está un poco aturdido. —Le aconsejó Jennifer.

Aun a través de su mirada borrosa, la turbación y debilidad, de lo primero que fue consciente Eliot fue de la jovencita de pelo cobrizo frente a él, parpadeó varias veces para asegurarse de que no estaba teniendo una extraña visión y que quien estaba auxiliándolo en ese momento era la mismísima Jennifer Rawson.

En ese momento, Natalie se acercó, le entregó un vaso y retrocedió un paso, como si estuviese viendo un espanto. Muy probablemente su cara estaba algo pálida.

—Señor Mackenzie, va a levantarse con cuidado y me dirá si se siente mareado.

Estaba tan sorprendido que le llevó casi un minuto procesar las palabras de la jovencita, a pesar de que habían pasado ya varios años desde la última vez que la había visto, esos ojos vivaces seguían siendo inconfundibles.

—Señor Mackenzie, ¿me escucha? —preguntó con el ceño ligeramente fruncido por la preocupación.

—Papá, ¿estás bien? —Connor le puso la mano en el pecho y lo miraba con los ojos saltones por el miedo.

—Sí, sí..., estoy bien —dijo, sintiendo la boca seca, mientras Connor le ayudaba a sentarse. No iba a preguntar qué le había pasado porque ya lo sabía muy bien y hacerse el tonto solo empeoraría los nervios de Connor.

—Beba un poco. —Le ofreció la hija de Prescott Rawson—. Es malteada de chocolate, necesita algo dulce para que la glucosa se le estabilice.

—¿En serio es malteada? —agarró el vaso y se lo llevó a la nariz, sin poder creer que tendría la dicha de beberla.

—Sí, con un par de tragos será suficiente.

—¿Pasaré algo malo si me la tomo toda? —preguntó, intentando hacer el momento divertido, porque odiaba despertar preocupación en los demás.

—No, puede hacerlo, si quiere, pero con calma.

—¿Y cómo sabes todo eso? —Le dio un trago a la malteada y fue como viajar al paraíso y regresar.

—Estudio medicina. No se preocupe, sé perfectamente lo que hago. —Le dijo, sonriente, y podía ver cómo el rostro del hombre iba tomando color.

—¿Estás bien? Me has dado un gran susto —comentó Connor, quien se

estaba esforzando mucho por no mostrar lo aterrado que estaba.

—Estoy mejor que nunca, solo fue un mareo... Creo que pasé mucho tiempo concentrado en la lectura y me levanté muy rápido.

—No vuelvas a hacerlo, si te sientes mareado, espera, pero no vuelvas a hacerme esto. —Le dijo muy serio y le daba la pelea a las lágrimas que mezclaban miedo y alivio.

—Ya, no exageres, Connor, solo fue un simple mareo... Hasta tú los has tenido. —Volvió a tomar de la malteada y después miró a Jennifer—. Si ella va a ser mi enfermera, entonces sí acepto dializarme en casa, por fin alguien me da algo mucho mejor que agua con azúcar.

—No, papá, es la hija de Prescott Rawson, no es la enfermera.

Él sabía muy bien quién era la jovencita de nariz respingada, pero haría de cuenta que no había tenido ni idea.

—¿En serio? Oh, pequeña, pero si ya eres toda una mujer hermosa, muy hermosa... —Miró a Connor a su lado—. Cuando me dijiste que ya no era una chiquilla, sino que se había convertido en una mujer muy guapa y con un carácter de mil demonios... —hablaba y le encantaba ver cómo su hijo se sonrojaba—, no supuse que fuese tan bonita, si es casi angelical...

Connor carraspeó y miró a otro lado, no entendía por qué su padre lo exponía de esa manera, quizá era algo que tenía que ver con el desmayo que había sufrido.

Jennifer miró a Connor, sin poder evitar sonreír como una tonta.

—Con que has estado hablando de mí, ¿eh?

—Necesitaba desahogarme con alguien, pero la próxima elegiré a un sacerdote. —Miró acusadoramente a su padre.

—No te molestes, hijo, estoy seguro de que ella es consciente de su belleza y que no le sorprende en absoluto que tú creas que es hermosa.

—Bueno, ya, papá. —Lo detuvo, sintiéndose bastante incómodo. Se levantó y caminó poniendo algunos metros de distancia de Jennifer, porque verdaderamente estaba quedando como estúpido delante de ella.

—Sí, soy consciente de mi belleza y también de mi carácter... —comentó con la mirada en Connor, quien había cruzado sus brazos sobre el amplio pecho—. Está bien si solo necesitabas desahogarte, te lo puse bastante difícil.

—En realidad, fuiste bastante insoportable, más terca que una mula... Incluso, solo acepté el trabajo por ese señor que está ahí. —Señaló con ahínco a su padre.

—Entonces debo agradecerle, señor Mackenzie, porque ahora soy muy buena amiga de Castiel.

—Pensé que dirías que eres buena amiga de mi hijo.

—Amigos no somos —respondió y miró de soslayo a Connor, que seguía en el rincón—. Por ahora, solo nos toleramos.

Eliot desplazó su mirada azul una vez más hacia su alto y corpulento hijo, después volvió a mirar a Jennifer, aguzó la mirada al percatarse de que ella tenía aserrín en el desordenado pelo cobrizo. A otro con ese cuento, él ya era un hombre viejo, que había vivido muchas experiencias y aventuras como para que dos jovencitos intentaran tomarle el pelo, pero lo último que deseaba era incomodarlos.

—Entonces. —Eliot volvió a poner los ojos en su hijo—, si apenas se toleran ¿por qué la mandaste a llamar solo porque me dio un simple mareo?

—Papá, no fue un simple mareo, te desmayaste... No le restes importancia a lo que acaba de sucederte.

—Como sea, no es para tanto... No tenías que doblegar tu orgullo por mí.

—Por ti... —Iba a decirle que por él haría cualquier cosa, pero Jennifer interrumpió.

—No tuvo que poner de rodillas a su insoportable orgullo. Yo estaba cerca y me enteré de lo que le había pasado... Y en cuanto a su petición anterior, la respuesta es sí, me gustaría ser su enfermera. Puedo venir a ayudarle con la diálisis. —Fue bastante espontánea, sin siquiera pensarlo, solo se dejó llevar por su pasión hacia la medicina, aunque muy en el fondo, sabía que era por otra cosa que no lograba identificar.

—No. —Connor fue mucho más espontáneo que la respuesta de ella, descruzó sus brazos y avanzó un par de pasos—. De ninguna manera... Papá, ya tienes una enfermera asignada que vendrá mañana. —Miró a Jennifer—. Además, no creo que tú estés familiarizada con el tratamiento, será mejor alguien altamente capacitado.

—Puede que pienses que soy una frívola cabeza hueca, pero llevo años quemándome las pestañas entregada a la medicina —discutió sin importarles las personas que los rodeaban—. Para hacer una simple diálisis solo tendré que capacitarme con un curso de un par de días, no se necesita más, pero claro, tú eres un machista que cree que solo llevo seis años intentando definirme entre el rojo granate o el burdeos de los labiales que uso.

—No intento decir que no sepas sobre medicina... Acabo de ver lo que

has hecho y es extraordinario, pero ya mi padre tiene una enfermera... Lo siento si te ofendí con mi comentario —dijo en son de paz.

—Como sea, la cagaste, hijo —intervino Eliot, para después mirar a Jennifer a su lado, él le palmeó un lado del sofá—. Ven, muchacha, siéntate aquí. —Ella obedeció y no miró a Connor—. Entiende que mi hijo solo sabe de caballos salvajes, le falta mucha delicadeza... ¡Qué vergüenza! —Negó con la cabeza—. De verdad, no tienes que hacerlo, yo solo intentaba aligerar un poco la tensión que provocó mi desmayo... También creo que ya no estás para el simple trabajo de una enfermera, ya casi eres una doctora..., y no cualquier doctora, sino una egresada de la mejor universidad de Europa, eso me dijo tu padre.

—Pero me gustaría hacerlo, me sería de gran ayuda poder venir a hacerle compañía y a hacer algo que verdaderamente me gusta, porque siento que estar encerrada todo el día en el rancho de mi padre me terminará volviendo loca. —Seguía sin mirar a Connor, porque estaba muy molesta con él.

—Entonces, si es para evitar que te vuelvas loca..., ya que una muchacha tan linda no puede terminar encerrada en el manicomio y privarnos de su belleza, acepto que vengas y seas mi enfermera.

Connor carraspeó ruidosamente, mostrándose en total desacuerdo.

—Yo quiero a esta enfermera —decretó mirando a su hijo y volvió la mirada a Jennifer—. Igual te pagaremos.

—¡Ay, no me ofenda, señor Mackenzie! —Soltó una risita—. No necesito el dinero, lo hago por placer y porque me ayudaría de mucho ser su enfermera, creo que será más beneficioso para mí que para usted.

—De la única manera que acepto que vengas a ayudar a mi padre será si recibes el pago, de otra forma, no hay trato —sentenció Connor.

—Después dice que la terca soy yo —murmuró Jennifer a Eliot, soltó un suspiro y miró a Connor, retándolo—. Está bien, lo aceptaré... —Se levantó—. Ahora me voy, iré al centro médico a preguntar por la capacitación.

—Es una mujer de palabra —comentó Eliot, sonriente—. Gracias por lo que has hecho por mí, sobre todo por recomendar que me dieran esta malteada, llevaba más de dos años sin saborearla, ya ni recordaba lo verdaderamente buena que es.

—No es nada, disfrútela... Mañana regresaré, probablemente la otra enfermera también me ayude —miró a Connor—. Y, tranquilo, yo me encargaré de decirle que sus servicios ya no serán requeridos.

—¿Tienes cómo irte? —preguntó Connor, tratando de ser atento.

—Tengo dos buenas piernas. —Se miró las extremidades.

—De ninguna manera te irás caminando, mi hijo te llevará.

—Sí, te llevaré..., supongo que la ambulancia no debe tardar en llegar...

Natalie, les dices que me esperen, por favor.

—Sí, lo haré.

Connor caminó a la salida, pero antes agarró las llaves de la Chevrolet, que estaban colgadas junto a la puerta.

—Ha sido un placer volver a verlo, señor Mackenzie. —En realidad tenía un muy vago recuerdo del hombre, de una vez que se lo encontraron en una feria, ella tendría unos diez años y todavía no se había enemistado con sus hijas.

—El placer es mío..., y no le hagas caso a las metidas de patas de Connor.

—Lo que él diga me tiene sin cuidado. —Le guiñó un ojo y se dio media vuelta para seguir a Connor, quien la esperaba bajo el quicio de la puerta.

Ella se adelantó, y Connor caminó detrás, mientras agitaba las llaves, mientras pensaba muy bien cómo iniciar la conversación que quería tener con Jennifer.

Se abrió la puerta de la clásica Chevrolet por sí misma, jamás esperaría que Connor tuviese un acto tan caballeroso, subió casi al mismo tiempo que él.

Connor encendió el motor y puso en marcha la camioneta, mientras se mantenía en silencio.

—En serio, tu padre es mucho más agradable que tú —dijo ella, apenas echándole un vistazo al rubio de ceño fruncido.

—Siempre lo ha sido —dijo, mirando al camino y se aclaró la garganta—. Agradezco lo que has hecho por él...

—No es nada, pero sí te recomiendo que solicites que le hagan algunas pruebas para descartar que el desmayo sea producto de otra cosa y no un efecto de la diálisis.

—Lo haré, mañana yo mismo lo llevaré al centro médico.

—Entonces, podría acompañarlos, ¿a qué hora llegará la enfermera para pedirle que me explique? —preguntó muy interesada.

—Jennifer, de verdad agradezco tu intención, pero no quiero que seas la enfermera de mi padre... Sé perfectamente que no quieres serlo, solo lo dices por compromiso, y no es justo que estés en un lugar, haciendo algo por obligación o por tratar de agradarle a las personas —hablaba mientras la camioneta dejaba una polvareda por el camino de tierra.

—No entiendo por qué dices eso, Connor, no me conoces. No creas que porque hemos tenido sexo algunas veces han sido suficientes como para que sepas quién soy.

—No sé quién eres, tienes razón, pero no quiero que te sientas comprometida.

—No me conoces, si dije que vendré es porque quiero hacerlo, y no trates de persuadirme de que haga lo contrario, porque solo conseguirás que desee hacerlo con más ganas —enfaticó, un tanto molesta—. Ahora, déjame aquí, no pueden vernos llegar juntos porque mis padres no saben que estaba en tu rancho.

—Te acercaré un poco más —dijo, todavía muy serio. No quería que Jennifer intimara con su padre, porque Hannah solo lo culparía a él y no le perdonaría jamás que metiera a su enemiga en su propia casa, y lo último que deseaba era perder a su hermana—. No entiendo, ¿cómo pretendes ser la enfermera de mi padre y no quieres que los tuyos se enteren?

—Se los diré hoy, seguro que no se opondrán, y no tengo problemas en que se enteren que ayudaré a tu padre... Mi único problema es que sepan que soy débil, que vine a buscarte para tener sexo, que sigo siendo yo quien da el primer paso y que soy muy mala para elegir hombres, pues siempre termino involucrada con tipos que me tratan peor que nada —confesó sin la mínima intención de victimizarse, porque esa era su realidad y la había afrontado hacía mucho tiempo—. Ya, déjame aquí, puedo caminar unos cuantos metros.

Connor detuvo la Chevrolet, seguro de que la entrada del rancho Rawson estaba cerca y que ella no correría ningún peligro, mientras él se devanaba los sesos, pensando en algo que estuviera a la altura de su comentario, algo que verdaderamente la hiciera sentir bien.

Ella tiró de la manilla para bajar, pero antes de que pudiera abrir la puerta, Connor la tomó por la muñeca de la otra mano, le dio un suave tirón hacia él, al tiempo que también se abalanzaba contra ella. Usó su mano libre para sujetarla por el cuello y le estampó un beso, uno de esos que solo él sabía dar, de esos demandantes que la ponían a temblar de los pies a la cabeza.

Sumergido en esa boca, Connor conseguía acallar los miedos que le provocaba estar con Jennifer y que su hermana se enterara; en realidad, empezaba a temer que en algún punto, Jennifer tuviese más poder sobre él que Hannah, le aterraba empezar a ser verdaderamente egoísta y poner por encima de su familia sus deseos carnales, pero mientras rozaba con su lengua la de Jennifer, nada más importaba.

En medio del solitario camino de tierra, entre la fría cordillera Teton y dentro de esa Chevrolet solo se escuchaba el sonido de dos bocas entregándose sin pudor, y respiraciones ahogadas por la falta de aliento.

Jennifer fue quien encontró el valor para detener el beso, pero Connor, sujetándola por el cuello, no le permitió que fuera muy lejos.

—Eres mucho más que nada —murmuró casi sin aire y con un gran abismo de cosquillas en su estómago—. Mucho más... Eres hermosa, inteligente, astuta, sensual... —murmuraba, acariciando con su nariz la de ella, quien respiraba su aliento—. No tendrías por qué tener dudas, si ya mi padre me puso en evidencia.

—Ser bonita, inteligente y todo eso que tú dices no es suficiente, lo sabes. —Se moría por decirle que deseaba ser importante, importante para alguien más allá del sexo, que la tomaran en serio; aunque, definitivamente, no quería que Connor Mackenzie fuese ese hombre que le diera la importancia que tanto anhelaba.

—El problema no eres tú, el verdadero problema es que te has topado con puros imbéciles... —Le acariciaba quedamente con sus rústicos pulgares los pómulos—. No tienes que esforzarte para que un tipo te trate bien, eso no se pide, se da.

Jennifer acababa de escuchar las palabras más lindas en toda su vida, y lo peor era que provenían de quien menos esperaba, de un vaquero ordinario que apenas había terminado la secundaria y al que había odiado casi la mitad de su vida. Tan solo si él supiera que no había sido un par, sino unos cuantos y que, muy probablemente, ella siempre había sido quien los impulsaba a tratarla de esa manera, porque no sabía valorarse.

Ella entendía que el valor de una mujer no radicaba solo en el sexo, que era mucho más, pero, extrañamente, los hombres así lo entendían. Siempre había estado rodeada de tipos que solo buscaban en ella la complacencia sexual, quizá ese era su destino, uno que Will marcó a fuego. Todos, excepto su amoroso padre, y al que por su culpa también había condenado como un asesino.

No encontró una respuesta, así que prefirió guardar silencio, antes de arruinar todo, como comúnmente hacía. No quería ser mordaz en ese instante, no deseaba hacer de ese momento una burla ni quitarle intensidad a esa confesión con algún comentario satírico. Esta vez, no se disfrazaría de valiente para ocultar su terrible temor, solo llevó sus manos y las puso encima de las calientes de él.

—Tengo que irme —murmuró con los párpados caído, mientras los labios de Connor la incitaban.

—Espera, espera —pidió en un tono bajito y ronco—. Dame un minuto, solo un minuto para besarte, porque no perdonaré si te dejo bajar en este instante y no aprovecho esta oportunidad.

Fue Jennifer quien acertó la distancia, dándole ese beso que él quería; inevitablemente, Connor estaba siendo más especial con ella de lo que lo había sido otro hombre, y eso solo empeoraba toda la situación.

Volviéron a separarse apenas milímetros, estaban jadeantes y con las miradas brillantes; y como si se hubiesen puesto de acuerdo, sonrieron al mismo tiempo.

—¿Ahora sí me dejarás ir? —preguntó, chupándose ligeramente el labio.

—En este momento no es mi deseo, pero necesito ir a ver a mi padre, de verdad me preocupa su situación.

—Ve con él, pregunta a los paramédicos sobre cualquier duda que tengas... Mañana, aunque no lo quieras, iré con ustedes al centro médico.

—Ya me he dado por vencido, haz lo que quieras. —Suspiró y se alejó de ella, en un acto de gran coraje, porque, verdaderamente, sería bueno quedarse con ella un poco más.

Jennifer abrió la puerta y bajó sin atreverse a mirarlo una vez más, caminó por el medio de la carretera de tierra, sabía que Connor seguía ahí, mirándola, pero no se volvería a verlo, porque quizá eso era lo que esperaba.

De repente, una maldita ráfaga de viento la envolvió y le levantó la minifalda de tela ligera, dejándola totalmente expuesta, con manos rápidas intentó bajarla, pero era evidente que ya Connor le había visto el culo; entonces, se giró y se lo encontró sonriente.

Ella le mostró vulgarmente el dedo medio de su mano, pero no pudo contener su gran sonrisa, mientras sujetaba con la otra la bendita prenda, eso solo provocó que él se carcajeara, y ella hubiese dado lo que fuera por poder escucharlo, pero no hizo más que volverse y seguir con su camino.

Jennifer había cumplido estrictamente con su palabra, sobre todo, después de que sus padres aprobaran que le prestara su ayuda a Eliot Mackenzie.

Como había prometido, estuvo en el rancho de los Mackenzie a las ocho de la mañana, llegó casi al mismo tiempo que la ambulancia y la enfermera que Connor había contratado, y antes de que él pudiera explicarle la situación, fue ella quien se tomó el atrevimiento de abordar a la mujer para ponerla al tanto de las decisiones que se habían tomado, porque sospechaba que Connor no contaba con el valor para hacerlo.

Los paramédicos le hicieron las pruebas médicas que Connor había solicitado el día anterior. Sin duda, la cara de Eliot Mackenzie era de alguien que se sentía bastante abrumado, pero no tenía más remedio que seguir las órdenes médicas.

En el momento en que le tomaron las muestras de sangre, Connor tomó cierta distancia y dirigió su mirada a Chenoa, quien observaba desde el rincón el pelotón de personas que invadía la sala.

También le hicieron un electrocardiograma y, después, con el equipo portátil, le realizaron una radiografía de tórax, para descartar la existencia de cualquier enfermedad, aparte de la ya evidente insuficiencia renal.

Tras todo ese proceso, los paramédicos se despidieron con un gentil apretón de manos de Eliot y otro de Connor, quien los acompañó a la salida.

Cuando Connor regresó, ya Emilie, la enfermera, y Jennifer, estaban preparadas con batas quirúrgicas, gorros y aguantas, mientras Eliot, sentado en el sofá, las observaba con una sonrisa ladina.

—Lo más importante es encender la máquina, aquí. —Le explicaba Emilie a Jennifer, quien estaba muy atenta—. Conectamos el bicarbonato. —Agarró de entre todos los implementos médicos que estaban clasificados para su uso—, y el galón del ácido 34 A, que es el indicado por su médico... Esta conexión es del agua ultra pura. Ya con el bicarbonato, el ácido y el agua ultra pura es que se hace el líquido de la diálisis —señalaba, asegurándose de que Jennifer entendiera, porque eran muchos pasos a seguir, y si fallaba en alguno, podía ser realmente peligroso para el paciente.

Le enseñó cómo conectar correctamente el dializador al sistema de mangueras, la de línea arterial señalada con rojo, y la colocó en la bomba

arterial, explicándole que este debía ir conectado en la parte baja del dializador, y el venoso de color azul debía ir conectado en la parte superior, porque la sangre circulaba hacia arriba, y era lo más recomendable para la expulsión del aire.

Instaló en el paral médico la solución para cebar la que iba conectada al extremo arterial y empezó a hacer el cebado, para que ella viera cómo funcionaba.

Mientras Connor y Eliot observaban con atención cómo ambas maniobraban con la máquina, conectando mangueras y bolsas de soluciones.

—Mientras la máquina ceba, voy a preparar el suero salino para la recuperación, que va después de las cinco horas, pero es mejor tenerlo preparado desde el inicio, por si el paciente sufre una hipotensión brusca poder controlarlo de inmediato y evitar que tenga un choque...

—Sí, tengo conocimiento de la sintomatología o posibles reacciones —comentó Jennifer, poniendo su mayor atención a cómo la enfermera conectaba el suero salino.

—Si presenta alguno de esos síntomas solo paramos la filtración y le pasamos un mililitro de suero salino, hasta que se recupere.

Después empezó a explicarle todo lo que estaba en la pantalla de la máquina, qué función tenía cada dígito ahí marcado, también le enseñó cómo comprender la pauta médica que estaba en la ficha del paciente.

—El volumen de lo que se le saca va a depender del peso del paciente, por eso, antes de empezar y al terminar se debe pesar al paciente... Lo que sobre del peso seco, que es lo que debe pesar sin retención, es lo que se va a sacar, pueden ser dos, tres o hasta cuatro litros de líquido retenido... Señor Mackenzie, es hora de que se pese. ¿Puedes hacer las anotaciones? —Le preguntó a Jennifer.

—Sí, por supuesto —dijo, recibiendo el formulario que la enfermera le ofrecía.

Eliot, totalmente acostumbrado a la rutina, caminó hasta el peso, se quitó las pantuflas, inhaló y exhaló para relajarse, y esperó a que la balanza le dijera cuánta sangre debían filtrar ese día.

Jennifer miró la pantalla del peso y anotó donde el formulario le indicaba. El hombre bajó de la báscula y volvió a calzarse.

—Pase por aquí, señor Mackenzie —pidió la enfermera, señalando la gran butaca reclinable que Connor le había comprado.

Eliot seguía firmemente con las indicaciones de la mujer, se sentó, y

Jennifer lo acomodó con una pequeña almohada.

—¿Se siente cómodo? —Le preguntó con una sonrisa bastante disimulada.

En ese momento, Connor conoció esa parte altruista en el alma de Jennifer, sin duda, parecía ser otra, una mujer amable y atenta, que no se acercaba en lo más mínimo a la jovencita odiosa y petulante que lo recibió hacía unas semanas.

—Sí, no podría estar más cómodo, si tengo a dos mujeres hermosas atendiéndome. —Se quitó el pesado cárdigan de lana y se quedó con la camiseta que dejaba expuestos sus brazos, sobre todo, el brazo izquierdo, donde tenía la fístula.

—Jennifer, una vez equilibrada la máquina, es momento de conectar al paciente. —Emilie volvió a captar la atención de la chica—. Empezamos por desinfectar muy bien el área.

—Si quieres puedo hacerlo. —Se ofreció.

Lo hizo bajo la atenta supervisión de la enfermera, aunque sabía muy bien cómo hacerlo, que todo saliera bien con el señor Mackenzie era responsabilidad de la mujer, y no debía bajar la guardia.

Connor, que había acortado la distancia, estaba parado al lado de su padre.

—Hijo, mira para otro lado —dijo Eliot, una vez que le pusieron la comprensión en el brazo y la enfermera preparaba la aguja.

—No me diga que el domador del año le tiene miedo a las agujas —comentó Jennifer, sonriente.

—¿Miedo? No, qué va, les tiene pánico... De niño, se desmayó unas cuantas veces con las vacunas.

Connor solo negaba con la cabeza, solo su padre se atrevía a ridiculizarlo de esa manera, mientras la enfermera y Jennifer sonreían.

—Te recomiendo que la arteria la pinches hacia abajo —dijo Emilie, sujetando la aguja con la mariposa azul.

Una vez que lo pincharon y que Connor no observara, Jennifer le ayudó a asegurar la aguja con los adhesivos; después, introdujo la otra aguja en sentido contrario, que igual Jennifer aseguró con el adhesivo.

Emilie se encargó de explicarle todo lo que restaba del proceso a Jennifer, recalcando muy bien sobre los riesgos que se corrían si existía alguna equivocación y, eso, inevitablemente, preocupaba mucho a Connor, porque él se había perdido hacía mucho del procedimiento, y no sabía que Jennifer

lograría captar todo.

Con planilla en mano, Emilie seguía explicándole.

—Debes anotar muy bien todo, principalmente la fecha, su peso, el material suministrado, monitor, parámetros, presión de entrada y salida... ¿Comprendes?

—Perfectamente. Supongo que se debe tener en cuenta la ingesta que tiene para programar la pérdida.

—Sí, eso tienes que hacerlo, apenas se inicie el tratamiento se le pregunta al paciente si va a tomar o comer algo, para que lo anotes.

Emilie se quedó con Jennifer durante todo el proceso para poder explicarle sobre la desconexión.

Connor tuvo que irse a trabajar, no sin antes dejarle a Jennifer una mirada que solo ella podía comprender. Sonrió al interpretar que tenía ganas de besarla, pero ella, como toda una profesional, no se despegó de Eliot Mackenzie.

Tras cinco horas, Emilie se despidió, asegurando que volvería los tres días de tratamiento de esa semana, para certificar que Jennifer Rawson lo hiciera a la perfección.

Jennifer se quedó junto a Eliot, repasando todos los apuntes que había hecho mientras ambos disfrutaban de una deliciosa y humeante taza de té.

El hombre era un excelente conversador, sabía cómo sacarle información sin incomodarla, le preguntaba sobre sus estudios y le comentaba que cuando tenía veinte años había ido a Europa, que visitó casi todo el continente, que le gustó sobre todo la parte norte y sintió gran atracción por Islandia.

También hablaba mucho de literatura, lo que lo hacía un hombre bastante culto y con un léxico tan amplio que era envidiable, cosa que evidentemente no había heredado el hijo.

Ella le tenía paciencia porque lo notaba bastante cansado, a pesar de que en varias oportunidades se ofreció para acompañarlo a su habitación para que descansara, porque sabía que debía estar débil, este se empeñó en esperar a que su hijo retornara de sus deberes.

Sin duda, la conexión entre Eliot y Connor era envidiable, más que padre e hijo eran como hermanos, como mejores amigos; se trataban con tanto respeto y cariño que hacía que su admiración aumentara.

El ladrido insistente, repetitivo y agudo hizo que Jennifer se sobresaltara e, inevitablemente, con el cuerpo en total tensión se pegó al sillón mullido de cuero que estaba frente a la chimenea.

—Ven, pequeña, ven —llamó Eliot en voz alta, sin dejar de mirar a Jennifer—. Es la consentida de la casa. —Le explicó, como si fuese un secreto—. No le tengas miedo, es mansa.

Cuando Jennifer vio entrar a la gran Collie, pelo largo, moteada de marrón y blanco, tuvo la certeza de que de pequeña no tenía nada, esa perra era gigantesca.

—Ven con papá. —Le dijo, palmeándose ligeramente el muslo derecho.

A Jennifer le impresionó lo cariñosa que fue la perra con el hombre, sobre todo, lo cuidadosa al momento de poner sus grandes patas sobre la pierna para apoyarse y lamerle la mejilla, era como si comprendiera que no podía ser brusca.

—Ay, qué consentida... ¿Trabajaste mucho hoy?, ¿Connor te reprendió? —Le hacía preguntas como si la perra pudiera entenderle, entonces, Jennifer, comprendió de dónde Connor había heredado esa locura de hablarle a los animales como si de niños se tratara.

En ese momento, la perfecta y alta anatomía de Connor apareció en la sala; de inmediato, puso sus ojos en ella, pero esquivó rápidamente la mirada hacia su padre mientras avanzaba hacia él.

—Buenas noches, ¿todo bien? —preguntó una vez más, como si ya no lo hubiese hecho lo suficiente a través de llamadas mientras duraba el tratamiento—. ¿Cómo te sientes?

—Todo bien, Connor, ¿cómo crees que pueda sentirme con esta maravillosa compañía? —preguntó, haciendo un ademán hacia Jennifer.

Él volvió a mirarla, observando cómo las llamas del fuego proveniente de la chimenea danzaban en los ojos grises.

—Gracias por quedarte, pero no era necesario. —Le dijo a Jennifer—. Imagino que tienes cosas que hacer en tu casa.

—No, en realidad no hay mucho que hacer —dijo ella, levantándose, y la perra se le acercó a olisquearla; un tanto temerosa, Jennifer empezó a acariciarle la cabeza, en un gesto de atención que muy poco tenía con los animales—. Pero ya me voy para que descansen.

—¿Por qué no te quedas a cenar? —propuso Eliot, observando cómo su hijo miraba a la jovencita, sin duda, esa intensidad ya la había visto antes en el espejo, cuando él mismo empezó a sentirse tan atraído por la adorada madre de sus hijos.

—Me encantaría, señor Mackenzie, pero no le avisé a mis padres que me quedaría tan tarde; pero si su invitación sigue en pie, podría ser el miércoles.

—Siempre que quieras, eres realmente bienvenida... Dime, ¿qué te gustaría para cenar?

—No soy exigente con la comida, sé que lo que preparen lo voy a disfrutar.

—Está bien...

—Te acompañaré —intervino Connor, aunque le hubiese gustado mucho que Jennifer se quedara un poco más, pero lo que menos deseaba era obligarla a seguir ahí, cuando debía estar muy cansada.

—Te lo agradezco —dijo y antes de marcharse agarró la manta que estaba en el respaldo del sofá y la puso sobre el regazo de Eliot, para que no sintiera frío—. Hasta el miércoles.

—Hasta entonces, agradezco mucho lo que haces.

—No es nada. —Le ofreció la mano, de un cálido apretón y una franca sonrisa se despidió del hombre.

Connor la escoltó hasta donde ella había dejado su auto, mientras eran seguidos por la perra que caminaba a la par del rubio.

—Espero que mi padre no te haya hecho sentir incómoda, él suele ser un extremadamente conversador, incluso, puede llegar al punto de marearte —habló Connor, obligándose a mantener algunos centímetros de distancia de ella.

—Tu padre es fascinante, tiene cada cosa que contar... En ningún momento me incomodó.

—¿Entendiste bien cada paso? —preguntó mientras seguían avanzando por el camino de grava.

—Perfectamente, aunque para tu tranquilidad, Emilie vendrá esta semana a supervisarme mientras lo hago... Sé que te preocupa que pueda equivocarme, pero te prometo que no lo haré.

—Confío en ti —murmuró y suspiró, parándose junto al lujoso y compacto auto. Se quedó mirándola, sobre todo a esos tentadores labios, haciéndola sentir que no era más que una boca incitadora, pero le gustaba mucho que así fuera.

—Quieres besarme, ¿cierto? —murmuró, mordiéndose ligeramente el labio.

—Muero por hacerlo, pero no puedo, porque sé que mi padre está husmeando por la ventana, escondido detrás de las cortinas.

—Podría simular que mi auto no enciende, para que puedas llevarme.

—No va a creer en eso. —Frunció la nariz, divertido—. Pero no

importa..., solo actúa lo mejor que puedas.

—Hasta tú mismo te lo crearás. —Abrió la puerta del auto y subió.

En pocos segundos estaba brindando su mejor actuación. Connor le siguió el juego, hasta caminó a la parte trasera del auto y revisó el motor, pero ella seguía fingiendo que el deportivo seguía sin funcionar.

—Le avisaré a mi padre que te llevaré.

—Date prisa.

Connor corrió de vuelta a la casa y Sasha lo siguió, casi un minuto después estaba saliendo, con la canina que parecía su sombra.

—Vamos —dijo, y ella lo siguió hasta la Chevrolet.

Connor abrió la compuerta de la bodega de la camioneta, y la perra saltó de inmediato. Cerró y se fue hasta el asiento del conductor, le dedicó una mirada bastante penetrante a Jennifer, quien ya lo había estado esperando en el asiento del copiloto.

Salieron y como era de esperarse, a mitad de camino y en la oscura y solitaria carretera, Connor se detuvo y casi de inmediato asaltó la boca de Jennifer.

Ella no solo se conformó con algunos agitados y húmedos besos, fue a por más, mucho más, y en pocos minutos estaba sentada sobre la erección de Connor, poniéndole bastante empeño al movimiento de sus caderas para así disfrutar del momento.

Seguían besándose y susurrándose ardientes palabras que elogiaban el desempeño de cada uno, caricias iban y venían, acompañadas de cómplices miradas y sonrisas.

Sasha, inocente de lo que pasaba en la cabina delantera de la Chevrolet, esperaba pacientemente mirando al horizonte y disfrutaba de cómo la brisa fría mecía suavemente su largo pelaje.

Connor se quedó mirándola con una intensidad que sentía le calaba hasta los huesos, le gustaba infinitamente porque aceleraba todos sus latidos, pero también le asustaba y lo peor era que no sabía por qué esa mirada que era tan brillante y cristalina le causaba eso.

—¿Qué? —preguntó, sonriente pero el corazón no dejaba de brincarle frenético en la garganta.

—Nada —murmuró sin dejar de admirarla, solo apretó con más pertenencia sus brazos alrededor de la cintura de Jennifer y le sonrió.

—¿Nada? —cuestionó una vez más, sin entender esa actitud de Connor.

—Nada —reafirmó.

Jennifer le dio una suave bofetada en un acto juguetón y, Connor, en reacción, le llevó la mano a la nuca e hizo que la boca de ella se estrellara contra la suya. Volvieron a besarse, pero en medio de un divertido jugueteo terminaron riñendo sobre el asiento de la Chevrolet.

Ella trataba de apartarse el pelo de la cara sin dejar de reír, mientras Connor intentaba sujetarla por las muñecas, totalmente contagiado con la risa de ella y disfrutando plenamente de ese momento en que parecían niños batallando sin razón alguna.

—Ya, detente..., fue suficiente —decía en medio de ahogadas carcajadas, mientras Connor le hacía cosquillas con su barba en el cuello—. ¿Acaso no te cansas?

—No, todavía no tengo suficiente de ti.

La situación se tornó seria y el ambiente volvió a cargarse de deseo, los besos apasionados volvieron a prender las ansias y, una vez más, se vencieron a las ganas.

Connor empezaba a adorar que Jennifer siempre estuviera dispuesta para el sexo, jamás imaginó encontrar a alguien que estuviera a la altura de su exigente ritmo sexual, y parecía que había hallado su amalgama perfecta; lamentablemente, comenzaba a sospechar que sería bastante difícil dejarla ir.

En el momento exacto en que Connor volvía a poner en marcha la Chevrolet, Jennifer recibió una llamada de su padre.

—Voy en camino, es que mi auto no quiso encender... Tranquilo, papá, Connor ya me lleva... Sí, estoy llegando. —Terminó la llamada y suspiró—. Dice que mañana a primera hora enviará una grúa a buscar el auto; seguramente se darán cuenta de que no tenía nada.

—Desconecté el sistema de alimentación de combustible... Estoy seguro de que no podrá encenderlo a menos que lo revise, pero no es la función del operario de la grúa.

Connor estacionó cerca de la entrada, y Jennifer bajó.

—Adiós, descansa. —Le deseó apenas cerró la puerta de la Chevrolet.

—Tú también... ¿Nos veremos el miércoles? —preguntó, descubriendo en ese momento que tenía unas ganas infinitas de no dejarla ir.

—Claro, iré por tu padre.

—¿Y por mí? —preguntó, sonriente.

—Sabes que no.

—Pero igual tendremos sexo.

—Muy probablemente —respondió con total franqueza—. Siempre y

cuando encontremos la oportunidad.

—Te llevaré a mi habitación... La cama es aceptablemente cómoda.

—¿Y que tu padre se entere? No, gracias, prefiero seguir haciéndolo en esta cosa vieja. —Le dio un par de palmaditas a la puerta de la Chevrolet.

—No hieras los sentimientos de mi consentida. —Tamborileó con sus dedos sobre el volante.

Jennifer negó con la cabeza y se volvió para entrar a su casa, escuchó que Connor encendió el motor y justo en ese momento la puerta de su hogar se abrió y se asomó Prescott Rawson.

El hombre recibió a su hija con un abrazo y un beso en la frente, después le hizo algunos ademanes a Connor para que bajara y se acercara a él.

Connor inhaló y exhaló, se echó un vistazo a sus vaqueros y se subió el cierre y lo abotonó, porque después de tener sexo en dos oportunidades y en tan poco tiempo, no se había dado a la tarea de recomponer su ropa.

Bajó de la camioneta y justo detrás saltó Sasha y lo siguió.

—Hola, muchacho, ¿cómo te va?

—Bien, gracias, señor.

—Gracias por traer a mi hija, mañana mando a buscar el auto.

—No se preocupe —hablaba mientras le acariciaba la cabeza a la perra.

—¿Cómo sigue tu padre?

—Mejor, con su tratamiento, aunque ya sabe que es algo terco.

—Mi hija te ayudará en lo que necesites, no lo dudes... Tanto ella como yo estamos muy agradecidos por lo que hiciste con Castiel.

—Solo hice mi trabajo, señor —hablaba y se obligaba a no poner sus ojos en Jennifer, porque sabía que sería bastante difícil alejarlos de ella.

—¿Has pensado en la invitación que te hice? —Le recordó—. Tenemos que celebrar tu victoria.

—Sí, señor, si puede podría ser mañana —dijo sin pensarlo realmente, solo dejándose arrastrar por las ganas de ver a Jennifer.

—Claro, para cenar.

—¿Puedo traer a mi padre? —preguntó, porque no deseaba dejarlo solo; además, sabía que sacarlo de casa le haría bien.

—Por supuesto, será un placer tenerlos en casa.

—Gracias, señor, entonces..., hasta mañana. —Le ofreció la mano y le dio un cálido apretón, después miró a Jennifer, que estaba colgada a uno de los brazos del hombre—. Hasta mañana.

—Hasta mañana —dijo ella, con una seriedad que hasta Connor le creyó.

—De nuevo, gracias por traer a mi niña.

Connor solo hizo una decente reverencia y se marchó, siendo seguido por Sasha, a quien esta vez le abrió la puerta del copiloto y ella saltó dentro.

Los Rawson entraron a la casa y él encendió el motor, pero se quedó pensando en la invitación que acababa de aceptar; su teléfono vibrando sobre el tablero de la Chevrolet lo sacó de su disyuntiva, sin pensarlo, lo agarró y revisó la notificación de un mensaje de WhatsApp entrante.

¿Tendremos sexo mañana?

Seguramente, siempre y cuando tengamos la oportunidad.

Connor respondió con las mismas palabras de ella.

La tendremos.

Connor sonrió y empezó a teclear.

Por tenerte una vez más, no me importaría que fuera en tu cama y que tu padre nos escuchara.

Ni lo sueñes, vaquero, eso no sucederá en mi habitación y menos cerca de los oídos de mi padre.

Entonces, donde tú quieras... Lo verdaderamente importante es que pueda quitarme las gantas que te tengo.

Connor puso en marcha la Chevrolet, pero antes de salir de la propiedad, recibió una llamada, como era de esperarse, de Jennifer, así que sin pensarlo contestó.

—Mira a mi ventana —pidió ella, antes de que él hablara.

Él no pudo negarse, así que miró por el retrovisor y la muy provocadora estaba parada completamente desnuda; de inmediato, detuvo la camioneta, sacó la cabeza por la ventanilla y volvió la cabeza para poder mirarla mejor.

Ahí estaba, con una mano sosteniendo el teléfono y con la otra entre sus piernas, en una íntima caricia que a él lo ponía a mil, también fue consciente de que, a un lado de la ventana, todavía colgaba el atrapasueños que él le

había obsequiado. En ese momento, un enloquecedor jadeo inundó su oído.

—Estás malditamente loca —murmuró, ahogado.

—Eso ya me lo habías dicho, y sé que lo estoy... También recuerdo que te invité a que enloquecieras conmigo, ¿y adivina qué?

—¿Qué?

—Estoy consiguiendo que lo hagas —musitó y en ese momento apagó la luz de su habitación, privándolo de seguir admirándola.

Terminó la llamada, y a Connor le tomó casi un minuto retomar su control y volver a ponerse en marcha.

Después de eso, en medio de una bruma de excitación consiguió seguir con su camino y llegar a su casa, eso sí, sin poder sacarse la imagen de Jennifer desnuda y masturbándose en toda la noche.

Eliot estaba sentado en el sofá de la sala, leyendo el último capítulo del libro que había empezado hacía un par de días, nadie ponía en duda que toda su vida había sido un lector asiduo y que después de dejar las responsabilidades del rancho sobre los hombros de Connor, se había convertido en un lector voraz; podía jurar que era el cliente principal de la librería de Jackson, que cada quince días le hacía llegar cinco libros.

Ya ni siquiera preguntaban qué títulos enviar, porque el encargado conocía los gustos del hombre y mandaba los que muy probablemente serían de su agrado y hasta ahora no se había equivocado en su elección.

A pesar de que estaba completamente sumergido en el desenlace de la intrépida trama policial, pudo darse cuenta de que su hijo bajaba con la tercera camisa que se había cambiado esa noche en menos de media hora, algo le decía que estaba bastante indeciso acerca de qué ropa usar para ir a una simple cena con los Rawson.

—¿Ahora sí estás listo? Imagino que no quieres llegar tarde.

—Aún estamos a tiempo —comentó mientras bajaba el último escalón, pensando si ponerse la chaqueta de cuero o no—. Vamos —dijo sin prestarle su ayuda a su padre, porque sabía que odiaba que lo hiciera, ya le había dicho incontables veces que darle su mano solo lo hacía sentir más inútil, entonces, solo se limitaba a esperarlo y andar a su ritmo.

Al fin decidió que no se pondría la chaqueta para que no le arrugara la camisa, que llevaba abotonada en los puños, y no arremangada hasta los codos, como comúnmente las usaba. Sin embargo, llevó la chaqueta en la mano por si afuera estaba muy frío.

Eliot cerró el libro faltando apenas un par de páginas para terminarlo, estaba seguro de que no podría concentrarse en la cena por estar pensando en lo que pasaría en los pocos párrafos de su lectura, pero le había prometido a su hijo que lo acompañaría y no quería ser el culpable de que llegara tarde a su cita, solo porque no podría controlar su curiosidad, ya suficiente tenía con la indecisión de Connor al momento de vestirse.

Sí que estaba disfrutando de esa nueva faceta de su hijo, de la que no quería hacerlo consciente, por temor a que se cohibiera y dejara de demostrar que la jovencita Rawson le estaba agradando muchísimo más de la cuenta,

tenía muchas ganas de ver a su hijo como un hombre enamorado, y no tanto como al vaquero que trabajaba sin descanso. Quería que Connor tuviese a su lado una mujer que lo hiciera feliz y que le ayudara a menguar la pena de su partida, no quería que su hijo se quedara solo en ese rancho con tanta tristeza.

—Voy a despedirme de Chenoa y Yoomee —avisó, encaminándose a la cocina.

En cuanto llegó, le acarició la cabeza a la joven y le dio un beso en la mollera.

—¿Muchas tareas? —preguntó, mirando en el cuaderno las anotaciones de la chica.

—No, ya casi termino, después le ayudaré a nona a condimentar el lomo de cerdo... Espero que no tarden.

—No tenemos razones para demorarnos.

Yoomee agradeció esa respuesta porque no le agradaba que Connor fuese al rancho de los Rawson, sobre todo, porque no quería que estuviera cerca de Jennifer.

—Aquí tienes. —Le ofreció Chenoa un recipiente de porcelana, que contenía un gran brownie, listo para ser dividido y servido—. Todavía está algo caliente, no te vayas a quemar.

—Tendré cuidado. —Lo sujetó por las agarraderas para evitar quemarse y que Chenoa lo reprendiera por su torpeza, después le plantó un beso en la mejilla—. Volveremos pronto.

—Cumple con tu compromiso, aquí estaremos bien, así que ve tranquilo; por cierto, me gusta cómo se te ve esa camisa, ese color te luce muy bien, hace que tus hermosos ojos resalten.

—Gracias por el extrañísimo elogio. —Sonrió y le guiñó un ojo.

—Probablemente te elogiara más seguido si pusieras el mismo empeño en verte así todos los días.

—Todos los días trabajo, Chenoa. —Le recordó.

—Bueno, bueno..., está bien. Ya vete, que no puedes llegar tarde, recuerda que los Mackenzie pueden ser ordinarios, toscos, brutos, pero jamás impuntuales.

—Ya sabía que tus elogios no durarían ni un minuto. —Negó con la cabeza mientras sonreía—. Nos vemos luego. —Se despidió y se fue a la sala para salir por la puerta principal junto a su padre.

Connor puso sobre el capó de la Toyota, el brownie, para ayudar a su padre a subirse, había elegido ir en esa todoterreno porque era más cómoda

para Eliot, quien permitió que lo ayudara a subir, pero él mismo se encargó de ponerse el cinturón de seguridad.

Una vez que Connor se aseguró de que su padre estaba cómodo en su asiento, abrió la puerta de atrás y puso en el cojín el postre que con tanta dedicación Chenoa había preparado.

Durante el trayecto, conversaba animadamente con su padre, pero no podía obviar a su tonto corazón que estaba descontrolado y, a pesar de que el clima era bastante agradable, las palmas de sus manos estaban sudorosas.

Fueron recibidos por el mismo Prescott Rawson, quien bastante entusiasta los invitó a pasar a la sala donde los esperaban su mujer e hija.

Connor saludó a Alana con un cálido apretón de mano y le entregó el brownie.

—Gracias, no tenían que molestarse —dijo la elegante mujer rubia con una amable sonrisa.

Casi de inmediato llegó en su ayuda Doreen, quien recibió el postre y se lo llevó a la cocina.

Eliot también saludó a Alana, a quien llevaba bastante tiempo sin ver, descubrió que, a pesar de tantos meses, seguía igual; esa mujer parecía que tenía el secreto de la juventud guardado en la manga.

Connor aprovechó para echarle un sugerente y al mismo tiempo disimulado vistazo a Jennifer, quien se mantenía junto a su padre.

—Saluda, cariño —solicitó Prescott, quien siempre parecía estar al tanto de sus modales. Lo que él no sabía era que ella estaba esperando el momento adecuado, no podía interrumpir abruptamente a los invitados.

—Bienvenido, señor Mackenzie, me alegra que haya venido a visitarnos —dijo, tendiéndole la mano.

—Gracias, por favor, llámame Eliot —solicitó y le guiñó un ojo, mientras apretaba con sus dos manos la de la chica, con quien verdaderamente estaba muy agradecido—. Estás muy linda —elogió al verla con maquillaje y el pelo con algunas ondas que lo hacían lucir más abundante.

—Gracias, es muy amable; siéntese, por favor. —Hizo un ademán hacia el sofá.

—En unos minutos se servirá la comida —habló Alana, que estaba bastante nerviosa porque ella misma se había encargado de elegir un menú apto para Eliot Mackenzie, y de supervisar que todo saliera a la perfección; siempre había sido una anfitriona totalmente minuciosa.

Jennifer y Connor solo se saludaron con una reverencia, no deseaban

exponer ante las personas que los rodeaban la intimidad con la que se trataban.

Prescott no quiso obligar a su hija a que recibiera con entusiasmo a Connor, porque sabía que ambos jóvenes apenas empezaban a tolerarse, y sería bastante incómodo para ellos exigirles que fuesen más cordiales de lo que en ese momento estaban siendo.

De inmediato, la conversación se basó en momentos del pasado, en la juventud de Eliot y Prescott, quienes hablaban animadamente de sus aventuras en esa época; poco a poco, fueron viajando en el tiempo, hasta que tocó involucrar la llegada de los hijos y las poquísimas anécdotas con ellos.

Las partes parecían querer olvidar deliberadamente los inconvenientes que habían existido entre los hijos de Eliot Mackenzie y Jennifer Rawson, sobre todo, porque los padres nunca habían estado de acuerdo con esas disputas de adolescentes, en las que lamentablemente involucraron a Connor; por eso, cuando él llegó todo alterado a exigirle a Prescott que contralora a su hija, en respuesta, el hombre solo intentó mediar, porque entre sus familias nunca habían existido rencillas, y lo que menos deseaban era que se crearan.

Jennifer trataba de no dejar su mirada por mucho tiempo en Connor, se esforzaba ferozmente por ver a su padre y Eliot, quienes eran los que más hablaban, pero era que no podía dejar de admirar lo bien que lucía Connor con esa camisa azul celeste. Primera vez que lo veía con una camisa que no fuese a cuadros y en ese tono claro. La prenda estaba muy bien planchada, se le pegaba a los pectorales y la llevaba por dentro de los Wrangler.

Él también la miraba y se quedaba varios segundos en sus ojos, pero cuando avistaban que alguien pudiera pillarlos, solo rehuían sus miradas.

—Oh, sí, lo recuerdo muy bien —comentó Eliot, riendo—. Ese chichón te duró como un mes —recordó que en la fiesta del cumpleaños número cinco de Jennifer, al momento de romper la piñata, ella, por estar vendada, le dio un buen porrazo a su padre en la frente.

Inevitablemente, todos rieron al recordar ese momento. Connor también lo tenía muy presente, a pesar de que en ese entonces solo tenía once años, sobre todo, porque después de eso solo le celebraron dos cumpleaños más a Jennifer, nada más; no volvió a verla ni a saber de ella hasta que empezó a estudiar en la preparatoria con sus hermanas, y él ya estaba cursando el último año.

No supo qué pasó en esos años ni qué la hizo cambiar, porque la niña amable y amigable de siete años que los invitaba a sus fiestas no era ni la sombra de la adolescente que vio años después. Jamás podría entender por

qué sus padres dejaron de celebrar sus cumpleaños, por qué dejaron de ir a las ferias, por qué, de repente, ya nadie era bienvenido a su rancho.

Esas divertidas memorias fueron interrumpidas por la presencia de Anna Mey, quien pidiendo permiso se acercó a Alana, para informarle que la comida ya estaba lista para ser servida.

La mujer de Prescott Rawson, toda orgullosa, se levantó y los invitó al comedor, que se podía ver desde ahí por el concepto abierto y moderno de la casa.

Todos pasaron a la gran mesa, pero Connor y Jennifer, deliberadamente, se quedaron un par de pasos detrás; se miraron y se sonrieron con disimulo para después caminar uno al lado del otro, conteniendo las ganas que sentían por tocarse.

Connor y Eliot no pudieron ignorar lo rica que estaba la comida, por lo que no se reservaron sus elogios para Alana, quien sintió que todo el empeño había valido la pena; siempre le había gustado complacer a las visitas de su esposo, sobre todo, si eran allegados también de ella.

Jennifer estaba pendiente de Connor, imposible no estarlo si lo tenía en frente; sin embargo, empezó a sentirse bastante incómoda al ver que Doreen se esmeraba mucho por atenderlo, prácticamente, no se le despegaba de al lado, y él le agradecía con sonrisas, que ella quería borrar de un palmazo.

Quería intervenir y pedirle a la chica que se largara, pero sabía que su madre la necesitaba en el comedor; al ver que no tenía opciones, solo deseaba que la cena terminara cuanto antes y que Connor se largara de una buena vez.

Le pareció que pasó una eternidad hasta que su padre por fin dijo las palabras mágicas, pero ella ya no sabía si quería seguir adelante con eso que al principio creyó una buena idea, pero que ahora solo consideraba una estupidez; pensaba que ya Connor no se merecía nada por andar coqueteando con Doreen en sus propias narices.

—Amor, aprovecha que Connor está aquí para que revise lo que tiene Castiel. —Le dijo y le guiñó un ojo ligeramente en un gesto de complicidad.

—Papá, apenas terminamos de cenar, sería un abuso de mi parte; además, ya Connor terminó su trabajo con Castiel, es mejor que le pidas al veterinario que lo vea mañana —respondió.

—¿Qué tiene Castiel? —Connor mordió el anzuelo de inmediato, mostrándose preocupado por el caballo—. Puedo verlo ahora mismo.

—No sabemos lo que tiene, se ha mostrado un tanto desanimado y lo he visto cojear un poco, pero mi hija tiene razón, será mejor que lo vea el

veterinario mañana.

—De ninguna manera, puedo revisarlo, probablemente sea uno de los cascos que esté molestándole... —Se levantó de su puesto y dejó la servilleta a un lado del plato—. Si me permite, iré a verlo.

—Connor, mejor espera a que la comida te haga digestión...

—No te preocupes, Prescott, déjalo ir... —intervino Eliot, quien notaba la preocupación de su hijo—. Ese muchacho tiene estómago de acero.

—Está bien, si insistes... Acompáñalo, mi vida —pidió Prescott a Jennifer.

—No es necesario, será mejor que se quede para el postre —pidió sin la mínima intención de querer que Jennifer tuviera que abandonar la mesa, pero en ese momento ella se levantó y le pareció que le hizo un gesto de reproche con la mirada.

—Lo comeré cuando regrese, ahora es más importante mi caballo. —Ella caminó y Connor la siguió.

—Enseguida vuelvo. —Le dijo Connor a su padre.

—Vayan con cuidado.

Jennifer guio a Connor, ella caminaba con energía, dejándolo varios pasos por detrás; salió de la casa y atravesó la terraza, sin decir nada subió al carrito de golf y encendió el motor.

Connor sabía que debían darse prisa y, aunque no le gustara ese medio de transporte, debía aceptarlo, así que subió y se sentó en el puesto del copiloto; el carrito se inclinó un poco más de su lado, porque su peso y altura hacía la diferencia.

—«No es necesario, será mejor que se quede para el postre». —Se mofó Jennifer, una vez que puso en marcha el carrito—. ¿Eres estúpido o qué?

Connor le dedicó una mirada de total incomprensión, pero también le divertía la situación.

—Intento aprovechar la oportunidad y tú casi que la desperdicias —refunfuñaba.

—Recuerda que conduces un carro de golf y no tu deportivo, sería ridículo que termináramos volcados en esta cosa —comentó, ignorando su reyerta—. Baja la velocidad.

Jennifer aceptó la sugerencia, suspiró y fue más lento, con la mirada al frente; de repente, sintió una mano de Connor posarse en su muslo y apretarlo provocativamente, pero ella sujetó el pequeño volante con una mano, y la otra la dejó caer pesada sobre la de él y, de un tirón, hizo la mano a un lado,

privándolo de tocarla.

—No desaprovecharía la oportunidad, esperaba que actuaras tal como lo hiciste, se supone que apenas nos toleramos, ¿cómo es que iba a querer estar contigo? Ahora, si lo que quieres es lanzar a la mierda la farsa de que solo nos tratamos por ser «políticamente correctos» y dejarle ver a tus padres que lo que queremos es coger en todo momento, no tienes ni que decirlo, volvemos a la casa en este instante y te follo encima de la mesa del comedor.

—O quizá te sea más placentero cogerte a Doreen —comentó, mordaz, pero inmediatamente se arrepintió y volvió su mirada al frente.

—¿A quién? —preguntó, sorprendido. ¿Su cerebro estaba mal o eso era una escena de celos?

—Olvidalo —murmuró, queriendo estrellar su cabeza contra el volante.

—¿Por qué crees que preferiría tener sexo con Doreen, que contigo?

—No lo sé, será por la manera en la que le sonríes —respondió. Sí, ¿qué más daba si él se daba cuenta de que estaba molesta porque se lo había pillado coqueteando con la sirvienta?

—Creo que estás viendo fantasmas donde no los hay.

—Sé lo que vi, no pasa nada si quieres cogerte a Doreen, puedes hacerlo —comentó, aunque por dentro sintiera que estaba a punto de explotar.

—No quiero follarme a Doreen, de haberlo querido, ya lo habría hecho hace mucho tiempo. Solo estaba siendo agradecido, no podía dar las gracias con la boca llena... ¿Y por qué te preocupa tanto que le sonría?

—Preocuparme es lo de menos...

—Pero te molesta.

—Eso menos, Connor Mackenzie, puedes hacer con tu vida y tu pene lo que te dé la gana. —En ese momento estacionó cerca del corral de Castiel, bajó y caminó con la misma energía que tenía que drenar o, si no, haría combustión.

Connor bajó, caminó con largas y apuradas zancadas, logró alcanzarla y sujetarla por un brazo, haciéndola girar hacia él; fue una acción brusca pero efectiva.

—¿Sabes lo que quiero hacer con mi pene en este momento? —preguntó, pero ella no dio respuesta, entonces le agarró el culo y la pegó contra su pelvis—. Callarte para que dejes de decir tantas tonterías... Me gustaría hacerlo resbalar por tu garganta para que así puedas tragarte cada tonta palabra que dices... —Sin previo aviso, la asaltó con un beso y, como siempre, Jennifer correspondió con la misma actitud que él.

Ella se entregaba sin reserva a la boca de Connor, lo besaba con pasión desmedida, gemía y respiraba en su boca, mientras se colgaba a la fuerte espalda.

—Eso puedes hacer con mi boca, pero ¿qué harás con mis pensamientos? Esos no puedes callarlos —murmuró, ya excitada por la sucia promesa de él.

—Tienes razón, no puedo callarlos, pero sí puedo darte un orgasmo que te nuble la razón, puedo hacerte perder el sentido del tiempo y el espacio... y; por supuesto, reafirmarte que solo tú me pones así. —Le agarró una mano y se la llevó hasta su erección.

Jennifer se lo agarró con ganas, deseando poder meter su mano por dentro de esos vaqueros y sentir sin barreras la piel rígida y latente, pero no podía demorarse, había algo que iba más allá de sus deseos.

—Espero, por tu propio bien, que tu comportamiento esté a la altura de tus promesas, porque si no, te arrepentirás... Pero ahora mismo necesito que veas a Castiel y; te advierto, en este momento, nuestros padres están pegados al monitor, vigilando las cámaras —dijo, aprovechando el aturdimiento de él, para liberarse.

—¿Y cómo por qué estarían haciendo algo así?

—Ya lo averiguarás, solo tienes que actuar como que apenas consigues soportarme.

—Eso no tengo que simularlo —dijo, propinándole un azote que le hizo dar un respingo.

—Imbécil. —Le dio un puñetazo en el pecho y lo apartó—. Aléjate por lo menos un metro de mí.

Jennifer abrió la puerta del establo y Connor se quedó unos pasos por detrás de ella, únicamente por seguirle el juego.

—¿No piensas entrar? —Le preguntó, parada bajo el quicio de la puerta e hizo un ademán de invitación.

Connor avanzó con la mirada puesta en ella, más específicamente en sus ojos, entró y Jennifer volvió a guiarlo hasta la pesebrera, pero él se congeló cuando vio que no era Castiel quien lo esperaba. A pesar de que era un color bastante común, podía reconocerlo, era Parca quien lo esperaba con un gran lazo dorado atado al cuello.

Con el corazón saltándosele varios latidos por la emoción, desvió su mirada del caballo a Jennifer, mostrándose completamente incrédulo; no quería anticiparse a nada, pero sus sensaciones estaban que se desbordaban, la razón le decía que mantuviera la calma y que no se hiciera falsas esperanzas,

pero la pasión por los equinos, que le corría por las venas, le gritaba que ese lazo en el cuello solo significaba una cosa.

—¿Esto..., esto qué significa? —preguntó, mirando a Jennifer, quien también tenía los ojos brillantes por la emoción. Primera vez que ella experimentaba ese calorcito agradable en el centro de su pecho.

—Es para ti.

—¿Qué dices? —Estiró la mano y abrió la portezuela de la pesebrera, mientras Parca movía la cabeza de un lado al otro, balanceándola en un claro saludo.

—Sí, es un obsequio de mi padre.

—¿En serio? —Volvió a preguntar sin poder creerlo, no sabía por qué le estaban regalando a Parca.

—Es tuyo, en serio.

—No era necesario, ¿fue su idea? —preguntó, sin mostrar ni por un segundo que rechazaría ese regalo—. Digo, debió mostrármelo él.

—Bueno, él quería darte algo como muestra de agradecimiento por lo que hiciste con Castiel y conmigo, pero no sabía qué, así que yo le sugerí que comprara a Parca para ti. Supe que sería un buen regalo cuando te vi chillando el día de la subasta.

—No estaba chillando.

—¡Ay, por favor! —bufó—. Si parecías todo un niño sentimental, sorbiéndote los mocos, no pudiste quedarte para la subasta, no querías ver cómo se llevaban a tu preciada mascota. —Se mofó, aunque en realidad ese momento le pareció muy tierno, ver a Connor tan vulnerable por un caballo.

Connor tiró del mosquetón con suavidad, y Parca salió de la pesebrera.

—Hola, amigo, ¿me extrañaste? Sé que sí..., yo también te extrañé mucho —hablaba, rascándole detrás de las orejas—. Me alegra tanto verte. —Le dio varios besos en la frente.

Jennifer admiraba fascinada a Connor junto al caballo, sin duda, había sido el mejor regalo, le hacía feliz saber que había sido la mejor elección.

De repente, Connor la sorprendió con un efusivo abrazo y estuvo a punto de plantarle un beso en la boca, pero ella fue rápida y lo esquivó, dejándose solo abrazar, pero no correspondiendo del todo, solo le dio unas palmaditas en la espalda.

—Recuerda que nuestros padres nos están mirando por las cámaras, y ni se te ocurra besarme después de haberlo hecho con el caballo... ¡Qué asco!

—Es muy tarde para decirme eso, porque he perdido la cuenta de las

veces que te he besado después de haberlo hecho con los caballos.

Jennifer simuló una ruidosa arcada y se apartó del abrazo.

Connor le sonrió y se volvió de nuevo hacia Parca, no pudo evitar abrazarlo por el cuello; sin duda, era el mejor regalo recibido en mucho tiempo, ni siquiera sabía si realmente merecía tanto de Prescott Rawson, quizá muy probablemente se lo quitaría en cuanto supiera del jueguito que se traía con su consentida.

Alana, Eliot y Prescott observaron atentos desde el momento en que los jóvenes entraron al establo, todos sonrieron ante la reacción tan espontánea de Connor, y cómo Jennifer, mucho menos emocionada, se limitó a ser amable.

—Parece que le ha gustado el regalo —comentó Prescott.

—Le ha encantado —certificó Eliot—. Ese caballo es especial para él, pero no tenías que hacerlo...

—¿Cómo que no? Si tu hijo hizo un gran trabajo con Castiel y, a consecuencia de eso, mi hija ha creado una gran conexión con el caballo; tanto, que hasta su carácter ha cambiado, está mucho más relajada, más feliz de estar en casa... Está empezando a ser más afable.

—Es una buena muchacha.

—Lo es, solo que hace unas semanas, cuando llegó, su humor era insoportable; incluso, para nosotros que somos sus padres... Estuve a punto de darme por vencido y dejar que se fuera a pasar sus vacaciones a donde ella tanto quería, menos mal que no cedí a sus chantajes... Si Connor no hubiese entrenado a Castiel, todo habría sido un caos. Estoy seguro de eso.

—Solo necesitaba tiempo para adaptarse, ahora hasta es mi enfermera —comentó Eliot, apartando la mirada de la pantalla porque sentía que su hijo merecía privacidad en ese momento.

Al parecer, los Rawson no se habían percatado de que el cambio de su hija no se debía exclusivamente a un caballo, sino más bien, al domador. Y no se refería precisamente a la labor de Connor con Castiel, sino con la jovencita.

Él, que siempre había sido un gran observador, se había dado cuenta de que ese par había caído en las trampas del amor, y estaban a muy poco de darse cuenta. Solo esperaba que cuando llegara el momento, su hijo pensara, por una vez, primero en él, y no en su familia, mucho menos en Hannah. Adoraba a su hija, pero también la conocía muy bien y desde bebé siempre fue un tanto manipuladora y egocéntrica. Sería una lástima que, por sus caprichos, esa relación no tuviera futuro.

Jennifer llevaba algunos días realizándole la hemodiálisis a Eliot, sin la supervisión de Emilie, como estaba mucho más cerca que la enfermera, podía hacer el tratamiento por más tiempo y así hacerlo más efectivo para el paciente.

Pasaba horas y horas hablando con el hombre, era ella quien le leía algunos capítulos para evitar que se mareara durante el tratamiento, porque se había percatado de que tenía cierta obsesión con la lectura y, prácticamente, no soltaba los libros.

Incluso, con la ayuda de Connor, consiguió poner un televisor en la sala e hizo que se sumergiera en el mundo de las series, por lo que ya no solo pasaban mucho tiempo leyendo y conversando, sino que también debatían acerca de «House of Cards».

A Jennifer no le importó verla de nuevo desde la primera temporada, se la había recomendado al punto de que él deseó verla, entonces, no podía dejarlo solo en la travesía.

Eran pocas las veces que veía a Connor, porque él pasaba mucho tiempo atendiendo el rancho, los días que había pasado ahí, empezó a admirarlo por todo lo que hacía, verdaderamente, no se tomaba un descanso; sin embargo, a pesar de sus tantas ocupaciones, conseguían escaparse y tener sexo rápido en algún rincón de la casa. Admitía que se había hecho adicta a eso, a esa adrenalina que se desbocaba por el simple temor que le provocaba que pudieran ser descubiertos; para ella, esos momentos eran extraordinarios y realmente excitantes.

Ahí estaba, con la mirada puesta en la pantalla, pero con el corazón apresurado porque había escuchado a Sasha ladrar, y eso solo significaba que Connor había regresado de su arduo día de trabajo.

Como persona apasionada por la ciencia, sabía reconocer en su sistema todos los síntomas que el enamoramiento provocaba, por más que intentara respirar profundo y exhalar lento, por mucho que pretendiera poner su atención en otra cosa o que las cosquillas en su estómago desaparecieran, era imposible conseguirlo, no encontraba la manera de contrarrestar todo ese arsenal de sensaciones, y no era más que una ola que la revolcaba y que hacía

con ella lo que le daba la gana.

—Buenas noches —saludó este, poniendo la mirada primero en su padre, después en Jennifer.

—Hijo, ven y siéntate... Este capítulo es extraordinario —pidió Eliot, apenas desviando la mirada de la pantalla.

Connor se acercó y le apretó el hombro de manera reconfortante.

—¿Cómo va todo?, ¿cuánto falta? —Le preguntó a Jennifer, al tiempo que se dejaba caer sentado al lado de ella, mientras que su padre estaba bien cómodo en su butaca, dejando que su sangre se filtrara.

—Bien, muy bien. Faltan cuarenta minutos. —Se levantó y caminó hasta la máquina para revisarla, inhaló profundo y suspiró con disimulo, preparándose para que sus nervios no se notaran en el momento en que agarrara la historia médica e hiciera las anotaciones.

Miró la pantalla del dializador, se paseó por las opciones que los gráficos le presentaban y agarró el formulario en el cual rellenó los espacios correspondientes.

Intentaba concentrarse en sus propios pensamientos y no en Connor, parlotando con su padre de cómo le había ido en el día; le informaba que tres vacas habían tenido sus terneros ese día, y que él mismo había supervisado el proceso que llevó a cabo el veterinario.

Connor hablaba con su padre, pero de vez en cuando le echaba un vistazo a Jennifer, que debía admitir lucía preciosa con el ceño ligeramente fruncido mientras hacía algunas anotaciones.

—¿Todo bien? —preguntó, captando la atención de ella.

—Sí. —Sonrió ligeramente, al tiempo que ponía en la mesa la carpeta con la historia médica.

—Bueno, te estás perdiendo el capítulo —siguió él, tratando de mantener la conversación.

Jennifer se pasó las manos por los vaqueros, para quitarse el sudor de las palmas, y regresó a su puesto, al extremo del sofá, mientras que Connor quedaba más cerca de Eliot.

Ella intentaba fervientemente poner toda su atención en el drama político de manipulación y dominio, como lo estaba Eliot, pero ella solo podía estar pendiente de cada pestañeo de Connor, incluso, del más mínimo influjo de su respiración; muy probablemente, a la espera de que él le diera cualquier señal para irse al rincón más próximo a tener sexo, pero parecía que estaba también muy entretenido con la serie, así que su única opción fue quedarse muy quieta.

De repente, sintió el suave roce de las yemas de los dedos de Connor en su mano, que tenía puesta en el poco espacio entre ambos; no pudo evitar tensarse y tragar en seco, pero lo dejó avanzar, deseaba ver hasta dónde quería llegar él, que, como adolescente temeroso, iba poco a poco apoderándose de su mano; quizá, temía que ella la retirara, pero de verdad no deseaba hacerlo.

Ambos tenían las miradas puestas en la pantalla cuando sus dedos se entrelazaron con lentitud y; sin proponérselo, los poros de sus cuerpos se despertaron y el abismo en sus estómagos se hizo infinito.

Se quedaron así, con sus manos unidas y una queda caricia del dedo pulgar de Connor en el dorso de la mano de Jennifer, que hizo que ella se relajara un poco, mientras su íntimo y cariñoso agarre era un secreto para Eliot.

Era emocionante, excitante, tierno. Era perfecto para los dos, porque era la primera muestra de complicidad que no encerraba el acto sexual; con los dedos entrelazados y las palmas juntas, se demostraban que no necesitaban de palabras para expresar ese inevitablemente sentimiento que yacía en sus corazones.

Sin embargo, la mágica burbuja en la que se encontraban fue reventada por Yoomee, quien interrumpió en el lugar con la intención de ofrecer algo de beber. Inevitablemente, sus ojos se posaron en el agarre entre Connor y Jennifer, ellos, al darse cuenta, se soltaron de inmediato, pero ya era demasiado tarde, ella había sacado sus propias conclusiones, que le hacían trizas sus ilusiones.

No pudo decir nada porque todo su cuerpo se desestabilizó, el dolor de la desilusión fue como un fuerte puñetazo en la nariz, de esos que enceneguían algunos segundos y le obligaban a derramar lágrimas, pero antes de que Connor o Jennifer pudieran ver su llanto, prefirió darse la vuelta y marcharse.

Apenas estuvo segura de que ya Connor no la veía, empezó a correr, atravesó la cocina como un vendaval, dejando a su abuela con una retreta de preguntas en la boca, y salió de la casa, siendo seguida por Sasha.

Sabía que tarde o temprano eso sucedería, pero no estaba preparada para presenciarlo, no tan pronto, quizá era porque todavía guardaba una mínima esperanza de que Connor viera en ella a una mujer y no a una niña, soñaba con la posibilidad de despertar en ese hombre un sentimiento más allá de la ternura o hermandad, pero cualquier posibilidad de una relación amorosa se había precipitado aparatosamente a tierra.

Lo peor de todo era que Jennifer no era de su agrado, nada tenía que ver

las disputas que había tenido con Hannah, y de las que sabía muy poco, solo que no conseguía tolerarla porque estaba segura de que no iba a valorar a Connor, no iba a amarlo con la fuerza que ella lo hacía, no con esa intensidad que él merecía.

Corrió hasta el establo donde estaba Lluvia, abrió la puerta y entró en la pesebrera, permitiéndole el acceso también a Sasha, que deseaba en ese momento estar con ella. Se sentó sobre el suelo cubierto por aserrín y se abrazó a sus piernas a llorar abiertamente su golpe de realidad, mientras la perra intentaba consolarla, pero nada la aliviaría.

Connor y Jennifer se sentían nerviosos y estúpidos, como si fuesen adolescentes enamorados descubiertos por sus padres haciendo algo indebido.

—¿Qué le pasó a la niña? —preguntó Eliot, un tanto turbado porque también fue consciente de la manera abrupta en la que Yoomee se marchó.

—No sé, iré a ver qué pasó —comentó Connor, levantándose, aunque muy en el fondo lo sabía, solo que sería demasiado terrible aceptarlo, y prefería pensar que ella solo había llegado para solicitar su ayuda con algo y no quiso molestar, por eso se había marchado—. Sigán con la serie. —Antes de marcharse le dio un significativo vistazo a Jennifer, quien en ese momento también lo miraba—. Ahora regreso. —Ese último anuncio fue más para la chica que para su padre.

Siguió la misma ruta que Yoomee, al llegar a la cocina, solo se encontró a Chenoa bastante atareada con sus labores, como tanto le gustaba, ella no era mujer de pasar más de cinco minutos sentada.

—¿Has visto a Yoomee? —preguntó, parándose detrás de la anciana y le puso las manos sobre los hombros.

—Por ahí salió toda acelerada, le pregunté a dónde iba, pero pareció no escucharme; imagino que fue a jugar con Sasha —dijo sin dejar de triturar las galletas para hacer una tarta.

—Voy por ella —avisó, le plantó un beso en la mejilla y se fue a la terraza, donde había dejado sus botas de trabajo, se las calzó e hizo a un lado las pantuflas.

Empezó a caminar mirando a todos lados, esperando encontrársela jugando con Sasha, pero no la hallaba, entonces, decidió ir más a lo seguro y le marcó a su teléfono, pero ella no le contestaba.

—Vamos, Yoomee, responde —carraspeó, impaciente.

Tras la tercera llamada sin responder y de haber hecho un largo trayecto por la cordillera, optó por un método más eficiente, por lo que entró al

programa de seguimiento móvil, donde no solo tenía el de su padre y hermanas, sino también el de Yoomee, no por tratar de inmiscuirse en su vida e intentar controlarle cada paso que daban, sino por seguridad.

En menos de un minuto supo que estaba en la caballeriza donde Lluvia, Theo y ahora Parca compartían espacio y se hacían compañía. Dirigió sus pasos hacia el lugar y, en cuanto entró, fue a la pesebrera de Lluvia, donde el llanto de la chica lo guio.

Al asomarse, la vio llorando y a su lado estaba echada Sasha, quien se dejaba acariciar quedamente. Connor no pudo evitar que el miedo y preocupación se apoderaran de su ser; sin embargo, debía hacerse notar.

—Pequeña —murmuró al tiempo que abría la portezuela de la pesebrera; de inmediato, Yoomee empezó a enjugarse las lágrimas y bajó la cabeza, intentando esconder tras el manto azabache de su pelo, su deplorable estado —, ¿qué pasa? —preguntó, acuclillándose frente a ella y estiró la mano para sujetarla por la barbilla, pero lo esquivó—. Yoomee, ¿puedes decirme qué sucede?

—Nada —contestó con la voz ronca por el llanto y el resentimiento del momento.

—Ambos sabemos que es mentira, algo te pasa... ¿Por qué no me lo cuentas?

—No tiene caso que lo haga... Vete, por favor —chilló, sintiéndose molesta y avergonzada, lo que menos quería era exponer sus sentimientos, sobre todo, teniendo la certeza de que jamás serían correspondidos.

—No quiero irme. —Se dejó caer sentado sobre el aserrín, tratando de no acercarse mucho a Lluvia, porque al mínimo movimiento podría pisarlo y, por experiencia, sabía que era extremadamente doloroso el pisotón de los cascos—. Me quedaré contigo hasta que te sientas mejor, no puedo dejarte sola; si quieres, solo me quedo en silencio.

—No creo que por ahora me sienta mejor, y no lo estaré en mucho tiempo... Será mejor que regreses a casa, ya no pierdas tu tiempo conmigo, tienes cosas más importantes que hacer —hablaba sin mirarlo a la cara, solo escondida tras su largo cabello.

—Aunque se lleve mucho tiempo, incluso años, me quedaré aquí contigo, podría entretenerme contando las partículas de aserrín. —Intentó hacerla reír, pero fue inútil, después de un par de minutos, Yoomee seguía en silencio, y él la acompañaba, pero era mejor afrontar la situación de una vez por toda, así que infló su pecho con valor y exhaló—. ¿Fue por lo que viste?, ¿estás molesta

por eso? Sé que Hannah... —No sabía cómo tratar la situación, era más difícil de lo que había imaginado.

Yoomee decidió que lo último que quería en ese momento era seguir sufriendo, mucho menos contaba con la valentía para gritarle en la cara que estaba enamorada de él, que llevaba mucho tiempo estándolo y que le acababa de romper el corazón, que deseaba con todas sus fuerzas odiarlo, pero el amor que sentía por él no se lo permitía; así que, prefirió inventarse una mentira.

—No me importa lo que pase entre Jennifer Rawson y tú... O, sí, sí me importa, porque tengo problemas e iba a contártelos; esperaba que me ayudaras, pero ahora todo el tiempo estás con ella.

—Jennifer es solo mi amiga...

Yoomee quería gritarle que no le mintiera, que se diera cuenta de una vez por todas que ya no era una niña y que comprendía muy bien las fases del enamoramiento, y Jennifer era todo para él, menos una amiga.

—No me importa lo que sean, aunque creo que Hannah no te lo perdonará.

—Deja que de Hannah me encargue yo, mejor cuéntame qué problemas tienes, ¿es en la prepa?

—No creo que pueda interesarte, desde hace dos semanas no me preguntas nada de mí. —Sorbió los mocos y se sentía estúpida porque no podía controlar el llanto.

—Pequeña, no digas eso..., si todos los días lo hago.

—Pero ya no como antes, lo he notado, Connor, ya no te sientas solo a ver cómo hago mis tareas, ahora haces algún comentario y te largas.

—Quizá tienes razón y te pido perdón por no haberlo notado, lo siento, Yoomee; sé que mereces más atención. —Le agarró un mechón de pelo y se lo apartó de la cara—. ¿Te están molestando en la prepa?

—No, no es eso.

—Entonces, ¿cuáles son tus problemas? Sabes que cuentas con mi apoyo, eres mi niña hermosa... —Le acarició con el pulgar la línea de la mandíbula.

—Nada que tú puedas solucionar, solo es mi culpa, solo mía. —Dos lagrimones bajaron por sus mejillas y se las limpió.

A pesar de que una recóndita parte de Connor sospechaba de sentimientos amorosos de Yoomee hacia él, la parte razonable no lo aceptaba, y prefirió creer que quizá se estaba dando mucho protagonismo en la vida de la chica, pensó en aquel jovencito de la feria, y si el problema era tan grave como ella decía, solo la idea de un embarazo surgió. Eso era mucho peor que

cualquier cosa, no por el hecho de que Yoomee pudiera tener un hijo siendo tan joven, sino porque para él, todavía era una niña a la que no podía imaginar teniendo sexo.

—Sabes que sea lo que sea yo te voy a apoyar... Lo que sea, Yoomee —hablaba ya con la idea de un embarazo clavada en su mente.

—He sacado malas calificaciones —murmuró su mentira o, mejor dicho, una verdad que para ella no era tan dura, porque sí, había tenido un par de bajas calificaciones últimamente, pero nada de lo cual no pudiera recuperarse para poder aprobar el año—. Y quería contártelo. —Sollozó ruidosamente—. Porque me avergüenza perder el año, sé todo el esfuerzo que papi Eliot y tú hacen por mí..., y...

Connor, sin pedirle permiso la abrazó, exhaló la tensión que se había apoderado de él, aunque ella sí seguía muy tensa.

—Tranquila, pequeña..., tranquila, está bien, está bien en algunos momentos sacar malas calificaciones, yo lo hacía todo el tiempo...

—Yo quería contártelo, había encontrado el valor para hacerlo, pero te confieso que me da rabia que estés todo el tiempo con Jennifer, porque siento que por ella te estoy perdiendo —hablaba desde lo más profundo de su corazón, con esa verdad que había tergiversado para poder afrontar ese momento.

—No será así, no lo será, te lo prometo. Yo estaré para ti siempre..., y ya no te preocupes por tus bajas calificaciones, eres humana, es normal...

—Voy a esforzarme por mejorar, te doy mi palabra.

—Y está bien si no lo haces, igual seguiré apoyándote siempre... Eres mi hermanita chiquita, mi niña pequeña, y siempre perdonaré todos tus errores.

Ahí estaba, toda temblorosa entre los brazos de Connor, tontamente enamorada y no correspondida; sabía que su única opción era sacárselo del corazón, dejar de amarlo y solo quererlo, quererlo como a un hermano, aunque en ese punto le parecía que eso iba a ser imposible.

Se apartó para no seguir torturándose, era mejor olvidar lo bien que se sentía estar entre sus brazos y contra su pecho. Desde ese instante tenía que empezar a poner distancia.

Era una cobarde por no haber enfrentado el momento, pero era que se moría de la vergüenza confesarle sus verdaderos sentimientos.

—Quiero volver a casa, tengo que terminar con mis tareas.

—Está bien, vamos. —Le ayudó a ponerse en pie.

Yoomee, antes de salir, le regaló algunas caricias a Lluvia y se despidió.

Luego, ambos fueron seguidos por Sasha.

Connor supo que había tardado más tiempo del pensado cuando volvió a la sala y encontró a Jennifer desconectando a su padre, se detuvo abruptamente a un par de metros de distancia y prefirió mirar al piso y concentrarse en su respiración, antes que ver cómo sacaban las agujas de la fístula incrustada en el antebrazo.

Yoomee pasó tras él para ir a su habitación y así sortear, por el momento, el sermón que estaba segura su abuela le daría; quiso evitar, por todos los medios, mirar a Jennifer Rawson, pero no pudo hacerlo, sus ojos se posaron en ella, que en ese momento tiraba con cuidado de una de las agujas y ponía un apósito de gasa para evitar una hemorragia, mientras su papá Eliot le hablaba; incluso, eso le provocaba celos.

Siguió con su camino escaleras arriba y se fue a su habitación, donde se encerró a ponerle curitas a su corazón para intentar repararlo un poco, y ahora sí hacerle caso a la razón. Se obligaría a comprender que una historia de amor entre ella y Connor era imposible, realmente imposible; aunque, la sola idea de renunciar le lastimaba su corazón ya herido.

—Ya puedes acercarte —dijo Eliot, haciendo presión sobre los apósitos de gasa estériles hemostáticas, mientras Jennifer se encargaba del dializador y hacía las últimas anotaciones en el formulario—. ¿Qué pasó con la niña? —preguntó en cuanto su hijo estuvo junto a él.

—Algo de lo que hablaremos después...

—¿Qué pasó? —preguntó, mortificado por el tono de voz que Connor usó.

—Nada de qué preocuparse, papá..., algunos problemas con los estudios, pero luego te explico. —Apenas le echó un vistazo en donde seguía presionando—. ¿Cómo te sientes?

—Todo bien, mi enfermera tiene manos de seda —comentó con esa sonrisa cansada que ofrecía después de las sesiones de hemodiálisis.

—Gracias. —Jennifer respondió y volvió con él, para confirmar que estuviese presionando bien los apósitos.

Connor se dio cuenta de que ella estaba inusualmente callada y con una sonrisa «políticamente correcta», que solo era para su padre.

—¿Terminaron de ver el capítulo? —preguntó, esperando que fuera Jennifer quien respondiera.

—Hace rato, la serie se pone cada vez mejor; todavía no sé por qué no la había visto antes. —Se lamentó.

—Porque muy poco te gusta ver televisión, siempre has preferido la lectura. —Le recordó.

—Ahora puedo hacer ambas cosas.

—Ahora tienes todo el tiempo para hacer lo que desees. —Connor, aunque hablaba con su padre, no podía evitar mirar de vez en cuando a Jennifer.

—En realidad, solo hago lo que se me permite; si en verdad pudiera hacer todo lo que deseo, te acompañaría a arrear.

Jennifer esperó los quince minutos que normalmente se llevaba en coagular la sangre y lo revisó; cuando estuvo segura de que Eliot no sufriría una hemorragia, le puso una venda compresiva para evitar cualquier sangrado.

Miró a Connor, sentado en el sofá donde casi una hora antes le había tomado la mano.

—Por hoy, hemos terminado —anunció, quitándose los guantes quirúrgicos—. ¿Está mareado?, ¿tiene calambres?, ¿vista borrosa...? —Hizo su habitual interrogatorio y, a cada pregunta, Eliot negaba con la cabeza.

—Me siento bien, no más débil de lo ya normal.

—Puedo quedarme diez minutos más, si lo desea —propuso, de pie, frente al hombre, pero en ese momento, el repiqueteo de su teléfono la interrumpió—. Perdona un minuto. —Agarró el móvil. Era su padre, que deseaba saber si ya había terminado, porque quería que fueran a cenar fuera de casa.

—Puedes ir tranquila —dijo Eliot, antes de que ella le informara sobre lo que acababa de hablar por teléfono, aunque había quedado completamente explícito.

—Está bien, pero si siente algún malestar o síntoma de los que ya conoce... —Hizo énfasis, porque sabía muy bien que él los identificaba, aunque se empeñara en ocultárselos a su hijo, para no preocuparlo—. Se lo hace saber a Connor, por favor.

—Lo haré, seguro que lo haré —comentó, tratando de convencerla, porque no quería retardarla más de la cuenta.

Jennifer miró a Connor, que se ponía de pie.

—Si siente calambres o se mareo, asegúrate de poner sus pies sobre un

par de almohadas... Eso será suficiente para aliviarlo. —Le recordó los pasos a seguir, igual que lo había hecho desde que se encargaba del tratamiento—. Si persisten, me llamas y vendré de inmediato.

—Lo sé, pero ya te he dicho que no voy a molestarte.

—Y te he dicho que no es molestia, solo me están ayudando a prepararme para cuando empiece mis prácticas —hablaba mientras se ponía su chaqueta.

—Está bien, vamos —dijo Connor.

Jennifer se despidió de Eliot y salió, sintiendo el calor del cuerpo de Connor muy cerca de ella; inevitablemente, eso alteraba sus nervios, pero se esforzaba por mantener el control.

—¿Tienes alguna excusa para retrasarte unos quince minutos? —preguntó Connor, una vez que se detuvieron junto al BMW de Jennifer.

—Esta vez no —dijo, esquivando la mirada azul, y ella misma abrió la puerta de su auto—. No puedo volver a mentir sobre mi auto o mi padre terminará devolviéndolo al concesionario. —Subió y se ajustó el cinturón de seguridad—. Ah, por cierto, Yoomee te mintió, sus problemas no son los estudios, eres tú. —Le hizo saber, poco le importaba si le recriminaba que estaba metiéndose en problemas familiares, pero él merecía la verdad—. Es evidente que está enamorada de ti. —De inmediato notó la incredulidad en el semblante de Connor.

—¿Qué cosas tan absurdas dices? —Sonrió, suspicaz y frunciendo ligeramente el ceño—. Yoomee, es mi hermana...

—Sabes perfectamente de lo que te hablo —interrumpió—, pero no quieres creer en lo que dice tu instinto... Y que se hayan criado como hermanos no es impedimento para que surja amor en alguna de las partes, te lo digo por experiencia...

—No tienes hermanos; además, eso sería muy complicado.

—No tengo hermanos, pero sí primos...; el primer chico del que me enamoré, podría decir que, del único, fue un primo... Parece que enamorarse de algún familiar es más común de lo que piensas.

—Por lo menos, tu primo parece que fue bastante sensato..., al no corresponder a tus sentimientos.

—Eso que acabas de decir es bastante cruel, supongo que nunca te has enamorado de alguien que no te corresponde.

—No me he enamorado, y eso es suficiente.

—Bueno, mi primo sí correspondía a mis sentimientos, ambos estábamos enamorados pero, en el fondo, sabíamos que nuestros padres no aceptarían

nuestra relación; sin embargo, vivimos nuestro amor por unas semanas, hasta que tu adorada y defendida hermana, nos vio besándonos y amenazó con decírselo todo a mi padre... La única manera de impedir que lo hiciera era dejarle claro que no temía a sus amenazas, por eso fue que nos encontraste esa tarde, tirándonos del pelo.

Connor, prácticamente, se quedó de piedra; por fin sabía la causa de las disputas entre Jennifer y Hannah, lo peor era que no sabía siquiera cómo reaccionar, tampoco sabía si creer ese cuento de Jennifer o si solo lo estaba persuadiendo de lo que pensaba sobre los sentimientos de Yoomee.

—Hannah no haría algo como eso, ¿por qué iba a querer meterse en tu vida y en la de tu primo?

—Eres bastante ingenuo, Connor Mackenzie; con razón no sabes nada del amor, nada de las bondades ni de las infamias que trae el sentimiento, por eso no has visto lo que está frente a tus narices. Me di cuenta de que Yoomee está enamorada de ti en cuanto la vi; así como también supe que Hannah estaba enamorada de Russell. Amar al mismo chico nos hizo enemigas casi a muerte.

—No conoces a Hannah, no puedes hablar así de ella.

—No, tú no conoces a Hannah. Tú solo conoces a tu hermana, esa parte de ella desvalida y encantadora, que necesita de un hermano mayor que la proteja... Yo no tengo que hacerte creer nada. —Encendió el motor—, tampoco pretendo ponerte en contra de ella, porque ya nada cambiará el pasado; a fin de cuentas, Hannah consiguió que Russell se apartara de mí y se hiciera su novio, para que a los dos meses terminaran...

—¿Por qué me cuentas todo esto?, ¿qué te hace pensar que no sé otra versión de lo que pasó entre Hannah y tú? —De inmediato, salió en defensa de su hermana, no podía creer en todo eso que Jennifer le contaba.

—Porque no lo sabías, eso lo sé...

—Bueno, si tu problema con ella era ese tal Russell... —Fue bastante despectivo al nombrar al primo de Jennifer—, ¿por qué no estás con él?

—Porque Russell dejó de existir, ahora es Emma, y estoy con ella en Cambridge; le he ayudado en todo su proceso, a pesar de que mi tío le ha dado la espalda, he estado con ella en cada una de sus operaciones, la he cuidado con todo ese amor que sentí por Russell.

No esperó a que Connor reaccionara, puso en marcha el auto y lo dejó ahí, en medio de una nube de polvo y, sabía muy bien que, totalmente confundido.

Connor se quedó perplejo, no sabía qué creer en ese momento, por un

lado Jennifer le hacía ver los sentimientos de Yoomee hacia él, esos de los que también, por un momento, sospechó, pero que aceptó de muy buena manera la mentira, porque admitir que tenía problemas con los estudios era menos complicado que abordar un tema amoroso con esa niña que era su hermana, su consentida, su pequeña; ni siquiera podía verla como a una mujer, ante sus ojos y sentimientos, Yoomee seguía siendo esa pequeñita con una espesa mota de pelo negro, justo como la vio por primera vez.

Por otra parte, Jennifer, también le estrellaba en la cara que su querida hermana, Hannah, no había sido una buena persona, y eso era demasiado difícil de comprender, porque no conocía esa faceta de ella y; en realidad, no deseaba conocerla. No, no podía creer en las cosas que Jennifer le decía, solo se estaba haciendo la víctima; no tenía ni puta idea de por qué hacía todo eso, pero no caería en su juego, esta vez no.

Resopló para liberar la frustración que lo consumía, odiaba sentirse que estaba entre aguas bastante turbulentas, porque a su hermana no la cambiaría por nada en el mundo; aunque Jennifer tuviera razón, Hannah seguiría siendo su querida hermanita. Pero también estaba esa lucha contra sus nacientes sentimientos hacia Jennifer, porque no tenía caso negarse que le gustaba demasiado estar con ella y, ahora, a sus complicaciones se le sumaba lo de Yoomee; no tenía ni puta idea de cómo la enfrentaría.

Caminó de regreso a su casa, pero antes de entrar, su teléfono interrumpió en el silencio de la noche, se lo sacó del bolsillo y, al ver que era Jones, no dudó en contestar.

—Jones, ¿cómo estás? Dime que me tienes buenas noticias.

—Hola, Mackenzie, no solo te tengo buenas noticias, también te he conseguido pruebas contundentes —hablaba el investigador que Connor, por su parte, había contratado para vigilar los mataderos en la frontera, y hacer su parte por ayudar a Laura—. ¿Conoces a Jake Malkovich?

—Sí, algo he escuchado de él, es un ganadero de Kentucky —dijo, quedándose parado frente a la fachada de su casa.

—Bueno, ha metido una solicitud a la BLM, para la adopción de mil doscientos *Mustangs*, misma cantidad que ha prometido a uno de los mataderos en Canadá. Una fuente confidencial en el frigorífico me lo ha confirmado y me dio una copia de la propuesta que ha hecho este ganadero al matadero.

—Necesito una copia de ese documento, tenemos que impedir que la BLM le otorgue la adopción. ¿Tiene su firma?

—Sí. Además de unas fotos de su hijo mayor, reunido con el director del matadero en Alberta.

—Eso está muy bien, Jones..., muy bien. Necesito toda la información que tengas, enseguida, no puedo perder tiempo, pásamela a mi correo.

—Estoy enviándotela en este momento. Igual sigo investigando muy de cerca a otros ganaderos que, en algún momento, han solicitado caballos a la BLM.

—Ten cuidado, no son hombres de fiar, y si se enteran de que le jodemos el negocio, no les agradecerá en absoluto.

—Soy bastante sigiloso, puedes estar tranquilo.

—Gracias por todo, buenas noches.

—Buenas noches.

Terminó la llamada y entró a la casa, se quedó un rato conversando con su padre y después subió a su habitación, con toda la intención de ducharse para después bajar a cenar, pero tenía prioridades, como revisar la información que Jones le había enviado, ver qué tan potenciales eran esas pruebas, para luego llamar a Laura y ponerla al tanto.

Sin duda, tenía a Jake Malkovich agarrado por las pelotas, e iba a arruinarle un gran negocio; solo esperaba que la Oficina de Administración de Tierras actuara de manera correcta y no le concediera los caballos.

Después de una videollamada con Laura, que duró más de una hora, llegaron a la conclusión de que él mismo se encargaría de hacer la denuncia ante la BLM, porque ella no deseaba poner en riesgo la organización; debían cuidarse las espaldas ante las posibles represalias, y como Connor no iba a permitir que se sacrificaran mil doscientos caballos para seguir agradando las arcas de ese degenerado, no dudó ni por un segundo ser él, quien saliera en defensa de los *Mustangs*.

Connor había notado que Yoomee estaba bastante distante, casi no le hablaba y no podía compartir por más de dos minutos un espacio con ella, porque terminaba abandonando el lugar. Incluso, Chenoa se había percatado de la situación, hasta le preguntó si habían tenido alguna discusión, y él no supo qué decirle.

Esa situación le mortificaba, porque no estaba acostumbrado a que Yoomee lo ignorara, no podía soportarlo; entonces, decidió que era momento de afrontar la situación, por muy dolorosa que fuera.

Ella apenas lo vio entrar a la cocina cerró sus libros, los recogió y se fue a su habitación, él no pudo evitar seguirla con la mirada mientras luchaba con la impotencia y dolor que eso le causaba.

No pudo soportar más de un minuto, inhaló profundamente, en busca de valor, y se fue tras ella; tocó a la puerta de su habitación, pero no recibió respuesta, a pesar de que estaba totalmente seguro de que se encontraba ahí.

Sin embargo, insistió, siguió tocando y; cuando estaba a punto de entrar sin haber sido invitado, ella abrió a medias la puerta.

—Necesito hablar contigo.

—Ahora no puedo, Connor. Tengo que terminar mi tarea... Necesito esforzarme o no mejoraré mis calificaciones.

—Yoomee, ya no sigas mintiendo —murmuró porque no quería que alguien más escuchara lo que tenía que decirle—, sabes tanto como yo, que no son tus calificaciones lo que te tienen tan distante de mí...

—No estoy siendo distante, solo necesito estudiar.

—Déjame pasar, tenemos que hablar.

—No hagas esto, Connor —murmuró, clavando la mirada al suelo.

—Tengo que hacerlo, Yoomee, por favor —suplicó.

Ella no dijo nada, solo dejó la puerta abierta y camino hacia su cama. Él supo de inmediato que podía entrar, así que lo hizo y cerró la puerta.

Yoomee se sentó en el colchón, abrazada a su peluche Eeyore, el burro de Winnie the Pooh, que Connor le había regalado cuando cumplió sus quince años.

Él se acuclilló frente a ella, intentó tocarla, pero fue totalmente esquiva y

tenía la mirada puesta en sus dedos jugueteando con la crin del burro.

—Yoomee, sé lo que te pasa, sé lo que sientes por mí... Siento mucho no poder corresponderte de la misma manera...

—No sigas, por favor... No sigas, Connor —gimoteó, muy avergonzada con la situación—. Sé que está mal, lo sé, pero no pude evitarlo... —Se cubrió la cara con ambas manos.

—No te avergüences, porque tus sentimientos son hermosos, solo que yo no puedo corresponderte de la manera en que tú lo deseas, te amo Yoomee, pero a mi manera; te amo con una ternura infinita, mataría por ti, te defendería hasta con mi propia vida, porque eres muy importante para mí... Eres mi niña. —Connor, con manos temblorosas, le acariciaba la cabeza, mientras ella afirmaba, pero con el rostro cubierto—. Por favor, no te molestes conmigo por no poder amarte de la manera en la que lo deseas... Aunque para ti sea poco mi sentimiento, yo te doy todo lo que soy, todo lo que puedo ser para ti, y me parte el alma verte llorar, sobre todo porque tengo la certeza de que yo soy el causante de esas lágrimas, y me odio por eso.

—No..., no estoy molesta contigo, lo estoy conmigo, porque no pude gobernar mis sentimientos, porque soy la única culpable de todo; y estoy furiosa con Jennifer, no me agrada en absoluto, porque ella no te valora, Connor, ella se irá en poco tiempo y tú vas a sufrir por eso, la odio porque te hará sufrir.

—Eso no pasará, Yoomee —dijo, casi ahogado con las lágrimas que hacían remolinos en su garganta.

—Sabes que se irá, ¿cierto? ¿Lo has asimilado? —Le preguntó, aventurándose a mirarlo a la cara y, entonces, fue él, quien bajó la cabeza y rehuyó de ella.

En ese momento era que Connor sentía el peso de la despedida como una tonelada de concreto cayéndole encima; en realidad, ni siquiera había pensado en eso.

—No he tenido que hacerlo porque eso no importa, Jennifer solo es mi amiga.

—Sabemos que no, entiendo que no puedas verme como a una mujer, pero no soy tonta, Connor... Sé perfectamente que Jennifer y tú se gustan, no solo es porque los vi tomados de la mano, es por la forma en que se miran... ¿Crees que si no le gustaras ni un poquito ella vendría a cuidar de papi Eliot? Entiende que eso lo hace por ti, por nadie más...

—Ella estudia medicina, solo lo hace por vocación.

—Solo quieres hacerte el ciego ante lo que es evidente.

—Aunque ella solo esté ayudando por mí, no pasará nada el día que tenga que marcharse... La enfermera, ya designada, seguirá con el tratamiento de papá y todo volverá a ser como siempre.

—No será así. —Negó con la cabeza—, lo sé.

—Ya no te preocupes por eso, que sabré llevar la situación.

—Es lo que más deseo... —Quiso decirle en ese momento que ella también se marcharía, ya había hablado con sus padres para irse a Canadá con ellos, en cuanto terminaran las clases, porque necesitaba desesperadamente alejarse de Connor; de otra manera, no conseguiría sacárselo del corazón.

—Yoomee, lo único que quiero es que no te distancies de mí, porque solo me haces sentir culpable.

—Solo necesito tiempo, no puedo mirarte a la cara sin sentir que me muero de la vergüenza y el dolor de no saberme correspondida, esto es demasiado difícil, sé que lo he arruinado todo... Si tú te sientes culpable, imagina cómo me siento yo... Lo arruiné, ya nada volverá a ser como antes.

—No digas eso, verás que sí, será como siempre ha sido; en mí, nada cambiará.

—Es difícil creerlo, no es que no te crea, solo que no puedo convencerme; necesito tiempo, si me alejo, no es por ti, sino por mí, lo necesito... No quiero que te sientas mal por las decisiones que yo tome.

—Está bien —cedió, no tenía otra opción, aunque le dolía su indiferencia, deseaba fervientemente que Yoomee pudiera superar rápido esa situación. Por el momento, él debía respetar eso, porque no quería hierirla más —, pero que no sea mucho tiempo. —Le tomó las manos y le dio un beso en la frente—. Por favor, vuelve a la cocina a hacer tus tareas, te prometo que no me asomaré para no incomodarte, Chenoa necesita de tu compañía; aunque no lo manifieste, sé que le gusta mucho ver cómo haces tus labores escolares.

—Por hoy no puedo, no quiero que se dé cuenta de que he llorado... A mi abuela no puedo decirle lo que me pasa, tienes que prometerme que nadie más se enterará.

—Lo prometo, jamás te expondría, prefiero morder mi lengua y tragármela antes de decir algo.

—Gracias. —Suspiró, melancólica.

—Debo irme, ¿estarás bien?

—Sí. —Afirmó con la cabeza, pero bien sabía que no, que no dependía de una conversación para que sus sentimientos cambiaran.

Se levantó y salió, sintiendo que su vida se estaba complicando mucho, hacer sufrir a Yoomee era imperdonable, deseaba encontrar la manera de poder evitarle todo eso, pero estaba seguro de que la situación se escapaba de sus manos; al igual que, era inevitable, que Jennifer se marchara, e iba a dejarlo con todas esas ganas que sentía por ella.

Cuando Jennifer llegó esa mañana a casa de los Mackenzie, fue escuetamente recibida por Connor, ella sabía que haberle confesado sobre lo sucedido con Russell y Hannah cambiaría las cosas; sin embargo, no consiguió prepararse para esa fría indiferencia.

Si no hubiese sido por el amable hombre que esperaba por sus servicios, lo habría enfrentado para hacerle ver que era estúpido que se resintiera con ella por actitudes del pasado y que, suponía, ambos habían superado.

Prefirió poner toda su atención en Eliot y dejar que el amargado de su hijo se largara a sus obligaciones diarias, aunque en poco tiempo se dio cuenta de que las cosas no iban como todos los días, porque Connor no se fue a las caballerizas, sino que se encerró en lo que, presumía, era un estudio.

En todo el tiempo que le llevó preparar la máquina e iniciar el tratamiento, Connor no salió del lugar donde se había encerrado; ella intentaba concentrarse al cien por ciento en sus deberes, pero solo tenía presente que el hombre que tanto deseaba estaba tras una puerta, a poco más de un metro de distancia.

Disfrutó de unos bocadillos y té, que Chenoa les llevó, mientras ella retomaba la lectura, que había mejorado considerablemente, ya que al principio tartamudeaba bastante, producto de los nervios que le provocaba leer en voz alta y en público.

—Está trabajando, supongo que haciendo algo en pro de los *Mustangs* —comentó Eliot, con toda la intención de saciar la curiosidad de Jennifer, que no paraba de mirar hacia la puerta del estudio, deteniéndose constantemente en su lectura. Se hizo la sorprendida, como era de esperar.

—¿Cómo nació su amor por los caballos? Mejor dicho, por los *Mustangs* en particular —escudriñó, aprovechando que Eliot había iniciado ese tema.

—El amor por los caballos, mucho antes de caminar; supongo que es mi culpa, porque me lo llevaba en canguro cuando iba a arrear, tendría unos

cuatro o cinco meses... Apenas podía mantener la cabeza erguida, pero igual se asomaba para mirar los caballos; sus ojitos brillaban de curiosidad y reía a carcajadas, desde ese entonces, supe que esos animales le fascinarían —hablaba, sumergido en sus añoranzas de los mejores años de su vida—. Y a los caballos salvajes, cuando cumplió los doce; me avisaron que algunos habían logrado romper el cercado y entraron a la propiedad a beberse el agua de las reses; como Connor no se apartaba de mi lado, fue conmigo a ver lo que había pasado... Era un grupo de siete caballos, se encontraban pastando, y él se sorprendió al ver lo desnutridos que estaban... Recuerdo perfectamente que dijo: «Papi, deben tener tanta hambre que encontraron la fuerza para romper el alambrado. Tenemos que alimentarlos». Le expliqué de todas las maneras que era un delito federal hacerlo, que no podíamos porque de eso se encargaba el gobierno. Pero él me respondió: «El gobierno no los alimenta, porque están muriendo de hambre, ¿no ves que el gobierno no hace su trabajo?». Ese día me obligó a buscar un saco de alimento... Pensé que después de darles de comer, regresarlos a terreno federal y reparar la cerca, él los había olvidado, pero no; me empezó a extrañar que todas las tardes Connor desapareciera por horas, hasta que decidí seguirlo; fue cuando descubrí que estaba robando alimento de los caballos y se lo llevaba al cercado, por donde sacaba puñados de avena y se los daba a un grupo de *Mustangs*. Me sorprendió ver que estos caballos comían de su mano.

—Imagino que lo enfrentó porque iba a arruinarlo, si pretendía alimentarlos todos los días —interrumpió Jennifer, admirando cómo Eliot se emocionaba al contarle.

—Sí, por supuesto que lo reté por lo que estaba haciendo, le dije que tenía prohibido alimentarlos... Él seguía sin entender, entonces, solo le dije que ni se le ocurriera seguir robándose el alimento de los animales del rancho. Él, todo orgulloso, me dijo que no volvería a tocar mi alimento y así fue. Gastó todos sus ahorros en comprar unos cinco sacos... Deseaba controlar esa situación, pero me era imposible, no podía encerrarlo en su habitación.

—Posiblemente, se habría escapado por la ventana —dijo, en voz baja y con una sonrisa bobalicona, porque comprobaba que Connor había tenido buen corazón desde muy joven.

—Muy probable... Recuerdo que, una vez, llegó llorando a casa y solo balbuceaba: «papi, se están muriendo, se están muriendo de hambre». Todos aquí sabemos la realidad de estos animales, pero ver a mi hijo así, me rompió el corazón... Sabía que no podía ayudar mucho, solo apoyarlo en eso, así que

le dije que ese día podía obsequiarle, por su cumpleaños, dos sacos de alimento, y me ofrecí a ir con él a alimentarlos; solo para descubrir que ya Connor no solo les daba a través del cercado, sino que había cavado en la tierra y se pasaba por debajo, a terrenos federales. Si se daban cuenta, estaríamos en graves problemas, pero lo cierto era que, en ese momento, muy poco me importaban los problemas legales, porque más me preocupaba el dolor de mi hijo. Él silbó y de inmediato un galope constante y una gran nube de polvo se acercó, una gran manada de caballos venía hacia él. Me impresionó ver cómo nos bordeaban y reconocían a Connor, los dos sacos de alimentos duraron lo que se tarda alguien en escupir... Los caballos, al ver que no había más, agradecieron con relinchidos y se marcharon; entonces, Connor me pidió que lo acompañara y me llevó hasta lo que parecía ser un cementerio de caballos, todos muertos por desnutrición... Ha sido la escena más triste que he visto en mi vida. No supe, en ese momento, cómo explicarle que ese era el curso de la naturaleza, que no había nada que hacer... Desde ese entonces, él ha buscado la manera de ayudarlos.

—Imagino que sigue alimentándolos.

—Hace lo que puede, aunque sabemos que es un delito y que podría pagar con prisión su buena voluntad, pero si no logré persuadirlo cuando tenía doce años, no creo que pueda hacerlo ahora... Confieso que me pone algo nervioso la obsesión de Connor por todo eso.

—Seguro que sabe lo que hace, no tiene que preocuparse por él.

—Imposible que no lo haga, porque no sé hasta qué punto puede llegar, por intentar salvar a los caballos.

—Si todo lo hace a través de las fundaciones, no creo que tenga problemas, ellas lo amparan... ¿Retomamos la lectura? —preguntó para cambiar de tema y evitar que Eliot se mortificara.

—Por supuesto. —Hizo un ademán, invitándola a continuar.

Jennifer buscó con su mirada el párrafo donde había quedado y volvió a leer desde el principio, sumergiéndose de nuevo en la historia; tras varios capítulos, tuvo que hacer otra pausa para hacer las anotaciones correspondientes en el formulario médico; entretanto, Connor seguía sin salir del estudio.

En ese momento, Chenoa atravesaba sigilosamente la sala, con un servicio de café, e iba camino al estudio, pero Eliot captó su atención.

—Ven aquí. —Le hizo señas para que se acercara y, mientras, miró a Jennifer—. Muchacha, ¿puedo pedirte un favor?

—Claro, Eliot, lo que desees —respondió, muy atenta, tuteándolo, como él tanto se lo pedía.

—Sé que no es tu deber, ni nada... Si no quieres, me lo dices enseguida.

—Puedes decirme. —Sonrió ante el suspenso que el hombre le ponía al momento.

—¿Le llevarías el café a Connor? Creo que es la única excusa para que entres ahí y averigües por mí lo que está haciendo.

—Está bien, puedo hacerlo, supongo que me llevará tiempo poder sacarle algo de información, no creo, simplemente, llegar y preguntarle qué hace —comentó al tiempo que ponía sobre la mesa la carpeta con la historia médica.

—Toma todo el tiempo que requieras.

—No se trata del tiempo que requiera, sino del que pueda, recuerda que tengo que monitorearte constantemente. —Miró en la pantalla del dializador y programó una alarma en su reloj de pulsera.

—Lo que sea que consigas averiguar será suficiente —dijo con un tono bastante cómplice.

—Está bien, iré antes de que se enfríe el café. —Recibió la bandeja y le regaló una afable sonrisa a Chenoa.

—Te lo agradezco. —Fue completamente sincero con Jennifer.

Ella hizo una sutil reverencia y caminó a la puerta, antes de tocarla, le dedicó otra mirada a Eliot, quien le hizo un ademán para que avanzara con el plan. Entonces, Jennifer inhaló y tocó la puerta.

—Puedes pasar, Chenoa. —Se escuchó la voz de Connor al otro lado.

Jennifer exhaló y giró el pomo. A pesar de la cara de sorprendido de Connor, entró y cerró la puerta.

—Chenoa está ocupada —dijo, avanzando, mirando disimuladamente en derredor, era un estudio con muebles de roble y muchos libros.

—No tenías que hacerlo, no solicité nada. —Se levantó del asiento, sin todavía asimilar que Jennifer estaba ahí, trayéndole un café, ni en sus más locos sueños imaginó algo como eso.

—Si ella lo mandó es porque sabe que lo necesitas. —Llegó hasta el escritorio y colocó la pequeña bandeja sobre el escritorio, sin poder evitar echarle un vistazo al reguero de hojas con frases escritas por él, pero que no quiso mirar mucho, para no parecer impertinente—. ¿No irás a las caballerizas hoy? —preguntó, tratando de hacer un tema de conversación y poder cumplir con la petición de Eliot.

—Gracias, pero no estás aquí para servirme, solo para ayudar a mi padre.

—No digas tonterías, Mackenzie... No le sirvo a nadie, hago lo que me da la gana y punto... —Fue bastante directa, se impulsó con sus manos al borde del escritorio y se sentó, tenía ganas de seducirlo, pero como estaba tan distante, no sabía si sería prudente; por lo visto, le había afectado más de la cuenta que le hablara de la hermana—. ¿Qué haces? —Volvió a mirar al escritorio, ya que no le había contestado la pregunta anterior.

—Trabajo. —Agarró a conciencia la taza, manteniéndose unos cuantos pasos de distancia de ella. Se la llevó a los labios y siguió mirándola por encima del borde.

—¿Te pasarás todo el día encerrado? —siguió con su interrogatorio.

—Eso creo, tengo que terminar lo que estoy haciendo. —Devolvió la taza al escritorio, acercándose tanto a ella, que pudo sentir su perfume, pero volvió a alejarse.

—¿De qué se trata?

—Algo importante.

—Sí, ya lo imagino, solo quiero saber qué es, quizá pueda ayudarte.

—No lo creo, no sabes lo que hago.

—Si me lo explicas, puedo entenderlo y darte una mano. —Sin pedir permiso, agarró algunas de las hojas que estaban sobre el escritorio.

—Dame eso —pidió Connor, tendiendo la mano.

—Se puede prohibir la crueldad, pero no la cultura que la genera. Se han asesinado más caballos salvajes en la zona de Rock Springs, que en cualquier otra parte de Estados Unidos... —Jennifer leyó en voz alta—. Es imposible saber si las muertes son actos deliberados de los ganaderos, hartos de la presión que ejercen en sus áreas de pastura, o sean resultado de las actividades de jóvenes irresponsables con demasiado tiempo libre... —Miró a Connor—. ¿Esto es un discurso? —preguntó, pasando de esa hoja a otra.

—No, es una carta.

—En la primavera, dos hombres de Wyoming y dos de Utah, capturaron un semental y lo castraron con un cuchillo. El animal se desangró hasta morir, y su cuerpo fue arrastrado y abandonado en un sitio remoto, para que se pudriera. Los cuatro individuos fueron atrapados y condenados a seis meses de prisión por delitos menores, con libertad condicional, y pagaron multas por un poco más de mil dólares... —Ella continuó leyendo, le pareció bastante cruel, no tenía idea de que hicieran eso con los caballos y que las leyes,

prácticamente, no hicieran nada—. Pues, parece más un discurso... Disculpa si soy demasiado sincera, pero si me dices sobre qué quieres hacer esta carta, podría ayudarte.

—Jennifer, no es necesario, puedo arreglármelas solo.

—Dices que soy terca, pero tú eres insoportable... En serio, lo eres.

—Puede que lo sea...

—¿Quieres que me vaya? Porque si eso quieres, lo haré, pero no volveré a dirigirte la palabra nunca más.

—Jennifer, tengo suficiente con todo esto, como para que tú vengas a sumarme más dolores de cabeza con tus actitudes infantiles.

Ella bajó del escritorio, dejando las hojas y sintiéndose bastante indignada.

—Aquí, el único infantil, eres tú y esta estúpida distancia que has puesto entre los dos, solo porque te confesé lo que pasó hace siete años con tu hermana; eres tan inmaduro que no puedes superarlo, prefieres seguir odiándome a comprender que no soy la única maldita en toda esta historia. Entiendo que quieras y defiendas tu sangre, pero no puedes ser tan detestablemente ciego y solo culparme a mí, cuando se trataba de una lucha de dos —habló con la garganta llena de lágrimas por la rabia, solo eso la hacía vulnerable, cuando sentía tanta ira, era mejor llorar y drenar toda la furia, pero no quería hacerlo delante de Connor, no lo haría.

Caminó para largarse del lugar; sin embargo, no pudo dar más de tres pasos, porque Connor la detuvo por el brazo.

—Jennifer...

—Será mejor que me sueltes, no quiero hacer un espectáculo que pueda poner nervioso a tu padre.

—Lo siento...

—¿Qué demonios sientes? ¡No sientes nada! ¡Nada! —rugió con los dientes apretados y tironeando del agarre.

—Solo estoy perturbado, por todo..., por lo de Hannah, por Yoomee, por esa maldita carta que tengo que hacer y ni siquiera sé cómo empezarla. Estoy contra la pared, me siento frustrado en este momento, pero mi intención no es pagar contigo mis problemas...; por el contrario, verte entrar por esa puerta me hizo encontrar un poco de alivio, no quiero que riñamos, hoy no... Me gusta hacerlo, sí, me encanta llevarte la contraria, hacerte enfurecer, pero hoy mis energías están agotadas.

—Mi intención no era reñir, vine a ofrecerte mi ayuda, pero sigues

creyendo que solo soy una inútil; te dejas llevar por ese pensamiento machista y ortodoxo que tanto te caracteriza.

Connor, sin soltarla, usó su mano libre para agarrar las hojas y se las ofreció.

—¿Puedes ayudarme, por favor? —Casi suplicó—. Sé que lo harás mejor que yo, sobre todo, la ortografía; soy pésimo con eso, ya sabes que soy bastante bruto, aunque no me apena admitirlo.

Ahí estaba Connor Mackenzie, mirándola muy de cerca con sus ojazos azules escudriñando en los de ella, casi invadiéndole sin permiso el alma. Pedía ayuda y disculpas al mismo tiempo, pero sin doblegar su orgullo; solo él sabía hacer esa maldita cosa.

No la sorprendió con ese beso, porque sabía que tarde o temprano llegaría; sin embargo, encontró la fuerza para mantener su voluntad y no ceder a la primera, dejó sus labios inmóviles, mientras los de él caían cautos y suaves, una y otra vez.

Él no cerró los ojos, ella tampoco lo hizo, por lo que se miraban a las pupilas cada vez que Connor posaba besos con lentitud y delicadeza en su boca.

—Esto se siente tan bien... —murmuró él, antes de dejar caer otro beso—, me gusta tanto besarte, pero tanto, tanto..., que estoy seguro no te haces ni la mínima idea.

Jennifer, con el pecho agitado por la emoción, y el orgullo tan hinchado, que estaba a un respiro de explotar; se alejó, tratando de ocultar esa fascinación que la embargaba.

—Me urge corregir tus errores, pero antes tengo que saber qué es lo que pretendes conseguir con esa carta.

Connor le explicó, con gran apasionamiento, cuál era el objetivo, a qué organismo iba dirigido y por qué quería hacerlo. Le entregó todos los intentos de misiva que había escrito, dejándole claro que, ahí, entre todas, estaba la idea de lo que deseaba expresar, pero que no conseguía cómo unir todo eso y plasmarlo en algo verdaderamente tan contundente, que no pudiera ser rechazado.

Con un panorama mucho más claro, Jennifer recibió de nuevo las hojas y empezó a leer, esta vez, solo para ella, encontrando en esos fragmentos garabateados al niño amante de los caballos salvajes, que Eliot Mackenzie le había descrito hacía un rato.

—Históricamente, la prioridad ha sido el ganado, nada más el vacuno y el ovino consumen veinte veces más forraje en las tierras de BLM que los caballos y burros salvajes; sin embargo, en muchas partes del Oeste, los rancheros han perdido su dominio, y ahora son las compañías petroleras quienes llevan la batuta. Debido a la creciente presión para que el país se vuelva más independiente en el ámbito energético, la BLM ha cedido miles de kilómetros para la extracción de gas y petróleo... —leía Jennifer en un constante murmullo—, kilómetros que estaban reservados para los caballos salvajes. —Hizo a un lado esa hoja y pasó a otra, eso no era una carta, ya con todo lo que había leído podía sacar una biblia, pero de momento se reservaría su opinión, para no herir la susceptibilidad de Connor—. Estoy completamente de acuerdo con que los caballos salvajes pueden exceder la capacidad de carga en ciertos lugares y causar problemas al ganado, a la vida silvestre y a sí mismos, pero la clave para entender por qué los caballos salvajes son el chivo expiatorio de la mala administración del territorio y las pésimas políticas de gobierno es que, a diferencia de los animales de caza y el ganado, no tienen valor económico.

Jennifer levantó la mirada y la posó en Connor.

—¿Qué sucede? —preguntó, algo nervioso, a la espera de su opinión.

—En serio... ¿No soy un protector de animales, fanático? —preguntó, tratando de no ser irónica con la frase que acababa de leer y despertar su molestia—. Pues, aquí leo puro fanatismo. Disculpa si soy sincera, pero traes

al caso hechos históricos que nada tienen que ver con lo que pretendes solicitar... Pero seguiré leyendo, porque de aquí sacaremos algo bueno.

—¿Algo bueno? Es decir, que todo lo que he escrito es mierda. —Su frustración crecía, porque se daba cuenta de que no servía de nada todo lo que se había esforzado; él, que pensaba que iba por buen camino. Una cosa era que no sabía cómo hacer la carta, otra que no estuviera satisfecho con sus argumentos.

—No he dicho eso, solo digo que tienes que ser más incisivo, porque estoy segura de que los de BLM ya saben todo esto que expresas aquí..., pero déjame terminar. —Volvió a poner la mirada en la hoja en sus manos—. No estoy de acuerdo con las capturas realizadas por la BLM, son inhumanas; además, existen tres razones por las cuales esta no es una buena solución para controlar la cantidad de caballos. En primer lugar, es genéticamente irresponsable sacar a los animales jóvenes, cuyos genes nunca llegarán a expresarse. En segundo, cada vez que se capturan caballos, la eficiencia reproductiva de los que se quedan aumenta. Y en tercero, las consecuencias en el comportamiento de los animales son profundas, como domador, puedo certificar esto último... —Jennifer empezó a negar constantemente con la cabeza—. Esto es puro sentimentalismo, Connor, no estás siendo objetivo, son párrafos y párrafos interminables de la situación de los caballos, y todavía no llegamos a la parte de ese ganadero que quiere comprarlos para llevarlos al matadero; muy probablemente, antes de que se consigan el nombre de ese tipo, ya habrán desechado esta carta.

Connor dejó caer los hombros, sintiéndose totalmente derrotado y contra las cuerdas.

—No puedo empezar de cero, eso es lo que tengo..., son mis argumentos. —Señaló las hojas en las manos de Jennifer.

—Y son perfectos.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Que no cumplen con el objetivo, si lo que quieres es que no le vendan los caballos a ese hombre, tienes que hacer sentir a los federales presionados... —Jennifer suspiró, dejó las hojas sobre el escritorio—. ¿Puedo? —preguntó, señalando la silla.

—Adelante. —La invitó con un ademán.

Jennifer se sentó, se enmarañó el pelo en un moño con sus propias hebras y exhaló.

—Esto es lo que haremos... —Movié uno de sus dedos sobre la

almohadilla táctil de la portátil, que de inmediato salió del estado reposo y abrió la pantalla, mostrándole el documento con más párrafos.

—Es lo mismo, un tanto mejorado, o eso creo —comentó Connor, mientras Jennifer leía en silencio lo que estaba en la pantalla. Aunque, por la manera en la que suspiró, le hizo entender que eso también le parecía pura mierda.

—Bien, empezaré desde cero —hablaba mientras abría un documento en blanco—. Lo primordial es mostrarle una amenaza implícita, no solo a los federales, sino también a los del senado, para que se caguen de miedo y no piensen ni por un segundo en sacrificar sus beneficiosos puestos, solo por venderle esos caballos al tal Jake Malkovich... Ir directo al grano, hacer la acusación amparada por las pruebas que tienes... Sí, hacer énfasis en las pruebas y exagerar mucho, probablemente, inventar algunas más que, por supuesto, dirás que no vas a mostrar por seguridad... También vamos a agregar lo que has escrito sobre el terreno de los caballos que ha sido considerablemente reducido por darle prioridad a la explotación petrolera... Después de las amenazas, para bajar la tensión en quienes la lean, pasaremos a los sentimentalismos, enfocándonos en la crueldad de los ganaderos; aseguraremos que también tienes pruebas sobre eso. En el último párrafo, recordaremos cuáles son las intenciones del tal Malkovich y exigiremos que se abra una investigación en su contra... ¿Te parece bien? —preguntó, elevando la cabeza para mirarlo a la cara.

A Connor le llevó casi un minuto asimilar lo que esa mujer acababa de decirle, odiaba admitirlo, pero le había resumido en muy poco tiempo, exactamente, lo que él quería. Sabía que realizar amenazas era un tanto peligroso, pero estaba seguro de que tenía que valerse de eso si deseaba que lo tomaran en cuenta.

Tragó en seco al tiempo que se cruzaba de brazos y Jennifer esperaba atentamente a que diera su respuesta.

—¿Entonces? —Volvió a preguntar ella.

—Inténtalo de la forma que dices —instó.

—Bueno, apártate de aquí, siéntate por allá. —Señaló un sofá de dos plazas que estaba contra una de las paredes laterales—. Ve a tomarte tu café.

Connor, obedientemente, agarró la taza de café y se fue a donde ella lo había mandado, se sentó con la mirada puesta en esa mujer que al ver que se sentaba, empezó a teclear.

—Tienes que tener claro que primero haré un borrador y después podrás

hacer las correcciones que quieras, pero, principalmente, si no estás de acuerdo con el resultado, me lo dices; no quiero que te sientas obligado a enviar una carta que no te agrada, solo por no hacerme sentir mal.

—Si no me convence, te lo haré saber, tranquila. Esto es muy importante.

—Bien, entonces, empezaré —dijo y se sumió en sus ideas y en el teclado.

Connor la admiró plenamente, mientras estaba concentrada, un rayo de luz, que se colaba por la ventana, la bañaba por completo y las partículas de polvo danzaban en el aire sobre ella. Era una visión casi celestial, ver a Jennifer así, era una experiencia maravillosa. Sí, podría pasarse todo lo que le restaba de vida con la mirada puesta en ese irreplicable paisaje.

—Listo —dijo ella, sacándolo del idílico momento que estaba viviendo.

—¿Me estás jodiendo? —preguntó, asombrado, no había pasado ni media hora, o eso creía.

—Sí, por lo menos, tengo listo lo que creo es la prueba, quiero que lo leas.

Connor se levantó con la curiosidad burbujeante, en serio, necesitaba ver lo que había hecho esa chica en tan poco tiempo, porque él había invertido toda la mañana en eso, sin conseguir nada.

Bordeó el escritorio para detenerse junto a Jennifer.

—¿Eso es todo? —preguntó, casi indignado al ver que solo había una página.

—¿Ya lo leíste?

—No, pero solo es una página.

—Es que no necesitas más, esto es una carta, no un manual de procedimientos... Si quieres que te lean, debes ser conciso y claro, solo eso... Así que anda, léela.

Connor suspiró casi resignado, apoyó las manos en el borde del escritorio y se acercó más a la pantalla.

Terminó de leer, extasiado, esa carta rompía con todos sus preceptos, en el mejor sentido de la palabra; era intimidante, apabullante, extraordinaria. Sin duda, él jamás habría conseguido expresar algo como eso, no tenía las agallas suficientes para ir así, tan de frente contra los federales; se caracterizaba por ser más políticamente correcto, pero Jennifer se les estaba yendo a la yugular, quizá porque estaba viendo toda la situación desde otra perspectiva; eso, de cierta manera, era peligroso, pero era perfecto.

—Está... aceptable —dijo, alejándose de la pantalla, intentando

esconder su asombro, no quería dejarle ver que lo había impresionado.

—Entiendo, te dije que tenemos que mejorarla. ¿Qué me sugieres que agregue o modifique?

¿Acaso podía escribir algo mejor que eso? Verdaderamente, no lo creía, no tenía absolutamente nada que objetar.

—La dejaremos así, creo que está bien, ya necesito un descanso. —Se masajeó la nuca y movió el cuello de un lado a otro, tratando de no demostrar que estaba fascinado con lo que ella había hecho.

—Voy a revisarla una vez más, para verificar la ortografía, no quiero que se pase algún error porque, más que apasionado, debes ser bien profesional.

—Gracias, qué manera tan sutil de dejarme ver que soy un bruto — carraspeó, irónico.

—No eres bruto, diría que eres «desaplicado» y que estudiar te importa una mierda, pero eres inteligente y conoces bien tu trabajo; te confieso que tengo compañeros de estudios que están a punto de graduarse de doctores en una de las mejores universidades del mundo e igual tienen una ortografía que deja bastante que desear. —Leyó la carta con detenimiento un par de veces más, corrigió algunos errores y modificó palabras que se repetían—. Listo, ¿vas a enviarla ahora?

—No, voy a guardarla..., permitirme. —Atravesó una mano y con algunos movimientos de sus dedos sobre el teclado archivó la carta para enviarla en un rato—. Agradezco mucho lo que has hecho.

—No fue nada. —Rodó la silla y se levantó—. Ahora tengo que volver a la sala.

No había dado ni un par de pasos cuando Connor volvió a retenerla por un brazo, de un tirón, la pegó a su cuerpo y con la misma rapidez la alzó por la cintura y la sentó sobre el escritorio.

Ambos se atacaron con un beso realmente demandante, casi devorándose el uno al otro, sus respiraciones agitadas eran esa gasolina que encendía más la pasión.

—Me excitas tanto, Jennifer... —murmuró y luego tiró con sus dientes del labio de ella—. Sé que a veces me comporto como un imbécil, y tienes razón, aún soy bastante inmaduro...

—Cállate, no digas tantas estupideces y bésame..., solo bésame. —Casi exigió ella, muy apurada, desabrochando en medio de tirones el cinturón de él.

Connor la sujetó por el moño enmarañado que se había hecho y, con la otra mano, por la mandíbula, para seguir besándola con dominio; también la

acariciaba con la nariz, olfateando prácticamente cada poro de ese rostro sonrojado, y respiraba el aliento caliente que se escapaba por su boca entreabierta.

Gruñó y frunció el ceño de puro placer cuando sintió la mano de Jennifer invadir entre sus pantalones, sus expresiones de gozo se hicieron más evidentes cuando atrapó su erección y, con lentitud, empezó a masturbarlo; sin embargo, toda esa nube de placer se disipó cuando el pitido constante del reloj de ella interrumpió en el lugar.

Jennifer lo soltó y sacó la mano con rapidez, al tiempo que se alejaba con dificultad de la boca de Connor.

—Tu padre..., tengo que irme —susurró, agitada—. Lo siento, ahora no puedo, debo monitorear a Eliot.

Connor, renuente y con el pecho agitado, se apartó mientras se acomodaba los vaqueros.

—Está bien, ve. —Hizo a un lado la excitación porque más importante que su placer, era su padre.

Jennifer bajó del escritorio, se acomodó el pelo y se pasó una mano por la boca, para hacer desaparecer las evidencias de los apasionados besos. Casi corrió a la puerta y, antes de abrirla, volvió a mirar a Connor por encima de su hombro.

—¿Me llevarías mañana a ver a los *Mustangs*? Esos a los que ilegalmente alimentas... Claro, si puedes.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó sin poder ocultar el asombro en sus facciones—. ¿Quién te lo dijo?

—Lo sé, es lo que importa, solo dime si me llevarías.

—Fue mi padre, ¿cierto? Creo que estás logrando sacarle más cosas de las que debería contarte.

—Yo no le saco nada, solo se siente en confianza conmigo.

—Entonces, sí fue él.

—¿Me llevarás sí o no? —Fue contundente y evadió el reproche de Connor.

—Sí, por la mañana... Llega temprano.

Ella no dijo más, solo salió y se fue directo a la cocina, por agua fresca, y aprovechó para lavarse las manos; luego se fue a atender a Eliot, a quien le contó un poco de lo que estaba haciendo Connor; su intención no era exponerlo, no quería ir por ahí, hablando de los secretos de las demás personas, solo dijo lo suficiente para que el hombre se tranquilizara.

Connor tuvo que tomar rápido la decisión, quiso llevarla por el simple hecho de que no podía alejarse de ella y para que entendiera un poco más la situación de los caballos salvajes, y sus razones para defenderlos tanto.

Tras haber recuperado la calma que le había robado la excitación, regresó al escritorio, tomó asiento y buscó la carta, volvió a leerla sin la presencia de Jennifer distrayéndolo y, confirmaba, una vez más, que la misiva era perfecta; no podía evitar que el pecho se le hinchara ante el orgullo y la expectativa, también ponía en esas pocas palabras la esperanza de salvar la vida de los mil doscientos *Mustangs*.

Sin pensarlo más, adjuntó la carta a los entes correspondientes y solicitó una pronta respuesta, esperando no verse en la obligación de tener que hacer públicas las verdaderas intenciones del señor Jake Malkovich.

Eliot estaba sentado en el porche de su casa, escuchando el canto de los pájaros, disfrutando la brisa fresca, un té, que todavía se mantenía caliente, y una buena lectura; sin embargo, un galope cercano lo hizo levantar la mirada del libro de Arthur Machen, solo para encontrarse con la mágica visión de Jennifer Rawson cabalgando por la entrada del rancho; de inmediato, pensó que la jovencita estaba bastante confundida, ese día no le tocaba tratamiento.

—Buenos días, señor Mackenzie —dijo, sonriente—. ¿Cómo amanece?

—Eliot, recuerda.

—Eliot —repitió, al tiempo que desmontaba—. ¿Cómo estás? —preguntó, avanzando hacia el porche y se quitaba los guantes.

—Bien, bastante bien..., disfrutando de un buen libro y un delicioso té caliente. ¿Ese es tu caballo?

—Sí, Castiel —respondió con una sonrisa de orgullo.

—Sí que es un hermoso ejemplar, razón tenía mi hijo cuando dijo que era extraordinario.

—Sin duda, es un gran chico... ¿Qué lee? —curioseó, porque notó que no era el mismo libro del día anterior.

—Releyendo, este cuento lo leí hace mucho, pero es tan fascinante que se tiene que repetir... «La gente blanca», escrito por Arthur Machen. ¿Lo has leído?

—No, ¿de qué trata? —Se interesó y acató el ademán con que Eliot la invitaba a sentarse.

—Es una historia que, a primera vista, da la impresión de ser un cuento de hadas, pero cuando avanzas, te das cuenta de que es más que eso, es una historia extraña, tétrica, oscura, cargada de simbolismos... Para mí es, probablemente, el mejor relato sobrenatural del siglo, tal vez de la literatura —comentó, fascinado.

—¡Vaya! Tengo que leerlo —aseguró Jennifer.

—En cuanto lo termine, te lo presto.

—Gracias..., eres muy amable.

—¿Y qué te trae por aquí? No me digas que hoy también apuñalarás mis venas —dijo, jocosamente.

—No, hoy tienes que descansar, he venido porque Connor me llevará a

ver los *Mustangs*, ya sabes..., esos que se consumen el alimento extra.

—Deben tener cuidado, entrarán a tierras federales. Dile a Connor que no quiero que se alejen mucho.

—Se lo diré.

—Te pediré un té.

—No, gracias. Desayuné hace poco, te lo acepto para cuando regrese.

En ese momento, Connor llegó al porche, y el corazón de Jennifer se disparó, aunque ella se esforzó por disimular.

—¿Lista? —preguntó sin ser más caballeroso, le avergonzaba tratarla de forma especial frente a su padre.

—Buen día, sí, vine en Castiel, no confío en Theo...

—Seguramente es que ya te ha lanzado algunos mordiscos —comentó Eliot, y ella asintió—. Es demasiado celoso, le he dicho a Connor que tiene que reprenderlo por esa actitud —habló y en ese momento se dio cuenta de que Jennifer había hablado de más. Suponía que ella no conocía a Theo, porque desde que le ayudaba con su tratamiento, no había ido a las caballerizas, y en el tiempo que Connor estuvo yendo a su casa, siempre fue en auto. Era imposible que este par intentara engañarlo por más tiempo, bien sabía que se traían un enamoramiento bastante serio, y eso lo emocionaba—. Será mejor que se vayan ahora... Connor, cuida muy bien de Jennifer, solo a ti se te ocurre involucrarla en tus locuras. Cuando venga Prescott con escopeta en mano, juro que no voy a interponerme.

—Papá, deja de decir tonterías. —Sonrió y se acuclilló frente a él, agarró la manta que estaba sobre el reposabrazos de la mecedora, la desdobló y la puso sobre el regazo de su padre, cubriéndole las piernas—. Regreso en un rato, no quiero que te quedes mucho tiempo aquí afuera, así que obedece a Natalie, cuando te diga que es hora de entrar.

Jennifer todavía se maravillaba con lo encantador que era Connor con su padre, sin duda alguna, lo amaba muchísimo.

—Lo haré, ya vete tranquilo.

Connor le dio un beso en la sien.

—Hasta luego, Eliot. —Se despidió Jennifer, también con la mano.

—Ve con cuidado, hija.

Caminaron hasta Castiel, ella se subió, y Connor lo hizo detrás.

—Iremos primero a las caballerizas, necesito un caballo para mí —dijo Connor, apretándole con pertenencia las caderas. No necesitaba ni siquiera sujetarse, pero sentía una excesiva necesidad de tocarla.

Jennifer tragó en seco y se obligó a ignorar el lento cosquilleo que se apoderaba de su cuerpo cada vez que Connor la tocaba o le acariciaba con su aliento el cuello, justo como estaba pasando en ese momento.

Durante el trayecto, Connor le mostraba y explicaba cosas de su rancho, ella intentaba ponerle atención, pero la excitación la turbaba, sobre todo, porque llevaban más de una semana sin sexo, ya que siempre que encontraban la oportunidad, algo o alguien les frustraba el intento.

Así que todo eso, más que un paseo por el Rancho Mackenzie, era una tortura para ella, y agradeció al cielo cuando por fin llegaron a las caballerizas, donde sin duda alguna, podría quitarse las ganas que le tenía al vaquero; sin embargo, antes de darle rienda suelta a su despliegue de seducción, apareció un hombre que aparentaba ser un poco menor que Connor.

—Hola, Chace —saludó Connor con un apretón de manos—. Te presento a Jennifer Rawson. —Hizo un ademán hacia ella.

—Mucho gusto. —Sonrió, afable, al tiempo que recibía la mano del hombre de ojos azules, con dientes algo torcidos y la piel curtida por el sol.

—Un placer, señorita Rawson.

—¿Parca está listo? —preguntó Connor, que previamente le había pedido a su amigo que se lo ensillara.

—Sí, está en el corral, al otro lado —contestó y veía cómo Connor agarraba dos pacas de diez kilos de alimento, él ya sabía hacia dónde se dirigía—. ¿Cuántas vas a llevar?

—Solo cuatro —anunció, porque se iría en los caballos y no en el Jeep, donde podía cargar con pacas de hasta cincuenta kilos, como comúnmente hacía cuando realizaba esa labor.

Sin decir nada, Chace agarró las otras dos y le ayudó a cargárselas a Castiel y Parca.

Jennifer no pudo evitar sentirse muy bien al ver el caballo que, con la ayuda de su padre, le había regalado a Connor; sin duda, lo estaba cuidando muy bien, dejándole claro que era un regalo bastante apreciado.

Volvieron a montar en los caballos y se despidieron de Chace, cabalgaron al límite de la propiedad; esa zona no estaba electrificada, como las de muchos otros rancheros, porque Connor no lo había permitido.

Cuando llegaron, Jennifer esperaba encontrarse con ese hueco en la tierra por debajo de la cerca, como le había dicho Eliot, pero ya contaba con un portón de alambrado eléctrico, el que mandó a abrir con el control remoto.

—No sé por qué, por un momento, pensé que me sentiría como: «El niño

con el Pijama de rayas», al tener que meterme por un hueco en la tierra.

—Supongo que eso también te lo dijo mi padre —acusó Connor, avanzando, y le echó un vistazo por encima del hombro.

—Solo algunas cosas, supongo que se siente muy orgulloso de ti y que también te ama demasiado; entiéndelo, es muy difícil no hablar de la persona que se ama, casi todas sus conversaciones giran en torno a ti... —comentó, siguiéndolo muy de cerca, y Connor negó con la cabeza—. Por cierto, ¿ya enviaste la carta?

—Sí, estoy a la espera de una respuesta —contestó mientras entraban en terrenos prohibidos.

Él no se preocupaba por estar ahí, sabía que era seguro y muy poco monitoreado por el Estado, pero si llegaba a encontrarse con alguna autoridad, simplemente, podría mentir y decir que los caballos rompieron el alambrado y algunas de sus reses escaparon, que solo estaba en busca de ellas. Esa era una mentira que llevaba practicando desde hacía quince años y que, hasta el momento, no había tenido la oportunidad de usarla.

—Estoy segura de que te la darán pronto y tendrás el resultado que deseas —alentó ella.

—Eso espero. —Siguieron adentrándose a las montañas, a un paisaje cada vez más verde y espeso, por los árboles, los que les hacían buena sombra; la brisa se arremolinaba suave por el lugar, provocando que un silbido casi musical los acompañara—. Ten precaución —pidió Connor, mirándola ligeramente por encima del hombro, ya que Jennifer iba casi un metro por detrás.

—¿Por qué? No me digas que podremos encontrarnos con un oso. Mi madre siempre me pide no alejarme y tener cuidado, porque, en esta época del año, los osos rondan por aquí... Veo que ni siquiera has traído una escopeta, eso fue mala idea.

—No lo digo por los osos, ellos están más abajo, por el río. Es por los álamos temblones. —Le señaló los árboles que los rodeaban—. Tienen muchos helechos y raíces que se convierten en una verdadera trampa para los caballos; además, tienen muchas ramas bajas, que pueden darte buenas bofetadas o asustar a Castiel... Lo más seguro siempre es andar bajo los píceos azules, sus ramas son altas y ninguna otra especie peligrosa crece a su alrededor.

—Entonces, además de ser un experto en caballos, también lo eres en árboles... Pudiste haber estudiado biología.

—Solo sé lo necesario, nunca me gustó estudiar, prefiero aprender de la práctica.

—Yo no podría aprender solo de la práctica.

—Claro que no, tendrías una gran lista de muertos —dijo, sonriente.

—Tienes razón. —Ella rio y bajó un poco la cabeza para evitar ser abofeteada por una rama—. Estaría compitiendo con Josef Mengele. —Vio que Connor solo se alzó de hombros, al parecer, su comentario no le hizo gracia alguna—. No sabes quién es Josef Mengele, ¿cierto?

—No, no he tenido el placer de conocer a ese señor.

—Mejor que no —dijo, riendo de buena gana—. Era un médico Nazi, que durante la segunda Guerra Mundial, se dedicó a hacer experimentos con los judíos... Ese sí que buscaba aprender de la práctica.

—¿Aprendió algo? —preguntó, iniciado la bajada por un camino bastante escarpado, lleno de rocas y troncos caídos.

—No lo sé, su especialidad era con gemelos idénticos y personas con alguna anomalía física, los cuales no soportaron sus mortales experimentos... Su número de víctimas es desconocido...

Connor tenía toda su atención puesta en lo que Jennifer le decía, por lo que se dio cuenta de que su voz se hacía cada vez más lejana; al mirar por encima de su hombro, se dio cuenta de que no veía tras él, y en cuanto llegó al claro, se volvió y la vio todavía en la cima de la colina, franqueada por los árboles.

—¿Por qué no bajas? —preguntó en voz alta para que lo escuchara.

—Se ve muy alto, no creo que Castiel pueda hacerlo, temo que pueda romperse una pata, hay muchas piedras y troncos.

—Lo hará, Castiel sabrá cómo; solo suéltale las riendas, deja que él lo haga.

—Me pone nerviosa esta situación, nos iremos de bruces —hablaba con el corazón saltándole en la garganta y las manos sudándole dentro de los guantes.

—Eso no pasará. Ya, suelta las riendas.

—¿No hay otra manera de bajar?

—Tienes un caballo, no un unicornio, así que no podrá volar.

Jenifer resopló e hizo lo que le indicó; lo echó a caminar, juraba que no podía ver eso, sentía un torturante vacío en el estómago y las sienas le palpitaban a mil, ni siquiera conseguía contener su cuerpo que, involuntariamente, se echaba hacia adelante, por la pendiente.

—Mi Dios, mi Dios, permite que llegue sana y salva abajo... —murmuraba su plegaria e iba con un ojo abierto y el otro cerrado.

—Muy bien, has llegado —dijo Connor, apreciando el temor en sus facciones.

—¡Lo hice! —celebró, sonrojada.

—En realidad, lo hizo Castiel. —Se acercó y estiró la mano para tocar la frente del dorado animal—. Buen muchacho.

—Yo le solté las riendas —protestó Jennifer.

—Mostraste valor, eso es importante... Sigamos —sugirió y se echó al galope por la llanura verde salpicada con rocas blancas.

Connor disfrutaba de ese carácter recio de Parca, todavía tenía esa esencia de salvaje, y se conocía muy bien el terreno, por lo que, casi volaba por la cordillera; podía escuchar el galope de Castiel muy de cerca y le echaba un vistazo de vez en cuando, para ver si Jennifer no había caído del caballo.

Ella fue, poco a poco, reduciendo la velocidad, al ver que Connor también lo hacía; su adrenalina estaba desbocada por el simple hecho de apreciar el derroche de testosterona que era ese hombre galopando.

—¿Hemos llegado? —preguntó al alcanzarlo—. Todavía no veo ningún caballo.

—Vamos a desmontar aquí —dijo él, bajando de Parca, tomó las riendas del animal y lo llevó hasta donde había varios árboles caídos, pero con hierba suficiente para que pudiera pastar. Le puso el mosquetón y lo amarró a uno de los troncos.

Jennifer desmontó e hizo lo mismo con Castiel.

—¿Estarán seguros aquí? —preguntó, quitándose los guantes, para luego regalarle una caricia en el cuello a su caballo—. No nos alejaremos mucho, ¿verdad?

—Solo un poco, bajaremos esa colina de allá, hay un lago pequeño donde se reúnen. —Señaló hacia donde se dirigirían—. Y, sí, los caballos estarán seguros.

—Por aquí tiene que haber coyotes..., Parca y Castiel podrían resultar heridos.

—Sí, hay coyotes, pero a esta hora deben estar durmiendo en sus madrigueras. No te preocupes por los caballos, estarán bien.

Connor les quitó la carga, puso tres sacos sobre su hombro izquierdo y el otro pensaba llevarlo en la otra mano, pero Jennifer lo agarró.

—Deja que lo lleve.

—Puedo ayudarte.

—Está pesado, deja que lo lleve...

—¿Puedes dejar de ser tan malditamente machista y esa creencia de que no puedo hacer nada? Apenas son diez kilos.

—Solo intento ser amable.

—Para ser amable no tienes que tratarme como a una inútil. —Agarró el saco y se abrazó a él.

—Bueno, está bien, deja de discutir... ¡Por favor! En serio, quisiera saber por qué eres tan obstinada —parloteaba Connor, que empezó a caminar con la hierba y las coloridas flores silvestres rozándole las pantorrillas.

—No soy obstinada, simplemente, no me agrada que...

—Que te crea una inútil, está bien... —interrumpió la perorata de ella—, ya lo comprendí, tendré que buscar otra manera de ser agradable contigo.

Cuando por fin llegaron, Connor dejó caer pesadamente los sacos, y Jennifer hizo lo mismo, desde ahí se podía ver el pequeño lago, que estaba casi seco, y era franqueado por árboles, pero no veía ni un solo caballo; eso, inevitablemente, la hizo sentir decepcionada

—¡Fantástico! Hemos venido para nada —reprochó, llevándose las manos a las caderas.

—Dame un segundo y vivirás un momento mágico —dijo con los ojos brillantes por la emoción.

—Espero que así sea, Mackenzie.

—Si quieres puedes grabar.

—Está bien. —Sin mucha esperanza de ver un espectáculo, buscó su teléfono y activó la cámara.

Connor le echó un vistazo a la pantalla, cuando estuvo seguro de que Jennifer estaba grabando, se llevó un par de dedos a la boca y soltó un potente chiflido; segundos después, volvió a hacerlo.

Jennifer vio cómo, de los laberintos que formaban los troncos de los árboles, empezaron a salir caballos al galope, provenientes de todas partes.

—¡Oh, por Dios! —gritó, eufórica—. ¡Esto es un espectáculo!

—Te lo dije —sonrió Connor.

Por lo menos unos cincuenta caballos chapoteaban, atravesando el lago, y ellos podían sentir cómo el suelo vibraba bajos sus pies.

—Nos van a llevar por delante, son salvajes.

—No lo harán, solo vendrán por la comida. Y lo que hemos traído durará

muy poco, después desaparecerán, así que aprovecha lo más que puedas este momento.

—¡Estoy grabando, estoy grabando! —dijo, emocionada, tanto, que temblaba; jamás había imaginado presenciar algo como eso, era realmente extraordinario y poderoso, esos caballos traían tanta energía, que la hacían sentir insignificante.

—Será imposible darle de comer en las manos, son muchos... Así que voy a ponérselas en el suelo.

Connor agarró uno de los sacos e hizo una hilera de alimento, así lo hizo con todos los que restaban. Los caballos, como si estuviesen sincronizados, se detuvieron al borde de la línea de alimento y empezaron a comer.

—Mira, ¡qué lindo ese potro! —exclamó Jennifer, emocionada—. Es tan lindo, pero está muy flaco —dijo con pesar, percatándose de que la mayoría se notaban desnutridos.

—Sí, es muy bonito, tiene una semana, aproximadamente, pero no se desprende de la madre por nada... No es mucho lo que consiguen para alimentarse; te sorprendería saber la cifra de todos los que mueren por desnutrición.

—¿Se puede hacer algo por ellos? —preguntó.

Ella estaba al tanto de la problemática con los caballos salvajes, pero como nunca había sido de su interés, no se había sentido comprometida con la situación; sin embargo, estar ahí y ver todo eso, definitivamente, le llegaba al corazón. Nadie se daba cuenta realmente de la miseria, hasta que le tocaba mirarla a los ojos.

—Lo estás haciendo.

Connor aprovechó para tocarlos mientras comían, era la única manera de que un humano se les acercara, de otra forma, sería imposible.

Jennifer aprovechó para grabarlo en ese momento tan extraordinario y, justo ahí, en ese instante, descubrió que Connor era un hombre especial, uno que apreciaba mucho más que solo para tener sexo.

—Tócalos. —La instó con una sonrisa tan asombrosa, que ella pudo eternizarla en esa grabación.

Sin pensarlo, se aventuró a tocar a uno blanco, tenía el pelaje muy duro y áspero, pero le regaló una energía que la recorrió por entera, una potente sensación de fuerza que le revolucionó los sentidos.

—¡Dios! Es maravilloso, un milagro —dijo, toda temblorosa, aunque el caballo se mostrara tranquilo, temía que en un movimiento rápido o un

descuido de ella, terminara lastimándola, pero se hacía la valiente delante de Connor, no deseaba que él pensara que era una cobarde—. ¿Puedo tocar al potro?, ¿no me hará daño la madre? —preguntó, enamorada de ese animalito.

—Sí, puedes hacerlo, pero arrodíllate para qué estés a su altura y no te vea como una amenaza... Dame el teléfono, te grabaré mientras lo haces. — Lo recibió y la vio acuclillarse.

—Se está acercando —chilló, emocionada.

—Sí, le agradas... Es extraño que le agrades a alguien —dijo, sonriente.

—No seas estúpido, Mackenzie —farfulló.

—Solo digo la verdad. Tócale primero el pecho, esa es su parte menos vulnerable... Así, muy bien, sin despegar la mano sigue acariciándolo por el cuello. Recuerda que cuando quieres ganarte la confianza de un caballo, si se deja tocar, puedes acariciarlo, pero sin retirar tu mano en ningún momento — repitió esas tácticas que ya le había dado con Castiel.

—Es tan bonito, hasta podría llevármelo —dijo, elevando la cabeza para poder mirar a Connor.

—Eso sí que será imposible, la madre no lo permitirá.

Connor se lo había advertido, duraría muy poco, y así fue, probablemente, solo un par de minutos, quizá menos.

Los caballos volvieron con el mismo galope potente que hacía estremecer el suelo, algunos se quedaron en el lago, bebiendo y refrescándose, otros volvieron a perderse en el bosque.

Jennifer jadeó, extasiada por toda esa energía desbordada que la había dejado exhausta, apenas podía creer que había estado rodeada de caballos que, muy probablemente, no habrían visto a otro humano, mucho menos dejarse tocar por alguno.

—Olvidé hacerme una autofoto. —Se lamentó.

—Tienes un video, que es mucho mejor... Es momento de volver.

—¿Podemos quedarnos otro poco? —suplicó, mirando a casi una docena de caballos que todavía bebían en el lago.

—No podemos, aunque quisiera. —Agarró los sacos vacíos—. Recuerda en qué terrenos estamos.

—De acuerdo, regresemos... —Caminó al lado de Connor, para llegar hasta donde habían dejado a Castiel y Parca—. ¿Cómo es que atienden a tu llamado? Solo chiflaste y aparecieron de la nada —curioseó, sintiendo que le faltaba el aliento, pero seguía andando.

—Porque me conocen desde hace años, poco a poco les he ido

mostrando que el ser humano no es un depredador, mucho menos una amenaza, me he mostrado para ellos como un amigo y un líder que los guía para que se alimenten, solo que sé que, inevitablemente, llegará el momento en que los humanos los traicionen.

—Supongo que cuando la BLM haga las capturas.

—Exactamente... ¿Ves que están bien? —dijo, señalando a los caballos que seguían pastando—. Se llevan muy bien.

—Bueno, es que pasaron algunos días compartiendo establo... —Atrajo la mirada de Connor hacia ella—. Mackenzie, gracias por traerme.

—Agradezco que me acompañaras —dijo él, con una simpática sonrisa, en ese momento, arrancó una de las tantas especies de pincel indio que crecían en esas montañas y se la ofreció a Jennifer.

Ella no pudo evitar sentirse insultada, nada agitaba más sus demonios internos que un hombre le regalara alguna flor, porque de inmediato, a quien veía era a Will. No era primera vez que algún hombre cometía esa imprudencia, solo apartó la mirada y se obligó a no estallar en ira; no quería arruinar el momento, porque Connor no tenía culpa, solo necesitaba encontrar el aliento, respirar y olvidarse de esa presión torturante en su pecho, antes de que fuera demasiado tarde y terminara llorando con desesperación, como una estúpida que no podía controlar las emociones de algo que pasó hace tanto tiempo.

En un movimiento veloz, con su mano temblorosa, le arrancó la flor morada y la lanzó al suelo; él se quedó estupefacto, como era de esperarse, pero por primera vez, ella necesitaba reaccionar rápido y no salir corriendo o ser violenta y amonestarle a empujones.

—A mí no me des estas estupideces, no soy una mujer de flores.

—Supongo que no de estas, puedo darte unas rosas, ¿qué color prefieres?

Connor no estaba reaccionando de la manera que esperaba, fue rápido y conciso con su respuesta, aunque realmente no fue la más inteligente.

—Ningún color ni ninguna flor, no me gustan... Si quieres regalarme algo que verdaderamente aprecie, que sean orgasmos... ¿Entendido? —preguntó, tajante, pero sin atreverse a mirarlo, mucho menos a detener sus pasos apresurados.

—Creo que me quedó claro —murmuró, llegando hasta Parca, guardó los sacos vacíos en el maletín de la silla, luego lo desamarró y lo montó.

Jennifer hizo exactamente lo mismo, emprendieron el camino de regreso al rancho Mackenzie, cada uno sumido en sus pensamientos, ella luchaba con

sus temores y trataba de olvidar la pequeña estupidez de Connor, mientras que él se devanaba los sesos, intentando comprender a esa mujer; definitivamente, cada vez que intentaba ser un poquito especial con ella, terminaba pateándole el culo.

En cuanto llegaron, ella se reunió con Eliot, para contarle la maravillosa experiencia vivida, y Connor la escuchaba, pero mantenía cierta distancia, y hasta se mostraba algo indiferente porque estaba revisando con bastante interés su teléfono.

Ella tuvo que despedirse porque ya había pasado mucho tiempo fuera de casa y le había prometido a sus padres llegar a tiempo para ver algunos capítulos de la serie.

No quería darle muchas vueltas a sus pensamientos, ni recordar ese momento en que una maldita flor la había hecho sentir abusada, nuevamente; prefirió cabalgar con brío hasta su casa. Fue recibida por su padre, al que, por supuesto, no le contaría a dónde había ido, porque pondría el grito al cielo, solo por el hecho de haber infringido las leyes federales.

Debió posponer sus planes de ir a ducharse, porque su amado padre la esperaba con una apetitosa porción de pastel de chocolate, el que evidentemente no iba a rechazar, pero sabía que las consecuencias de ese pequeño placer, sería levantarse más temprano para correr.

Fue a lavarse las manos y luego fueron a la terraza a comerse el pastel, él lo acompañó con leche, y ella solo pidió agua, mientras mantenían una conversación sobre el estado de salud de Eliot.

Sentía que su teléfono no paraba de vibrar, pero decidió no mirarlo hasta que se terminó el trozo de pastel y la conversación entró en receso.

Le sorprendió y emocionó a partes iguales ver que varios de los mensajes eran de Connor, sin pensarlo, los revisó y el corazón se le subió a la garganta al darse cuenta de que era la reserva de una cabaña privada en el Four Seasons; ver eso, la conmocionó tanto, que el teléfono se le escapó de las manos.

—Oh, mierda. —Se apresuró a agarrarlo.

—¿Está bien?, ¿se le rompió la pantalla? —Le preguntó su padre.

—Está bien —dijo toda nerviosa, revisando el teléfono—. Bueno, papi, voy a ducharme para que veamos la serie.

—Sí, cariño, no demores.

—No lo haré.

Caminó con urgencia mientras revisaba su teléfono, no había dudas, era

una reserva por dos días en una de las cabañas privadas del hotel, y estaba a nombre de Connor. Sin poder evitarlo, le marcó mientras subía las escaleras corriendo.

—¿Se puede saber qué significa esa reserva?, ¿qué tiene que ver conmigo? —hablaba en voz baja y agitada.

—Significa que mañana, después de que termines con el tratamiento de mi padre, nos encontraremos por la noche en ese lugar.

—¡Estás loco! No, de ninguna manera.

—Voy a darte lo que me pediste, así que prepárate, te regalaré un copioso ramo de orgasmos.

Jennifer no pudo evitar negar con la cabeza y sonreír.

—No, no puedo ir, ¿qué se supone que le diré a mis padres para desaparecer, así como así? —Se puso a salvo en su habitación, así que podía hablar con mayor tranquilidad.

—Estoy seguro de que eres bastante ingeniosa y sabrás cómo hacer.

—Connor, admito que tu intención me excita, sí, me pone a millón, pero puedes darme uno en cualquier rincón... Con eso me conformo.

—No quiero tenerte en cualquier rincón; además, esta vez no pienso desaparecer, quiero estar a tu lado cuando despiertes.

—Connor...

—Te esperaré. —La interrumpió—. Sé que te avergüenza que te vean conmigo, así que he arreglado todo para que no nos vean llegar juntos, estaré en la cabaña mucho antes que tú.

—Connor...

—Te espero. —Terminó la llamada.

Jennifer resopló ruidosamente, Connor la había puesto en una situación sumamente difícil; en ese momento, no podía tomar una decisión, prefería darse tiempo y pensarlo muy bien.

Lanzó el teléfono sobre la cama y se fue al baño, donde se quitó toda prenda, corrió la mampara y se metió a la ducha, con un torbellino haciendo fiesta en su cabeza y pecho.

Jennifer llegó a la hora acostumbrada, para iniciar con el tratamiento de Eliot. A pesar de que estuvo muy concentrada en todo el procedimiento de la hemodiálisis, no podía sacarse de la cabeza la propuesta de Connor, aunque también se recordaba que había decidido no ir.

Se habían visto un par de veces durante el día y, en cada una, ella le dejó completamente clara su negativa y le sugirió que lo mejor sería que cancelara esa reservación, pero él le aseguró que no lo haría y que la estaría esperando.

—No voy —repitió ella.

—Te esperaré —reafirmó él.

A fin de cuentas, Connor Mackenzie le ganaba, porque ahí estaba, vistiendo su mejor y más sexi lencería, que incluía ligueros y medias pantis, que cubría con una pesada gabardina color mostaza, que le llegaba por debajo de las rodillas, y un par de tacones de aguja negros, pidiendo información en la recepción del Four Seasons.

Le mostró la reservación que tenía en su teléfono a la recepcionista, ella verificó en la pantalla de la computadora, le entregó la tarjeta de la puerta y luego le hizo un ademán a uno de los botones.

—Bienvenida, esperan por usted —comentó, sonriente, pero no la anunció con Connor—. Paolo, la llevará a su cabaña.

—Gracias. —Sonrió con gentileza y se guardó la tarjeta en el bolsillo de la gabardina.

—Buenas noches, señorita, soy Paolo y estoy a sus servicios... ¿Este es su equipaje? —preguntó el botones, un hombre con muy marcados rasgos italianos, agarrando su maleta de mano, Eddie Harrop, azul.

—Sí. —No iba a decirle que solo estaba ahí por una tórrida noche de pasión y por eso había llevado tan pocas cosas.

—Sígame, por favor —solicitó y caminó con la espalda muy recta, y unas zancadas perfectamente sincronizadas; parecía un robot.

Jennifer caminó detrás, tenía ganas de buscar en su teléfono y avisarle a Connor que había llegado, pero lo cierto era que no tenía las agallas de hacerlo. Pudo darse cuenta de que algunos hombres de mediana y avanzada edad, que estaban sentados en el vestíbulo, la miraban con bastante curiosidad, ella solo esperaba que no fueran amigos de su padre y la reconocieran, porque

entonces, todo su teatro de que estaba en la casa de Weiss, se iría a la mierda.

Para no arriesgarse, bajó la cabeza, mirando las puntas de sus zapatos, y apresuró el paso, casi pisándole los talones a Paolo.

Él la llevó afuera y la invitó a subir a un Aston Martin clásico, plateado; subió, y el hombre condujo por un camino asfaltado, enmarcado por árboles y edificios que conformaban el resort. Sentía las montañas, tan imponentes y cerca, que daba la impresión de que se les vendrían encima.

Los edificios fueron quedando atrás, solo los árboles y algunos faroles iluminaban el camino, era una bonita noche sin luna, pero con millones de estrellas que parecían besar los picos nevados de las imponentes rocosas.

Pasaron un par de cabañas, separadas por una considerable distancia, lo que garantizaba la privacidad que requerían sus huéspedes, hasta que el auto se detuvo en la tercera.

En muchas oportunidades había pasado frente al resort; incluso, cuando era pequeña, su padre la había llevado a la pista de esquí y se quedaron algunos fines de semanas en habitaciones, pero nunca había estado en las cabañas.

—Un minuto, señorita —pidió el botones.

—No te preocupes, Paolo, puedo hacerlo sola. —Bajó del auto, abrió la puerta trasera y sacó su maleta de mano—. Muchas gracias, eres muy amable. —Sonrió y le entregó un billete de cincuenta dólares.

—Muchas gracias, recuerde que la extensión para comunicarse con recepción es cero diez; de todas maneras, en el instructivo están todas las extensiones... Cualquier cosa que necesite, no dude en llamar.

Jennifer afirmó con la cabeza y caminó hacia la bonita cabaña de dos pisos, con fachada de piedra gris, grandes ventanas de cristal, y balcones de madera, al mejor estilo campestre, pero con ese aire de lujo que caracterizaba ese hotel.

En cuanto escuchó que el auto se puso en marcha, exhaló, segura de que ya no había marcha atrás; estaba ahí para compartir una noche y todo un día con Connor Mackenzie. No sabía por qué, pero tenía un presentimiento que no sabía cómo definir.

Llenó sus pulmones, buscó valor y caminó a la entrada, puso la tarjeta en el dispositivo de acceso y abrió; sin pensarlo más, entró, el lugar estaba iluminado y lo primero que vio fue a Connor, sentado en un sofá de tres plazas, gris.

Ella se había esmerado en su atuendo, y él vestía como todos los días,

con vaqueros y camisa de cuadros; en serio, le hubiese gustado mucho verlo con algo distinto, como el día de la cena en su casa; recordaba que esa camisa azul cielo le quedaba muy bien.

Sus ojos se fueron directo a los de él, que la miraban con intensidad, esas pupilas parecían que deseaban devorarla; lo vio poner a un lado un vaso corto, que suponía tenía whisky, mientras el corazón de ella estaba a punto de romperle el pecho y caer a sus pies.

De repente, los labios de él se plegaron en una seductora sonrisa, mientras seguía ahí sentado, con las piernas separadas, en una postura bastante relajada.

—Entonces, sí viniste. —Connor rompió el silencio, su emoción no le había permitido pronunciar nada.

—Así parece —dijo ella, avanzando un paso, y puso sobre una de las butacas azul marino, su maleta de mano.

Connor se levantó y caminó hasta ella, la bordeó sigilosamente, como un depredador a su presa. Jennifer cerró los ojos y tragó grueso toda esa excitación que estaba prendiendo una hoguera en su interior.

—Déjame ayudarte con el abrigo. —Parado detrás de ella, pasó las manos por su cintura y empezó a desamarrar el nudo del cinturón de la gabardina, cuando lo detuvo.

—No, así estoy bien, quiero conservarla por más tiempo. —Le dijo y avanzó un paso más, para poner distancia entre ambos; volvió a inhalar y se giró con una sonrisa que esperaba fuera de seguridad—. Veo que has empezado a tomar sin mí.

—Pensé que ya no vendrías, todavía no me acostumbro a tu impuntualidad. —Frunció la nariz, en un gesto relajado y divertido—. Así que estaba pasando el trago amargo con un poco de whisky, pero ya que estás aquí, es momento de celebrar.

—¿Celebraremos mi llegada? —preguntó y lo vio caminando hacia la cocina, tenía encima de la encimera de la isla una botella de champán, enfriándose en la hielera y, a un lado, un par de copas.

—Por eso también lo haremos. —Caminó de regreso y puso todo sobre la mesa de centro—. Ven aquí —solicitó y, cuando estuvo lo suficientemente cerca, la tomó por la mano; entonces, ambos se dieron cuenta de que estaban temblando, pero prefirieron no decir nada—. Siéntate conmigo —pidió, tirando suavemente de la mano de ella, y se sentaron uno junto al otro. Connor se quedó mirándola con el pelo cobrizo enmarcando ese rostro de porcelana, y

la gabardina mostaza era como un estallido de color, que la hacía mucho más atrayente; sencillamente, no podía quedarse con esa opinión—. En serio, te ves hermosa, me gusta ese color, te hace ver extraordinaria.

—¿Tuviste algún accidente de camino a este lugar y te golpeaste la cabeza? —Jennifer quiso quitar un poco de la tensión sexual que había en el ambiente.

—Sí, creo que eso fue lo que pasó. —Él le siguió el juego—. Aunque, antes de cualquier accidente, ya sabías que me pareces hermosa, mi padre me puso en evidencia.

—Admito que también eres bastante apuesto, y no he tenido ningún golpe en la cabeza últimamente.

—Creo que todo cambió desde que Castiel te tumbó en el establo, esa vez sí te golpeaste; seguro que fue desde ese momento que empezaste a verme así.

Jennifer soltó una risita y negó con la cabeza.

—Antes de eso ya te encontraba muy atractivo, de otra manera, no habrías tenido la mínima posibilidad conmigo.

—Bueno, ahora que estamos claros de que hay bastante atracción física y sexual entre nosotros. —Agarró la botella y la descorchó; inevitablemente, Jennifer se sobresaltó por el ruido, pero fue lo suficientemente rápida para pasarle una copa, antes de que la espuma cayera en la alfombra.

—¿Por qué vamos a brindar? —preguntó, viendo cómo el líquido dorado llenaba el envase.

—No te traje aquí para brindar por nada, solo para regalarte todos los orgasmos que estén a mi alcance y, que conste, no he tomado pastillas azules ni nada por el estilo, así que te pido consideración con mis tiempos de recuperación —advirtió, entregándole una copa, ella rio y asintió, aceptando esos términos.

—Está bien, prometo no abusar de ti... Todavía no me dices por qué brindamos.

—Como te decía, no vinimos a celebrar nada, pero mientras te esperaba, he recibido un correo de la BLM, en el que me aseguran que han denegado la venta de los caballos a Malkovich. Me enviaron la solicitud que él había hecho, con ese bonito sello que dice: «Denegado».

—¡Eso sí merece ser celebrado! —Aplaudió Jennifer, no sabía por qué, pero eso, verdaderamente, la hacía muy feliz; quizá era porque había tenido una experiencia bastante cercana con los *Mustangs* y, en realidad, no le

gustaría que terminaran en un matadero, solo por engordar las cuentas de ese hombre—. Pero ¿estás seguro?

—Sí, enseguida llamé a Laura, ella conoce todos los movimientos de la BLM. Me aseguró que así fue, también una fuente confidencial, muy cercana a Malkovich, me dijo que el miserable está furioso.

—Entonces, celebremos. —Jennifer agarró la copa y la tintineó contra la de Connor, mientras se miraban a los ojos y sonreían, luego bebieron al mismo tiempo, sus semblantes se volvieron serios y siguieron escudriñándose con la mirada.

Connor le dio otro largo trago a la bebida, dejó la copa sobre la mesa y, con la velocidad de un rayo, se abalanzó sobre Jennifer, a devorarle la boca.

Ella correspondió con la misma intensidad y se dejó quitar la copa por él, quien la puso en la mesa junto a la suya, para seguir besándola con esa energía que aceleraba sus latidos y respiraciones.

Ambos dejaban en evidencia que estaban deseando eso desde hacía mucho, sus bocas se devoraban sin cuidado, y las caricias con apremio e ímpetu se paseaban por cada recoveco que encontraban sus manos.

Dejaban de besarse por segundos, solo para mirarse a los ojos y recuperar el aliento que se condensaba en sus pulmones. Connor estaba mucho más urgido que ella, por lo que, empezó a ciegas a desamarrar el cinturón de la gabardina.

—Espera... un segundo, ya va, Connor —hablaba entre besos y chupones, e intentaba detener las manos ágiles y fuertes de él. Con cierta dificultad, consiguió apartarse de ese beso que ya le tenía los labios cosquilleando e hinchados.

—¿Sucedes algo? —preguntó, tratando de buscar nuevamente la boca femenina, pero ella lo detuvo al ponerle las manos en el pecho.

—Deja de ser tan impulsivo. —Consiguió levantarse, se paró frente a él y se acomodó el pelo, que debía ser una terrible maraña, creada por los apretones de Connor.

Él se puso cómodo en el sofá, con las piernas abiertas, al igual que sus brazos, que dejó sobre el respaldo, tratando de que su pecho agitado se controlara un poco y dejara de bombear tanta sangre hacia su pene, porque le iba a hacer estallar los vaqueros.

—Aquí estoy, todo para ti —dijo con esa manía que tenía de levantar un poco la comisura izquierda a la hora de hablar.

—¿Quieres quitarte la camisa? —sugirió ella, parándose en medio de las

piernas de él.

—¿Lo deseas lento o de un tirón? —preguntó, todo juguetón, haciendo el ademán de abrirse la camisa de un solo tajo.

—Tomate tu tiempo, tenemos toda la noche... Quiero ver qué tan sexi puedes ser.

Él negó con la cabeza sin dejar de sonreír, sabía que era bueno para la seducción, pero que le pidieran que lo hiciera lo descontrolaba; sin embargo, empezó a desabotonarse la camisa con lentitud, sin dejar de recórrela con la mirada, guardando en su memoria esa imagen perfecta.

Mentalmente, contaba hasta diez en deshojar cada botón, tomándose el tiempo suficiente para no demostrar que estaba muriéndose por tenerla por fin bajo su cuerpo, penetrándola con intensidad.

En cuanto Connor llegó al último botón, se sacó la camisa, la hizo girar en el aire, como si de un lazo para atrapar a un caballo se tratara, y la lanzó; la prenda terminó cayendo sobre la mesa del comedor.

—Ahora te toca a ti, quítate la gabardina —pidió, suponiendo que debajo debía llevar algún vestido.

—Está bien, es mi turno. —Estuvo de acuerdo, así que empezó a desamarrar el nudo, con movimientos perfectamente estudiados.

Los ojos de Connor destellaron en cuando la prenda se abrió y dejó al descubierto las excitantes prendas de encaje. Toda ella era una explosión sexual; de inmediato, sus sentidos se pusieron alerta y, su corazón, que había llevado un latido lento y casi doloroso, se desbocó como un caballo salvaje.

—¡Por Dios! ¡Demonios! —exclamó, despegando la espalda del sofá, para acercarse más a ese tentador cuerpo, decorado con fino encaje y ligeros.

Jennifer amó la reacción de Connor, le gustó verdaderamente lo expresivo que había sido, y eso solo le daba más seguridad; dejó caer la gabardina tras sus pies y, entonces, él la tomó por las caderas y empezó a besarla y lamerla desde el vientre hasta donde llegaba su sostén.

—Maldita sea, Jennifer —murmuró, agitado—. ¿Por qué haces esto?, ¿acaso quieres que me corra sin apenas tocarte? —Apoyó la barbilla contra su pecho y elevó la mirada para verla a los ojos. Ella lo sujetó por la cabeza—. He tenido un orgasmo con solo verte así. —La tomó por la cintura y se la llevó con él al sofá.

Jennifer, tratando de no apuñalarlo con sus tacones de aguja, se acomodó ahorrajada sobre él, y volvieron a besarse con gran urgencia, mientras ella movía su pelvis contra los empujes que él le ofrecía.

Él se mudó a sus pechos y batalló un poco para poder quitarle el sostén, al conseguirlo, siguió apretando con sus manos la delgada espalda, y escalando con su lengua por los valles erectos de los sonrosados pezones.

Los chupó con brío, estrujó con sus manos ambos pechos y se llenaba los oídos con los jadeos de ella.

En medio de besos y caricias, terminaron desvistiéndose y, ahí, en el sofá, Connor le regaló el primer orgasmo de la noche.

Aplacaron la sed del delirio con más champán, siguieron besándose y brindándose caricias que en menos de quince minutos volvían a hacerlos aptos para la agitada entrega. Pero él no quiso tenerla ahí; la cargó, llevándola apretadamente abrazada, y ella se aferraba con las piernas a sus caderas.

Dándose algunos besos en el camino, Connor subió las escaleras con precaución, y sus cuerpos se estrellaron contra el colchón, donde volvieron a hacer derroche; sus cuerpos se adaptaron en todas las posiciones posibles, que les proporcionaran más placer; y de esa manera, en medio de pausas, alargaban mucho más la entrega.

Se besaban cada rincón de su ser. Bastante renuente, Connor descubrió que, recibir besos, lamidas y chupadas en su ano, lo llevaban a experimentar nuevos placeres, y que esto no atentaba en absoluto con su hombría, porque era muy consciente de que quien le daba ese placer era Jennifer; lo que acrecentaba su deseo por ella.

En recompensa, él también besaba cada recoveco en ella, penetraba con su lengua, prácticamente, todos sus orificios, y ambos lo disfrutaban plenamente.

Una vez más, Jennifer estaba a las puertas de un orgasmo; tenía el cuerpo sudado y pesado de Connor encima de ella, mientras lo miraba a los ojos y movía sus caderas, succionándolo con intensidad.

—Connor, en tus brazos siento que soy fuego... Soy vida, soy aire... —murmuraba, llevada por la intensidad que la arrasaba; sus confesiones fueron opacadas por los jadeos y temblores que la arrasaban.

—Lo veo, veo el fuego en tu mirada... Tus pupilas son dos antorchas que amenazan con convertirme en cenizas —murmuró él, apurándose para alcanzarla en ese viaje—. Pero no me importaría morir en tus brazos; si vas a quemarme, no importa.

Connor se dejó vencer, exhausto, sobre ella, que, con caricias en su espalda, lo reconfortaba. Le gustaba mucho que después de que le clavara las uñas sin piedad, tuviera la bondad de regalarle el suave roce de sus dedos.

Se quedaron así por más de un minuto, hasta que él consiguió la fuerza de mover su cuerpo desfallecido a un lado, y se dejó caer mirando al techo, con el pecho todavía agitado.

—Debimos traer lo que quedaba de champán —dijo ella, sonriente.

—En cuanto deje de estar todo tembloroso, bajaré a buscar otra botella.
—La falta de aliento apenas le permití hablar.

Jennifer consiguió reponerse mucho más rápido, salió de la cama, se fue al baño y regresó en poco tiempo, así desnuda, como estaba, bajó.

—¿Traerás la botella? —preguntó él.

—Ni lo sueñes, Mackenzie, tú eres el anfitrión, lo menos que haré será hacer algo por ti; además de sexo, claro. —Bajó las escaleras y agarró una taza de cristal, le puso varias fresas y arándanos de la frutera que estaba sobre la mesa del comedor, con toda la intención de sentarse en el sofá a comerse las frutas, pero vio en la terraza el jacuzzi burbujeando; sin duda, esa sería una mejor manera de recompensar su cuerpo.

Corrió la puerta de cristal y la brisa fría la hizo estremecer, por lo que casi corrió al agua caliente y se sentó, sumergiéndose hasta el pecho; puso la taza en el borde y empezó a comer.

Connor se puso una bata de baño y bajó, no pudo evitar sentirse preocupado por no ver a Jennifer en la sala; lo primero que hizo fue mirar la butaca donde ella había dejado la maleta, por si se había marchado, pero seguía ahí.

—¿Jennifer? —La llamó al terminar de bajar las escaleras y, de inmediato, una corriente de aire frío despertó todos sus poros. Caminó por la sala y la vio metida en el jacuzzi. Entonces, sin pensarlo, fue por la otra botella de champán, la metió en la hielera y se fue a la terraza, llevándose también dos copas—. No sé si lo que deseas es estar un momento a solas, si es así, dímelo y voy a encerrarme en el baño —comentó, poniendo al lado de la taza con frutas lo que traía.

—Solo quítate el albornoz y entra —dijo ella, agarrando una fresa y se la llevó a la boca.

Él se quitó la bata, pero enseguida se tapó con las manos el pene.

—¿Ahora te ha dado un ataque de pudor? ¡Como si ya no lo hubiese visto!

—Seguro que no lo has visto en estas condiciones, el frío ha hecho que se encoja, y no quiero darte un triste espectáculo —comentó, y ella soltó una risotada, a la que no quiso prestarle mucha atención, para que no hiriera su

ego. Con precaución, entró al jacuzzi y, ya sentado y aclimatado, se liberó el pene.

—Ven aquí, acércate más —pidió ella, llamándolo con un dedo.

Connor obedeció mansamente, la tomó por la cintura y se la sentó ahorrajada. Jennifer le dio de comer de la fresa que tenía en la mano, mientras él la masticaba, ella llenó las copas.

—Cuéntame, Mackenzie, ¿a cuántas mujeres has traído a este lugar?

—Solo a ti —dijo sin titubear.

—¿Y esperas que crea eso?

—Créelo, no tengo por qué mentirte.

—Bueno, haré de cuenta que te creo —mencionó y bebió de su copa.

—¡Vaya! Apenas miro el cielo, se ve increíble —dijo él, mirando el brillante manto de estrellas; ahora sabía por qué habían construido en ese preciso lugar ese jacuzzi—. Se parece a tu espalda —elogió, acariciándole con los dedos uno de los hombros.

Jennifer miró al cielo y suspiró ante la suave caricia que se paseaba por su piel, también fascinada con el cumplido; parecía que esa noche estaban demasiado expresivos, y no sabía en qué podía resultar eso, por lo que quiso llevar la conversación a otro terreno.

—¿Qué le dijiste a Eliot?, ¿sabe que me has traído aquí?

—No, solo le dije que tenía trabajo, pero me parece que no se creyó el cuento; sin embargo, aquí estoy, pasando una noche extraordinaria.

—Tu padre es bastante analítico, estoy segura de que él sabe lo que tenemos, mientras que, el mío, no se hace ni la más mínima idea.

—¿Y qué mentira dijiste para poder estar aquí?

—Que tenía una pijamada en casa de Weiss.

—Imagino que Prescott no vio el pijama que trajiste, porque ese conjunto de encaje..., ¡uff!

—Claro que no. —Sonrió ella, agarró un arándano y se lo llevó a la boca, después, agarró otro y lo puso en la boca de él—. ¿No han pensado en un trasplante?

—Sí, él está en lista de espera... Quise donárselo, pero ni siquiera aceptó la idea de que me hiciera las pruebas para ver si somos compatibles, se rehusó rotundamente.

—Es terco, puedo asegurarlo, con lo poco que lo conozco.

—Sí que lo es. —Connor estuvo de acuerdo.

Siguieron conversando por bastante tiempo, notando que podían hacerlo

de cualquier cosa, hasta que, una vez más, la pasión cobró vida y, allí, volvieron a entregarse mansamente a las garras del placer.

Él volvió a repetirle que su espalda era igual que el cielo que los amparaba, y que eso le fascinaba. Por su parte, Jennifer le susurraba que le gustaban todas esas cosas que él le hacía sentir, porque todo era bueno. En él encontraba serenidad, con él sus miedos no salían a flote, se quedaban en lo más profundo, donde no tenían ningún poder sobre ella.

Jennifer abrió los ojos y lo primero que vio fue a Connor acostado de lado, con el codo apoyado en la almohada y sosteniéndose la cabeza con la mano, mientras le regalaba una formidable sonrisa. En ese instante, tuvo la certeza de que había deseado tener esa imagen desde aquella mañana en el establo, cuando le regaló el atrapasueños.

Parpadeó varias veces, acostumbrando su vista, y él seguía sonriente, acelerándole los latidos.

—Llevo como dos horas esperando a que despiertes, mi brazo está dormido. En serio, tendrás que darme algunos consejos para saber cómo lo haces.

Ella sonrió y se cubrió la cara con ambas manos, entonces volvió a sentirse segura y cálida entre los brazos de Connor, que le dejaba su varonil risa en el oído.

—No recuerdo en qué momento ni cómo llegamos a la cama —comentó con su nariz enterrada en el hueco del cuello de él, le encantaba la calidez que ahí encontraba.

—Te resumiré un poco lo que pasó... Resulta que te bebiste tres botellas de champaña y cualquier cosa te hacía reír, no tenía dudas de que estabas bastante borracha; así que, amablemente, te traje, para evitar que te ahogaras en el jacuzzi, pero solo conseguí que terminaras abusando de mí.

—Eso no pasó..., no digas tonterías. —Se apartó para mirarlo a los ojos y, lamentablemente, descubrió la verdad en sus pupilas.

—Sí pasó, no solo eso, en cuanto terminaste, te bajaste de mí y corriste al baño, donde tuve que sostenerte el pelo para que vomitaras, mientras yo luchaba con mi erección. Con una mano te sostenía el pelo, y con la otra me masturbaba. —Eso último de masturbase había sido una pequeña mentira, por todo lo demás, había sido el evento sexual más extraño, cómico y al mismo tiempo bonito que había vivido.

—¿En serio? ¡Qué vergüenza! —Estrelló su frente contra los perfectos pectorales—. Creo que es mejor que me vista y regrese a casa, ya ves que soy un caos.

—Sí, lo eres —dijo, rodando con ella y se le puso encima—, pero lo

último que quiero es que vuelvas a tu casa.

—¿Todavía quieres tenerme aquí, después del deplorable espectáculo que hice?, ¿después de que tuvieras que verme vomitar?

—Aunque me hubieses vomitado encima, querría que siguieras aquí, conmigo... —Le acarició con los pulgares las sienes, sin dejar de perderse en cada peca que salpicaba su nariz—. Ese pequeño, pequeñísimo incidente, solo hace que te vuelvas inolvidable para mí. Entiende que esta anécdota estará conmigo hasta el día en que muera.

Ella sonrió y posó sus manos a cada lado del caliente cuello, sintiendo cómo las venas palpitaban contra sus palmas. Se quedó sin palabras, solo admiraba sus pestañas y cejas rubias, sus ojos cristalinos y esa sonrisa que provocaba abismos en su estómago. De repente, las tripas de él gruñeron fortísimo y no pudo más que carcajearse.

—En este momento, me has dado una anécdota para tener conmigo hasta que muera —dijo ella, riendo.

—Tengo hambre..., y mucha —recalcó—. Necesito reponer fuerzas, voy a pedir que nos traigan algo de comer, mientras tú vas adelantándote en la ducha.

—Es buena idea —dijo ella, recibió un beso en la punta de la nariz; luego lo vio salir desnudo de la cama, con ese culo y piernas perfectos, no se reservó el suspiro que nació en su pecho, así que lo liberó y se fue al baño, donde, efectivamente, se dio cuenta de que había vomitado, porque el inodoro estaba salpicado. No pudo evitar hacer una mueca de asco y se pasó directamente a la ducha, donde al poco tiempo la alcanzó Connor.

Cuando el servicio llegó con la comida, apenas salían de la ducha, él tuvo que ponerse un albornoz y correr a recibir al botones, mientras ella terminaba de desenredarse el pelo.

Comieron, conversaron viendo el paisaje y volvieron a tener sexo; al final de la tarde, Jennifer había pasado, por mucho, su récord de orgasmos en un día.

Por más que quisieran quedarse, no podían, debían volver y atesorar esos momentos vividos como magníficos recuerdos.

—Yo esperaré un poco, así no nos ven salir juntos —dijo, convencido de que a ella le avergonzaba que la vieran con él.

—¿Tienes algo más que hacer?

—No, solo darte ventaja.

En ese momento, Jennifer estiró su mano, ofreciéndosela con una

seductora sonrisa. Connor se quedó mirándola, imaginaba que quería despedirse, otra vez.

—Anda, vamos. —Hizo un movimiento con su cabeza para alentarlo.

En cuanto él le agarró la mano, ella entrelazó sus dedos, como lo había hecho en la cama muchas veces, mientras tenían sexo.

—Espero que no tengas problemas con que te vean conmigo —dijo, tirando del agarre. Cada uno cargó su maleta de mano y salieron de esa cabaña que guardaría ardientes memorias. Caminaron tomados de la mano hasta donde los esperaba el Aston Martin que los llevaría a la recepción.

Una vez en el vestíbulo, Jennifer volvió a entrelazar sus dedos y se acercaron a recepción, donde registraron su salida y entregaron las tarjetas, mientras ella le acariciaba la espalda, como si fuesen una pareja completamente consolidada y enamorada.

Eso se sentía realmente bien, Connor jamás había tenido una mujer con la cual ser tan demostrativo, jamás se había relacionado más allá de un par de horas de sexo; así que, todo eso lo tenía alucinando, pero se esforzaba por aparentar normal.

—¿Has traído tu auto? —preguntó, una vez que salieron del resort, sin importar si la gente los miraba o no.

—No, vine en Uber... —Sacó su teléfono del bolsillo de la falda de corte midi, que le llegaba por debajo de las rodillas, al mejor estilo de Grace Kelly, que destacaba la eterna feminidad y la elegancia, que se había combinado con una clásica blusa blanca—. Pediré uno.

—No, yo te llevaré —dijo, quitándole el teléfono—. Lo bueno de ser vecinos es que siempre tendremos la misma ruta. —Volvió a tomarla de la mano mientras esperaban a que le trajeran la Toyota, porque admitía, era más comfortable que su clásica y adorada Chevrolet.

Por primera vez, él tuvo la caballerosidad de abrirle la puerta, mientras el valet parking bajaba del otro lado.

El chico dejó el motor encendido, Connor bordeó el vehículo y subió; antes de arrancar, le echó un vistazo a Jennifer.

—¿Cómo lo pasaste?

—¿En serio hace falta que te lo diga? —preguntó, recibiendo su teléfono, que Connor le entregaba.

—Me gustaría saberlo.

—Bastante bien, estuviste aceptable...

—¿Solo aceptable? Si casi dejo mi vida en el intento. —En ese

momento, tocaron la bocina detrás de él, y tuvo que ponerse en marcha.

Ella rio, divertida, como venía haciendo desde hacía algunos días, cada vez que estaba con Connor.

—Sabes que fue extraordinario, pasas a la historia como el hombre con el cual he tenido más orgasmos... Y no creo que sea fácil de superar, todavía me siento bastante débil.

En ese momento, Connor quiso decirle que no quería que hubiera otro, que, si quería más, él podría encargarse de romper esa marca, pero no estaba seguro de cuánto podía exponer ante Jennifer sus emociones.

—Solo para asegurar muy bien mi primer puesto en la lista, podemos hacer una parada, antes de dejarte en casa.

—Créeme, no será fácil ni siquiera alcanzarte, así que puedes estar tranquilo y alimentar tu ego.

—Eso me conforta, pero no me quita las ganas...

—¿Puedes poner música? —preguntó, cambiando de conversación; no era que no le sedujera la idea de tener sexo una vez más, solo que ya eso estaba más allá de sus capacidades físicas. Por primera vez, se sentía realmente satisfecha, y rechazaba una oportunidad como esa.

—Adelante, la que quieras... Me gustaría conocer tus gustos musicales.

—Bien, conectaré mi teléfono —dijo ella, encendió el bluetooth y lo sincronizó con el del reproductor de sonido del auto; puso una de sus tantas listas de reproducciones y dejó su teléfono en el tablero.

—¿Qué piensas hacer ahora que llegues a casa? —preguntó Connor, pasando los 120 kilómetros por hora, por la carretera que los llevaba a las montañas.

—Algo que no hicimos, es decir: dormir.

—¿Me estás jodiendo? —Se carcajeó—. ¿Cómo que no dormiste? ¡Eso podría decirlo yo!

—Bueno, eso es lo que voy a hacer, necesito descansar para estar mañana totalmente concentrada en mi labor, y no andar durmiéndome por los rincones de tu casa —dijo, como si nada. Empezó a mover su cuerpo al ritmo de la música que sonada y comenzó a cantar—: No puedo hacer esto solo, a veces solo necesito una luz, si te llamo por teléfono te necesito al otro lado, entonces, cuando tus lágrimas caen, tu almohada es como un río. —Seguía cantando a viva voz, mientras Connor, de vez en cuando, le echaba un vistazo y empezó a reducir la velocidad, porque sabía que, en esa parte del camino, se atravesaban muchos coyotes y alces; y lo menos que deseaba era tener un

lamentable accidente mientras Jennifer seguía brindando alegría al camino—. Ahí estaré para ti, ahí estaré para ti, cuando estés gritando, pero solo te escuchan susurrar, ahí estaré para ti, pero también tienes que estar ahí para mí... —De repente, dejó de cantar la canción de Troye Sivan y Martin Garrix—. No te pregunté si te gusta esta música.

—Está bien, a pesar de que soy más de la música *country* clásica, escucho esa todo el tiempo, porque a Yoomee y mis hermanas les gusta.

—¿Has hablado con Yoomee? —Le preguntó sin siquiera pensarlo.

—Sí, y tenías razón... No sé cómo pudo pasar, siempre la he tratado como a una hermana —confesó, todavía mortificado con la situación—. Ha sido tan difícil afrontar eso, porque jamás podré corresponder a sus sentimientos. Para mí, sería algo totalmente incestuoso.

—Para ella más, créeme..., no es fácil, pero son cosas que no pueden controlarse. Puede que se hayan criado como hermanos, pero su cerebro tiene plena consciencia de que no llevan la misma sangre, y le hizo la mala jugada.

—Pero ya le he dejado claro que jamás podré corresponderle, y me ha dolido mucho tener que romperle el corazón de esa manera.

—No es tu culpa, es algo que se salió de control, pero seguro que con el tiempo ella entenderá, volverá a enamorarse, de eso estoy segura.

Connor dobló a la derecha para entrar al camino de tierra que los llevaría a los ranchos, y siguió con su camino, pero a menos de un kilómetro, había un todoterreno atravesado en la vía, impidiéndoles el paso.

—Esto es extraño —dijo él, reduciendo la velocidad, pero todavía no sabía si detenerse.

—No creo que haya tenido alguna falla mecánica, de ser así, no tendría por qué estar a la mitad —comentó Jennifer.

—De todas maneras, voy a averiguar —dijo, parando la camioneta, porque nunca había sido peligroso transitar por esa vía, así que la desconfianza no era tan fuerte como para quedarse encerrado en la camioneta y esperar a que el otro vehículo se quitara del camino.

—Mejor no lo hagas, Connor, puede ser peligroso —sugirió ella.

—Es seguro, quizá solo esté perdido e intenta dar la vuelta. —La tranquilizó y abrió la puerta.

En ese momento, no supo de dónde demonios salió un Jeep y se detuvo detrás, obstaculizando cualquier posibilidad de huida. Connor vio que dos hombres se acercaban, apuntándolo con armas; estaba seguro de que no eran de por ahí, porque no eran conocidos.

—Ni se te ocurra subirte. —Le advirtió uno de ellos, al ver sus intenciones.

—Connor, ¿qué pasa?, ¿esto qué significa? —preguntó Jennifer, toda nerviosa.

—Bloquea las puertas y, pase lo que pase, no salgas —dijo él y cerró de un tirón.

—¿Puedo ayudarte en algo? —Connor, en medio de los nervios y la turbación, quería mantener la calma para que Jennifer no se asustara más de la cuenta, pero no vio venir al hombre detrás de él, que le dio un puñetazo en el costado izquierdo.

Jennifer gritó, aterrada, al ver el primer golpe que dejó a Connor sin aliento; después, tres hombres más se sumaron con puñetazos y lo tiraron al suelo, sin dejarle tiempo a reaccionar, mucho menos a defenderse.

—¡Basta! ¡Déjenlo en paz! Por favor, déjenlo tranquilo —gritaba, llorando, agarró su teléfono con toda la intención de llamar a la policía, pero sabía que tardarían en llegar. Así que, en un acto de valentía o quizá de extrema estupidez, se bajó para tratar de ayudar a Connor.

—Regresa a la camioneta, Jennifer... ¡Regresa! —pidió Connor, hecho un ovillo, mientras intentaba cubrirse la cara con una mano, para no recibir las patadas de los cuatro hombres que le estaban dando una paliza.

—¡Déjenlo en paz! —Ella corrió y sujetó a uno de los bruscos hombres por un brazo, para apartarlo de Connor, pero solo se ganó un empujón que la mandó de culo al suelo y le dejó el pecho adolorido.

Eso le dio a Connor fuerzas de donde no tenía, él solo se había resignado a recibir la descarga, para no empeorar la situación, porque había concluido que el problema era exclusivamente con él.

Sin embargo, ver a Jennifer en el suelo, provocó un estallido de adrenalina; estiró la mano y atajó uno de los pies que iba a estrellarse directamente en su estómago, lo haló con tanta fuerza, que hizo que el hombre cayera de culo.

Consiguió ponerse a gatas, pero sin aliento y adolorido no podía levantarse tan rápido, así que recibió unas cuantas patadas más. Jennifer, con extrema valentía, volvió a levantarse, corrió y empujó a uno de los hombres, haciéndose espacio, se abrazó a Connor, como si fuese un escudo; si la pateaban a ella, no importaba, solo quería que dejaran de golpearlo o iban a matarlo.

—Ya, déjenlo —gritó, sollozando, al ver que la cara de Connor estaba

llena de sangre y un chorro caía en la tierra.

—Esto es para que dejes de meterte en asuntos que no te corresponden —dijo uno de los hombres y lanzó un escupitajo que se estrelló en la cabeza de Connor.

Corrieron a los vehículos y se marcharon a toda velocidad, dejándolos envueltos en una densa nube de polvo, ella quiso mirar las matrículas de los autos, pero le fue imposible divisar algo.

—Estás bien, estás bien... —hablaba, toda temblorosa, mientras lloraba e intentaba levantar la cabeza de Connor—. Ya se fueron, ya pasó... Te llevaré al hospital —chilló, al ver cómo salía sangre profusamente de su nariz; sin importar el frío, se quitó su blusa blanca y se la puso para detener el sangrado—. Tengo que ponerte en pie. —Hizo el intento de levantarlo y, él puso de su parte, pero sus fuerzas estaban agotadas.

—No, no me llesves a casa así, no quiero que mi padre me vea así, no quiero preocuparlo —suplicó sin poder contener que un chorro de baba ensangrentada se le escurriera.

—Vamos al hospital..., pero necesito que me ayudes. Ayúdame, Connor. —Solo él, en una situación como esa, pensaba primero en su padre que en sí mismo.

Connor asintió con debilidad e hizo un esfuerzo sobrehumano para ponerse en pie, Jennifer lo agarró y pasó su brazo por encima de los hombros y, él se quejó por el dolor que eso le provocó, pero no se permitió caer una vez más, apenas arrastrando sus pies, pudo soportar llegar al vehículo.

Jennifer lo ayudó a subir al asiento trasero, para que fuera más cómodo; sacó la gabardina de su maleta de mano y se la puso porque también se moría de frío y no podía llegar al hospital solo con el sostén de encaje, color piel.

Connor se puso de lado en el asiento y le dio un ataque de todos, que le hacía expulsar más sangre y quejarse, adolorido.

—Todo va a pasar, solo tienes que estar calmado, respira lento... —Le dijo, limpiándole con sus manos la sangre que le escurría de boca y nariz, y se las limpió en la gabardina.

Subió y se puso en marcha, tratando de mantener ella misma la calma, suponía que sus nervios eran de hierro, que, como futura doctora, debía ser imperturbable ante ese tipo de situaciones, pero no podía controlar sus emociones y estaba aterrada.

Dio la vuelta y tomó la vía hasta Jackson, conducía tan rápido como podía, pero siempre atenta, mirando a Connor de vez en cuando.

—Todo va a estar bien, sé que te cuesta respirar, pero todo estará bien.

—Solo mira al camino..., no te distraigas, es peligroso... —jadeó casi sin aliento y muy adolorido, quería no mostrarse débil, pero sentía que lo habían reventado por dentro.

—Deja de decirme lo que tengo que hacer —espetó, nerviosa—. Te han dado la paliza del año, estás malherido y todavía sigues discutiendo conmigo.

En ese momento, Connor escupió más sangre, luego, con gran dificultad, estiró la mano y rozó con las yemas el brazo de Jennifer; era su manera de pedirle disculpas.

Ella sintió el toque y volvió a mirarlo, entonces, mantuvo el volante con una mano, y la otra la echó hacia atrás, para sostener la de Connor.

—Estarás bien.

—No dejes que muera..., eso mataría a mi padre y no me lo perdonaría.

—Deja de decir tonterías... Basta de estupideces —rugió con la garganta inundada, sabía que debía ir más rápido, por lo que pisó el acelerador.

Cuando por fin llegaron al hospital, bajó y corrió en busca de ayuda, en cuanto la vieron manchada de sangre, pensaron que ella había sido atacada, por lo que tuvo que explicar que la persona herida estaba en la camioneta.

Mientras los enfermeros bajaban a Connor, tuvo que explicar lo sucedido; sabía que era primordial, para que supieran cómo moverlo y no lo lastimaran en el intento.

—Unos hombres lo atacaron, lo golpearon, no sé por qué... —Ella no tenía más explicaciones, debían esperar a Connor, para saber si estaba involucrado en algún problema.

A él se lo llevaron para ser atendido, y ella no tuvo más remedio que quedarse en la sala de espera; fue en ese momento que su adrenalina cayó a sus pies, su respiración se agitó y volvió a llorar, sentada en un rincón de ese lugar.

Sin importarle ponerse en evidencia, pero tratando de mantener la calma, llamó a su padre para que fuera hasta el hospital; suponía que él sabría qué hacer en esa situación.

Cuando llegó, solo preguntó que qué le había pasado a Connor y por qué le habían hecho eso. Después de que le explicara lo poco que sabía, él se quedó en silencio, mirándola. Estaba segura de que su próxima pregunta sería: «¿Qué hacías con él? Suponía que estabas con Weiss».

Pero no habló más, había hallado la respuesta en sus ojos y se guardó cualquier opinión.

—Estará bien. —La consoló, refugiándola en sus brazos.

Casi una hora después, le permitieron que lo viera; no había sido tan grave, solo algunas contusiones y un par de costillas fracturadas, que solo necesitaría de tiempo y descanso para sanar.

Esa misma noche le dieron el alta, fue Prescott quien lo llevó a casa junto con Jennifer; inevitablemente, Eliot se mostró muy preocupado al verlo de esa manera, pero lo calmaron, diciendo que solo había sido un accidente.

El mismo Connor le suplicó que no se preocupara, le juró que estaba bien, solo un poco golpeado, que en realidad se veía peor de lo que era.

—Necesitarán ayuda, así que voy a quedarme. —Le dijo a su padre—. ¿Puedes traerme algo de ropa? Dile a mamá que te la busque, por favor.

—Claro, cariño.

—No es necesario, nosotros podremos arreglarnos aquí —comentó Eliot, no quería abusar de la amabilidad de Jennifer.

—Connor ahora está sedado, pero en cuanto se pase el efecto del medicamento, le dolerá hasta respirar; necesitará ayuda.

—Está bien, enseguida le digo a Natalie que te prepare la habitación de Loren —dijo, seguro de que sería imposible llevarle la contraria a la jovencita.

Ella asintió, estando de acuerdo, pero después de que su padre se fuera y regresara con su ropa y algunos artículos personales, supo que era mejor quedarse más cerca de Connor; así que, con la ayuda de Natalie, llevó el colchón de la habitación de Loren a la de Connor, y lo puso al lado de su cama; jamás pensó que conocería la habitación de él en esas circunstancias, pero ahí estaba, cuidándole el sueño.

Él despertó por la madrugada con ganas de ir al baño, pero le fue imposible levantarse, Jennifer le ayudó a que orinara en un orinal plástico que se habían traído del hospital. Como era de esperarse, la orina era prácticamente sangre, pero no se alarmó, era normal, después de la paliza que recibió.

Se tomó el medicamento y ella se quedó sentada en el colchón, esperando a que él volviera a dormirse.

—¿Qué crees que pasó?, ¿tienes problemas con alguien? —preguntó Jennifer, al darse cuenta de que él todavía no se dormía.

—Estoy seguro de que fue gente de Malkovich...

—¿Y cómo dieron contigo? Se supone que la BLM tenía que resguardar tu identidad.

—Probablemente, Malkovich tiene buenos amigos en la Oficina de Administración de Tierras.

—Debes poner la denuncia.

—No quiero que esto pase a mayores, ya me dieron lo que ellos consideran «mi merecido». Si esto era lo que tenía que pasar por salvar a esos caballos, no me importa —gimió de dolor.

—También soy culpable, fui quien escribió esa carta... Debí ser menos agresiva... Lo siento.

—Si no hubiese sido por tu manera de escribirla, jamás habría conseguido que rechazaran esa venta... Y, en este momento, más de mil doscientos caballos estarían camino al matadero.

—Me diste un gran susto —dijo, sujetándole la mano, y él se la apretó.

—Por poco te quedas sin tu juguete sexual —bromeó, tratando de aligerar la tensión.

—Imagínate, eso sería terrible. —Sonrió, siguiéndole el juego.

—¿Quieres venir aquí conmigo? Hay suficiente espacio para los dos —pidió Connor, palmeando el lado en su cama.

—No, podría lastimarte... No quiero que por mi culpa sientas más dolor del que ya tienes. —Apoyó la cabeza al borde de su cama y, él, con sus dedos, le acariciaba las sedosas hebras cobrizas.

—Puedo soportar un poco más, solo por tenerte a mi lado —intentó convencerla, no la quería durmiendo en el suelo, sino ahí, junto a él.

—Ya veo que ni con una paliza se te quita lo terco —refunfuñó, dándose por vencida y, con mucho cuidado, se acostó a su lado; no pudo evitar sentirse mal, al ver cómo la cara se le notaba cada vez más hinchada.

—Ya ves que no, es mi naturaleza... Por cierto, el pijama que llevas puesto no me agrada en absoluto, me gusta más ese conjunto de encaje que tenías anoche.

—El pijama lo eligió mi madre, ¡qué esperabas!

—¿Podrías quitártelo? Quédate solo con las bragas.

—No, Connor, puede entrar alguien.

—Necesito un poquito de calor corporal... Nadie entrará sin antes tocar.

—Eres un caso perdido. —Salió de la cama; con rapidez, se deshizo del pantalón y la blusa, quedándose solo con las braguitas blancas de algodón.

Volvió a la cama, acomodó las sábanas para cubrirse y, con mucho cuidado, lo abrazó, sintiendo cómo el calor de su cuerpo la reconfortaba.

—Todo es culpa tuya, me contagiaste tu locura.

Jennifer sonrió, mientras le acariciaba muy sutilmente con las yemas de los dedos el pecho, para no lastimarlo.

En poco tiempo, Connor se durmió, y ella no tardó en acompañarlo.

Había pasado una semana desde que Connor fue brutalmente golpeado por cuatro hombres enviados desde Kentucky, financiados por el poderoso ganadero Jake Malkovich, información que fue corroborada por Laura, quien, al enterarse de lo sucedido, viajó desde Nevada, para ver cómo se encontraba uno de sus más fieles y apasionados colaboradores.

Estaba reponiéndose satisfactoriamente y retomando, poco a poco, sus labores diarias, aunque todavía no podía montar, sí iba a las caballerizas, corrales y demás sectores del rancho a supervisar que todo estuviese en perfecto funcionamiento. Pero también, había tenido mucho tiempo de ocio, se la pasaba todo el día leyendo o viendo esas series que tenían tan enganchado a su padre, por lo menos, ese descanso obligatorio había servido para que pasara más tiempo con él y con Jennifer, quien seguía cumpliendo firmemente su promesa de ser la encargada, por el momento, de realizar el tratamiento.

Quizá fue debido a todo ese tiempo libre, sin saber qué hacer, que seleccionó un fragmento del vídeo que Jennifer había grabado cuando fueron a ver a los *Mustangs*, y que le había compartido, que lo publicó en su Instagram y, por supuesto, la etiquetó, dándole el merecido crédito por esa bonita grabación.

Le encantó ser testigo de su reacción, en cuanto vio la publicación, porque la tenía justo al frente, esperando que empezara el próximo capítulo de la serie; esa sonrisa espontánea y esa mirada brillante le aceleraban los latidos. La vio teclear algo y esperó ansioso la respuesta.

«Fue bonito compartir esa tarde contigo, gracias por mostrarme el extraordinario mundo salvaje».

Connor leyó y le guiñó un ojo con seductora picardía, para luego volver su mirada, nuevamente, al televisor. El episodio no llevaba más de cinco minutos cuando su teléfono empezó a vibrar; inevitablemente, su mirada se clavó en la pantalla, y se dio cuenta de que Hannah lo llamaba.

No pudo evitar tensarse, porque adivinaba cuál era la razón de su llamada, pero decidió no contestarle hasta que terminara ese capítulo. Esa era

su intención, pero su hermana no paraba de llamar; ya en el quinto intento, lo exasperó, por lo que se levantó.

—¿Necesitas algo? —preguntó Jennifer, que había estado muy pendiente de él toda la semana.

—No nada, continúen sin mí —dijo y salió a la terraza.

Ni Hannah ni Loren estaban al tanto de lo que le había sucedido, porque él no quiso informarles para no preocuparlas, era mejor dejarlas tranquilas, tenían suficiente con sus ocupaciones en la universidad.

—¿Ahora qué vas a decirme, Connor? ¿Seguirás negándome que sigues viéndote con Jennifer Rawson? —Su reproche fu contundente.

—Hola, Hannah, estoy bien, papá también. Gracias por preguntar. —Fue bastante irónico, porque le molestaba su actitud.

—Sé que papá está bien, hablé con él esta mañana... No trates de evadir el tema, dijiste que solo estabas entrenando el caballo de esa mosca muerta, y ahora no solo aparece en tu vídeo, sino que también te lo comenta... ¿Hasta dónde piensas llegar con ella?

—Llegaré hasta donde me dé la gana. De verdad, me enfurece que solo me llames para reclamarme, no sé por qué te metes en mi vida, si no me meto en la tuya; no ando revisando tus redes para ver con quién sales o con quién te rodeas...

—Porque no me rodeo con tus enemigos —interrumpió, sintiendo que la sangre le hervía—. Pero tú sí lo haces con mi peor enemiga, hasta pareciera que quisieras llevártela a la cama. ¿Eso es lo que quieres?, ¿también quieres tener sexo con ella, como todos?

—Tu actitud es muy infantil, Hannah..., y te pido que respetes a Jennifer; no porque me la esté llevando a la cama, sino porque es una mujer igual que tú, y merece respeto... Es detestable que, siendo mujer, te expreses de otra así. No fueron los modales que se te enseñaron en esta familia —discutió y tomó aliento, porque empezaba a latirle el dolor en las costillas.

—La conozco mejor que tú, por eso no tengo consideración con ella... Y no me importa lo que pienses.

—Si no te importa lo que pienso, entonces, ¿para qué me llamas, reclamando por tonterías?... No quiero discutir contigo, porque eres mi hermana y te amo, pero no puedo estar aplaudiendo todo lo que haces, como si fuese tu títere... Que yo tenga una amistad con Jennifer Rawson no interfiere en nuestra relación, que no la tolere no es mi culpa, pero yo no tengo nada en su contra. Tampoco te estoy pidiendo que hagas las paces con ella, si no lo

deseas.

—Jamás seré su amiga ni la soportaré, menos ahora, que presiento que te ha seducido, como hace con todos los hombres... Te creí más astuto, Connor, pero te has dejado cautivar por una...

—Hannah. —La interrumpió, antes de que dijera algo que provocara que el respeto que sentía por ella desapareciera—. Quizá tienes razón e hizo conmigo lo mismo que con Russell... Si lo recuerdas, ¿verdad? —La enfrentó con esa historia que Jennifer le había contado.

—Cual..., cualquier cosa que te haya dicho, es mentira —balbuceó.

—No, ella no me ha dicho nada, lo único que sé es que yo hice el ridículo al defenderte, solo porque estabas encaprichada con un chico que no te quería... Me pusiste en medio de tus amoríos de adolescente, haciéndome creer otra cosa, pero eso no importa... Ya lo he superado, solo espero que tú lo hagas también, olvida las cosas que pasaron hace ocho años, ya eres una mujer, como para estar comportante como una niña caprichosa.

—Está bien, Connor, puedes odiarme, también te ha puesto en mi contra. Por eso..., por eso la detesto —sollozó y terminó la llamada.

Connor exhaló, quería llamarla porque, lamentablemente, todavía escuchaba llorar a sus hermanas y se desvivía por socorrerlas, pero esta vez no. No se dejaría chantajear por Hannah, si lo hacía, jamás podría tener una vida sin que antes fuese aprobada por ella, y no era como debía ser.

Se recostó contra la baranda de la terraza, sin importar el frío ni el dolor en su costado, necesitaba unos minutos a solas para calmarse, pero, sin darse cuenta, se le fue mucho tiempo.

—Toc, toc, toc... ¿Se puede? —preguntó Jennifer, llegando a la terraza.

Connor solo le hizo un ademán, indicándole que sí podía estar ahí.

—¿Ya terminó el capítulo? —preguntó, solo porque no quería parecer molesto o taciturno. Aunque estaba bastante serio.

—Sí, hace un rato; incluso, ya desconecté a Eliot...

—Entonces, ¿vienes a despedirte?

—Antes quería hablar contigo. —Ella caminó hasta el banco exterior de madera y se sentó—. ¿Puedes venir aquí? —preguntó, palmeando a su lado.

Connor obedeció mansamente y casi arrastró sus pies hasta el banco.

—Aquí me tienes —dijo en cuanto se sentó y apoyó su mano en el muslo de ella.

—En ocho días tengo que irme... Debo volver a Cambridge —dijo, rápido, porque consideraba que era torturante dilatar la noticia; lo vio

escabullir su mirada y bajar la cabeza, esa actitud no se lo hacía fácil—. Te lo digo con tiempo, para que puedas solicitar la enfermera que seguirá con el tratamiento de tu padre, igual yo vendré hasta el último día.

—Está bien, ya lo he hablado con Emilie, solo tengo que llamarla y ella vendrá —carraspeó, sintiendo que el corazón se le agitaba mientras intentaba asimilar la noticia—. Entonces, ¿solo ocho días y te vas?

—Así es. —Buscó la mano de él y entrelazó sus dedos—. Todavía no quiero despedirme, porque aún contamos con tiempo para compartir.

—¿Sabes qué es lo peor de esto?

—No. —Negó con la cabeza y disfrutaba del calor que la mano de él le brindaba.

—Que con estas costillas fracturadas, no podré disfrutarte en el poco tiempo que nos queda. —Quiso mostrarse divertido, aunque realmente estaba abatido. Desde un principio, sabía que ella debía volver, pero no se había hecho a la idea.

—Es una verdadera tragedia, pero me llevaré el recuerdo de tu buen desempeño en la cabaña.

—¿Seguiremos en contacto?

—Eso creo.

Fue un golpe que lo dejó sin aire, esperaba que le dijera que sí, pero esa respuesta no le daba muchas esperanzas; muy probablemente, apenas llegara a Cambridge, se olvidaría de él y de todo lo intenso que habían vivido. Algo le decía que él sería el único que se sentiría muy mal tras esa despedida.

Jennifer buscó un beso, uno que fue tierno, húmedo, duradero. Primera vez que lo hacía en un lugar donde pudieran verlos, pero en ese punto, él sospechaba que ya todos sabían de la relación que tenían, solo que no querían afrontarlos.

—Creo que extrañaré mucho esto —murmuró ella, mirándolo a los ojos.

—¿Mis besos? —preguntó él.

—Estás demente, Mackenzie... —Sonrió, pero solo era un camuflaje para las lágrimas que querían asomarse a sus ojos—. Me refiero al paisaje. —Volvió la mirada a las montañas y, por más que quiso, no pudo retener esa lágrima caprichosa que le ganaba la partida, pero se la limpió rápido.

Connor se acercó y le dio un beso en el pómulo, después otro en la mejilla.

—Yo sí te extrañaré —confesó—. Mis días volverán a ser tranquilos, saber que nadie me discutirá por cualquier cosa es un alivio.

Ella sonrió, pero no se atrevió a mirarlo, solo siguió mirando al horizonte, porque sabía que, si lo miraba a los ojos, estaría perdida.

—Tengo que irme, mis padres me están esperando para la comida.

—Mi padre cumple años en una semana, ¿quieres venir a celebrarlo? — propuso, antes de que se marchara.

—Sí, me gustaría. —Se levantó para marcharse, pero él la tomó por ambas manos y tiró con suavidad para que se acercara.

—Bésame —pidió.

Ella gustosa lo hizo, se entregó en cuerpo y alma a ese beso, disfrutó al sentir la lengua de Connor entrando en su boca y viajando por cada rincón; los roces se hicieron lentos, hasta que se retiró y solo se quedó chupando con suavidad sus labios, para después repartirle besos por casi toda la cara.

—Descansa.

—Tú también, recuerda tomarte los medicamentos, es tu última dosis.

—Lo haré —prometió y la vio marcharse, él se quedó con la mirada perdida; inevitablemente, empezaba a tornársele borrosa, por las lágrimas que no quería derramar.

Tiempo después, su padre se asomó a la terraza, lo miró en silencio por casi un minuto y, sin decir nada, regresó a la sala. Él todavía no estaba en condiciones para compartir con alguien más, de momento, quería estar solo con el torbellino de emociones que lo azotaba, quizá hubiese preferido que ella no le contara nada y que se hubiese marchado sin avisar.

En cuanto Jennifer llegó a su casa, corrió a su habitación y se encerró a ducharse, con la única intención de que sus padres no se percataran de que había llorado durante el trayecto del rancho de los Mackenzie al suyo.

Se sentía pésima y suponía que no debía ser así, que esas semanas en Wyoming no tendrían por qué hacerle sentir que le había cambiado la vida; estaba segura de que el causante de todo eso era Connor Mackenzie, haberse acercado a él, había sido su perdición, porque le había puesto el mundo de cabeza.

Solo necesitaba regresar a Cambridge, retomar su vida y olvidarse de él; sí, eso debía hacer.

Al salir de la ducha, se miró en el espejo y no sabía cómo conseguiría ocultar que había estado llorando, pues su cara era un caos.

Empezó a secarse el pelo, quizá, con los minutos y el vapor, conseguiría que sus ojos se desinflamaran un poco; estaba casi por terminar cuando vio

que la pantalla de su teléfono se iluminó con una llamada entrante de Shannen; de inmediato, apagó el secador, lo dejó sobre la encimera del lavado y agarró el teléfono.

—Hola, Shannen, ¿cómo estás? —atendió, saliendo del baño.

—Bien, espero que tú también lo estés..., ya casi regresas. ¿Hablaste con tus padres? —preguntó la mujer, siendo cautelosa.

Jennifer cerró los ojos y suspiró porque no lo había hecho, no había tenido el valor, a pesar de que Shannen, su psicóloga en Cambridge, le había sugerido que lo hiciera, para que pudiera superar sus problemas.

—Todavía no, solo necesito tiempo..., no es fácil.

—Sé que no lo es, Jennifer, hazlo cuando te sientas preparada; sabes que lo último que haría sería presionarte..., pero si tienes la oportunidad, aprovéchala y no dejes que tus miedos te controlen.

—No lo sé, Shannen..., en este momento estoy muy confundida... Creo que no fue buena idea venir.

—¿Hay algo que quieras contarme?, ¿podemos hacer una videollamada en este momento?

Jennifer pensó en contarle sobre Connor y todas las cosas que provocaba en ella con tan solo pensar en su nombre, pero no lo creía conveniente, no deseaba que su psicóloga terminara confundiéndola más.

—No, nada especial... Ya sabes, estar aquí es sentirme vulnerable, es como revivir todas mis culpas y mis miedos, lo que me hace ser agresiva...

—Sé que usas la ira como escudo, pero es momento de que expongas tus emociones, de que te liberes... ¿Podemos hacer la videollamada?

—Lo siento, ahora no puedo..., mis padres me esperan para cenar.

—Entiendo, sabes que estoy para ti en todo momento, si necesitas desahogarte, llámame.

—Lo haré, gracias, Shannen.

—Cuídate mucho. —La mujer se despidió y terminó la llamada.

Jennifer lanzó el teléfono a la cama y se fue hasta el clóset, a buscar la ropa que usaría; quería, por un momento, dejar su mente en blanco, pero era imposible, ahora no solo estaba Connor en su cabeza, sino que también se le sumaba la conversación que debía tener con sus padres, pero no, esa noche, no lo haría, no tenía las agallas para hacerlo.

Se puso lo primero que agarró, unos vaqueros, una camiseta y un cárdigan de lana; se recogió el pelo en una cola y salió de la habitación. En las escaleras, se encontró con Doreen.

—¿Sabes dónde están mis padres? —Le preguntó a la joven.

—Están en el comedor, me han mandado a buscarla.

—Gracias —dijo y siguió con su camino—. Hola, papi. —Le dio un beso en la mejilla, luego se fue hasta su madre y también la besó—. Hola, mami.

—Hola, cariño, esperábamos por ti.

—Eso me dijo Doreen —comentó, tomando asiento e intentaba que sus padres no le miraran la cara, pero era imposible, ninguno pudo esconder el gesto de asombro, aunque no dijeron nada—. Solo me cayó champú en los ojos —mintió, creía que era necesaria una explicación, por absurda que fuera—. Mami, ¿qué mandaste a preparar? —preguntó para aligerar la tensión.

—Crema de calabaza y merluza a la mediterránea, espero que te guste —comentó, sonriente.

—Me encanta.

—¿Cómo sigue Connor? —Prescott solicitó su atención.

—Mucho mejor, hoy terminaba el tratamiento, también hablé con él para que busque a la enfermera que se encargará de Eliot, cuando me vaya.

—No puedo creer lo rápido que pasa el tiempo, te extrañaré tanto. —Alana le ofreció la mano y le hacía un puchero.

—También los extrañaré, pero las próximas vacaciones ya me prometieron que lo pasaríamos en Londres, no quiero que cambien los planes a último momento, que conozco sus artimañas. —Entrecerró los ojos y señaló a cada una con la cuchara.

—Te hicimos la promesa y la cumpliremos —respondió Prescott, quien siempre era el más renuente de dejar el rancho.

—Gracias, nana. —Jennifer le agradeció a Anna Mey, cuando le sirvió la crema de calabaza.

El silencio se apoderó del lugar mientras disfrutaban de la comida o, por lo menos, Jennifer estaba con la mirada puesta en la crema naranja y con sus pensamientos haciendo desastre.

—Necesito hablar con ustedes —dijo sin pensarlo y sin levantar la mirada de su plato—. Tiene que ser ahora... Ahora, por favor.

—Claro, cariño, aquí estamos —musitó Prescott.

Jennifer lo miró a los ojos al tiempo que hacía su plato a un lado e intentaba no prestarles atención a los latidos alterados de su corazón, mucho menos al sudor en sus manos.

—Necesito pedirte perdón, papá... —Miró a su madre—. A los dos,

quiero pedirles perdón...

—Mi vida, no tienes que pedirnos perdón por nada, ¿qué sucede? — intervino Alana.

—Papá, necesito que me perdones..., por mi culpa tuviste que hacer algo terrible... Yo..., yo lo recuerdo —tartamudeaba y veía cómo a su padre se le iban los colores del rostro—. Sé lo que pasó...

—Jennifer, pequeña, no es necesario hablar de eso..., ya pasó... — Prescott le agarró la mano con fuerza, pero estaba muy nervioso, él tampoco quería afrontar ese momento.

Alana los miraba bastante asombrada, pero trataba de mantener la calma.

—Papá..., tengo que decirlo, tengo que hacerlo, por favor..., deja que hable.

—No te hagas daño con eso —murmuró Alana, sintiendo que todo el dolor, impotencia y rabia que había sentido cuando su niña tenía ocho años, regresaba de golpe. Ella, que pensaba que Jennifer no lo recordaba y que así era mejor para todos.

—Habla, sea lo que sea que tengas que decir, quiero que sepas que, lo que hice, lo habría hecho mil veces más, y en absoluto estoy arrepentido.

—Soy la culpable de tu culpa, sé que intentaron protegerme, que no me explicaron lo que había pasado..., y yo no lo entendía, pero hace tiempo..., cuando estaba en la prepa, lo comprendí, entonces supe lo que Will me había hecho y lo que tú le hiciste por eso... Y, créanme, me sentí horrible... — sollozó y se cubrió el rostro con ambas manos—. Me siento mal porque yo se lo permití, no lo detuve y tú te convertiste en asesino por mi culpa... Solo tenía que decir que no.

—Cariño, cariño... —Prescott se levantó de la mesa y se acuclilló a su lado, le tomó las manos mientras se obligaba a no derramar las lágrimas que quemaban en sus párpados—. No, nada de lo que pasó fue tu culpa, fue ese miserable enfermo que te hizo tanto daño, mi niñita... —No pudo seguir conteniendo las lágrimas—. No tenías que decir no, porque él ni siquiera tenía que hacerte eso; no eras tú la que tenías que poner un límite, fue él, quien no debió hacerte nada; se aprovechó de tu inocencia, traicionó mi confianza y se metió con mi mayor tesoro. Yo hubiese dado mi vida para evitar que eso te pasara, eres tú la que tienes que perdonarme por haberte descuidado, por no ver que él era un maldito enfermo. No..., no... —negaba con la cabeza—. Te juro que no estoy arrepentido y no me siento culpable de nada, porque se lo merecía.

—Amor. —Alana se había sentado al lado de Jennifer y le acariciaba el pelo. Ella tampoco podía contener las lágrimas—. Debiste decirnos, debiste confiar en nosotros y contarnos lo que te pasaba, cómo te sentías, lo que pensabas...

—No quería lastimarlos más de lo que ya lo había hecho, si yo no hubiese existido, si nada de eso hubiese pasado..., no habrían sufrido como lo hicieron...; todo pasó por mi culpa...

—No, te prohíbo que te culpes, te lo prohíbo... Como tu padre acaba de decirte, tú no provocaste nada, tú eras un ángel, inocente, indefensa... ¿Entiendes? Dime que de verdad lo entiendes, mi vida —sollozó ruidosamente y vio que Jennifer afirmó con la cabeza—. Deja que tus papitos te ayuden, mi pequeña, siempre estaremos para ti, eres nuestro tesoro, la razón de nuestra existencia... Y no estamos arrepentidos de lo que pasó esa noche, estuve de acuerdo con que tu padre actuara, y volvería a estarlo todas las veces necesarias... Eras una bebé, nuestra bebé..., y me siento terrible, me siento muy mal porque no supe ver que tú eras consciente de todo. Quisimos protegerte tratando de enterrar ese tema, pero solo te hemos dañado más... Eres tú quien tiene que perdonarnos por haberte fallado tanto, nosotros debíamos velar por tu bienestar, y no lo hicimos.

Ambos la abrazaron, haciéndola sentir en un nido de amor y perdón, lloraron junto a ella por mucho tiempo, la consolaron todo lo que pudieron; se prometieron no olvidar, pero tampoco dejarían que eso marcara su presente y su futuro.

Después de liberarse y desahogar con llanto y palabras todo el peso de tantos años de silencio y sufrimiento, Jennifer se sentía más aliviada, sentía que el perdón de sus padres había matado casi todos sus demonios. Esa noche, durmió con ellos, sintiéndose querida y protegida, como tanto lo necesitaba.

Jennifer no destacaba para nada en la cocina, jamás se interesó mucho por aprender a hacer platillos demasiado elaborados, solo sabía prepararse ensaladas, alguna proteína a la plancha y té, pero había aprendido a vivir con eso; sin embargo, en momentos como ese, se lamentaba no saber hacer siquiera una bendita tarta de manzana.

Quiso prepararla ella misma, tener ese detalle con Eliot, en su cumpleaños, pero por poco terminaba incendiando su rancho y el de los vecinos también. Si no hubiese sido por Anna Mey, que la auxilió, estarían viviendo ese terrible suceso.

En definitiva, no pudo preparar la tarta, pero se quedó observando cómo su nana la hacía, había elegido la clásica de manzana, porque sabía que esa fruta poseía un contenido relativamente bajo en potasio y no afectaría tanto la retención de líquidos del hombre.

Anna Mey lo preparó de forma tradicional, lo hizo desde cero, no usó masa congelada de supermercado, sino que se esmeró en hacerlo todo paso a paso, mientras le explicaba el proceso y rememoraban momentos de la niñez de Jennifer, por lo que, reían de vez en cuando, al recordar las travesuras de ella, como cuando puso mermelada de arándanos en las pantuflas de su padre.

Una vez listo, Jennifer le agradeció por haberla salvado de llevar algo impresentable al cumpleaños; decidió ir a ducharse mientras se enfriaba.

Esa noche se esmeró en vestirse, usó un vestido largo, campestre, con un cinturón que acentuaba su cintura, y se hizo un peinado de trenzas, que la hacía lucir como una vikinga.

Además de la tarta, le llevaba una colección de doce cuentos, de Arthur Machen, que había logrado conseguir en una librería en Nueva York; admitía que había sido bastante intensa con el gerente para que esos libros le llegaran a tiempo y, precisamente, esa mañana los había recibido.

Bajó del auto cargando la caja de los libros y, encima, con mucho cuidado, puso la tarta; cerró la puerta con el pie y avanzó a la entrada. Se le hizo bastante difícil tocar el timbre, solo esperaba que Natalie lo hubiese escuchado a la primera y no tener que repetir esa odisea.

Exhaló cuando escuchó que abrían la puerta, pero todo su cuerpo entró en tensión al ver que quien la recibía era su enemiga declarada, por supuesto, no

pudo evitar sorprenderse, más que por su presencia, por lo gorda que estaba; definitivamente, se estaba asesinando a pasos agigantados.

—¿Cómo te atreves a venir a mi casa? —preguntó con un tono bastante agresivo.

—Es la casa de Eliot Mackenzie, no tuya... —dijo con firmeza; en realidad, no esperaba encontrarse con tan desagradable sorpresa.

—Será mejor que te largues ahora mismo... ¡Qué poca vergüenza tienes! ¡Venir aquí y esperar ser aceptada!...

—Por tu padre lo soy.

—Y por mi hermano también, ya sé que te metes en su cama... —Chasqueó la lengua con desprecio—. ¡Tan desesperada estás que no puedes ver que Connor solo se quita las ganas contigo!... Jamás te tomará en serio, sabe que eres una zorrita de mierda.

Jennifer eso no se lo vía venir, no podía creer que Connor le contara a Hannah sobre la relación que tenían, suponía que la respetaba, pero ya veía que no, quizá, acababa de descubrir que Connor se encargó de cobrarse la revancha, por los malos tratos que tuvo con su hermana.

—Quizá es porque no conoce la hermana que tiene, ¡cómo me gustaría lograr que abra los ojos! —dijo con desprecio, sacando fuerzas de donde no las tenía para atacar a Hannah, como siempre lo había hecho—. Robert, ¿te acuerdas de él? Sí, sé que lo recuerdas, ese con el que cogiste en el baño de la prepa, me compartió unas fotos tuyas que te dejarían muy mal parada delante de tu papi y tu hermano... No sé, quizá puedan filtrarse en internet.

—Puedes enseñar los dientes todo lo que quieras, no me importa... No soy de las que se desespera y llora por amenazas. Igual, nada cambiará que solo fuiste el revolcón de estas vacaciones de Connor. —Se rio, burlona—. ¿Qué se siente haber sido el juguete de tu enemigo? Seguro que hasta creíste en su amabilidad, pero es hora de que bajes de la nube y te estrelles contra la realidad... No le interesas en absoluto, solo cobró mi venganza y me ha mandado a que te lo diga...

En ese punto, Jennifer sentía que perdía la fuerza en sus brazos y que, de un momento otro, los libros y la tarta caerían a sus pies; la barbilla le temblaba y estaba a punto de llorar de ira, necesitaba desesperadamente darle unas buenas bofetadas en su gorda cara.

—Fue él quien perdió el control conmigo. —Estaba preparando y saboreando todo ese veneno que tenía para ella—. No necesité de mucho para seducirlo, naturalmente, se me da muy fácil tener a los hombres que quiera,

cosa que tú no puedes decir..., ya que siempre has tenido que arrastrárteles y suplicarles a los hombres por un poco de atención, solo para que te dejen darles sexo oral y después te desechan... Esa frustración que sientes solo la proyectas conmigo, porque todos..., todos los hombres que has querido, primero se han fijado en mí..., Hannah. —Se quejó, burlona—. En la prepa te era tan difícil conquistar a alguien, que tenías que valerte de amenazas para poder conseguirlo y; ahora, que pareces una horrible ballena gorda y grasosa, supongo que llevas una triste vida de celibato... O, quizá, te conformes con viejos casados, que están aburridos de sus obesas mujeres. —Ella sabía perfectamente por dónde atacar a Hannah, era una rival a la cual le conocía muy bien las debilidades, así que, si buscaba guerra, con gusto se la daría.

—Puedes decir toda la mierda que quieras, pero aquí, en esta casa, no entras, no eres bienvenida y, si tuvieras un poquito de orgullo, ni te atreverías a ver a Connor, porque, probablemente, la próxima vez que lo hagas, te confirmará que para él no eres nada, que hasta un mal pasatiempo has sido... Sí, «mal pasatiempo», así fue cómo se refirió a ti cuando hablamos hace un rato.

—Tienes tanto veneno, Hannah..., tanto, que no sabes qué hacer con él. —Se tragó el nudo de lágrimas—. Deberías tragártelo y suicidarte, le harías un favor a la humanidad.

Se giró porque no se permitiría ponerse a llorar delante de esa desgraciada, jamás le dejaría ver que en serio la había herido. Caminó con apresuradas zancadas a su auto y, antes de llegar, escuchó cómo se cerraba la puerta, peor no se detuvo, puso los libros y la tarta sobre el techo y abrió la puerta, después dejó los presentes sobre el asiento del copiloto y arranco.

Una parte no quería creer en las cosas que Hannah le había dicho acerca de Connor, pero otra más poderosa, creía en todo, pensaba que era cierto, porque si en verdad no hubiese querido darle ese golpe tan bajo, por lo menos, debió avisarle que sus hermanas estaban ese día ahí y; muy seguramente, ella se habría ahorrado esa estúpida visita.

No le dijo nada, dejó que fuera e hiciera el ridículo, sobre todo, para que le escupieran en la cara que, una vez más, había sido usada. Arrancó, jurando nunca más volver; aunque su padre se lo suplicara, no regresaría a Jackson jamás.

Sin poder evitarlo, empezó a llorar y se sentía tan estúpida, porque apenas había conseguido entregarle su confianza a Connor; sentía que con él, algo en su interior había cambiado, con él había logrado ser y sentir lo que

jamás imaginó, pero darse cuenta de que nada de lo que dijo o hizo fue en serio, dejaba un horrible vacío, era como si, de repente, ese mundo ideal que había conseguido a su lado se transformó en uno completamente distinto, uno tan cruel, tan feroz. Los pocos sueños que se había atrevido a albergar, se estaban convirtiendo en una horrible pesadilla.

Sentía su alma despedazada, traicionada, humillada, se sentía verdaderamente terrible y no hacía más que sollozar como tonta; quería parar, volver a ser fuerte, pero la angustia le apretaba fuertemente el pecho y le asfixiaba los pulmones.

Detuvo el auto a un lado del polvoriento camino, porque no quería llegar a su casa en ese estado, antes debía calmarse, debía erradicar esas emociones.

Tenía la mirada inundada por las lágrimas y perdida en el horizonte, donde solo divisaba dos opciones.

Podía quedarse ahí y llorar, sentirse morir un poco más cada segundo, arrancarse el corazón, limpiarlo, besarlo, mimarlo y devolverlo a su pecho e intentar resurgir de las cenizas y olvidar a Connor Mackenzie; o liberarse de todo ese dolor que sentía, dejar de llorar, secarse las lágrimas y jurarse que jamás volvería a llorar por nada ni nadie, extirparse el corazón, contemplarlo, escupirlo, lanzarlo al suelo y pisotearlo, recordándose con cada pisotón, el daño que Connor Mackenzie provocó con su maldito juego, cómo él se burló de sus sentimientos y los hizo trizas.

Inhaló profundamente para calmarse, se limpió las lágrimas y siguió con su camino, al llegar a su casa bajó, dejando en el asiento lo que había llevado. Consiguió llegar a su habitación sin lograr ser vista, miró sus maletas ya preparadas y tuvo unas ganas casi incontrolables de largarse en ese instante, pero no podía fallarle a sus padres y despedirse solo con una llamada; además, nada haría en el aeropuerto. No, iba a ser fuerte y esperar unas horas más.

Se metió en su cama a tratar de consolarse, pero se le daba más fácil torturarse, agarró su teléfono con toda la intención de llamar a Connor y enfrentarlo, pero antes de marcarle desistió, manteniendo su orgullo.

—¡Sorpresa! —Hannah y Loren gritaron al unísono, al tiempo que soltaban papelillos en la cara de su padre y Connor, quienes se mostraron bastante sorprendidos.

—¿Cómo es posible! —exclamó Eliot, sintiéndose demasiado feliz por esa maravillosa sorpresa.

—¡Feliz cumpleaños, papi! —Ambas corrieron a los brazos de Eliot y no solo lo abrazaron, sino que lo llenaron de besos.

Mientras Connor admiraba la escena, feliz, sí que los habían sorprendido; él no tenía ni la más remota idea de que vendrían, y justo llegaron cuando ellos estaban para la barbería.

—¿Hace cuánto que llegaron? —preguntó Connor, sonriente.

—Hace unos minutos, quisimos venirnos antes, pero Hannah tenía que entregar un proyecto a las cuatro. —Loren corrió a los brazos de su hermano, quien la abrazó con bastante precaución. Fue entonces que ella se percató de los hematomas azul violáceo y amarillo verdoso, que tenía en varias partes del rostro.

—¿Qué te sucedió? —preguntó con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—Un pequeño accidente.

—¿Por qué no nos dijiste? —protestó Hannah, apartándose de su padre y fijándose en su hermano.

—Porque no fue nada grave.

—Por muy insignificante que haya sido, debiste avisarnos, somos tus hermanas... Claro, pero como últimamente no nos tomas en cuenta para nada...

—La reina del drama —murmuró Loren, poniendo los ojos en blanco—. Lo importante es que estás bien, ¿fue con uno de los caballos? —Le preguntó para quitarle calamidad al momento.

—Sí —mintió, sintiéndose muy vigilado por Hannah. Sería mejor no ignorarla, porque podría hacer una novela en ese tiempo.

—A ver, niñas..., mis niñas hermosas —habló Eliot, sujetando la mano de cada una de las gemelas y le plantó un beso—. Estamos aquí para celebrar, dejemos los reproches para después, en otro momento nos fastidiamos.

—Hannah, si no fuera por nuestro evidente parecido, pensaría que es de otra familia...

—Solo sabes decir tonterías, Loren —protestó.

—¿Vinieron aquí por mi cumpleaños o para discutir?

—Es que Loren siempre empieza, papá... Lo has visto.

Loren de mofó por la manera en que su hermana buscaba el protagonismo, y se paró al lado de su hermano, se le colgó al largo y fuerte

brazo, buscando protección en él.

Eliot había aprendido a lidiar y a amar esas características en las gemelas. Loren siempre fue más independiente, de las dos, fue la primera en caminar, nunca les tuvo miedo a los animales, cazaba muy bien, tenía una puntería envidiable y podía pasar la noche internada en el bosque. Mientras que Hannah, siempre fue más débil, la que hacía terribles berrinches en el supermercado, la que se quejaba por los mosquitos y, cuando se hizo señorita, se aprovechó de eso para ponerlos a todos como sus esclavos, asegurando que se moría de dolores, pero solo cuando ellos estaban cerca; de lo contrario, se mostraba perfecta.

A Eliot le preocupaba el sobrepeso de Hannah, no sabía cómo abarcar el tema sin hacerla sentir mal, nada tenía que ver con estética, era por su salud y porque era preocupante todo lo que había aumentado en tan poco tiempo. Debía saber si se trataba de algo emocional u hormonal.

Esperaba que no tuvieran que irse tan pronto, para poder hablar con ella sin hierla, de conseguir hacerlo, la llevaría al médico, para descartar cualquier problema.

Loren; por el contrario, pareció darse cuenta a tiempo y estaba mucho más delgada que la última vez que le había visto hacía cinco meses.

—¿Qué tienen pensado hacer hoy? —preguntó Hannah.

—Nada especial, solo una cena...

—¡Ay, no! Qué aburridos, no se cansan de estar aquí todo el tiempo, mejor vamos a comer fuera... —propuso Loren.

—Será mejor quedarnos en casa... —comentó Hannah, quien tenía una sorpresa preparada.

—Loren, es buena idea, cariño, pero esas comidas por fuera son muy condimentadas...

—¡Qué obediente, papá! Si hasta hace poco protestabas por tus comidas desabridas.

—Me he resignado —suspiró—. Además, no podemos dejar a Chenoa con toda la comida preparada, se ha esmerado mucho.

—Bueno, tienes razón —masculló—, pero ¿puedo poner música?

—Claro que puedes —dijo, seguro de que Loren era la alegría de la casa, ella era un maravilloso tornado que dejaba huella a donde llegaba.

Connor se apartó a un rincón, buscó su teléfono para llamar a Jennifer e informarle que sus hermanas habían llegado, no quería que eso la tomara por sorpresa, sobre todo, convencerla de que no desistiera de asistir a la cena con

su padre, esa noche debían despedirse y, por doloroso que fuera ese momento, quería hacerlo. Deseaba dejarle muy claro que él la estaría esperando para cuando volviera, que, en sus próximas vacaciones, quería que siguieran siendo los mismos.

Intentó en tres oportunidades y no contestó, imaginaba que venía en camino; pocos segundos después, escuchó un auto entrar a la propiedad, y el corazón se le instaló en la garganta.

Estaba seguro de que era ella, debía salir y avisarle con lo que se encontraría, así que terminó la llamada que estaba haciendo, se guardó el teléfono en el bolsillo de sus vaqueros y se encaminó a la salida.

—Connor. —Lo llamó Hannah, antes de que saliera y arruinara la sorpresa—, ven aquí...

—Ahora, ya vengo.

—Es solo un segundo, por favor —suplicó. Él no tuvo otra opción que ir con su hermana—. No vayas a salir, es una sorpresa para papá. —Le mostró un mensaje que solo decía: «Hemos llegado».

—¿Eso qué significa? —Le preguntó, con ganas de asegurarse de que no era Jennifer.

—Ya lo sabrás, espera un minuto.

Connor suspiró, decidido a esperar un minuto, porque no quería ser hostil con su hermana; que ella se diera cuenta que lo que tenía con Jennifer no afectaba en absoluto la relación entre ellos.

De repente, el sonido potente, melodioso y maravilloso de un mariachi se dejó escuchar en la casa, entonces, ella corrió a la puerta a abrir, sin perderse la cara de sorpresa de su padre.

Sabía que ese era un buen regalo para Eliot Mackenzie, uno bastante emotivo, porque ella recordaba muy bien que, cada vez que sus padres estaban de aniversario de boda, él llevaba a su madre a un restaurante mexicano y solicitaba el mariachis toda la noche, solo para que le cantaran a ella; dos años antes de que su madre fuese diagnosticada con cáncer, se habían ido a México por quince días.

Ella quería que su padre sintiera también la presencia de la mujer que tanto había amado, ese día tan especial para él.

Los hombres vestidos de charros empezaron a entrar en fila, sin dejar de tocar la melodía: «Paloma Querida». Así como Eliot llamaba a su mujer, de cariño; suponía que había sido por esa canción.

—Por el día que llegaste a mi vida, Paloma querida, me puse a brindar y,

al sentirme un poquito tomado, pensando en tus labios, me dio por cantar —entonaba con la voz potente el cantante, resonando por todo el lugar y por encima de los instrumentos.

En ese momento, Chenoa y Yoomee dejaron lo que estaban haciendo en la cocina y se fueron a la sala para ver la sorpresa, que estaban seguras le gustaría mucho a Eliot.

—Me sentí superior a cualquiera y un puño de estrellas te quise bajar, pero al ver que ninguna alcanzaba, me dio tanta rabia, que quise llorar —acompañó Eliot con su muy mal pronunciado español, se abrazó a sus hijas, sintiendo el pecho agitado de emoción y las lágrimas picándole en los ojos, porque ese gesto era perfecto y hermoso; le traía tantos recuerdos maravillosos y dolorosos, pero no quería estar triste ese día, debía estar feliz porque Dios le permitía otro año más de vida junto a sus hijos—. Yo no sé lo que valga mi vida, pero yo te la quiero entregar, yo no sé si tu amor la reciba, pero yo te la vengo a dejar —seguía cantando con la misma pasión con que muchas veces se la dedicó a su mujer.

Connor estaba feliz de ver los ojos brillantes de su padre, adoraba que estuviese disfrutando de ese momento tan especial, pero no podía, de vez en cuando, mirar la puerta, a la espera de que Jennifer apareciera; llevado por la ansiedad, sacó su teléfono y le escribió un mensaje.

Te estamos esperando, te estás perdiendo la mejor parte de la celebración.

La canción terminó y los mariachis, en inglés, felicitaron a Eliot; el intérprete le dijo que estaba ahí para complacerlo, así que podía decirle qué otra canción le gustaría escuchar.

El hombre, con las emociones burbujeando, no podía hablar; en ese momento, ninguna canción llegaba a su memoria, aunque su repertorio de favoritas era bastante extenso.

—Anda, papi, pide otra. —Lo instó Hannah, muy feliz por ver la dicha reflejada en los ojos de su padre.

—Es que no sé, no recuerdo. —Miró a Connor, solicitándole ayuda.

—¿Cómo es que se llama...? —preguntó—. Ma... Mátalas, ¿así se pronuncia? —titubeó, sin estar seguro de lo que había dicho.

—Mátalas —anunció el intérprete, manifestando que le había entendido.

—Sí, es esa... Le gusta mucho.

—Ven, papi, vamos a bailar. —Loren lo sujetó por ambas manos y empezó a danzar con él, sin saber si lo estaban haciendo bien o mal, solo disfrutando del momento.

—Mátalas con una sobredosis de ternura, asfixialas con besos y dulzura, contágalas de todas tus locuras. —Todos corearon el estribillo.

Loren le siguió el ritmo a su padre, viviendo con mucha intensidad ese momento, atesorándolo para tenerlo por siempre en su memoria, mientras los demás los instaban con las palmas.

Eliot, a pesar de estar cansado, hizo cambio de pareja y empezó a bailar con Hannah, quien también lo iluminaba con su hermosa sonrisa; no pudo dejar por fuera a su niña menor, su pequeña Yoomee, quien también se integró a la fiesta.

A pesar del lindo momento que estaban viviendo, Connor no podía evitar estar mortificado, porque Jennifer ni siquiera había visto su mensaje, eso le molestaba mucho. Si su plan era no asistir, debió decírselo, así él no estaría como un imbécil, esperando su llegada.

Más de una hora estuvieron los mariachis complaciendo a Eliot, en cuanto se despidieron, pasaron al comedor, donde continuaron la celebración con una cena especial que Chenoa había preparado.

Ya Connor había desistido de sus intentos por comunicarse con Jennifer, dejó el teléfono de lado y recuperó su orgullo. Trató de integrarse, lo mejor posible, a la celebración; casi todo giraba en torno a la vida de sus hermanas en la universidad, ellas no paraban de contar anécdotas que mantenían la atención de Eliot.

Yoomee miraba muy seguido a Connor, sabía que no estaba completamente cómodo porque Jennifer no había ido, no había cumplido con la promesa que tanto le hizo en los últimos días, en los cuales no se cohibieron en mostrarse cariñosos; incluso, los vio besándose en la terraza, eso no solo lastimó su corazón herido, sino que provocó que empezara a sentir algo de resentimiento hacia Connor, porque él ya era consciente de sus sentimientos; debía suponer que, mostrarse tan afectuoso con otra mujer, a ella le hacía daño.

En cuanto terminaron de cenar, Eliot les propuso ver una película; ninguno pudo negarse a la petición del cumpleaños, era su día y por eso harían todo lo que él quisiera.

Connor se fue a la cocina a preparar unas palomitas de maíz, solo para encontrarse con Chenoa, metiendo los platos en el lavavajillas.

—Deja eso para mañana, tómate un descanso, ¡por Dios! —Casi le suplicó, buscando en la alacena los paquetes para meterlos en el microondas.

—Estoy bien, deja que termine mis cosas, que después no puedo dormir, pensando en lo que quedó sucio —protestó ella.

—Entonces, deja que te ayude, para que vengas a ver la película con nosotros. ¿En qué te ayudo? —preguntó, muy atento a lo que ella hacía.

—Quítales los residuos a esos platos. —Le pidió, señalando los que todavía estaban en la encimera.

Connor obedeció, empezó a desechar los residuos en la papelera, y creaba una pila de platos cerca de Chenoa, para que se le hiciera más fácil meterlos a la máquina, mientras las palomitas empezaban a estallar en el microondas.

—Pensé que la señorita Rawson se quedaría para la celebración —comentó la anciana, solo por seguir un tema de conversación que le hiciera más amena la labor.

—Ni siquiera avisó que no vendría, supongo que estará ocupada arreglando el equipaje —respondió, tratando de no dejar en evidencia lo putamente molesto que estaba; sin embargo, empezó a arrojar con más energía los desperdicios.

—Pero ella estuvo aquí, no creo que ya esté desvariando, creo estar segura de haberla escuchado esta tarde y Hannah la recibió... Tú estabas en la barbería —comentó inocentemente.

—¿Estás segura, Chenoa? —preguntó, sintiendo que la bilis se le subía a la garganta, su rabia aumentaba, pero se cambiaba en dirección a su hermana.

—Eso creo, sí... Era la voz de la niña, Jennifer... Hasta ese motor ruidoso de su lujoso auto, que siempre pone nerviosos a los pájaros. —Trató de despejar sus propias dudas, lo que le dio la seguridad fue recordar lo inquieto que se pusieron «sus niños». Cuidar de ellos era su pasión, por eso

los tenía tan cerca en la gran jaula que estaba en la terraza trasera, ahí podía pasar muchas horas hablándoles.

La alarma del microondas avisó que las palomitas de maíz estaban listas, pero Connor no podía prestarle atención a eso, más que a sus atormentados pensamientos; dejó el plato sobre la pila y caminó hasta la sala.

—Hannah, ¿puedes venir un momento? —pidió, parado a poco más de dos metros.

—Ahora no, quiero quedarme aquí, con papi —dijo, acurrucada contra su padre, pero era porque sabía que ya Connor se había enterado de que la estúpida de Jennifer había ido y no la dejó entrar. Se lo había dejado totalmente claro el tono de voz que usó para llamarla.

—No te estoy preguntando, quiero que vengas ahora mismo.

—¿Qué pasa? —intervino Eliot, al notar que su hijo estaba molesto. Él no solía tratar de esa manera a las niñas.

—Nada, papá, todo está bien. Solo necesito hablar un minuto con Hannah. —Contuvo su rabia por el bien del único hombre que amaba.

—Pero yo no quiero hablar.

—Ve un momento, cariño —pidió Eliot, porque no debía desautorizar a su hijo.

—No quiero, papi, él solo quiere reprenderme...

—¿Y por qué tendría que hacerlo? —interrogó, desconcertado.

—Sí, dile a papá por qué no quieres venir a hablar conmigo. —La instó Connor.

—No tengo por qué hablar, si no quiero. —Se levantó para irse a su habitación—. No vas a obligarme, Connor.

—¿Por qué no dejaste entrar a Jennifer? Ella estaba invitada a la celebración. —La enfrentó mientras subía las escaleras.

—¡Porque no es parte de esta familia! —Se giró, mostrándose molesta—, y no la quiero en mi casa, no mientras yo esté aquí... Puede que a ti te haya engatusado, pero a mí no...

—¿Has echado a Jennifer? —Eliot no se lo podía creer.

—Sí, y lo haría mil veces... No tiene derecho de estar en esta casa.

—Sabes que Jennifer es quien está pendiente de papá, pasa casi todos los días aquí, es quien está haciendo su tratamiento de diálisis —explotó Connor—. ¿Cómo se te ocurre decir que no tiene derecho de estar aquí? Si es quien está velando por tu padre.

—Solo la tienes aquí porque estás enamorado de ella y has buscado

cualquier excusa para tenerla cerca, no porque papá la necesite, hay muchas enfermeras que harían el trabajo.

—Basta, Hannah, basta de discusiones en esta casa —protestó Eliot, mientras los demás miraban en silencio la contienda—. No tenías por qué negarle la entrada a Jennifer, era una invitada... Su familia y la nuestra nos hemos apoyado durante siglos... Entiendo que tengas tus diferencias con ella por cosas del pasado, pero la jovencita ha demostrado ser buena chica, he pasado mucho tiempo con ella, como para conocer el tipo de persona que es...

—Entonces, ¿la mala soy yo? —Se señaló a sí misma, mostrándose indignada.

—Probablemente —dijo Connor y la dejó boqueando de rabia.

—Claro, como te la llevas a la cama, para ti ahora soy la mala; solo tenías que enamorarte para anteponer a una mujer por encima de tus hermanas.

—¡Ay! ¡Por Dios! No digas tonterías —bufó, fastidiado.

—Hannah, respeta a tu hermano, él siempre ha estado para ustedes en todo momento, sé que las ama... Tampoco te permito que levantes calumnias sobre las demás personas.

—Ay, papá, si lo sabes..., se ve que eres su cómplice.

—Ya, Hannah, deja el drama, por favor. Connor puede hacer con su vida lo que quiera —medió Loren, quien no había viajado para ver eso, ella solo quería compartir con su padre.

—¡Está enamorado de Jennifer Rawson...!

—Y si así fuera, ¿cuál es el problema? —Se defendió Connor.

—Exacto, si así fuera, no hay problema... Es la vida de Connor, tú no te preocupas por nadie más que por ti misma —defendió Loren, que la conocía mejor—. Si ni siquiera estás pendiente de ellos, soy yo quien tiene que recordarte todos los días que los llames, te da igual lo que Connor haga; entonces, ¿por qué pretender hacerle la vida imposible ahora?... Solo haces todo esto para que Jennifer no salga ganando, no lo haces por Connor. —Miró a su hermano—. Deberías ir a ver a Jennifer, ya sabes que yo tampoco la soporto, pero si es la chica que te gusta, no seré quien se interponga en tus sentimientos. Eres el mejor hermano que pueda existir y sé que lo seguirás siendo.

Hannah sintió que Loren la exponía demasiado y, antes de dar la cara, prefirió correr a su habitación y encerrarse.

—Deja, yo me encargo, tú ve con Jennifer, pídele disculpas de mi parte —dijo Eliot, al ver las intenciones de Connor por seguirla.

—¡Genial! Hannah ha jodido los planes de ver película —protestó Loren, cuando su padre se levantó para ir a ver a la dramática de su hermana.

—El plan sigue en pie, regreso en un momento —dijo Eliot.

Connor caminó a la salida, agarró el sombrero que estaba en el perchero junto a la entrada y se lo puso. Salió de la casa, decidido a ver a Jennifer, lo peor era que ni siquiera sabía qué le había dicho Hannah, y no tenía ni puta idea de cómo afrontar la situación, porque seguía sin contestarle el teléfono.

Condujo hasta el rancho de los Rawson y se anunció en la entrada, sabía que era un poco tarde para molestar, pero debía aclarar la situación en ese momento, porque ella se iría y no tendría otra oportunidad.

Anna Mey lo recibió con la misma sonrisa bonachona de siempre, él se quitó el sombrero y se lo llevó al pecho, al momento de saludarla.

—Adelante, ya le informo al señor que está aquí.

Él quería decirle que no venía por Prescott, sino por Jennifer, pero dada las circunstancias, temía que ella no quisiera recibirlo, y de lo único que estaba seguro era que de ahí no se iría sin verla, aunque tuviera que escalar hasta su ventana.

—Gracias —dijo, mirando en derredor, esperando tener la fortuna de poder encontrarse a ella.

—¿Desea algo de tomar o comer? —preguntó con esa amabilidad que tanto la caracterizaba. Tenía la certeza de que Jennifer había recibido mucho amor por parte de esa mujer.

—No, gracias..., acabo de cenar. No podría con nada más. —Se llevó una mano al estómago en un gesto inconsciente, para reafirmar que se había excedido con la comida.

—Está bien, queda en su casa, puede sentarse.

—Gracias.

Ella lo había invitado a ponerse cómodo, lo cierto era que no conseguiría hacerlo, así que prefirió esperar de pie, empuñando el ala de su sombrero por los nervios.

—Buenas noches, Connor, qué bueno verte por aquí. —Prescott se acercó, ofreciéndole de inmediato la mano—. ¿Cómo sigues?

—Buenas noches, señor..., mejorando. —Se aferró al amigable apretón, no podía evitar sentirse estúpido y nervioso, pero tragó grueso, llenándose de valor—. Disculpe la hora, sé que es algo tarde.

—No te preocupes, suelo ser un animal nocturno... Siéntate, por favor. —Le hizo un ademán hacia el sofá.

—No, así estoy bien, muchas gracias.

—Bueno —suspiró—, tú dirás, ¿a qué se debe tu agradable visita?

—He venido porque me gustaría despedirme de Jennifer, tengo entendido que por la mañana regresará a Europa —habló con los latidos atorados en la garganta.

—Sí, debe volver a cumplir con sus estudios... De verdad, me gustaría que pudieras despedirte de ella, pero ya está dormida.

—Por favor. —Casi suplicó, imaginando que el hombre se la estaba negando.

—En serio, muchacho, se ha ido a dormir temprano; imagino que quiere estar descansada para mañana —confesó con pesar.

—Solo será un minuto, es importante que hable con ella.

Prescott guardó silencio por casi un minuto, miró a las manos de Connor, que apretaban el ala del sombrero, y después lo vio a los ojos.

—No le agradará que la despierte, se pondrá de mal humor.

—Asumo la culpa... —Se apresuró a decir.

—Está bien, ven conmigo.

Connor asintió con nerviosismo y siguió los pasos del hombre, sintiendo que llevaba en las manos no solo el sombrero, sino también el corazón.

El camino hasta la puerta de la habitación de Jennifer se le hizo eterno, pero una vez que estuvo en frente, pensó que necesitaría un poco más de tiempo para pensar en las palabras adecuadas con las que podría iniciar una conversación, sobre todo, porque sabía que esa sería la despedida.

Prescott tocó con precaución a la puerta y le echó un vistazo a él.

—Jennifer, cariño. —La llamó y volvió a tocar—. Pequeña, ¿estás despierta. —Negó con la cabeza y frunció la boca, haciéndole saber a Connor que su hija no atendería.

—Una vez más, por favor... Si no despierta, me iré —prometió en un susurro.

El hombre asintió y volvió a tocar, debía darse por vencido, pero no quería hacer trizas las esperanzas de Connor. Estaba seguro de que algo no muy agradable había pasado entre ellos, si él estaba ahí para solucionarlo, más le valía que lo hiciera.

—Jennifer. —Tocó una vez más.

—¿Qué pasa, papá? —Se dejó escuchar la voz ronca y pausada de ella.

—Cariño, ¿puedo entrar? —preguntó, mirando a Connor.

Jennifer se giró en la cama y tomó su teléfono de la mesita de noche, vio

que todavía era demasiado temprano para irse al aeropuerto, si era para eso que la llamaba; inevitablemente, se dio cuenta de todas las llamadas perdidas de Connor.

—Jennifer, ¿estás bien?

—Sí, papá, entra. —Lo invitó y se volvió a prender la luz del velador, quizá solo quería darle un beso de buenas noches, y lo que ella menos deseaba era iluminar por completo la habitación, porque se le esfumaría el sueño.

—Puedes entrar. —Le murmuró a Connor.

—Gracias, señor, prometo que será rápido..., y me comportaré.

Prescott le regaló una significativa mirada, le palmeó un omóplato y luego se marchó, cabizbajo.

Connor contuvo el aliento al tiempo que abría la puerta y podía sentir los latidos de su corazón en las sienes, incluso, él mismo podía escucharlos.

Jennifer estaba acostada de medio lado, pero en cuanto vio que era Connor quien irrumpía en su habitación y no su padre, se incorporó.

—Quiero que te vayas ahora mismo de aquí —exigió, señalando la puerta que él acababa de cerrar.

—Necesitamos hablar —dijo, avanzando. Al tratar de mermar sus nervios, casi hacía polvo el sombrero.

—No, no tenemos nada de qué hablar. No quiero hablar contigo, nunca más..., miserable, bastardo.

—No importa cuánto me insultes, no me iré de aquí sin que hablemos. — Le dejó claro, ella agarró el portarretrato que tenía sobre la mesita de noche y se lo lanzó con fuerza, pero Connor supo esquivarlo con sus excelentes reflejos—. No sé qué te dijo Hannah, para que estés actuando de esta manera.

—¿No lo sabes? Yo apostaría a que sí.

—En serio, no lo sé, por eso estoy aquí, para aclarar la situación.

—¿Qué pretendes con todo esto?, ¿qué es lo que quieres ganar? Si lo que quieres es verme llorar, estás perdiendo tu tiempo, porque nada de lo que hayan hecho Hannah y tú me afecta... —hablaba y lo veía avanzar más—. No te acerques, lárgate de mi habitación.

—No sé lo que te dijo, pero sea lo que sea, estaba mintiendo, te lo juro... Me he pasado toda la noche esperándote, terminé molesto contigo por habernos plantado y no responder mis llamadas, hasta que Chenoa me dijo que sí fuiste... Yo no estaba en casa, había llevado a mi padre a la barbería... Cuando llegamos, Loren y ella estaban en casa, nos sorprendieron; en serio, no las esperábamos... De haberlo sabido, te lo habría dicho.

—No voy a creer en nada de lo que me digas, ya fue suficiente, no sigas con las mentiras...

—No te estoy mintiendo —resopló, exasperado—. Acabo de discutir con ella por ti.

—¿Y qué?, ¿acaso esperas que te lo agradezca?

—No, no es eso lo que quiero.

—Entonces, ¿qué? ¿Qué quieres?

—Que me escuches, quiero que me escuches.

—Estás hablando, pero no importa cuánto expliques, no voy a creerte...

—¡Te quiero! —La interrumpió, exponiendo sentimientos de los que él ni siquiera era plenamente consciente.

Jennifer se quedó pasmada por casi un minuto, viendo el evidente influjo de la respiración de él en su pecho.

—Maldito mentiroso. —Agarró lo primero que tenía a mano, su teléfono y, con fuerza, se lo lanzó; pero, una vez más, él era más rápido y evadía el golpe.

—Si fuese un mentiroso, no estaría aquí.

—Oh, sí, claro que sí, sobre todo, si solo buscas lastimarme; pero no pierdas tu tiempo, nada de lo que digas me afecta. Si crees que con venir aquí y decirme palabras superficiales me pondrás a tus pies, estás muy equivocado, Connor Mackenzie... Muchos han sido los hombres que han usado antes esas patéticas palabras, pero a ninguno les ha funcionado, ¿por qué pensaría que contigo sería distinto?

—Porque no son solo palabras, es lo que siento..., es de verdad... y..., y... sé que quizá tú por mí nada sientas, que todo lo que hemos vivido para ti sea una distracción, pero para mí ha sido especial, ha sido algo distinto... Me has mostrado que hay otras pasiones, más allá de los caballos... Tú también me apasionas.

—Entiendo, el formidable plan que has armado con tu hermana es que me crea todo esto y que desista de hacer mi vida... —Lo vio dar otro paso, y ella cerró los ojos con fuerza—. ¡No te acerques, maldita sea! No vas a conseguir nada, así que vete ya.

—Puedes castigarme con todo tu desprecio, pero quiero que sepas que no he venido aquí con mentiras... —Dejó de ser cauteloso y avanzó, ella se levantó intempestiva de la cama, se paró sobre el colchón y mantuvo una posición de defensa—. No entiendo por qué crees en las palabras de una mujer que es tu enemiga, y no crees en todas las cosas que hemos vivido en

estos meses. Solo tú y yo sabemos lo que hemos compartido..., estoy poniendo mi puto orgullo a tus pies, y no puedes verlo.

—No importa todo lo que digas, mañana me voy... —En ese momento él estiró las manos, ella le dio varios manotazos, quiso alejarlo o alejarse, pero no consiguió ninguna de las dos; Connor logró aferrarse a su cintura, la abrazó con fuerza y pegó su mejilla contra su pecho, e iba a darse cuenta de que su corazón estaba a punto de estallar.

—No he venido aquí para impedir que te vayas, yo quiero que vayas por tus sueños, que persigas tus metas... Solo he venido a despedirme y a decirte que no importa a dónde vayas o dónde estés, ni el tiempo que pase; aquí, en Wyoming, en estas tierras, siempre habrá un hombre esperando por ti, un hombre que te quiere de verdad... Y si algún día quieres volver y tener una vida feliz, aquí tendrás un compañero, un amante, un amigo, un rival, si lo que quieres es reñir... Aquí siempre encontrarás el amor.

Ya dado por vencido y antes de que las lágrimas le ganaran la partida y ella lo viera tan débil, la soltó sin atreverse a mirarla a la cara una vez más; retrocedió un par de pasos y se puso el sombrero, cubriéndose con la visera lo más posible su rostro.

Jennifer continuó en silencio, entonces, él supo que nada haría ahí; se giró y se marchó, cerrando la puerta y dejando un silencio tal, como si nunca hubiese entrado.

Ella tenía las piernas temblorosas, así que se dejó caer de rodillas en la cama, todo su ser estaba agitado por las emociones que la azotaban. Se quedó mirando ese espacio que, segundos antes, había estado habitado por Connor, mientras dentro de ella latía una inmensa necesidad por salir corriendo y evitar que se fuera; pero sus miedos no le permitían que siquiera se moviera.

Solo estaba ahí, inmóvil, encadenada por sus temores, sintiéndose segura detrás de la muralla, pero no feliz. En realidad, no tenía caso seguir resguardada en un castillo en el que solo se hacía daño a sí mismo, el lugar al que no dejaba entrar a nadie, para que no la lastimaran, pero ¿acaso ella misma no se castigaba? ¿No sería bueno, intentar, por lo menos, dejar que alguien más quisiera sufrir con ella en la cárcel de sus miedos?

Arriesgarse a ser feliz, aunque fuesen unos meses, unos días, quizá, unas horas y; después, afrontar las consecuencias con valentía. En un arranque de coraje, salió de la cama y corrió a la puerta; no iba a ponerse a pensar, por temor a arruinar ese momento único de fortaleza, que no sabría si algún día iba a volver a tener.

Corrió escaleras abajo y lo vio justo antes de que abriera la puerta.

—¡Connor! —Lo llamó para detenerlo, él se volvió y se acomodó el sombrero para mirarla.

En pocos segundos, Jennifer se estrelló contra él, se le lanzó encima y lo abrazó por el cuello. Él no pudo evitar gemir ante el dolor que eso le provocó; sin embargo, no perdió la oportunidad de corresponder a ese abrazo; que la tuviera ahí con él, valía todo ese dolor que se le esparcía por el cuerpo.

Jennifer lo miró a los ojos, le quitó el maldito sombrero que no le dejaba apreciar ese rostro perfecto que poseía, porque quería estar muy segura de lo que iba a decir; no quería tener dudas, no quería arrepentimientos; lo miró y lo miró por mucho tiempo. Él quiso besarla, pero ella lo rechazó, todavía no había mirado hasta el último poro en esa cara.

Segura de que, físicamente, ese hombre le gustaba muchísimo, de que sus rasgos eran armoniosos, fuertes pero, sobre todo, perfectos para ella, sí lo besó.

Por temor a que sus ojos la engañaran, se aventuró a poner mucha atención a todas esas sensaciones que recorrían su cuerpo cada vez que él la besaba, y las comparaba, sí; necesitaba contrastar lo que sentía con él, con todo lo que había sentido con otros, porque estaba a punto de tomar una decisión muy importante.

Y no, nada de lo que sentía tenía punto de comparación alguno, eso era mucho más que físico, más que sensorial; era algo extremadamente emocional. Connor le hacía sentir que estaba viva y que, estarlo, no era una tortura; disfrutaba con sus besos y miradas, disfrutaba de él por entero. Con él, el tiempo se detenía, y así quería tenerlo siempre. Aprovechaba con su beso ese momento que lo tenía ahí, con ella.

—Quiero que sepas... —susurró, mirándolo a los ojos y acariciando con su nariz la de él—, que, en Cambridge, todos los días y en todo momento, estará esta mujer extrañándote; que no podrá estar bien porque ha tenido que dejar a su amigo, su rival, su vaquero salvaje y su amante, que también espera por ella en este solitario lugar... Voy a extrañarte tanto, Mackenzie —musitó, buscando otro beso.

—Espera. —Se alejó unos centímetros para no ser besado—. ¿Eso quiere decir que también me quieres?

—Ni lo sueñes, vaquero. —Plegó sus labios en una sonrisa tranquilizadora.

—Puede que sea un tanto bruto, pero sé muy bien interpretar lo que

acabas de decirme... Has dicho que me quieres.

—He dicho que te amo... y, en serio, espero encontrar por siempre el amor en ti.

—Siempre, siempre. —Entonces sí, volvió a besarla y, poco a poco, la bajó y la puso en el suelo, porque amaba a esa mujer, pero el dolor de sus costillas fracturadas quería hacer la competencia, para demostrar cuál sensación era superior.

Alana y Prescott estaban acucillados detrás de la isla de la cocina, donde les había tocado esconderse, ya que se estaban tomando un té, cuando escucharon a Connor bajar las escaleras, y adivinaron que el joven no iba a querer despedirse.

—Te lo dije —murmuró el hombre, algo quejoso—. Sabía que terminarían enamorados. —No podía ocultar el brillo en su mirada, eso para él, era como un deseo concedido, porque sabía que el día que él ya no estuviera, Connor cuidaría muy bien de sus tierras; aunque, verdaderamente, esperaba que tuvieran hijos pronto, para asegurar la descendencia.

—No importa con quién, solo deseo que sea un buen hombre, que valore a mi hija. —Ella, que no era tan apegada a las tierras, le importaba más la felicidad de Jennifer.

—Connor es el indicado —dijo, sonriente—. Pero ya me duelen las rodillas. —Se quejó—, ¿te puedes asomar un poco para ver qué hacen? Necesito estirar las piernas.

Alana apoyó las manos en la encimera de mármol y subió un poco, solo para asomar sus ojos.

—Se besan —secreteó, regresando a su postura detrás de la isla.

—¿Y qué hacemos?, ¿les dejamos saber que estamos aquí? —preguntó el hombre—. Es que ya no aguanto mis rodillas.

—Es mejor no interrumpir, siéntate en el suelo.

Prescott inhaló y, tratando de cuidar sus articulaciones, se sentó, sintiendo más alivio mientras se masajeaba las rodillas.

Connor y Jennifer continuaban besándose, regalándose caricias y miradas.

—¿Quieres acompañarme...? —Le preguntó ella, acariciándole el cuello —, ¿a un lugar especial?

—A donde quieras.

—No digas «a donde quieras», porque si te pido que vengas conmigo a Cambridge, no lo harás.

—Sabes que no puedo, no por ahora... Pero puede que, en algún momento, te haga una visita.

—Mejor trágate tus palabras, no me ilusiones.

—Está bien..., entonces, vamos a donde quieres ir en este momento.

—Primero tengo que cambiarme... —Lo sujetó por la mano y lo haló, llevándose con ella.

Ese fue el momento ideal para que Alana y Prescott pudieran salir de su escondite e irse a un lugar más cómodo.

En la habitación, Jennifer se cambió el pijama por una ropa más abrigadora. Salieron de la casa tomados de las manos, de vez en cuando, detenían sus pasos para darse uno que otro beso.

—Papá me pidió que te pidiera disculpas en su nombre, por lo que hizo Hannah; en serio, yo no sabía nada... Incluso, te llamé muchas veces para advertirte de que mis hermanas estaban en casa... Ahora entiendo por qué no contestaste. ¿Qué te dijo?

—Eso ya no importa, porque me has demostrado que todo lo que dijo fue mentira.

—Ella sospecha que nos queremos, me expuso frente a todos.

—No sospecha, está segura.

—Pero te juro que no le he dicho nada.

—En medio de la discusión, le confesé que estábamos teniendo sexo... Me encontraba molesta, sí. —Intentaba disculparse.

La reacción de Connor fue volver a besarla bajo aquel cielo estrellado, en medio de la nada, para después, seguir con su camino. Llegaron al establo de Castiel, ella se acercó y acarició al animal.

—¿Quisieras cuidarlo por mí? Solo hasta que regrese —comentó mientras le acariciaba la frente, de quien ya se había despedido entre lágrimas.

—Bueno..., es que...; no sé..., este es un caballo muy fino, no sé si tu padre así lo quiera —habló él, verdaderamente halagado.

—Ya lo hablé con él, quedamos en que te lo llevaría, solo que no te había preguntado. —Se alzó de hombros—. Confío en que tú lo cuidarás mejor que nadie.

—Está bien, lo cuidaré por ti y para ti... Él también estará esperando tu regreso.

Se abrazaron con pertenencia, una vez más, se besaron con devoradora pasión y se prodigaron caricias ardientes.

—¿Habrás una manera de evitar que le quede grabado a mi padre lo que

quiero hacerte en este instante? —preguntó, desabrochándole el cinturón.

—Sí la hay —dijo, emocionado, le dio un beso en la nariz y se fue hasta la viga principal, que tenía una de las cinco cámaras; la trepó con cuidado y tiró del cable que conectaba a esa y al resto.

Luego, regresó con Jennifer, donde ella hizo todo lo que quiso con él; sin embargo, Connor no pudo dar todo de sí, porque el dolor en su costado le recordaba constantemente que todavía no estaba apto para ese tipo de actividad.

No le quedó más que ser manso, acostarse sobre el heno y dejar que ella hiciera, prácticamente, todo el trabajo; aunque, todo eso le sirvió para admirarla mejor, para quedarse con esa imagen de la mujer extasiada cabalgándolo. Grabó cada gesto de placer que se apoderaba de su cara, cada caricia que ella misma se ofrecía y cada sonido emitido, con lo que reafirmaba que Jennifer lo había cautivado y enloquecido.

Tras sus constantes jadeos de placer, sus temblores y respiraciones agitadas, se quedaron abrazados muy quietos y en silencio, brindándose tiernas caricias y miradas eternas.

Hasta que llegó el momento de ella partir, él se ofreció a llevarla al aeropuerto, pero Jennifer le dijo que no le gustaban ese tipo de despedidas, que solo quería quedarse con esa que habían tenido ahí en el establo.

No pudieron evitar que algunas lágrimas se les escaparan, junto con la promesa de que se mantendrían en contacto todos los días.

La primera semana fue bastante difícil para ambos, a pesar de que hablaban por teléfono dos veces al día, no podían evitar que la nostalgia los embargara y el deseo por volver a verse se hiciera más intenso.

Connor le mostraba que estaba cuidando muy bien de Castiel, siempre que lo cepillaba era el momento ideal para hacer una videollamada, le era de mucha ayuda la diferencia de horarios, porque cuando él trabajaba, ya ella había salido de clases, así que no interfería en los importantes horarios de la universidad.

El tiempo, algunas veces, se estancaba y, en otras, parecía volar, porque casi sin darse cuenta habían pasado dos meses. Para Connor no estaba siendo fácil porque Jennifer estaba lejos, Hannah no le hablaba y Yoomee se había marchado a Canadá, deseaba estar con sus padres y empezar su carrera universitaria allá; sin embargo, sabía que detrás de esas decisiones estaba lo que sentía por él e; inevitablemente, no podía evitar sentirse mal, sobre todo, porque su padre la extrañaba muchísimo, y él también.

Prescott Rawson, lo visitaba una vez por semana, para ver cómo estaba Castiel; algunas veces, él también iba a conversar un rato con sus suegros, todavía le costaba un poco asimilar ese parentesco, pero era mejor ir haciéndose a la idea, porque cada día las ganas por tener algo verdaderamente serio con Jennifer aumentaban. No era un secreto para nadie la relación que ellos tenían y, fuera de Hannah, todos estaban de acuerdo y contentos con la unión.

Para Jennifer también estaba siendo extremadamente difícil, sobre todo, controlar su famélico apetito sexual que, según su psicóloga, no era más que una consecuencia de esos abusos que sufrió de niña, y que debía canalizar.

Empezó a hacer sus sesiones con Shannen más regulares, cuando estuvo a punto de serle infiel a Connor y, se sintió tan culpable, como si verdaderamente lo hubiese sido.

Entre lágrimas le suplicó a Shannen que le ayudara a encontrar el control sobre sus decisiones, porque, por primera vez, quería estar en armonía con su cuerpo y emociones. No quería tratarse como un objeto, no quería usarse para encontrar un placer que, a los minutos, se convertiría en la más terrible tortura.

Le comentaba con desesperación y lágrimas que si solo existiera un

medicamento que calmara su furor uterino, sería mucho más fácil sobrellevar su hipersexualidad. Se reprochaba constantemente haber caído tan bajo y se preguntaba en qué momento se permitió recuperar el poder de su sexualidad con sexo.

Shannen le decía que su situación no era una enfermedad, porque sus conductas no eran compulsivas, que solo tenía que controlar sus emociones; entonces, no sabía por qué se sentía enferma, por qué exactamente pensaba que su necesidad sexual la consumía tanto como un cáncer.

Su psicóloga le pidió permiso para integrar a sus terapias a una sexóloga que, en su diagnóstico, le reafirmó que no sufría de hipersexualidad, porque a pesar de tener un deseo sexual alto, este no había interferido directamente con su vida; todavía conseguía cumplir con sus compromisos, asistir a clases normalmente o compartir con amistades...; en fin, el sexo todavía no había absorbido su vida social, lo que hacía un problema totalmente reversible.

Entre las dos especialistas habían conseguido una significativa mejoría apenas en unas cuatro semanas. No fue a consecuencia de medicamentos, sino de algunas terapias de meditación, como el yoga, también empezó a asistir a un grupo de apoyo y; por extraño que pudiera parecer, se dio cuenta de que su problema era bastante común, pues su grupo era de unas veinte personas.

Ahí conoció a varias mujeres que habían perdido a sus maridos a causa de ese problema, quienes afirmaban que si hubiesen buscado ayuda a tiempo, todavía estarían al lado de esos buenos hombres, que las amaban y valoraban.

El primer mes fue el más difícil, porque fue de abstinencia total, en el que ni siquiera se les permitía la autoestimulación, ni ver pornografía; después, le permitieron incorporar a Connor, quien, evidentemente, no sabía; su mayor reto fue verlo masturbarse por dos semanas, sin que ella pudiera hacer nada, solo mirarlo y soportar.

Deseaba tanto ser digna de Connor, que se esforzó, sufrió en silencio todo ese tiempo y; tres meses después de haber iniciado con el tratamiento, le concedieron el permiso para acompañar en la aventura a su pareja. No necesitó que él la tocara, solo saber que la estaba mirando e indicara cómo jugar con el juguete sexual, para vivir con extrema intensidad un orgasmo.

Con los días, tuvo la certeza de su mejoría, porque no estaba en busca de más; un par de orgasmos, tres veces por semana, la mantenían satisfecha; lo que le daba Connor, a través de una cámara, era suficiente, aunque admitía que lo deseaba como a nada, pero solo a él, solo fantaseaba con él; ya ningún otro entraba en sus pensamientos.

Poco a poco, había dejado de ver a cada hombre como un objeto sexual, ahora podía ir por la calle sin mirar primero el bulto entre sus pantalones y pensar si era bueno en el sexo; a muchos ignoraba por ir sumida en sus pensamientos, que la mayoría del tiempo estaban en Wyoming y; a otros, simplemente, los miraba a la cara, pero sin sentir nada.

A pesar de la presión constante de sus estudios, sobre todo, porque ese año había conseguido entrar a la escuela clínica, tras finalizar los tres años de formación preclínica y un proceso de entrevistas adicionales, en las que la mayoría no conseguía aprobar. Ella era una de las afortunadas o, mejor dicho, de las que más se había esforzado por conseguir un puesto en la escuela del Hospital de Addenbrooke.

Estaba considerando seriamente aprovechar el fin de semana libre para ir a ver a sus padres y, por supuesto, a Connor, porque cinco meses sin sentir el calor de sus brazos iba a enloquecerla, incluso, más que todo, el estrés estudiantil.

Todavía faltaban dos meses para poder tener una semana libre, y no sabía si conseguiría soportar más, jamás había deseado tanto volver a Wyoming, como ese día; en especial ese día, porque extrañaba demasiado a Connor.

Sus compañeras de clases parloteaban sin cesar, estaban programando una cena para esa noche, pero ella no estaba ahí, su mente y espíritu se hallaban al otro lado del Atlántico, en aquellas montañas nevadas; imaginaba lo que Connor estaría haciendo en ese momento, probablemente, apenas estaría desayunando o de camino a las caballerizas, para empezar a trabajar.

De repente, como si su mayor anhelo se hiciera realidad, su mirada captó a un rubio, alto, vestido de traje pero sin corbata, recostado contra un auto, con las piernas cruzadas y los brazos sobre el pecho, sonriéndole de esa manera que solo el hombre que le había domado el corazón podía hacerlo.

Le fue un tanto difícil distinguirlo, al no verlo con sus vaqueros y camisa de cuadros, tuvo que estar muy segura de que ese maravilloso espécimen era Connor Mackenzie.

Gritó, sí, gritó muy fuerte por la emoción, ganándose la mirada de muchas personas, pero eso no le importó, brincó y gritó en varias oportunidades, mientras él solo sonreía.

—¡No lo puedo creer!, ¡no lo puedo creer! —exclamaba en su carrera hacia él.

Sin frenos se estrelló contra él, que la recibió con los brazos abiertos y la cargó; ella se aferró con sus piernas a las perfiladas caderas y enterró su

rostro en ese cuello caliente. Sin poder evitarlo, sus emociones la sobrepasaron y empezó a llorar, mientras él le acariciaba la espalda.

—¿Estás aquí? Oh sí, estás aquí —chilló, emocionada, acariciándole con manos temblorosas el rostro.

—Te dije que vendría, pero quisiste zanjar el tema en ese momento...

Connor no pudo decir más porque ella lo calló con besos desesperados, sonoros besos que caían casi sin control sobre su boca. Fue él quien la tomó por la nuca e hizo el beso más duradero, más íntimo, más intenso y excitante.

—¿Por qué no me avisaste? —preguntó apenas pudo liberarse un poco para tomar aliento, y empezó a limpiarle con la mano las huellas de ese beso.

—Quería sorprenderte, solo eso... Te he extrañado tanto, casi me parece mentira que por fin te tengo entre mis brazos.

Ella volvió a plantarle otro beso y se abrazaron fuertemente, una vez más.

—Iba a enloquecer, no sé cómo haré para soportar tanto tiempo sin ti.

—Sé que podrás, eres fuerte.

—Necesito que vayamos a tener sexo, sexo de verdad... Te necesito, Connor —murmuró en el oído de él.

—Te llevaré al hotel y no saldremos de esa habitación en todo el fin de semana, te lo prometo, pero ahora mismo... —La bajó con cuidado, poniéndola en el suelo—, necesito que te gires y veas algo que tengo para ti...

—No son flores, ¿cierto?

—No, nada de eso.

Jennifer seguía con una sonrisa imborrable, se dio la vuelta y lo primero que vio fue un estuche con un anillo de compromiso.

—Connor quiere pedirte que seas su esposa, pero está muy nervioso para hacerlo. —Le dijo Prescott, con una sonrisa que iluminaba sus ojos azules, al tiempo que salía del auto.

Jennifer se tapó la boca con ambas manos, por temor a que su quijada cayera al suelo, era demasiado en una sola imagen. No sabía qué hacer primero, si agarrar el anillo o abrazar a su padre.

—¡Papi! —No era que no apreciara el anillo, solo que quería recibir a su padre con un efusivo abrazo.

—Cariño, me alegra tanto verte —confesó, abrazado a su única y preciada hija, su mayor tesoro.

—A mí también, te he extrañado tanto.

Jennifer se alejó y recibió el anillo, solo cuando lo tuvo en la mano se

dio cuenta de que tres pequeñas herraduras por cada lado, eran las que sostenían los tres diamantes; no era nada extravagante, por el contrario, era delicado y hermoso.

Se giró a donde estaba Connor con una clara mirada de preocupación.

—¿Me lo pones? —pidió, ofreciéndoselo.

—¿Te gusta? —Lo recibió todo tembloroso y tragó en seco.

—Me encanta, es hermoso, es perfecto...

—Sé que es muy apresurado de mi parte... —dijo mientras le ponía el anillo—. No tienes que aceptar si no quieres, tampoco tenemos que casarnos mañana o en un mes, tú puedes poner el tiempo que te...

—Ya cállate, Mackenzie, los nervios solo te dejan decir tonterías —habló, admirando el anillo en su dedo.

—Es que no me has dicho nada.

—Todavía no te daré mi respuesta, tenemos una conversación pendiente... Luego de eso, tomaremos la decisión.

Sabía que no iba a ser fácil, pero Shannen le había dicho que, para sanar todas sus heridas, debía ser sincera con Connor, que tenía que contarle su pasado y de esos miedos que tanto la atormentaban, así dejaría de sentir que lo estaba engañando; sin embargo, le aterraba que él la rechazara, que no quisiera compartir su vida con alguien que llevaba a cuesta ese problema.

Trató de no mirar tanto el anillo, para no encariñarse demasiado con este, porque no podía asegurar que terminaría perteneciéndole.

—Entonces, ¿vas a torturarlo después de un viaje tan largo? —preguntó Prescott.

—Solo un poco. —Le guiñó un ojo a su padre y volvió a mirar a Connor—. Por cierto, ¡qué guapo luces así! Por poco ni te reconozco.

Sus compañeras de clases se habían marchado, seguramente, no querían interrumpir, después de que ella se olvidara de su existencia.

—Gracias, quise mostrarte otra faceta de tu vaquero —comentó, echándose un vistazo.

—¿Ya comiste? —preguntó Prescott.

—No, ¿y ustedes?

—Tampoco, nos pasamos del aeropuerto a buscarte... ¿Nos recomiendas algún lugar? —pidió.

—Sí, claro.

—Entonces, vamos. —Connor le abrió la puerta del auto que habían alquilado.

Jennifer se encargó de programar en el GPS la dirección a la cual iban, un restaurante con buena comida y poco concurrido.

—¿Qué te parece Cambridge? —Le preguntó a Connor, tomándole la mano.

—Bonita, bastante histórica...

—Pero te sigue gustando más la cordillera Teton —intervino, sabiendo que el gran amor de Connor eran sus tierras.

—Así es; claro, podría venir y pasar temporadas aquí... No es que no pueda vivir por un tiempo en la ciudad.

—¿Cómo está Eliot?, ¿qué te dijo cuando se enteró de que venías? —preguntaba, muy entusiasmada, sin soltarle la mano y sin apartar su mirada de él.

—Está bien, sigue con el tratamiento... Estoy tratando de convencerlo de hacerse las pruebas para lo del riñón biónico. En cuanto supo que quería venir a verte, casi me echa del rancho para que dejara de lado las dudas... Te tiene mucho aprecio.

—Yo también lo quiero mucho, es una pena que el hijo no sea tan adorable.

Connor la miró de reojo en un gesto entre divertido y de reproche, entonces, Jennifer elevó la mano y le plantó un beso en el dorso. Luego miró hacia atrás, donde estaba su padre.

—¿Cómo está mamá?

—Bien, quería venir, pero está en medio de un juicio importante; te mandó todo su cariño, me dijo que en cuanto termine, se tomará una semana libre para venir a visitarte.

Siguieron conversando hasta que llegaron al restaurante, le sugirió a Connor comida y bebida típica del lugar, la cual disfrutó bastante.

—¿En qué hotel reservaste? —Le preguntó a su padre.

—En el de siempre. —Sabía que no podía quedarse con su hija porque ella vivía en un apartamento de una sola habitación; era bastante amplio, pero no contaba con la privacidad suficiente para más personas.

—¿Te quedarás conmigo? —Le preguntó a Connor. Vio cómo tragó grueso, sin masticar el pedazo de carne, e hizo una seña con los ojos hacia Prescott—. Connor, papá debe suponer que ya hemos tenido relaciones íntimas y que no estará mal si quieres quedarte conmigo.

—Por supuesto, considero que es mejor que se quede contigo. Yo me llevaré el auto al hotel, ustedes se quedan con el tuyo —habló Prescott, muy

natural sobre el tema; ya había contado con tiempo suficiente para asimilar la situación—. Solo espero que tengan, por lo menos, un par de horas para salir a recorrer un poco la ciudad.

—Sí, claro, definitivamente. —Se apresuró a decir Connor.

—Lo haremos, papá; esta noche podemos salir a cenar juntos... ¿Te parece?

—Bien.

Terminaron de comer y Connor condujo hasta el apartamento de Jennifer, donde bajó su maleta y se quedó con ella, mientras que Prescott siguió hasta el hotel.

Nada más cerrar la puerta, empezaron a arrancarse la ropa en medio de apresurados besos, y no se detuvieron hasta terminar extasiados en la alfombra, prodigándose caricias, miradas y más besos.

Se susurraban cuánto se habían extrañado y todo lo que se amaban, se contaban cosas que ya se habían hablado por teléfono, porque sentían que todo para ellos se detuvo meses atrás, cuando tuvieron que despedirse.

Jennifer llevó a Connor a su cama y volvieron a unirse en cuerpo y alma, no tenían la más remota idea de cuánto tiempo había pasado, porque lo único que les importaba era amarse con toda la pasión contenida por meses.

Ella fue a la cocina y regresó con un par de bebidas energéticas, para aplacar la sed que dejaba una buena faena de sexo. Connor le dio un gran trago y después dejó la lata sobre la mesita de noche, le quitó la de ella y la puso junto a la suya.

—Ven aquí. —Le dijo, tomándola de la mano y se la llevó junto a su cuerpo.

Jennifer se acomodó para acurrucarse contra él, deleitándose con jugar con los bellos de su pecho. Había perdido la cuenta de todas las veces que había deseado sentir eso, de mirarse en esos ojos, de percibir su olor y sentir su calor.

—Dijiste que teníamos una conversación pendiente, quiero que sepas que estoy preparado para escucharte —susurró, acariciándole con lentitud el pelo, y pudo sentir cómo ella se tensó—. Sea lo que sea, te prometo que todo estará bien.

—No prometas algo de lo que no puedas estar seguro de perdonar —musitó y le esquivó la mirada, detuvo su caricia al sentir que el pecho de él se agitaba.

Connor inhaló profundamente, pensando en lo peor, preparándose para

poner en una balanza el amor y la traición. Después de todo, era humano, las dudas y celos lo torturaron muchas veces; sin embargo, logró mantener firme su confianza, porque sabía que, sin eso, no había nada, sin eso no habría relación.

Principalmente, cuando se obligó a no traicionar la de Jennifer, en el momento que tuvo un par de oportunidades de saciar el mero apetito sexual, con mujeres con las que ya había tenido la fortuna de conocer íntimamente y sabía que habían sido buenas experiencias, siguió fiel a ella y a sus sentimientos.

—Te escucho.

—¿Me amas? —preguntó ella, con un gran nudo de angustia en la garganta.

—He dejado Wyoming por primera vez en mi vida, te he traído un anillo que yo mismo diseñé, te pienso cada minuto de mis días, aún dormido sueño contigo... Si esto no es amor, no sé qué será... Te amo, Jennifer, pasó rápido, sin darme cuenta, pero pasó y me gusta estar enamorado, me gusta mucho estar enamorado de ti.

—Te pido que me ames. —Con sus dos manos sudorosas, tomó con fuerza una de las de él, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas y lo miraba directamente a las pupilas—, que lo hagas más de lo que lo has hecho en todo este tiempo... Ámame mucho, pero mucho, mientras te confiese algo, ámame como a nada ni a nadie... —De manera inevitable, se le derramó una lágrima, lo que verdaderamente preocupó a Connor—, porque voy a precipitarme al abismo de mi mayor miedo, voy a ir al pasado, donde mi vida cambió, aunque tú ya me conociste destrozada... Sabrás por qué, estar en Wyoming, me hace mal. En los próximos minutos estaré en mi propio infierno, y te pido que no sueltes mi mano, no me dejes caminar sola sobre las brasas...

—Aquí estoy, contigo... —murmuró, mirándola a los ojos; puso su otra mano encima de las de ella y la apretó con fuerza—, y no te dejaré caer.

—Hace mucho tiempo..., cuando yo tenía siete años, quizá ocho, no lo recuerdo bien porque mi mente lo bloqueó por un tiempo... —Jennifer le contó todo lo que le había pasado y cómo, todo eso, había interferido con su personalidad y sexualidad. Llegando el punto de su casi traición, ya ella sollozaba e hipaba—. Pero no lo hice, te juro que no lo hice... Busqué ayuda, la busqué por ti, porque quiero ser digna de tu buen corazón.

Connor la escuchó sin interrumpirla, pasó por un sinfín de emociones, desde impotencia, odio, dolor, melancolía. No tenía ni la más remota idea de

que Jennifer había sufrido todo eso, comprendía sus razones de no querer estar en Wyoming y su repulsión a las flores, porque lo que para él era el paraíso, para ella era el infierno.

Le dolía saber que estuvo a punto de engañarlo, sí, le dolía, pero quizá era su amor casi desmedido que lo llevaba a justificarla. No podía juzgarla, al contrario; quiso tener el mismo valor que Jennifer y confesarle que también había estado a punto de traicionar su confianza y amor, no solo una, sino en dos oportunidades, pero ya no quería seguir llenándole el alma con más dolor, no era necesario porque, esos encuentros casi sexuales, no significaron más que arrepentimiento.

—¿Dónde está el muy maldito?, ¿cómo se llama? Te juro que lo buscaré y le reventaré el alma.

—No..., no lo sé... —Hipó sin poder controlar ese torrente de lágrimas que bajaba por sus mejillas; ella lo sabía, pero no podía exponer al único ser que hizo justicia—. Nunca supe más de él, mi papá solo me dijo que ya no tenía nada que temer, que todo estaría bien y que ese infeliz nunca más me haría daño.

Connor, de inmediato, sacó sus propias conclusiones, supo lo que Prescott Rawson había hecho; él habría hecho exactamente lo mismo. Muchos de los problemas en Teton, terminaban en el río Snake o en las profundidades del lago, eso lo sabía muy bien.

—¿No has dicho si me perdonas?... No vas a hacerlo, ¿verdad?

Connor le soltó las manos y le acunó el rostro para besarla en la frente.

—No tengo nada que perdonarte. —Se alejó, la miró a los ojos y empezó a enjugarle las lágrimas con los pulgares—. Solo espero que sigas luchando, que te esfuerces mucho por este amor. No dejes que esos temores lo destruyan, no permitas que nada nos haga daño... Hazlo y estaré contigo siempre, siempre..., aun si no quieres casarte.

Jennifer sorbió los mocos mientras asentía casi con desesperación.

—Sí, claro que quiero casarme contigo.

—¿Te parece bien en cuanto te gradúes? Es que quiero casarme con una doctora —comentó, tratando de mandar al diablo todas las culpas y temores de Jennifer. Tampoco quería exigirle casarse cuanto antes, porque primero estaban los sueños de ella.

—Es un trato —dijo, exponiendo su meñique.

—Hecho, ya sabes, si es con el meñique no se puede romper —dijo, aferrando sus dedos.

—Promesa, además, tengo este hermoso anillo —dijo, admirando la alianza en su dedo.

Dos años después, Connor y Jennifer habían conseguido superar algunos obstáculos, como la distancia, discusiones, confesiones, viajes constantes.

Pero ahí estaba Connor, vestido de traje, amparado por un par de árboles frondosos, que dejaban caer decenas de atrapasueños, los que se mecían suavemente con el viento; la inmensidad del campo estaba frente a él y, detrás, las montañas nevadas brillaban por el intenso sol de esa mañana.

A su lado estaba su padre, infundiéndole valor y serenidad; detrás, se encontraba el Reverendo, a la espera de la novia. Ya todos los invitados estaban en sus sillas cubiertas con manteles blancos y adornos florales blancos y rosados.

El camino que traería a Jennifer hasta él, estaba enmarcado por muchas más flores, flores que él le hizo amar, a las que le enseñó a darle otro significado.

Estaba muy nervioso, en algunos momentos se metía los dedos por el cuello de la camisa, porque pensaba que lo estaba ahogando, pero cada vez que su padre lo veía, lo reprendía.

Su corazón se desbocó como un caballo salvaje cuando vio que Castiel le traía a su doctora y futura esposa, mientras que Prescott lo guiaba con paciencia por el mosquetón.

Mientras Jennifer descendía del caballo con la ayuda de su padre. Su sobrino, Eliot, de apenas un poco más de un año, hijo de Loren, quien un día llegó con la noticia de un hijo de seis meses y del que hasta el momento no se sabía nada del padre; era acompañado por la pequeña hija de Maggie, la amiga de Jennifer.

La niña esparcía pétalos de rosas por todo el camino, que la madre le indicaba cómo hacer, mientras que, el pequeño Eliot, traía con orgullo las alianzas que los uniría en matrimonio.

Hannah decidió no asistir al matrimonio y, Connor respetó su decisión; no quería exponerla a pasar un mal momento, mucho menos estando a diez días de haberse realizado una cirugía de bypass gástrico, que le ayudaría a controlar su sobrepeso y cambiar su estilo de vida.

A pesar de tener un matrimonio en puerta, él estuvo con ella en todo momento, porque como se lo había dicho, amar a Jennifer Rawson no le haría cambiar sus sentimientos por ella.

Solo habían invitado a los más allegados, algunos trabajadores de los ranchos, amistades de Jennifer, de la universidad; también había asistido Emma, quien llevaba unos días en Wyoming, y que Hannah no tenía idea de que era Russell, ese del que había estado tan enamorada, estaba Laura, jefa y amiga de Connor, también Shannen, quien seguía apoyando a Jennifer en todo su proceso de sanación.

Connor tragó en seco todas esas emociones que bullían por salir, jamás se había sentido tan feliz como en ese momento en que Jennifer empezó a acercarse a él; venía con ese bonito vestido blanco, de encaje y falda amplia, un vestido perfecto para unirse a él de por vida en ese lugar.

Traía en sus manos un lindo y delicado ramo de rosas blancas y rosadas, colgada del brazo de su padre, pero con la mirada puesta en él; de repente, la vio soltarse de Prescott y detener sus pasos a poco menos de dos metros de llegar al altar. A Connor, el corazón se le detuvo, las piernas empezaron a temblarles y una capa de sudor frío se formó en su frente.

Jennifer negó con la cabeza, se dio media vuelta y se echó a correr, dejando una estela de rumores entre los presentes. Connor sintió que el mundo se le caía a los pies, pero no, no iba a dejarlo ahí, no podía simplemente quedarse ahí parado, sin explicación alguna.

No podía creer que casi tres años de relación e infinidad de promesas, ella intentara darse a la fuga, precisamente el día del matrimonio, así que, sin resignarse a perderla, también corrió.

—¡Connor! ¡Espera! —Lo llamó Eliot, bastante preocupado por la salud emocional de su hijo.

—¡Jennifer! —La llamó sin detener su carrera, en el momento que ella ponía el pie en el estribo para subirse en Castiel y largarse.

Sin esperárselo, una carcajada cantarina rompió todos los miedos; ella se volvió, riendo.

—¿Te has asustado, Mackenzie?, ¿acaso no habíamos quedado en que, llegado este momento, tendría que huir? —Le preguntó, levantándose la parte delantera de la falda de su vestido.

Connor resopló al recordar aquella conversación que habían tenido sobre matrimonios obligados y Prescott Rawson con escopeta en mano.

—¡Estás loca! ¿Acaso quieres matarme? —Le preguntó, indignado, pero también muy aliviado. Ella le tomó una mano y prácticamente empezó a arrastrarlo hacia el altar.

—Ya deja de discutir, vaquero, solo era broma —hablaba en su decidido

camino.

—¿Una broma?! Te has ganado unos buenos azotes —masculló, mientras veía cómo todos los miraban sonrientes.

—Esta noche podrás darme todos los que quieras, en nuestra habitación nupcial.

—¡Oh, sí! Por supuesto que te los daré —aseguró, aferrado a su mano.

Ya habían roto con todo el protocolo, no les quedó más que llegar al altar y pedirle al Reverendo que los casara, como era de esperarse, el hombre les reprochó con la mirada, ellos volvieron a verse y sonrieron.

De la unión entre Connor y Jennifer también fueron testigos Castiel y Theo, que esperaron por ellos para llevarlos a dar su primer paseo como marido y mujer.

FIN

EPILOGO

Tercer día que Jennifer se quedaba dormida, apenas fue consciente de estar despierta cuando tuvo que correr al baño. Mientras sentía que vomitaba hasta el alma, llegaba a ella la certeza de que estaba embarazada, una vez más.

Definitivamente, debía parar o Connor terminaría haciéndole un hijo por año. Probablemente, era mejor ni mencionarlo, porque le había tocado tragarse todas sus palabras al vivir todo lo que se juró nunca hacer, como: casarse con un vaquero, vivir en un rancho en medio de la nada, ser médico internista en el hospital de Jackson y tener hijos.

No era que no amara su vida, estaba plenamente feliz con lo que tenía, Connor era el marido perfecto, prácticamente, se encargaba de todo; sus hijos, algunas veces, eran un dolor de cabeza, pero también su mayor alegría; su suegro, era extraordinario y le ayudaba mucho en la crianza de los niños, para que ella pudiera trabajar en un hospital donde, verdaderamente, era muy apreciada.

Estaba segura de que en algún hospital en Europa iba a ser totalmente prescindible o tendría que vivir estresada, luchando contra competitividades, en cambio, en Jackson, todo era tranquilo; cuando podía, se tomaba unas vacaciones y se iba con su familia a lugares bastante cálidos, llenos de palmeras, arena blanca y aguas cristalinas; solo para descansar del frío y las montañas.

Sintiéndose muy débil, se levantó del suelo, donde pasó varios minutos arrodillada; al mirarse al espejo, se dio cuenta de lo pálida que estaba, tras enjugarse la boca, esperó un par de minutos para meterse a la ducha.

Mientras se enjabonaba se pasó las manos por las pequeñas estrías que adornaban su vientre, eran las cicatrices de la lucha que significaba

convertirse en madre, eran las huellas de la victoria y que Connor le repetía, una y otra vez, que las amaba; quizá porque sabía que a ella le incomodaban.

Ahora estaba segura de que estaba embarazada y que, seguramente, se harían más evidentes; aunque no le gustaran, eran un vívido recuerdo de lo valiente que era, de que gracias a ellas tenía dos maravillosos hijos y, muy pronto, el tercero.

Salió del baño y se dio prisa en vestirse o llegaría tarde a su guardia de ese día y, con el estómago como lo tenía, lo último que deseaba era comer.

—No, gracias Chenoa, no voy a desayunar. —Le dijo con cariño a la mujer—. Lo que sí necesito es un té de menta.

Eliot, Connor, Jennifer y todo el mundo le habían pedido que dejara de trabajar, que, a su edad, ya debía mantenerse sentada, viendo televisión o tejiendo; sin embargo, les había dejado muy claro que jamás dejaría la cocina, porque el día que lo hiciera, estaba segura de que moriría.

Miró a Jennifer guardar su termo con café en la cartera, se quedó mirándola mientras preparaba la infusión, se la sirvió en una taza y se la entregó.

—Estás embarazada, ¿cierto? —comentó, sonriente.

—¿Por qué lo dices? —Bajó la mirada al té humeante.

—Porque esto es lo que tomas para las náuseas.

—Supongo que a ti no puedo ocultarte nada. Creo que sí, hoy me haré la prueba.

—¿Connor ya lo sabe?

—No, apenas hoy amanecí vomitando hasta el alma. —Le dio un sorbo al té, que fue como una caricia para su garganta ardida.

—Voy a ponerte un sándwich para llevar, recuerda que el pan también te ayuda a controlar ese malestar.

Jennifer se quedó mirando a la mujer mientras le preparaba el desayuno y se tomaba el té.

—Te lo agradezco. —Recibió el empaque y dejó la taza sobre la mesa.

En ese momento, las carcajadas cantarinas y contagiosas de Serena, provocaron que ella sonriera; guardó el sándwich también en su cartera y se la colgó en el hombro.

—Llevan un buen rato jugando. —Le dijo Chenoa.

—No se cansan, nos vemos luego. —Se fue de la cocina, atravesó la sala y salió por la puerta del frente—. ¡Buenos días! —saludó a su familia, que estaba ahí reunida.

Connor, que sostenía a su pequeña Serena, miró a Jennifer, vestía unos vaqueros, blusa blanca y una gabardina gris de lana que le llegaba por debajo de las rodillas, no pudo evitar sonreírle, enamorado.

—Mami, se te hace tarde —dijo Killian, apenas apartando la mirada del libro que leía junto a su abuelo.

—Lo sé, cariño. —Se acuclilló junto a su pequeño de cuatro años, que era un As de la lectura, todo gracias a Eliot, que prácticamente lo había adoctrinado. Le acarició la melena rubia y miró esos ojitos azules a través del cristal de los lentes que debía usar casi todo el tiempo, porque tenía una aguda miopía—, es que mami amaneció un poco mal de la panza.

—Entonces, no vayas a trabajar, podemos quedarnos viendo peli con mi abuelo. —Le pidió con el ceño fruncido, tenía muchos gestos de viejito, pero lo adoraba sin medidas.

—Nada me encantaría más que aceptar tus planes, pero tengo cosas importantes que hacer...

—Pero te dolerá todo el día...

—Espero que no, ya Chenoa me dio un té. —Se acercó y le dio un beso en la frente, mientras otra estrepitosa carcajada de Serena le alegraba la vida. La niña disfrutaba muchísimo pasear a caballo, entretanto era supervisada por su padre, que no la soltaba ni un segundo.

—¿Has tomado algo más? —preguntó Eliot, visiblemente preocupado.

—No, seguro que, con el té, ha sido suficiente; creo identificar ya este malestar.

—¿Tercer nieto? —Enseguida sus ojos se iluminaron.

Jennifer imaginaba que su condición era realmente evidente, de seguro estaba más pálida de lo que pensaba.

—Eso sospecho, hoy me aseguraré... ¿Cómo va la lectura? —preguntó, echándole un vistazo al libro—. Ese no era el que estabas leyendo anoche —aseguró.

—Ya lo terminé hace un rato, este lo eligió Killian...

—Y es bueno, ¿verdad, abuelo? —intervino el niño.

—Sí, muy bueno... Ahora tenemos una nueva actividad, Killian lee un libro, me hace una reseña de su lectura y yo le hago una del mío, después los intercambiamos, para ver si tenemos las mismas opiniones.

—¡Vaya! Ya quiero escuchar tus reseñas —dijo, frotándole la barbilla a su pequeño.

—No creo que pueda hacerlo bien, mami. —Se sonrojó, sobre todo la

naricita, que se le ponía como una cereza—, pero mi abuelo dice que me ayudará.

—Estoy segurísima de que lo harás muy bien, eres un niño muy astuto. — Lo vio asentir con energía—. Ahora, dale un besito a mami, que tiene que marcharse.

Killian se abalanzó hacia ella, le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso en los labios.

—Te quiero, mami.

—Yo te quiero más. —Se levantó y miró a Eliot—. Nos vemos luego.

—Seguro, ten cuidado..., y tráeme buenas noticias esta noche.

—Espero que así sea. —Caminó hasta donde Connor estaba concentrado en sostener a Serena sobre el caballo y sonreía al verla a ella reír.

Connor le plantó un beso en los labios a su mujer y siguió concentrado en su hija.

—Lo está disfrutando —dijo, sonriente.

—¿Lo dudas? —Jennifer rio cuando su pequeña soltó un gritito, estaba firmemente aferrada a la crin del caballo y sonrojada, pero sin parar de reír.

Ella intentaba hablar, sin embargo, las risas no la dejaban; mientras Connor iba siguiendo los pasos del caballo y sosteniéndola por la espalda, Jennifer caminaba junto a su marido.

Del otro lado estaba Sasha, compartiendo también del momento, no podía apartarse de Connor, era como su sombra; Jennifer, algunas veces, sentía celos de esa perra, porque pasaba más tiempo con su marido que ella.

—Es hora de irnos —dijo Connor, después de permitir que su pequeña diera una vuelta más en el caballo.

—Papi, papi, papi —protestaba, pues quería seguir sobre el caballo.

—Cuando regrese seguiremos jugando, ahora voy a llevar a mami al trabajo —dijo, quitándole el pequeño casco, dejando en evidencia su cabello rubio y, después, le dio un beso en la sonrosada y gordita mejilla.

—Ven aquí, consentida. —La cargó y le dio un beso—, vamos a que te quedes con tu abuelo...

—No, no. —De inmediato hizo un puchero e iba a empezar a llorar.

—Solo por hoy podemos llevarlos, aprovecharé para hacer unas compras y visitar a mis hermanas.

Hannah y Loren llevaban unos cinco años viviendo en Jackson, donde Connor iba a visitarlas dos veces por semana, lo bueno era que al ser vecinas, podían reunirse los tres sin tantas complicaciones.

Loren se había comprometido con un buen hombre, un jinete profesional de toros, que veía por Eliot, como si fuese su propio hijo.

Mientras que Hannah, consiguió cambiar su estilo de vida, no solo había conseguido perder muchos kilos, sino que también se había entregado en cuerpo y alma al gimnasio, donde hasta le habían dado trabajo como entrenadora personal, llevaba pocos meses saliendo con un compañero amante del fisicoculturismo y, al parecer, esta vez sí era una relación seria.

—¡Killian! —Connor silbó, para tener la atención de su pequeño ratón de biblioteca—. ¿Quieres acompañarnos?

El niño asintió, miró a Eliot a su lado y se levantó.

—No tardo nada, abuelo.

—Está bien, ve tranquilo. —Le acomodó un poco su camisa a cuadros, que lo hacía lucir como todo un hombrecito.

—Te traeré un regalo. —Puso el separador al libro, lo dejó con cuidado sobre la silla y corrió hasta donde estaba su padre, enseguida se le aferró a la mano.

Jennifer acomodó a Serena en su asiento, mientras que Connor le ayudaba a Killian a subir.

—Vigila a tu hermana, que no se lleve nada a la boca. —Le pidió.

—Sí, papi.

Connor se despidió de su padre con gesto de mano, antes de subir en el puesto de conductor; Jennifer también agitó la suya, en señal de despedida.

—Papi, ¿puedes poner: Little Bitty? —pidió Killian, quien estaba muy pegado a esa canción.

Jennifer resopló y dejó descansar la cabeza contra el espaldar, resignándose a escuchar la bendita canción por las próximas dos horas.

—Por supuesto, pero si la cantas —condicionó, porque adoraba tanto escuchar la vocecita de su hijo, que era imposible no pedirle que lo hiciera.

—Tú también y mami... Mami, tú también cantas —pidió, estirando la mano y acariciándole la mejilla.

—Está bien, cantaré. —Le besó la suave manita a su pequeño.

—Un poco de amor en una pequeña luna de miel, un plato pequeño y una pequeña cuchara, una casa pequeña con un pequeño patio, un perro pequeño y un coche pequeño —canturreaban, pero los padres dejaban que el niño lo hiciera más alto y con mayor entusiasmo—. Pero está bien que sea un poco, un pequeño pueblo o una vieja y gran ciudad, podría compartir, podría sonreír, la vida sigue y dura solo un poco...

Como Jennifer lo había predicho, todo el trayecto fue con la misma canción, aunque fueron muchas las veces que rieron al ver que Serena, muy animada, bailaba la canción mientras Killian se la cantaba.

—¿Cuándo te mandará Laura los caballos? —preguntó Jennifer, cuando ya estaban por llegar.

—El viernes.

—¿Por qué tanto tiempo?

—Supongo que estará tramitando la documentación, ya sabes que no le hacen el trabajo fácil.

Jennifer negó, impotente, antes de decir una mala palabra delante de sus hijos. Prefirió cambiar de tema, a perder el control y empezar a maldecir a todos los del gobierno, quienes solo servían para burlarse de los derechos de los caballos salvajes. Sí, con los años, y gracias a su marido, también se había apasionado por los *Mustangs*.

—Por cierto, recuerda que mañana, después de almuerzo, tenemos que ir a tomarte las medidas del traje que usarás en la boda de Yoomee.

Connor apenas podía creer que Yoomee estuviera a punto de casarse, si todavía le costaba verla como una mujer, aunque ya fuese una médica veterinaria, que ejercía su profesión al lado del que pronto se convertiría en su esposo, un venezolano que había demostrado ser bastante atento y cariñoso con ella.

—Puedo usar el de nuestra boda, todavía me queda.

—¡Por Dios, Connor Mackenzie! —protestó—. ¿Sabes que eso puede ser causal de divorcio?

—Está bien, iré a medirme un traje que solo usaré una vez en mi vida —dijo, aparcando en el estacionamiento del hospital.

Jennifer les tiró besos a sus hijos, le dio uno en la boca a su marido, se quitó el cinturón de seguridad y bajó.

—No olvides que esta noche es la cena con mis padres. —Le recordó, sosteniendo la puerta.

—Todo listo —aseguró.

—¿Estarás bien con estos angelitos? —preguntó, un tanto preocupada porque sus hijos demandaban de mucha atención.

—Todo bajo control..., seguro que puedo con este par de pillos.

—Bueno, espero que en unos meses puedas con tres —anunció, cerró de un portazo y caminó hacia la entrada.

Connor se quedó pasmado mientras procesaba esa información, no sabía

si era que había escuchado mal o que Jennifer le estaba diciendo que estaba embarazada. Si así era, ¡qué manera tan poco delicada de hacerlo!

—Creo que mami pronto tendrá un bebé... —dijo Killian, quien era bastante analítico, incluso, más que el padre.

Connor miró a su hijo, sin duda estaba clarísimo lo que Jennifer acaba de decir, bajó de la camioneta, abrió la puerta del asiento trasero, cargó a su hija y le tendió la mano a Killian.

—Ven, ven... —Lo ayudó a que bajara de un salto—. Corre, Killian, date prisa, antes de que mami desaparezca, corre —hablaba mientras corría con su hijo hacia la entrada del hospital, la vio caminando con energía por el pasillo que la llevaría hasta su consultorio—. ¡Jennifer!

—¡Mami!, ¡mami! —La llamaba Killian, sin dejar de correr.

—¡Mami! —También gritó Serena.

Jennifer se detuvo y, al girarse, se dio cuenta de que su marido e hijos corrían hacia ella. Connor no le dejó tiempo a nada, solo le estampó un beso, presionó contra sus labios por algunos segundos, luego empezó a hacer el beso más íntimo, más profundo e intenso.

—No sé cómo tienes la habilidad para hacerme todos los días el hombre más feliz del mundo —murmuró contra los labios de ella.

A Jennifer se le derramaron las lágrimas y acarició el rostro de Connor.

—Solo soy un reflejo de lo que tú me das...

—¿Cuánto tiempo tienes? —preguntó, emocionado.

—No lo sé, ni siquiera sé si lo estoy, solo es una sospecha.

—¿Con cuánta probabilidad?

—Como conozco mi cuerpo y los síntomas, diría que un noventa por ciento, pero no quiero ilusionarte.

—¿Te harás la prueba hoy?

—Sí, en un rato..., pero ahora ve a hacer tus cosas...

—¿Qué?, ¿estás loca? De aquí no me muevo hasta que me muestres un positivo.

—Eso tomará como media hora.

—No me moveré.

—Entonces, espera. —Le dio otro beso y se marchó.

Connor se quedó con sus hijos, sentado en la sala de espera, mientras aguardaba ansioso y con el corazón desbocado por ese resultado, por lo menos, jugar con los niños hacía que el tiempo no fuese su enemigo.

—Señor Mackenzie. —Lo llamó una de las enfermeras—. ¿Puede

acompañarme? Por favor... La doctora Mackenzie desea verlo.

—Sí, por supuesto. —Cargó a Serena y tomó la mano de Killian. Con cada paso que daba, sus latidos hacían eco en sus oídos, estaba emocionado y expectante.

Al entrar al consultorio, no podía descifrar nada en el semblante de Jennifer.

—¿Y? —preguntó, casi ahogado.

—No lo sé, averígualo tú —pidió, entregándole el sobre que acababan de mandarle del laboratorio.

Connor dejó a su hija en el asiento de visita, agarró el sobre y lo abrió, estaba muy ansioso como para detenerse a pensar, leyó y miró a Jennifer.

—Ven aquí. —Le pidió y, en cuanto se acercó, la abrazó con gran pertenencia—. Te amo, te amo... —Le dejó caer varios besos en el rostro.

—Entonces, ¿tendremos otro pequeñín?

—Así es... ¡Yuju! —chilló, emocionado, y Jennifer volvió a llorar, en una mezcla de emoción y miedo. No podía evitar sentir miedo, porque siempre temía que algo pudiera salir mal con sus embarazos; eran nervios que no podía controlar—. Me haces tan feliz... Esto tenemos que celebrarlo. ¿Se lo diremos a tus padres esta noche?

—Claro, papá se pondrá pletórico... —dijo, sonriendo a través de las lágrimas, y volvió a besar a Connor, lo hizo por un largo rato—. Gracias por no soltarme la mano, mi vida.

—Nunca, nunca... Siempre contigo, siempre de tu mano —susurró, mirando a esos ojos grises que le habían robado el alma y domado el corazón.

LISTA DE CANCIONES

Country Boy - Alan Jackson

In Hell I'll Be In Good Company - The Dead South

Blue Ain't Your Color - Keith Urban

Pavement Ends - Little Big Town

Welcome to the Family - Little Big Town

Love On The Brain – Rihanna

Stand By Me – Ben E King

Horns - Bryce Fox

Be The One - Dua Lipa

In My Head- Galantis

Runaway - Galantis

Sign of the Times - Harry Styles

Ten Feet Tall - Afrojack

There For You - Martin Garrix & Troye Sivan

Paloma Querida - Vicente Fernández

Mátalas - Alejandro Fernández

Little Bitty - Alan Jackson